

Noaluz

y los niños de barro

L. Monasterio

TOMO 1



Esta es la historia de una saga familiar, como poco, “peculiar”.
Comienza... Hace mucho, pero que mucho tiempo, al principio
de todo...

La energía es la propia vida... adoptando mil formas y tamaños,
perdura para siempre... El universo es la energía, inagotable e
imperecedera.

Nunca comenzó y no se conoce hasta dónde llegará...
Pulula por el tiempo en un bucle sin final...

En todos los elementos está... agua, fuego, aire y tierra; es lo
que podemos ver. Fuera del alcance visual, “el alma” existe
también... aunque no la puedas tocar.

El tiempo... es lo que tarda una secuencia de un latido a otro...
o el desplazamiento de uno de los elementos, empujados ambos,
por pura energía.

Y la energía es... “Báttux”
Simplemente, ya lo entenderás...



Índice de personajes y Plano del territorio en las últimas páginas

Tomo 1

Tomo 1.....	3
NOALUZ Y LOS NIÑOS DE BARRO.....	4
Capítulo 1.....	4
Capítulo 2.....	27
Capítulo 3.....	49
Capítulo 4.....	64
Capítulo 5.....	93
Capítulo 6.....	110
Capítulo 7.....	124
Capítulo 8.....	141
Capítulo 9.....	163
Capítulo 10.....	185
Capítulo11	208
Capítulo 12.....	232
Capítulo 13.....	258
Capítulo 14.....	272
Capítulo 15.....	305
Capítulo 16.....	337
Capítulo 17.....	352
Capítulo 18.....	369
Capítulo 19.....	394
Capítulo 20.....	423
Capítulo 21.....	443
Capítulo 22.....	467
Capítulo 23.....	495
Capítulo 24.....	525
Capítulo 25.....	538
Capítulo 26.....	552
Capítulo 27.....	575
Capítulo 28.....	596
Capítulo 29.....	617
Capítulo 30.....	652
Capítulo 31.....	667
NOALUZ y los niños de barro - Personajes de la A, a la Z	676

NOALUZ Y LOS NIÑOS DE BARRO

Capítulo 1

MAESTROS

Dos ancianos en buena forma caminan prestos sendero abajo. Bien temprano comenzaron la marcha, desde el lugar donde está situada su morada hasta una aldea situada en el valle que parte en dos a una cadena montañosa llamada “La Cordillera Roja” (por el color de la arcilla que predomina en todo su entorno).

Es un largo paseo de unas cuantas leguas que se ameniza y acorta disfrutando de la maravillosa naturaleza que rodea el entorno. Van ataviados con pieles curtidas y calzado de cuero grueso resistente y cómodo para el andar.

La veterana mujer lleva una talega con tortas de pan recién cocido... “Por si arrecia el hambre”. El hombre se apoya sobre un cayado, pero no para guardar el equilibrio, sino para apresurar el paso; la mujer no lo necesita y le acompaña con ágil transitar.

Por si aprieta la sed, sobre los hombros del abuelo cuelga un pellejo lleno de agua pura y cristalina que ha llenado en el

nacimiento de un arroyo situado a la vera de un caserío, y “El Manantial” es como familiarmente llaman al lugar. Compuesto por cuatro casas y un granero.

Si continuaras ascendiendo en el sentido contrario al que llevan ahora, llegarías al “Paso de las piedras”, puerto de montaña que separa el “Valle Rojo” de las llanuras de “Terralta”. En las cuales destaca un enorme lago con aguas enrojecidas. Le llaman “El Lago de la Luna”, lugar donde nació el abuelo.

Hombre y mujer, tiempo atrás... Primero se conocieron de forma repentina y casi por casualidad... Segundo, o acto seguido, porque fue de inmediato, se enamoraron sin darse cuenta... Y después formaron una familia.

Y no lo han hecho del todo mal, porque han sacado adelante a cuatro hijos y a un considerable número de nietos. Los cuales les han convencido para que se tomen la vida con más sosiego.

Naturalistas por necesidad y también por devoción, han trabajado duramente para llegar a este día, y están dispuestos y preparados para vivir muchos más, solo que, ahora, más relajadamente. Si es que... la propia naturaleza se lo permite. Salud y entusiasmo no faltan.

Hace pocos días se celebró una reunión... casi clandestina, conspirada por sus hijos, nietos, nueras y su único yerno. En la que se decidió proponer a los abuelos el descargo en la dura tarea de dirigir al clan familiar, para que tal deber que ocupa su tiempo, lo puedan emplear en todo aquello que desearon y no pudieron realizar hasta hoy.

Ambos, han vivido y batallado muchas aventuras y desventuras. Primero por separado y después unidos. Al principio solos, y después acompañados por los descendientes que han ido naciendo en el manantial. Pero más anecdóticas fueron las vividas por sus antepasados, desde sus propios padres, hasta el principio de todo. “Incluso antes de que existiese el tiempo”.

Son una pareja, que cumplen ellos mismos, y han inculcado a su prole una buena formación para desenvolverse en los tiempos que corren y en el territorio que los rodea, basándose en tres principios muy elementales pero vitales para ese fin:

Primero... respeto por todos los seres vivos, bien sean humanos o pertenecientes al reino animal.

Segundo... Gran amor por la naturaleza. Tercero... aprovechar los recursos que las dos primeras normas ofrecen, tomando de la tierra solamente lo que necesitan para ellos, y cuando es necesario para ayudar a sus vecinos, parientes, amigos y a cualquier otro que se cruce en su camino.

Tan bien lo han hecho, que cualquiera de los hijos, juntos o por separado, serían capaces de proceder de igual modo que sus padres. Propuesta que no se decidió de repente; se lo pensaron el tiempo justo para darse cuenta de que había llegado la hora del merecido descanso que necesitaban sus padres. Estos aceptaron... pero con una condición... Permitirán a los abuelos ejercer como asesores y consejeros honorarios de la familia.

No pensemos que se van a sentar en sus mecedoras del porche mirando cómo crece la hierba del prado y cómo prosperan los animales del manantial; se van a meter en un embrollo. Ni más

ni menos que enseñar a los niños del poblado del valle todos los conocimientos que han acumulado a lo largo de su vida. Convirtiéndose de este modo en “los primeros maestros de la comarca”, y quién sabe si no, de la península entera.

Los no muy viejos abuelos suman más de una ochentena de nietos... Aunque en realidad y oficialmente, solo son ocho. El resto son adoptados por voluntad propia y de mutuo acuerdo por ambas partes. Estos son hijos de amigos y vecinos de variopinta procedencia. De camino, o un poco más alejadas, se encuentran las moradas de alguno de ellos. Granjas y cabañas de cazadores casi todos, a los que se suma algún que otro labrador o cosechador de alta montaña.

En la aldea y periferia, viven y se desenvuelven otros que se buscan las habichuelas desarrollando oficios de distinta índole. Y aunque cada uno de estos jóvenes tengan sus propios abuelos, estos dos... también los consideran como tal. Realmente, en toda la aldea son nombrados de este modo. “Abuelo Dan, y abuela Ixaéla” ... “Los alfareros del manantial”.

No siempre han sido abuelos, ni tampoco alfareros... Dan apareció por el valle como joven cazador. Después se convirtió en alfarero por designios del destino y de la casualidad. Más tarde, sin quererlo... ejerció de improvisado guerrero en la primera confrontación que se conoció en estas tierras. (Situaciones y sucesos que más adelante conocerás tú también).

Ixaéla era una aldeana muy valorada entre los vecinos por su bondad e inteligencia. Y desde que se cruzó el destino de ambos, formaron un equipo que no ha dejado de colaborar en cualquier evento para el que sean convocados en favor de todo

aquel que necesite su ayuda. Bien sean del valle, o de cualquier otra parte del mundo conocido.

Quien, conoce bien a los abuelos alfareros pueden dar fe de ello, porque en más de una ocasión tanto ellos como sus hijos, han sido determinantes en la resolución de alguna contienda sucedida en lugares remotos. También han colaborado activamente en el progreso y bienestar de la aldea.

La travesía de hoy se llevará un tiempo, y para hacerlo más ameno, se halagan el uno al otro para quitarse la preocupación y el nerviosismo que les causa el nuevo cargo. Porque, aunque lo afrontan con entusiasmo, temen defraudar a sus convecinos.

Las miradas que se lanzan el uno al otro expresan su inquietud. Y Dan, es el primero en animar a su compañera resaltando las magníficas dotes que la distinguen.

— **Dan:** *No te preocupes, Isa, puedes comenzar enseñando a los chicos todo lo que sabes sobre trueques... lo que aprendiste de tus padres en el colmado y la experiencia que adquiriste tú misma haciéndote cargo de ellos en multitud de ocasiones.*

Eso te convierte en la mejor negociadora de la aldea, y no es que lo diga yo, por todos es bien sabido. Seguro que cuando aprendan esta lección, en lugar alguno dejarán que nadie los engañe. Y conociéndote como te conozco, también aprenderán a ser justos y equitativos con quienes practiquen intercambios...

“Trueque”. Con esta palabra, se definen todas las finanzas de los territorios conocidos, que no es otra cosa que el

intercambio de productos que unos fabrican y otros cazan y recolectan por utensilios y alimentos que les son de indispensable necesidad o simplemente para su propio disfrute.

Las palabras de su compañero, en cierta medida, logran su cometido. La mujer se siente aliviada, pero todavía algunas dudas asaltan su mente.

— **Ixaéla:** *Así es, Dan, y estoy de acuerdo en que es un tema importante. Puedes estar seguro de que será uno de los primeros de los que hablaremos, pero algo más tendré que enseñarles... ¿No?... Es tanta la responsabilidad que han depositado en nosotros, que temo defraudar a los niños y a sus padres.*

La larga lista que podría elaborar el abuelo emulando todas las cualidades de quien tiene dudas, ocuparía un largo pergamino.

Pero ahora se le vienen a la mente unas cuantas. Sobre todo, al sentir un gruñido proveniente de sus tripas que reclaman viandas con las que llenarlas.

— **Dan:** *Se te da muy bien moler el grano en el molino de agua, para obtener la harina con la que hacéis las tortas de pan más ricas y apreciadas por los aldeanos, y por los viajeros que de vez en cuando se dejan caer por este valle. Y si quieres te lo demuestro... Mira, ¿ves estas dos que te estoy quitando de la mochila? Pues si no estuviesen tan buenas, no me las comería... ¡Aumm!*

Mientras se lo está diciendo, ya ha metido la mano en el morral cogiendo un par de ellas. Ni dio tiempo para impedirselo

porque se acercó a ella a hurtadillas, distrayéndola con la palabrería que se le da tan bien. Un manotazo sin demasiada violencia y un simpático enfado es su respuesta. Acto seguido le quita una para comérsela ella, porque ya están a medio camino, y si esperan más, se juntará con el almuerzo de mediodía.

Después de engullir el pan que acompañan con frutos del bosque, la mujer, quitándole importancia a las palabras y dándosela más al hurto cometido, y le agarra por la pechera, le zarandea acercándosele tanto, que un poco más y sus labios se juntarían.

— **Ixaéla:** *Eso lo dices porque tienes hambre, glotón; luego te metes con tus hijos por tragarse las tortas de dos en dos....*

Una pausa y le besa suavemente en los labios...

— **Ixaéla:** *Pero sigo pensando... ¿Qué más puedo enseñar a los chicos?*

Están abrazados por la cintura mientras se relame; no se sabe si por el beso, o porque tiene que esperar a tragarse el enorme bocado que le ha pegado al panecillo; al menos es educado y no hablará con la boca llena. Se suelta de una de las manos para tomar una pequeña vasija de agua que porta en su cinturón y echa un buen trago; después de ofrecerla a ella, otro, se apresura a contestarla.

Con un rápido movimiento, se ha colocado por detrás simulando que tiene un arco, y acompasa el movimiento de sus manos con las de ella sin soltárselas, y cara contra cara, disparan una ficticia flecha entre los dos.

— **Dan:** *Si lo piensas bien, ya eres la maestra de los “Bufantes Rojos”, adiestrándolos en el tiro de arco, para que al menos acierten de vez en cuando con alguna flecha en los jergones de paja. Aunque muchos de los chavales han aprendido a usarlo de mano de sus padres, también podrías enseñarles tus técnicas...*

Y vuelve a realizar el mismo gesto; esta vez se arrima al máximo a ella, tanto que las dos caras, parecen solo una, y para que no se dé ni cuenta, la sigue embaucando con sus parrafadas, repite las lecciones que ella imparte...

— **Dan:** *Acompasar la respiración, soltar el cordel sin retirar la vista de la trayectoria de las flechas y usar la mano libre para preparar la siguiente y recargar rápidamente antes de que la anterior impacte en el blanco. Así me hiciste mejorar la técnica que usaba como cazador. Desde entonces yo también he mejorado, aunque ya es difícil superar las lecciones que recibí de mis dos viejos compañeros de caza.*

(“Bufantes Rojos”): Grupo social formado por todas las gentes del lugar. Creada en un principio con fines cinegéticos, y después por necesidad para la defensa del territorio. Agrupación que ha sido vital en ciertas ocasiones para salvaguardar el bienestar de la comunidad y de la comarca entera. Y de más trascendencia serán en un futuro quizás no muy lejano”

A ver, el que se haga la tonta, no quiere decir que lo sea. Lo que ocurre, es que a ella le encantan estos furtivos arrechuchos. Este pillín lo hace en cuanto surge la ocasión, desde que se conocieron prácticamente.

— **Ixaéla:** *Si quieres que te dé un beso de los gordos, pídelo. No hace falta que disimules para acercarte enseñándome tiro de arco; yo ya sé disparar flechas, “Danilin”.*

Pero se lo da, sin que tenga que insistir más en ello... (Danilin, así le llamaban sus padres y abuelos, cuando de pequeño había liado alguna de las muchas trastadas que solía protagonizar) ... Durante un buen rato continúan de la mano y el abuelo sigue halagando a su mujer, utilizando todo su repertorio para complacerla y a la vez sosegarla de sus dudas para con los niños de la aldea.

Ixaéla, queda satisfecha de sobra, porque al abuelo ha tenido que pararle los pies (mejor dicho, la lengua). Cogió carrerilla y no paró de enumerar un montón de virtudes que le adjudica a ella; menudo parlanchín está hecho.

Para no ser menos, la mujer, imitando al abuelo, deleita sus oídos recordándole todo lo que ha hecho en el pasado, hace en el presente, y podrá hacer en el futuro por la comunidad. Porque, aunque lo disimule en mayor medida que ella, también está preocupado, pero ella lo sabe de sobra.

Al igual que su esposa, forma parte del comité de instrucción para la defensa del territorio, y en puesto privilegiado. “comandante en jefe de los Bufantes rojos”. Título merecido y otorgado unánimemente por todos sus componentes, y por meritorios hechos realizados desde el primer instante en que cruzó el paso de las piedras, cuando tenía solo una veintena de primaveras. (O si no, que le pregunten a Xarra).

— **Ixaéla:** *Les traspasarás todo el conocimiento que tienes de estos territorios. Podrías recorrerlos en cualquier dirección sin perderte, orientándote con las estrellas. Que, por cierto... tan bien conoces su disposición en el cielo en cada estación y el recorrido que hacen cada noche.*

A veces, cuando te veo mirarlas y me dices cómo se llama cada una de ellas, juraría que tú mismo las colocaste allí. También aprenderán a saber en el día que viven siguiendo las indicaciones del calendario de Luz. Ya se darán cuenta cuando vean lo que llevas en tu morral.

Es cierto, ya no se acordaba de que va cargado con un enrollado pergamino en el que se ha dibujado el plano del territorio y el dicho almanaque. Eso sí que le anima y lo demuestra mostrando su mejor sonrisa, que se la dedica a ella. Quien, con voz grave y condescendiente, continúa sus halagos en tercera persona para que parezcan más solemnes las palabras.

— **Ixaéla:** *El señor Dan, también es un experto superviviente en el mundo que le rodea. De niño aprendió mucho de sus padres y hermanas, descendientes todos de los magos del bosque. Antepasados y actuales familiares son, “Zerbas” o brujos del bosque, que es más o menos lo mismo. Todos ellos, conocedores de los secretos de la naturaleza de que goza nuestro mundo, y de algo más alejado, diría yo, a juzgar por las cosas que los he visto hacer...*

El abuelo la mira de reojo al escuchar las últimas palabras, y piensa.

— **Dan:** *“Estoy seguro de que esta mujer sabe más de lo que yo la he contado, pero seguro que ella también sabe que yo lo sé”.*

Si ella supiera el secreto que se guarda para sus adentros... “Pero algo intuye la inteligente mujer”. Y es que, ni él mismo sabe cuál es exactamente... pero de un tiempo a este y con el paso de los años, un recuerdo que lleva muy adentro, se le va despertando... No sabe quién lo habrá metido allí, pero intuye que con la ayuda de su esposa, pronto lo sabrá...

Bueno, cuando ellos se aclaren, me supongo que nosotros también nos enteraremos. Igual no es para tanto... ¡Oh, sí! “Seguro que Báttia tiene algo que ver con ello”. ¿Qué quién es?... Paciencia, ya nos iremos enterando.

Siguen caminando; los dos rememoran el tiempo transcurrido desde su encuentro, y que, debido a una serie de circunstancias y casualidades fortuitas, terminaron arrancando la tierra roja de las montañas a las que debe su nombre. Barro con el que se han ganado la vida hasta hoy, que han sido relevados por sus hijos y algunos de sus nietos. Ya no tendrán que hacer más ladrillos ni tejas. Tampoco tendrán que transportarlos a la aldea Vereda Abajo, ni a la cabaña del lago a través del paso de las piedras.

Pero no dejarán de teñirse las manos de rojo barro... porque también tienen pensado compartir con todos los niños su afición favorita: “esculpir figuritas de arcilla”. Entretenimiento disfrutado por toda la familia, y que será determinante en sus vidas, pasado, presente y en un futuro inmediato. Así quedan presentadas las credenciales de nuestros queridos amigos, que continúan vereda abajo hacia su nuevo propósito.

Después de la amena caminata y amenizada charla, cruzan el puente que los lleva a la calle principal de la aldea. Durante la última legua, se han dedicado a meterse el uno con el otro, pero con simpatía, para olvidar la responsabilidad a la que se enfrentan.

Ixaéla le empuja después de que haya soltado una impertinencia de las suyas, y él, la responde con un golpe de cadera. (Un culazo, para que nos entendamos.) Esto la desplaza hasta el otro lado del camino y cuando se recompone y mira hacia delante, un par de ancianas mayores que ellos, los están mirando y cuchichean entre ellas.

(Decir que por estas épocas era normal llegar a ser bisabuelos, y en muchos casos hasta tatarabuelos; por lo tanto, como se vive tantos años, a la edad de Dan e Ixaéla, aún no se les considera con el honorable título de ancianos, aunque ya sean abuelos).

— **Una de las ancianas:** *Y estos dos, son los que van a enseñar cosas de la vida a nuestros biznietos... ¿Te acuerdas de las que liaban con sus amiguitos Lauro y Layza?*

— **La otra anciana:** *Sí, pero tú, acuérdate también de lo mucho que han hecho por todos nosotros. Te recuerdo... Los lobos, los Cebukos, el oso Xarra y, cómo no, Tromból con sus sicarios de Surxarra. Si quieres, ¿sigo?*

— **Otra vez, la primera anciana:** *Tienes razón, los dos son buena gente y a Ixaéla la hemos visto nacer. Mi vejez me hace*

desvariar. De todos modos, deberían cuidar su conducta; ya no son unos niños.

Está claro que la segunda es una incondicional de los abuelos alfareros; la primera quizás no tanto, pero ambas los seguirían al mismísimo hogar de Gaitoka. (Lo más parecido a un diablo que se conocía por aquellas épocas). Ixaéla disimula y carraspea al sentirse observada y cambia su semblante, de sonriente a solemne.

Dan, también se ha percatado y se han sonrojado sus mejillas. Todo cambia al pasar a su lado, porque tras un simpático saludo, se unen a ellos y realizan el último tramo para ir a por tortas de pan al colmado.

Por el camino, hablan del buen tiempo que hace al principio de esta estación de primavera, y de cosas cotidianas que suceden por el lugar. Cuando llegan al centro de la aldea, el par de mujeres se encaminan hacia su destino de todos los mediodías, la casa en que nació Ixaéla, que es donde se hacen los panes.

Y ellos, tras despedirse como es debido, se dirigen al lado contrario. Hacia una especie de granero comunal, que es compartido por todos los habitantes, utilizado mayormente para proteger y conservar alimentos con los que pasar los duros inviernos que azotan el valle.

Un entarimado de madera que conforma el tenado de la recámara por debajo de las tejas sirve como despensa alzada, para que los animales no alcancen a los exquisitos manjares que conforman las reservas que allí se almacenan. Basada en cereales, castañas y frutos variados que se conservan a ideal temperatura.

En la planta baja y al fondo de la amplísima nave principal, se almacena el heno que alimenta a los animales durante la estación más fría del año.

El resto del espacio es aprovechado para otros menesteres, reuniones y asambleas cuando bajan las temperaturas.

Con el buen tiempo se reúnen en el exterior, junto a un gran estanque alimentado y relleno por el caudal del río cercano a través de un canal artificial. Construido y excavado por los primeros habitantes, hace ya muchas primaveras. La alberca está rodeada por un terreno llano y adoquinado con bloques rojizos en su totalidad.

En sus tranquilas y apacibles aguas, conviven en la superficie, patos y gallinas de agua, y bajo ella, peces de alta montaña e infinidad de renacuajos que pronto se convertirán en estruendosas ranas que amenizan las noches de la aldea. A su alrededor se levantan varias edificaciones, lo que le confiere al conjunto arquitectónico, el estatus de “plaza del pueblo”.

Como más destacable, al entrar por la calle principal y de frente encontramos la casa grande, a cuyo costado está adosado el susodicho granero. En ella es donde viven los líderes de la aldea, a los que se les ha otorgado el título de Buruzagas. Casona rodeada de un gran patio amurallado con paredes de considerable altitud, que prestan el servicio de refugio para todos los vecinos en caso de confrontación o peligro.

Otras construcciones no tan relevantes, pero de vital importancia, van cerrando el espacio de la esplanada de la plaza, como la casa del molino. Allí viven los padres de Ixaéla, y a su

espalda resuena el río que empuja la rueda que mueve un molino. Ejes, poleas y soportes conforman la estudiada maquinaria de madera que le permite tomar vida.

Dos patios flanquean la casa. Por el lado norte, el horno encarnado con el que se elabora el pan tan delicioso que recogen a diario todos los vecinos y otro de mayor magnitud con el que se cuecen ladrillos de arcilla. En el lado sur, ganado y animales de todo tipo, permanecen acomodados en sus cuadras.

La casa es casi tan grande como la anterior. Otras seis casas más completan la plaza y conforman el círculo en que las dispusieron los primeros habitantes de la aldea. De entre cada casa, nacen calles que terminan donde empiezan los caminos.

Uno de ellos, por el que han llegado los noveles maestros, transcurre por la principal que llega hasta el puente grande del río Rojo. Al traspasarlo, nacen algunas sendas, y el camino que lleva al paso de las piedras que transita por el manantial de los abuelos.

Tomando como eje central la plaza, cuatro calles trazadas entre un buen número de cabañas, son el comienzo de otros tantos caminos que se dirigen hacia el sur. Algunos ascendiendo por la falda de la montaña, que ya desde allí empieza a empinarse. Otro acompaña al río hasta donde no se puede pasar. Y para tomar el resto de las sendas y veredas que llevan al lado norte del valle, hay que atravesar otros puentes más pequeños.

El tramo de río que atraviesa la aldea, dispone de pasos o puentes para vadearle, porque se presenta profundo y con corrientes avivadas por la pendiente en todo el recorrido. No son pocos los senderos que se han ido trazando a lo largo del tiempo

hacia cada punto cardinal del valle. Transitados y trazados por aldeanos, para ir de caza, recolectar frutos o simplemente, pasear por las Montañas Rojas y el valle.

En medio del estanque y sobre un amplio pedestal, se elevan sobre la superficie del agua cristalina cuatro estatuillas de barro. En homenaje al que, según una antigua leyenda, es el gran Zerba del cielo azul y creador del mundo.

Los otros tres son sus primeros hermanos. (Zerba, es como son denominados los que realizan hechos inexplicables; sería el equivalente a mago, brujo, o algo así). Y este, es el considerado, más poderoso de todos ellos.

Su figura es la de un hombre barbudo con semblante regio, nariz prominente y orejas puntiagudas, pero en lugar de piernas tiene cola como los renacuajos que se bañan bajo él. Nadie le ha visto nunca, pero quien los puso allí dice que es así como los imagina en el interior de su cabeza... Y a los pensamientos de Dan, aunque no quiera ni deba admitirlo, realmente le llegan las imágenes claras y nítidas, como si en verdad le conociera.

Y no me extraña que algunos digan que es descendiente de Báttux, porque con la estatuilla tiene un enorme parecido. Menos en la cola, que es sustituida por fornidas piernas, sus orejas no son tan puntiagudas, y la barba es más corta y despoblada, aunque a ambos se les rizan las puntas del bigote y las patillas.

Pero esto, forma parte de la propia leyenda de los Zerbos, y se basa, sobre todo, en lo que determinan como actos inexplicables por parte de la familia de Dan, sobre todo por la rama que mora en las cuevas del Bosque Nublado... y más aún

cuando se habla de la vieja Báttia, a quien todos llaman la vieja maga de cabellos blancos.

Dan, simplemente lo justifica con que se trata de la experiencia que han ido acumulando de padres a hijos. Pero a ver cómo explica lo que ha de llegar en el futuro.

En el granero se celebran las asambleas en las que se toman las trascendentales decisiones en bien de la comunidad, y también se celebran los festejos populares...

El más común y cotidiano, es durante las noches de luna llena en homenaje a la naturaleza y a la hija del primer Zerba; de igual modo, es donde en primavera se unen las parejas de enamorados en presencia de todos para formalizar una nueva familia. Y desde hoy, servirá como escuela de aprendizaje.

Cuando los abuelos llegan, todos los niños se encuentran ya en el pórtico de la entrada. (Los nietos verdaderos y los adoptados). Abierto el portón, todos ellos se acomodan sobre los improvisados asientos. Algunos se aposentan en elaborados bancos y banquetas de madera que han traído de sus hogares, y otros, los más comodones, se desparraman sobre fardos de heno que cogen del montón.

Las duras y vitales tareas que se desarrollan habitualmente, las han ido aprendiendo en sus propias casas y a manos de sus progenitores, pero las enseñanzas de los abuelos pueden aportarles distintos y entretenidos conocimientos que tranquilizarán sus ansias por aprender, divirtiéndose de paso.

Los tiempos que corren y las circunstancias que amenazan su afable convivencia han hecho pensar que los más jóvenes debían recibir más aprendizajes para enfrentarse a los contratiempos que se avecinan. Ellos, reconociendo como válidos los consejos de quienes tienen mayor experiencia en la vida, se encuentran aquí presentes y dispuestos a tomar la primera lección a manos de los abuelos del manantial, porque así se decidió en asamblea.

Lo primero que hace el abuelo es colgar en la pared que hay a la espalda de su mesa, un pergamino al que llama “Tiempo”, y que no es otra cosa que un singular calendario o una especie de diario. El encabezado está ilustrado con una luna eclipsando al sol. Por debajo está dividido por sendos trazos lineales en cuatro partes iguales, una por cada estación.

Y dentro de ellas, los correspondientes días con sus respectivas noches. En el primero de los días que destaca en tamaño entre los demás, pone en letras grandes... “Diario de Luz”. Y mientras lo fija a la pared con suma delicadeza, explica a los presentes, lo que aquel... el primer día de esa era, sucedió.

— **Dan:** *Tras un eclipse de luna y muy cerca del lago de aguas enrojecidas, se vio por primera vez a la hija de Báltux, que estaba iluminada por una brillante aureola de luz. Y allí... Y en ese momento... fue donde comenzó el tiempo de esta era.*

Los niños que observan medio embobados saben de quién se trata, porque una vieja leyenda que se cuenta por ahí habla de ello. Además, algunos han oído hablar a sus padres y abuelos del día en que se encuentran y en qué estación del año están. Pero se lo saben de memoria y es la primera vez que lo ven anotado con

símbolos sobre un pergamino. De este modo será más sencillo recordar cuándo suceden las cosas de este mundo y en qué tiempo viven.

— **Dan, repite:** *Ocurrió hace mucho tiempo... Tras un eclipse de luna y muy cercano al lago de aguas enrojecidas, se la vio por primera vez, a quien se decía que era “la hija de Báttux”. Ella estaba iluminada por una brillante aureola, por eso los primeros que la vieron, “la llamaron Luz”. (Aunque también se dice que el nombre se lo había puesto su propio padre la primera vez que sintió su corazón). Y allí... Y en ese momento... comenzó este calendario tan particular, que la misma chica comenzó y que sus descendientes continuaron.*

(En la aldea y en el resto del territorio, poco más se sabe de ella, aunque los más espabilados no pueden evitar "atar cabos").

— **Los niños pensando:** *“Sí, Luz fue la primera que escribió ‘el tiempo’ y después lo continuaron sus descendientes... ¿Por qué ahora lo tiene el abuelo Dan y la familia del Manantial?”*

Rascándose las sienes con la punta de su dedo índice, cada cual imagina la respuesta. Pero nadie se aventura a expresarla en voz alta para no parecer un poco idiotas. Así que, toca poner atención si quieren enterarse de algo más.

Y si alguno anda algo distraído, para eso está la abuela, que reclama su atención con una leve palmadita en el hombro y una miradita de las suyas, a la que saben por experiencia propia y por oídas en boca de otros, que debe hacerse caso por la cuenta que trae.

Después, el abuelo coloca otro pergamino similar, pero en este, el título es de mayor tamaño y no solo son letras, también hay cifras: “año 936 del diario de Luz”, que corresponde al que ellos están viviendo en este momento. Casi ninguno de los presentes puede corroborarlo, porque no saben leer... “Aún”. De momento, se fían de la palabra de la abuela.

Este hecho hace que pongan toda su atención, y estén deseando conocer el significado de todo lo que hoy, y en días sucesivos, aprenderán en la nueva escuela. Después, señalando el último cuadro escrito, la abuela les explica cómo funciona.

— **Ixaéla:** *Veis, este es el día en el que nos encontramos hoy, el décimo de esta estación de primavera; el anterior fue el día que vivimos ayer, y el que le sigue, que está en blanco, mañana lo anotaremos como el décimo primer día de primavera. Y así, según vayan pasando las noches, a la mañana siguiente iremos reflejando el que corresponda. Pero seréis vosotros los encargados de plasmarlo en el tiempo de Luz, cada día uno y empezando por el de mayor edad.*

Y el mayor de todos ellos, que además es el más grandote, levanta la mano a la vez que se pone en pie reclamando su derecho a ser el primero, y su gesto de determinación se refleja en su serio semblante y en la firmeza de su tieso cuerpo estirándose como si quisiera llegar al techo. ¿Quién le diría que no, si es tan alto como el propio maestro? Así que termina consiguiendo la aprobación de todos.

Y mañana, guiado por las manos de Ixaéla, se imprimirán sus primeras letras. Mientras tanto, un buen rato se pasan todos

ellos ojeando los grabados. Y en algunos de los días en que ocurrió algo significativo, se escribió de ello. Además de letras y números, también hay escenas dibujadas. El abuelo, sin detener el repaso que están haciendo los niños, les comenta algo más.

— **Dan:** *Hoy no he podido traer todos porque no me cogen en el morral, pero mañana mismo, mis hijos traerán los diarios de los años que ya han pasado. Permanecerán enrollados y bien guardados en este arcón, porque, aunque estén más resumidos que estos, en las paredes no cogerán. En adelante, cada día repasaremos algunos de ellos para que conozcáis vuestras raíces y a algunos de nuestros antepasados. Seguro que encontramos hasta el día que nació nuestro Buruzaga, “Canu el largo”, aunque ya hayan pasado muchas estaciones.*

Y a la vez que lo dice, imita los encorvados andares del viejo Buruzaga de la aldea, que, debido a sus achaques, se apoya sobre un bastón con una mano y se sujeta la espalda con la otra. Claro está... que Ixaéla le recrimina el jactarse de sus males.

— **Ixaéla:** *Te parece bonito reírte del viejo Marto, con lo que él te admira y te quiere. ¿Y vosotros de qué os reís? Ya veremos cuando lleguéis a su edad si sois tan ágiles e inteligentes como él.*

No se ha limitado a decirlo; el abuelo se ha ganado un sopapo en la nuca, y el resto, con tan solo la amenaza, se han echado a temblar. Poco les dura el serio semblante, porque en cuanto se da la vuelta, su esposo vuelve a imitar exageradamente el dificultoso caminar de Canu el largo.

No pueden aguantarse y a todos ellos se les escapa una disimulada carcajada. Esperan otra reprimenda por parte de la maestra, pero esto no sucede porque ni siquiera se gira. “Como si no lo hubiese oído”.

La verdad es que no se ha dado la vuelta, para que no la vean reírse a ella también. Porque en el fondo sabe que lo hacen con inocencia. Para todos ellos y también para los que no están presentes, la figura de tan honorable ancianísimo es casi venerada. Si estuviera presente, se reirían todos juntos, y seguro que él haría mofa de los defectillos de muchos de ellos, que no son pocos.

Aprovechando el momento de impasse, el abuelo, sin dejar tiempo para la reacción, saca apresuradamente otro pergamino de mayor magnitud. Una vez desplegado, se alza desde sus rodillas hasta donde le alcanzan los brazos. Para que se mantenga terso, lo amarra a un viejo bastidor de curtir pieles.

Los niños se quedan asombrados por lo que allí está representado. Y esta será la otra lección de hoy, conocer el territorio de su entorno a través del “Plano de Luxím”. Desde las montañas oscuras donde pastan los temibles “Cebukos” hasta la frontera natural que presenta el profundo río Hondogabea, hogar de los insaciables “Arrandiakas”.

Realmente el maestro estaba deseando mostrarlo, por eso lo ha dejado para el final... Lo que han de saber primero es que lo comenzó él mismo hace mucho tiempo, describiendo las zonas del norte que le eran conocidas.

Y después, lo completó su hijo Luxím durante la primera misión de vigilancia en las fronteras del sur, en las que muchos padres y madres de los presentes también estuvieron. “Aunque esto, ya te lo contaré más adelante”. Sobre la parte más alta del pergamino que representa precisamente el norte, comienza la descripción del plano. Para ello se ayuda de su vara de fresno con la que va señalando cada relieve.

Todos los presentes se aproximan para verlo más de cerca. Los niños mayores, en pie sosteniendo sobre sus hombros a los que apenas levantan unos palmos del suelo, y delante de ellos los de mediana edad, sentados. Y todos ellos atentos a las indicaciones del abuelo. Lo miran, y al principio no entienden mucho de lo que ven.

Algún dibujo reconocen, pero todo comienza a tener sentido cuando va explicando qué es cada imagen y dónde está situada con respecto a la Aldea Roja.

Capítulo 2

DESCRIPCIÓN DEL PLANO DE LUXIM.

Las Montañas Oscuras: El primer título que se observa en lo más alto es el de “Las Montañas Oscuras”, frontera natural e infranqueable que impide el paso por el norte al Territorio de los Cuatro Colores.

Recorren de un lado al otro toda la Extensión del pergamino, desde el mar del este hasta el del oeste. De tal altura son sus cimas que se pierden entre las nubes; incluso alguno dice que traspasan la cúpula de la tierra.

Y de tal anchura que no se le conoce el fin. Y en las primeras estribaciones tras pasar las faldas de la cordillera encarnada, se encuentra el paraje en el que fueron expulsados los Cebukos, extensos prados situados en una meseta semi inclinada que terminan en acantilado con laguna y cascada incluida, y así es nombrado en el plano... El “Altiplano de los cebukos”.

Las Montañas Rojas: Como si se tratara de un retoño de las negras, en su vertiente sur, nacen las montañas rojas. Que es donde habitan los que están mirando este plano. Explica Dan a sus alumnos que antes y sobre ellas había una enorme mole de rocas negras que formaban parte de la cordillera oscura, y fue arrancada por el ser que creó el mundo, para fines que más adelante conoceremos.

Por ello estas cimas no alcanzan tanta altura, pues se formaron por efecto de la violenta extracción de la tierra rojiza

que había bajo la mole de piedra, pero también son infranqueables, a no ser que seas un buen escalador.

Esta cordillera está rota en su mitad por el Valle Rojo, que ha sido erosionado por la incesante corriente de un río con idéntico nombre, y a su vera está la Aldea Roja. El valle es solo accesible por un punto situado al este llamado por las gentes de la comarca “el paso de las dos piedras”. Quebrada o puerto de montaña al que le da la sombra del atardecer el famoso pico de Báltux, que solo deja ver su cima cuando las nubes te lo permiten.

Las aguas del lago que están al otro lado, por efecto de la evaporación, las hace ascender en forma de vapores enrojecidos, y las corrientes de aire que predominan las empujan hacia el norte, vertiéndose en forma de copiosas lluvias sobre todo el valle, quedando empapadas las tierras rojas de ambas vertientes de las montañas.

Mágico líquido que forma infinidad de arroyos afluentes que vierten sus aguas en la corriente principal del río Rojo (como ves, aquí a todo se le apellida con dicho color).

Durante su primer tramo, el río transcurre relativamente tranquilo, hasta que se estrecha el valle y se convierte en un torbellino de aguas bravas a su paso por el cañón formado por altas y verticales paredes que cambian de rojo a azulado casi de golpe.

Un poco más abajo, dos saltos de agua, uno detrás de otro, ponen fin al cañón y, por lo tanto, también al valle. Son las Cascadas de la Niebla, y allí están los respiraderos de las minas que atraviesan de un lado al otro la montaña, donde un pueblo

entero habita en su interior, horadando el duro granito y las vetas de minerales metálicos; la entrada está situada en la vertiente contraria.

Desde el comienzo del cañón, la corriente fluvial es innavegable, y sus orillas inaccesibles para los seres humanos y para la gran mayoría de animales. Aunque algún padre de los presentes en el granero, cuando aún eran niños, logró llegar al final de la primera catarata y seguir vivos en el intento.

Las Montañas Azules: Justo en el cañón donde se estrellan las aguas del río y se ubican “Las Minas de Metal”, se unen las tres cadenas montañosas.

Aunque las de color negro abrazan a las rojas por el norte en todo su recorrido, durante un tramo no muy extenso se une a la fiesta la cordillera de color azul. Allí nacen con grandiosidad, adosadas a las rojizas y separadas de las negras por la corriente del río en el tramo de las cascadas...

Las Montañas Azules de Granito. Justo donde finaliza el cañón de altas y verticales paredes, entre la penumbra, las tres cordilleras se unen en un abanico de colores, exaltado por un permanente arcoíris multicolor, causado por los rayos de sol que brillan al estrellarse contra los vapores de las cataratas.

Mirando hacia el este, desde la meseta artificial que picaron los mineros en la entrada de sus minas al otro lado del cañón, las montañas azuladas trazan una gruesa línea casi zigzagueante que queda bien visible a los ojos desde esta altura. Y la mayoría de sus picos terminan en aguzadas puntas de

aguja y farallones espigados, que forman otra barrera natural e infranqueable.

Las dos planicies... Las montañas oscuras acompañan a las rojas por el norte durante todo su perímetro, casi rozándose en mitad de sus faldas. Y después continúan sin perder altura, hasta que se rompen de repente al llegar a dos acantilados sin fin que delimitan los mares que rodean la península.

Las montañas azules hacen lo propio primero hacia el sur, pero alejándose por el centro conforme avanzan hacia el este, formando casi un círculo más bien ovalado. Se separan, rojiza y azulada, para unirse de nuevo muchas leguas al este, donde vuelven a unirse de nuevo dejando una extensa meseta en el centro que se ve partida en dos mitades y a distinta altura.

Planicies que están separadas por otra barrera natural, en forma de acantilado y con una alzada, que desde la de arriba los hombres que pasan por debajo parecen hormigas. Simplemente le llaman a esta zigzagueante depresión “El Acantilado Rojo”. Con un solo paso, para bajar o subir de una a otra meseta.

Terralta: En esta altiplanicie alta, se encuentra el gran Lago de la Luna, que vierte las aguas a través del Río Alto. Nace en infinidad de fuentes que provienen de arroyos subterráneos, que, a su vez, transportan el agua desde los acuíferos de las montañas negras.

Se unen los manantiales hasta formar el primer tramo de río, no muy largo en su recorrido, pero debido al empinado final de las laderas, se desplaza con ímpetu hasta verse frenado por aguas remansadas. Es el famoso “Lago de la Luna”, que se

extiende por casi toda la altiplanicie, dejando extensas praderas y monte bajo entre sus orillas y las faldas de la cordillera roja durante el trecho que corresponde, y un bosque oscuro y nebuloso por el otro lado que se sitúa al este.

El embalse de agua, después de permanecer apacible y tranquilo, vuelve a precipitar de nuevo sus encarnadas aguas a través de La Cascada del Acantilado rojo.

A cuya vera transcurre zigzagueante el empinado camino, que cuesta tanto traspasar. Entre el lago y las montañas oscuras, se extiende el impresionante “Bosque Nublado” (llamado así porque la mayor parte del día se ve impregnado por una espesa neblina que no se sabe de dónde procede).

Masa forestal que nace en las orillas del embalse y se pierde en las alturas de las altas cimas negras. Allí está situado el hogar donde viven sus amigos Los Uros, en “Aldeanueva”.

Y en lo profundo de la espesura arbórea, más hacia el este, aparece “La Cueva de Batuzaim”, hogar de los supervivientes del ataque de una jauría de bestias salvajes, que mataron a Batuzaim Décimo.

“El último guardián conocido del legado de los Zerbas”. Alrededor del lago y en orillas opuestas, se encuentran la Aldea de “Fuenroja” y la Ciudad de “Rialto”. Y a medio camino de las dos, siguiendo la orilla, se ha dibujado destacablemente por su importancia La Posada o “Cabaña del Sol y la Luna”, llamada así porque de día se refleja uno, y algunas noches, la otra. En este lugar, se crio el abuelo Dan.

Bajaterra: El río alto muere en la cascada del acantilado, y renace al fondo de ella convirtiéndose en un nuevo río. Este atraviesa Bajaterra, en forma zigzagueante, formando una infinidad de meandros, media docena para ser exactos. Y en cada isla formada por ellos, se asientan sus correspondientes ciudades. No se complicaron mucho para ponerles nombre.

La más cercana a la altiplanicie se la conoce como Ciudad Primera; Ciudad Segunda, la siguiente; y continúan llamándose... Ciudad Tercera; Ciudad Cuarta; Ciudad Quinta; Y Ciudad Sexta.

Este río, como transcurre por la meseta más hundida, fue nombrado Río Bajo. Tampoco se lucieron mucho quienes le adjudicaron su nombre.

Tras su largo recorrido, más de siete jornadas siguiendo la orilla, desaparece de repente en una enorme cueva, al no poder atravesar el muro natural formado por Las Montañas de Granito Azul.

Otra cordillera inaccesible, franqueable solamente por un estrecho paso entre dos grandiosos e imponentes farallones. El famoso Paso de las Agujas, en el que se vivió un terrible episodio hace algún tiempo, siendo protagonistas algunos aldeanos rojos, junto a otros habitantes de aldeas cercanas.

Llanos Verdes: Al atravesar al otro lado del paso, lo que se puede observar son las llanuras representadas en color verde, que es así como se llama el siguiente territorio.” Llanos Verdes”. Fértiles tierras que son regadas por una infinidad de arroyos y ríos.

El de mayor caudal, dicen, y seguro que es cierto, que es la continuación de Rialto que desaparece en el lado opuesto al estrellarse contra las paredes de granito azul y hundirse en una profunda sima.

A este lado, aparece de nuevo a través de una enorme oquedad en la base de una de las dos agujas de granito del paso, la que está situada más al oeste. Más que renacer, Gorgotea como el agua de una olla caliente. Desde aquí se le conoce como el río de los fresnos.

Simplemente porque en sus orillas abundan este tipo de árboles. Dos asentamientos de importancia se representan en el mapa por estas latitudes. La Ciudad de Tenaria y la Aldea de los Fresnos.

Aunque el resto de las llanuras está plagado por granjas desperdigadas. De este territorio, por el sur no se puede salir porque no existe paso alguno. Una depresión en forma de grieta que se llena con el agua de todos sus afluentes impide el paso. Al igual que las montañas oscuras, este cañón lleno de agua atraviesa la península de un mar a otro, separándola en dos mitades.

Y no solo por el ancho y profundo es inaccesible, sino porque algo o, mejor dicho, alguien... se encarga de que nadie pueda hacerlo.

Al menos hasta aquel día en que lo atravesaron quienes no debían. Y se le llama Río Hondogabea... hogar de los Arrandiakas. Aunque más que río, sería un pantano largo y extenso que parece haber sido construido por algún Zerba del firmamento que, con la punta de su dedo, arañó el terreno para

proteger a algún habitante del territorio... (Al menos, eso es lo que cuenta una antigua leyenda). Y como tal, se lo hace saber el maestro a sus alumnos.

De cualquier forma, lo mejor es observar el plano para ver, no solo lo descrito; también se pueden apreciar pequeños detalles muy interesantes y reconocibles para muchos de los presentes, y seguro que más aún para los mayores que están realizando sus quehaceres.

Algunos niños no saben leer los símbolos que se representan en el mapa; otros, apenas distinguen una parte de ellos. Esto motiva en mayor medida el aprendizaje que van a recibir en la nueva escuela, en el que el primer día concluye con esta práctica y entretenida lección.

Cuando llegan cada alumno a su respectiva morada, comunican a sus familiares lo que han aprendido del mapa colgado en la pared del granero, y en menos que canta un gallo, “la noticia corre por toda la aldea”.

Los que estaban en sus ocupaciones cotidianas, ya las habían concluido, así que instantes después, todos los miembros de cada familia se dirigen a comprobarlo con sus propios ojos. Los que todavía no se han enterado, al verlos en profesión, se despierta su curiosidad y se unen a la comitiva sin importar hacia dónde se encaminen. Saben, “que donde van muchos, es porque ocurre algo interesante”.

Cuando llegan los Buruzagas, que también habían sido informados por aldeanos más bien sueltos de lengua... Se abren los portones. Y una vez dentro, se dirigen todos hacia donde está

el plano. Son gente organizada y no se empujan para llegar primero, así que conforman ordenada fila por estricto orden de llegada.

Al pasar, lo hacen en pequeños grupos que están compuestos por miembros de la misma familia. Todos reconocen perfectamente el valle, también el territorio del lago con las aldeas que lo rodean, incluido el Bosque Nublado y las montañas oscuras. El resto del plano, solo unos pocos saben dónde se encuentra lo que se representa “porque estuvieron allí cuando se dibujó” y pueden dar fe de ello algunas cicatrices que adornan su piel.

Estos señalan los lugares para más tarde contar las aventuras que allí vivieron. Algunos defendiendo el Paso de las Agujas y otros en el río Hondogabea vigilando la frontera del sur.

— **Uno de los aldeanos:** *Y entonces Luxím salió del carro, montó sobre Azcarra y se abalanzó sobre las brasas del fuego que cortaban el camino...*

— **Otro aldeano:** *Y Nani le decía... “¡Adelante Luxím! ¡Cabalga loco hermano!, y guíanos hacia donde quiera que te dirijas”*

— **Y otro:** *Las flechas llovían por todas partes y, a pesar de estar heridos algunos de nosotros, cargamos ladera abajo contra ellos...*

Y así, unos tras otros van contando sus hazañas. Padres y abuelos se quedan boquiabiertos por los hechos descritos. Ya sabían que los Bufantes rojos son intrépidos cazadores; ahora

también conocen su faceta de aguerridos defensores de las fronteras. Una vez en la plaza, con improvisadas hachas y espadas de madera, los más pequeños luchan unos contra otros emulando sus hazañas.

Y bajo la absorta mirada de sus mayores, transcurre lo que queda de día. Esta noche se cenará tarde en toda la aldea. Acción que recriminan un montón de lobos domésticos, que desde la puerta de las cabañas reclaman sus correspondientes viandas al modo que mejor saben hacerlo, “aullando”.

A la luna deben de gustarle estos pavorosos lamentos, porque parecen haberla revitalizado y brilla más que nunca, mostrando todo su esplendor.

A altas horas de la noche, los abuelos alfareros, acompañados por sus nietos y sin ser conocedores de esta improvisada visita al granero por parte de todos los convecinos, llegan al manantial y también se han percatado del aumento del brillo del satélite, tanto que no necesitan ya las antorchas para llegar a sus aposentos.

Embobados y atraídos por su luminosidad, no bajan la mirada para seguir caminando con seguridad y uno tras otro, algunos a la vez, van tropezando con el bordillo del porche. Unos terminan sentados, otros panza arriba, los que más, tumbados boca abajo besando la hierba, pero no se van a lamentar; tras comprobar que no ha resultado nadie herido... se desternillan de la risa. Y el regocijo que siente la luna al verlos hace que destellee como el mismo sol.

Dos jornadas después, se lo hacen saber los alumnos... (Lo de la visita de sus familiares al granero, claro está... “¿Qué iba a ser si no?” Y cada uno de ellos trata de contar lo que habían vivido sus padres o abuelos en cada lugar. Los abuelos, el resto del día se lo pasan escuchando anécdotas que reviven en su recuerdo, porque también algunos de ellos fueron protagonistas en parte de ellas.

Este día ha sido parco en enseñanza, pero fértil en recuerdos que han emocionado a muchos. Y ahora, los niños conocen mejor a sus mayores a través de las historias que sucedieron en distintas zonas que se representan en el plano de Luxím. Y la clase que tenían preparada para este día queda postergada para el siguiente.

A lo largo de días venideros, Ixaéla enseña a los alumnos a plasmar y escribir los signos sobre pergaminos de piel, tallarlos sobre madera o grabarlos en la arcilla fresca, y también a interpretar los que ya están manuscritos. Además, son instruidos en calcular y medir... el tiempo, volúmenes y longitudes, con el fin de desarrollar las tareas con más eficiencia.

Como por ejemplo... Los trueques o intercambios de productos que tienen bien definidos las gentes para que sea justa la negociación. Como ella lo aprendió de sus padres, es de su entender que también sería bueno para ellos, y muy a menudo visitan el colmado para recibir una clase práctica.

Desde los primeros tiempos de la aldea, cada cual se dedica a algún quehacer específico... Unos curten pieles, otros se dedican a la caza, otros a la pesca, muchos de ellos a ambas tareas y casi todos ahúman carne y pescado para las conservas de

invierno. Los apeos y herramientas son en varias cabañas donde se fabrican; animales vivos se crían en muchos otros hogares del bosque y en la ribera del río; también por estos lugares se recolectan frutos de todas las clases, o cualquier otra cosa que se pueda encontrar por allí y que resulte de utilidad, o se deje comer.

El que emplea su tiempo para una cosa, no tiene tiempo para otra... De modo tan sencillo y eficaz se solucionó el problema hace ya mucho tiempo. Cazar, pescar, recolectar y producir un poco más de lo que se necesita, para que lo que sobra pueda ser intercambiado.

Se creó el colmado de la plaza, para depositar allí los excedentes, y a cambio obtener lo que se necesita. A los padres de Ixaéla no se les daba mal tal menester, así que se hicieron cargo de ello. Para conseguir productos que no se encuentran en el valle, existen los buhoneros que los traen del otro lado de las montañas rojas.

Con ellos negocian los molineros en nombre de los aldeanos y en el suyo propio, convirtiéndose la casa del molino en el centro comercial de la aldea.

A modo de clase práctica, Ixaéla somete a prueba a los alumnos pidiéndoles que intercambien entre ellos sus objetos más preciados para que valoren con la estima que se merece el esfuerzo que realizan los mayores para subsistir en estos tiempos.

Y todos ellos aprueban, a la vez que procuran que los tesoros vuelvan a su poder tras haber pasado por varias manos. Aunque antes de guardárselos en sus morrales los revisan por si no han sido tratados con delicadeza.

Otro día, aunque casi todos ellos lo saben, el abuelo maestro rememora cómo, al poco de llegar al valle y cuando era un joven cazador, se fundó la primera granja del valle donde se crían todo tipo de cachorros que él ha ido proporcionando a lo largo del tiempo, ayudado por sus habilidades, adquiridas y aprendidas por parte de dos viejos y experimentados tramperos.

Capturaba vivos en los bosques: Toros y vacas salvajes; cabras y antílopes de todo tipo; gallináceas y aves variadas; incluso lobos se domesticaron para hacer compañía y a la vez servir de fieles guardianes. Aunque este hecho fue más bien fortuito las primeras veces.

En esta aldea, no hay ni una sola familia que no cuente al menos con uno de estos inestimables amigos caninos que son tratados como miembros de pleno derecho. Del mismo modo son compañeros de fatigas los caballos de montaña, que por aquí abundan.

Al principio se capturaba a las familias completas para no separar a los potros de sus madres. Los adultos fueron domados con mimo y paciencia, pero a los potrillos descendientes de ellos no les fue necesario hacerlo; ellos mismos deciden por quién se dejan montar.

Cuando llegó Dan al valle, trajo consigo un par de una raza proveniente del bosque oscuro que son de mayor envergadura y fortaleza que los que por aquí transitaban.

De Naiko y Azcarra, se dice que son descendientes directos de los legendarios Bufantes de las montañas oscuras. Animales que eran una mezcla entre caballos montañeses,

antílopes de las praderas y una clase de búfalos que se creen ya extintos. Después se trajeron más de las cabañas del lago y ahora son mayoría en la aldea. Cada niño, desde muy joven, se hace cargo de un potrillo y así el vínculo de unión se acrecienta con la propia convivencia.

Dan es un experto en estas lides y ya se lo ha transmitido a muchos de los padres y abuelos de los discípulos. Todos los días, aunque solo sea un ratito, los alumnos deben entrenarse con su caballo en la plaza del estanque para obtener perfecta sincronía entre jinete y montura, hasta parecer uno solo.

Porque no es al jinete, sino al equipo formado por ambos, a quien se le denomina “Bufante rojo”. Y muchos juntos son la agrupación imprescindible para mantener la paz y libertad en todo el territorio, “La manada de bufantes rojos”, que así fueron bautizados por la influyente mujer que ejerce de Buruzaga junto a su compañero de vida.

El abuelo maestro también enseña el arte de la caza con trampa y cómo se fabrican y colocan para prender animales. De vital importancia es conocer más íntimamente los secretos de la naturaleza y todo lo que nos regala, y aunque muchos ya son conocedores de ello, aprenden a distinguir los alimentos que se pueden comer y los que no; cuáles son las plantas curativas y las que son tóxicas; y, por supuesto, da lecciones de supervivencia en entornos extremos.

Para ello realizan excursiones periódicas a las cimas de las montañas y a lo más espeso de los bosques. Aunque en esto, también aprenden en las habituales cacerías comunes, como

cuando acuden todos los aldeanos a controlar el censo de la manada de “Cebukos” en las montañas del norte.

Los cuenta también, que es hijo de Pólari, un buhonero que había recorrido las tierras conocidas transportando mercancías entre poblados de Terralta. Su madre Luzsol era hija de Mextagón y Lucinda, y a su vez, hermana mayor de la reconocida maga del bosque llamada Báttia, en honor al mítico Báttux, el primer Zerba, e inicial Ser conocido del universo.

Los padres de ambas, que serían los bisabuelos de Dan, eran ni más ni menos que Batuzaím décimo y Mitía, antiguos magos y sanadores que moraban en las cuevas del Bosque Nublado. (Antecesoros del abuelo Dan, de los que más adelante sabrás quiénes son).

De todos ellos aprendió los conocimientos que atesora, sin dejar de menos la estimable colaboración de sus nueve hermanas.

Lo que aprendió de todos sus antepasados y algo más que ha ido experimentando a lo largo de su dilatada vida, lo comparte con sus aprendices. Mostrándoles cómo se fabrican los aperos, las herramientas para labranzas y la construcción de cabañas. A base de lecciones prácticas, en ocasiones visitan a los vecinos que se encargan de estas tareas y que casi siempre son los padres de alguno de ellos.

Estos, cuando empieza la lección, ejercen más como maestros que de discípulos ante sus compañeros. Lo que les causa satisfacción y así demuestran el orgullo que sienten por sus progenitores.

De este modo transcurre el tiempo para los abuelos y para los niños, unos enseñando y otros ilustrándose de conocimientos. Pero lo más divertido es cuando los abuelos traen barro rojo del manantial para enseñarles a modelar figuritas...

Bueno, en esto tienen ayudantes. Todos sus nietos y los padres y madres de ellos han ido aprendiendo desde pequeños el arte de confeccionar y modelar la arcilla. Especialmente una que posee la innata habilidad en la composición de las estatuillas, la pequeña “Noaluz”. Llamada de este modo en honor a la hija de Báttux, a quien se le encargó preservar la naturaleza de este mundo. En el interior de su cabaña, sobre una balda de madera que está junto al camastro en el que pernocta, tiene perfectamente ordenadas un sinfín de ellas.

Todas representan a los animales del bosque; creo que no le falta ninguno de los que conoce, que no son pocos. Y algunos están tan llenos de vida que parece que vayan a salir corriendo o volando en cualquier momento.

Tan reales como lo son también las figuritas que representan a familiares y amigos, de los tiempos actuales y del pasado. “A destacar el parecido entre Báttux, el primer Zerba, y Dan, su abuelo”, quien, como ya te he dicho, es conocido por la labor que realiza junto a Ixaéla como alfarero, y antes lo fue como cazador, pero lo que realmente le otorga fama, sin duda alguna, es que es “el mejor contador de historias” de la aldea.

Por estos tiempos no hay otro entretenimiento aparte de las fiestas del granero; contarse historias unos a otros es la mejor y más estimada distracción. Esto sucede normalmente cuando el Sol se pone y justo antes de dormir, al calor de las hogueras que

realizan frente a cada cabaña donde se reúnen las familias al amparo de la luna. Todos los discípulos saben que algún día terminará contando alguna de las buenas, y esta esperanza ha creado gran expectación entre todos. Cada día, antes de marcharse, se lo solicitan con gran deseo.

— **Alumnos:** *Abuelo, ¿cuándo nos contarás una de tus historias?*

Le preguntan gritándole todos al unísono, pero el anciano siempre contesta lo mismo.

— **Abuelo:** *Mañana tal vez, o quizás pasado. Ya veremos, si os portáis bien y aprendéis mucho, porque me han dicho vuestros padres que remoloneáis con vuestro trabajo al salir de clase. Cuando me digan que os portáis como debéis, entonces os contaré una que casi nadie me ha oído contar antes. Pero guardar el secreto, no sea que se nos llene el granero de gente pidiéndome lo mismo que vosotros, que parecéis polluelos pidiendo gusanillos.*

— **Un alumno:** *Abuelo, yo me porto bien, pregúntales a mis abuelos...*

— **Otro alumno:** *Yo también me porto bien, pregúntaselo a los míos.*

— **Y otro más:** *Y los míos... seguro que también hablarán bien de mí.*

— **El mismo de antes:** *Dany, los maestros son tus abuelos... Y te han oído, saben que has sido tú... ¡Me parece que no cuela!*

— **Otra vez todos:** *Ixaéla, convéncele tú, que a ti te hace caso... O tú, Noaluz, a ti también te escuchará... Abuelo, no te hagas de rogar. ¡Por favor, cuéntanosla, ya!*

Así, un día y otro, apelando a sus abuelos de verdad, porque saben que los miman más que sus propios padres y nunca les niegan nada, pero mentir, seguro que no lo harían. Nunca llega la hora y el abuelo calla como si no hubiera oído nada.

Es un profesional del relato, sabe cómo crear expectación y, como decía el chico de antes, se hace de rogar. La abuela le mira de reojo, le conoce bien y también sus artimañas.

Cuando cruzan fijamente la mirada, no hace falta pronunciar palabra alguna porque cada uno lee en los ojos del otro lo que quieren decirse. Y esto sucede desde el primer momento en que se conocieron en el vado del río, mientras que, junto a algunas mujeres, lavaban la lana.

Van pasando más días, las clases cada vez son más amenas y entretenidas, pero no quedan satisfechos del todo, porque saben que será más divertida una historieta del abuelo, y tal ansiedad es alimentada por sus familiares, que no dejan de pedírselo también.

Están más expectativos los mayores que los pequeños aldeanos. Y estos, cada final de clase, instigados casi más por la curiosidad que por otra causa, cada vez que termina la sesión insisten con más ahínco.

— **Los niños:** *Abuelo Dan, ¿cuándo nos cuentas una historia? Anda, no te hagas de rogar.*

Esta vez ni contesta, solo niega con la cabeza y con el dedo índice sobre la boca, lanza un gesto que invita al silencio. La abuela le mira y le indica premura con gestos. “Cuánto más hará que sufran”.

Pero el abuelo gesticula con la mano indicándole que ya falta poco. Su nieta, la experta en figuras de barro, también le conoce bien y, al igual que la abuela, sabe lo que trama. Los tres se guñan el ojo en claro gesto de complicidad.

Pero los niños, otra vez se marchan disgustados a casa. Pronto pasa la pena con el consuelo de que algún día llegará el ansiado relato. Y por ahora se conforman con corretear y brincar de camino a sus cabañas.

De vuelta al Manantial, como cada atardecer, la familia se dirige hacia su morada camino arriba, acompañados de doce niños y ocho adultos. Sus cuatro hijos y sus correspondientes esposas o esposos. Una docena y media de caballos caminan por detrás pegados a la orilla de la vereda, pellizcando de vez en cuando una brizna de hierba fresca o ramoneando en las zarzas cercanas.

Una legua antes de llegar, cuatro chiquillos se separan del grupo en un cruce de caminos que ya a estas horas se ve iluminado por sendas teas en llamas. Son los hijos de cazadores vecinos cuyas cabañas pillan al paso de su caminar.

Los abuelos se detienen hasta que cada uno de ellos se une al familiar que está esperando su llegada, y cuando verifican que están a buen recaudo, continúan después de despedirse

alegremente. Los adultos, por señas, preguntan si ya ha ocurrido lo del relato prometido.

Un agitar de cabeza hacia ambos lados es suficiente respuesta para quedarse un día más con las ganas, y cogiendo a los suyos por los hombros, se retiran saludando a quienes continúan montaña arriba.

A los que este tiempo ha servido para tomar aliento, prender fuego a sus correspondientes antorchas y continuar el empinado tramo final. En el grupo solo quedan los abuelos y su familia.

Durante el resto del camino y pensando los pequeños que, al quedarse solos, lograrían convencerle, continúan dándole la murga. Pero el abuelo otra vez se lo niega con el único fin de acrecentar la incógnita y aumentar el afán de sus nietos.

Entre refunfuños y recelos llegan al lugar donde se encuentran sus respectivos hogares. Se trata de una pequeña pedanía familiar, compuesta por un establo o granero y cuatro cabañas situadas una en cada extremo de la extensa y despejada meseta, que, a modo de terraza ligeramente inclinada, aparece en la falda de la montaña.

En la rampa de entrada que facilita el paso desde el camino a la parcela, se escucha el sonido de la corriente del regato que nace en un manantial donde hay una vieja y humilde choza adherida al sendero, que más bien hay que esquivarla para ascender al paso de montaña.

Esta especie de refugio de invierno fue el primer hogar del abuelo cuando vino por primera vez al valle rojo, y sirve de vivaz a quien pueda necesitarlo. Lugar que hace de intervalo y descanso entre la aldea y el paso de las dos piedras acostadas.

Nada más traspasar el umbral de la entrada, que no presenta portón alguno, un componente más de la familia se une a la comitiva sin dejar de mover la cola de contento.

El lobo domesticado se alza sobre el primer niño y le lame las manos; cuando termina con el primero, continúa con el siguiente y así hasta el último.

De igual modo, ellos le devuelven las caricias y restregones de pelo, y el abuelo culmina el encuentro lanzándole una rama. El fiel animal no duda en ir a buscarla; después se la entrega a cualquier otro para que esta operación se repita varias veces.

Y así cada vez que regresa alguno de viaje. Pero no es el único lobo del lugar; en cada porche de cada casa, hay uno o dos más. Descendientes del primero que acompañó a Dan al valle, cuando era casi un recién nacido, y de igual modo responden a la llegada de sus amigos humanos.

Y raro es el árbol en que no hay encaramado un gato salvaje, que por su modo de actuar cualquiera diría que son domésticos. Maúllan a la llegada de la comitiva reclamando su diaria ración de comida, y no dudan en mezclarse entre lobos, humanos y caballos para dar buena cuenta de las viandas que los dispensan, a pesar de que son diestros cazadores en el bosque.

A uno de ellos le llaman Mixu, como a un gato montés que se coló en el primer refugio del manantial y tomó posesión de él, convirtiéndose en amigo inseparable de Dan mientras duró su existencia.

Después, sus muchos descendientes se trasladaron a la casa nueva y desde entonces, por todo el paraje, lucen su pelaje de rayas rubias sobre fondo blanco como la nieve pura. Y cuentan con la amistad de todos los que por allí pasan sus días. Sobre todo, la de los más pequeños, que gozan arrojándoles nueces ladera abajo para que los felinos las atrapen en plena carrera.

En el centro del prado se reúnen todos alrededor de un pilón lleno de agua fresca que sirve de abrevadero para los caballos; no es que sea necesario porque gozan de libertad absoluta y prefieren bajar al arroyo donde el agua está más fresca.

Pero cuando llegan de viaje, echan un pequeño sorbo para no parecer desagradecidos. Los humanos se descargan de pertrechos para refrescarse sus frentes y se lavan las manos. Después se encaminan cada uno a su correspondiente cabaña para guardar en ellas lo que traen en sus mochilas...

Capítulo 3

LA FAMILIA DE DAN

El hijo mayor se llama Náni y su compañera es Timxa, hija de Lauro y Layza. Quienes se adelantan para llegar primero son nombrados como Iriél y Dany, que son sus hijos y los nietos de mayor edad.

Se dirigen hacia la casa del norte, que se encuentra en la linde del prado, casi rozando los árboles. Hacia el mismo lugar, pero un poco más a la derecha, se encuentra otra de similar tamaño y construcción. Hacia la que se dirige su tercer hijo Lolím, su esposa Pika, hermana de Timxa y madre del único hijo que engendraron esta pareja hace ya unos años. Se llama Oxcarel, quien ocupa el puesto de cuarto nieto en la jerarquía familiar.

A su izquierda, muy cerca de las cuadras, se encuentra otra cabaña que construyeron para la menor y única hija de Dan e Ixaéla, a la que llamaron Belasol. Quien ya ha tomado camino junto a su compañero Filox. Este es hermano de Roxia, la esposa de Luxím. Para ser la menor, ha sido la más prolífera en descendencia.

Cuatro, ni más ni menos, son los hijos que remolonean para quedarse un rato más con los abuelos y su prima. Dos varones y dos hembras. La hija mayor y quinta nieta es Xándy... Axél es el siguiente; la sigue Albary; y el cuarto es Migolím, el benjamín de toda la familia.

Este no se despegaba de la que elabora tan bien las figuras de barro. Utilizando toda clase de triquiñuelas, consiguen

convencerle para que se pueda cambiar de camisola, que, como casi siempre, está llena de barro rojo que ha ido recogiendo por el camino para que su prima le haga otro muñeco.

No me he saltado al segundo de sus hijos ni a la tercera de sus nietos; se han quedado para el final, porque junto a su esposa y madre, comparten cabaña con los abuelos y su inseparable nieta Noaluz.

Los tres entran a la cabaña grande situada en el centro de la pradera. Acompañados, cómo no, del viejo lobo negro domesticado que, junto a los cinco humanos, son los que la habitan, o al menos los que pernoctan en ella. Luxím, segundo hijo de los abuelos, y Roxia, hija de Barregarri y Karmia, hermana de Filox, madre de la pequeña escultora de figuritas de barro...

A ellos les ha tocado hoy cuidarse de las caballerías, que se acomodan plácidamente en la pradera cerca de la gran cuadra, que también hace las veces de pajar para guardar el heno para el invierno y conservar frescos los frutos, hortalizas y carnes ahumadas.

Los caballos, uno a uno, han sido despojados de sus apeos, quedando libres de ceñimientos para que coman la hierba fresca del prado. Después preparan las cuadras llenando de agua fresca los abrevaderos por si sienten sed durante la noche.

Y en modo de compensación por hacerles el camino más llevadero y sobre todo por ser sus amigos, depositan en los comederos algunos frutos de temporada. Más tarde, cuando ya no quede ningún resquicio de sol, ellos mismos entrarán en la

caballeriza para refugiarse del relente de la noche y degustar los ansiados manjares que han preparado sus amigos humanos.

Una vez todo listo, la pareja se dirige hacia la que llaman Casa de la Luna, nombrada de este modo en honor a la única hija de Báttux, el Zerba, y ella es quien se cuida del mundo en el que habitan y que da nombre a este periodo que los ha tocado vivir. “La era de luz”.

Con la satisfacción del trabajo bien realizado, entran en el salón casi al mismo tiempo que el resto de sus hermanos y sobrinos que, tras colocar debidamente sus enseres, no han tardado en reunirse de nuevo para cenar todos juntos en la casa grande, como cada noche.

Entre tantos cocineros y ayudantes, poco tardan en preparar las viandas y casi menos en engullirlas. Algo más se entretienen en la sobremesa comentando lo acontecido durante el día, y cuando se ven varias bocas abrirse de par en par a causa del sueño, cada familia a su cabaña y cada miembro a su camastro de madera y colchón relleno de acolchada lana de oveja.

Los cinco moradores nocturnos de la casa central, mejor dicho, seis con ceniza, acompañan al resto hasta el porche y, cuando se han cerciorado de que están cada uno en la entrada de su correspondiente casa, se saludan desde lo lejos al viejo estilo de la comarca. “Pasándose la palma de la mano hacia afuera por delante de la cara”.

El lobo, aunque no hace frío, como es costumbre en él, se tiende junto a la chimenea, su lugar favorito, y la abuela Ixaéla se dirige también hacia el mismo sitio para apartar las ascuas y que

vayan apagándose... (Por si alguien se acerca dentro de un ratito a hurgar en ella, no se queme las manos) ... Entretanto, el abuelo hace disimuladas señas a Noaluz para que se aproxime. Y ella, sigilosamente, arrima el oído para escuchar los susurros que la dirigen.

— **Abuelo:** *Noaluz, acerca tu oreja pequeña... El próximo día que vayamos al granero os contaré una historia que ni siquiera tú conoces todavía. Así, me dejaréis en paz de una vez... ¡Pesados! ...*

La niña se gira sorprendida, conteniendo un grito de alegría que se ahoga en su garganta, y el abuelo, temiendo que la delate, le hace gestos de silencio para que la abuela y sus padres no se enteren, porque también quisiera sorprenderlos a ellos. Después, la niña le obliga a agacharse un poco más y con la voz muy... muy bajita, le dice.

— **Noaluz:** *¿Puedes adelantarme algo? Por favor, abuelito, por favor... ¡O te llamaré gruñón, para que te fastidies!*

Una vez más el abuelo se lo niega, alza la cabeza y con un golpe de ojos señala hacia donde se encuentra la abuela; después pone el dedo sobre los labios y le pide silencio para no ser escuchados por la que disfruta de un buen oído.

Ella disimula, pero se ha enterado de todo. Solamente tiene que mirar directamente a Dan para saber lo que piensa. Intrigada por tanto secretito, también desea escuchar la susodicha historia. La mujer no tiene ni idea de cuál se trata y quizás... también la sorprenda.

Abuela y nieta, cada una en su respectivo camastro, son las primeras en quedarse dormidas después de desearse dulces sueños.

Cuanto antes pase la noche, más corta se hará la espera. Dan no tiene sueño y trastea en la chimenea con cierto disimulo. Roxia, ya tumbada en su cama, cierra los ojos abrazándose a la espalda de su amado Luxim. Y los sonidos de la naturaleza toman el protagonismo de la noche, que tenuemente está iluminada por la menguante luna que se deja entrever tras las nubes y las cimas de los montes.

Luxim, como cada día desde que era pequeño, se queda observando a su padre a través del resquicio que queda en la puerta entreabierta de su estancia. El abuelo tiene que realizar su último acto antes de caer en el mundo de los sueños.

Cuando cree que todos duermen profundamente, se coloca una especie de manopla de invierno confeccionada con piel de oso para no quemarse, y de la base de la chimenea retira un bloque de arcilla, que no está fijado con argamasa como el resto.

El abuelo lo aparta con sumo sigilo y extrae del hueco un extraño pergamino enrollado por ambos extremos, y en medio de los dos rollos se halla una especie de puntero, rígido y duro. A su hijo, que apenas respira lo imprescindible para no perder el conocimiento, se le dilata un poco más la pupila del único ojo que mantiene abierto, y rascándose la frente con su dedo índice, no tiene más que preguntarse.

— **Luxim, pensando:** *¿De qué material estará compuesto el pergamino para que no se queme con el calor del fuego?*

(Las mismas palabras que pronunció el hombre que halló los objetos tiempo atrás, en un remoto lugar, al otro lado de las montañas). El abuelo desenrolla uno de los cilindros y enciende otra lámpara de aceite para iluminar bien el pliego.

Después graba con el punzón los símbolos que cuentan lo acontecido durante esta jornada y allí quedan escritas sus vivencias cada día. Después, vuelve a meterlo bajo el bloque y extiende las cenizas que había recogido la abuela para ocultar “su secreto”. Acto seguido, se dirige a su lecho y se tumba junto a su compañera, dando fin a un largo e interesante día.

Los ojos de Luxím no son los únicos que contemplan la escena; por encima de su hombro, la que yace junto a él también se hace la dormida todas las noches desde que se unieron para formar su propia familia.

Dan, por hoy ya puede dormir tranquilo, lo contrario que su segundo hijo, cada día más intrigado por la actuación del padre. Le sosiega el presentimiento de que cuando llegue el día, le contará el secreto que guarda bajo el fuego, y está seguro de saber quién tiene algo que ver en ello... Báttia, la vieja maga, que es su madrina de nacimiento.

Esta noche, como muchas otras, la pequeña Noaluz sueña con ella, que como siempre en su memoria aparece montada sobre un blanco corcel. Tan blanco como los largos cabellos que la nacen a ella desde la cabeza hasta los pies.

Cuando su imagen se acerca, no puede dejar de fijarse en sus ojos negros como la oscuridad del espacio, y cuando penetra en el fondo de su mirada, recibe el mismo mensaje de paz y

sosiego. A partir de ahí, la niña dormida suspira y su sueño profundiza hasta lo más recóndito de su imaginación, donde su subconsciente revive grandes aventuras, inciertas pero reveladoras, que ella interpreta como mensajes de un futuro no muy lejano.

Esta niña es muy especial para toda la familia; ella misma despidе el mismo destello de luz por sus oscuros ojos que la maga de sus sueños.

Tono ocular que ha heredado directamente de su padre Luxím, y este recibió el mismo legado de Dan, su abuelo alfarero y antes cazador... Esa mirada es la que despierta en todos los que la conocen cierta fascinación, porque lo que se desprende de ella transmite confianza y seguridad, pero a la vez, incertidumbre.

Sus padres, tíos y abuelos sienten el mismo aprecio por todos los pequeños de la familia, pero Noaluz es como si fuera la hija de todos ellos. Los sentimientos de los otros nietos son más de hermanos que de primos. Los dos mayores, Iriél y Dany, sin que nadie nunca se lo haya prescrito, la protegen y la acompañan siempre a todos lados, como si fuera la misión de sus vidas. Y los más pequeños la siguen como patitos que acompañan a su madre para darse el primer baño de la mañana.

Tan inseparables son, que se hace difícil ver a uno de ellos sin los otros. Los habitantes de la aldea, en el fondo de su sentir, intuyen que la hija de Luxím está tocada por las manos del Zerba. Nadie lo comenta, pero todos los que miran de cerca sus ojos se percatan de ello.

Al día siguiente no toca ir a la aldea porque hay que encargarse de las tareas en el manantial; bajan un día sí y otro no. Pasado este día, después del acostumbrado y abundante desayuno matinal en la casa grande, emprenden la marcha.

Cuando llegan al granero, los alumnos, aunque todavía no han terminado de desperezarse, esperan el comienzo de la rutinaria clase y miran a Ixaéla pensando que será la que tome primeramente la palabra, como viene siendo habitual. Pero hoy, sorprendentemente, es el abuelo quien comienza a hablar, y esto anima en cierto modo a todos ellos...

(¿Será el día en que cuente una de sus entretenidas y famosas historias?). Y a la vez que comienza a pronunciar las palabras, siente alivio, porque él mismo no podía aguantarse más. Estaba deseando satisfacer a sus pequeños admiradores, y por fin dice la esperada frase.

— **Abuelo:** *Hoy, voy a enseñaros cómo se recogen las castañas sin pincharse los dedos...*

— **Alumnos:** *Abuelo, ¡otra vez noo!, ¡Ya sabemos recoger castañas!*

— **Abuelo:** *Bueno, hombre... entonces no sé qué podríamos hacer hoy, no tengo nada preparado.*

Y otra vez siembra la incertidumbre entre todos ellos, incluida su nieta y su esposa, que retorciendo el hocico (como suele decirse) le miran como si estuvieran echándole una buena reprimenda. Ahora sí que se ha asustado el hombre que cazó lobos, osos, y que expulsó a unos invasores de su territorio.

“A estas dos, las tiene más miedo”. Y se apresura en decirlo ya.

— **Abuelo:** *¡Ah, ya sé... “voy a contaros una historia!”*

Se espabilan de golpe y se ponen a dar saltos de alegría. Bueno, todos no; la nieta lo sabía y no se sorprende, pero se alegra viendo la felicidad desatada en sus compañeros. El abuelo e Ixaéla solicitan calma y silencio con el movimiento de sus manos, y por fin lo logran tras un ratito de insistencia. Y el abuelo Dan puede dar comienzo a su relato, expresando en su faz sus dotes de actor y gran narrador, que es.

— **Abuelo:** *Eeeeh, ¿vosotros sabéis de dónde venimos... y cómo hemos llegado hasta aquí?... No, ¿verdad?... ¿Cómo ibais a saberlo con la cara de tontainas que tenéis ahora mismo? Pues bien, poned la de espabilados, porque la historia que me dispongo a contaros lo desvela. Os hablaré del comienzo de todo... pero cuando digo todo, me refiero a antes de que nada hubiera. ¡Y sii... mucho antes de que nacieran Canu el largo y Lala!... Poned mucha atención.*

Los había oído cuchichear sobre los dos Buruzagas, que son los más viejos que conocen; de ahí el jocoso comentario en alusión. El abuelo Dan, con un gesto de la mano, los invita a salir a la plaza y se dirige al estanque.

Una vez en la orilla, de su morral extrae algunos frutos, colocándolos en perfecto orden sobre el borde del murete de arcilla. Intrigados por el tono de las palabras y el ambiente enigmático creado por los gestos del narrador, se acomodan a su alrededor para concentrar en él toda su atención.

Y comenzó a hablarles de algo de lo que realmente quedaron sorprendidos de buen modo. Incluso su esposa se queda asombrada. Ha adivinado la historia; se la contó hace muchos años a ella, y después a sus cuatro hijos conforme iban haciéndose mayores, pero nunca la había expuesto de este modo.

Sin duda, su compañero está perfeccionando la técnica y resulta tan interesante que no le importa revivirla de nuevo. Así que ella también se aposenta frente a él, en predilecto emplazamiento.

Tanta expectación causó entre los presentes, que por la noche se lo contaron al resto y a la mañana siguiente, todos los aldeanos y vecinos de los alrededores acudieron a la cita llenando todo el granero.

El Abuelo, mirando a Ixaéla, sonrió. Y ella, a través de señas y también de su pensamiento, le recriminó el plan que seguramente había maquinado para crear el interés de toda la aldea, sin que se dieran cuenta de ello.

Después, dirigiéndose a los parroquianos, tuvo que repetir lo que había contado el día anterior... y esta vez, comenzó con una pregunta:

— **Dan:** *¿Sabéis dónde vivimos?*

— **Canu el Largo:** *¿Cómo no vamos a saberlo? En la aldea del valle rojo.*

— **Dan:** *¿Y sabéis a dónde pertenece el valle rojo?*

- **Lala:** *Esa, me la sé hasta yo. En las Montañas Rojas.*
- **Dan:** *¿Y dónde se encuentran las Montañas Rojas?, listillos.*
- **Marto:** *En Terralta, Dan... ¿Has perdido la memoria? Viejo cazador.*
- **Dan:** *¿Y qué más conocéis aparte de nuestro territorio?*
- **Layza:** *Tras Los acantilados, está Bajaterra, después Llanos verdes que llega hasta el río Hondogabea...*
- **Dan:** *Y nada más por el sur, ¿verdad?...*
- **Lauro:** *Nunca, nadie que yo conozca, lo ha traspasado. Yo estuve allí contigo, amigo mío. Creía que era el lugar donde terminaba nuestro mundo. Pero de alguna parte tuvieron que salir los que nos atacaron en el paso de las agujas.*
- **Dan:** *¿Y por el norte?*
- **Roko:** *A mí me han dicho Jarzalix y Otxo, que no han encontrado el fin. Allí es donde acaba nuestro mundo por el norte... vamos, ¡creo yo!*
- **Dan:** *Sí, claro, y después me diréis que por el oeste y el este, termina en los acantilados donde hay más agua que en el lago rojo.*
- **Canu el Largo:** *¿A qué viene tanto misterio? ¿Qué quieres decirnos con tanta pregunta? ¿Acaso tú sabes si hay algo más?*

— **Dan:** *Pues claro que lo hay, aunque nosotros no lo conozcamos debido a las barreras que nos rodean; un gran mundo lleno de vida nos espera al otro lado. Lo veo en mis sueños.*

Y entonces es cuando empezó a dejar boquiabiertos a todos los presentes; cuanto más contaba, más se abrían sus bocas. Porque los dijo que el mundo es redondeado como una sandía. El que no pensaba que estaba medio loco es porque asumía que lo estaba del todo.

Eso no era más que el comienzo del disparatado relato... la luna y el sol, también lo son... y flotan en un espacio que, según casi todos... se ha inventado.

Y ahora dice que son como frutos flotando en medio del estanque. Y para más inri, el espacio que ha dejado el ser no tiene fin... y que hay miles, millones, de lo que llama planetas similares a su mundo... estrellas parecidas al sol... y satélites como la luna. Eso sí, con diferentes tamaños, colores y composición.

— **Dan:** *Y la tierra es tan extensa que tardaríamos toda la vida en dar una sola vuelta*

Y coge una manzana en una mano y con la punta del dedo de la otra traza un círculo a su alrededor.

Y además lo envuelve con fino pergamino de piel en el que, entre otros lugares, ha dibujado algunos detalles del plano de Luxim, donde se encuentra todo el mundo que conocen, pero al otro lado del río Hondogabea y más arriba de las montañas oscuras, también hay dibujadas montañas, ríos, lagos y hasta

océanos que son mucho mayores. Una vez envuelto el improvisado “globo terráqueo”, se lo entrega al más cercano; este lo examina con detenimiento, mientras los que están a su lado hacen lo propio, mirando incluso por encima de su hombro. Cuando acaba este grupo, se lo pasan al siguiente.

— **Dan, pensando para sí mismo:** *“Si lo llego a saber, me traigo un centenar de manzanas, y otros tantos de planos”.*

“Ciento no” ... pero al menos una docena sí que corren ya por todo el granero, sus nietos, hijos e Ixaéla como principal instigadora; cuando le vieron ayer elaborándolo, hicieron una copia cada uno.

“A esta mujer no se le escapa ni una”. Una vez lo han visto todos, y han cuchicheado largo y tendido sobre el asunto, bajo la atenta mirada y la impaciencia de Dan, su máximo representante expone sus elaboradas y trascendentales dudas.

— **Canu el largo:** *¿Qué pasa, Dan, es que tú has volado por encima del cielo como un Anarroax, y lo has visto?*

— **Dan:** *En mis sueños lo he visto, como si mis ojos fuesen los de él.*

Y le creen, porque ellos mismos lo están viendo en su mente, igual que cuando sueñan en sus jergones al caer la noche. Ixaéla le está mirando y se ha dado cuenta de que está conectando con todos los que están frente a él; no parpadea y se han dilatado sus pupilas que brillan con el negro resplandor que le caracteriza. Él mira a todos, y todos le miran a él sin parpadear, e incapaces

de mover el cuello, parecen haber entrado en trance. “Este es su don” ... y ni siquiera su esposa sabe quién se lo ha otorgado.

La consuela saber a ciencia cierta que nunca lo ha utilizado sin el consentimiento de nadie, y ahora lo tiene de estos, porque también los ha oído decírselo en silencio.

Y desde ahora y hasta que termine (que será dentro de algunas jornadas), a la vez que escuchan las palabras... estas se convierten en imágenes... que, aunque confusas por lo extraño de los escenarios en que se desarrollan, lo visualizan tan claramente como si estuvieran presentes.

— **Dan:** *Imaginaros que estáis en lo más profundo de las cuevas de los mineros, pero sin luz alguna. Pues eso es lo que primero hubo... “Nada” ... Hasta que algo fue consciente de su existencia... Y lo primero que se desarrolló en aquello fue su conciencia. O sea que tan solo era un sentimiento...*

Y levantando la voz, continuó de golpe.

— **Dan:** *¡Pero lleno de energía!... tanta que no se podía medir, ni pesar, ni tampoco calcular. Ni siquiera Marto, que es el que más sabe de esto, sería capaz. Y tanta potencia estaba deseando estallar. Así ocurrió...*

— **Dan:** *Un pequeño latido se podría haber escuchado, si hubiera alguien con orejas por allí, claro está. En ese mismo instante, en que se produjo ese movimiento... dio comienzo “el tiempo”, que es el intervalo que hubo entre este y el siguiente. Y le siguió otro... otro y miles de ellos más... “Y el tiempo ya nunca más se detuvo”. Al menos hasta el día de hoy, en el que está*

transcurriendo más deprisa de lo habitual... porque ya va siendo hora de irse a cenar.

Tan solo con cambiar la dirección de su mirada, la gente reaccionó como si se despertaran de un sueño. Se desperezaron todos a la vez, y a regañadientes porque querían “ver más”, se fueron despidiendo con un “hasta mañana”, pero bien tempranito, no sea que se pierdan algo.

Durante días estuvieron conociendo lo que pudiera ser la creación de algo que tenía que ver con el dónde, y por qué estaban ellos allí. A cada momento que iba relatando su historia, alguien le interrumpía porque no entendía, y el contador de historias, con toda la paciencia del mundo, se lo explicaba tantas veces como fuera necesario. Y en resumidas cuentas, Dan continuó...

Capítulo 4

LA LEYENDA DE BÁTTUX.

Aquel ser, que no era otra cosa que pura energía concentrada, comenzó a ser consciente de su propia existencia y esto quería decir que poseía alma, y aunque básicos en un principio, también sentimientos.

Los latidos se hicieron constantes y a cada uno se iba liberando energía, o para mejor entendimiento, se iba expandiendo dentro de sí mismo. Creció y creció hasta llegar a un tamaño que en el granero de la aldea roja nadie conocía con qué compararlo. “Inmenso”, dijo el abuelo.

A la vez que les traspasaba las imágenes a través de su mente. Ciertamente era, porque a ninguno de ellos le cogían dentro... pero se hacían una idea.

Así estaría miles o millones de años, hasta que un día dejó de crecer. Después, el mismo y en fecha y lugar desconocidos, contaría que su propia forma era como la de un huevo sin cáscara dura, pero completamente transparente y de textura algodonosa. (Como una nube, más o menos).

Tal cantidad de energía en estado estático no presagiaba nada bueno, y sintió el deseo de moverse. Antes, cuando palpitaba su núcleo y su cubierta, lo hacían a la par, pero ahora que realizaba sus primeros movimientos, tenía que empujar a su habitáculo. Sentía tanto el empujón del medio como el impacto de la cubierta, porque ambos eran uno solo.

Y no le resultó doloroso; al revés, le fue agradablemente satisfactorio, porque la energía aumentaba.

La cubierta quedó ligeramente abombada por el lado del golpeo, pero cuando salió despedido hacia el lado contrario, la capa externa no volvió con el resto del ser; quedó un hueco libre. Se dio la vuelta y arremetió contra el otro lado... y lo mismo, más hueco todavía.

Le resultaba incluso divertido y la sensación de magnitud le era satisfactoria. Como un niño que juega en la orilla del río, comenzó a votar hacia todos los lados.

El tiempo que estuvo haciéndolo tampoco se sabe, pero fue muchísimo, ya que era incansable. Había llegado el momento en que le costaba ir de un lado hasta el otro. No le gustaba la sensación de chocarse de improviso porque no veía nada. Solo sentía.

Tanta energía había en él, y a su alrededor, que pensó en que podría controlarla porque era parte de sí mismo... y con solo pensarlo se autofabricó dos ojos negros como el carbón, pero brillantes como los relámpagos del otoño.

Al acercarse a un lado del límite, su textura era como la de la superficie de un lago de aguas tranquilas, donde se refleja todo lo que hay a su alrededor. Y pudo verse reflejado.

Una especie de yema de huevo con dos ojos saltones podía verse con claridad porque él mismo se alumbraba, a la vez que una buena parte del habitáculo creado; el interior de su cuerpo estaba compuesto por una especie de magma en plena ebullición.

Pensaba que era redondeado del todo, pero observó que en la parte contraria a la cabeza le estaba creciendo una protuberancia con forma de puntiaguda cola. Por compararlo con algo que se conozca en la aldea, era como los renacuajos del estanque.

Este abultamiento le producía molestias porque en esa parte se estaba apagando el fuego... Se sentía hinchado, como cuando los aldeanos comen guisado del que prepara Lala, la Buruzaga. Al moverse de nuevo, las molestias desaparecieron al volverse a encender dicha zona, así que volvió a lanzarse contra los bordes del espacio que él mismo creó. Espacio era... y “espacio” lo llamó.

Cuando se dio cuenta de que el fuego aumentaba y su piel transparente se quedaba como estaba, más molestias sentía, hasta que, por pura casualidad, en uno de sus encontronazos, se rasgó ligeramente su envoltorio. En vez de dolor, sintió alivio, porque por la rajadura brotaba la ardiente materia de su interior que, al contacto con el espacio, se enfriaba casi al instante gran parte de ella.

Otras permanecían en llamas gracias a la energía que llevaban dentro. Las otras... unas se solidificaban en forma de dura roca, como la de las montañas azules; otras se licuaron como el agua del lago rojo, y las demás eran núcleos de gases. Durante un buen rato y en plena carrera, todos aquellos fragmentos le siguieron de cerca, atraídos por la inercia que llevaba.

Pero luego, aunque no se detenían del todo, perdían velocidad y quedaban perdidos en el espacio.

Esto aumentó su entretenimiento... y sería su pauta a seguir. El espacio seguía creciendo hasta hacerse casi inmenso. El ser se había convertido en un mago, capaz de con su magia crear algo más que a él mismo, y el espacio seguía engordando. Los dos hacían un buen equipo...

El uno requería más sitio y el espacio se lo concedía. Solo veía sus vórtices al acercarse, el resto del tiempo, su iluminación, que era comparable a los faroles de los mineros, no alumbraba más que el vacío del espacio.

Hasta que un buen día... (es un decir, porque en el espacio no hay ni día... ni noche) ... Le golpeó algo en lo que se podría considerar su espalda... Era un pedazo de los miles de millones de fragmentos que había ido esparciendo por todos lados, y salió despedido a gran velocidad sin rumbo determinado. Mayor que los que salían de su cuerpo y acompañándolo en paralelo y a su misma velocidad, le observó detenidamente.

Su buena memoria le hacía reconocer a cada uno de ellos, y este que parecía un guijarro medio desquebrajado no aparecía en su mente, lo que le llevó a deducir que se habían unido varios de ellos, y de componentes variados.

Distraída su atención, ni vio llegar a otro que chocó con virulencia contra el que estaba junto a él... y ambos explotaron como la grasa de jabalí cuando se la acerca al fuego. La temperatura que alcanzaron hizo que se fundieran entre sí y cogieran mayor velocidad. Al mago del espacio... (al que el abuelo Dan, nombró como "Zerba") ... el cercano estallido le recargó de energía en lugar de herirle, lo que hizo que su visión aumentara en la distancia. El que ardía, en su desplazamiento iba

iluminando el espacio a su paso y, pudo verlo... cientos... miles de fragmentos vagaban por allí.

A partir de entonces hubo de viajar con sumo cuidado, esquivándolos cada poco tiempo.

Fue consciente de la que estaba liando, y tenía que tomar cartas en el asunto. ¡Había que poner orden en su espacio!... Al poco tiempo de haberlo decidido, ya corría detrás de los guijarros; su cuerpo, al coger velocidad, se estiraba como una lanza, y no le costaba trabajo alguno ponerse a su altura, pero no podía sujetarlos.

Intentaba anudar su estirado cuerpo alrededor de ellos... pero se le escapaban como juguetones ratoncitos.

Afortunadamente, pensó la solución, utilizar de nuevo su poder de transformación para agarrarlos, y sin pensarlo dos veces comenzó el ritual. Primero se concentró y después comenzó a cambiar de forma.

Como si de un capullo de mariposa se tratase, el cuerpo y su cabeza se replegaron sobre sí mismos. Parecía como si las invisibles manos de un alfarero lo estuvieran remodelando por dentro, hasta conformarse en una esfera con textura algodonosa.

En este estado permaneció bastante tiempo, horneándose por dentro, hasta que resurgió de nuevo el movimiento. Negros nubarrones, intensos truenos y cegadores rayos de luz se removían en sus entrañas.

Al finalizar la intensa tormenta, volvió de nuevo el sosiego... Su luz se apagó momentáneamente y todo se quedó a oscuras. Tras la pausa, otra vez y poco a poco, en el amasijo se encendieron las dos lucecitas de sus ojos negros.

El cuerpo comenzó a latir de nuevo y a iluminarse tenuemente. Poco después lo hizo con más brillo, y... ¡Plof y plof! ... Le salieron brazos con manos y dedos. Como los que tenéis vosotros, pero muchísimo más grandes.

Poco duró su ridiculizado aspecto de bola amasada con dos extremidades agitándose sin control, porque de repente y al instante, “plof”, y apareció de nuevo la cabeza.

Estaba completa su nueva imagen, que era ya más parecida a la de uno de nosotros, pero sin piernas. Su lugar seguía estando ocupado por la habitual cola de renacuajo, que resultaba de más utilidad para navegar por el espacio.

Por ahora era suficiente, ¡¿Para qué perder más tiempo?! Dotado de sus nuevas extremidades, se dispuso a trabajar. El primer asteroide que vislumbró venía a toda velocidad, era uno de los llameantes y además el más grande que jamás había visto, posiblemente ocasionado y creado por más de una colisión entre pedazos de su propio cuerpo.

Primero le sorteo dejándole pasar, como quien esquiva un toro en su letal ataque. Hubo de evitar el encontronazo porque lo necesitaba entero; después aceleró y se puso a su lado. Ese guijarro no se desplazaba en línea recta porque, debido a su forma irregular, zigzagueaba como un conejo en estampida.

Con esfuerzo, le siguió durante un rato, permaneciendo a su lado y describiendo ambos el mismo camino en sincronizado vuelo. Todavía no tenía experiencia y durante un rato estudió con detenimiento los movimientos del embravecido proyectil. Se acercó por la derecha y con suavidad le agarró con la mano izquierda.

Al principio solo le acariciaba; poco a poco prensó sus dedos alrededor de un punzante saliente que asomaba por lo alto, como la aleta dorsal de un tiburón.

A fuerza de tensionar el brazo, lo acercó hacia su cuerpo y se apretó firmemente contra él. Con la mano libre, se agarró a otro de los muchos salientes del lado opuesto, entrelazándose a él con todo su cuerpo, como lapa que se adhiere a las rocas. Cuando lo tenía bien sujeto, se aposentó sobre él, y como si se tratara de la doma de un caballo, el intrépido Zerba intentó someterle.

Múltiples zarandeos y bruscos cambios de dirección amenazaron varias veces con lanzarle despedido, pero aguantó estoicamente las acometidas y, cuando le tuvo domado, el asteroide se detuvo por fin.

Al soltarlo, se quedó casi quieto, pero todavía oscilaba sin estabilización... (como tiembla un cachorrillo que se ve atrapado) ... y en cualquier momento podría escaparse.

Al principio no sabía qué hacer al respecto, así que a pensar otra vez. Y de repente, utilizando su inexperta pero prodigiosa mente, se le ocurrió la solución. Si él mismo había sido capaz de cambiar de forma, ¿por qué no intentarlo con el ardiente peñasco? Al fin y al cabo, es un pedazo de su propio ser.

Esta vez no serían manos invisibles quienes lo moldearían; él mismo se encargó.

Pero ¿qué forma le daría? Estaba claro, la suya propia cuando nació. Esférica, porque cuando quiere quedarse totalmente quieto en el espacio, él mismo toma este aspecto y permanece estático y girando sobre sí mismo... (como una hoja dentro de un remolino de agua) ... Así que esta sería la nueva imagen de la roca incandescente.

El peñasco casi le doblaba en tamaño, pero volvió a abrazarle con todo su cuerpo sabiendo que necesitaba un inmenso calor para realizar la fundición. Se concentró para elevar su temperatura corporal y se abrazó a él con firmeza.

Una vez bien asidos, los dos cuerpos llameantes comenzaron a fusionarse. Provisto de mayor potencia, indujo mucho más calor hacia su sometido oponente, y él mismo no sufrió ninguna deformación. Al contrario, al hacerlo sintió una enorme satisfacción que a su vez le producía un aumento de la energía en su interior; sin embargo, el otro, se derretía.

Cuando estuvo a punto de licuarse y amenazaba con derramarse y dispersarse por todo el espacio, amasó el material hasta convertirlo en una compacta bola de fuego, y fue colocada justo en el lugar que consideraría el centro de su recién creado universo.

Una vez terminada la primera estrella, la colocó en suspensión y la impulsó, haciéndola girar por sí misma. Era la única manera de que se quedara estática en la soledad del espacio,

mientras el “mago” se alejaba pensando en su próxima creación. De los que no ardían, había muchísimos y con ellos continuó. A veces con un solo guijarro bastaba, pero la mayoría tenía que recoger varios.

Primero los capturaba metiéndolos entre lo que parecían algodonosos cabellos de sus barbas, después los juntaba y los fundía de igual modo. Finalmente, cuando era un solo amasijo, los redondeaba y los colocaba junto a la primera estrella. Sintiendo atraído por la que despedía tanta luz, giraba y permanecía siempre a la misma distancia.

Más de ciento le siguieron, de distinto tamaño, los más voluminosos alrededor de la estrella y los más pequeños, alrededor de los grandes que también ejercían gravedad, pero menor que ella.

Parecido a la que ejercen las piedras imantadas que encuentran los mineros, sí, esas que se adhieren al metal, que, cuanto más grandes son, más trabajo cuesta despegarlas. Esto es lo que mantenía unidos a los planetas de la primera, y así terminó su primer “sistema planetario”.

Después, moldeó más estrellas acompañadas de planetas de distintos tamaños y colores. Los pequeños eran satélites de los mayores, como la luna lo es de nuestra tierra.

Y siguió construyendo sistemas, hasta que después de muchos, y más tiempo todavía, había conseguido dejar vacío el espacio de guijarros salvajes. Es como cuando Roco consigue meter a todas sus ovejas en la cueva para que pasen la noche. Pero

al igual que al pastor mayor de la aldea, al Zerba espacial, se le quedó alguno suelto por ahí.

No tuvo más remedio que ponerse a buscarlos, pero el espacio, a pesar de que ya no le acosaba nadie, seguía creciendo debido a la inercia que había tomado.

Como cuando empujamos una rueda con velocidad y después paramos de hacerlo, dándole un empujón sigue girando durante un buen rato. Por eso mismo le costaba más trabajo cruzarse con guijarros a la deriva. Los que iba cazando, se los metía entre las barbas para juntar suficientes y poder elaborar otro de sus sistemas.

Hallar cada vez menos le llevó a la conclusión de que le quedaban pocos asteroides por localizar y que, haciendo un esfuerzo final, lograría cumplimentar totalmente su misión y podría por fin tomarse un respiro.

Poco le duró este razonamiento, porque cuando andaba navegando por una zona aparentemente desierta, empezó a encontrarse con un montón de desgarrados guijarros. Supuso que era un nuevo filón perdido, pero venían en su misma dirección y siguiendo su estela.

¿Cómo era posible no haberlos visto antes? El Zerba pensó que en algún descuido habrían pasado de largo. Lo que nunca imaginó y después supo es que se trataba de pedazos de planetas y estrellas que había elaborado y ubicado con anterioridad en sus correspondientes sistemas.

Se dio cuenta de ello al reconocer alguno que conservaba parte de la redondez con la que fue modelado.

Tenía que averiguar lo que ocurría en sus composiciones planetarias. Así que volvió a desandar el camino recorrido, y cuando se cruzó con uno, faltaba gran número de componentes según sus cuentas y memoria. Continuó buscando, y más de lo mismo; incluso en uno faltaba la estrella principal.

Los planetas que le rodeaban, por suerte, todavía no se habían alejado en exceso y deambulaban por el lugar como topos ciegos cuando salen en pleno día de su madriguera. No estaba previsto, ni pensó, que el resto de los pedazos que quedaban a la deriva se internarían entre sus composiciones y se estrellarían con los que ya estaban ordenados.

Los cuerpos celestes se destruían por el impacto, quedando otra vez desfragmentados en mil pedazos. Y los trozos resultantes salían despedidos fuera de sus territorios por la fuerza del impacto. Algunos de ellos eran los que llegaron a alcanzarle. Otros habían tomado direcciones diferentes y estarían desperdigados por los confines del espacio. “Y regresó de nuevo el caos”.

Hasta llegado el momento, que por mucho que se apresuraba en cazarlos y restaurarlos, la destrucción superaba a su propia cadena de producción, amenazando con destruir toda su obra. Fue verdaderamente consciente de estos sucesos cuando en una ocasión encontró un pequeño fragmento de la segunda estrella que había creado.

La reconoció por su intenso brillo azulado. Era su propia creación la que se destruía y nadie podía ayudarle... porque estaba solo. Era el único Zerba, y el único ser que por entonces habitaba el espacio.

Y ahí, precisamente, es donde podría estar la solución. Recordó que cuando tuvo la necesidad, él mismo evolucionó y se autofabricó sus propios brazos; después creó estrellas y planetas del mismo modo, y todo con la propia materia que se iba creando dentro de sí.

Así que... ¿Sería capaz de producir y fabricar... un ayudante que pudiera realizar sus mismas funciones?... “¿Por qué no?” Con premura y sin pensarlo se puso en marcha. Varias intentonas fallidas no frustraron su intencionado y resolutivo propósito.

De cada intento malogrado, aprendía algo. En el último, casi llegó a percibir cómo se convertía en dos. La destrucción a su alrededor continuaba, así que apremiaba la solución.

Entre intento e intento, había ido capturando algunos asteroides. Los había atado con mechones arrancados de sus propias barbas uniéndolos entre sí, y como medida de prevención los tenía anclados al astro más cercano.

La premura le impacientaba y, cuando esto le ocurría, se le agudizaba la mente. De repente le llegó un recuerdo; su energía aumenta cuando amasa planetas, y a ello se puso... Unió todos los guijarros amarrados a la estrella y los fundió.

La masa resultante alcanzó tal dimensión que doblaba varias veces su propio volumen. “Justo lo que necesitaba”. Mientras los moldeaba, su potencia crecía más de mil veces, alcanzando un poder energético que nunca habría imaginado.

Después de finalizarlo con éxito, liberó al gran astro recién creado y de momento le dejó vagando por las inmediaciones... y como estaba solo, “Sol le llamo”.

Más tarde se haría cargo de la bola amarilla, pero había que continuar con el plan. Contrajo las extremidades hasta incrustarlas en su propio cuerpo, quedándose en su forma primitiva de yema de huevo, y concentrándose, comenzó el ritual de su anterior transformación.

De esa especie de amasijo redondeado y ardiente como la roca recién expulsada de un volcán, solamente sus ojos despedían un tenue brillo, indicativo de que algo se cocía allí adentro... Los dos ojos se multiplicaron por el doble, y aumentó en igual medida el volumen de aquel amasijo.

Al poco, otra vez comenzaron las palpitaciones... primero una, pero parecían dos a la par... después con lentitud, la siguiente, también duplicada... y cada vez con más frecuencia, hasta que alcanzaron un considerable ritmo.

En la esfera, bruscos latidos iban abriendo una grieta de lado a lado hasta terminar separándose en dos mitades de idéntico volumen. La mente o quizás ya las dos mentes se habían detenido por un momento, y mientras tanto la masa se había convertido en dos Zervas adormilados con la forma de una bola de nieve. Al

poco tiempo, plop... plop... y plop... cabeza, cola y extremidades, rebrotaron a la vez en ambos.

Uno de ellos despertó el primero; al principio le costaba distinguir quién era él y quién era el otro. Casi al mismo tiempo, el de enfrente también estaba consciente y pensaba de igual modo.

Sus cabellos en forma de nube transparente cubrían casi por completo sus cuerpos, y entre los mechones aparecían sus rostros. Pero pequeñas diferencias existían... Bajo los ojos les creció una pequeña protuberancia con un par de orificios.

La nariz del primero en despertar era puntiaguda como el pico de un águila. Su cara delgada y alargada y ojos negros como la propia oscuridad.

El otro presentaba una napa ligeramente achatada, sus pómulos y mejillas visiblemente abultados, el entrecejo bastante más poblado y el color de sus ojos era verde brillante como una esmeralda que refleja la luz del sol. Estas eran las únicas diferencias; en el resto del cuerpo eran idénticos.

Lo que también se había duplicado era su “alma”; cada uno tenía la suya propia. “Porque el alma no es otra cosa que pura energía, rellena de una especial consciencia que nos otorga sentimientos, instinto y virtudes.

No tiene límites... puede ser minúscula como en un principio lo fue, o grandiosa e imperecedera como lo era en ese momento... y dividirse y separarse hasta la infinitad... por eso hay tantas almas en este mismo granero... y muchas más en todo el territorio... y más todavía en el resto del mundo... y, como

podréis conocer más adelante... también las hay fuera de él” ... Ambos se observaron. Los dos podían comunicarse a través de su mente, pero resultaría más divertido utilizar otro medio de comunicación más materializado; así inventaron el habla.

Para ejercerlo usarían una boca que se autofabricaron. Al principio costaba, al final la abrieron de par en par y los sonidos comenzaron a salir de su interior con gran potencia, pero sin congruencia ni afinación alguna.

Los Zerbas nunca tienen prisa y se tomaron su tiempo entrenando los sonidos, hasta que finalmente las voces que emitían expresaban claramente las palabras que nacían de sus pensamientos, y ambos sabían su exacta definición. Al poco, cientos de vocablos salían de su garganta, pero ninguno de ellos las oía.

Menos mal que se entendían con la mente. Claro está que, para poder entenderse, aparte del habla que brotaba de sus respectivas gargantas, tendría que haber un receptor... ¿De qué serviría emitir sonidos si nadie los escucha? Con solo pensar en ello, la maquinaria de la evolución se puso en marcha de nuevo.

Y comenzaron a brotarles otras dos protuberancias a cada uno de ellos en cada lado de sus cabezas que terminaron siendo dos monumentales y puntiagudas orejas.

Por fin, a través de sus oídos podían distinguir los ruidos que emitía el otro. El de nariz puntiaguda, un sonido grave y profundo; el otro, más bien agudo y casi chillón. Cuando uno hablaba, el otro orientaba sus orejas hacia la fuente de voz.

A uno de ellos le hacía gracia la forma y el tamaño de aquellos dos pabellones auditivos y empezó a moverlos hacia todos los lados posibles.

Primero torpemente, pero poco a poco no tardó en controlarlas. Al moverlas con relativa rapidez, rozaban con sus cabellos y le hacían cosquillas, provocando la primera risa de la historia. El otro repitió la acción y más de lo mismo.

Al ver la gracia que esto causaba en ambos, se esmeraron mucho más y comenzaron una peculiar competición para ver quién hacía reír más a su compañero. En ese momento, todas las orejas se movían y giraban sin control, provocando verdaderas risotadas que se extendían por toda la galaxia.

El de la nariz puntiaguda iba más allá; el control de los movimientos orejeros era absoluto, y efectuó con ellas una simpática danza. “Cuando la derecha subía, la izquierda bajaba. Movimientos circulares hacia un lado con una, y hacia el opuesto con la otra. El remate era lo mejor...”

Con repetidas oscilaciones, plegaba las puntas hacia arriba y hacia abajo, a la vez que cerraba y abría los ojos rápidamente, poniéndose bizco”.

El Zerba de nariz achatada no podía controlarse y se partía de risa dando vueltas hacia atrás mientras se sujetaba la barriga. Se acababa de inventar el “buen humor”. ¿O acaso no os haría gracia al verlo vosotros también? Después del entrenamiento orejero y ya controlando perfectamente su nueva forma de expresión, lo primero que hicieron los dos únicos seres del espacio fue ponerse nombre para poder llamarse entre ellos.

El Zerba de voz aguda y nariz achatada, dijo: — *Báttux... por ser tú el primero en ser nombrado en este preciso momento.*
— El otro de nariz aguileña, añadió: — *Pues tú serás Vítux... por ser el segundo en ser nombrado... y también en este preciso momento.*

Lo dijo dirigiéndose a su camarada con la voz grave y profunda que le caracterizaba. Después le pusieron nombre a todos los cuerpos celestes que navegan o flotan por el espacio... Y al conjunto de todos, los que había confeccionado Báttux, era una “Galaxia”.

Pero todavía no habían terminado ni siquiera la primera de ellas. Más tarde, les irían poniendo nombre propio a cada uno para distinguir individualmente a los elementos estelares.

Los dos Zerbas, aunque divididos, funcionaban como una sola mente y ambos compartían los recuerdos y experiencias adquiridas de cuando solo eran uno. Aparte del habla, podían comunicarse con su mente; lo que pensaba uno lo intuía el otro, aunque estuvieran muy alejados.

No hizo falta que se transmitieran la misión auto encomendada por el primero; ya la conocían desde antes de su separación.

Estaban en medio del universo, justo al lado de la estrella amarilla a la que llamaron definitivamente “Sol”, el cual estaba estático en lugar seguro y dejado allí para futuros acontecimientos. Los dos hablaban y hacían planes de futuro, pasando muchísimo tiempo juntos; cada uno de ellos había ido

adoptando su propia personalidad y carácter, pero en general compartían el mismo entusiasmo para cumplir su cometido.

No habían pensado en ello, pero llegaba el momento de la separación, y sus sensaciones no eran agradables. Un extraño amargor recorría su cuerpo y un apretado nudo atenazaba sus gargantas.

Esa pena provocó que brotaran algunas gotas de agua de sus ojos, y esas gotas se unieron convirtiéndose en una nebulosa. Igual a nuestras nubes del cielo, pero flotando en el espacio, y a cierta distancia de la estrella solitaria. Partículas de líquido que serán determinantes en el devenir de nuestra historia.

Finalmente comprendieron que no había otro modo, porque la separación sería más efectiva para el fin que perseguían.

No tuvieron más remedio que tomar diferentes caminos. Pero nada más darse la vuelta, no soportaron la congoja y ambos a la vez se echaron el uno contra el otro y se fundieron en el primer abrazo de la historia. Tan apretado y efusivo fue que, por un momento, parecía que fueran a fusionarse de nuevo.

Al final, Báttux, más decidido y resignado, fue el primero en separarse; a Vítux, mucho más emotivo y afectuoso, le costó trabajo hacerlo. Sus manos entrelazadas con las del otro no querían soltarse y se iban resbalando hasta llegar a las puntas de sus dedos.

Y ese sería su saludo en adelante cuando se vieran de nuevo y después para despedirse: cruzar antebrazos. Tal y como hacen todos los aldeanos cuando se cruzan en los caminos o se reúnen. Finalmente, se alejaron sin darse la espalda, navegando

marcha atrás. Vítux se dirigió a un punto desértico para crear su propio espacio. Báttux, hacia el contrario, para terminar de reformar el suyo.

Respecto a saber definitivamente quién era el primer ser y quién la réplica, pronto se resolvió la duda. Mientras el narigudo continuaba alejándose marcha atrás sin perder de vista a su hermano, lo vio claro. Fue cuando el chato iniciaba el despegue definitivo y tomó impulso para lanzar su fantasmal cuerpo hacia la oscuridad.

Al coger velocidad, de Vítux se iban desprendiendo pedazos de materias, provocados porque su vuelo no era precisamente el de una mariposa. Iba dando bruscos frenazos seguidos de impetuosas aceleraciones; botaba hacia arriba y hacia abajo, a la vez que cambiaba de dirección sin control alguno.

Sin embargo, Báttux se alejaba en dirección contraria, desplazándose con la suavidad de un ave que planea controlando las corrientes de aire. Y ya no perdería ningún pedazo de sí mismo por el camino nunca más. De este modo supieron que el primero era Báttux y la copia, evidentemente, era Vítux... Ah, y el sol quedó recargado nuevamente de energía, y la estrella de Vítux, que viajó junto a él durante un tiempo... lo mismo.

Mucho tiempo después, Báttux estaba desarrollando su trabajo reparando los sistemas que se habían deteriorado, cuando un buen día se conectó con la mente de Vítux. Para ello se concentró, cerró los ojos y pudo ver a través de los del otro cómo le había ido por los confines del cosmos. Había alcanzado momentáneamente el borde del espacio y corrió algún tiempo junto a su vértice. Este aceleraba espoleado por la cercana

aparición de quien creía que era su primer compañero de andanzas.

Espacio, pensó que era Báttux en lugar de Vítux, y menos mal que uno de los Zervas fue consciente de ello. El narigudo tuvo que advertir al chato de sus anteriores errores del pasado para no cometer los mismos.

El desparramo de algunos pocos guijarros era vital para rellenar el espacio que se iba creando. Si no, ¿de qué serviría, vacío, oscuro y desolado? Pero demasiados podrían resultarles imposibles de controlar, y el chato estaba llenando su parte sin que le diera tiempo a recomponerlo.

Haría falta más ayuda. Simplemente con pensar el uno en el otro, quedaban conectados a través de sus prodigiosas mentes y os preguntaréis... ¿De qué modo lo hacen? Como recordaréis, el primero y al principio, antes de que se moviera, era el ser y el espacio a la vez, por mucho que crezca el contenedor.

Y aunque se haya duplicado, nunca dejaron de formar un equipo y nunca lo harán. El propio espacio hace de transmisor entre ellos, llevando a su través los pensamientos, al igual que viajan los nuestros a cualquier parte del cuerpo.

Comparadlo como cuando en vuestra mente pensáis en mover un dedo; esta orden viaja velozmente a través de nuestro ser, por intrincados caminos, y dicho mandato llega. Entonces el dedo obedece y realiza el movimiento indicado. Pues esa misma magia que hay en nuestros cuerpos es la que guía la comunicación entre los Zervas. Este era un buen momento y motivo para entrar en comunicación, y Báttux se lo hizo saber a Vítux.

Una vez recibido el mensaje, se pusieron a cavilar sobre el asunto. Los dos recordaban perfectamente cómo se hizo, y cada uno por su lado y a gran distancia intentaron duplicarse de nuevo.

El que necesitaba ayuda... debía ser quien lo probara, y lo intentó acumulando un buen número de asteroides para tener energía suficiente.

Después se fundió junto a ellos y fueron amasados con la cotidiana forma esférica. Pero la metamorfosis falló, porque al separarse había disminuido su poder de transformación.

Uno solo era incapaz de almacenar toda la energía que se necesitaba. Pensaron que quizá solo el primero tendría estas aptitudes, así que lo intentó por su cuenta también, obteniendo idéntico resultado. Por lo tanto, no tuvieron más remedio que solicitarse ayuda el uno al otro.

Los dos Zervas, cada uno situado en un extremo del espacio y esta vez a voces por si fallaba la comunicación mental, acordaron reunirse en un punto intermedio. Se pusieron en camino acompañados de dos enormes bolas de fuego, a las que habían atado con ligaduras realizadas con sus propios cabellos...

(menos mal que vuelve a crecerles casi de inmediato, porque si no se quedarían calvos en poco tiempo con tanta atadura) ... Como si se tratara de jinetes que tiran de las riendas de sus monturas, se lanzaron al espacio. Contra todo pronóstico, en un abrir y cerrar de ojos ya estaban frenando para no chocar entre ellos. Pudieron comprobar que verdaderamente eran muy rápidos cuando lo necesitaban, y en un futuro, lo serán mucho más. Una vez reunidos de nuevo, vino el consecuente saludo...

Y después, empujados por la emoción del reencuentro, se abrazaron. Por el camino habían ido pensando cómo resolver la situación, y los dos Zervas concluyeron en la misma solución.

“Si uno solo no posee suficiente potencia; la unión de ambas energías quizás sí lo hagan”. Es lógico... si entre dos caballos pueden con un carro bien lleno, e intentas que uno solo lo arrastre... y este no puede... lo mejor es unir de nuevo a los dos.

Así que no se lo pensaron dos veces. Sin haberse soltado del todo, uno frente al otro se agarraron por los hombros. Colocaron entre ellos a las dos estrellas y se apretujaron dando comienzo el ritual. Girando rápido sobre sí mismos, alcanzaron una velocidad de rotación de tal magnitud que no se podía distinguir quién era quién... y se difuminaron en un arcoíris de múltiples y deslumbrantes colores.

Las dos inmensas pelotas ardientes que llevaba cada uno salieron despedidas completamente agotadas de energía y se quedaron estáticas en un lugar cercano.

Los iluminados seres ardían en tremendas llamaradas, alcanzando temperaturas hasta entonces desconocidas para ellos. Esto no afectó a su vitalidad, sino todo lo contrario. Como en la anterior ocasión, se recargaron todavía más y se convirtieron de nuevo en un solo ser.

Después comenzó la transformación y se produjo el resquebrajamiento, que en esta ocasión tomó dos direcciones. En vertical y horizontal para dividir la masa en cuatro porciones

idénticas. Como cuando fueron dos, esta vez eran cuatro los Zervas resurgidos y se reconocieron a sí mismos Báttux y Vítux.

Los dos primeros no sufrieron cambios, y los dos nuevos heredaron todas sus virtudes y características, pero con almas propias cada uno. Pequeños rasgos identificativos son los que los diferenciaban. Ambos, cubiertos en cuerpo entero por su peculiar cabello, excepto en su cara que se veía despejada de ellos, como la faz de una mujer, de piel suave y sedosa.

El tercer ser, alargado y fino en cuerpo y semblante. El cuarto, rechoncho y cortito de proporciones, con cara redondeada y excesivamente sonrojada. Y lo más peculiar y destacable era que ambos tenían el mismo color en sus almendrados ojos. Azules como el mismo cielo y tan brillantes como una gota de agua cuando un rayo de sol la atraviesa.

Como en la anterior duplicación, los dos últimos compartían las sensaciones y sentimientos de los primeros, pero no la experiencia que vivirán por separado. Eso lo tendrán que aprender por su cuenta. Después a ponerles nombre... Y por ser nuevos, fueron llamados por los otros: “Hírux” y “Lárux”. Tercero y cuarto respectivamente.

Pasaron un tiempo para conocerse bien y forjar vínculos entre ellos, pero no tanto como emplearon Báttux y Vítux, porque la situación apremiaba. Pensaron que Irán conociéndose mejor por el camino y a través de su peculiar modo de comunicación. De nuevo, se repitió la emotiva despedida.

El narigudo y el chato se quedaron observando cómo se alejaban sus nuevos camaradas, porque intuyeron la simpática

escena que van a representar sus recién creados hermanos, y anticipándose al futuro, se reían abiertamente cuando vieron alejarse a los otros dos.

Al final, Báttux y Vítux se desencajaban de risa, observando cómo Hírux y Lárux iban perdiendo pedazos de sí mismos con su torpe y agitado transitar por el espacio.

Los observantes se miraron sin dejar de reír; los observados vieron cómo se burlaban, miraron hacia atrás sorprendidos por aquel acto y, dedicándose una mueca de asombro, se dijeron: — *¿De qué se ríen? — ¿Estarán un poco locos?...*

Sin hacerles mayor caso, se despidieron de ellos agitando las manos irónicamente desde la lejanía, y continuaron su alocada navegación con un destino incierto, pero a la vez determinado por el destino.

Por el camino, no dejaron de ir sembrando el espacio de los asteroides necesarios para la formación de sistemas solares para componer sus propias galaxias. Todavía no sabían dónde llegarían con esta situación porque no fueron informados.

Sus hermanos mayores, con el propósito de que esto ocurriera, se lo ocultaron a sabiendas de que no tardarían en darse cuenta de ello. Y si no, se lo dirían. Porque nunca se cortará la comunicación entre nuevos y veteranos.

Después de la incrementación y al igual que le ocurrió a su hermano mayor, Vítux también dejó de perder pedazos de sí mismo. El cuerpo de los que se duplicaban se estabilizaba,

dejando que fuera de los nuevos la misión de ir llenando de asteroides el espacio.

Esta fue, y seguirá siendo la pauta a seguir durante sus incrementaciones, y también lo será en las muchas que se producirán en el futuro.

Báttux y Vítux ya estaban trazando su propio camino tras la triste despedida, y cada uno por su propia ruta iba dando instrucciones a los noveles. A veces silenciosamente con la mente, pero casi siempre, a voces, causando ondas de tal magnitud que perturbaban todo el espacio conocido.

Y este se percató de la inminente visita de su inquietante perseguidor. Pero pronto se dio cuenta de que eran dos los que se acercaban a sus límites y se preparó para recibirlos. De nada le sirvió; se rozaron contra él durante largo tiempo los dos a la vez y en la misma dirección.

Por cierto... al contrario que sus antecesores... estos dos últimos no se separaron, porque les faltó fuerza de voluntad y decidieron incrementar entre ambos el futuro territorio para los dos. Y así permanecerían para siempre, perturbando doblemente el sosiego del cosmos. El espacio, viendo que le atacaban por dos flancos, enloqueció y se desbocó de nuevo.

La historia se repetía; miles de guijarros se desprendían de su interior sembrando los nuevos territorios. Esta costumbre sería siempre necesaria para calmar el ímpetu de los nuevos Zervas, y también resultaría vital para ir llenando el espacio con algo más que el propio vacío.

Cuando hubo más que suficientes, se dieron cuenta y, aconsejados por los de más experiencia, se pusieron manos a la obra dando comienzo a la creación de su propia galaxia. Como en las anteriores ocasiones, el espacio desprovisto de mente que le hiciera discurrir, ni se dio cuenta de que habían parado, y continuó con su expansión, dificultándoles el trabajo.

Los primeros Zervas ya tenían más ayuda y no era por casualidad, ni por accidente; sabían que todo formaba parte del nacimiento de algo mayor. Era la carrera hacia el infinito y la prosperidad del cosmos, porque la energía que contiene no deja de expandirse.

También sabían que todo era inevitable y de obligado cumplimiento; su instinto se lo demandaba, y estos pensamientos se arraigarían en todos ellos, los presentes y los futuros Zervas. Los cuatro sabían que, si el caos se establecía de nuevo debido a la gran cantidad de desechos que iban produciendo...

Y al crecimiento del espacio, deberían anticiparse a los acontecimientos. Y a la primera señal de desestabilización, volverían a reunirse en lo que llamaron entre ellos “el aumento de la cuadrilla de Zervas”.

Millones de años después, tuvieron la necesidad de que fueran ocho los magos del espacio, y los últimos cuatro se llamaban Picix, Sesix, Septeix y Ostonix. (O sea... Quinto, sexto, séptimo y octavo). El cosmos ampliaba su territorio cada vez más deprisa a medida que aumentaban sus inquilinos. Los cuatro primeros progresaban adecuadamente, pero al paso del tiempo... (para ellos que no tienen prisa, porque en la actualidad sería el doble de millones de años que en la anterior) ...

Los cuatro nuevos se vieron agobiados por el incesante trabajo. Antes de lo previsto y calculado, se comunicaron con los otros para realizar una nueva convocatoria para incrementar el número de Zervas.

Báttux y Vítux coincidieron en idéntico examen de la situación, concluyendo que poco tiempo había pasado. Se suponía que, al ser más Zervas, se controlaría en mejor medida la expansión de su gran habitáculo, y mayor tenía que haber sido el espacio de tiempo transcurrido entre incrementaciones.

LáruX e HíruX compartían la misma teoría, pero sus hermanos menores eran quienes bregaban con el vértice del espacio y estaban convencidos de que solos, ellos ocho, no conseguirían atajarlo. En la última duplicación, estuvieron muy justos de energía, pero en cualquier caso, si algo fallara, volverían a intentarlo más adelante.

Antes de juntarse en lo que se consideraba el centro del universo, que teóricamente no era otro que donde nació Báttux, cada uno debía cazar una gran estrella y llevarla con él.

Material indispensable con el que fundirse para formar parte de la gran amalgama que los reforzaría con la energía que se necesita, así que cada uno en su territorio, viajaron en su busca. Báttux y Vítux utilizaron las de siempre, HíruX y LáruX; ya le tenían echada la vista a la que necesitaban... (Teniendo en cuenta que después las devolverían a su lugar de origen, no había mayor problema) ...

Los otros escogieron entre las más grandes dentro de sus confines, Y al menos tres de ellos se presentaban con estrellas de buen tamaño, nada comparables con las de sus hermanos mayores, pero podrían servir.

Oxtonix no quería tocar las que había creado por miedo a perder las pocas que tenía, así que, acuciado por la celebración del evento, perdió la esperanza.

Pensó en ir comunicando su fracaso a los otros, pero teniendo mucho que ver la casualidad, encontró el modo de preparar una estrella inventada por él mismo. Al pasar a gran velocidad junto a una nebulosa de gas, se rozó contra ella y, debido a la fricción entre los dos cuerpos, esta se incendió. Y le dio la gran idea que resolvía el problema.

Estrellas, no quería utilizarlas, pero nebulosas y asteroides, había de sobra en su territorio. Tomó cuatro nebulosas de las más grandes y un tanto de asteroides de igual volumen. Amasó todos hasta formar una bola homogénea cargada de combustible lista para ser prendida, y después se precipitó sobre ella rozándola violentamente.

Tuvo que repetirlo en varias ocasiones, hasta que se dio cuenta de que no lo hacía correctamente.

Todas las veces el roce se producía con las zonas más dúctiles del cuerpo, torso o abdomen. Pero otra vez por casualidad, acompañada de cierta torpeza en la última maniobra, la rozó con la cola... y el amasijo llegó a prenderse, casi en forma de explosivas llamaradas.

Su cuerpo no disponía de la misma energía que sus hermanos, por eso la falta de astros llameantes, pero gracias a su ingenio, logró su cometido. Lo importante era que se parecía bastante a una estrella, pero las llamaradas de esta, en lugar de ser amarillas, anaranjadas o rojas como las de sus hermanos, eran doradas, y chisporroteaba como la leña húmeda en vez de arder con una constante frecuencia.

Finalmente, fue el último en llegar al punto de encuentro con su estrella inventada. Los otros se quedaron extrañados por el color y el modo en que ardía, pero al fin y al cabo... esto del universo acaba de comenzar y era normal encontrarse variadas formas en los elementos que iban desperdigando.

Capítulo 5

LOS SANGRANTES

Choques de antebrazos y emocionados achuchones entre ellos precedieron la cuarta implementación. Primero se fundieron cada uno con su estrella y después se apretujaron todos. El ovillo se formó de nuevo, pero esta vez en mayor escala debido a que son el doble de componentes.

Pues lo que le siguió, dos veces más estruendoso, y por lo tanto, también el doble de llamaradas en el interior. Necesitaron largo tiempo para que la alquimia de la aleación se produjese, y como no existían ni la noche ni el día, no se supo nunca cuánto tardaron.

Quizá unos pocos o tal vez, incluso, miles de años. Tampoco importaba, porque disponían de todo el que necesitaran. Al poco llegó la calma, a la que, como en las anteriores ocasiones, la siguieron palpitaciones. Pero estas no eran de la misma intensidad; se produjeron más pausadamente que cuando se juntaron los cuatro para ser ocho.

Por un momento... al amasijo le costó crecer y no se dobló en volumen; como mucho, una cuarta parte más. Y más agotador resultó desquebrajarse esta vez.

Supuestamente y siguiendo las anteriores pautas, debía ser en dieciséis partes. El volumen no indicaba esto, y cuando parecía que todo se iba al traste, se produjo la rajadura. Pero todas las

porciones no eran del mismo tamaño ni se había doblado la cantidad.

Ocho iguales, y otras cuatro, juntándolas, abultaban solamente como uno de los ocho primeros Zervas. Total, tres cuartas partes más pequeños. Las más grandes eran Báttux, Vítux, HíruX, LáruX, Picix, Sesix, Septeix y Ostonix. Las otras cuatro ni siquiera se transformaron al mismo tiempo que ellos; permanecieron con la forma de bola durante un buen periodo de tiempo.

Los que sí se habían restablecido estaban en plenas facultades y transmitían su energía a los abortados seres. Incluso fueron en busca de más estrellas al territorio de Báttux y armaron todas las que pudieron encontrar, para transmitirles todo su calor, como cuando incuba un ave a su huevo. Cuando recibieron suficiente fuerza vital, uno a uno los ojos de los nuevos se fueron abriendo.

Báttux, ojos negros; Vítux, verdes; HíruX y LáruX, azules, y los otros, con fondo pardo. ¿Cuál sería el que predominaría en estos pequeños Zervas que estaban a punto de abrirse? La expectación por conocerlo era palpable.

No tardaron en enterarse... Saltones, dorados en su contorno y una extraña línea vertical rojiza en el centro de sus pupilas que parecían una herida sangrante y a la vez ardiente dentro de ellos.

Y también costó que aparecieran sus cabezas y extremidades, para tomar la forma de sus hermanos mayores. Aunque en menor tamaño, al final se configuraron de igual modo,

pero en lugar de que estuvieran cubiertos de cabellos algodonosos, la superficie de sus cuerpos era lisa y transparente, desde la cabeza hasta la extremidad de su cola... (Parecían más que zervas, gazapos recién nacidos desprovistos de pelaje alguno).

Los cuatro nuevos miraban a los veteranos abriendo sus redondeados y voluminosos ojos hasta casi salirse de sus órbitas. Pero no pronunciaron palabra alguna, ni tampoco podían comunicarse con sus pensamientos. Báttux, no los sentía ni tampoco sus siete primeros hermanos; el lazo de unión entre ellos no se había establecido en la duplicación.

Vítux los bautizó de todos modos; el más gordito fue el primero en abrir los llameantes ojos; le llamaron Gaito. A los siguientes, Toka, Kaita y el más pequeño de todos, Chito Caht... porque emitía una especie de chasquido con la lengua chocando contra su paladar.

El Chit... por un lado, y después intentando abrir la boca y expulsar aire, solo le salía el Caht; más que un nombre, parecía el ruido que hacía, pero al menos tenía algo de gracia. Ojos más saltones que sus hermanos, y una inocente sonrisa dibujada en su cara... no como sus hermanos, que exhibían cara de cabreados. Y por último, Hírux, los puso apodo para ser reconocidos en cuadrilla. Y “Los Sangrantes” se llamaron.

Transcurría el tiempo y no se entendían. Los sentimientos de los Zervas primarios se basaban en transmitir a los nuevos su pasión por rellenar con cuerpos celestes el espacio que se iba creando, y como ni por viva voz ni de pensamientos se hacían entender, comenzaron a hacerlo por señas. Vítux gesticulaba las

acciones con las que atrapaba asteroides. Los otros intentaban comunicar del mismo modo el resto de los trabajos que tenían que realizar.

Incluso hacían el ademán de secarse el sudor, indicando lo cansado que resultaba a veces. Pero el remate fue por parte de Lárux, haciendo como que le dolían las espaldas, exageradamente como era habitual en él.

Por lo poco de que se enteraron a través de las señas que hacían los antiguos, a los pequeños la susodicha misión les parecía demasiado trabajosa. Y digo pensaron, porque entre ellos sí que se entendían con solo mirarse.

Tras descifrar erróneamente el mensaje, tomaron una resolución. Pensaron que aquellos grandotes querían que ocuparan su lugar para no trabajar ellos, y que serían esclavizados por los Zervas para siempre. Sin escuchar más explicaciones, asustados, salieron corriendo de allí.

Bueno, más bien flotando, se tambaleaban en su alocada carrera, pero debido a su pequeña corpulencia y lo juntos que se apretaron, lo hacían incluso a más velocidad que los que se lanzaron de inmediato en su persecución.

“Los Sangrantes” no desprendían pedazos de sí mismos como lo hicieron los anteriores en su primera carrera, lo cual venía bien para estabilizar su trayectoria. Cogiéndose por las colas, se colocaron en alineado tándem y, uniendo entre sí toda la energía, desaparecieron y los perdieron de vista en poco tiempo, sin volverse a saber de ellos, al menos hasta este día.

Los Zervas se habían equivocado y lo asumían; pensaron que posiblemente sus hermanitos pequeños sucumbirían en el espacio porque nada habían aprendido de sus antecesores, y sin estas lecciones que eran vitales, no durarían mucho.

Solamente lo que tardara en acabárseles la energía y finalmente se convertirían de nuevo en desechos estelares, que es de donde provenían. Los verdaderos Zervas encontrarían sus restos para reciclarlos de nuevo con mejores resultados.

Aunque pasaron muchos milenios buscándolos, ninguno de ellos logró hallarlos. Nada se ganó con este intento de duplicación, pero al menos sirvió de lección. Y desde entonces dejan pasar el tiempo necesario para incrementar su número, aunque el espacio los atosigue con su incesante esparcimiento.

Transcurrido el tiempo, de vez en cuando se iban encontrando alguna estrella apagada. La primera, la halló el propio Báttux; no había indicios de colisión y la había recargado hace poco.

Solamente encontró una explicación para lo sucedido. Cuando se lo comunicó al resto por medio de voces, expuso su parecer: — *Seguramente hayan sido los sangrantes que creímos desaparecidos; de este modo podrían haberse recargado de energía y haber sobrevivido.*

Todos ellos sintieron cierta satisfacción al pensar que estaban vivos, pero a la vez un estremecimiento recorrió todo su interior, presagiando nada bueno.

Corta charla, y la animada transmisión de pensamientos, concluyeron que así era. Y lo fueron corroborando al irse encontrando con más estrellas apagadas. A pesar de que siempre tuvieron la esperanza de cruzárselos al doblar una galaxia, nunca pudieron asegurar que fueran ellos quienes se alimentaban de las estrellas.

Lo que no pudo contar Dan en el granero... *es que eran ocho los que se lanzaban mensajes desde la lejanía, pero doce quienes los escuchaban. Los pequeños habían desarrollado el modo de sentir a los grandotes sin ser detectados, e irían más lejos en el futuro. El espacio crece sin cesar y a veces tan rápido que quedan huecos rellenos de la nada.*

Como las madrigueras de los topos de río... se forman vórtices y se unen unos con otros por una especie de galería. Los Zerbas tenían conocimiento de su existencia, porque su entrada estaba marcada por una sombra semitransparente y con cierto brillo, que era producido por el reflejo de las estrellas.

En estas cuevas negras es donde se escondían los Sangrantes, por eso no los encontraban Báttux ni sus hermanos. Creían que solo eran eso, agujeros rellenos de nada. Pensaban que, al penetrar en ellos, se desvanecería cualquier objeto que lo atravesara.

Y si no fuera así, ¿para qué probar? La vida de un Zerba es más valiosa que la curiosidad y no le dieron mayor importancia. La ineptitud y la ignorancia de los hermanos pequeños fue lo que hizo que se arriesgaran escondiéndose en uno de ellos cuando se sentían acosados. Así descubrieron que al menos ellos no sufrían daño alguno en su interior.

Pero, por si acaso, aprovechaban los más alejados para mantenerse ocultos. Estos agujeros están vacíos y formados por la propia nada; cuando entras por uno, al instante estás en la salida de otro, por muy separados que estén. Túneles que aprovechan para ir de un lado a otro los de ojos dorados y sangrantes.

En el granero... Dan seguía hablando a sus vecinos, dando por hecho que “los cuatro sangrantes” dejarían de ser protagonistas de su relato, porque nada más se había escrito sobre ellos en “el pergamino de la chimenea”.

La expresiva efusividad que muestran los concurrentes por seguir conociendo nuevos acontecimientos del espacio exterior no deja dudas sobre la expectación que ha pretendido inculcarlos. Todos reconocen ya a los protagonistas y hablan de ellos con familiaridad. Los jóvenes juegan a ser Zervas y los mayores especulan y debaten sobre sus poderes.

Discuten la flotabilidad del espacio e intentan comprender el ansia por su incesante crecimiento. Así, entre debates y juegos pasa otro día en la Aldea Roja, y después llega la noche.

No esperarán hasta pasado mañana. Se levantan antes y se acuestan más tarde para realizar las mínimas tareas necesarias con tal de no perderse ningún detalle de lo que todos llaman... “La leyenda de los Zervas”.

El propio Buruzaga, Canu el largo, se encarga de llenar el odre del orador, pero en esta ocasión lo hace con jugo de frutos maduros que ha triturado su esposa Lala, sabedores ambos de la afición que tiene Dan por degustarlos. Y así pretenden que realice

su narración con más ímpetu, no sea que se pare en medio de las aventuras de los Zerbos.

Tras aclarar su garganta con un buchito de aquel dulce néctar, se relame para apurar hasta la última gota de sus labios, y después de agradecer el gesto a la pareja de inestimables y, en este caso, interesados amigos, comienza el siguiente episodio.

La leyenda de Báttux... Ayer lo dejaron en que los magos creadores del espacio, habiéndose dejado a un lado la búsqueda de los sangrantes, seguían con su incesante colocación de cuerpos estelares. Cuando pareció verdaderamente oportuno, se multiplicaron de nuevo y esta vez salió bien.

A partir de entonces, el tiempo que transcurría entre incrementaciones cada vez fue más largo, tanto que, en la soledad de sus destinos, la nostalgia se apoderaba de sus pensamientos. Esto no lo habían previsto, y tuvieron que pensar en algo para evitar tan largos periodos de separación...

Esta vez fue Vítux quien encontró la solución. Harían reuniones para pasarse información unos a otros. Sonaba a excusa. Si ellos podían hacerlo por medio de su pensamiento, o a voces por el espacio. Incluso así, haciéndose los tontos, aceptaron esta propuesta.

No todo tenía por qué consistir en trabajo. Así se inventó la primera reunión festiva... como las que celebramos nosotros en luna llena...

Como fecha determinada en el tiempo, concluyeron que sería cada vez que uno de ellos terminara de construir su

correspondiente galaxia. Hírux y Lárux pensaban que sería más cercana la fecha, y con voz impetuosa dijeron: — *Pero, si todavía no ha terminado ninguna, nadie. ¿Cuánto tendremos que esperar para celebrar la primera?*

Ellos eran los que disfrutaban de las reuniones de incrementación más que ningún otro. Aunque fueron escasas y cortas, pasaban el tiempo riéndose y gastando bromas al resto; por ello se habían ganado la fama de bufones de honor. Así que todo ya dicho, se rompía la convocatoria.

Báttux era el más avanzado de todos, y ni tiempo le dieron para despedirse como es debido.

Los dos faranduleros le apremiaban para que partiera de inmediato a terminar su tarea y poder preparar la ansiada fiesta. Hírux le dijo: — *Corre, no te entretengas, Báttux.* — Larux añadió: — *Espabila, Báttux, que los planetas no se colocan solos.* — A la vez que le gritaban, le estaban empujando literalmente hacia el espacio.

Báttux salió disparado por el impulso y apenas pudo despedirse de Vítux, con quien habitualmente compartía un buen tramo del camino para disfrutar al máximo posible del mutuo apego que sienten el uno por el otro.

El edicto era firme, y la primera de las asambleas lúdicas se celebraría cuando Báttux finalizara la primera obra de todas.

Fin del Trabajo? Se encontraba ya en las fronteras de los confines de su galaxia, casi toda iluminada por estrellas, y le costaba encontrar espacio libre entre una y otra. Los sistemas que

antes eran conformados con cientos de cuerpos celestes fueron disminuyendo en su número.

Los pocos que quedaban son los que tenía que utilizar en el último territorio en el que todavía reinaba la oscuridad. Un poco más allá y a unos poquillos de millones de leguas, comenzaba el territorio de Vítux. El primero de todos los Zervas se preparaba para componer su último escenario, y venía preparado para ello.

Toda la zona que antes de su llegada estaba en total oscuridad se iba iluminando a su paso. Tras decelerar su marcha, pasó de la forma de flecha que usaba cuando viajaba a velocidades de crucero a su estado habitual de trabajo. Tras de sí, y amarrado con cordeles de cabello, llevaba la estrella amarilla que dejó en reserva cuando se produjo su primera multiplicación.

Estaba amasado, redondeado y listo para su instalación. Aunque reducido su tamaño por el desgaste y el paso del tiempo, era nuestro sol, y lo transportaba desde alejados confines. Este astro que le ayudó a crear a Vítux estaba destinado a ser el último que él colocaría en lugar predilecto, cerca de su amigo y en esta demarcación en homenaje a él.

Para empezar, lo utilizó como foco para alumbrar el oscuro paraje... “Como el que utilizaron los mineros para rescatar a estos tres que me miran con cara de bobos, Luxim... su esposa... y la traviesa Belasol”. Entre las dos fuentes luminosas se alcanzaba a vislumbrar un buen trecho. Allí, en este recóndito lugar, habían quedado arrinconados algunos fragmentos en suspensión. Eran los únicos que quedaban en toda su zona, y estaban debilitados y suspendidos en fase estacionaria.

Solamente había ocho de considerable importancia que podía aprovechar como planetas si los mezclaba con otros de menor tamaño. El resto de pequeños guijarros le servirían para realizar satélites. Una vez recolectados, los introdujo entre sus barbas para tenerlos a mano y comenzó.

El Sol era el adorno central y, sin más preámbulos, se puso manos a la obra; utilizó guijarros, dejando una mínima cantidad por si le hiciera falta durante alguna improvisada reparación del futuro. Una vez todos extendidos, los fue seleccionando y fueron situados momentáneamente alrededor de la estrella.

Como quien prepara los ingredientes para después guisarlos, colocó ocho montones de buen tamaño. Seguidamente, uno a uno, fueron fundidos y amasados, dándoles la habitual forma redondeada.

Cuando los tuvo todos terminados, fue situándolos en orden alrededor del Sol. Ocho de ellos rotando sobre sí mismos y a la vez describiendo círculos alrededor de su astro. Y en alguna de estas órbitas planetarias, puso unos cuantos satélites hasta dejar la escena completada.

Como era costumbre en él, cada vez que acababa uno de los sistemas, se deleitaba observándolos durante algún tiempo, hasta que maduraban y funcionaban a la perfección.

Este era el más pequeño de sus sistemas, pero quizás por esto mismo, por ser el último y estar dedicado a su primer hermano, le tomó en gran estima y por ello le dedicó un poco más de su tiempo.

Uno a uno, fueron repasados sutilmente y con delicadeza, hasta dejarlos en perfecta armonía, y a cada uno le puso nombre propio, del más cercano al sol al más alejado... MerKux, Vennux, Marktex, Jupix, Satturx, Urax Y Nepttux.

En el Granero. Los mismos que describió cuando empezó esta historia, y que saliendo de noche al exterior, intentó señalarlos en el cielo. Pero ninguno de ellos se llamaba Lurrax... o tierra... como se la conoce ahora. “Acaso ha olvidado el orador nombrarla”. Se preguntaron algunos, chascarrillo que corrió por todo el granero.

Y Canu, el representante de todos, que para eso fue nombrado, se lo comunicó a Dan: —*Y nuestro mundo, ¿no nos dijiste que era el tercer planeta después Vennux? A que se te ha olvidado...* — No le contestó, simplemente, le miró, sonrió con su más tierna mueca,

Y con el dedo índice sobre sus labios le pidió silencio, y con la mano extendida hacia arriba y abajo, le pidió paciencia... gesto que repitió el Buruzaga a todos sus vecinos.

Como ya le conocen, de unos a otros, se comentaban: —*Tened paciencia, ya nos lo contará. Encima que nos cuenta historias, no le vamos a meter prisa...*

Y quien lo decía, era el que más estaba deseando saberlo. Pero el abuelo continuó sin pestañear, a pesar de que Ixaéla le amenazaba con el puño cerrado diciéndole con sus pensamientos: —*“Viejo embaucador, ya estás creando intriga, ¡mira que te gusta!”*.

Continúa la leyenda de Báttux. Cada uno era de distinta composición, pero todos presentaban un aspecto y color peculiar por el que eran distinguidos individualmente y destacaban con el resto de los sistemas.

Los satélites, tuvo que repartirlos como pudo; a algunos les tocaba uno, a otros fueron dos y al resto, varios o ninguno. Después se alejó a una distancia que le permitiera observar su última obra maestra, y allí permaneció otra buena temporada. Retocándolos y recolocándolos hasta que estuvo seguro de que no se saldrían de su correspondiente recorrido.

Después de finalizar la misión, se disponía a comenzar otra bien distinta, pero no menos importante que la que hasta ahora había realizado. Ir supervisando y cuidando todos los sistemas terminados, comenzando por el primero y después por estricto orden; revisaría todos los restantes hasta regresar a este último de nuevo.

Pero antes de iniciar su viaje, alguien no había olvidado la nueva ley y ordenanza de los Zervas. Hírux y Lárux se lo recordaron.

Y no con palabras desde la lejanía, ni con pensamientos desde su mente, sino con su propia presencia. Ellos fueron los primeros en llegar, apareciendo de golpe frente a él. Después apareció Vítux y acto seguido el resto de los hermanos Zervas. Báttux no lo había olvidado, pero no le dio tiempo ni a pensarlo. Se alegró tanto por la presencia de todos ellos, que pronto estaban enfrascados en sus habituales chascarrillos.

Y todos los Zervas se divertieron en esta primera convocatoria festiva, que duraría más de ciento de veces, una de nuestras vidas. Poco hacía falta para entretenerse; hacían juegos de palabras y pequeñas competiciones entre ellos...

A ver quién era más rápido en recorrer una distancia... Otras veces competían por quién era el que más se estiraba, tomando entre dos a uno de ellos y tirando hacia lados opuestos.

EL que más longitud cogía, ganaba la competición. Pero sobre todo, como más disfrutaban era rememorando momentos simpáticos de su existencia. Como lo de su peculiar modo de mover las orejas.

Todos ellos debían dominar este arte. Era imprescindible y el mejor modo de demostrar su buen humor. Algunos son especialistas, pero el verdadero artista era Báttux... y el resto le retaban.

Él cada vez se supera y quien le desafía, termina riéndose a carcajadas al verle montar su numerito, y no tenía más remedio que claudicar y otorgar la corona de orejudo mayor al primero de todos los Zervas.

No había jerarquías entre ellos, todos eran de la misma importancia, pero le guardaban un enorme respeto por ser el primero y haber compartido la vida con ellos sin pedir nada a cambio; también se lo había ganado gracias a la simpatía y a la humildad de sus actos.

Por fin, HíruX y LáruX pudieron celebrar y culminar su ansiada fiesta. Y como habían vaticinado, fue un éxito. Todos

ellos la disfrutaron y sirvió de relajo, a la vez que ampliaron más los vínculos que siempre unirían a los Zervas. Todo parecía haber sido una sorpresa para él, primero de los magos, por parte de sus hermanos menores, pero no lo era tanto.

Báttux, antes de que llegaran, había preparado un regalo para cada uno de ellos. De su propia piel, se había arrancado pequeños pedazos que al poco tiempo se recomponían, y en ellos plasmó un plano donde se situaban todos los elementos de su galaxia.

Un pergamino para cada uno de los Zervas. Y los dijo: — *Tomad, para que conozcáis la primera galaxia terminada; puede que sirva de ayuda y ejemplo para que terminéis cada uno la vuestra.* — Acto seguido les dio otro de similares características.

Pero en este se contaba toda su historia, desde el primer sentimiento en medio de la nada hasta el día de hoy: — *Pero si ya conocemos la historia de todos* — Contestaron algunos: — *¿Y qué?* — contestó el primer Zerba, añadiendo: — *¿Acaso tenéis algo mejor que hacer? Sería una buena forma de documentar nuestra vida. Quizás algún día sirva para algo.*

En el Granero. Algunos fruncen el entrecejo. Sobre todo los más allegados a Dan. Eso del pergamino de los Zervas les suena de algo. Y lo del plano podría ser la inspiración que guio a su hijo para plasmar todo territorio que luce a sus espaldas, colgado en la pared.

Lo que no se estaba contando en el granero... *No estaban solos, porque alguien espiaba desde la lejanía, y no se presagiaban buenos sentimientos para con los que les dieron la*

vida. Sobre todo, la mente de Gaito no descansaba pensando en cómo vengarse de quienes consideraba erróneamente como a sus enemigos.

Y más odio sentía hacia ellos cuando notaba lo bien que lo pasaron en esa reunión. No se limitaba a mantener esos sentimientos en su mente; también se los inculcaba a sus tres hermanos.

Y estos sometidos a él, le obedecían con desmesurado adoctrinamiento, aunque a Chito Caht le daba igual; él a lo suyo, absorto en sus propios pensamientos o más bien en el vacío de su mente.

El primero que despertó era el jefe y los otros sus esbirros. Entre todos maquinaban cómo desquitarse de ellos, pero de momento, ni se atrevían a ser detectados por el desacertado miedo que les tenían.

Algún día que todavía no ha llegado, esta inquina los ayudará a superar sus miedos, y quizás actúen en contra de la obra de los Zervas.

Continúo Dan con la leyenda de Báttux... Pasado el estío, Báttux se dirigió hacia el centro de su galaxia para comenzar el mantenimiento de su primera creación, sistema al que llamaba Primó. Mucho tiempo había pasado, y para el astro y sus planetas no era en balde; sus cuerpos celestes se fueron fatigando y habían sufrido ligeras transformaciones, pero en general, nada irremediable.

Ya situado en el centro, el Mago desplegó sus brazos y se puso manos a la obra. Lo primero, la estrella. Esta había perdido un poco de brillo y no iluminaba su escenario como debiera. Así que la recargó de energía. Ayudado por el resplandor del astro, el lugar se veía con mejor iluminación.

Continuó con los planetas y después acicaló a los satélites. El primer repaso de mantenimiento había concluido. Así continuó con su nueva y eterna misión... “Proteger y cuidar de su galaxia”.

En el Granero. Los concurrentes, al salir del local, miran al cielo, pero todavía es de día y no ven nada más que al sol. Al llegar la noche, vuelven a mirar y se fijan en que cada resplandor es una estrella y que cada estrella es un sistema que pertenece a una galaxia.

Y ya hay muchas galaxias en construcción, porque el cielo está lleno de ellas. Algunos de los asistentes dudan de la veracidad de la historia del abuelo y, para los otros, resuelven la incógnita de la existencia de su mundo.

Pero tanto los unos como los otros, ahora ven el firmamento de forma distinta. Y la gran pregunta... si el astro que colocó en último lugar es su Sol... ¿Dónde está la tierra? ¿Se le habrá olvidado mencionarla al abuelo? Al día siguiente volvieron todos al granero con la esperanza de que se desvele la gran incógnita.

Capítulo 6

LA LAGRIMA PERDIDA

La leyenda de Báttux...A los dos días, volvieron a reunirse en el granero para continuar. Mucho tiempo pasaría para que Báttux volviera al sistema solar, miles de millones de primaveras quizás. Pero por fin, había vuelto a su sistema planetario favorito. Primero se dispuso a revisar todos y cada uno de los elementos.

Como ya era habitual, comenzó por el Sol y terminó por el más pequeño de los satélites. Algunos de sus componentes se encontraban algo dañados, pero Báttux los arregló, y la estrella quedó recargada con nueva energía.

Tardó poco tiempo en hacerlo, y satisfecho con el mantenimiento realizado, volvería al primer sistema donde comenzó, y así para siempre en su eterno ir y venir. Comenzó a alejarse con cierta nostalgia.

Navegaba de espaldas como siempre al separarse de sus planetas, contemplando su maravillosa obra sin apartar la mirada del Sol, y cuando estaba a punto de tomar la velocidad de crucero, algo atravesó su campo de visión.

Debía ser algún objeto minúsculo que apenas pudo ver a causa del deslumbramiento por la estrella amarilla, pero su agudeza visual y el instinto natural que le caracteriza nunca le engañaban. Así que detuvo bruscamente su despegue para

buscarlo. Al principio no veía nada extraño, pero finalmente lo descubrió.

Se trataba de un guijarro de color azul intenso, transparente y muy pequeño. Era la concentrada y congelada nebulosa formada por las lágrimas que, sin haberle dado importancia, las había abandonado en mitad del espacio durante la primera despedida con su hermano Vítux.

Debía de haber estado navegando por todo su territorio, y precisamente en ese momento, fortuitamente había llegado hasta allí, o quizás no fuera tan casual su presencia y fue de nuevo la magia quien obró en ello.

Báttux tomó el elemento desformado entre sus dedos corazón e índice y al tacto notó su frialdad. Pero mirándolo al trasluz del sol, se descubrían cálidos y brillantes colores que se descomponían en su interior a causa de su propia luminiscencia, formándose un maravilloso destello de luz, en forma de arcoíris.

Normalmente, en esos tiempos, cuando Báttux encontraba algún cometa perdido entre los escasos que quedaban sin control, se los echaba a las barbas, siendo apartados de peligrosas colisiones y reservados para realizar reparaciones en algún otro planeta.

Pero ese le pareció especial al tener el mismo color de los ojos de los dos Zerbas gemelos, Híru y Láru, de quienes se había despedido no hace mucho y a quienes, junto con los demás, ya estaba echando de menos. Después, echó un vistazo al cercano sistema del Sol y, sin soltarlo de entre sus dedos, se acercó.

Debido al calor de la estrella y además sometido a su propia temperatura, el guijarro se derretía porque la materia estaba congelada y amenazaba con licuarse.

Antes de que quedase difuminado en medio del espacio, lo depositó sobre la cóncava palma de la mano contraria. Metió la otra entre sus barbas para tomar uno de los cometas que allí almacenaba, escogió uno compuesto por dura roca de tonos rojos y marrones y lo pulverizó con sus dedos hasta convertirlo en fina arena.

Lo dejó caer sobre lo que ya era un charco de líquido acuoso sobre su mano; después amasó los dos componentes hasta formar una argamasa de “barro”, la cual redondeó como si amasara un bollo de pan.

Al unir líquido y tierra, había perdido su brillo, convirtiéndose en oscuro y opaco... Pero todavía no había finalizado; tuvo que calentar e iluminar la masa para que recuperase su esplendor.

Para elevar la temperatura, tomó una pizca de sol y la introdujo en el interior de la blanda masa. Justo hasta el centro de ella, apretándola con la punta del dedo hasta quedar completamente cubierta. El calor evaporaba el agua del interior, sacándola hacia la superficie.

El gas resultante amenazaba con derramarse y esparcirse por el espacio. Para que esto no ocurriese, tomó un pellizco de su propia piel. Justo por debajo de sus barbas... a la altura de su pecho... y muy cerca del corazón. En una mano sostenía el

amasijo de barro y con la otra moldeó la piel, y el resultado era una especie de pañuelo transparente con el que envolvió la bola.

El gas creado por el calor de antes hinchó el envoltorio y quedó atrapado entre la piel y la corteza de la bola de barro. Protegida por su transparente envoltura, se evitó el desparrame de los elementos. El líquido se impregnó en gran parte de su corteza y en la capa más somera; quedó el translúcido gas.

Poco a poco, el enturbiado caldo se fue aclarando y, al acercarlo al Sol, se reflejó de nuevo la luz, enseñando los primeros tonos azulados y brillantes de cuando era hielo, y también se veía el color marrón rojizo de la tierra. Como al resto de planetas y satélites, no le aplicó su mágico aliento como hacían con las estrellas...

La Lágrima y La piel que se arrancó, como eran fragmentos de Zervas, le proveyó de energía propia.

Este era el primer planeta que estaba dotado con esta peculiaridad reservada solo para estrellas. El experimentado escultor no sabía dónde colocarlo, así que, primero, lo puso pegado al Sol para que se viera a primera vista, pero demasiada luz y calor amenazaban con desintegrarlo. Luego lo alejó un poco más, entre el primero y el segundo.

Tampoco le convenció por parecido motivo. Así que lo puso el tercero. Allí parecía tener las condiciones idóneas y relucían en mayor medida sus imponentes colores. Ya solo quedaba proceder a su puesta en marcha.

Ya estaba concluido el trabajo y así el planeta recién creado tomó su nueva posición. Era el tercero del último sistema planetario perteneciente a la galaxia de Báttux. Y el tercero fue el cuarto y así los siguientes, retrasando su posición, hasta el octavo, que sería el nuevo noveno.

Y al finalizar, todos los planetas y satélites bailaban alrededor de su astro. Ya solo faltaba ponerle nombre al nuevo. ¿Cómo le llamaría?... Agua estaba cogido; ya le llamó así a uno de otro sistema que tenía mucho líquido en su composición. Así que el nombre más apropiado y por el que sería reconocido para siempre fue... Lurra, al que ahora nosotros llamamos “Tierra”.

Así es, era nuestro planeta y de este modo nació el último; pero no podía festejarlo con sus hermanos Zervas porque ya lo habían hecho antes de poner ahí la Tierra. ¡Aaah!... Creo que se había precipitado en su conclusión, porque alguien desde muy lejanos confines siguió atentamente los últimos acontecimientos.

Y es que, realmente, este era el momento en el que estaba totalmente concluida su obra.

La anterior quedaba anulada y esta era mejor ocasión, de cuando merecía celebrarse. Y Báttux pensó: — *¡Estupendo!... Cualquier motivo es bueno para volver a verlos*” — Tal era su estado de ánimo, que tenía que compartirlo con sus compañeros.

Se dispuso a proponer la reunión con sus camaradas utilizando la voz porque le pareció el modo más agradable para lanzar el mensaje por todo el cosmos, así que tenía que ser un buen alarido. Tomó impulso en su interior, tragando todo el vacío que pudo, y cuando se dispuso a soltarlo para lanzar las palabras, tuvo que resoplar nada más, y soltarlo despacito...

Como rayos de luz que viajan a gran velocidad, los Zervas se fueron deteniendo ante él. Vítux era quien había estado al tanto de todos los hechos acontecidos y cometió la osadía de decírselo a Lárux e HíruX, y estos no tardaron en correr la voz.

Así que, nuevamente y de forma excepcional, y “sin que sirviera de precedente”, se repitió la celebración. Todos los Zervas existentes hasta aquel momento compartieron un tiempo de alegría, y como siempre los que más disfrutaron fueron los dos gemelos que recibieron un nuevo título honorario, como “animadores del firmamento”.

Y de nuevo en la despedida, los penúltimos en irse fueron los juerguistas de ojos azules y el último, como siempre, fue Vítux, el de ojos verdes.

Al final todos partieron hasta quedarse solo Báttux, que se sentía satisfecho y orgulloso pensando que este era el planeta más hermoso que había creado.

Pero tenía que continuar con las tareas de mantenimiento, y pensando que volverá a ver la tierra dentro de algún tiempo, despegó con presteza hacia su próximo destino, que de nuevo es el primero de los sistemas planetarios que creó.

Después revisó el segundo, más tarde el tercero y así hasta llegar al penúltimo. Y así sucedió durante miles de millones de años. Tiempo en el que la Tierra se mantuvo inerte...”, pero no siempre iba a ser así...

Y en el granero ya solo se ven caras de satisfacción entre los oyentes; la duda que tenían sobre la existencia de su mundo se ha resuelto. Pero el abuelo contador de historias no les deja tiempo para comentarlo, porque continúa hablando de los Zervas.

La Galaxia de Báttux es inmensa y millones de vueltas describió la Tierra sobre el Sol, hasta que regresó nuevamente el Zerba al sistema solar, dejando la Tierra para el final. “Menuda sorpresa le esperaba”.

Al acercarse, ya lo vio... En el interior del planeta todo estaba en movimiento. El aire se desplazaba libremente, el agua se agitaba de un lado a otro y el verdor de un manto tapaba la tierra. Eso fue inesperado... pero más todavía se impresionó al agudizar sus ojos al máximo y ver que algo se movía entre la capa verdosa y dentro de las aguas...

Y así fue como el vigilante estelar pudo darse cuenta de su casual creación.

Jamás habría pensado que pudiera existir más vida en ningún rincón del espacio que la propia de los Zervas. Pero en la tierra ocurrió, sin duda debido a la fusión de las distintas materias que utilizó para elaborarla...

La lágrima perdida que había reencontrado por casualidad...

La pequeña parte de su alma que iba en el pedacito que arrancó de su cuerpo para cubrirla y protegerla... la tierra del asteroide que tenía entre sus barbas...

El pellizco de sol que introdujo en su interior... unido al calor exterior que recibe de la propia estrella... esto fue lo que obró este milagro. Y este se produjo otra vez por accidente y pura casualidad. La magia de la vida en el mundo desde entonces era ya una realidad.

La tierra, aparte del azul y marrón originales, desde el exterior también podía contemplarse el verde de la recién creada vegetación y el blanco formado por cúmulos de nubes que navegaban por su propio espacio, transportando y esparciendo grandes masas de agua que regaban todos los rincones del planeta.

Entonces fue cuando realmente quiso disfrutar del momento en la intimidad. Báttux dirigió la mirada hacia la superficie de la tierra, enfocando su visión hasta vislumbrar cada detalle de la irregular corteza terrestre, como si mirara a través de un telescopio.

Grandes picos sobresalían de entre las nubes queriendo llegar hasta la misma piel invisible que la envuelve, y profundas masas de agua parecían querer llegar hasta el mismo centro.

Y quiso ver la vida fluir en su interior. Tanto en la tierra firme como en los océanos, distintas y simples formas de vida parecían recorrer cada rincón, pero desde tan lejos resultaba difícil observarlos con detenimiento.

Quería acercarse más, pero su enorme y desproporcional tamaño no le dejaba disfrutar como le hubiera gustado. Tendría que fusionar el planeta con otros materiales cósmicos para hacerle crecer, y eso provocaría que lo que se había creado se desintegrara de nuevo. Solo le quedaba la segunda opción, “encogerse él”. ¿Y por qué no?

Cualquier cambio que había intentado (sin contar el fracaso de “Los sangrantes”) le salió bien. Era tan sencillo como dejar escapar la energía de su cuerpo controladamente, y para poder recuperarse después, tenía que guardarla en lugar seguro.

Sabía, por la experiencia de cuando realizó los planos de la galaxia y el pergamino con sus vivencias, que cuando sufría un desgarró, su piel rápidamente cicatrizaba y no sentía dolor alguno.

La parte más elástica de su cuerpo es la cola, y de allí se arrancó un pedacito de piel. Lo envolvió en forma de cucurucho y fue insuflando la energía en su interior.

El improvisado recipiente se inflaba igual que un globo y, crecía a la vez que él iba encogiéndose. Cuando fue más o menos cuarenta veces más pequeño que la propia Tierra, paró.

Después colocó junto a Satturx la improvisada talega de energía y, para que no se escapara, la amarró a los anillos del planeta con lo único que podía hacerse, cabellos de sí mismo.

El volumen era ideal para ver todo lo que por allí se movía, así que acompañó a la tierra en su rotación durante unos cuantos millares de giros alrededor del Sol, vigilándola, cuidándola y sobre todo disfrutando de su belleza.

Por supuesto, comunicó el hecho al resto de los Zervas, pero estaban muy atareados y no pudieron venir a verlo con sus propios ojos, así que, a través de sus mentes conectadas, Báttux pudo enviarles las imágenes para que pudieran contemplar la tierra ellos también. Y quedaron maravillados con el hallazgo.

Vítux, Hírux, Lárux y el resto le felicitaron. Lo que olvidó comentarles es cómo tuvo que encogerse y de qué forma lo hizo para poder enseñarles cada rincón del planeta vivo... Más adelante, si alguno tuviera la necesidad, tendría que enseñarlos.

Después de un tiempo deleitándose, volvió a tomar su tamaño normal para sus tareas de mantenimiento. Otra vez, la Tierra tuvo que rodear el Sol más de unos millones de veces para que Báttux regresase de nuevo.

Visitas que se fueron repitiendo a lo largo del tiempo, presenciando la lenta pero imparable evolución que estaba teniendo lugar en su mundo. Las plantas seguían creciendo hasta alcanzar alturas de considerable volumen y espesores que no dejaban ver el marrón del suelo.

Los seres vivos se desarrollaban conformando innumerables especies de todo tipo. Grandes, pequeños, incluso microscópicos, convivían en cierta armonía. Algunos se alimentaban de vegetación, otros se comían entre sí, y durante muchísimo tiempo y muchas visitas, la hegemonía se mantuvo. “Pero no todo seguiría así por mucho tiempo”.

Largos periodos sin vigilancia y las especies que deambulaban libremente por la corteza terrestre sin control alguno, no predecían un desenlace positivo.

En una de sus inspecciones había tardado más de lo acostumbrado, casi el doble que las anteriores. La causa fue una incrementación de urgencia para doblar el número de Zervas y también tuvo que acudir a varias finalizaciones de galaxias por

parte de toda la octava promoción, que terminaron casi al unísono.

Y como cada vez eran más los que se duplicaban, mayor cantidad de festejos, porque cada cual requería ser el anfitrión de su propia celebración. Terminaban en una y ya estaban preparando la siguiente.

No pudo llegar antes. Pero al final, saltándose a los otros, decidió comenzar sus tareas de mantenimiento por el sistema solar.

A simple vista ya había notado algo raro; le costó encontrarla porque el Sol se estaba apagando. Así que antes de revisar el resto, con urgencia se dirigió a observar el interior de la tierra...

Y al hacerlo se quedó desconcertado... Todo estaba cambiado; la vida evolucionaba más deprisa de lo previsto y, sin el calor del sol, se hacía patente su declive.

El caos y el desorden reinaban en el planeta. La vegetación, raída y malograda, subsistía a duras penas; muchas de las especies, sobre todo las más vulnerables y débiles, estaban a punto de la extinción, o incluso algunas ya estaban desaparecidas por completo.

Todo y todos, devorados por los más grandes de ciertas especies. El planeta sobrepoblado no era capaz de seguirles el ritmo y, agonizante, se agotaba. El Zerba se sintió sobrepasado por los acontecimientos, y viendo la gravedad de la situación, tuvo que recurrir a una convocatoria de hermanos, y entre todos encontraron la solución. “No hacer nada”.

Eso sí, el Sol recibió su carga energética, Báttux repasó y revisó los planetas y satélites, pero intranquilo y ciertamente disgustado, se marchó sin hacer nada y sin mirar siquiera a la Tierra.

En el granero, Dan, pensando siempre en mantener la intriga entre sus seguidores, se toma un respiro que aprovechan todos para comer un bocado. Tarde porque se ha pasado la hora acostumbrada, así que devoran sus almuerzos con más ganas que nunca.

Situados en corrillos, miran el monumento del centro del estanque que uno de ellos representa precisamente a Báttux, y hoy lo observan con cierto recelo. Cómo pudo abandonar la tierra y dejar que corriera su propia suerte. ¿Qué pasó?, porque ellos están aquí y la tierra aparentemente goza de buena salud, si la dejo a su merced. Después del bocado comienza la sesión de tarde.

Dan hablando de Báttux... Escasa de energía, la tierra fue perdiendo esplendor y se debilitaba todavía más. El aire respirable se vició debido a que el fuego de su interior afloraba a la superficie a través de chimeneas volcánicas.

Algunas especies no se reproducían y sucumbían ante la falta de alimentos y de oxígeno limpio. Por el mismo motivo, muchas de las plantas se terminaron de secar; sus raíces no sustentaban la tierra que, arrastrada por lluvias nocivas y a través de arroyos y ríos, era conducida hacia los océanos. Por lo cual el agua de los mares también se emponzoñó, y casi toda la vida desapareció. Su majestuoso color azul se tornó de nuevo en el marrón oscuro del sucio barro. Y nada más que algunos pequeños

seres capaces de subsistir con pocos medios sobrevivieron a la escasez.

Esta vez, la Tierra, a duras penas por la falta de energía vital, solo había dado unos cuantos de miles de vueltas alrededor del sol, cuando Báttux cambió de opinión respecto a dejar que sucumbiera... “y regresó de nuevo”. Deseoso, se apresuró en proveerla de nueva energía y, antes de que esta se apagara del todo, se dispuso a purificar el aire. Justo a tiempo porque todavía quedaba algo que salvar.

Preservó a todos los supervivientes introduciéndolos en la hermética bolsa que antes había usado para dejar la energía cuando tuvo que reducirse, y después la llenó con aire de la tierra y fueron adormecidos temporalmente para que no sufrieran daño alguno. Seguidamente, aspiró toda el agua, y después la expulsó a través de sus labios sobre el hueco de sus manos.

Más tarde le tocó al aire, y lo mismo, pero esta vez lo introdujo en sus pulmones para que fuera purificándose.

Después limpió y fertilizó la tierra con su mágico aliento. Una vez preparada la corteza terrestre, volvió a llenar la atmósfera con el aire limpio y purificado, y después se tragó el agua que había en sus manos. Su interior lo filtró y, una vez limpia, con el fin de regarlo, roció con fuerza toda la esfera del planeta.

Antes de depositar de nuevo a los seres vivos, el planeta debía regenerarse mínimamente para que pudieran subsistir, así que aceleró el proceso impregnándole a través de los poros de sus manos un destello de luz lleno de energía.

En poco tiempo, las plantas y organismos, tanto en tierra como en el agua, recobraron su vitalidad. Después dejó pasar un rato para que la tierra se secara, el agua ocupara su lugar y el aire calmara su ímpetu hasta convertirse en una suave y pura brisa. Más adelante vendría la operación más delicada.

A pesar de su gran número, despertó y depositó con delicadeza a todos los supervivientes, situándolos a cada uno en el lugar más adecuado.

De nuevo redujo su tamaño a cuarenta veces menor que la Tierra y se mantuvo cercano, observando cómo todo resurgía de nuevo y alcanzaba un renovado esplendor. Mientras curaba al resurgido mundo, fue inculcando un mensaje de conservación que fueron adoptando a través de su instinto.

Pero intuyendo que esto quizás no fuera suficiente, como vigilantes y cuidadores especiales, el mago escogió a una de las especies para encomendarles su nueva misión.

Capítulo 7

LOS ARRAPARIX.

Designó a los seres que, por pura casualidad, compartían parecida imagen con él. Eran los humanos, y fueron provistos de mayor conocimiento y comprensión, induciéndoles amor y respeto hacia su propia especie y hacia todas las demás, pero sobre todo hacia la Tierra, su planeta.

Hombres y mujeres de todas las edades recibieron por parte del mago un pedacito de su propia alma y un solo encargo para ellos. Preservar la naturaleza de su mundo mientras vivan, y transmitírselo a todas las generaciones venideras. Los humanos aceptaron la misión encomendada con agrado y devoción.

Ya arreglado el desaguisado, el momento de partir llegó de nuevo, no sea que ocurra lo mismo en otros planetas por falta de mantenimiento. EL Zerba se alejó tranquilo y aliviado porque contaba con la ayuda de sus nuevos colaboradores. Estaba seguro de que los humanos cumplirían la misión.

Pero él no estaría allí para verlo. Y así fue durante un gran periodo de tiempo. Muchas generaciones después, los humanos seguían las instrucciones que el Zerba había inculcado en sus mentes.

El aire era puro, los océanos se encontraban en condiciones idóneas y repletos de vida, la población de todas las especies crecía buen ritmo y controladamente,

La foresta prosperaba en abundancia y también prosperaban los hombres que se esparcieron por todos los rincones del mundo, formando pequeñas tribus nómadas que recorrían todos los lugares, para cuidarse de cada rincón de la tierra.

Era costumbre que, cuando dos grupos cruzaban su destino, los que habían llegado antes agasajasen a los recién llegados con los alimentos recolectados en los últimos días, y al igual que hacían los Zerbas espaciales, lo celebraban a lo grande.

En el granero, Dan detiene su voz por un instante; los aldeanos respiran aliviados por la decisión de Báttux y comentan entre ellos lo magnífico de la historia que están escuchando... Y por fin aparecen quienes todos esperaban... sus primeros antepasados.

La leyenda que pulula por el mundo sobre el Zerba que los creó ahora está apoyada por una historia coherente que verifica su autenticidad. Y a las pequeñas figuras del estanque, a partir de este momento, se las vuelve a mirar de modo más afectivo. Y hasta aquí llega su devoción hacia quien fue el creador de su mundo.

Le admiran y le tienen en gran estima, pero no le adoran ni idolatran... y menos todavía, sabiendo por boca de Dan que no sería de su agrado... Báttux se valora en el mismo grado que cualquier ser de este firmamento “porque ni él mismo sabe cómo apareció” ...

“Quizás por simple casualidad y por la coincidencia de varios factores que se cruzaron en aquel momento” ... Igual que

se creó este mundo y todo lo que en él se encuentra. El abuelo del manantial suele decir: — *No sé cómo, pero creedme, si os digo que... Báltux se considera igual a nosotros y no quiere que le adoremos de ningún modo; se conforma con que le apreciemos, nos respetemos entre nosotros y cuidemos de nuestro entorno. “Algún día muchos de los que estamos aquí y algunos más lejanos, o que todavía ni siquiera han nacido, podremos dar fe de ello”, “Ya lo veréis”*

Lo que no se pudo contar en el granero... *ni tampoco estaba escrito en “el pergamino de Báltux”, pero que en un futuro se sabrá... fue el encuentro secreto entre Gaito, el líder de los sangrantes, y un hombre de la tierra... Desde que se enteraron de que había vida en el mundo preferido de Báltux, un ser del espacio acompañado de sus tres hermanos merodeaba por las cercanías, y no eran Zervas, sino los que les odiaban. Especialmente a Báltux, que había creado este planeta.*

Existían con el único afán de destruir sus obras y esta era la más admirada por el primero de quienes creían que eran sus enemigos. Pero... ¿Por qué no los habían detectado los Zervas? Fuerza para crear planetas o estrellas no tenían los Seudozerbas; lo que sí se había desarrollado era el poder de su mente.

Entre ellos podían comunicarse a grandes distancias sin que nadie más interfiriera sus mensajes. Los pensamientos de los auténticos se transmitían por el espacio abierto, pero los de los frustrados Zervas se escondían entre las ondas sonoras que provoca el movimiento de los elementos cósmicos.

Se inventaron una clave de sonidos encriptados que solo ellos podían descifrar, y a través de las ondas siderales las lanzaban al espacio. Los Zervas auténticos, creyendo que se trataba del propio sonido producido por las llamas o movimientos de los cuerpos estelares, ni siquiera habían reparado en ello.

No porque fueran poco listos... solo era porque no poseían la consciencia de la maldad.

Menos mal que no podían reproducirse ni crear nueva vida los pseudo zervas, porque debido al desmesurado odio que sentía el Sangrante mayor por los Zervas, hubieran creado un ejército para fastidiar al creador de este mundo.

Cosa que no se descarta... porque el vil engendro de Zerba se las ingeniaba para lograr algo parecido.

Gaito decidió que de algún modo debía truncar su felicidad, y tenía un plan concebido.

Al igual que leían los pensamientos de los Zervas para espiarlos, seguramente serían capaces de penetrar en las mentes de los humanos, aprovechando su inocencia.

Para ello debía encoger el tamaño de su cuerpo, pero no tuvo que pensar en cómo hacerlo porque hacía tiempo que se fijó en cómo lo hizo Báttux, insuflando parte de la energía de su cuerpo en una talega hecha con su propia piel.

Ni pensó en arrancarse un pedazo porque, además de desconfiados, los sangrantes eran extremadamente temerosos. Tampoco sabía dónde dejar la energía, así que utilizó a Chito

Caht, el más pequeño de ellos, como recipiente provisional de almacenamiento. Lo hizo boca a boca, como quien infla un globo, y el cuerpo de su hermano menor engordó como el de un oso antes de la hibernación.

Debido a su volumen y pesadez, no podía ni moverse para no ser detectado detrás de una estrella como le había indicado el que se autoproclamó líder de la peculiar Cuadrilla. Finalmente, los otros dos le ayudaron empujándole por detrás hasta parapetarse en uno de sus agujeros oscuros.

El jefe de los sangrantes se quedó de un volumen y tamaño al menos tres veces mayor que el más grande de los humanos, y de ese modo podría hablar con ellos y causar temor para someter a quien le apeteciera.

Pero era demasiado pequeño para estar a tanta altura, y cuando traspasó la piel de la tierra, cayó como una pesada roca estrellándose en el mar. No sufrió daños, pero al no saber nadar tuvo que caminar bajo el agua hasta alcanzar una playa.

Penetró tierra adentro hasta encontrarse con humanos y, cuando encontró a los primeros, escogió al hombre que lideraba a una de las tribus nómadas que iban en busca de nuevos territorios en los que alimentarse.

Ante la atónita mirada de los humanos, se interpuso en su camino impidiéndoles avanzar.

El jefe se acercó con cautela porque nunca habían visto un semejante tan grande, y su mirada no ofrecía mucha confianza, pero siguiendo sus amigables costumbres, se dispuso a saludarle.

Cuando se puso frente al gigante, este le dirigió una penetrante e hipnótica mirada, con la que pretendía convertir al humano en su servidor.

Para ello tuvo que sumirle en un profundo letargo, insuflando aliento en su interior. Era un pedacito de su propia y malograda alma. Al despertarse, había cambiado su mirada. Los ojos ya no eran de color pardo como antes, sino que se mostraban dorados en toda su superficie y rojizos en el centro de ellos.

Como los del propio sangrante que le había transformado en su esclavizado engendro.

Los demás componentes de la tribu, guiados por el terror que causó ver cómo adormeció y transformó en guiñapo al más fuerte del grupo, no hicieron nada.

Simplemente obedecerían al extraño ser grandote. Cuando el hombre elegido estuvo despierto, Gaito habló por primera vez en su existencia.

No le costó hacerlo, porque desgraciadamente este don también lo había heredado de sus creadores. (Ojalá nunca hubiera podido abrir la boca, y muchos problemas se hubieran ahorrado los hombres que habitaban la tierra, en aquellos momentos, y en tiempos venideros).

Y lo primero que hizo fue nominarle con título parecido a su propio nombre: —Te llamaré “Gaitoka”, serás más fuerte que cien hombres juntos y tendrás el atributo de convencer a través

de tu mente a quienes necesites para llevar a cabo mi plan. Serán tus esclavos y, a quienes se te resistan, acaba con ellos sin piedad, o yo mismo “terminaré contigo” — Añadió Ka a su propio nombre.

Y esta terminación significaba algo así como esbirro de Gaito. El mal creado Zerba no podía permanecer mucho tiempo en la tierra porque la poca energía que había reservado para este fin se le agotaba, y su piel comenzaba a marchitarse.

Hubiera querido convertir a más hombres en esbirros, pero no le quedaba tiempo y no le importó porque su esbirro había adquirido el mismo atributo, penetrar en la mente de los hombres y malograr su cerebro, anulando sus sentidos. En parte ya había cumplido su misión.

Solamente le quedaba idear el modo de comunicarse con su esbirro desde el espacio y de forma que no pudieran ser interceptados por los Zerbas. Anteriormente, no fue capaz de arrancarse un pedazo de piel para guardar la energía, pero ahora apremia el tiempo y, sin pensarlo demasiado, se arrancó un pedazo de su cola.

Le dolió enormemente, pero para no mostrar debilidad, ni gesticuló ni lanzó sonido alguno.

Sus ojos se dilataron y se le encendieron como las llamas de una hoguera.

El pedazo de pellejo lo envolvió en forma de cucurucho, convirtiéndolo en una especie de megáfono mágico para enviar

mensajes a través de las ondas espaciales, que solo ellos dominaban. Y este objeto se lo dio a Gaitoka.

El Sol interfería su exclusivo modo de comunicación entre la Tierra y el lugar del espacio donde seguían escondiéndose sus hermanos. Así que, al no poder usar las comunes ondas de los Zerbas, tuvo que improvisar cómo salir de la tierra.

Fácil... con solo usar la herramienta que le acababa de regalar a Gaitoka. Y funcionó el amplificador, porque al poco tiempo una enorme mano le elevaba para sacarle de allí. El artilugio de comunicación quedó probado, y en los humanos aumentó el temor al ver la desmesurada mano.

Una vez en el espacio, el seudo Zerba recuperó su energía aspirándola de Chito caht, y recobró el tamaño original. Después los cuatro se alejaron para esconderse de los Zerbas. Al llegar la noche en el territorio de Gaitoka, este se comunicó con su nuevo amo.

Los poderosos magos del espacio que habían regalado la vida a los seudozerbas nunca tuvieron noticias ni vínculo alguno con ellos, Y los aldeanos, al igual que Dan y sus antepasados, se quedaron sin saber los hechos que se produjeron en aquellos tiempos.

En el granero... Y de este suceso no se ha dicho nada en el granero, donde el abuelo echa un trago de agua para aclarar el carraspeo de voz, mira a su alrededor y nadie le pierde de vista.

¿La expectación que se ha creado entre la gente de la aldea es mayor de lo que esperaba, pero su pregunta es...

— **Dan pensando:** *“¿Creerán lo que estoy contando, o acaso pensarán que alguien se lo ha inventado? Pero qué importancia tiene eso; algún día del futuro, todos ellos sabrán si es cierta o no esta historia”.*

El caso es que, cuando está contando la historia, es como si estuviera reviviendo viejos recuerdos. “Pero cómo va a ser eso” ... Seguramente sea por el influjo que causa la lectura del pergamino, por eso creen los que conocen su existencia, “que es mágico”.

El Abuelo continúa donde lo dejó... Entre encuentros y reencuentros de las tribus, la vida transcurría con relativa tranquilidad en el planeta, hasta que un día el hombre de ojos dorados llamado Gaitoka cambió el devenir de las cosas.

Como era físicamente el más fuerte de la tribu y poseía el don de la persuasión, convenció con sus malas artes al resto de la tribu para asentarse y ocupar un territorio entero para ellos solos.

Escogió el más abundante y productivo del sur. Un lugar donde muchos grupos acudían cuando las condiciones eran más duras y andaban escasos de avituallamientos.

La siguiente tribu que llegó al lugar no halló hospitalidad en el recibimiento que esperaban y dictaba la costumbre, sino todo lo contrario; fueron recibidos con violencia. Era la primera vez que ocurrían hechos similares; los humanos recién llegados eran cazadores y recolectores acostumbrados al rudo trabajo y a defenderse de especies más salvajes, pero no eran guerreros, y la sorpresa y la falta de maldad fue lo que los obligó a huir.

Apaleados y humillados por sus agresores, jamás volvieron a visitar este lugar. Los siguientes que pasaron por allí recibieron el mismo tratamiento y después pasaron más, y lo mismo. Por ello eran llamados... “Los cruentos Arraparix”, y el territorio que ocupaban se le llamó Surxarra.

Cierto día se acercó por el lugar un grupo tan numeroso como el de los Arraparix. Los llamados “Gizenix Verdes” se acercaron al campamento y los pobladores de Surxarra tendieron una buena emboscada a quienes se les acercaban amigablemente. Los visitantes opusieron resistencia y se produjo la primera confrontación de envergadura entre humanos.

Hubo vencedores y vencidos; los hostiles emboscadores ganaron la batalla y reforzaron sus líneas con algunos de los que claudicaron. La mayoría, hipnotizados por las malas artes de Gaitoka, se unieron a ellos ejerciendo como soldados y sirvientes de los primeros. El resto huyeron despavoridos y se desperdigaron por los bosques.

Se decía por entonces que, cuando Gaitoka hablaba con los vencidos, era capaz de influir en sus inocentes pensamientos. Los compraba y corrompía agasajándoles con los enseres robados y eran convencidos para que fueran como él, avariciosos y despiadados.

Reclutaba hombres maduros y jóvenes varones, para adiestrarlos y convertirlos en guerreros a sueldo. Podían distinguirse del resto por sus característicos ojos dorados... Los niños y mujeres quedaban secuestrados para coaccionarlos en

mayor modo y pasaban el resto de sus vidas trabajando y sirviendo como esclavos de los soldados...

A los ancianos, simplemente los desterraba, abandonándolos a su suerte. Se decía por aquellos territorios que el cacique era el hijo de un ser maligno que habita en los recovecos más recónditos del espacio negro, al contrario que Báltux el Zerba, que, según las gentes, habitaba en el cielo azul celeste.

Con el tiempo y las aguerridas prácticas, esta tribu llegó a alcanzar un considerable número de componentes. Gaitoka, jefe de todos ellos, fue el que ideó este nuevo estatus. Se instauró como líder absoluto del resto y, secundado por algunos sicarios que compartían sus oscuros sentimientos y el color de sus ojos, impusieron su voluntad al resto. Quien no acataba las órdenes del líder, era castigado duramente.

Más tarde, cuando decidieron que este territorio se quedaba pequeño para sus perspectivas, Gaitoka y sus seguidores, que formaban ya un pequeño ejército, se lanzaron a la conquista y toma de más territorios. Este hecho provocó más confrontaciones con otros grupos, hasta que en una de ellas se produjo una muerte... “el primer homicidio entre seres humanos”.

Después le siguieron muchas más reyertas; los más débiles sucumbían ante los poderosos Arraparix, y la amenaza de los cruentos corría más aprisa de lo que avanzaban, quitándoles tiempo para organizarse y defenderse.

En todos los confines de la tierra habitada, las pequeñas tribus se unieron en grupos mayores y se establecieron en aldeas con gran número de habitantes, y los poblados se unieron en coaliciones formando reinos para defenderse de los Arraparix. Pero daba igual; las tácticas empleadas otorgaban la victoria a los hombres de Gaitoka en las batallas. Los supervivientes vencidos, inexplicablemente, se convertían en siervos sometidos de los ganadores. Gaitoka tuvo tres descendientes y, cuando tuvieron la edad suficiente, comandaron cada uno una milicia y avanzaron tomando distintos caminos para abarcar más terreno en menor tiempo.

El padre hacia el norte, y los hijos... uno hacia el sur... otro al este y el último... se dirigió hacia el oeste. Después llegaron sus nietos y entre todos conquistaron todo el mundo. Y bajo el yugo de los opresores, en poco tiempo, por edicto y mandato de los Gaitokas, todos los humanos olvidaron la promesa que sus antecesores hicieron a Báttux. El compromiso de preservar su propio mundo... La avaricia, las envidias y las ansias de posesión se adueñaron de cada rincón de la tierra.

En cualquier punto del mundo los Gaitokas querían más, y como ya no había nadie liderando aldeas libres, se enfrentaron entre ellos. Hermanos contra hermanos, primos contra tíos y padres contra sus propios hijos.

Llegado el punto en el que la guerra fue su forma de vida... Todos los humanos eran soldados al mando del Gaitoka de turno, y nadie labraba ya las tierras ni cuidaba ganado para alimentarse; se mantenían del saqueo y de la caza indiscriminada de animales salvajes.

Como una plaga, cada facción devoraba todo a su paso, se ideaban nuevas formas para quitar la vida a otros seres e inventaban nuevas herramientas para llevarlas a su fin. Increíbles artefactos a los que llamaban máquinas de guerra lanzaban fuego a largas distancias para vencer a sus enemigos y desposeerlos de recursos. Fuegos sin control que erigían enormes columnas de humo en cada rincón de la tierra, y que podían divisarse desde el espacio exterior.

Los humanos se habían deshumanizado, y de la familia del primer Gaitoka, solamente quedó él mismo y un nieto llamado casi como él, “Gaitokari”, que siempre permaneció fielmente a su lado, al vencer en la última batalla contra el último de sus hijos, que era el propio padre del nieto.

Pero ya no había tierra con recursos en la que disfrutar de la victoria. A su alrededor, todo era un desierto desolador. Sin nada que comer y con el aire viciado por la falta de pureza, uno a uno, los supervivientes sucumbieron hasta quedar muy pocos de ellos.

En el granero. *Pero el abuelo Dan solo contó la versión que conocía de lo ocurrido a través de una vieja leyenda que pululaba por ahí; jamás lo había leído en escrito alguno... Gaitoka era un hombre malo que lideró una tribu igual de maligna, que se veía cegada por la codicia. Y poco a poco fueron invadiendo territorio y sembrando la maldad por donde pasaban, hasta casi destruir el mundo.*

Los aldeanos del valle se miran entre sí, y ninguno de los humanos que realizaron tan catastróficos actos descritos en la historia se podría comparar con las personas presentes en el

granero. En todo caso, algunos de ellos podrían imaginarse a un cacique similar que intentó invadirles desde el sur hace ya algún tiempo.

Otra vez con la incertidumbre en sus mentes, los aldeanos dejan la reunión. Pero volverán mañana para oír los acontecimientos venideros... y cada una de las familias, al regresar a sus cabañas, comenta lo cruel que era Gaitoka; por eso le llaman así a quien se porta mal; los jovenzuelos son los más atrevidos en sus comentarios.

— **Jóvenes** *“Si los Gaitokas vinieran por aquí algún día, los Bufantes rojos acabaríamos con ellos”.*

Sus padres y abuelos estiran el cuello con orgullo al escucharlos, y los pequeños emulan a los referidos bufantes blandiendo palos con la forma de una espada. Las ramas de los matorrales que se encuentran a su paso son Gaitokas y reciben su merecido.

Hasta que padres y madres recriminan su conducta, porque las plantas también tienen sentimientos y no merecen ese trato. Así que a arremeter contra ficticios enemigos que solo existen en su imaginación, dando mandobles al aire.

Al día siguiente que toca entrenamiento de los bufantes rojos, intentan convencer al narrador para que continúe su relato por la necesidad que sienten de saber qué pasó con la tierra, y Dan se ha negado alegando un gran cansancio.

Ahora están peor que ayer. Según lo oído, la tierra resurgió un buen día y Gaitoka la vuelve a destruir en poco

tiempo. Mientras están entrenándose en las artes de la defensa, a cada momento alguien interrumpe preguntando al comandante Dan. —*¿Qué fue de la tierra? —¿Murieron todos los humanos y los animales? —¿Y Báttux, qué hizo?...* — Pero el abuelo no suelta prenda; tendrán que esperar otra noche, que todavía se hizo más tediosa y larga que la anterior. Y al llegar un nuevo día, nadie falta a la cotidiana cita, todos en silencio a escuchar al narrador.

La leyenda de Báttux. No había sido consciente de los hechos acaecidos durante su larga ausencia. Ahora no dejaba transcurrir grandes periodos de tiempo entre visita y visita a su sistema predilecto, porque había trazado rutas y atajos para ir visitándola con más asiduidad desde cualquier rincón que recorría. Pero demasiado para que los acontecimientos que estaba a punto de descubrir pudieran haberse evitado. No podía creerlo; las columnas de humo teñían la atmósfera de gris, los bosques ardían en llamas y los hombres prácticamente se habían autodestruido entre sí. Los animales, aves, peces y otras especies, perseguidos, acosados y medio muertos de hambre, se veían en serio peligro de exterminio. La maleza era casi inexistente e incapaz de sostener la vida de su entorno.

Realmente defraudado y enfurecido con los humanos, no acudiría al consejo de Zerbas esta vez, porque ni un segundo tardó en tomar una decisión... Primero detuvo la rotación de la Tierra. Con ello, toda la vida de su interior se paró de golpe y, en consecuencia, todos sus moradores se adormecieron por completo. A continuación, fuera de la tierra, metió a todos en la talega que guardaba entre sus barbas, y una vez puestos a buen recaudo, comenzó a reparar la tierra, otra vez. Para eso era el encargado del mantenimiento. Pero esta vez se tomó su tiempo antes de liberar a los humanos.

La anterior estrategia no funcionó del todo bien, así que hubo que cambiarla y para ello tuvo que encogerse de nuevo. Como no podía cargar con todos los hombres a la vez, sobre la palma de sus manos fue depositando los que cogían en ellas y, con la intención de que cuidaran la naturaleza, fue desperdigándolos en pequeños grupos por distintas zonas para que repoblaran toda la tierra.

Uno a uno, eran depositados con delicadeza a la vez que insuflaba aliento en el interior de sus cuerpos para que sus almas y mentes quedaran liberadas de todo mal recuerdo y mala acción. Así pudieron recibir el mismo mensaje que transmitió a los primeros humanos que designó para cuidar la naturaleza. Y uno a uno se iban transformando en nuevas personas que comprendieron y aceptaron el mensaje.

Esto no se estaba contando en la historia del abuelo...
“Aunque en años venideros se sabrá”. A un par de ellos no les surtió el efecto deseado por Báttux, aunque nadie se dio cuenta. Eran los únicos supervivientes a los que se les cambiaba el color de los ojos intermitentemente. Durante tres o cuatro pestaños se mantenían de color pardo, pero al quinto se volvían dorados en el contorno y ardientes en la zona central; después volvía a repetirse el ciclo. Eran Gaitoka y su nieto Gaitokari, responsables de la decaída del mundo. No se habían transformado debido al trocito de alma que concedió Gaito a Gaitoka, y después heredó Gaytokari.

Dan continuó su historia. Báttux les daba una nueva oportunidad a los humanos... En esta segunda etapa, no hubo ninguna represalia por su parte, solo hacerlos comprender que habían tomado el camino equivocado. Pero esta vez no iba a dejar

el destino del mundo en las manos de los que le habían defraudado.

El mago que creó el mundo por pura casualidad comenzó a urdir su nuevo plan de vigilancia. Tenía claro que, en unos cuantos miles de rotaciones, que es lo que tardaría en regresar, algún humano podía volverse Gaitoka y destruir el planeta. No podía garantizar la subsistencia de la Tierra, así que él mismo debía erigirse como vigilante personal del planeta, pero entonces...

¿Quién se haría cargo del resto de la galaxia?... La solución... Muy sencilla. No podía quedarse todo él para siempre, pero sí una pequeña porción de sí mismo. Nunca se había realizado tan intrépido plan, pero no en vano entre los Zerbas se había ganado fama de extrovertido e innovador.

Desde la distancia y a través de su hilo de comunicación (“otra vez a voces”), expuso su decisión a los Zerbas sin que hiciera falta su presencia. Después de contarles su idea, recibía el consentimiento y la aprobación de todos y cada uno de sus congéneres.

Sobre todo, la opinión que más le interesaba era la de su primer hermano, con quien mantuvo una amplia y entretenida charla, Vítux, el Zerba que siempre marcaba una especial presencia en sus pensamientos.

Capítulo 8

LUZ

Dicho y hecho... Para esta misión no necesitó la ayuda de sus otros camaradas; él solo lo intentó y comenzó su innovador proyecto. Arriesgado pero resolutivo, porque en su propio cuerpo estaba la solución.

El ritual de la incrementación no suponía ningún dolor ni esfuerzo, y siempre salían revalorizados de energía de aquellas asambleas. Pero lo que se disponía a realizar resultaría doloroso y debilitaría sus energías en gran medida.

Enseguida se puso a trabajar en su idea... Primero redujo su tamaño hasta más o menos las mismas dimensiones que la Tierra. Los guijarros que suele guardar entre sus barbas como reserva mantenían el volumen y parecían crecer ante él, así que los dejó flotando en el espacio junto a la bolsa fabricada con su piel para depositar la energía que se iba liberando.

Pero se guardó uno pequeñito de color blanco. Al reducirse su cuerpo, el pedazo de guijarro ya no parecía tan pequeño y llenaba toda su mano. Terminada la disminución, se dispuso a trabajar en su proyecto.

Para que tuviera un poquito de sí mismo, levantó sus barbas y del mismo sitio que cuando fabricó el manto protector de la tierra, arrancó un pedazo de su propio cuerpo, pero esta vez a mayor profundidad, un pedazo de su propio corazón. El gesto de su cara denotaba dolor, pero aguantó. Una brizna de sus

translúcidos y brillantes cabellos también quedó atrapada entre sus dedos.

Al desprendérsele, se posó sobre el manto de la tierra y quedó oculto entre el polvo cósmico procedente del espacio lejano, que se iba posando en la cúpula atraído por el magnetismo de la tierra, y allí quedó olvidado. Al atravesarlo, la luz del sol trazaba en el cielo una línea multicolor que se hacía visible desde la superficie, mostrándose como un arcoíris permanente.

Casi simultáneamente, El Zerba con la otra mano ya estaba arrancando una enorme roca del interior del planeta, en una zona totalmente deshabitada y con poca maleza debido a su enorme altitud. La más elevada que encontró entre unas oscuras montañas y con un volumen quizás dos o tres veces mayor que su mano.

Para arrancarla tuvo que esforzarse tanto, que hizo estremecerse a todo el globo terrestre, y bajo ella solo quedó una gran porción de tierra roja y pegajosa que se desprendía de la colosal mole cuando se estaba elevando.

La cicatriz resultante formó dos cordilleras paralelas, de altura considerable y gran longitud, y en su mitad quedó formado un profundo valle por donde corría desbordada el agua acumulada en los acuíferos que antes alimentaban ríos y arroyuelos.

Por el efecto de tan grandioso movimiento, las tierras enrojecidas situadas al sur de las cordilleras se hundieron y las aguas de las profundidades de una gran caverna afloraron a la superficie, formándose un extenso lago teñido de color rojo.

Para que la maleza de la zona se repusiera más rápidamente, conforme sacaba la roca de la superficie, impregnó todo el terreno herido con energía que lanzaba a través de los poros de sus dedos. Y ese lugar quedó impregnado en mayor medida por la magia del Zerba, para que la vida surgiera con más ímpetu.

Después, la gran roca extraída la unió al guijarro blanco y trituró a ambos, apretándolos fuertemente con las manos. Hizo una argamasa con todos los ingredientes y la introdujo en el gran mar para que se ablandara con sus aguas.

Cuando estuvo bien empapada y reblandecida, la fusionó con el trozo de su propio corazón. La mezcla obtenida había tomado un tono rosado parecido al de la piel de un niño recién nacido.

Pero esta vez no le dio forma de bola como se hacía normalmente con los elementos espaciales, sino que eligió modelarlo con la forma de los seres humanos que habitan la tierra.

Y para ser más precisos, escogió exactamente la de una mujer, que representaba por sí misma la figura protectora de una madre dedicada en cuerpo y alma al cuidado de sus hijos. Justo el amor que necesita él, para su querida tierra.

El único detalle que le faltaba eran un par de piernas; su lugar lo ocupaba una estilizada cola puntiaguda. Porque dichas extremidades no las necesitaría para desarrollar su misión. Total, que era como él, pero con los rasgos de una mujer.

Su habilidad era innata y poco había tardado en modelar la escultura; quizá el dolor de su herida o tal vez la emoción del acto hicieron resurgir alguna lágrima de sus ojos que se impregnaron accidentalmente y por casualidad sobre la figura de tierra roja, y allí la dejó.

Al igual que las mujeres humanas, nada más que tenía cabellos sobre su cabeza y el resto de la piel permanecía desnuda. Para protegerla de las inclemencias del espacio, le proporcionó un manto para que envolviera su cuerpo, y para ello tomó un pedazo de la piel de la cubierta que protege a la tierra, y así quedó involucrada en su nuevo cometido.

Quedó la capa a modo de capucha que la cubría desde la cabeza hasta el final de su figura. Total, que el amasijo de barro era su cuerpo, el trozo de corazón sería su alma y el pedacito del manto, su protección e instinto.

Sin olvidarnos de las lágrimas derramadas por puro accidente que estaban llenas de sentimientos profundos. Y esto le conferiría el don de la magia y los puros pensamientos de los que son valederos en todos los Zervas espaciales.

La figura descansaba inerte en las manos de su creador, y este, acercándola a su boca, exhaló un poco de aliento en el interior. Un soplo produjo el milagro de una nueva vida.

El recién creado ser, respondió agradecidamente al impulso y, al sentir el aliento de su padre, los latidos de su corazón comenzaron a ser constantes y cada vez resonaban y se repetían con más frecuencia. En consecuencia, un espeso e incandescente fluido comenzó a circular por el interior de su cuerpo, y conforme

recorría su organismo, este se iluminaba como una antorcha que trae la luz a las noches oscuras.

El latente cuerpo de la escultura seguía sobre la mano extendida de Báttux. Ella se despertó y, como si de una larga siesta se despertase, miró al padre. Aunque con rasgos muy diferentes, ambos compartían el brillo de los ojos negros y también el destello de luz que emerge de la profundidad de sus brillantes cuerpos, y menos mal que no heredó su prominente nariz, porque en un rostro tan fino, hubiera destacado en demasía. En el caso del padre y debido a la emoción del momento, al ver emerger la vida de su hija por primera vez, sus pupilas relucían con mayor intensidad de lo acostumbrado.

Tal esfuerzo debilitó al mago, que, para no quedarse sin nada de energía, redujo todavía más su cuerpo, hasta alcanzar el mismo volumen que el de la escultura que acababa de componer. Así pudo apreciarla de cerca y disfrutar de su presencia.

La emoción compensaba su debilidad y le dio las fuerzas para continuar. No hubieron de decirse nada, pues todo estaba dicho.

Al crearla con parte de su propio ser, no solo concibió la vida, también recibió el mensaje y la misión para la que había sido concebida, al igual que pasaba cuando los Zervas se multiplican. Después solo se miraron y asintieron ambos con la cabeza, en signo de complicidad.

El nuevo ser, aunque de apariencia delicada, parecía suficientemente vigoroso para desarrollar la encomienda.

No iba a dejarla suspendida en el espacio todo el tiempo mientras realizase la vigilancia del planeta, así que también le proporcionó un cómodo asiento donde descansar y observar el mundo. Tomando un poco de energía de la talega suspendida en el espacio, volvió a crecer.

Después cogió uno de los meteoritos, el de mayor volumen, que ya estaba parcialmente redondeado, y lo terminó de afinar. Cuando estuvo totalmente rematado con la forma de satélite, le puso a girar alrededor de la Tierra para que su hija pudiera subirse a él y desde allí, en continua y lenta rotación, poder controlar todos los acontecimientos que se produjeran en su planeta.

Finalizado el improvisado aposento, volvió al tamaño de su hija. Después de todo el trabajo realizado, por primera vez el mago conversó con ella, de palabra y voz: — *Tengo que pensar un nombre para ti... mi hija, la que iluminará mi camino y el resto de mi existencia, serás “Luz”. El manto que protege a la tierra es “Naturaleza” Y ambas, seréis sus protectoras en mi ausencia. Este satélite que está junto a nosotros será tu punto de vigilancia ¿qué nombre te gustaría ponerle? —*

Luz asintió con la cabeza y lo pensó durante un rato. Quería buscar un bello nombre para la que sería su compañera de viaje a partir de ese momento: —*“Luna”, porque relumbra al recibir la luz del sol y después la proyecta hacia la tierra iluminando sus oscuras noches.*

Ya con nombre todo lo nuevo, siguieron conversando. El Zerba le iba contando todo lo que aconteció desde su primer pensamiento y ella escuchaba la dulce voz de su padre con orgullo

y admiración. Ella le agradecía que la hubiera creado y, además, que la llamara hija. El amor que sienten los padres por sus hijos es de la misma intensidad en la que lo reciben por parte de ellos; esto hacía que se sintieran inmensamente felices y disfrutaban estando juntos.

Báttux comunicaba a sus hermanos Zervas todo lo acontecido en su mundo, ¿no iba a dejar de hacerlo en estos momentos de tal felicidad? Y todos ellos se empeñaron en conocer al nuevo miembro de la familia.

Así que se convocó una reunión extra de magos de las que tanto gustaba a Hírux y a Lárux. Como si de un bautizo se tratara, en esta ocasión en homenaje a la hija del primero de todos los Zervas, se celebró un festejo extra para conocer a quien, por descendencia familiar, era sobrina de todos ellos.

Cuando llegaron en desbandada, no vieron a su hermano mayor, pero intuían su cercana presencia. Cuando vieron el tamaño tan diminuto que tenían Báttux y Luz, no tuvieron otra que carcajearse de su nuevo aspecto. Así que, viendo la imposibilidad de aumentar el cuerpo de la pequeña Zerba, se propusieron decrecer ellos.

Y bajo las instrucciones del que ya dominaba la técnica, se fueron llenando de energía un buen número de zurronec fabricados con su propia piel. Fueron perdiendo volumen hasta alcanzar parecido tamaño al de Luz.

Así era más fácil conversar con mejor perspectiva. Además, no hubieran cogido tantos y tan grandes en el reducido espacio del sistema solar. Habrían tenido que apartar los planetas,

como quien aparta los fardos del heno en el granero, para dar comienzo al baile de luna llena.

Fue sonada esta conmemoración porque duró más de lo habitual, tanto como para que Luz conversara con todos sus tíos, largo y tendido. Cada uno le contaba sus vivencias y además le enseñaban sus pergaminos con la historia de sus vidas.

Pero con quien más tiempo pasó fue con Vítux. Tío y sobrina resultaron tener un carácter parecido... alegre y extrovertido, lo que le convirtió en el tío favorito.

De ello se percató el padre y le hizo prometer a su primer hermano que, si algo le ocurriera, él fuera quien cuidara personalmente de Luz, y la promesa se rubricó con un largo abrazo. Luz tenía un padre, un incontable número de tíos y un padrino.

De ahí viene la costumbre en nuestras tierras de buscar un segundo padre entre los amigos y familiares para nuestros hijos, como Lauro lo es de Nani. Los Zervas del espacio se tomaron unas vacaciones, y la hija de Báttux conoció de principio a fin todas las historias de todos los Zervas del universo.

Durante un tiempo la tierra estuvo mejor custodiada que nunca, recibiendo atenciones de todos ellos. El propio Báttux repobló con algunos humanos y muchos animales traídos de otros lugares la zona de la que había extraído la montaña para fabricar a su hija, y durante el tiempo que estuvieron todos reunidos, vieron prosperar el nuevo territorio.

Las vacaciones se alargaron tanto que vieron nacer a más de diez generaciones de humanos, y estos desde cada rincón de la tierra se habían acostumbrado a ver pasear aquellas enormes figuras deslumbrantes, que casi disipaban la incandescencia del sol.

Y las noches no eran oscuras, sino que se veían iluminadas por sus cuerpos. Eran reconocidos y admirados, pero por quien sentían mayor fascinación era por Luz, porque siempre esbozaba una sonrisa dirigida a todos los seres vivos por los que sentía afines afectos.

Pero mientras que se deleitaban en aquellas improvisadas vacaciones, el espacio parecía darse más prisa en expandirse y tuvieron que separarse de nuevo para llenarlo de elementos cósmicos y sistemas planetarios.

Así que de nuevo emotivas despedidas se produjeron y más entrañables que nunca, porque habían pasado mucho tiempo juntos y costaba volver a la soledad de sus territorios. Se consolaban con el pensamiento de nuevos reencuentros y esto levantó su ánimo.

El último en partir fue Vítux, que siempre se quedaba apurando todo el tiempo que podía, y más, motivado por la presencia de Luz, a quien la había tomado en la misma estima que a su hermano mayor.

Movido por la sana envidia que le producía ver las escenas entre padre e hija, el segundo de los Zervas le pidió un favor muy especial al primero. Además, tenía que mantenerse en secreto ante los otros, porque no quería que creyeran que sentía envidia por su

hermano mayor, y por ello se lo susurró muy despacito al oído. Después de prometerle que se lo concedería, se marchó.

De repente aparecieron HíruX y LáruX, que solo habían dado una vueltecita para hacer tiempo, y habían oído lo que sus hermanos mayores estaban maquinando. Intuyendo que no se lo negaría, le pidieron el mismo favor para ellos.

Vítux, que no tenía un pelo de tonto, se quedó escamado al ver sus sospechosas maniobras cuando simularon que se iban, y había hecho lo mismo que ellos.

Darse otra vueltecita por la galaxia, pero con sigilo, por detrás de ellos. Cuando hablaban con el mayor, los alcanzó por sorpresa. Pero nadie se sobresaltó porque, conociéndole, se lo habían imaginado. Entre los cuatro certificaron que algún día, no tardando mucho, lo llevarían a cabo. Llenos de satisfacción los tres hermanos de Báttux, se alejaron definitivamente.

Eso sí, cerciorándose de que esta vez no se darían la vuelta ninguno de ellos. Para ello se trasladaron marcha atrás hasta estar bien alejados.

De nuevo padre e hija volvieron a quedarse solos; bueno, no tanto; desde ahí abajo, en la lejanía de la corteza terrestre, los moradores eran testigos de su presencia y de sus actos. Pero del favor que le pidieron los hermanos a Báttux, nada se supo, porque tan en secreto lo guardaron que no se mencionó nunca lo que allí realizaron, ni quedó constancia de ello en escrito alguno.

Algunos de los aldeanos, sobre todo los más viejos, recuerdan las antiguas leyendas sobre los titánicos seres que

cuidaban el antiguo mundo; incluso a alguno le eran familiares sus nombres.

También habían oído hablar de un rostro amigable y sonriente de enormes dimensiones que aparecía por el cielo amparada por la luna, y también que una noche, sin saber cómo, dejó de acompañarla para siempre. Pero esto lo conoceremos más adelante.

Después de oír a Dan contar esta historia, todo cobró sentido, haciendo que la fe en los Zervas renaciera en todos ellos, que siguen escuchando el relato.

Allí arriba, Luz miraba tiernamente a su padre mientras viajaban sobre el nuevo satélite que giraba alrededor del planeta. Siempre en la misma dirección y a una velocidad constante. Así permanecerían durante un buen periodo de tiempo. Etapa que disfrutaron los dos juntos en su nueva condición familiar.

La hija escuchaba los consejos del viejo Zerba, y ambos pasaban el tiempo repasando las tareas y desarrollando proyectos para el nuevo mundo que estaba a su cargo. Pero después de tan largo periodo de tiempo... (varios miles de años, o quizás más) ... la triste despedida se acercaba.

La galaxia necesitaba del mantenimiento de su creador y reclamaba su presencia. Desde allí retomaría su rutinaria ronda y este sistema y, más concretamente, este satélite de la Tierra, sería declarado por determinación y consecuencia su hogar de referencia, donde moraba el ser que más apreciaba.

Durante este tiempo creció y se desarrolló un cariñoso vínculo entre padre e hija, que jamás nada ni nadie podría deshacer.

Otra vez, el mago resucitó viejas congojas, idénticas a las que sentía cuando se separaba de sus congéneres después de las reuniones.

Pero por muchas que fueran, no se acostumbraba a las despedidas y más tratándose de su hija. La veía más vulnerable y, aunque depositaría toda su confianza en ella, no podía evitar sentirse preocupado. Se presagiaba un gran abrazo entre ellos...

El padre la acogió entre sus brazos mientras ella posaba la cabeza sobre sus largas barbas, justo a la altura de su corazón.

Después llegó la separación física, ojos llorosos y apretada garganta en los dos seres. Pasado el mal trago y de vuelta a la realidad, el cuerpo del mago comenzó a recobrar su tamaño habitual, inspirando la energía que antes dejó en el habitual pellejo atado al planeta anillado, del que parecían haberse confeccionado adrede para tal fin. Esto significa que se prepara para partir... Y se lanzó hacia el espacio...

Esta vez sin mirar atrás porque temía que, si volviera la vista, no le quedarían fuerzas para alejarse de Luz. Y de nuevo una lágrima perdida del Zerba quedó suspendida en el espacio, a la que nadie dio la mayor importancia, porque era cien mil veces más pequeña, que la que originó el planeta azul.

Los hombres, acostumbrados a verlos pasando por el cielo, fueron testigos de los hechos. Primero del descomunal

aumento de tamaño y más tarde de su partida. Se despidieron de Báttux de un modo muy peculiar que venía siendo costumbre. Cuando miraban al cielo, la luminosidad que emiten los Zerbas y Luz cegaba sus ojos, y ponían su mano sobre ellos para vislumbrarlos mejor. Al verlos los de arriba, procedían de igual modo y pasaban su mano de un lado al otro de la cara.

La costumbre se arraigó y el saludo se conformó en habitual en todo el mundo cuando se veían de lejos, y así se despidieron de su Zerba creador. Este, para que lo vieran en todos los rincones, dio varias vueltas alrededor sin dejar de pasar la mano por su rostro antes de alejarse definitivamente.

Después centraron su mirada en Luz, y en su inseparable bola de piedra... Conforme iban apareciendo por el horizonte los habitantes de la tierra... hombres y alimañas, incluso las plantas se estremecían por la emoción a su paso y enviaban sus saludos en señal de un respeto repleto de esperanza y buenos augurios.

Desde ese mismo día y hasta mucho tiempo después, la culminación de la Luna llena iluminaba perfectamente el rostro y la figura de Luz. Todos podían observar la dulzura de su mirada que transmitía amor, paz y sosiego. Y esto era motivo de celebraciones en cada rincón del mundo.

Incluso se dice que por aquel entonces, y hasta ahora, influenciados por el mágico brillo que desprenden ella y la luna... todos los animales, incluidos alimañas y presas, y solo durante esta noche... pactan una tregua y se reúnen en amigable compañía para celebrar la plenitud del satélite.

Luz era feliz ocupando el puesto y la responsabilidad que su padre le encomendó, pero le echaba de menos durante sus larguísimas ausencias. Deseadas visitas, largos periodos de convivencia y tristes despedidas a la hora de partir conformarían la relación entre Báttux y Luz. Hasta que venideros e inesperados sucesos en un lejano futuro lo cambiarían todo.

Y sobre la lágrima perdida de Báttux, ¿qué ocurrió? Pues que no pasó tan desapercibida. Luz en una de sus rotaciones la descubrió y, viéndola en solitaria flotación, la tomó con la punta de su dedo índice y la arrojó contra la tierra. Fue con tanta fuerza que, al atravesar la capa de la naturaleza, provocó una tormenta de rayos y truenos.

Después se estrelló en medio del lago de color rojizo. Para ella era minúscula, pero en el interior del planeta se presentaba descomunal. La lágrima hizo que se triplicara el volumen del lago, y el choque contra el agua provocó una enorme ola que arrasó una de sus orillas, dejando el rojo sedimento del fondo por todo el borde de ella, y cuando se calmó el oleaje, apareció una extensa playa carmesí. Luz, cuando vio lo que había provocado, se asustó.

Menos mal que la orilla estaba deshabitada y no había ocurrido ningún accidente entre los seres de la zona. Solamente unos hombres que habitaban cerca se remojaron tenuemente los pies.

La luna cambió de color; ella distinguía cuando luz estaba contenta, o cuando triste, y para cada estado tenía su propio tono y así se comunicaban...

En esta ocasión, el color que presentaba era el de echarle una regañina. Y Luz se disculpó con ella: — *¡Huy!... Lo siento, Luna, la próxima pondré más cuidado.*

La luna retomó su tono habitual, aceptando las disculpas de su compañera de viaje que transcurre sin más novedad. Al menos por el momento. Quién sabe qué travesuras podrá protagonizar la joven hija de un Zerba.

En el granero, al caer la noche, los concurrentes sí que dirigen la mirada hacia el cielo con mayor motivo. Esperaban ver a Luz, pero solo apareció la luna. Se preguntaban qué habría sido de ella, y hacía que dudaran sobre la veracidad de la historia al no ver a la protagonista. Pensaron que solo era un cuento. Al día siguiente acudieron todos a seguir escuchando este “cuento”, que, aunque insólito e increíblemente fantástico, resultaba de divertido entretenimiento...

Lo que no se contó en el granero. *(Los acontecimientos vividos durante esta feliz época no lo fueron tanto para los seres oscuros de ojos sangrantes, sobre todo para uno de ellos que casi había logrado destruir el mundo en una ocasión. Pero todavía sin conocer los hechos, Báttux no solo lo recompuso, sino que, además, reforzó su energía.*

Pero lo que más le dolió al seudo Zerba fue conocer la existencia de Luz, su nueva hija. El odio que sentía se veía reforzado por los celos. Desde lejanos confines se dejó ver una explosión de rabia materializada en doradas llamaradas. Se prometió a sí mismo y ante sus hermanos que la venganza no se haría esperar. De todo esto, seguían sin tener constancia los magos estelares y mucho menos el narrador y los aldeanos.

En el granero — Año primero del diario de luz... Así comenzó el abuelo, dejando patidifusos a los oyentes. Los más espabilados echaron cuentas y ahora saben dónde comenzó a contarse el tiempo.

Pero más adelante sabrán cómo, y por qué... Para ello tendrán que estar concentrados y fijos al abuelo, para que este pueda mostrárselo a través de sus pensamientos... Es más divertido verlo en sus mentes como si fuera un sueño que escuchar las palabras...

Continuó el Narrador... Había pasado el tiempo; Luz dominaba el arte de la conservación y protección de la tierra. Desde su atalaya disfrutaba observando cómo prosperaban los seres vivos, pero sobre todo sentía especial atracción por los humanos.

Una sana envidia recorría su cuerpo al contemplar los lazos de amor que unen a las familias, pero lo que más llamaba su atención era cuando una pareja se enamoraba. Los sentimientos que se demuestran y la ternura de sus caricias la hacían temblar de emoción. Tanto que, en ocasiones, deseaba ser humana ella misma.

La tierra estaba llena de vida y ella estaba sola con la luna y sentía una sana envidia por los habitantes de la tierra, pero no había mucho tiempo para pensar en ello porque había trabajo que hacer. A veces... tormentas, sequías, desbordamientos y otras inclemencias propias de este mundo asolaban alguna comarca.

Pero ella y su aliada naturaleza siempre devolvían la calma al planeta a través de su magia. Esta era la única manera de mantenerla en perfecto equilibrio.

Los Zervas son incorruptibles y tienen fama de comportarse con gran profesionalidad. Inflexibles y constantes con sus tareas, pero a la vez tolerantes y renovadores con sus cometidos. Sienten apego por las obras creadas y nunca abandonan su misión.

Luz no era uno de ellos, al menos no del todo, y solo poseía algunos trazos, su corazón y su alma, por ejemplo. Pero su cuerpo en gran medida estaba compuesto por materia proveniente de la tierra. Esta influencia hacía que tuviera pequeñas debilidades como las tiene el propio planeta.

Luz, durante toda su existencia, que no era poca, siempre se había comportado firme en su trabajo, pero últimamente descuidaba en mayor medida sus tareas y cada vez dedicaba más tiempo a la observación de los humanos.

Ya se había llevado algún susto al no atender a tiempo la resolución de alguna catástrofe; menos mal que podía contar con la naturaleza, que, por los pelos se iban solucionando. La admiración y atracción que sentía por esta especie iba en aumento y se implicaba cada vez más en sus vidas.

Especialmente, se había fijado en una familia que vivía en la orilla del lago de la luna, justo en el borde de una playa rojiza. (Así es, el mismo lugar donde se estrelló la Lágrima de su padre que se fundió con las aguas). Un paraje que se encuentra rodeado por una exuberante maleza de belleza sin igual... Y puedo aseguraros de que aún en este tiempo sigue así... Ella disfrutaba viendo cómo los días de su familia favorita transcurrían en feliz convivencia con el entorno.

Luz, ya pasaba casi todo el tiempo observando el lugar, tanto que a veces simulaba caerse de su aposento. La luna, sin poder detener el impulso que la guiaba, seguía en solitario el camino prescrito y la dejaba atrás. Después, la chica tenía que esperarla a que volviera por el otro lado, tras realizar un giro completo a la tierra.

Ella aprovechaba ese tiempo para seguir espionando a la familia del lago.

El hijo mayor, que acababa de cumplir sus veinte estaciones, pasaba gran parte del día colaborando en la subsistencia de todo el clan familiar y el tiempo que le sobraba lo dedicaba a jugar y proteger a sus tres hermanos menores, enseñándoles y transmitiéndoles lo que antes él había aprendido de los mayores, que no era otra cosa que el de respetar y cuidar la naturaleza de su entorno y también cómo aprovechar sus recursos sin desperdiciar nada ni incomodar a nadie.

Cuando era preciso, no dudaba en echar una mano a otros humanos o animalitos en peligro.

Su forma de ser y su manera de actuar hacían que la admiración que sentía ella por el muchacho fuese cada día en aumento. Hasta que finalmente, un buen día decidió que tenía que conocerle más de cerca. No “sabía cómo”, pero recordando lo que le contó Báttux sobre encoger su cuerpo... lo iba a intentar.

De buena mañana, cuando el Sol desaparecía por el horizonte del paraje, Luz y la Luna se aproximaron todo lo que pudieron a la superficie.

Cuando estuvieron casi rozando la cubierta del planeta, la aprendiz de Zerba se desprendió de la capa que le regaló Báttux y dejó salir casi toda la energía que lleva en su interior, exhalándola por la boca, y la envolvió en el manto, cerrándolo con un nudo bien apretado.

Después lo depositó sobre la superficie de la luna. Sabía cómo hacerlo porque aprendió del padre; la liberación de energía causó que fuera perdiendo tamaño hasta alcanzar una dimensión similar a la de los humanos.

La joven no miró hacia atrás y siguió avanzando; atravesó la invisible envoltura de la tierra fisurándola el mínimo necesario. Lo justo para pasar ella, y se adentró en su interior. La herida de la cúpula de la naturaleza se cerró de inmediato y, nada más entrar en contacto con la atmósfera y debido al rozamiento, su cuerpo experimentó un estallido de luz brillante, mayor al del habitual.

Ella no se percató y siguió avanzando, pero muy lentamente porque, a pesar de estar compuesto casi todo su cuerpo de material sólido, una gran parte de su composición son gases.

Este hecho y la mágica energía la mantenían a flote en el aire. Recordando el vuelo de las aves, agitaba sus brazos como si de alas se trataran, y usaba la cola para cambiar de dirección, y así avanzó hacia su destino.

Cerca de la tierra y solo a unos metros de altura, detuvo momentáneamente el descenso. En el aire podía navegar libremente, pero en tierra, ¿cómo podría desplazarse?

Arrastrarse no era una opción; además, con su aspecto actual, cola en vez de piernas, temía causar terror a los humanos. Luz recordó la historia que le contó su padre haciendo referencia al don que poseen los Zerbas para realizar las transformaciones, y cómo Báttux desarrolló nuevas partes de su cuerpo cuando las necesitó. Como en el caso de sus brazos y orejas, por ejemplo...

Ella, siendo medio Zerba y medio terrestre, ¿sería capaz de realizar lo que en ese momento se le pasaba por la cabeza? Y más... ¿Sería capaz de dominar la magia que se necesitaba para ello?... Pronto se desvelaría la duda. Realizando un gran esfuerzo mental, logró comenzar con su primera modificación física.

A varios pies del suelo, mantenida en suspensión y gastando una gran energía para lograrlo, se concentró. El cuerpo se le iluminó mucho más y, al igual que le ocurría a los Zerbas, todo su interior hervía como la sopa en el fuego.

Allí dentro se produjo una tormenta de luminosos rayos y atronadores relámpagos. A continuación, y durante un breve letargo, su cuerpo adormecido se calmó, apagándose su resplandor. Después de la parálisis momentánea, el movimiento regresó.

Al principio eran solo pequeños latidos y después se convirtieron en agitadas vibraciones. Al detenerse, su cola creció y se estiró a la vez que se dividía en dos partes idénticas. Al principio parecían colas de serpiente; después se fueron formando dos extremidades y, al final de ambas, les crecieron pies y dedos.

Ya tenía piernas y además podía sentirlas plenamente. Una agradable sensación recorrió todo su cuerpo y Luz se

emocionó al ver que su sueño se había hecho realidad. Tocaba aterrizar y suavemente se tumbó en la tierra. Poco a poco fue sintiendo el contacto de la hierba fresca sobre su cuerpo, y especialmente sobre sus nuevos pies.

Este acto le produjo una extraña sensación e intentó elevarse de nuevo para alzar el cuerpo e incorporarse apoyándose en sus nuevas extremidades, pero no lo consiguió. La magia de su interior, que se alimentaba de la energía del espacio, se había casi agotado; los componentes gaseosos se solidificaron y la gravedad de la Tierra la empujó de nuevo hacia el suelo.

Por primera vez, Luz sintió el peso de su cuerpo y poco a poco se habituó a él, pero ahora se asfixiaba. Antes, con el propio vacío del espacio se llenaba su interior; el aire era más denso y no penetraba por sí mismo.

Obligada por la necesidad, su boca y nariz se abrieron de par en par y absorbió un buen trago de aire puro. Esto la reanimó levemente; su organismo se acostumbró con rapidez y después hasta le resultó agradable la nueva sensación de respirar. Pero ahí no se iba a quedar eternamente.

Con gran esfuerzo se levantó y a duras penas se mantenía en equilibrio; venía lo peor... Primero elevó el pie derecho... El otro, al recibir todo el peso, flojeó... pero no se cayó.

Aguantó hasta que tuvo apoyados los dos de nuevo. Pero no fue mal su primer paso, porque, aunque solo había avanzado un palmo, para ella era una legua.

Después, con la misma torpeza, le siguió el segundo y así unos cuantos más, hasta que ya casi el cuerpo se iba manteniendo recto y no daba tumbos. El tiempo transcurría a otro ritmo para ella. Miró hacia atrás y solo había avanzado unos palmos, pero con optimismo se animó a sí misma: —"*No está mal para ser el primer día*". — La quedaba todavía tiempo hasta caer el ocaso, así que continuó su entrenamiento para aprender a caminar, al menos dignamente.

Capítulo 9

DANÚM

Pasaron las horas y el Sol se desplazaba inexorable por los cielos. Cuando Luz aterrizó, el astro estaba asomando por el este, y en ese momento estaba justo sobre su cabeza.

Era mediodía, pero durante unas horas se hizo de noche porque la luna se había detenido sobre la orilla del lago dando sombra a gran parte del territorio, produciendo un eclipse. Cuando el astro se desplazó hacia poniente, volvió la luz de nuevo.

A pesar de ello, durante todo este tiempo no había parado de caminar. Todavía no era una gran andarina precisamente, pero al menos daba continuidad a sus pasos.

Había recorrido ya un buen trecho, y ni sed ni hambre se hacían sentir en ella como lo harían en un humano. Todavía le quedaba una mínima cantidad de energía acumulada en su cuerpo; no le servía para elevarse, pero sí para mantenerla con vida.

Y menos mal porque seguramente, lo de comer y beber, no sabría cómo hacerlo. El instinto mantenía activa su orientación y continuó caminando.

Todo parecía ir bien, pero sus ojos no estaban acostumbrados al nuevo ambiente porque nunca había tenido la necesidad de cerrarlos. Cuando habitaba en el espacio, nunca

dormía, solo pestañeaba de vez en cuando. Sus párpados la pesaban, el aire los reseca y tuvo que cerrarlos un ratito.

El manto de la noche amenazaba con cubrir la luz del día, pero por suerte la temperatura de la zona y la estación en que se encontraba eran agradables para ella. Muy cansada por los esfuerzos realizados, por fin se tumbó sobre la verde hierba, bajo la protección de un viejo y robusto roble.

Cuando estuvo acomodada, echó un último vistazo entre las ramas del árbol hacia la profundidad del cielo y allí, en lo alto del todo, descubrió a su compañera luna. Justo sobre su cabeza, divisaba al satélite que se encontraba en su total plenitud, y al ratito cayó en un profundo sueño.

Ese día la luna llena no presentaba su peculiar brillo entre azulado y blanquecino. Debido seguramente a la tristeza por la ausencia de su compañera o quizás por alguna otra circunstancia, su aspecto era rojizo y lloroso, y Luna se había acercado a la tierra más de lo habitual.

Cuando Luz se adentró en la tierra, intentó durante un rato seguirla para disuadirla de su locura, pero viendo que no le hacía caso, tuvo que parar. Ahí estaba desde entonces, luchando contra la fuerza de rotación Y esforzándose con dureza para no perderla de vista; permaneció estática velando su sueño.

Se aproximó tanto a la atmósfera que la capa protectora se había abollado ligeramente. La presión provocó una gran subida de las mareas en todo el planeta. Allí mismo y en lejanos confines, los hombres y animales que habitaban junto al mar se habían tenido que alejar de las playas para ponerse a salvo de las grandes

olas provocadas. Y lo habían hecho previamente, creyendo que el color de la luna los advertía del peligro. Realmente fue Natura quien dio la alarma, tiñendo su invisible capa también de rojo para avisarles.

Y gracias a esto, no hubo que lamentar desgracias entre ninguno de los moradores de la Tierra. Luna miraba a Luz, quien no había sido consciente de los hechos acaecidos. Y en un instante de despertar, cruzando la mirada con su antigua compañera y desde la profundidad de la maleza donde se encontraba, la gritó con contenida tristeza.

Luna había sentido su lamento y la amargura por la separación. Se acongojaba, pero a la larga se alegró por ver al fin cumplido el sueño de su hermana. Así que, abatida y resignada, se relajó, dejando de ejercer resistencia sobre la fuerza de rotación y se dejó llevar nuevamente por ella.

Dicho acto hizo que se desplazase con relativa violencia hacia el antiguo trazado, y este movimiento propició que las aguas regresasen a su cauce, y así volvió la calma sobre la tierra.

Mientras tanto, esa noche Luz se había vuelto a dormir. Su primera noche en la tierra, y ya vivió su primer sueño en el que aparecieron como principales protagonistas... Su padre, la luna, el sol y, cómo no... aquel joven de la orilla del lago.

Despertó al sentir una agradable sensación. Los primeros rayos de sol que atraviesan la copa del árbol calentaban su cuerpo. Se levantó y, desperezándose, se dirigió hacia el lugar donde moraba la familia que quería visitar.

Ya no andaba tan torpemente; tras la larga caminata del día anterior había logrado coordinar sus movimientos y avanzaba con buena disposición. Después de un tiempo transcurrido y una buena distancia recorrida, se detuvo. Al otro lado de los arbustos se escuchaba el sonido de una cascada y, entre este susurro, también oyó risas y gritos de jolgorio.

La recién llegada se sintió atraída por ellos y se aproximó hacia su origen, e intuyendo quién producía dicha algarabía, atravesó la maleza.

No fue directamente hacia ellos, se escondió tras una mata de helechos y después, delicadamente y sin hacer ruido, apartó alguna de sus ramas y se asomó con timidez, y allí estaban... eran ellos... la familia que estaba buscando.

El muchacho y sus tres hermanos pequeños se regocijaban dándose un chapuzón bajo el chorro de agua que se desprendía por una pequeña cascada.

Haciéndose la distraída, se acercó... pero su presencia no hizo más que asustar a los pequeños y poner en guardia al joven, que los colocó tras de sí para darles protección con su cuerpo.

También tapaba sus caras y ojos a la vez que él los cerraba para evitar el fuerte deslumbramiento que salía de aquella figura recién aparecida. A pesar del fuerte haz de luz, pudo vislumbrar un par de ojos extremadamente negros que perturbaron su mente.

Tuvo que sacudir su cabeza con violencia para poder apartar su mirada que había quedado soldada a la de enfrente. Solo eso se quedó grabado en su cabeza; por suerte, el

deslumbrante brillo había camuflado su verdadero semblante, haciéndola casi irreconocible. Empujado por su curiosidad y las ansias por conocerlo todo, estuvo a punto de acercarse, pero temiendo por sus hermanos, pensó que era mejor salir a la carrera de allí. No volvieron la vista hasta que se sintieron totalmente a salvo.

Sin darse cuenta, al relajarse y descansar toda la noche, la energía de su cuerpo se había activado y además se había visto incrementada al recibir la luz del sol. Dicha energía la había hecho relucir intensamente de nuevo, como cuando estaba en los cielos. Después, desilusionada por el fracaso del primer intento, decidió regresar junto a la luna.

Todo había ocurrido tan rápido, que ni siquiera pensó en que tuviera que volver a su lugar de procedencia, ni tampoco se le pasó por la cabeza que algo pudiera salir mal, pero ocurrió. Y allí estaba, sola en un lugar inhóspito para ella y sin saber cómo regresar.

La hija del primer Zerba del espacio no iba a rendirse; lo intentó con todas sus fuerzas y tuvo suerte de que la fuerza recuperada le permitiera elevarse y tomar el camino hacia su atalaya.

Con más voluntad que habilidad, agitaba brazos y piernas como un pajarillo que está aprendiendo a volar, pero era inútil. Los Zerbas no se desplazan de este modo; ellos dominan el espacio y se mueven por él, solo con pensarlo.

Al fin y al cabo, ellos lo han creado; la atmósfera de la Tierra es más densa y le costó varias intentonas; incluso llegó a

elevarse unos metros en las últimas. Así pasó el resto del día, pero al llegar la noche una conocida figura se hizo visible; con mirar a la Luna, ya estaba flotando en el aire.

Después de tanto esfuerzo, se dio cuenta de lo sencillo que era; solo tenía que desearlo y la magia del espacio la guio hacia su destino.

Atravesó la cubierta de la atmósfera sin esfuerzo alguno; esta se abrió a su paso... como abrimos nuestras puertas para que pase un amigo a nuestra casa... y al traspasarla se cerró la apertura de nuevo. Estaba claro que la naturaleza y la luna estaban ayudando a la hija de quien las creó.

El satélite era inmenso para ella y flotaba sobre su superficie, a la vez que ambas rotaban alrededor de la Tierra. No había logrado recuperar el tamaño original y además conservó las piernas, pero ya estaba allí, junto a su hermana.

Visibles lágrimas brotaban de sus ojos por el infeliz desencuentro; se tumbó sobre la luna y respiró de nuevo el vacío del espacio sin mayor consecuencia. La Luna, para protegerla, la cubrió con el manto de energía que había dejado antes de bajar a la Tierra, y la consoló con un suave balanceo, hasta que, debido a su nueva condición, se quedó dormida por primera vez en el espacio. Y volvió a soñar de nuevo con el joven de la tierra.

Allí permaneció durante una vuelta completa, tiempo en el que recuperó una pequeña parte de su anterior tamaño. Al volver a pasar por el mismo lugar donde había aterrizado el día anterior, ya lo tenía decidido... y cuando alcanzaron el punto más cercano a la orilla del lago, lo intentó de nuevo. Pero esta vez se

desprendió de algo más que su manto y gran parte de la energía. En esa ocasión se dispuso a dejar también algo de su alma.

A través de su boca exhaló una buena porción de ella y la depositó sobre la cúpula del mundo. Al juntarse ambas, el alma de luz y el manto de la naturaleza, se mezclaron enseguida formando una sola masa de gas invisible, y la intrépida aventurera solo se quedó con una pequeña reserva en su interior para su segundo intento.

Sabía que sin nada de su magia sería imposible descender de nuevo, pero el exceso fue el que hizo que se iluminara y asustase a los humanos.

Pensó que quizá nunca regresaría de su nuevo viaje, pero al menos, perdiendo su luminosidad, podría mostrarse y tener una mínima posibilidad de conectar con ellos... Estaba dispuesta, pero en el último minuto le asaltaron las dudas y se preguntó:

— *¿Y si no pudiera regresar... ¿Y si no me aceptan entre ellos?...*

Pero esto le duró un instante, sacudió la cabeza y se arriesgó. La poderosa energía de su alma era la que le hacía relucir en la tierra, y ahora brillaba en el manto que la envuelve. Naturaleza, es más poderosa que nunca y, con la renovada fuerza que le proporcionó la magia del alma de luz, podría cuidar ella sola del planeta, hasta que vuelva de nuevo Báttux... o al menos, así lo fraguó su hija.

Inmediatamente después, la luna se acercó de nuevo, pero esta vez no tanto. Lo justo y suficiente para facilitar el despegue a su amiga.

En esa ocasión no la persiguió; sabía que de nada le serviría, y resignada, incluso la ayudó y animó a conseguirlo. Y esta vez sin esfuerzo y provista de sus flamantes piernas, aterrizó sin incidencias más cerca de su objetivo.

Una vez en el suelo, comprobó que no salía ni un ápice de luz desde su cuerpo. Nada más que el inevitable e intenso brillo que emergía desde la profundidad de sus ojos. Su cuerpo cambió de aspecto, más adecuado para su encuentro. Su piel rosada era similar a la de los humanos.

Sin ropaje alguno y con la única protección de sus largos y sedosos cabellos, se enfrentó a la intemperie del entorno y otra vez se dirigió hacia la pequeña cascada. Pero no logró encontrar a nadie. Asustados por la aparición del día anterior y por lo inexplicable de lo que creyeron una visión, se dirigieron a otro lugar.

Luz estuvo buscando por zonas cercanas y no era capaz de hallarlos. Hasta que finalmente, un poco más alejados, volvió a escuchar las risas de los niños. Esta vez, se encontraban columpiándose en un rudimentario balancín que había improvisado su hermano mayor en un claro del bosque, aprovechando un tronco seco que había apoyado en el tocón de un desaparecido roble.

La hija del mago del espacio, preocupada por el fracaso del encuentro anterior, se asomó tímidamente. Los niños se percataron enseguida de su presencia, todos menos el mayor, que estaba de espaldas a ella.

Esta vez no se asustaron, pero la observaron con cierto asombro. El primogénito, al ver que los niños dirigían una atónita

mirada hacia su espalda, se giró. Y tampoco sintió temor por lo que vio; todo lo contrario, se quedó maravillado al ver a la muchacha.

Se fijó especialmente en el brillo de sus atrayentes e hipnotizadores ojos negros que reflejaban confianza y honestidad. Además, ese rostro le resultaba familiar porque le Recordaba a alguien...

Cuando pudo apartar la mirada de ellos, se dio cuenta de que no llevaba vestidura alguna. Solamente sus cabellos tapaban su piel, y caballerosamente se acercó a ella mientras se iba despojando de su larga camisola de fina piel. Se la ofreció tendiéndola delicadamente sobre sus hombros y el cuerpo de la aparecida; quedó cubierto hasta la mitad de sus piernas.

Los otros hermanos le preguntan por turnos: — *¿Quién eres?... ¿De dónde vienes?... ¿Por qué no llevas vestiduras?* — Ella entendía perfectamente las palabras que escuchaba. Durante mucho tiempo había aprendido desde el espacio su idioma, pero se calló por timidez.

Los que sí hablaron fueron los otros: — *Será muda...* dijo el pequeño: — *¿O es que acaso habla otra lengua?* dijo la hermana menor: — *Dejadla, pequeñajos, no la atosiguéis.* — Remató la mayor.

Luz agachó la cabeza escondiendo la mirada entre el cuello de la camisola, y no contestó. No sabía qué decir, ni siquiera podía imaginar cómo sonaría su voz. Tenía miedo de asustarlos de nuevo y respondió solo con una sonrisa. Los chicos,

creyéndola muda y perdida, a través de gestos la invitaron a que fuera a su casa.

Pensaban que tendría hambre, así que la llevaban para que sus padres la dieran de comer y de paso recibir su consejo para cómo proceder. Luz, debido a los nervios del momento y la timidez que sentía, se encaminó a su lado tambaleándose ligeramente.

Sus pies no la respondían todavía con total destreza, y viendo esto, el hermano mayor la sujetó por los hombros para que se apoyara en él y que se sintiese protegida.

Ella le miró a los ojos... sonrió y, al cruzar las miradas, sintió de repente un calambrazo en el corazón que estremeció todo su ser. Ninguno de los dos parecía sentirse incómodo; todo lo contrario, caminaban luciendo una sonrisa en su cara.

Por fin llegaron a casa, y los padres, al ver la comitiva, no dijeron nada. La madre, sin contemplaciones, cogió a la muchacha apretándola contra su cuerpo y la introdujo en su habitación cerrando la puerta.

El padre, sorprendido, tampoco articuló palabra alguna, solo encogió los hombros preguntándose qué pasaba. Pero sabía que, si su hijo mayor la había traído a su hogar, era porque la chica necesitaba ayuda.

Al rato las dos aparecieron de nuevo. La joven vestida con ropas prestadas de la mujer asintió con la cabeza en señal de agradecimiento, y ambas se sentaron en un banco junto al fuego del hogar que calentaba una plancha de piedra repleta de

alimentos. El padre lo pasó de la plancha a un recipiente de madera tallada y tomó varios platos del mismo material para ponerlos en la mesa.

Después, depositó una ración de comida en cada uno de ellos. Primero a la muchacha; después, uno a uno fue repartiendo las viandas, y según servía, iba recitando sus nombres a modo de presentación para que fueran conocidos por su invitada: — *En primer lugar, te presento al más pequeño, Rato, al que todos llamamos cariñosamente “Ratoncillo”*

Luz, inclinó la cabeza saludando al pequeño ratoncito y le dedicó una sonrisa. El progenitor continuó con el siguiente, la que le supera inmediatamente en edad: — *Perxi, la bailarina de la familia.*

A esta también la saludó la invitada, y además se le escapó una leve carcajada al ver el gesto del padre, que daba una vuelta a su alrededor como queriendo imitar irónicamente una de sus habituales danzas.

Otra reverencia tuvo que dispensar a Perxi. Siguiendo con el ritual, el padre de familia presentó a la siguiente. La segunda hija en venir al mundo.

Dicha joven situada frente a ella estaba preparada. Sabiendo de antemano que le tocaba el turno y antes de que el padre continuase, se puso en pie. Y como diciendo “esta soy yo”, se inclinó respetuosamente saludándola.

Esta chica aparentaba la misma edad que Luz. Después de la pausa verbal por parte del padre y para dejar que las dos se

saludasen adecuadamente, por fin soltó su nombre y con apodo incluido: — *Siri, la cantarina.*

Era divertido; Luz seguía sonriente y se había hecho cómplice de aquella representación, siguiéndoles la corriente. El padre retomó la palabra y continuó con las presentaciones.

Esta vez el hombre miraba a su hijo directamente a los ojos, y se dio cuenta de que no apartaba los suyos de la agraciada visitante. Una mirada que solo podría significar una cosa... Atracción hacia ella.

Por lo tanto, en un intento por engrandecer la figura de su primogénito, representó una orgullosa reverencia al presentarlo: — *Y este es nuestro hijo mayor, “Danúm”.*

Luz se ruborizó involuntariamente al cruzar la mirada con el chico que no le quitaba ojo. Para el resto, este intercambio de miradas no pasó desapercibido. Mirándose unos a otros, murmuraban entre pícaros e inocentes pensamientos.

Le tocaba el turno a la compañera y madre de sus hijos. A esta, sin poner ningún tipo de reparos, la tomó por uno de sus brazos y la atrajo hacia él con cariñosa contundencia.

La miró directamente a los ojos con ternura y continuó susurrando: — *La culpable de mi ventura, la que trajo a este mundo a mis cuatro hijos, fruto de nuestro amor. Esta es Sali, simplemente la mamá de todos.*

El padre terminó dándole un cariñoso beso; su compañera lo recibió con agrado y se lo devolvió con afecto. Aunque estaba

acostumbrada a sus elogios, nunca dejaba de sorprenderla, y cada vez que surgía la oportunidad de demostrar el amor que siente por ella, su compañero lo expresaba sin rubor y sin importarle el público que hubiera a su alrededor.

Con mayor motivo, ante sus hijos y ante la nueva visitante. Un silencioso suspiro voló por el espacio de toda la estancia.

A Luz no la decepcionó la escena, ni mucho menos. Al fin y al cabo, por eso ellos fueron elegidos, por estos pequeños detalles y por muchos más que había presenciado tras el velo de la luna. Daba la sensación de que todos los miembros de la familia la conociesen desde siempre.

El padre se dispuso a finalizar el discurso, pero antes, señalando hacia el exterior de la cabaña, hizo una última puntualización: — *Y esta es toda mi familia, al menos los que están aquí dentro, porque fuera hay algunos más.*

Y ahí, pegaditos a la puerta estaban... un lobo domesticado medio cojo... un enorme y desvencijado pajarraco parecido a una lechuza que no puede volar... y una pareja de inseparables jabalíes mellizos, que se encontraron hace tiempo en medio del bosque, huérfanos al poco de nacer.

Todos ellos y alguno más que estaría deambulando por las cercanías completaban la cuadrilla familiar.

Fueron rescatados de accidentes o malas situaciones, y menos mal que muchos otros han retomado su libertad al curarse, porque si no, necesitaría medio mundo para cobijarlos. Esta familia especialmente seguía acatando los consejos que Báltux

transmitió a sus antepasados y que se han ido transfiriendo de generación en generación.

El padre había terminado de hablar, pero... y él, ¿cómo se llama?, ¿se le habría olvidado? ¡No, para nada! Solo se hacía de rogar. Teatrero como nadie, se disponía a presentar su numerito final.

Con las manos armadas por plato y cuchara, mirada perdida hacia el techo y silbando disimuladamente, incitaba a los demás para que sean ellos quienes le presentasen.

La familia, en completa complicidad, no se hizo esperar y todos al unísono, con algo de ironía y elevando la voz, pronunciaron su nombre a grito pelado: — *“Xamurrel” el padre de todos... el que llena los platos con su cucharón de madera.*

Gesticulando con las manos simulando comer, todos a la vez e interpretando una ensayada danza. Podéis estar seguros de que no era la primera vez que se divertían cuando recibían visitantes; parecían bien acostumbrados a ello. El ambiente de felicidad en ese hogar era más que evidente...

Luz, reía la gracia y había comprendido la broma; ya le iba cogiendo el truquillo a esto del buen humor, y la situación le hacía rememorar los momentos vividos con sus tíos los Zervas del espacio...” Ojalá pudieran verla ahora”.

Una vez sentados a la mesa, todos miraban a la muchacha esperando que ella misma se presentase. Incluso el lobo cojo que se había acoplado a sus pies parecía esperar respuesta. Pero ella, mirando al suelo y otra vez con timidez, con el plato en una mano

y cucharón de palo en la otra, permaneció inmóvil y callada, sin saber qué hacer ni qué decir.

Respetando el silencio de la invitada, el padre le hizo gestos con la mano para que llenase la cuchara y la dirigiera hacia su boca, invitándola a comer. Los demás, imitándole, repitieron la seña, y ella comprendiendo las indicaciones de todos, llenó ligeramente la cuchara y se la acercó a la boca.

Luz nunca había necesitado alimentarse. La energía que le proporcionaba el espacio la mantenía con vida. Pero una vez en la tierra y desposeída de dicha energía, por instinto y debilidad, y también por pura hambre, intentó tomar un bocado del alimento ofrecido. Se lo acercó a la boca muy despacio y, antes de abrirla, se detuvo.

Miró de reojo hacia un lado y al otro, observando la reacción de sus expectantes acompañantes. y Ratoncillo, el pequeño, la animaba con la mirada y, gesticulando, la invitó a engullir los alimentos.

Los demás, ignorando la evidencia de que no sabe comer, no la pierden de ojo. Estaban esperando un veredicto que juzgue la exquisitez de las viandas, Tanto ánimo y entusiasmo, al final hicieron que se decidiera.

En su boca entreabierta introdujo la cuchara y con la punta de la lengua intentó degustar el alimento. Estaba bueno, calentito y le era agradable, pero no puede masticarlo por falta de costumbre. Finalmente, apretando con los dientes, terminó engullendo un mínimo bocado que pudo tragar a duras penas.

Después sonrió en señal de satisfacción. Todos los familiares se miraban entre sí y festejaban la situación, llenando sus cucharas y llevándoselas a la boca ellos también. La muchacha simulaba seguir comiendo y, en cuanto notaba que no la miraban, le daba una buena cucharada al lobo que, intuyendo que algo le caería, estaba bajo la mesa.

Este aceptaba con agrado el regalo y pareciendo seguirle el juego, se lo tragaba sin miramientos, devolviéndole un leve movimiento de su cola en agradecimiento. De ese modo podría terminarse su ración para no defraudar a sus nuevos amigos.

Entre ficticios bocados, y algún que otro que dejaba caer por su garganta, lanzaba alguna indiscreta mirada hacia Danúm. El muchacho, medio disimulando, retiraba la suya hacia el otro, evitando por timidez el encuentro de sus ojos.

Pero en cuanto ella dirigía su vista hacia otro lado, volvía a contemplarla. No podían evitarlo, y al final, ambos perdieron la timidez y a partir de ese momento sus miradas se buscaban decididamente.

El agradable pinchazo que antes sintió el muchacho en su interior y el cosquilleo que sentía le daban a entender que algo, un extraño sentimiento, crecía dentro de él, y también presentía la complicidad de ella por la forma en que esta le devolvía las miradas.

Pasó el resto del día con la familia sin pronunciar palabra alguna; solo escuchaba y sonreía. Todos habían respetado su silencio y no la preguntaron nada. El padre dijo que cuando estuviera preparada, contaría su procedencia y por qué estaba allí.

Esa misma tarde, antes de ocultarse el sol y sin alejarse demasiado de la cabaña, Luz y Danúm paseaban junto al lago. Ella caminaba descalza sobre la hierba y se acercaron a la orilla de la playa de tierra roja.

La chica percibió una agradable sensación y el frescor de una extraña humedad que se le quedó impregnada hasta los tobillos; parecía que le hubieran colocado unos calcetines encarnados. El contacto con aquella agua la revitalizaba de algún modo.

Menos mal, porque ya notaba un excesivo cansancio, muestra inequívoca de que su energía se gastaba con rapidez en el nuevo entorno. Esa noche durmió plácidamente, y nada más levantarse, de nuevo acudió a la playa roja para recargarse de energía, suficiente con la que pasar un nuevo día.

Pero no se atrevía a hablar; recordaba el ruido que formaban sus tíos los Zervas cuando venían de visita y temía que de su boca salieran palabras tan potentes que pudieran dañar el oído de sus anfitriones.

Durante algunos días, acumulaba fuerza cada poco tiempo en las aguas del lago. Aprendió a comer y a moverse con soltura. Se comunicaba con ellos a base de gestos para describir sus emociones, incluso ideó un código de señales para lo más cotidiano...

Para la alegría, solo tenía que cambiar sus labios mirando hacia arriba con una sonrisa, Y para la tristeza, fruncía el ceño y apretaba los labios. Para el viento, zigzagueaba con la palma de la mano; para el sol, anteponía sus manos tapándose los ojos; Y

para la luna, trazaba un círculo con ambos dedos, pulgares e índice. Esto resultaba sencillo, pero para lo más complicado, lo dibujaba sobre una superficie plana.

Lo mejor que se le ocurrió fue recolectar barro rojo de la orilla del lago, con el que hacía una especie de tortas aplanadas, y mientras permanecía húmeda, con una ramita afilada en su punta, plasmaba los objetos que quería describir. Le resultaba tan sencillo y le quedaban tan bien, que los demás se pasaban gran parte del tiempo pidiéndola que dibujara todo lo que veían a su alrededor.

A Danúm le gustó este nuevo modo de comunicación y, para no ser menos que ella, lo intentó él también. Dibujó un corazón, se lo acercó al pecho y, con movimientos intermitentes imitando su latido, la hizo entender que sonaba con más fuerza en su interior cuando ella estaba cerca.

Tanta ternura incomodaba a los demás, que con el pretexto de cualquier cosa que hacer, se iban alejando para dejarlos a solas. Una tarde, antes de ocultarse el sol y sin alejarse demasiado de la cabaña, Luz y Danúm paseaban junto al lago. Al mirar a la superficie del agua, la luna se reflejaba en ella; después giró la cabeza hacia los cielos y allí estaba, luciendo el color que demostraba tristeza por haberse quedado sola, tenue y en un gris apagado.

La muchacha parecía humana, pero no lo era. No sabía si duraría mucho allí su existencia y sintió miedo por no poder regresar sobre la luna, nunca más. El satélite leyó sus pensamientos y se acercó otra vez a la Tierra, casi rozando su atmósfera. Parecía querer estar más cerca de su compañera huida.

Además, se le venía la imagen de su padre a la mente; ya iba siendo el tiempo de su vuelta y, si regresaba, no la encontraría.

Esto hizo que finalmente tomara una decisión. La muchacha estaba repleta de dudas, y asustada e indecisa, se detuvo tomando las manos de Danúm entre las suyas, e intentó comunicarse con él.

Pero no le salían las palabras, así que con los habituales gestos que habían aprendido, procuró hacerse entender. Tenía que hacerle saber que debía marcharse, y señaló a la luna mientras intentaba separarse. El muchacho impidió tímidamente su alejamiento y la invitó a quedarse sin soltarle las manos.

No podía permitir que deambulase a solas por el bosque. Ella insistió mirándole nuevamente a los ojos. Danúm profundizó en el fondo de ellos y ese penetrante brillo le lanzaba un mensaje tan claro que lo entendió perfectamente... La luz que desprenden sus ojos es igual a la que emitía el deslumbrante ser que vieron hace unos días en el bosque. Lo que le hace pensar que Luz es una chica especial.

Debía dejarla marchar, teniendo la extraña seguridad y el convencimiento de que nada malo le pasaría. Los dos jóvenes, en tan poco tiempo, quedaron totalmente seducidos el uno por el otro.

En un último cruce de miradas, el tiempo se detuvo de repente, hasta que ella reaccionó y se separó de él señalando nuevamente hacia la luna. Volvió a mirarle esperando su comprensión. Él no sabía por qué, pero comprendió su partida. Todavía sin haberse soltado del todo, con una de las manos la

empujó contra él y la envolvió entre sus brazos, a la vez que la susurraba una esperanzadora pregunta: — *¿Volverás mañana?*

Ella encogió los hombros mientras se soltaba de él, y caminando hacia atrás intentó decir algo. Pero nerviosa y emocionada, seguía sin articular palabra. El miedo a no ser comprendida tras la revelación de su procedencia se lo impidió. Con lágrimas en los ojos y muy a su pesar, se alejó corriendo.

El chico, desolado, la acompañó con la mirada hasta que desapareció en el bosque. Cuando estuvo lejos de su vista, se elevó de nuevo y a duras penas, utilizando la última reserva de energía que le quedaba, pudo regresar junto a la luna. Y al cruzar la capa protectora de la atmósfera,

Natura se estremeció de emoción al sentirla. En la tierra, todos sus habitantes fueron testigos de un extraño haz de luz multicolor que atravesaba todo el cielo de lado a lado. Y de nuevo, la hija del Zerba fue acogida por la luna, su fiel e inseparable compañera.

Danúm no pegó ojo esa noche, tampoco las siguientes; habían pasado varias jornadas y su amada no regresaba. El desosegado muchacho, desde muy temprano acudía cada mañana al lugar donde se separaron con la esperanza de volver a verla. Su familia, al principio, le acompañaba y gritaban una y otra vez a los cuatro vientos: — *¿Muchacha, dónde estás?*

Sus voces resonaban por todo el bosque y la orilla del lago, pero no recibían respuesta. Danúm fue más allá; no sabe todavía su nombre, pero recuerda la primera vez que se le apareció deslumbrándoles a todos, y no olvidaba el brillo de sus

ojos. Toda ella es pura luz, y así la llama a gritos. Sin saberlo, el enamorado muchacho había adivinado su nombre verdadero y gritaba con más fuerza que ningún otro: — *Luuuz, estoy buscándote, si me oyes y no puedes contestarme... Mueve ramas... golpea troncos contra tronco... o haz cualquier ruido para que pueda localizarte... O si no... brilla e ilumina el lugar donde te encuentres para indicarme el camino, como tú sabes hacerlo.*

Una y otra vez lanzaba su lamento que reverberaba bajo el manto de la cúpula del bosque, y tampoco obtuvo respuesta, pero no se desanimó. Mientras tanto, Luz permanecía en su puesto de observación siguiéndoles con la mirada de cerca; incluso se apeaba de la luna para no perderlo de vista y permanecer lo más cercana a él. No podía aguantar la congoja que oprimía su pecho y lanzó un grito desde el cielo a la tierra.

Y este lamento llegó en forma de un susurro parecido al viento cuando roza con las hojas de los árboles. Abajo lo escucharon, y eso fue lo que creyeron que era, el viento.

Todos menos Danúm; él adivinó su voz en aquel clamor que se extiende por toda la superficie terrestre, y le sonaba como una declaración de amor.

El mensaje fue recibido y quedó comprendido, lo que le devolvió de nuevo la esperanza. Una gran sonrisa apareció en la cara del joven habitante de la orilla del lago. No pasó desapercibida para sus acompañantes esta expresión de satisfacción, y ellos, al verle, aunque sin saber por qué, también recobraron la ilusión y el optimismo por volverla a ver.

Extrañas vicisitudes del destino y la predispuesta aptitud de estas gentes habían logrado que, en tan poco tiempo, se creara un vínculo de enorme calado. Con sus telescópicos ojos, única virtud de Zerba que le quedaba a Luz después de su aventura en la tierra, desde la lejanía de la luna observaba el rostro de Danúm que reflejaba correspondidos sentimientos.

Se lamentó por el miedo de su indecisión y no sabía si podría volver a regresar a aquel rincón del lago, pues ya no le quedaban fuerzas para un nuevo intento.

Había gastado toda la energía que dejó envuelta en el manto y no la estaba recuperando; solo la servía para que pudiera sobrevivir en el espacio durante no mucho tiempo.

De ahí nacía su pesadumbre; si lo intentaba de nuevo, defraudaría a su querido padre, y si no, tendría que llamarle para que la recargara con más energía y nunca podría estar junto a Danúm. Desolada y en melancólico silencio, permaneció tumbada sobre la Luna luchando contra sus sentimientos.

Capítulo 10

PADRE, ESTOY AQUÍ.

Al final, el amor fue más fuerte que la razón y venció en la interna batalla. Desoyendo a la propia cordura, decidió volver a bajar a la tierra para encontrarse de nuevo con Danúm.

Depositó de nuevo su manto sobre la luna y se perdieron las pocas fuerzas que le quedaban. Ella no flotaba como antes y el camino era todo en caída; eso la ayudaría, pero de lo que no tenía certeza era de la violencia de su aterrizaje.

Luna, conocedora de la rotundidad de sus decisiones y sabedora de la nostalgia que sentía, colaboró con ella en su alocado lanzamiento al vacío, ejerciendo una fuerza de gravedad opuesta para decelerar la caída.

Y cuando el velo protector de la tierra fue atravesado por Luz, Natura también aportó su granito de arena.

La proveyó de una especie de alas compuestas por algodonosas nubes de polvo cósmico que se quedaba posado sobre su cubierta, y lo adhirió sobre un armazón elaborado con el cabello que había perdido su padre el Zerba cuando ataba la talega de su energía para encogerse.

Después lo ajustó sobre la espalda de Luz para que amortiguara el aterrizaje.

Todo ello hizo que su viaje pudiera realizarse sin contratiempos. Cuando llegó, se apresuró para localizar a Danúm. Este, como venía siendo costumbre en los últimos días, vagaba por el bosque en su incesante búsqueda y cada vez se fue alejando más de la cabaña.

El muchacho ya había recorrido una gran zona, escudriñando valles, colinas y toda la orilla del gran lago de la luna. Se hizo de noche; mientras el sol estaba en todo lo alto, la luna se interponía una vez más entre el astro y la tierra, provocando un nuevo eclipse. La mágica muchacha no sabía de dónde había salido su renovada fuerza, pero empujada por la ilusión que invade sus sentimientos y ayudada por con la soltura de un águila.

Guiada por los desesperados gritos de Danúm, le localizó enseguida y, cuando estuvo a su altura, realizó un aterrizaje perfecto a unos metros de él. Sus alas, una vez cumplida la misión, cayeron al suelo como hojas marchitas y el cabello de Báttux quedó posado sobre el tocón de un árbol cortado.

Danúm había presenciado sus imponentes alas, navegaba por el aire lo ocurrido y de golpe quitó importancia a todo lo acontecido.

“Qué más da que se ilumine como una antorcha... qué importancia tiene que vuele por los aires como los pájaros” ... Ni siquiera le preocupaba de dónde procede.

Al fin y al cabo, después de varias jornadas buscándola desesperadamente, por fin había vuelto junto a él. Y sin poder contenerse, se abalanzó hacia ella.

Luz le correspondió; ambos corrieron uno hacia el otro y se fundieron en un interminable abrazo, rematado por un amoroso beso. Ella, desde la luna, había sentido atracción por él, pero en ese momento se había convertido en verdadero y puro amor. Para él, había sido un flechazo directo al corazón.

En el poco tiempo que había pasado junto a ella, no había podido olvidarla y la separación no había hecho más que alimentar las ansias del reencuentro.

Desde ese momento comprendieron que no podían vivir el uno sin el otro y el beso se alargó un buen rato... y ni pensaban en separarse. Pero haciendo un esfuerzo, ella apartó sus labios ligeramente y, mirándole a los ojos, le contestó a la primera pregunta que le formuló el primer día que se conocieron: — *Me llamo Luz... vengo de la luna... y mi padre es el creador de este mundo.*

Así se presentó Luz, pronunciando sus primeras palabras en la tierra. Balbuceando y no con poco esfuerzo, las dejó caer la emocionada muchacha, pero su voz resonó por todo el bosque.

Danúm, nervioso y con timidez la contestó: — *Sabía que este es tu nombre, lo llevas escrito en la cara. ¡Me alegro tanto de que hayas vuelto! Estaba a punto de subir al pico más alto de las montañas rojas, para desde allí, llamarte con todas mis fuerzas.* — Y no lo decía por decir; en más de una ocasión lo había escalado junto a su padre, simplemente para observar el paisaje que se vislumbraba desde allí, tanto por el lado del lago como por el lado del impresionante valle que había al otro.

Después, sin poder contenerse más, acercaron sus labios y se fundieron en otro largo y amoroso beso. Ambos deseaban que el tiempo se detuviera y permanecer así, unidos el resto de sus vidas.

Pero no estaban ellos solos, había gente preocupada por los dos y reaccionaron. Agarrados por las manos, se encaminaron hacia la cabaña de Danúm. Por el camino, mientras volvía a rehacerse el día porque la luna regresó a su lugar de origen, la hija del Zerba le transmitió toda su historia. El muchacho intuía que lo que ella le contaba era verdad.

Ya cerca de la casa divisaron a los demás. La familia, aunque seguían estando preocupados por el paradero de la chica, debían continuar con sus quehaceres cotidianos.

La madre alimentando a los animales, y más alejados los niños corriendo junto al padre que labraba la tierra con esmero. Sali fue la primera en verlos, agitó las manos para llamar su atención y avisó a los demás: — *Son ellos, Danúm la ha encontrado.*

El Padre y sus hijos volvieron la cabeza hacia donde señalaba la madre, y todos juntos corrieron hacia ellos. Al llegar a su altura, se abrazaron con inmensa alegría. A la familia de Danúm la habían conocido durante muy poco tiempo, pero había calado profundamente en sus corazones.

La Luna la observaba cada noche y, cuando estaba justo por encima de ellos, lanzaba un pequeño destello en modo de saludo. Este pequeño guiño era percibido por Luz, y ella le devolvía el saludo lanzándole un beso al aire.

Cada día que pasaba tenía menos dudas; estaba muy enamorada de Danúm y los lazos con la familia cada vez se acrecentaban y tomaban más fuerza. La felicidad que sentía hizo que se olvidara de la misión de su existencia.

El manto de Natura y el alma que ambas compartían eran las que cuidaban de la tierra, y ella se consolaba con la esperanza de que cumplirán bien su cometido. El pedacito de alma que se reservó en el espacio era grande en la tierra, y además crecía en su interior alimentada por el amor de Danúm.

Y por qué no decirlo, también debido a la lágrima que, hace mucho tiempo... Y “Accidentalmente” tiró en el lago... Luz era feliz con su nueva vida, se había adaptado rápido y, ayudada por su enamorado compañero, contó con todo detalle al resto de la familia su procedencia. La creyeron; solo había que mirarla a los ojos para reconocer su honestidad.

Entendieron lo que había hecho, comprendieron quién es y la aceptaron a toda costa. Además, padres y hermanos de Danúm sentían orgullo y a la vez cierta preocupación por la responsabilidad de ser los elegidos por la hija del Zerba que creó su mundo.

Para ellos, era una especie de diosa que había renunciado a su divinidad por el amor de Danúm.

El tiempo seguía pasando y los días no se hacían monótonos estando uno junto al otro, porque la pareja encontraba en cada momento la felicidad.

Una mirada, una caricia y siempre el amor por delante. Terminaron construyendo una cabaña de madera para ellos dos; en muy poco tiempo, con la ayuda de todos sus familiares y vecinos, estuvo totalmente terminada. Pegadita al lago, independiente, pero no muy alejada de la de sus padres, como era buena costumbre para ayudarse unos a otros.

Pasaba el tiempo y al principio todo marchaba bien, pero una mañana, a pesar de tomar su habitual baño en las mágicas aguas del lago, Luz se sintió debilitada.

Su cuerpo era casi indestructible en el espacio donde no envejecía; sin embargo, en el ambiente de la tierra, la atmósfera la desgastaba en exceso, más de lo que era habitual en el resto de los humanos, pero la desbordante felicidad de la que disfrutaba le daba fuerzas para seguir adelante.

Antes del anochecer, la pareja había tomado la sana costumbre de pasear todos los días por la orilla del lago. Disfrutaban de las puestas del sol cuando se ocultaba en el horizonte, reflejando sus tonos de maravillosos colores.

Ella, en su anterior faceta, conocía bien al Astro de cerca. Ya había visto en innumerables ocasiones cómo se alejaba de ella y cómo volvía a aparecer por el lado opuesto. Desde esta nueva perspectiva le parecía más bello su ocaso.

Al retirarse para dormir, siempre dedicaba su último pensamiento a su padre, pero hacía tiempo que no notaba su presencia. ¿Acaso habrían perdido la conexión por la que estaban unidos cuando descendió a la tierra?

Desde hacía algunos días, el cielo venía mostrando una extraña luminosidad que eclipsaba los rayos del sol por el día y ocultaba el brillo de la luna por las noches; el ambiente estaba medio enturbiado por una espesa niebla que penetraba desde fuera de la atmósfera.

No era nada habitual en esa época del año, pero no le concedieron mayor importancia pensando que se acercaba alguna tormenta de primavera. No habría problemas porque Luz sabía que la naturaleza lo resolvería.

Por el lado contrario a la puesta del sol, la luna aparecía tenuemente a través de aquellas tinieblas, y otra vez se acercaba más de lo habitual hacia la tierra. Luz, al verla, presintió una especial nostalgia que desde que llegó no había sentido y desde el interior de su cabeza, escuchó un lamento.

Báttux había regresado y no la encontró en su puesto; ya hacía algún tiempo que estaba allí y era su inmensa imagen quien turbaba el cielo.

El mago había revisado todo el sistema planetario, pero no la encontró. No podía comunicarse con ella a través de la mente y eso le preocupaba.

Al abandonar Luz el manto, y gran parte del alma que la otorgó, había perdido el vínculo de unión con su padre, y este pensaba lo peor. Preocupado, había estado lanzando su lamento y su desesperada llamada.

Aunque Luz no podía mantener comunicación con él, su instinto le permitía presentirle cuando estaba muy cerca, y los

lamentos de Báttux hicieron que la expresión del rostro de su hija se entristeciera de repente.

Danúm se dio cuenta en seguida del cambio de actitud que había sufrido su pareja, y notó que algo malo le ocurría: — *¿Qué te ocurre, Luz?*

la preguntó el muchacho. Y ella contestó: — *Es mi padre.*

Ella le transmitió su preocupación, hablándole de la angustia que padecía su padre al no haberla hallado en la luna: — *Me busca y no puede encontrarme, me llama y no puedo responderle, y yo quiero decirle dónde estoy.*

Danúm, comprendiendo la pesadumbre de su compañera, recordó cómo se sintió él mismo cuando se separó de ella, y se imaginaba la gran pena y el enorme pesar de su padre.

Con firmeza preguntó: — *¿Qué podemos hacer, cómo podríamos comunicarnos con él? Debe haber algún modo.*

Luz, contestó: — *Subiendo de nuevo a la luna, pero no tengo fuerzas para intentarlo, ya no tengo energía para emprender este viaje.* — Los dos se miraron y, de nuevo sin decir palabra, sabían lo que debían hacer. Intentarlo.

Él sintió miedo y preocupación por lo que podría pasarle, ¿qué haría si la perdía de nuevo?... Pero también entendía la preocupación de ella y la de su padre.

Pensando solo en el bien de su amada, Danúm la animó para que realizara el viaje hacia la luna... Corrieron junto a la

familia para contarles lo ocurrido, e inmediatamente todos le ofrecieron su apoyo.

Apenas pudo despedirse, y sin perder más tiempo se elevó sin esfuerzo. El asombro de todos era evidente; aunque sabían de sus atributos, nunca la habían visto ejercerlos y costaba creer lo que veían sus ojos.

A medio camino, algo no iba bien; poco a poco perdía velocidad hasta que se detuvo en el aire y después, a pesar del gran esfuerzo realizado, lentamente descendía en dirección contraria. A duras penas pudo tomar tierra, y cuando estuvo en el suelo junto a la familia, comentó: — *Está demasiado lejos. Si la distancia fuera más corta, lo lograría.*

Danúm, al escuchar sus palabras, tuvo una de sus brillantes ideas. La cogió la mano tirando de ella y con la otra señalaba hacia donde debían encaminarse.

A la cima del pico más alto de las montañas rojas. Ayudó a su amada a sumergirse durante un rato en el lago para que retomara fuerzas y, mientras comenzaban a caminar, decía a los familiares: — *Vamos a la montaña roja, desde allí puede conseguirlo...*

Todos corrían; la elevada cima no estaba cerca y, debido a la presencia del Zerba, oscuros nubarrones se estaban formando en el cielo, amenazando con una gran tormenta. El padre de Danúm entró en la cabaña, cogió ropa de abrigo para todos y se apresuró para alcanzarles.

Por el camino, Luz no dejaba de pensar en su padre, y a la vez le gritaba con toda su fuerza — *Estoy aquí, papá, voy a tu encuentro.*

La lluvia había hecho acto de presencia y grandes gotas de agua escurrían por su cara. No obtuvo respuesta. Solo se escuchaban los trepidantes truenos. Durante toda la noche caminaron a oscuras entre la maleza que de vez en cuando sacudía sus rostros y les arañaba la piel.

Solamente algún relámpago iluminaba el camino de cuando en cuando, pero no se desorientaron porque solo tenían que seguir subiendo. La tormenta iba en aumento.

Cuando llegó el día, el sol solo se intuía, porque en lo alto del cielo esas extrañas y densas nubes no dejaban que sus rayos de luz las traspasaran del todo para calentar e iluminar la montaña.

Estaban muy cerca, habían llegado a una amplia quebrada que ejercía como antesala de la cima, pero todavía faltaba el tramo final, una larga y empinada pared que deberían escalar para culminar su destino. La madre y los hijos menores, totalmente agotados, se quedaron observando desde allí.

El padre y su primogénito ayudaron a Luz en el último tramo del ascenso.

La lluvia arreciaba, y empujada por la ventisca chocaba con violencia sobre sus caras, dificultando el ascenso, pero finalmente llegaron a la cumbre terminada en un agudo y angosto pico.

Era tan estrecha que apenas cogían los tres; Xamurrel tuvo que quedarse en un pequeño saliente agarrado a un matojo, apenas a una docena de pasos. Una vez arriba, Danúm y Luz se tomaron un pequeño respiro. El justo para recuperar el resuello, limpiar los goterones que escurrían por sus ojos y aclarar la vista.

La hija del mago, aprovechando la gran altura a la que se encontraban, se preparó para lanzarle un último mensaje a su padre: — *¡Padreé!... ¡Estoy aquí!* — Gritó con todas sus fuerzas poniendo las manos alrededor de su boca para ampliar la voz. Pero en esta ocasión, sonó con más brío que nunca.

Era casi atronadora y se escuchó por todo el territorio. Incluso sus acompañantes hubieron de taparse los oídos para que no explotaran.

Parecía que hubiera recobrado alguno de los atributos de los Zervas, pero solo era el eco que reverberaba el grito, y fue el único que se molestó en contestarla repitiendo la misma frase.

Miraba al cielo y nada. Afligida, agachó la cabeza y rindió la mirada a la vez que, con voz tenue, susurró: — *Padre... ¿Acaso no me ves... es que no me oyes?*

Afloraban lágrimas de sus ojos por dos motivos. Una era la impotencia que sentía por no poder comunicarse con Báttux, y la otra razón era la incertidumbre de que, si lograba llegar a la luna, quizás no volvería a ver a su familia de la tierra. ¿Si no pudiera regresar, o si fracasara en el intento? Danúm la abrazó dándole a la vez un beso lleno de tristeza. El padre la despidió con cariño.

El resto, desde allí abajo en la meseta, con ambas manos a la vez, les lanzaban besos a decenas. No cesaba la lluvia, cada vez arreciaba más y su visión se emborronaba, pero la mantenía fija hacia su objetivo; estaba más cerca del cielo y podría lograrlo.

Sin dejar de mirar a su amado, tomó impulso y comenzó por segunda vez a elevarse a gran velocidad. El corazón de Danúm amenazaba con salirse de su pecho por la intensidad de sus latidos; la tensión de sus familiares no era de menor calado. A pesar de ello, todos apretaban las manos y la empujaban con su ánimo.

Danúm la decía: — *Vamos, cariño, tú puedes lograrlo.* Xamurrel añadió: — *Ánimo, pequeña, lo vas a conseguir.* Y salió, terminó: — *Ya casi estás, querida niña.*

Los hermanos de Danúm no hablaban, pero apretaban hasta los dientes para animarla en su impulso. Cada vez la silueta de Luz se hacía más y más pequeña al alejarse de ellos, y cuando casi no se la veía y estaba a punto de alcanzar la cubierta de la tierra, de repente, perdió velocidad.

Ella se esforzaba por seguir avanzando y por un momento lo logró, pero muy pronto volvió a detenerse. Durante varias ocasiones, paraba y, seguía... Hasta que, totalmente agotada, se detuvo del todo.

Se le había agotado toda la energía que tenía en reserva. Los de abajo apenas la vislumbraban entre la cortina de agua, pero se percataron de la circunstancia. Sali, dejó escapar un suspiro entre el miedo y la preocupación, y el corazón de Danúm pareció detenerse por momentos.

Durante un pequeño instante, Luz intentó continuar adelante; concentrando sus últimas energías y realizando un último esfuerzo, volvió a ascender algunos palmos más, mientras murmuraba débilmente la ayuda de su padre: — *¿Dónde estás?... Ahora sí que te necesito, papá.*

Hasta que, agotada del todo, se desvaneció y perdió el sentido. Su cuerpo caía al vacío; Danúm y su familia, sobrecogidos, se quedaron enmudecidos, temiendo lo peor.

Cada vez se precipitaba a más velocidad y no se despertaba; parecía que lo inevitable iba a suceder... Cuando ya habían perdido toda esperanza y presagiaban el fatal desenlace, de repente, de entre las nubes apareció una descomunal mano, que a gran velocidad atravesaba la atmósfera siguiendo la trayectoria del cuerpo de Luz, y cuando estaba a punto de impactar contra la montaña, la mano seguida por el resto de un impresionante cuerpo... detuvo su caída. Todo ocurrió muy deprisa; era Báttux quien la salvaba.

Cuando su hija pensaba que no la escuchaba, sí que lo hizo; oyó sus primeras llamadas y también sus últimos lamentos. Los oídos humanos de la hija y el ruido de los truenos impidieron escuchar la respuesta del padre.

El mago, intuyendo que podría fallar en el intento de atravesar toda la atmósfera, ya se había adelantado a los acontecimientos.

Primero le llevó un tiempo reducir su tamaño. Después, cuando estuvo cerca de ella, tuvo que lanzarse a toda velocidad al verla caer. Tanto se precipitó que olvidó sacarse de entre sus

barbas dos pequeños guijarros que almacenaba en ella. Él se reducía durante la caída, pero las piedras no. Así que cayeron al vacío impactando contra la llanura justo en el borde de la empinada pared que hacía cumbre.

Por suerte no alcanzó a la madre y hermanos de Dan; eran enormes, pero alargadas y se habían clavado en el suelo una junto a la otra. Y allí quedaron, una más rechoncha apoyada sobre la ladera, y la otra puntiaguda, clavada en la tierra como si de una lanza se tratara. Al disminuir de tamaño, las Nubes se disiparon de golpe, la lluvia cesó y el sol relucía más que nunca.

El mago estaba allí arriba, justo enfrente de la madre; su destello corporal apenas dejaba que le vieran, y su tamaño era mayor que el del árbol más grande que hubieran visto nunca.

El cuerpo aletargado de Luz permanecía posado delicadamente sobre la palma de su mano, y el Zerba se situó frente a Salí y sus hijos suspendido en el aire.

Padre e hijo se apresuraron a descender de la cumbre en la que se hallaban, pero las dos enormes rocas que se recostaban sobre la empinada ladera hacían imposible el descenso.

Así que el poderoso mago cogió la más alargada, desenterrándola de la oquedad que había provocado el impacto y la apoyó sobre la otra a modo de rampa, para facilitar el paso de los dos hombres que querían unírseles.

Por debajo de la gran piedra, se conformó una enorme cueva de una sola entrada. El lado opuesto lo tapaba la que servía de apoyo y la propia pared de la montaña terminaba de cerrar el

recinto. Padre e hijo ni se lo pensaron. Casi arrastrando el trasero se deslizaron por la piedra y no tardaron en llegar junto a su madre y esposa. Una vez en la meseta, se aproximaron al borde donde, muy cercano a ellos, permanecía en suspensión el impresionante ser.

El Mago posó a luz al lado de Sali; esta se arrodilló en el suelo y, abrazándola, la puso entre su regazo.

Danúm se abalanzó sobre ella intentando reanimarla. Al sentir la presencia y los zarandeos de su amado, Luz reaccionó y el aliento volvió a su cuerpo.

Poco a poco iba despertando y, al abrir sus brillantes ojos negros, lo primero que vio fue el rostro preocupado de Danúm, después el de los padres y hermanos, pero al elevar la mirada, apareció el de su querido padre.

Y enseguida entendió lo que estaba pasando. Lo último que recordaba antes de desvanecerse era su frenética caída. Padre e hija se miraban fijamente a los ojos que se habían unido a través de un visible y brillante haz de luz, y sin mediar palabra conectaron sus mentes.

Así intercambiaron todos sus sentimientos. La cercanía y el gran poder del mago lo hicieron posible. Al instante conoció toda la historia, desde su primera intentona para llegar al lago hasta ese mismo día. La hija pudo transmitirle cómo se enamoró de Danúm y el cariño que sentía por su nueva familia. El padre, a su vez, la hizo entender su preocupación por no encontrarla en su puesto. Pero no hubo reproches, solo más amor.

El Zerba redujo gran parte de su brillo que no dejaba ver su rostro; habló después con los humanos o, más bien, escudriñó sus mentes; no le hizo falta pedir permiso porque estaban predispuestos a ello.

Vio y sintió el aprecio que sentían por su hija, pero lo del muchacho en el que ahora centró la atención, eso era puro amor, solo comparable por el que él mismo sentía. Y hablo con él lo más bajito que podía: — *Así que tú eres Danúm... El hombre que eligió mi hija para pasar su vida junto a ti. Tú y tu familia sois buenas personas y debéis sentirnos orgullosos unos de otros. Agradezco el sacrificio al que estabas dispuesto a someterte, ayudándola a que se reuniera conmigo a riesgo de no volver a verla. Sé lo que siente mi hija por ti, lo he visto en su corazón. Ha tomado una decisión que, a mí como protector de este planeta, me cuesta trabajo admitir y consentir, pero como padre y por el amor que me une a ella, debo respetar y apoyarla en su decisión. Tendrá consecuencias para todos, sobre todo para mi hija. Al dejar su alma, ha renunciado a vivir eternamente; ella lo sabe y acepta disfrutar del tiempo que le reste junto a ti.*

El mago tomó un respiro, agachó la mirada un instante resignándose, y a la vez que agradecía en cierto modo la circunstancia de los hechos, nuevamente miró a Danúm y continuó hablándole: — *En estas circunstancias no hubiera vivido mucho más, y lo ocurrido hoy ha precipitado el agotamiento de su energía. Si queremos salvarla, hay que apresurarse.*

Luz sonrió ante las palabras de su padre. Su aprobación la llenaba de una inmensa alegría que era incapaz de describir por culpa de su debilidad. Después, Báttux extendió su mano boca

arriba a ras de suelo, y fueron invitados a subirse a ella; Danúm tomó a Luz en sus brazos y se acomodó en el centro. Los demás, agarrados entre sí para no caerse, se colocaron a su lado y se prepararon para el viaje.

Allí quedaron las rocas, únicas y exclusivas en toda la cordillera de la tierra rojiza. Al no disponer de piernas que sustenten su cuerpo, el mago se desplazaba flotando a ras de suelo a toda velocidad.

Al descender por la ladera, su estela iba abriendo un surco entre la maleza que se convirtió en una zigzagueante senda que llevaba hasta la orilla del lago. Los depositó suavemente en la pradera cercana a sus cabañas. Su hija, con apenas un atisbo de energía, se abatía entre la vida y la muerte. Encogió todavía más su cuerpo, hasta un tamaño similar al de los presentes.

De este modo su energía vital se concentraba en mayor medida y así aumentaba el mágico poder de su alma. Llevaba un pedazo de naturaleza que transportaba entre sus barbas y que había cogido antes de penetrar en la tierra a sabiendas de que su hija había depositado allí gran parte de su energía; tenía un tamaño parecido al de un capote para cubrirse el cuerpo. Y parecía dispuesto a utilizarlo con su hija.

Luz debía aguantar un poco más; por precaución y con el fin de ganar más tiempo, el mago insufló un leve aliento de energía a su hija.

No podía administrarle más; su delicado estado no aguantaría la presión y la debilitada piel que lo envuelve se desgarraría.

Después la tomó entre sus brazos y la posó delicadamente sobre el regazo de Sali. Luz percibía cómo se le escapaba la vida y derramó lágrimas de tristeza mirando a sus seres queridos; pensaba que, tras cerrar definitivamente sus ojos, no los vería nunca más.

Pero Báttux la tranquilizó... limpió las lágrimas con el capote que había arrancado de naturaleza y con el mismo paño, secó las suyas propias: —*Todavía no he terminado... No te des por vencida... Aguanta un poco más.*

La expresión y el tono de voz que utilizó impuso sosiego a los presentes. En la orilla del lago se dirigió justo a la zona donde el agua empapaba más la tierra; después se volteó hacia el suelo y tomó un buen puñado de la pegajosa masa, e invitó a los demás a que se le unieran.

Confiaban plenamente en él, y no dudaron en seguir al pie de la letra todas las instrucciones que iba indicando. Xamurrel y todos sus hijos se remangaron para no mojar sus vestiduras y se pusieron manos a la obra.

Cada uno iba arrancando un buen puñado y lo depositaba en un montón; cuando el volumen fue el adecuado, el Zerba sacó de entre sus barbas el pañuelo empapado de lágrimas y lo apretó entre sus dos manos. Acto seguido aplicó el mágico fuego de su interior, hasta fundirlo para quedarse con la textura del óleo.

El ungüento obtenido lo ungió sobre el montón de arcilla, y comenzaron a amasarlo todo. Después de bien mezclado, lo moldearon con sumo esmero. Pronto se dieron cuenta de lo que tramaba y, poco a poco, la figura fue tomando forma. Cuando

estuvo terminada, era una copia exacta de Luz, idéntica a ella en cada detalle, como dos gotas de agua.

La vida de su hija se encontraba casi extinguida. Su cuerpo humano se desvanecía a la vez que se mostraba en su antigua forma, con la textura de una transparente nube. Y como el humo de una hoguera recién apagada, lo poco que quedaba de ella amenazaba con desaparecer del todo.

Antes de que eso ocurriera, Báttux realizaría su acto final. Se puso frente a ella y extendió ambas manos sobre su cuerpo. Cerró los ojos y concentró toda la fuerza de su mente en ellas, y a través de los poros de su piel, la absorbió, y su cuerpo desapareció por completo.

De este modo, como antes de su nacimiento, el alma y los pensamientos volvieron a formar parte del mago. Pero no estuvo mucho tiempo en su interior.

El justo para recargar de energía y vitalidad su alma, como había hecho en otras ocasiones con la propia tierra y sus habitantes. Danúm y su familia no perdían detalle, se asustaron al verla desaparecer, pero confiando plenamente en las habilidades del padre, aguardaron pacientemente el desenlace de tan increíble plan.

El padre volvió junto a la figura de barro, y como antes lo había absorbido, después la insuflaba por los mismos poros hasta convertirse en una nebulosa de mayor volumen y mucho más brillante, que se incrustaba por toda la figura, penetrando hasta su interior. Después, por unos instantes todo permaneció

inamovible, y los presentes apenas respiraban esperando acontecimientos.

La calma se terminó y el barro comenzó a cambiar de color. De marrón fue pasando a rosado. Sus sólidos cabellos se volvieron sedosos; la parte de sus carnes adquirió una suave textura; y su corazón empezó a latir.

Poco a poco comenzaba a respirar y todo el cuerpo se aferraba de nuevo a la vida. Luz sentía cómo resucitaba en su nuevo receptáculo y comenzó a abrir los ojos... Lo que vio fue a todos agarrados por las manos formando un corro a su alrededor, sin perder detalle de aquel nuevo despertar.

Al observarse el profundo y familiar brillo de sus ojos negros, no hubo la menor duda. Era ella, con un nuevo cuerpo, pero idéntico al de antes... y su alma también se percibía en su interior.

No es tan extraño; al fin y al cabo, todos los seres vivos de este mundo habían nacido del barro, ya que la propia tierra estaba compuesta en su mayoría por roca, agua y, lo que es más importante... con parte de la magia del alma de Báttux. Y como la primera vez que la dio la vida adaptándola al espacio, se la renovaba adecuándola a su nuevo ambiente terrestre.

La hija del Zerba se incorporó torpemente, intentando adaptarse. Los demás se apartaron dejando hueco para que ella y Danúm fueran los primeros en fundirse en el deseado abrazo. El enamorado muchacho, sin poder evitarlo, derramó lágrimas por sus mejillas, pero esta vez de alegría y felicidad.

Después, se fueron uniendo el resto de la familia y todos formaron un apretado ovillo. Casi no la dejaban respirar, pero entre apretón y apretón, asomó la cabeza por el medio de brazos y cuerpos... y por el único resquicio que quedó libre, dirigió la más tierna mirada que una hija puede dedicar a su padre.

Él había permanecido ligeramente apartado disfrutando de la entrañable escena, y le devolvió la señal con un simple gesto, asintiendo con la cabeza. Sencillo pero lleno de expresividad y repleto de sentimientos, era un mensaje que solo ellos podían descifrar y entender.

No necesitaban pronunciar palabras para esto, pero lo que sí se le escapó involuntariamente fue un gesto de plena satisfacción; suspiraba aliviado y comprendía que no se había equivocado su hija. Al fin y al cabo, por mucho cariño que se procesaban, solo se veían de vez en cuando, y a partir de ese momento estaría todo el tiempo junto a esta familia con la que había encontrado la felicidad.

El cariño que unía a la pareja jamás se destruiría, y su nuevo cuerpo y su vieja alma disfrutarían de una nueva oportunidad. El ovillo formado por toda la familia, incluida Luz, se deshizo. Y por fin pudo abrazarle a él también.

El Mago, flotando en el aire y casi rozando el suelo, habló de nuevo con su voz grave y profunda, dirigiéndose especialmente a ella: — *Ahora eres exactamente como ellos en todos sus aspectos. Las aguas del lago te regalaban su energía cuando eras del espacio; al ser humana, ya no serán efectivas. Sentirás dolor y desventuras, temores y alegrías... Lo bueno es que podrás tener descendencia. Antes, en tu precipitada huida*

hacia esta felicidad, no pensaste en las consecuencias de tus actos. Estabas capacitada para sobrevivir en el espacio, pero cuando bajaste a la tierra convirtiéndote en casi humana, solo habrías vivido hasta que se agotase tu energía... El esfuerzo de tu ascensión ha precipitado los acontecimientos, pero tarde o más bien temprano el inevitable final llegaría para ti, y hubieras desaparecido para siempre. Incluso sabiendo lo que te podría ocurrir, te arriesgaste. Ayudada por tu fuerza de voluntad y demostrando tu innata valentía, seguiste el camino trazado por tu corazón, y con la ayuda de todos conseguiste tu objetivo. Por ello me siento orgulloso de ti.

Quizá esperaba algún reproche por parte de su progenitor, pero como siempre no dejaba de sorprenderla, y sus actos superaron otra vez las expectativas de ella.

Sus ojos empañados por el emocionante discurso brillaban en su máxima intensidad, y atentamente continuó escuchando el mensaje de su padre: — *Pensaba que lo tenía todo controlado y que nada sucedía en el espacio sin el permiso de los Zervas. Creía que la magia estaba solo dentro de nosotros, pero los acontecimientos acaecidos últimamente me demuestran que estábamos equivocados. Esto realmente nos alegra y reconforta porque la magia es la propia vida. No nació en nosotros, ya estaba allí antes de que yo surgiera. Sin duda, la magia está en el espacio, y en todo lo que lo ocupa. Los Zervas solo hemos aprendido a dominarla.* — Pensando para sí mismo: — *¿O quizás no sea yo la energía que sentí en el principio de todo, y sea ella quien me domina a mí y al resto, poniéndonos a su servicio?*

Nadie tenía nada que decir, preferían escuchar, y lo hacían ensimismados ante su presencia y las palabras que estaba

diciendo: — *Hoy, esa magia, la del espacio y no la que mora en mi interior, es la que nos ha ayudado a salvarte. Eres como los seres que amas y tienes parte de tu propia alma, porque el resto solo pertenece a la naturaleza que protege este mundo; tú misma se la cediste y ella la ha aceptado para cumplir en solitario su nueva misión. Vivirás el tiempo que tu destino tenga previsto; ya solo tú... tu estancia en este mundo... y tu forma de vivirla, serán quienes lo decidan... ¿Estás segura de tu decisión?*

Y ella respondió: — *Este es mi mundo ahora. Fui creada con un pedacito de tierra y a ella pertenezco, ahora lo sé.* Asintió, pero con nostalgia por dejar a su padre.

Capítulo 11

BÁTTUX SE QUEDA.

Para Luz el discurso sonaba a despedida, pero cuando Báttux continuó hablando, cambió de opinión. Pocas veces el padre había pronunciado tantas palabras a la vez, pero lo hacía con soltura, porque cuando se habla desde el corazón, las expresiones salen solas. Y hablando solo a su hija: — *En lo que a mí respecta... no te entristezcas, los demás vigilantes, por unanimidad y en vista de los acontecimientos vividos, me han concedido una dispensa para descansar de mis labores.*

Pondrán a uno de los nuevos para reemplazarme durante este tiempo. Como ves, hija mía, los tiempos cambian y los Zerbas nos vamos adaptando a estos cambios.

Y ella, con la esperanza que resurgió tras oírle... le preguntó:

— *Entonces, ¿volveré a verte?* — Esto sí que lo escucharon todos; esperaban la confirmación y no quitaban ojo del Zerba, esperando las palabras afirmativas que saldrían de su boca: — *Sí, claro que sí, hija mía, no podré permanecer aquí todo el tiempo porque me sucedería lo mismo que a ti, pero estaré ahí arriba cerca de vosotros... sobre la Luna, y mientras dure tu estancia en la Tierra... Te auguro que te espera una maravillosa vida y, desde mi atalaya, yo no quiero perdérmela. Pero eso sí, vendré a visitarte de vez en cuando. Lo que no podré hacer es inmiscuirme en tu destino. Eres plenamente humana y debes asumir su significado y aceptar sus consecuencias. Solo te pido que nunca olvides tu procedencia e intenta inculcar a todo el que se cruce*

en tu camino los valores que aprendiste durante el tiempo que duró tu labor como cuidadora de la tierra. Pero sobre todo no me olvides a mí. Tú eres Luz de Luna y de Báttux; yo soy el primer mago y vuestro creador, y siempre estaré junto a vosotros. ¡Ahora, debo marchar!

El Zerba hablaba con solemnidad, pero sus palabras y el modo de expresarlas sosegaban a quien las escuchaba. Después se despidió de ellos mientras sus ojos se iban encharcando por las lágrimas.

Dejar a su hija en la tierra era lo más doloroso a lo que se había enfrentado, pero su felicidad pesaba más que su dolor. Para el resto, la tristeza era atenuada por el mensaje de esperanza que acababan de escuchar. Se alejaba, pero sabían que estaría siempre cerca de ellos y podrían verlo de nuevo cada vez que surgiera de los cielos.

Comenzó el despegue y fue retomando un tamaño acorde a las circunstancias conforme ascendía, pero esta vez sin prisas.

Apenas una leve nubecilla de polvo se formó bajo su cola. Como era costumbre en él, cuando se alejaba de algo que amaba, lo hizo “marcha atrás”, despacito y sin prisas. Se iba despidiendo de ellos, con la mano extendida hacia afuera y pasándola por delante de su cara de un lado al otro, hasta perderse su imagen en la distancia.

Cuando llegó a la cúpula invisible del mundo, ya presentaba un buen tamaño, pero no alcanzó el suyo original. Más o menos se quedó con el volumen que tenía su hija antes del viaje a la Tierra, y de este modo no se perturbaban las condiciones del

lugar... y la familia le despidió con pena, pero sobre todo con gratitud.

Allí, en su hogar de siempre, quedaron viviendo felices junto a la hija de un Zerba, ni más, ni menos.

Desde entonces, y durante algún tiempo, A Báttux podía vérselo pasar durante el crepúsculo acompañado por la luna, ocupando el lugar de su hija. Pero volvía a visitarlos cada vez que tenía la ocasión; en cada acontecimiento importante de sus vidas volvía el mago a reunirse con ellos... sobre todo durante el nacimiento de sus cuatro hijos... (tres varones y una niña) ... O simplemente, cuando le apetecía, bajaba de improviso.

En el granero La sesión de hoy, otra vez se ha alargado y se ha hecho tarde. Los aldeanos estaban tan embelesados que ninguno se ha percatado de que el Sol estaba comenzando a caer. Normalmente terminan cuando está en todo lo alto, así que todos salen disparados y casi sin despedirse.

Al menos tienen la delicadeza de pasar la mano por delante de su cara, como lo había hecho el padre de Luz cuando se despidió de su nueva familia.

Corren para que el tiempo pase rápido y el siguiente día llegue pronto, aunque el rugir de sus estómagos también precipita su marcha. Están tan ensimismados por el relato y tienen tantas ganas de conocer el desenlace, que ya acuden todos los días y lo pasan allí, en el granero o pegados al estanque del que no se separan ni para comer.

Anteriormente habían reconocido a los protagonistas; ahora también comprenden cómo se crearon algunos de los

paisajes del presente reflejados en las escenas donde se desarrollaron los hechos...

Las dos rocas del paso, el pico alto de Báttux, incluso el desfiladero que lleva a las cabañas del lago de la luna. Recordándolo todo, han pasado la noche y desde bien temprano están allí, en el granero, sentados frente a Dan, pugnando por ocupar las primeras filas y esperando el desarrollo de la extraordinaria historia que están casi reviviendo.

Dan, continuó con la leyenda de Báttux y con Luz en la orilla del lago: Por aquel entonces la vida se desarrollaba de forma muy simple y cotidiana.

Aunque ya habían pasado por este mundo varias generaciones desde que Báttux dio una segunda oportunidad a los hombres, al llegar la hija del primer Zerba a la tierra, comenzó una nueva era, o un nuevo tiempo que poder medir. Realmente, Luz ya lo controlaba cuando viajaba por el espacio subida a la luna.

Tomando este lago como referencia, podía calcular las veces que lo iluminaba el Sol y esto era un día. Luego iba cambiando la intensidad de su calor y el tiempo que tardaba en volverse oscuro, y así determinó las estaciones y las fases de la luna. A ella le resultó fácil confeccionar un diario o calendario con símbolos, porque lo guardaba en su memoria.

Una rayita para cada día, y cuando coincidía la luna en una de sus fases, la dibujaba con esa forma sobre el correspondiente palote. Antes de que llegara Báttux a salvarla de su caída, lo plasmaba en finas losas de arcilla.

Los vecinos más cercanos pusieron mucho interés en saber el día en que se desarrollaban sus vidas y acudían periódicamente a copiar los calendarios de Luz; así calculaban cuánto tendrían que esperar para recoger cosechas, para preparar leña y comida para el invierno y, sobre todo, cuando faltaba poco para la luna llena, que es cuando se reúnen todos para festejar el cumpleaños de la hija de un Zerba.

Más tarde, en todas las aldeas del territorio, los vecinos disponían de rudimentarios calendarios donde consultar en el día que vivían... o simplemente se lo aprendieron de memoria. Por consenso entre los habitantes del territorio, y además porque así lo había expresado Luz en sus escritos, se determinó que el primer año fuese el día que llegó la hija del Zerba a la tierra, y que coincidió con la luna llena de primavera que por un momento eclipsó al Sol por completo, de lo mucho que se acercó a la tierra.

En el granero, cuando lo cuenta a sus vecinos, Dan dirige su mirada hacia el diario del tiempo que está tras él, y junto al plano de Luxím. Y los comenta el veterano narrador que dicho almanaque es una copia exacta a la que hay en la cabaña del lago. Y así saben que este es el año setecientos sesenta y siete.

Y sigue contando la historia tras este pequeño inciso... En el año primero... hace setecientos sesenta y siete primaveras, todavía no tenían las comodidades de que en estos tiempos disponen en la aldea o en el resto de la comarca. Pero el tiempo en este mundo transcurría lentamente y lo cotidiano era sencillo de realizarse porque solo precisaban de alimentos y refugio contra el frío y las alimañas. Ni siquiera se habían descubierto los

metales, y la rueda todavía no se conocía. Las cabañas las construían con madera.

Los utensilios se hacían de piedra o madera tallada. Danúm tenía fama de inventor y, con ayuda de sus familiares de mayor edad y sobre todo... con la experiencia que había adquirido observando en otros lugares construyeron herramientas muy útiles para sus trabajos cotidianos... mejores y más eficientes hachas para cortar leña; una nueva y mejorada lanza para Siri la cazadora.

También han confeccionado nasas para Perxi y Ratoncito los pescadores; el arado de Xamurrel, que le causaba muchos problemas, ahora es irrompible...

Y recientemente el primer arco y flechas que ideó Danúm para regalárselo a Luz, al que ellos llamaban Impulsador de lanzas pequeñas. En el territorio del lago, varias cabañas estaban ocupadas por vecinos y parientes que cultivaban algunas hortalizas y recolectaban fruta fresca de los árboles cercanos.

Abundaban las castañas, pero debían recorrer grandes distancias para conseguirlas. Los grandiosos castaños crecían en medio de las laderas de las empinadas montañas.

También practicaban la caza de un modo muy selectivo; solo mataban machos adultos, y de este modo se aseguraban de preservar la fauna de la zona.

Precisamente por este último motivo, Siri era la culpable de que hubiera tantos animales en las cabañas. Cuando encontraba cachorros abandonados o algún animal herido,

rápídamamente se encariñaba con ellos y “los adoptaba para curarlos”. En esos momentos tenía una gran aliada en Luz, que gozaba de la misma afición por los bichos.

Xamurrel era pionero en el intento de domesticar y criar a alguna de las especies; de hecho, lo estaba consiguiendo. Dos cabras salvajes proporcionaban leche; los huevos los ponían algunas aves corredoras del bosque; y de otros como conejos y ciervos se aprovechaba la carne y sus pieles. Incluso, había domado a un caballo que rescataron de potrillo al morir su madre cuando fue atacada por lobos.

Animal que ayudaba en las duras tareas cotidianas, sobre todo con el arado. Además, contaban con los que ya consideraban parte de la familia; son los que conoció Luz al llegar: los dos jabalíes, el pajarraco que sigue sin poder volar y el lobo cojo.

Pero la obsesión de Xamurrel era capturar algún día a un “Bufante de las montañas oscuras”, poderoso y majestuoso animal. medio caballo, y medio búfalo, antepasados de los actuales caballos, que a su vez tenían algo de antiguos antílopes, con la cornamenta apuntando hacia el frente.

Él dice haber visto uno totalmente blanco cuando era niño y acompañaba a sus padres y abuelos en una cacería por aquellas montañas.

Lo recordaba como si hubiera sido el día anterior y los describía con todo detalle. Y así eran realmente, o quizás todavía lo sean, escondidos en lo más profundo de los extensos y frondosos bosques de las montañas oscuras.

Pero todos los demás pensaban que se dejaba llevar por la imaginación... basada en antiguas leyendas, ya que nadie que todavía viviera había visto jamás a un ejemplar de estos. Pero sus familiares y conocidos, por respeto, le creían y de vez en cuando se le oía decir: — *Un día de estos iré a cazar un Bufante a las montañas.*

No solo lo describía con palabras, lo tenía dibujado a carboncillo sobre un lienzo de piel y se lo mostraba a todos para que supieran de la majestuosidad del animal.

No le hacían mucho caso, ya que solo hablaba y nunca tenía tiempo para hacerlo. Pero desde que era niño, su hijo Danúm le contestaba: — *Yo te acompañaré, y entre los dos capturaremos uno para ti y otro para mí.*

Desde que está Luz con ellos y se repite la historia, ella también se apunta a la cacería. Al final todos se unen, al menos de palabra. Así que mientras hacen planes para este hipotético viaje, la vida seguía su curso.

Danúm y Luz eran muy felices y pronto vino el primer hijo, Lur. Después aumentó la familia hasta cuatro. El segundo Urro, tercero Suo y la última, una dulce lucecita llamada Argia. Todos ellos provistos de intensos ojos negros que desprendían brillantes destellos con una extraña luz.

Igual que los de su madre y su abuelo, el Zerba del espacio. En cuanto tenían la suficiente edad para comprenderla y entender, les contaba el pasado de su abuelo Báttux. También hablaba de Vítux y de los dos inseparables Hírux, Lárux y del resto de Los Zerbas del espacio. Aunque bien podrían no creerla

y decir que se lo inventaba... Pero cómo iban a dudar, si desde que tenían uso de razón habían sido testigos de las impresionantes apariciones del abuelo.

El Zerba, sobre todo desde que tenía nietos, aprovechaba cualquier excusa para hacer una visita al lago, que fructificaba con buenos consejos y les inculcaba respeto por la naturaleza y por todos los seres vivos que componían este mundo.

Pero lo que nunca, nunca hizo, es ayudarles a subsistir. Primero, porque si lo hacía, se volverían débiles, y segundo... conociéndolos desde ya hace varias primaveras, se consolaba pensando que se las apañaban muy bien sin su ayuda. Después de las sobremesas, contaba historias vividas junto a sus hermanos del espacio. La favorita de sus nietos... era la de cuando movían las orejas, él y su querido primer hermano Vítux, “El chato”.

Los nietos se caían al suelo de risa cuando se lo contaba; menos mal que no daban volteretas como el segundo mago por el espacio. Y literalmente, narraba la escena... Para el resto de la familia también resultaba gracioso el acto, pero cuando realmente se partían de risa es cuando veían a los dos nietos mayores haciéndolo también.

Eran los que más tiempo llevaban practicando. Aunque sus orejas no son tan puntiagudas, conservan algún pequeño rasgo y ya casi superaban al abuelo en habilidad. El tercero no lo hacía mal, y la más pequeña, que apenas había dejado de ser un bebé, apretaba los ojos y puños y lo intentaba una y otra vez, pero nada. Después de un rato riéndose con la divertida escena, al atardecer, cuando asomaba la luna y Báltux se estaba despidiendo para regresar al espacio, de repente se escuchó un grito: — *Correr, venid todos.*

Era Suo quien gritaba, y a la vez azuzaba con el gesto de sus manos para que acudieran con premura. Todos asustados, se reunieron rápidamente ante él. Dejaron de inquietarse al ver la sonrisa del niño cuando llegaron a su altura.

Este señalaba a otro lado y hacia allí dirigieron sus miradas. Bajo las ramas caídas de un viejo roble que casi acariciaban el suelo, se encontraba la pequeña Argia. Esta llevaba todo el día concentrado en su nueva misión.

En todo este tiempo no había dejado de apretar puños y ojos, y por fin la pequeña había logrado mover las orejas con soltura y desparpajo. Sacaba la lengua y cruzaba los ojos para lograrlo. Su aspecto ridículo pero simpático hizo partirse de risa a toda la familia.

El abuelo Zerba, feliz y orgulloso, recogió a la pequeña entre sus brazos y la apretó contra él, y casi se la come a besos: — *Sabía que terminarías consiguiéndolo.*

Admitió orgulloso, y añadió pensando: — *"Un final perfecto para otra alegre velada en la orilla del lago; ojalá estuvieran aquí mis hermanos del espacio para verlo".*

En otra de las visitas, comenzó a enseñarles cómo modelar figuras. Primero hicieron una idéntica a la mayor de los nietos. Cuando se secaron, se las metió entre las barbas y dijo: — *Me llevaré a estos "niños de barro", para que siempre estéis junto a mi corazón y así recordaros a todos cuando esté en el espacio.*

Después, tomó otros cuatro pedazos de barro y se los dio a cada uno de ellos: — *¿Y esto, para qué es?*

Preguntó su nieto Lur, mirando los montones de barro con curiosidad. Y el abuelo le contestó, a la vez que le hacía un encargo: — *Con esa arcilla, me gustaría que hicieseis las figuras de mis tres primeros hermanos: Vítux, Lárux, Hírux y la de vuestro abuelo, que soy yo. Luego ponedlas en un lugar bien visible para que todos puedan ver que los Zerbas no somos tan distintos a los hombres... En todo caso, un poquito más grandotes. Y vosotros, recordaréis en todo momento de quiénes y de dónde procedéis.*

Saben quiénes son sus tres tío abuelos, pero ellos no los han visto nunca y, por muy bien que se lo hayan descrito, no son capaces de poner cara a los referidos hermanos de Báttux. Para eso dispone el Zerba de su mente privilegiada. Pide que miren en el interior de sus ojos. Allí en el centro de sus pupilas se muestran los tres hermanos espaciales y la imagen se quedó grabada en sus mentes.

El reto fue aceptado y sin tardar se pusieron manos a la obra, empezando por el abuelo espacial. Abuelos y tíos paternos, incluido Danúm, se fueron de inmediato con ellos a ayudarles con el encargo del Zerba. Y durante un largo rato, se quedó a solas con su hija. Tiempo que aprovechó Báttux para darle en secreto un regalo muy preciado que había preparado en el espacio.

Se trataba de un pergamino sin fin. Como el que tenían todos sus hermanos Zerbas. Elaborado con piel de su propio cuerpo y mezclado con la energía del espacio, lo que le atribuía el don de no llenarse nunca de escritos y ser eterno en el tiempo. Conforme se escribía, se enrollaba por un lado, y el lado que se desenrollaba no tenía fin. Era tan duro y resistente que ningún material de la tierra sería capaz de arañarlo siquiera.

Por eso recogió de un viejo tocón de árbol la punta de su cabello para que, a modo de punzón, pudieran seguirse inscribiendo anotaciones, porque en él ya estaba grabada la historia de Báttux, desde su primer sentimiento hasta el día en que encontró a Luz casi agonizando en la tierra. Y lo había grabado con los signos de los Zerbas que solo ellos y Luz conocían.

Hoy se lo entregaba a su hija para que continúe describiendo la historia en su nuevo mundo, desde el momento en que decidió cambiar de vida hasta el fin de sus días. Y después, cuando su alma vuelva a reunirse con la naturaleza, deberá dejar al cargo a un guardián protector del pergamino que se haga responsable de seguir imprimiendo la historia familiar.

De su custodia se hará cargo uno de sus sucesores. Luz, deberá elegir a quien crea que es el más adecuado para tal fin, y este a su vez deberá hacerlo con uno de sus hijos y así sucesivamente hasta el fin de los tiempos.

Báttux iba enseñando toda su experiencia a Luz y esta a su vez le preguntaba sobre la intencionalidad de este nuevo mandato: —*¿Para qué servirá?, ¿qué debemos reflejar en las escrituras y cuándo debemos hacerlo?*

Báttux contestó: — *Verás, hija mía, en el espacio nos comunicamos sin esfuerzo alguno, pero desde la tierra y debido a la capa de la naturaleza, los sonidos se desvanecen. Cuando roces el pergamino, aunque sea a larguísima distancia, será como si me acariciaras a mí, y cuando escribas las palabras, yo leeré su significado. Servirá para comunicarnos entre nosotros y que quede constancia de la vida de nuestra familia, y todo cuanto acontezca a vuestro alrededor. Escribidlo cada noche cuando se oculte el Sol y pueda verse a la Luna, que es cuando*

mayor alcance tendrá el mensaje. Sobre todo, cuando creáis que estáis en peligro.

Esto, contestaba a sus dos últimas preguntas, pero Luz tenía alguna más que hacerle: — *Pero si escribimos todas las noches, el pergamino se llenará. — No te preocupes, hija, tal y como el espacio no deja de acrecentarse para que los Zerbas nunca le llenemos, el pergamino tiene un poder parecido y, por ello, nunca encontrarás el fin; lo único que le diferencia es que siempre tiene el mismo tamaño.* — Contestó el Zerba.

Luz cogió de su mano el regalo y empezó leyendo el primer sentimiento del primer Zerba. En las últimas páginas se relataba cómo había oído la llamada de socorro de su hija cuando caía desde el cielo, y él acudió en su ayuda. En ese momento decidió ir añadiendo las fechas del peculiar calendario de Luz, y así quien lo leyera pudiera saber cuándo sucedió.

El resto del pergamino se quedaba en blanco esperando a ser repoblado con signos y escrituras. Ella lo desliaba enrollándolo sobre el primer cilindro y siempre mantenía el mismo grosor. Por muchas vueltas que le daba, más espacio para la escritura se iba creando.

Y para que nadie más que ellos conociese su existencia, lo escondieron con el punzón bajo la piedra donde hacían el fuego, en la chimenea y sin miedo a que ardiera, porque no hay energía suficiente en el mundo para destruir el mágico objeto, y ahí estará seguro el legado de Báttux.

Al día siguiente, ofreció más regalos al resto de la familia... Los niños recibieron un catalejo mágico construido con un minúsculo fragmento de un asteroide transparente como el

cristal, que, encastrado en el extremo de una caña hueca, servía para mirar el firmamento y ver a su través, más cerca las estrellas. Incluso podrían verle a él también cuando no anduviera demasiado lejos.

A Sali, la madre de Danúm, la obsequió con una barca insumergible que tejió con cabellos de sí mismo, para que navegara en los atardeceres por el lago. Y para este, ni podrían haberse imaginado nunca la sorpresa que le tenía reservada: — *Bueno, no solo es para ti, Xamurrel, también será del agrado de tu hijo.*

A la orden de Báttux, apareció por detrás de la cabaña. Y cuando la vieron, se quedaron boquiabiertos. Ni más ni menos que se trataba de un ejemplar de los “legendarios Bufantes” procedente de las ennegrecidas montañas oscuras. Blanca y brillante como la nieve virgen de sus cimas.

Para comparar su aspecto con algún animal conocido, tendríamos que juntar... a un búfalo cornudo de las estepas de la costa; a un antílope cuellilargo de las planicies del sur; y al poderoso caballo de montaña que recorre las cimas, como si fuera una cabra montesa... Antílope por su largo cuello y el par de finos cuernos que se alzan hacia el cielo, ligeramente tumbados para atrás.

Por los afilados cascos de sus pezuñas y el ágil trotar...

Búfalo, por su potencia, la envergadura de sus lomos y enorme cabeza, pero lo que más le asemeja con este animal es el otro par de astas que nacen desde su frente y se descuelgan por

debajo de sus orejas acompañando a su quijada hasta la altura de la boca, donde se retuercen de nuevo para mirar al frente.

Caballo de montaña... sobre todo por el valor y la nobleza de su alma. Además, físicamente poseen gran resistencia y tienen crines y cola parecidos. Y el rostro es, sin duda, el de un corcel.

Parecen haber sido diseñados en forma de arma perfecta para defenderse de las temibles manadas de leones de montaña, que por entonces eran los más temibles depredadores. Incluso más que las de los lobos.

Comparando en tamaño al impresionante animal, de los caballos de la zona, harían falta dos y medio para igualarla. Se llaman Bufantes por el modo de respirar cuando galopan, comparable con el trueno de una tormenta de verano. El Zerba, a la vez que se la ofrecía para que fuera su compañera, le decía: — *Esta es Zurria, y ha venido por voluntad propia; hace tiempo que es el último ejemplar de su especie y estaba sola en las montañas. Le hablé de vosotros y accedió a venir. Espero que la tratéis como a una más de la familia.*

Ni le pudieron agradecer el gesto; era tal su sorpresa que todos se abalanzaron sobre la formidable bestia. Y esta, agradeció las caricias recibidas. Incluso se agachaba para que pudieran llegar a su cabeza, y no fueron los únicos en alegrarse.

A Orejitas, el caballo montañés de la familia rescatado de potrillo, le complació todavía más la presencia de ella, relinchando efusivamente, y fue correspondido por Zurria con el mismo agrado.

La yegua era la que Xamurrel vio de pequeño en aquella cacería, así todos pudieron comprobar que no existía solo en su imaginación, era real. Al menos eso pensaron todos. El Zerba quiso obsequiar al padre de familia con un deseo que tenía desde pequeño y se lo concedió.

No se supo, ni se sabrá, si realmente lo encontró o simplemente lo fabricó con la mágica arcilla del lago, pero nadie se lo preguntó. Lo importante fue que el Bufante blanco formó parte de la familia. Y si todo lo anterior no era cierto, desde ese día se reforzó la leyenda que recorría los territorios cercanos, sobre los Bufantes de las cimas negras.

Báttux disfrutaba cada día que visitaba a su familia de la tierra, pero se despedía antes de que el Sol se ocultara; en la tierra su cuerpo perdía energía muy deprisa. Ascendiendo hacia el cielo, podía ver cómo las cabañas se encogían a su vista, y en la que ocupaban Luz y Danúm, se había colocado una laja de piedra totalmente alisada y apoyada sobre el dintel de la entrada.

En ella estaban grabados los símbolos de la luna en estado menguante y el Sol con los rayos de luz saliéndole por toda su circunferencia. Y esto era lo último en que se fijaba El Zerba cada vez que volvía al espacio.

Bueno, también echaba un último vistazo a su hija para conservar en la cabeza el recuerdo de su felicidad. Cuando montado sobre la luna pasaba por encima del lago, observaba cómo se esforzaban sus nietos para realizar los muñecos de barro que les había encargado. Los mayores ayudaban poniendo el mismo énfasis en la labor, y Luz les dio los últimos remates. Allí quedaron suspendidas en el aire las cuatro figuritas; las habían

amarrado con cordeles a una de las vigas para recordar a sus tíos abuelos y al propio Báttux.

Todo lo que ocurría en el mundo de Báttux no era ajeno para los otros Zervas, sobre todo para Vítux, Hírux y Lárux. Que un buen día, sin avisar, se presentaron junto a él. No le hallaron porque se mantenía de menor tamaño, pero Báttux sí que los vio a ellos y tuvo que pedirles que de nuevo se encogieran para poder entenderse mejor.

Así lo hicieron, del tamaño justo para reposar tumbados en la luna. Nunca se habían recostado sobre una superficie sólida, y no resultó del todo incómodo porque disfrutaban haciéndolo. Allí les enseñó los muñecos de arcilla que representaban a sus nietos, y también les explicó con todo detalle cómo hicieron el cuerpo de Luz, él y la familia de su hija.

Después de un rato sesteando, el mayor de los Zervas carraspeaba para llamar la atención de los otros. Quería saber el motivo de tan inesperada visita. Fue Vítux quien se atrevió a recordarle una petición que les habían hecho, el día que los presentó a Luz.

Y los cuatro se pusieron en marcha para realizar el plan prometido. Solo puedo decirles que bajaron a la tierra y que estuvieron trasteando con el barro rojo de la orilla del lago. Y después estuvieron viajando por territorios vecinos que se encuentran más al sur. A lo mejor, el hermano mayor se había comprometido a enseñar a hacer figuritas a sus hermanos menores. Pero esto se guardó en un misterioso secreto, tanto que ni yo mismo, que soy quien cuenta su historia, lo conozco.

Ni tampoco quedó constancia de ello en ningún secreto pergamino. “Aunque de esto, no sé por qué tendría que saberlo yo”.

El granero... La gente se preguntaba qué sería lo que hicieron... ¿Será algo determinante en el futuro?... Pueden estar seguros de que sí... y algún día se enterarán de ello.

El Narrador continúa... La felicidad en la orilla del lago continuó durante algún tiempo, pero con el transcurso de los años, algo pasaba con Luz. Mientras los demás crecían y envejecían con relativa normalidad, ella lo hacía con mayor rapidez. Habían pasado una quincena de años desde que llegó a la tierra, pero en su cuerpo parecía que hubieran sido más de cuarenta.

Aparentaba más edad que los abuelos terrestres de sus hijos. Su aspecto físico a Danúm no le preocupaba y al resto de la familia tampoco. Lo que sí resultaba inquietante era que, si seguía envejeciendo a ese ritmo, no le quedaría mucho tiempo de vida. Y Báttux, nada podía hacer. Si intentaba restablecerla, su cuerpo no aguantaría y su alma se perdería para siempre.

Ya advirtió cuando se tomó la decisión: “Estaría en este mundo el tiempo que este mismo determinase”. Pero para cuando sucediera, tenía planes específicos para ella.

De momento, para que estuviera un poco más de tiempo, hizo lo único que podía hacerse. Había bajado una roca lunar. Un insignificante pellizco de tres palmos, y para que se reconociera su procedencia, le dio la forma de luna menguante y la recargó de energía, como hacía con las estrellas en el espacio.

Era de pequeño tamaño, pero al contener tanta carga vital se volvió tan pesada que harían falta más de una docena de humanos forzudos para moverla. El motivo de su fabricación era para que le sirviera a su hija como batería de última reserva. La colocó junto a la chimenea para que cuando Luz cogiera el pergamino, recibiera su fuerza.

Cada año transcurrido eran tres para La Hija de Báttux, pero a ella no le importaba. Cada tarde, antes de su habitual paseo y abrazada por su enamorado compañero, observaba cómo jugaban sus hijos a través de la ventana.

Sentía orgullo y estaba satisfecha por la decisión tomada. Por nada del mundo cambiaría su corta estancia en la tierra. Ni aun, por toda una vida eterna en el espacio. Los últimos años los aprovechó para reafirmar e inculcarles todavía más el apego que sentía por el planeta.

Llegó la hora a su deteriorado cuerpo terrestre. Un día soleado de primavera, dejó de respirar y su latido vital se detuvo. Pero no fue lo único que aconteció ese día. A la vez que se detuvo el corazón de Luz, casi sincronizadamente el de Danúm también se paró de golpe.

La pena y la sensación de vacío se le hicieron insostenibles. Ni la muerte podía separar tanto amor y así los dos unidos, realizaron su último viaje juntos. Los familiares y amigos de Xamurrel y Salí llevaban ya algunos días en la casa. A sabiendas de la debilidad de Luz, habían acudido a despedirse de ella. Sus padres, sus hermanos, tíos y sobrinos, al igual que ellos mismos, estaban concienciados y resignados por la inminente pérdida de la mujer, pero la muerte de Danúm no se la esperaban. Fue una penosa sorpresa para todos ellos.

La familia entera lloraba la pérdida de tan peculiar pareja, pero dentro de la pena, Sali puso una pizca de cordura que atenuaría en cierto modo la tristeza del momento. Dirigiendo su mirada al cielo, pronunció estas palabras: — *Nadie puede lamentar más la pérdida de un hijo que su propia madre. En este caso, yo he perdido a dos a la vez. “Pero qué hubiera sido de él sin su querida Luz”. Su alma vagaría por este mundo repleta de tristeza y amargura... Y a partir de ahora, descansará eternamente junto a ella... Juntos descubrieron este inmenso amor; unidos formaron esta adorable familia; y juntos se marchan de este mundo...*

Salí tomó aire, se secó tenuemente las lágrimas y, despidiéndose de los dos, comentó: — *Hasta más ver, queridos hijos míos, siempre os llevaré en lo más profundo de mi corazón.*

Los demás, emocionados por las palabras de Sali, se abrazaron a ella formando un enjambre de personas. Sentían mucha pena, pero las palabras de la abuela, en cierto modo, hicieron que se consolaran. Y Báttux, testigo desde la luna, no se sabía por qué, pero no quiso despedirse de ellos.

Después de que todo había pasado y como dijo hace muchos años, acudió a lo que sería su última visita al interior de la tierra y con la que daría fin a su última misión en ella. La costumbre de entonces era la de devolver los cuerpos de los fallecidos a la tierra de la que provenían, para que siguieran formando parte de ella. Eran sepultados y sobre ellos colocaban una gran roca para evitar la profanación de sus restos por parte de alguna alimaña. En ella solían grabar una inscripción con sus nombres, y a continuación el de sus padres.

Los cuerpos de Luz y Danúm no fueron separados; ellos mismos habían expresado a sus familiares que, cuando le llegara a cada uno su momento, querían permanecer juntos para siempre en el mismo lugar, y los familiares cumplieron su voluntad. Una sola piedra para las dos tumbas.

Eso sí, mayor que ninguna otra. El mismo Báttux que bajó desde el cielo se hizo cargo de arrancar una laja de dos piedras perdidas en el pico de la montaña, y después transportarla y colocarla sobre sus cuerpos, donde sus hijos grabaron el nombre de ambos. A la izquierda, “Danúm, Hijo de Sali y Xamurrel”. A la derecha, “Luz, hija del Zerba Báttux y hermana de la Luna”. Y sobre los nombres, colocaron dos bonitas estatuillas de barro que representaban a la pareja en la plenitud de sus vidas.

El Mago, finalmente, estuvo con los familiares durante todo el duelo como uno más de ellos. Solo que “en lugar de caminar porque no tenía piernas, flotaba a ras del suelo”. Pero su última misión no había terminado; para esto se había quedado junto a su hija hasta llegar al final de su etapa en la tierra. El cuerpo de Luz era de carne y hueso, pero su alma estaba formada por una pequeña parte del manto protector de la tierra y otra parte del mago a través de sus lágrimas.

Por eso, esta Alma no debía perderse y tenía que volver a formar parte de la Naturaleza. Ya antes del anochecer y acompañado de toda la familia, comenzó su ritual.

Extendió las manos sobre la tumba y absorbió el alma de la muchacha. Los espectadores maravillados por el hecho quedaron boquiabiertos e indecisos. ¿Sería capaz de separar el alma de los dos amantes?... Ni mucho menos. El padre de Luz

también absorbió el alma de Danúm y la depositó junto a la de su hija en el interior de su propio cuerpo.

Después se despidió de sus descendientes porque sería la última vez que se verían en la Tierra. Por eso no había acudido a despedirse de Luz y de Danúm, porque desde ahora permanecerían más cerca de él. Después del adiós a su familia de la tierra, se elevó hacia los cielos portando ambas almas, y llegó al espacio atravesando el manto protector.

Cuando lo sobrepasó, se invirtió el proceso. Espiró las almas, esparciéndolas sobre dicho manto por toda su superficie, y la capa de la naturaleza quedó impregnada por las almas de Luz y de Danúm.

La naturaleza poseía ya muchos atributos, poderes y dones que le permitían paliar las catástrofes de la tierra, pero desde entonces se verían incrementados por otro más, uno de los de mayor importancia... El del amor puro.

La tierra desde entonces brilla más; su manto de naturaleza pura refleja con mayor intensidad la luz solar.

El Zerba del universo se alejó con cierta tristeza, pero sabiendo que una vez más había cumplido su misión. Aprovechando las circunstancias acontecidas, había sacado el mayor provecho de ellas para conservar uno de sus planetas, y además preservó para la eternidad el amor hacia su hija y hacia sus descendientes que quedaban en la tierra.

Habiendo dejado todos sus asuntos en la tierra bien atados, llegó el momento de la despedida con su hija: — *Luz, hija mía, ahora posees una gran energía, porque ambos sois parte de la tierra, la más poderosa, que es la naturaleza. Podéis equilibrar el mundo, pero debes prometerme que no te inmiscuirás en la vida de los humanos. Si lo hicieras, romperías la hegemonía de su propia existencia. Ellos nacieron de la tierra esporádicamente sin que nadie lo hubiera planeado, y así deben permanecer, libres y responsables de sus propios actos.*

Y Luz preguntó: — *Pero y a mi familia... ¿Tampoco?...*

Y Báttux respondió: — *Yo mismo, a pesar de mi dolor, renuncié a salvar la vida en la tierra de mi propia hija. Además, al igual que tú, sus almas vendrán con vosotros después de su paso por la tierra, y vosotros junto con la naturaleza seréis los responsables de restablecerlas y repartirlas entre las nuevas vidas. Solo si peligrase la propia existencia de toda la tierra, acudid a mí. Para eso está el pergamino que utilizarán vuestros herederos. Y yo acudiré... y si fuese necesario, acompañado por mis hermanos. Y recuerda lo que te digo... allí abajo en la corteza terrestre, “siempre encontrarás aliados entre tus descendientes”; ellos mismos se darán cuenta de ello y acudirán a ti.*

Luz asintió dando validez a la promesa, pero a la vez se hizo otra a sí misma...

“Nunca dejará de prestar especial atención a este rinconcito enrojecido del territorio de los tres colores”. Eso sí, sin faltar nunca a la ordenanza de su padre...” No inmiscuirse”. Y así retomó el primero de los Zervas su incesante mantenimiento de sistemas planetarios.

“Pero no estaba solo, porque cuando le apetecía o sentía nostalgia, le acompañaban ‘cuatro niños de barro’, que no se sabe cómo, tomaban vida y aumentaban de tamaño para poder jugar eternamente junto a su abuelo”.

Capítulo 12

DESCENDIENTES DE LUZ

En la orilla del lago, aunque les echaban de menos, los padres y hermanos de Danúm junto a sus cuatro hijos continuaron con sus vidas y, cuando querían recordarlos, solo tenían que alzar la vista hacia el cielo, y Luz y Danúm dejaban ver su sonriente rostro dibujado en las nubes expresamente para ellos.

Los descendientes de la inusual pareja de humano e hija de un Zerba se desposaron y tuvieron descendencia. También la tuvieron el formidable caballo de montaña y la Bufante de las montañas oscuras. Cuatro maravillosos potrillos, poderosos de pezuñas y hechuras.

Menos mal que no habían heredado los dos pares de cornamentas que lucía su madre. Estos estaban siempre junto a los nietos de Luz, que, montados sobre sus lomos, paseaban por los alrededores de la cabaña del lago, y con ellos nació una nueva raza de fieles caballos que se distinguían del resto por su gran corpulencia y sobre todo por las abultadas protuberancias que sobresalían de sus sienes.

De las cuales, parecieran querer brotarles dos pares de cuernos, iguales a los de la Bufante que trajo Báttux a la cabaña del lago.

Años más tarde, primero fue Sali quien dejó este mundo, y al poco tiempo Xamurrel también presintió cercana su muerte. Antes de irse, pidió a sus nietos que liberaran a Zurria, que ya

vagaba con tristeza y en solitario por los alrededores, tras haberse quedado sin su compañero. Prometido y hecho, los hijos de Danúm y de Luz llevaron a Zurria al borde de las montañas oscuras y allí, con amarga tristeza, se despidieron de ella.

La Bufante, también entristecida por la separación, a duras penas y mirando hacia detrás, se separó de ellos a sabiendas de que, a partir de ese día, comenzaba una nueva misión para ella, que se debía prestar en futuros acontecimientos.

Mientras estos llegaban, vagó por los extensos bosques de las montañas oscuras y lo hizo durante muchas generaciones... la última Bufante del territorio. Hasta que algún día los descendientes de Danúm y de Luz la necesiten de nuevo.

Lo que no se contaba en el granero... *Tristeza para los familiares de la pareja, también para los Zerbas, tíos de Luz, pero no tanto para los que no se dejan ver ni sentir en el espacio, sobre todo para uno de ellos en especial... Gaito, que se regocijaba ante la desgracia de quienes consideraba erróneamente sus enemigos.*

En el granero... El relato se termina por hoy, y el ambiente es de tristeza, aunque se consuelan al saber que Luz y Danúm velan por todos ellos. Al llegar la noche, no pueden evitar mirar a la luna, a ver si ellos también pueden distinguir sus rostros. Y esto explica aquellas dudas que tenían al escuchar al abuelo cuando relató la presencia de Luz en los cielos y ellos no la veían. Pero ¿qué fue de su familia? ¿Quién se hizo cargo del pergamino?... “Mañana lo sabrán” ...

Y a la mañana siguiente el abuelo retomó el relato... Las almas de Luz y Danúm, unidas a la naturaleza, pasan los días cuidando el mundo al que pertenecen ya para siempre. Restablecen todo lo que las catástrofes naturales destruyen, y hacen que prospere la vida. Una mañana, cuando el Sol comenzaba a iluminar dicho territorio, desde el espacio atravesó la cúpula de la Tierra un meteorito de un brillante color dorado y cayó al otro lado del río Hondogabea, en el territorio de Surxarra, y allí en ese deshabitado lugar se produjo un profundo cráter, dejando a su alrededor una circular colina dorada.

No causó daño alguno y los protectores del mundo no le dieron mayor importancia, porque no era el primero que caía. Si hubiera sido de mayor tamaño o hubiera amenazado a la seguridad de sus habitantes, hubieran tenido que avisar a Báttux para que desviara su trayectoria o se lo guardara entre sus barbas.

La cabaña del lago y La herencia del pergamino mágico...

Ahora, el abuelo Dan, en vez de contar la leyenda de Báttux, se refiere a la historia como Los descendientes de Luz... Antes de morir, Luz había elegido a su hija menor, Argia, como sucesora para inscribir secretamente la historia de la familia en el pergamino, y esta, cuando tuvo tres hijos, eligió a uno de ellos. Al que, en honor al primer Zerba se le llamó Batuzaím primero, porque después este se lo cedería al siguiente que fuera Batuzaím segundo. Y se hizo costumbre esta forma de legar y nombrar al siguiente escribiente del pergamino hasta llegar a Batuzaím noveno. Con este último se rompió la costumbre, al sufrir un terrible accidente antes de haber nombrado legatario.

No lo contó Dan... Pero... (*“O quizás, no fuese tan fortuito y alguien que odia a los descendientes de Báttux los envió allí”*).

Estaba recolectando frutos rojos en el bosque para el invierno, acompañado por Ramsoa, su esposa, y su única hija Báttiana, de diez años. El padre permanecía en alerta porque últimamente se habían visto huellas de extraños animales que no reconocía. Cuando estaban en plena faena, un par de ojos dorados brillaban en la espesura, al acecho de la pequeña Báttiana, que estaba abstraída en una mata recogiendo un montón de grosellas que colgaban de una rama baja. Su padre se percató y acudió en su ayuda armado con su hacha.

La pelea era desigual, porque aquella bestia cornuda le doblaba varias veces en envergadura. Conforme se acercaba para interceptar la acometida sobre su hija, lanzaba gritos para llamar la atención del atacante, y este cambió de trayectoria al oírle. Hacia él se encaminaba una enorme alimaña que no se parece a ningún animal conocido. Es una especie de antílope exageradamente corpulento, como si le hubieran rellenado con aire, a juzgar por su desfigurado aspecto.

Pero el retumbar del terreno al peso de su galope denotaba que no era tan ligero; más bien se adivinaba su musculosa fornidez. A sus oídos llegó el terrible bramido y, al acercarse más, llamó la atención el deslumbrante dorado de sus ojos, que se veían reforzados con su actitud de encolerizada rabia. Pronto dejaron de ver, porque agachó su cabeza a ras de tierra para dar protagonismo a su enorme y afilada cornamenta que apuntaba directamente hacia el padre de familia. Instantes después, se produjo el desventajoso encontronazo.

El hombre recibió dos profundas cornadas, a la vez que cortaba parcialmente el cuello de la alimaña con su hacha. Y los dos quedaron tendidos en el suelo para siempre. El alma de Batuzaim se unió a la de sus antepasados en torno a la naturaleza, pero el de la bestia lo traspasó y se dirigió hacia el profundo y negro espacio despoblado de galaxias donde se extinguiría casi de inmediato.

Ransoa no tuvo tiempo ni de intervenir; solo pudo recoger a su hijita y salió corriendo hacia la cabaña del lago. Y lo hizo sin poder atender a su querido compañero que yacía muerto en el suelo con el pecho abierto, porque decenas de bramidos procedentes de otras bestias iguales a la que yacía muerta junto a Batuzaim se escuchaban a su alrededor y amenazaban con ponerse frente a ellas en cualquier momento.

Detuvieron su carrera de golpe, a la vez que casi se detenían los latidos de sus corazones al ver a tres de ellos colocados en perfecta hilada. Por detrás no pudieron ni contarlos porque las primeras filas impedían ver a las siguientes, pero se adivinaban muchos por la polvareda que levantaban.

Con la esperanza perdida, se dirigieron a un lado para comenzar una desesperada e inútil huida. La madre solo pensaba en salvar a su hija, y más adelante observó el tronco de un árbol medio caído que podrían escalar para ponerse a salvo, al menos a la pequeña. Pero la cercanía del bramido de los monstruos la hizo dudar de su salvación.

De repente... el bufido de los que las perseguían era apagado por otro de mayor magnitud sonora. Les siguió un tremendo estruendo provocado por el encontronazo de un animal que se cruzó entre ellas y los que las perseguían. Madre e hija se

giraron para ver lo que estaba ocurriendo. Entre el polvo levantado, se adivinaban varias bestias rodando por el suelo. Quejidos de dolor y más embestidas entre los combatientes se dejaban ver y oír.

Cuando se despejó, fue apareciendo la figura de su salvador. No daban crédito a lo que veían sus ojos; se trataba de una especie de caballo blanquecino exageradamente corpulento y extrañamente coronado por dos pares de cornamentas a las cuales supo darles buen uso.

Porque al menos tres o cuatro malas bestias ya no se levantarían del suelo nunca más. El resto, sorprendidos y asustados, se escondieron en la maleza desperdigados. Hasta que no se reunieran un buen número de ellos, no se atreverían a contraatacar.

Momentos de tregua para las acosadas, que aprovecharon para conocer a su salvador. Ransoa, al observar más de cerca, creyó reconocer en ella a una antigua Bufante de la que le habían hablado sus padres y abuelos, y además conserva un dibujo sobre una piel de uno de sus antepasados.

El animal que un día fuera montura de Xamurrel, padre de Danúm. La mujer recordaba perfectamente su nombre y se le escapó de la boca en forma de susurro: — *¿Zurria?...*

Después, con más fuerza elevó el tono de voz y repitió el nombre de quien creía que era el animal de las montañas oscuras: — *¿Zurria, eres tú?*

La Bufante agitó la cabeza demostrando alegría y respondiendo con su peculiar relincho, dando por hecho que así

se llamaba. Sin más dilación se arrimó a ellas y arrodilló sus extremidades para facilitar que subieran a sus lomos. La mujer no lo dudó siquiera y empujó primero a su hija, y después saltó agarrándose fuertemente a las crines de la yegua, a la vez que albergaba entre sus brazos a la pequeña Báltiana.

Para cuando se quisieron organizar las bestias, ya se habían alejado varias leguas gracias a la gran velocidad a la que se movía la salvadora. La mujer del accidentado Batuzaim había oído hablar de la longevidad de los Bufantes, pero esta, si era quien pensaba, había sobrepasado con creces la que pudiera imaginarse.

Cosas más extrañas se habían vivido en la cabaña del lago. Así que, sin pensar más en ello, aceptó la ventajosa situación y, montadas sobre su salvadora, avisaron al resto de sus primos, tíos y abuelos que vivían en las cabañas cercanas. Una vez todos juntos, Ramsoa, que estaba traumatizada y asustada, acompañada por los ancianos y niños, se quedó al resguardo.

Los demás, hombres y mujeres, salieron a cazar a las bestias asesinas, o al menos a espantarlos para que regresaran a donde hubieran salido. Pero había tantos que ninguno de la partida regresó jamás.

Zurria se quedó protegiendo a los más débiles y los animales asesinos buscaron el rastro de los que se quedaron en la cabaña del lago. Pasaron muy cerca de ella, pero el extraño aroma que desprendía una fortuita neblina de color oscura y brillante que provenía desde lo más alto del cielo, confundió a su olfato.

Además, la Bufante llamó su atención para que le siguieran, dirigiéndose hacia las cimas de las montañas rojas.

Simulaba estar herida para que los otros perdieran el temor, y cuando se le acercaban, aceleraba el paso. Y vuelta a empezar con la treta, hasta que estuvieron suficientemente lejos para que los de la cabaña pudieran ponerse a salvo.

Tiempo que aprovechó Ramsoa para recoger lo más imprescindible y huir con los supervivientes a través del lago. Entre muchos de ellos, intentaron coger una vieja piedra en forma de medialuna.

Estaba adornando la cabecera de la chimenea, y se la llevaban consigo porque creían que daba buena suerte, ya que la había colocado el mismo Danúm con la ayuda de Báttux. Pero era tan pesada que tuvieron que dejarla en mitad del camino, muy cerca de la casa. Ramsoa, para consolarlos, dijo que le dieran un beso cada uno como despedida y que algún día vendrían a recogerla.

Al agacharse los dos primos, algunas de las lágrimas de tristeza que corrían por sus mejillas se derramaron sobre la piedra. Esto emocionó a la pequeña Báttiana, y ella también se agachó a besarla, derramando más lágrimas en su superficie. Los demás, aunque tenían prisa, hicieron lo mismo y allí quedó la piedra negra en forma de medialuna empapada con las lágrimas de todos ellos.

Se acercaron a la orilla del lago donde el tronco de un viejo árbol hacía las veces de improvisado muelle, en busca de una antigua barca que nunca se desgastaba ni ajaba por el paso del tiempo, de la cual se decía que era un regalo de Báttux para Sali, la madre de Danúm. Pero no estaba allí, se había desatado y se alejaba de la orilla, quedando a la deriva. La desesperación se

adueñó de todos y terminaron sentándose en la orilla entregando sus vidas al destino, pero su suerte no estaba echada aún.

En la lejanía, varias barquichuelas cargadas con vecinos del lago se alejaban de aquellas orillas con destino a las cumbres de las montañas rojas, donde creían que estarían a salvo de los seres malignos, y en la última de ellas, sentada en la parte trasera, una niña pequeña fue testigo de lo que ocurría en la orilla...

Alertó a su padre, que dirigía los remos, y Martox, que así se llamaba, sin pensárselo dos veces... viró con destreza mientras gritaba al grupo que les precedía: — *Voy a ayudar a la familia de Batuzaim. Vosotros continuad; más tarde os alcanzaremos...*

Tras hacerle señas de conformidad, los primeros continuaron, pero a menor velocidad para facilitar el reencuentro. Y cuando enfilaban hacia la orilla del lago, la pequeña que los vio gritaba dirigiéndose hacia Isaella, que era una de sus mejores amigas: — *Báttianaaa... Báttianaaa... vamos en vuestra ayuda. Preparaos que remolcaremos la barca.*

Y así lo hicieron, ataron la barca a la deriva y se acercaron... Los de las orillas espantaron a los caballos descendientes de la Bufante Zurria, que huyeron hacia lo más profundo del Bosque Nublado.

Después cargaron los víveres y, sin mediar palabra, se acomodaron como buenamente pudieron. Cuando se hubieron alejado de la orilla, la niña de los salvadores se dirigió otra vez a su amiga: — *Báttiana, seguidnos, vamos al otro lado de las montañas rojas, allí en el valle rojizo hay una aldea donde viven nuestros parientes; entre todos mataremos a las vestías.*

Pero fue la madre de Báttiana quien la contestó a la vez que soltaba los amarres que unían ambas barcas: — *¡Noo!... Id vosotros, las bestias nos persiguen por ser descendientes de Luz; si vamos con vosotros, nos matarán a todos.*

Y remaron en dirección contraria. Isaella y sus familiares intentaban persuadirlos sin dejar de seguirlos, pero no había forma de convencerlos.

La niña que antes viajaba en la parte trasera se colocó en proa de su barca, Báttiana se puso a popa de la suya, y ambas se miraron fijamente a los ojos mientras Báttiana la hablaba sin sonido alguno; solo movía los labios y la otra la escuchaba como si estuviera a dos pasos: — *No te preocupes, Isaella, estaremos protegidas; guíalos hacia vuestro destino. “Te prometo que volveremos a vernos” Si no somos nosotras, lo harán nuestros descendientes”*

Tuvo que convencer al resto para que los dejaran marchar, pero al fin lo logró y retomaron el camino en busca de los demás. No tuvieron que remar demasiado porque los otros se lo pensaron mejor, y en lugar de alejarse, los habían esperado, y juntos se alejaron en el horizonte. Mientras la niña rememoraba una y otra vez la promesa de su amiga.

Una vez solos, la luna más que nunca se reflejaba en la superficie, ocupando un gran espacio en el agua. La embarcación atravesó su figura, y esta, en vez de disiparse en forma de ondas a su paso, se iluminó con mayor intensidad.

Y como si de un espejo se tratara, aparecieron los rostros de Luz y Danúm. Todos los navegantes se quedaron mirando, pero los negros ojos de Báttiana se iluminaron como nunca lo

habían hecho. Por un instante quedo como hechizada, entrando en una especie de trance en el que creía estar hablando con la hija del Zerba: — *No os rindáis, esconderos en las cuevas del bosque.*

Nada más se oyó, pero recibió a través de sus ojos un relámpago luminoso que la llenó de una extraña energía y también vio cómo alcanzaba a su madre sin que esta se percatara de ello. Al despejarse, todos los presentes lo vieron también; las primeras imágenes de Danúm y Luz no estaban solas. El alma de Batuzaim noveno los acompañaba y, detrás de él, también estaban las de los familiares abatidos por las bestias. Al rato se disipaban a la vez que se despedían de todos.

De este modo pudieron comprobar que no habían conseguido sobrevivir a la espantada de las bestias, pero también supieron que sus almas estaban a salvo junto a Luz y Danúm. Esto en cierto modo consoló a sus parientes.

Ayudada por las renovadas fuerzas, madre e hija remaron con más potencia y la barca, poco a poco cogió velocidad. Pronto desembarcaron a unas leguas, y después se adentraron en las profundidades del bosque, donde se reencontraron con cuatro de los caballos que habían sobrevivido al ataque de las bestias... ¿Y el resto?...

Algunos habían perecido bajo las garras de las bestias, y más de la mitad se había desperdigado por el bosque.

Ayudados por los equinos para transportar los víveres, se encaminaron hacia un destino premeditado. Se refugiaron donde los había indicado Luz. Una profunda cueva que hace tiempo descubrieron sus antepasados Xamurrel y Sali, padres de Danúm, durante una partida de caza.

Tuvieron que poner varios troncos a modo de pasarela para saltar una fosa natural que había en la entrada. Una vez en el interior, los retiraron colocándolos en la puerta a modo de parapeto.

La cueva quedó inexpugnable para todo tipo de alimañas. Estuvieron ocultos muchos días hasta quedarse sin alimentos, y cuando por fin salieron, no había rastros recientes de las bestias en los alrededores. Tuvieron que alimentarse con lo que el bosque ofrecía y, por miedo y malos recuerdos, nunca más volvieron a la orilla del lago.

De la Bufante nunca más supieron, o al menos las siguientes generaciones venideras, pero lo que sí hicieron fue aclamar su valentía contándole a todos los que se cruzaban en su camino quién era y cómo luchó con las bestias de ojos dorados para ponerlos a salvo.

Y desde entonces, la leyenda de que existe un Bufante en los bosques de las montañas oscuras no ha parado de oírse por toda la comarca. Al paso del tiempo, las abuelas de la familia dejaron este mundo a una longeva edad; sus tías y primos marcharon a aldeas más pobladas buscando seguridad. Ramsoa y Báttiana se quedaron solas estableciendo la cueva como su nuevo hogar.

La niña se hizo mujer y se desposó con un joven cazador de las montañas y formaron una nueva dinastía, que durante muchos años siguió morando en las cuevas del bosque. Báttiana sabía quién era y de dónde procedía, conocía la existencia del pergamino, porque su padre le había contado todo lo escrito en él, pero por mucho que lo buscó en la cabaña medio derruida, jamás lo encontró.

Vivió como una descendiente directa de los Zervas, y poseía algunos de sus dones que solo usaba para poner a salvo a algún ser del territorio que pudiera estar en dificultades. Inculcó a sus descendientes toda su historia para que no olvidaran quiénes eran.

A falta del pergamino, ella comenzó a escribir la historia de la nueva dinastía, utilizando tintados comunes y pergaminos de piel en los que daba instrucciones a sus descendientes para que continuaran esta costumbre, y todo ello a pesar de que era consciente de que allí descritos, no podrían ser escuchados por Luz ni por su padre, el Zerba del espacio.

Con el tiempo, se desvelaron para ellas todos los secretos del Bosque... cada senda y cada rincón... todas sus plantas y minerales... y los animales de cualquier especie no las temían. Todo lo contrario, se acercaban a ellas sin temor.

Eran las magas del Bosque, aunque algunos “las llamaban brujas adoradoras del sol y la luna” ... Porque sobre la entrada de su cueva había tallados en madera los símbolos que representaban a los dos astros que podían verse en los cielos. Las Bestias de ojos llameantes se quedaron perdidas en la profundidad de las montañas oscuras, que fue hasta donde los condujo Zurria, pero de vez en cuando realizaban alguna incursión por las tierras de la comarca.

Entre tanto, Báttux había continuado con su antiguo cometido. Tuvo por parte de su hija noticias del planeta azul, pero viendo que ella lo había resuelto de la mejor manera posible, continuó con su cometido, sintiéndose orgulloso de su hija y de Danúm... y la luna deambula sola por el espacio en su eterna

rotación, haciendo que las aguas se muevan por el influjo que ejerce sobre ellas.

Desde que su hija dejó de vivir en el mundo, las almas de los dos amantes, impregnadas en la invisible capa protectora de la tierra, observan cómo se desarrolla la vida en ella. Habían alcanzado la felicidad plena y eterna, solo truncada por la falta de comunicación con sus descendientes.

No pudo hacer nada en persona, a causa de la promesa que hizo a su padre de no inmiscuirse; tampoco supo de dónde provenían estos animales porque jamás los había visto antes. Parecía que hubieran salido de repente entre la nada.

Pero no abandonó del todo a sus descendientes. De alguna forma les mandó ayuda, aunque no fuese a tiempo para salvar a Batuzaim noveno y al resto de la familia, que perecieron para proteger a los más débiles.

Quizás, o casi seguro, fue ella quien avisó a la Bufante; ella no era humana, por lo tanto, no contaba para la promesa de Báttux. Y además, desde entonces, la misma neblina que apareció oportunamente cuando abandonaron la cabaña del lago, rodea para siempre el bosque. Neblina que desprende un olor especial y que solo las bestias pueden apreciar.

O más bien despreciar por lo desagradable que resulta a los terribles engendros que habían aparecido de la nada. Y esto fue idea de Danúm; él no había hecho promesa alguna... “Tampoco cuenta”. Y este paraje, que desde entonces se le conoce como Bosque Nublado, y en especial el entorno de la cueva, estaba a salvo.

Lo que sí podía Luz era ver crecer desde la lejanía a sus descendientes supervivientes del ataque de las bestias. Pero las almas de los que perecieron no se desperdiciaron, ni tampoco las del resto de seres que fallecen. Cada vez que alguno se muere, su alma se impregna en la naturaleza y cada vez que se produce un nacimiento, el nuevo ser es provisto de una pequeña parte de ella. Así todos compartimos la misma alma, que se duplica conforme a la demanda de recién nacidos. Igual que lo hacen los Zervas.

Algunos hombres dicen que, con la desaparición de Luz, cualquier prestigio de magia también se esfumó para siempre de la tierra. Otros dicen todo lo contrario; algunos de los descendientes de las cabañas del lago han heredado dicho don, y se lo han ido transmitiendo a sus hijos, nietos, biznietos...

Y la utilizan solo cuando es de vital importancia. La Tierra había quedado definitivamente bajo la protección de la Naturaleza, y ella vela por el mantenimiento del planeta, y con la colaboración de algunos de sus habitantes podrá salir adelante. Al menos hasta la próxima visita del Vigilante Galáctico.

En el granero es casi de noche, pero no se han dado ni cuenta de ello; ha pronunciado las últimas palabras con contundencia, como cuando alguien acaba de leer un libro y lo cierra después de haberlo terminado. Pero no se los ve contentos, porque a pesar de haber pasado varios días escuchándole, se quedan con ganas de más. Menos mal que todavía queda el alegato final, y Dan termina expresándose a sus fervientes oyentes:

— **Dan:** *Y así fue como la actual vida en la Tierra se conformó tal y como ahora la conocemos. Nosotros, los hombres y mujeres de este planeta, debemos aportar cada uno nuestro granito de*

arena para que cuando regrese él, se sienta orgulloso de la especie que un día quiso escoger como preferida, y de la que hasta su propia hija un día llegó a formar parte. Todavía no hay constancia de su regreso, pero puede que cualquier día, al salir el Sol y cuando menos lo esperemos, aparezca en inesperada visita.

Así concluyó el abuelo Dan lo que hasta ahora había sido nada más que una leyenda en todo el territorio, y al menos los aldeanos del valle la han comprendido y creen en ella. Todo el mundo le felicita a la vez que le preguntan por su origen y procedencia. Siendo su portavoz, el Buruzaga, Canu el Largo:

— **Canu:** *¿Cómo conoces esta historia, y quién te la contó a ti?*

Dan distrae su atención, haciéndoles mirar al cielo y a las estatuillas del estanque, a la vez que se encoge de hombros y responde:

— **Dan:** *Un antepasado de la hija de Báttux me lo contó.*

Al oírle, Ixaéla le mira fijamente a los ojos, temiendo que siga confesando la información solicitada, pero Dan no suelta prenda y los deja con la incógnita. Si había ocurrido o se lo había inventado, su compañera lo sabe de ciencia cierta porque cada noche, cuando cree que todos duermen, ve al abuelo escribiendo en un antiguo pergamino que no se sabe de dónde ha salido.

Tampoco se sabe qué historias anota en él, y después se pasa un largo tiempo ensimismado en lo que ya está escrito. Ella le observa a través del delgado resquicio que deja la puerta

entreabierta, pero no es la única; alguien más de la cabaña del manantial lo sabe, y a más de uno le delata la mirada de reojo que le han dedicado cuando contestaba a Canu y a los otros aldeanos. Ixaéla, conocedora de la verdadera fuente en que se basa su compañero, le susurra al oído:

— **Ixaéla:** *¿Recuerda que hiciste una promesa?, porque durante un instante pensé que lo habías olvidado y se lo soltarías a todos.*

Y el abuelo en bajito, pero concluyentemente, la contesta:

— **Dan:** *No te preocupes, Ixaéla, todo forma parte del plan que te comenté. Esta gente ha vivido junto a nosotros experiencias inexplicables hasta hoy, pero nada que ver con las que se avecinan. La vieja Dama me lo ha advertido y considero que nuestros amigos necesitan saber todo lo que he contado para que sean conocedores de su origen. Necesitarán tener fe en algo para enfrentarse a lo que se nos avecina. Porque la historia que acabo de contarles aún no ha terminado y tú lo sabes bien porque conoces la historia de mi familia. También a mis viejos amigos cazadores, los conté una buena parte estando en el paso de las piedras. Y todavía queda que contar, pero esos tiempos no han llegado todavía. El camino de la vida y el transcurrir del tiempo serán quienes vayan rellenoando sus renglones.*

— **Ixaéla:** *¿Y por qué no se lo has contado al resto de aldeanos?*

— **Dan:** *Te refieres a lo que ocurrió desde que Báltiana y su madre se establecieron en las cuevas del Bosque de la Niebla, hasta que yo llegué al valle... Pues algún día se lo contaré, porque son mis antepasados los protagonistas. Ellos ya conocen*

una buena parte, porque la han vivido junto a nosotros. Pero lo que ni ellos, ni yo, y ni siquiera mi tía abuela del Bosque Nublado podemos imaginar, es lo que queda por escribirse de esta historia. Ella desde siempre ha tenido el presentimiento o más bien la certeza de que algún mal suceso, tendrá lugar en la comarca. Y todos nosotros debemos estar preparados para acometer las circunstancias, como ya lo hemos hecho en alguna otra ocasión. Todos los aldeanos, y algunos más, serán los principales protagonistas de lo que deba acontecer.

Efectivamente, estas palabras se basan en un vaticinio que sabe que ocurrirá porque Báttia se lo dijo un día. No conocen el sentido en que se producirá, pero quieren que los vecinos de la aldea estén preparados. Ixaéla se queda más tranquila después de la explicación, y se encamina de su brazo hacia donde esperan sus hijos y nietos.

Todos los ancianos forman corrillo para debatir lo escuchado. Muchos son los que creen en verdad que fue así como sucedió o al menos tienen fe en ello. Pero dos con aspecto de viejos cazadores, reconocibles porque conservan todavía sus típicos y viejos sombreros de piel, están seguros de que es cierta cada palabra que ha pronunciado en las entretenidas veladas de los últimos días.

Porque ellos mismos gozaron en una ocasión de escucharle la primera vez que realizó un relato que, aunque no fue tan fantástico como este, también incluía algún acto de difícil comprensión y todavía más complicada explicación.

Y están seguros, porque lo pudieron comprobar de palabra y hechos de algunos de los protagonistas de la crónica que había

relatado. Fue hace mucho tiempo, en el paso de las dos piedras acostadas.

Por si la palabra del viejo alfarero no fuese suficiente, tiene el respaldo de sus viejos amigos y compañeros de andanzas que lo van pregonando por la plaza, para que todos se enteren de ello. Y la leyenda de los Zervas de los cielos, desde hoy ha pasado a ser para todos ellos “una historia real”.

La moraleja del mensaje es bien acogida por todos, y al menos en esta aldea practican las conductas que se resaltan en ella. Durante estos días, han conocido cómo y quién... creó el mundo que habitan, y también a los que él llama hermanos Zervas.

Los cuatro primeros tienen las estatuillas de barro que los representan en medio del estanque, y que, por cierto, ahora que se fijan bien, en una de ellas... la que representa a Báttux... es idéntica al hombre que acaba de contar su historia.

Él las trajo de las Cabañas del lago; son las que los nietos de Báttux confeccionaron y colgaron en el techo de su cabaña. Las encontró Pólari cuando Dan era solo un niño, en cierta ocasión en que tiró su nasa para pescar, y en lugar de peces, pescaron a una de ellas; después se sumergió entre los juncos y encontraron el resto.

Pero esto, solo él y su familia lo saben). El pobre Dan no se había percatado del gran parecido que tiene con el primer ser, y se siente abrumado al ver cómo uno a uno, y casi todos ellos, incluso los de su propia familia, observan la estatuilla de barro y enseguida

vuelven la mirada hacia él, a la vez que cuchichean algún chascarrillo entre ellos.

No tiene explicación alguna, y tampoco tiene la intención de alardear por ser el descendiente de su hija, lo cual seguramente sea el motivo de tal parecido... En cualquier caso, es mejor desviarse de sus miradas y colocarse de espaldas simulando hablar con Ixaéla. De nada sirve, porque ella actúa del mismo modo, y esta se fija mucho más en los detalles.

— **Ixaéla:** *Vaya, vaya, señor Dan. Algún secretito más que no me hayas contado.*

No contesta, solo se encoge de hombros y niega con la cabeza... ni él mismo lo comprende, aunque a veces siente el alma de Báttux como si estuviera dentro de él. De hecho, ha contado la historia como si la hubiera vivido él mismo. Sacude la cabeza, cambia de conversación y a otra cosa. Pero Ixaéla no queda convencida del todo; está segura de que su esposo es algo más que un simple cazador... alfarero... y últimamente maestro de escuela.

Las gentes del territorio siempre han sido respetuosas con el entorno, siguiendo las indicaciones que el Zerba dio a los primeros hombres. Esta especie de reglamento bien aceptado ha prevalecido a lo largo del tiempo, pasando de padres a hijos, incluso pensando que las historias que se oían eran solo leyendas. En estos días, a través de lo escuchado y poniendo toda su fe en quien lo cuenta, han comprendido que todo era cierto.

Existe un creador con muchos hermanos que no cesan en su empeño de hacer crecer el cosmos y también saben que su hija, junto a su amado, cuidan de la naturaleza, sin poder inmiscuirse

en sus asuntos. Esta fue la promesa que hizo Luz a su padre. Y desde que vio la vida en la tierra, Báttux se puso como condición a sí mismo, hacer lo propio.

Si este mundo se había creado debido a varias circunstancias que ocurrieron a la vez y por pura casualidad, ¿quién era él para cambiarlo? Solamente se cuidaba del planeta del mismo modo que hacía con el resto de los elementos cósmicos.

Aunque a este, como preferido, le dispensó algún trato especial, dotándole de la capa protectora y de una vigilante en exclusiva, creada a partir de su propio corazón. Pero estas solo se cuidaban de la Naturaleza, dejando a todos los moradores que corrieran su propia suerte.

Pero su hija Luz interpretaba dichos mandatos un poco a su manera, buscando aliados entre sus descendientes para intervenir en caso de emergencia. Y de este modo no faltaba a la promesa hecha a su padre.

Reunidos en pequeños corrillos cerca del estanque, algunos no son del pensar de otros y siguen rascándose la cabeza intentando sacar conclusiones.

— **Cabi:** *Te has fijado en cómo Báttux se parece al abuelo Dan.*

Se lo dice a Lauro, que es su cuñado y mejor amigo, y además es nieto de Canu el largo. Este, mira a ambos y afirma con la cabeza a la vez que se lo está comentando al siguiente, quien lo divulga entre los que están a su lado y en pocos minutos llega al padre de Ixaéla, que, aunque de avanzadísima edad,

todavía conserva intacta la cordura, y ha atado cabos sobre la procedencia del que se ha casado con su hija.

Como disimulando, se hace el encontradizo con Dan. Una vez a su lado y casi susurrando, le pregunta.

— **Marto:** *Entonces, si tú y tu familia del lago sois parientes de los hombres y mujeres de las cuevas del Bosque Nublado... ¿Todos vosotros sois descendientes directos de Luz, la hija de quien creó el mundo...? ¿No?*

Un instante de silencio. Dan, para meditar la pregunta, y Marto para recomponer las palabras que definan la conclusión a que ha llegado. Se rompe el silencio con la siguiente reflexión.

— **Marto:** *Y claro, en consecuencia, mis nietos y biznietos también lo son.*

Dan lo sabe, pero no quiere presumir, y para evitar que trascienda en exceso, le contesta con contundencia mientras apoya la mano sobre su hombro y le invita a seguir caminando.

— **Dan:** *Cierto es, Marto, pero más cierto es que “todos somos hijos de Báttux”, porque si hemos nacido de la tierra y está la creó él. Es como si nos hubiera engendrado.*

Ha intentado evadir la pregunta, pero nadie tiene dudas de ello. Ahora entienden muchos sucesos protagonizados por “los del manantial”. Pero nada que ver con los que están por llegar. A Dan, se le viene al recuerdo su vieja tía abuela, que es quien vela por ellos. Báttia, la hija pequeña de Batuzáim, décimo.

Dan está esperando a que se vayan marchando para hacer él lo propio. Lo correcto en estos casos es irse el último para

despedirse de todos, pero hoy nadie se mueve. Y siguen mirándole mientras cuchichean. De incómoda, la situación pasa a ser un poquitín pesada y se le va acabando la paciencia. Cuando se va a lanzar al grupito más cercano, alguien choca contra él; es un leve empujoncito hombro contra hombro, pero lo suficiente para hacerle reflexionar y reencontrarse con su calma interna.

Ha sido su segundo hijo, Luxim. ¿Quién iba a ser? El que, igual que él, nació en día de eclipse. Y se dirige hacia donde se encuentran sus otros hermanos. “Y vaya” ... También se ponen a cuchichear entre ellos. No lo esperaba... ¿Sus hijos también?... Aah, parece que ya se separan. Otra vez “Vaya”, se van integrando cada uno de ellos en otros grupos... comentan algo y se dirigen al siguiente hasta completar todos los que hay en la plaza mayor.

Así que... utilizando sus dotes auditivas, agudiza la escucha para enterarse de lo que están diciendo. La verdad es que, aunque no anda mal de oído, lo que sí domina con maestría es la lectura de labios, y fijándose especialmente en Luxim, por fin se entera del chascarrillo.

— **Luxim:** *La verdad es que mi padre, para componer el rostro de Báttux, se inspiró en el suyo propio, cuando se reflejaba en las aguas del manantial.*

— **Dan, pensando:** *¡toma ya! Bien hecho, hijo, me acabas de ahorrar un montón de explicaciones. Sí, de sobra sabes de dónde salieron las estatuillas.*

Se había metido en un pequeño embrollo y la perspicacia de sus hijos le ha librado, pero él aún no encuentra la respuesta. Apoyando su mano sobre su vara de caminar, siente el reconocido tacto de una mano que le hace sentir escalofríos desde que la conoció; gira la cabeza y ahí está Ixaéla, mirándole con la mejor de sus sonrisas. Pero no es la única; en la mano libre se ve asida por otra de menor tamaño, pero que también reconoce a su tacto.

— **Dan, otra vez para sí mismo:** *Vaya la que faltaba, la hija de quien nació en día de eclipse y quien, para no ser menos que él, también nació en día en el que la luna tapaba el sol. ¡Anda... como su abuelo, que soy yo! Al menos eso me dijeron mis padres. ¿Qué querrá esta?*

Esta quería algo, o mejor dicho, decirle algo. Pero no deja de mirarle y no arranca a decir palabra alguna, solo sonríe con cara de tontaina...

— **Dan:** “*Pero suéltalo ya*”

pensó el abuelo mientras él también la sonreía.

— **Noaluz:** *No te preocupes, abuelo... “Yo sé quién eres tú”. Pues claro, niña, ¿quién voy a ser...? Tu abuelo.* — Y lo dice alzando la voz, a la vez que levanta los brazos, cayado en mano: — “*¡Yo soy Dan!... ¡Hijo de Polari y Luzsol!... ¡Nieto de Mextagón y Luzínda! ... ¡Biznieto de Batuzaím el décimo y Mita del Bosque Nublado! Y sííí, ¡soy descendiente de Báttux, por eso me parezco a él!*”

Vaya... parece que nadie le hace caso. Claro... es que deseaba hacerlo... pero no se ha atrevido; mejor dejar las cosas

como están. Pero no deja de mirar de reojo a su nieta; será que esta sabe cosas que él no sabe. Qué va... si es muy joven todavía. Otra vez Luxim choca con su hombro... y después, Nani... Y le sigue Lolim...

Belasol, aunque no llega al hombro, le da una palmadita al pasar... Lo mismo que Iriel, que es la siguiente en la cola... Y Dany... Y Oxcarel... Y Axél... Y Xándy... Y Albary... Hasta el pequeño Migolím lo intenta, pero no llega, así que lo aúpa para que pueda golpear su ya dolorida espalda.

Los aldeanos ya se han puesto en movimiento y se van despidiendo; menos mal que lo hacen a distancia, pasando la mano abierta del revés de un lado al otro de la cara, cosa que agradecen sus costillas.

Porque de haberlo hecho al estilo de su familia, no habrían acabado muy bien paradas. Sin más dilación, la familia de alfareros al completo, que ya están colocados en fila, toma las riendas de sus respectivas monturas y comienza el empinado regreso hacia sus cabañas.

Por el camino caen en la cuenta de que hasta los más pequeños han comprendido el mensaje. Al menos en parte, porque se han quedado con lo más divertido.

Todos ellos se han puesto a mover las orejas y ninguno lo hace correctamente. Pero se quedan sorprendidos cuando sus padres al unísono forman línea frente a ellos e interpretan el movimiento de sus apéndices auditivos a la perfección, tal y como había descrito su abuelo.

Hasta sacan la lengua y cruzan la mirada, poniendo cara de tontos. Así que, a practicar todos los nietos hasta que dominen el arte del orejeo. Pero no queda ahí la cosa; como siempre, toca el tramo de los cánticos.

Normalmente comienza la abuela, pero hoy se los adelantan los nietos con una nueva letra cuyo principal estribillo es: “Báttux es el abuelo Dan” ... Báttux es el abuelo Dan”. Y otra vez le sale el lado gruñón, que disimula mirando a todos con una irónica sonrisa. Estos ratos de distracción al menos sirven para que distraigan sus mentes de lo que creen, “que está por llegar”.

El gran narrador, a lo largo de su vida, había contado muchas historias; algunas las sacaba de la fantasía de su cabeza, otras, puras anécdotas vividas por él mismo. Incluso alguna que había escuchado en voz de otros, la repetía dándole un toque más sutil y divertido.

Pero esta que acaba de contar, no se la esperaba nadie, y ha sido todo un acontecimiento en el valle. Ahora conocen mejor a su creador, y todos saben de dónde proceden los seres vivos. “Del barro, compuesto por agua y tierra”. Y así termina la leyenda que el abuelo Dan contó sobre la creación del universo.

¿Te preguntarás?... Si el pergamino desapareció al morir Batuzáim noveno, ¿cómo es que Dan esconde uno similar en el manantial? Pues habrá que seguir leyendo esta historia para saberlo...

Capítulo 13

CAZADORES

AÑO 767 DEL DIARIO DE LUZ...

algunos días después de haber escuchado la leyenda de Báttux. Prosperidad en el territorio de los cuatro colores. Desde aquellos tiempos en que la hija de un Zerba decidió vivir como una humana, la vida ha ido evolucionando.

Nuevos inventos y descubrimientos hacen que la subsistencia se desarrolle con un poco menos de esfuerzo, aunque todavía al levantarse cada mañana hay que consumir muchas energías hasta que llegue la noche para disfrutar de una buena cena y disponer de un buen refugio donde pasar la noche.

Ahora... cuesta menor esfuerzo mover los carros porque disponen de ruedas más ligeras construidas con radios de madera y reforzada la banda de rodadura con metal, realizando un mejor deslizamiento para un menor esfuerzo de bueyes y caballos, que son quienes habitualmente tiran de ellos. Antes... las ruedas se hacían de madera maciza o incluso de piedra...

Ahora... las casas se construyen con ladrillos de arcilla o piedras como la pizarra o el granito. Aunque todavía se siguen haciendo cabañas con madera aserrada con herramientas más sofisticadas. Antes...

Vivían en chozas elaboradas con troncos enteros de madera cortados a golpe de hacha de piedra, o algunos en cabañas enteramente elaboradas con cañizos entrelazados. Aunque... no

en todos los lugares; al otro lado del valle, un pueblo entero habita en una interminable caverna horadada por ellos mismos. Y no son los únicos; otra gran saga familiar, primos de Dan, se habituó a pasar la vida en una gran caverna en el Bosque Nublado desde hace ya muchas generaciones.

Ahora... en agricultura, se siembran varios tipos de grano y se plantan ya algunas hortalizas... La ganadería es muy básica: gallináceas, cabras y algún caballo para ayudar en sus tareas... Vacas salvajes que se domestican para la crianza y para extraer su nutritiva leche... y ovejas muy apreciadas por su lana... La pesca en ríos y lagos ha prosperado en sus artes...

Antes, pocos, o casi ninguno, sembraban y almacenaban alimentos para las estaciones más duras. Simplemente cazaban animales, o pescaban peces, o recolectaban frutos y se los comían de inmediato.

Ahora... Sus vestiduras están elaboradas principalmente por pieles muy curtidas, y últimamente los más progresistas y modernos se visten con prendas confeccionadas de lana que obtienen de su propio ganado, y también de finos tejidos de lino que se traen desde Llanos Verdes. Antes... se apañaban con pieles bastas en su afinado y rudimentarias costuras.

En cuanto al transporte, las personas se trasladan cotidianamente a pie, y los caballos se utilizan para acortar largas distancias. Aunque también son montados cuando persiguen presas rápidas. Los equinos están más bien destinados a empujar carros o para la carga y acarreo de fardos más pesados. Aunque últimamente, también para defenderse de quienes quieren perturbar la paz de estas tierras, son utilizados...

En cada casa de la aldea y cada morador de ella, en cuanto nace, goza de la compañía de un joven potrillo, que los acompañará hasta que uno de los dos entregue su alma a la naturaleza.

Es verdadera veneración la que sienten por estos animales, mezcla entre los potentes trotones montañoses y algún ejemplar que trajo al valle Dan hace tiempo. Caballos procedentes del Bosque Nublado, de los que se creía que son descendientes de Zurria, la mítica Bufantes de las montañas del norte.

La familia de Dan e Ixaéla pasa los días entre el manantial y la aldea. Los abuelos continúan con sus clases y los hijos se hacen cargo de las tareas de alfarero. Los nietos más crecidos ayudan ya como si fueran mayores, y los pequeños disfrutan de su niñez haciendo cosas acordes a su edad... jugar, pero también aprender. La vida en esta época y lugar no da margen para otra cosa.

Hoy, un día después de haber contado a los aldeanos la historia de los Zervas, han regresado de la aldea, como casi siempre al ocaso del sol. Después, todos juntos han cenado. Más tarde, durante la sobremesa, se han repasado las anécdotas del día.

Y finalmente se retiran a dormir, cada uno a su casa y en su correspondiente camastro. Uno de ellos, el más viejo de todos, permanece todavía despierto en la casa principal. Y algún que otro ojo entreabierto, observa clandestinamente cómo el abuelo trastea en la chimenea. Esto es lo habitual, pero esta noche observan cambios en su semblante; es de sorpresa y preocupación.

Cuando estaba enrollando el pergamino, ha tenido una especie de visión que se le revelaba en intermitentes imágenes. Estaba en medio de una confrontación de mayor calado que la única que se había desarrollado en la región, en “el paso de las agujas”.

Él se encuentra alejado en lo alto de una torreta, junto a Ixaéla, y entre la confusión de la batalla ve luchar a muchos de sus amigos. Sus hijos son algo mayores que ahora, y algunos de sus nietos ya han dejado de ser niños. Todos ellos se enfrentan a un extraño ejército que parece no tener fin, porque por muchos que abaten, nunca se acaban.

Después todo se nubla en mayor medida, y el desconcierto de su mente aumenta. No sabe cuál de ellos, pero las almas de alguno de sus hijos y nietos viajan directamente hasta los cielos acompañados de muchos de sus amigos. Inmensos seres descienden del espacio y un apretado nudo en la garganta le impide casi respirar.

Si le ocurriera algo a sus seres queridos, no sabría cómo afrontarlo. Pero se entristece más al pensar en cómo se lo tomaría su amada Ixaéla. Tiene que sacudir la cabeza para dejar de ver tales imágenes y vuelve a la realidad de la noche. Acto seguido, revisa todas las recámaras de la casa, para comprobar que los que están allí duermen plácidamente.

No se conforma con esto; en silencio sale y recorre las otras cabañas donde dormitan el resto. Los lobos ni se inmutan al verle, solo se dejan acariciar. Nadie se entera de la visita nocturna, porque no en vano fue un sigiloso cazador.

Y una vez comprobado que todos están a salvo, ya puede dormir tranquilo. Su mujer sí se ha dado cuenta y, cuando nota su calor, le pregunta.

— **Ixaéla:** *¿Va todo bien?, Dan.*

El abuelo no contesta, pero sí la besa en la frente y afirma con la cabeza. A los pocos minutos, el silencio de la noche se apodera de las faldas del valle. Solamente alguna laboriosa lechuzas se comunica con otras de su especie con su típico ululato.

En pocas ocasiones ha tenido este tipo de visiones, pero cada vez que se le han venido a la mente, se han hecho realidad. En esta ocasión no se sabe; el tiempo nos lo dirá. ¿Y quién se las envía?... No sé, quizás sea “la vieja dama del corcel blanquecino”. De cualquier modo, si algo de lo que ha visto ocurre, “pronto lo sabremos, porque pronto os lo contaré.

La Aldea Roja no siempre se llamó así; antes era la Aldea de la Niebla. En el nombre actual tuvo mucho que ver la actividad que los alfareros del manantial desarrollan desde hace tiempo, y que más tarde conoceréis en sus comienzos. El valle está rodeado totalmente por altas montañas.

Comienzan a desgarrarse las dos hileras un poco más arriba del Manantial, y no vuelven a unirse nunca más. Si acaso, casi se rozan en un estrecho cañón que fue horadado por la erosión del caudaloso torrente del río de las nubes. Llamado así por las neblinas que se levantan causadas por la evaporación de sus aguas al calentarlas el sol de la mañana.

En la actualidad, casi todos le llaman simplemente río rojo. Este lado no es buen camino para entrar ni salir del valle,

porque es inaccesible por agua o tierra, y los que han osado traspasarlo, jamás regresaron... excepto un trío de aldeanos, muy allegados al abuelo.

Y sí... (más tarde también te lo contaré) ... Las corrientes aumentan conforme se van acercando a lo que sería el final del valle y se precipitan por tremendo acantilado. Las llaman cataratas de la niebla, una más arriba de la otra. Se intuyen, porque no se dejan ver a causa de los vapores que se forman al estrellarse sus dos saltos de agua. Dichas depresiones hacen inviables cualquier tipo de desplazamiento. Dos enormes troncos pintados de color rojo y clavados uno a cada orilla, justo donde el agua comienza a embravecerse, advierten del punto sin retorno.

El único acceso al valle es el paso de las piedras. Desde la aldea hasta arriba, se emplea una jornada completa, pudiendo hacer un receso a mitad de camino que coincide normalmente con el mediodía, en el manantial de los abuelos alfareros. Cuando se llega a la quebrada, debe hacerse noche bajo las piedras de Báttux, para tomar cualquier otra dirección a la mañana siguiente. Esa es la causa y la fama de la encrucijada de caminos que se bifurca en varias direcciones. El valle está habitado por más de medio millar de hombres y mujeres de todas las edades.

Antes del suceso del paso de las agujas, no se sabía de violencia ni de confrontaciones entre seres humanos. La maldad entre ellos y en contra de la naturaleza, simplemente no existía. Pero desde entonces, ya han tenido alguna mala experiencia y nuestros protagonistas ya han vivido algunas antes de reunirse en el granero para conocer la historia del comienzo de la tierra. Dan se lo ha hecho saber a todos los aldeanos, pero solo sabemos hasta dónde llegaron los habitantes de las cuevas del Bosque Nublado,

y desde entonces, hasta que llegó Dan a la aldea del valle... ¿Qué sucedió?...

Hasta ahora, todo ha sido un viaje por el tiempo... Primero en el futuro, cuando Dan e Ixaéla se convirtieron en maestros de la escuela del valle rojo... después, él mismo nos ha trasladado al principio de los tiempos contándonos el nacimiento de Báttux y después el de su hija. Pero realmente, aquí comienza la historia de Dan... Hijo de Pólari y Luzsol... Nieto de Mextagón y Lucinda... Biznieto de Batuzaím décimo, y Mita... Descendiente directo de Danúm, Y Luz, la hija de Báttux... el primer Zerba del espacio...

Hoy está llegando al paso que le conduce al Valle Rojo, y allí, en un paso de montaña, es donde relató su primera historia y da comienzo la que él mismo protagonizará.

¿Y cuál fue la elegida?... La de su propia procedencia familiar. Como único público... asistieron sus dos compañeros de cacería.

¿Y el lugar en que se desarrolló?... En el paso de las dos piedras tumbadas, donde Báttux salvó en plena caída a su hija Luz...

¿Y cuándo pasó?... Pues al poco de cumplir Dan veinte primaveras.

Has visto y oído cosas del pasado que no te he explicado, de cuando los protagonistas eran más jóvenes... Sí que conocéis bien cómo los abuelos del manantial se hicieron maestros, pero nos remontaremos a partir de ahora al verdadero comienzo, unos años antes. Justo cuando se conocieron Dan e Ixaéla... los dos maestros de escuela.

AÑO 722 DEL DIARIO DE LUZ.

En un pasado no muy lejano... Con solo una veintena de años, Dan ya es un aventajado aprendiz de cazador y conforme a las costumbres y normas no escritas del colectivo, que dicen... “Quien quiera ser un verdadero profesional, tiene que unirse a otros más experimentados para aprender el oficio”.

Los veteranos en dichas lides han de poner la experiencia, y el novato, ayudar en los quehaceres cotidianos, que no suelen ser pocos... cortar leña, preparar el campamento, alimentar a los caballos, hacer la comida y cualquier otra faena que se le requiera.

Esta es la segunda temporada en la que acompaña a dos viejos tramperos, y será la última. Al menos como aprendiz de cazador, porque cuando termine la campaña de este año, pretende establecerse por su cuenta en solitario.

Y su destino no está lejos de este puerto de montaña; es como si un mensaje que fluye en su cabeza le empujase hacia allí. Sus compañeros de partida lucen largos cabellos y poblada barba. Al pelirrojo más bajito y rechoncho, con entrecejo bien dimensionado y nariz ligeramente achatada, le llaman “El Lobero”, o lo que es lo mismo, Otxo.

Su verdadero nombre es Artuan. El otro, con aspecto de ser algo mayor, es moreno de cabello y piel, cuerpo espigado y serio en apariencia. Por distinguirlo del anterior en algún aspecto, destacaríamos su nariz puntiaguda como el pico de un águila. Y le apodan “Jarzalix”, que quiere decir hombre águila.

Su verdadero nombre nadie lo sabe; creo que ni él mismo lo recuerda ya. En esto de la nariz compite en agudeza con su aprendiz Dan, que se gasta también buena napia.

El narigudo fue quien enseñó al chato el arte de la caza y el trampeo por las montañas, lo que le convierte en el más veterano de la partida. Por lo tanto, ejerce como líder de tan peculiar grupo. Siendo esta la última parada de la temporada, acamparán en lugar habitual y conocido, al menos para los dos mayores. En La Quebrada podrán secar y curtir las pieles obtenidas durante la campaña, antes de llevarlas a las grandes aldeas para intercambiarlas por otros artículos que necesitarán durante el invierno.

Para tal fin, ese paraje es el idóneo, gracias al aire frío y seco que lo azota. Se trata de un refugio natural que está formado por una roca grande, tumbada sobre otra de menor tamaño que reposa en la verde pradera del rellano que se presenta como último descanso antes de alcanzarse la cima final (El Pico de Báttux).

Estas dos son las únicas rocas que pueden verse en toda la cordillera, porque está compuesta en su totalidad por arcilla roja. Por ello recibe el nombre de “El paso de las piedras”.

Dicha oquedad forma una cueva natural de grandes dimensiones, en la que al menos un centenar de jinetes con sus cabalgaduras podrían resguardarse de los vientos. Antecediendo a la cueva, aparece un descampado de grandes dimensiones y cubierto de abundante hierba fresca que se ve rodeado por una espesa maleza. Características que otorgan al paraje la imagen de una fortaleza.

Todo este espacio libre delante de la cueva es perfectamente adecuado para dejar pastando a los caballos. El lugar es una encrucijada de caminos, o más bien senderos poco transitados y difíciles de localizar, camuflados en gran parte por la naturaleza que aprovecha cada espacio para hacer crecer nuevos brotes de maleza.

Vegetación que siempre anda en pugna con los que por allí deambulan desgastando el terreno con sus pisadas. Más abajo resuenan las aguas frescas de un arroyuelo que nace allí mismo y se precipita hacia el oeste, ladera abajo. Idóneo para calmar la sed de los que allí se alojan.

Bordeando el pico de Báltux, llegan desde el norte por un intrincado camino que nace en las montañas oscuras. Han empleado toda la primavera pasada, el verano y gran parte del otoño en recorrer esta mínima parte de laderas para trampear en ellas.

Y esta vía es la única transitable, que, aunque penetra muchas leguas en las cordilleras, no se llega a ningún destino porque no se conoce el final. Nadie, que se sepa hasta ahora, ha sido capaz de traspasarlas.

Hacia el este nace una vereda que parece haber sido horadada por un gigante, por la profundidad de su trazado que se hunde sobre el resto de las faldas de las montañas rojas, y que parece un cordel tirado en el suelo por lo retorcido de su trazado.

Después de mucho caminar, la senda conduce hasta donde nació el joven Cazador. La Posada del Sol y la Luna, que está en la orilla de un enorme lago rojo. Antes de concluir allí, una

bifurcación lleva a Aldeanueva de Los Uros, y otras más transitan por El Bosque Nublado en distintas direcciones.

Después de traspasar la casa del lago, otros caminos llegan a otras ciudades del territorio alto. Frente a ellos, y algo más despejado el terreno, otro estrecho camino atraviesa las faldas de las encadenadas cimas que componen el lado sur de las montañas rojas. Este fue trazado sobre la base de los picos más altos.

Si te pones a pensar quién fue el primero que pasó por allí, podría decirse que fuera gente que no quería que nadie los siguiera. Es extremadamente estrecho... Por un lado, paredes casi verticales, y una gran caída te espera por el otro lado si hombres o caballos perdieran el pie al caminar. Al final, si eres capaz de llegar, verás las minas de metal y a la gente que las habita.

A Dan le falta uno que no termina de divisar; ha oído que este terreno es una encrucijada de cuatro caminos, y solo se observan tres contando por el que llegan. Le falta el del oeste, que es el que más le interesa a él.

Quiere conocer a los hombres y mujeres que, según cuentan las leyendas, mantienen alejados en las montañas oscuras a las bestias que hace muchos años aterrorizaron a las gentes de la comarca, las mismas que acabaron con Batuzaim noveno y gran parte de su familia.

Hacia ese punto cardinal dirige su mirada, alzándose todo lo que puede sobre los estribos de su montura. Que, por cierto, es poseedora de buena alzada. Incluso así, no lo divisa. Al ver la ansiedad que presenta su rostro, uno de sus compañeros señala hacia un rincón y asiente con la cabeza.

Con razón no podía encontrarse, porque por allí debe costarle pasar hasta a las cabras montesas. De no ser porque confía en sus amigos, diría el joven que aquel pequeño hueco que se abre entre varias matas no conduce a lugar alguno.

Una pequeña cabalgada por todo el perímetro y el muchacho se queda maravillado por el espectáculo que le brinda la naturaleza. Y da igual hacia qué latitud mire. Cada uno de ellos es magnífico en belleza y grandiosidad. Pero, aunque nunca ha estado allí, reconoce cada rincón del paraje porque lo ha visto en sus sueños, y cuando lo recuerda, vuelve a aparecérselo el rostro de la joven mujer que tantas veces se pasea por su imaginación.

En este bello paraje se han detenido los tres camaradas, desmontan y después aligeran de su carga a las bestias para que se alimenten y descansen en la pradera. En total son tres fornidos caballos para monturas, y tres más de carga. El que monta el muchacho y el que le sigue son Yeguaris, la raza que se cría por el Bosque Nublado. Los otros cuatro son menos corpulentos, pero también acostumbrados a la montaña.

Después comienzan a preparar el campamento. Lo primero es encender fuego porque las noches de finales de otoño se presentan frías en estas altitudes.

Dos de ellos acopian leña seca que no escasea en los alrededores debido a las nevadas invernales que rompen las ramas de los árboles. Jarzalíx, ordena la mercancía sobre el suelo de la cueva y prepara los utensilios para cocinar. Al finalizar los preparativos, los tres se acercan al calor de la hoguera recién encendida. Una vez acomodados, toman cada uno un puñado de castañas secas y un pedazo de carne ahumada.

Mientras lo engullen, como es costumbre cada noche, uno de los dos cazadores debe contar alguna historia o revivir alguna anécdota. A veces son ciertas vivencias, pero la mayoría se las inventan. Otras las exageran un poco, pero siempre resultan interesantes y entretenidas de escuchar.

Esta noche uno de los hombres, el más viejo, le pregunta al joven Dan.

— **Jarzalix:** *Bueno, hijo... ¿Cómo es que acabaste tú en la posada del lago donde te conocimos?*

Con este tipo de preguntas, comienzan habitualmente las grandes historias que ayudan a conciliar el sueño por las noches. El muchacho, acostumbrado a escuchar grandes relatos en aquella hostería de donde procede, sabe en teoría cómo hacer para que resulten interesantes, pero nunca lo ha intentado. Él siempre ha sido el oyente y ellos los narradores, pero hoy inevitablemente parece que debutará como orador.

El chico carraspea para aclarar la garganta y se acomoda cubriéndose los hombros con una piel que le regalaron los moradores de la posada al partir. Los otros dos se le acercan para escucharle mejor, demostrando gran interés en lo que puedan oír. Y Dan comienza su primer relato...

Cuenta la historia sobre las cabañas que conformaban la fonda donde se crió. En realidad, el chico nació en ella, la reconstruyó su abuelo y no siempre fue hospedaje de viajeros. Al principio, solo era una cabaña situada entre la orilla del lago y el borde del Bosque Nublado que se extiende por las faldas de las montañas oscuras y gran parte de las laderas de las Montañas Rojas.

Aullidos de lobos en la lejanía interrumpen al animado muchacho, que casi no ha comenzado a hablar. No parecen pocos, y esa podría ser la causa de la escasez de presas.

Porque esta temporada han conseguido menos que en las anteriores campañas. Los caballos relinchan nerviosos, pero pronto se tranquilizan en cuanto los alaridos se pierden en la lejanía. No hacen mucho caso los cazadores, porque conocen bien las costumbres de los cánidos y saben que por esta noche no se acercarán. Así que Dan, continúa hablándoles de su abuelo materno. El hombre que reconstruyó una cabaña en la encrucijada del lago, sobre las ruinas de otra más antigua, y que años después se convertiría en la fonda de sus padres.

Aunque a continuación tú leas todo, absolutamente todo lo que pasó, Dan se abstiene de contarles todo lo concerniente a las singulares y hasta mágicas cualidades de las que gozan sus familiares... y mucho menos hablará de sus ancestros desde la bajada de Luz a la tierra.

Y lo del Zerba del espacio, tan solo lo menciona como si se tratara de una leyenda. Quizás más adelante, cuando él mismo lo entienda, se lo contará todo en un granero situado en la plaza grande de una aldea, junto a todos los aldeanos.

Capítulo 14

AÑO 630 DEL DIARIO DE LUZ.

La familia de Dan: En plena adolescencia, Mextagón, el abuelo de Dan, tuvo que emprender su propio camino dejando a su familia en Tenaria, una ciudad situada hacia el sur y distanciada más allá de las mesetas. Corrían malos tiempos para las gentes que vivían de la agricultura y dependían siempre de los designios de la naturaleza.

Una larga sequía hacía escasear los alimentos y sus padres apenas podían sostener a toda la familia. Lo poco que producía la tierra solamente daba para dar de comer a algunos de ellos. Los más pequeños se quedaron con los padres y así pudieron salir adelante.

Él y sus hermanos mayores tomaron caminos diferentes en busca de una vida mejor. Ataviado con una raída piel que usaba para arropar su cuerpo durante las noches, y armado con solo un viejo y oxidado cuchillo, pasó grandes dificultades recorriendo los territorios de Terralta Y Bajaterra. Se alimentaba a veces incluso de raíces o insectos. Pero por fin ha llegado hasta la orilla del lago en el que se refleja la luna en pleno día.

Continúa haciendo camino recorriendo la orilla y, conforme avanza, se hacen más visibles las cimas de las montañas rojas, de las que había oído hablar en alguna leyenda que se contaba por sus tierras.

Cuando cubrió más trecho, pudo observar que por detrás de estas cimas crecían otras de mayor altitud y de color negro.

Coronadas con una boina de blancas y perpetuas nieves que solo son visibles cuando el cielo está despejado de nubes. Más abajo de las faldas de esta cordillera, estaban cubiertas por un bosque oscurecido por su frondosidad y una perpetua niebla que lo envuelve. Se extiende ladera arriba, hasta donde las condiciones de la naturaleza dejan crecer a los árboles.

La luz del sol comienza a ocultarse por detrás de las cimas del noroeste, y su aureola se refleja en las aguas del lago, confiriéndole un anaranjado que nunca ha visto en lugar alguno. Las praderas de hierba fresca que hay entre el lago y el bosque parecen no tener fin.

Su alisado verdor solo se ve interrumpido por algún corrillo de arbustos y árboles frutales de vez en cuando. Las zarzas que crecen junto al lago y a lo largo de todo el camino están repletas de frutos dulces y maduros en la época del año en que se encuentra.

El Muchacho mira más al entorno que al suelo en que pisaba, hasta que se tropieza con una piedra negra con forma de medialuna. La única que hay en la vereda, al menos en este tramo.

No cae, pero le hace adelantar dos o tres pasos, y al levantar la mirada, observa una zona despejada en forma de playa compuesta por fina arena rojiza.

A pocos pasos, iluminado por uno de los últimos rayos que envía el astro a través de las pocas rendijas que deja la cúpula del bosque, se dejan ver las ruinas de una antigua cabaña, totalmente derruida por el paso del tiempo. Mextagón se queda

tan prendado por el paisaje que le rodea que decide terminar allí su largo camino.

Agua hay de sobra, debido a un arroyo que desemboca a pocos metros de su posición. La comida abunda, y como improvisado refugio para pasar la noche, le sirve un árbol de ramas que se dejan caer hasta casi rozar el suelo cubierto por una suave capa de musgo. Allí descarga todo su equipaje, compuesto básicamente por la vieja piel y una rama que usa para llevarla colgada en forma de hatillo sobre su hombro.

La extiende en el suelo, se enrolla en ella y se duerme enseguida debido al cansancio y al sopor que siente por tener la panza repleta de los frutos que ha ido engullendo a lo largo del camino.

Al día siguiente se despierta al sentir los primeros rayos de sol, se sitúa en lo alto de un pequeño montículo y gira sobre sí mismo observando que a primera hora de la mañana, el paraje luce con todo su esplendor. Esta visión reafirma su decisión de quedarse allí mismo.

Al principio ignora casi todo de esta tierra, pero con el tiempo aprenderá a pescar y a conocer cuáles alimentos pueden comerse y cuáles no.

Lo primero que hace, a la vez que recolecta frutos en el bosque para subsistir, es comenzar a construirse un refugio aprovechando las ruinas de la antiquísima edificación, situada donde acaban las arenas de la playa, junto al arroyo. El suelo parece firme y está empedrado con gastadas lajas de piedra.

La poca madera que queda de la estructura está podrida y solo servirá para el fuego de la hoguera. Para la chimenea se

pueden aprovechar las piedras de las que se supone que estaba construida con anterioridad, porque se hallan derrumbadas casi en su totalidad. Solamente tendrá que colocarlas de nuevo.

Cuando las está seleccionando y limpiando, la losa más grande que hace las veces de base para el fuego se mueve. La levanta con el fin de afirmarla de nuevo y rasurar su base para que se asiente de mejor manera, y bajo ella encuentra una oquedad que contiene una especie de piel enrollada en dos partes a modo de pergamino, y entre ellas un punzón de extraño material. Observa que contiene símbolos trazados, pero no hay tiempo; más tarde leerá lo que está escrito; ahora apremia la reconstrucción de la chimenea.

Ya se había fijado en cómo en su territorio se construían; incluso había ayudado en alguna ocasión a vecinos cercanos. Lo primero, separar el material por tamaño. Para que no se escape el humo, las juntas se rellenan con tierra húmeda.

En la base, las más grandes para que se asienten de mejor modo; después, conforme va subiendo, reduce el tamaño de las piezas y el hueco se va estrechando hasta llegar a la altura estimada.

Dos o tres hiladas más y lo habrá logrado. En el montón no queda ni una ya, pero entre las ruinas, hay algunas desperdigadas entre los matorros de zarzas que han ido creciendo entre las losas del suelo de la antigua cabaña.

Encuentra incluso más de las que necesita, y entre ellas, hay una distinta a las otras. Tiene la superficie más aplanada y está ligeramente redondeada en forma de disco. Al darla la vuelta para retirar el barro y el musgo que la cubre, ve que tiene un

grabado. La limpia restregándola con un manojo de paja, y aunque no ha profundizado en sus trazos, ya pueden observarse dos imágenes que se reconocen perfectamente. Son... el Sol representado por un círculo del que nacen rayos por todo su alrededor, y la de la Luna que se representa en su estado menguante. Idéntica esta forma a la que tiene la piedra con la que tropezó oportunamente la noche anterior.

La deja bien lustrosa y repasa los perfiles del grabado rozándolos con la única herramienta de que dispone, con la punta del cuchillo. Pero este se mella y no consigue desincrustar la herrumbre que se ha encastrado por el paso del tiempo. Así que lo intenta con el punzón del pergamino.

Este es en apariencia y textura ligero, pero está compuesto por una resistente aleación que le hace penetrar en las ranuras de lo grabado con una facilidad extrañamente suave y delicada.

Como si estuviera retirando barro fresco en lugar del petrificado amasijo. Una vez lista, la deja en un lado junto al pergamino enrollado.

Después tiene que afilar bien el cuchillo si quiere volver a utilizarlo y también usa el punzón para refinar el corte. El utensilio hallado resulta serle de gran utilidad, así que estos son los primeros enseres que habrá en su futura cabaña. Una piedra grabada; una vieja piel raída; el cuchillo oxidado; un punzón indestructible y un pergamino cerrado y sellado.

Hoy, se le ha hecho de noche y no podrá terminar la chimenea, pero ya está preparada para hacer un fuego sin que se le desperdiquen las brasas y pavesas, lo que conllevaría un posible incendio en la maleza cercana. Para esto le sirve también el

mágico punzón. Frotándolo contra una de las piedras, no tardan las chispas en convertirse en candela. El murete levantado impide que la brisa de la noche lo apague, y después lo aviva momentáneamente con un buen puñado de hojas secas para echar un vistazo al manuscrito que ha encontrado bajo la piedra de la chimenea. Cuando desanuda el cordel que lo mantiene liado, este se desmenuza convirtiéndose en polvo seco.

Al desplegar la piel, no entiende ni su escritura ni los símbolos dibujados, así que comienza a desenrollarlo para ver si más adelante puede entender aquel jeroglífico. Deslía por uno de sus rodillos y enrolla por el otro, pero no llega al final. Incluso lo despliega por el suelo para ver dónde acaba y tampoco encuentra las últimas palabras.

Incluso así, hasta bien entrada la noche se la pasa intentándolo. Cuanto más enrolla, por un lado, más se acrecienta por el otro, hasta que se detiene en un símbolo que llama su atención. Un grabado en forma de dibujo, representando a una cabaña en la orilla del lago, y en su entrada dos enamorados que se abrazan.

Y cuando pasa un buen rato observándolo, el grabado se ilumina ligeramente, y al menos estos símbolos son legibles para él. Luz y Danúm. Pero el resto se le hace difícil de analizar, así que, cansado, se pasa la noche volviendo a enrollar lo que había desliado.

Así se da cuenta de que no es un pergamino cualquiera; por eso estaba tan escondido. Y cavilando todo esto, también se percata de otra disyuntiva... Si estaba debajo del fuego, ¿cómo es que no se había quemado? Sin pensárselo dos veces, arrima un extremo de la piel al fuego. Con cuidado para que, si arde, pueda

apagarlo con premura. Pero viendo que no se prende, de golpe lo introduce entero en las llamas y el pergamino solo brilla desde su interior.

Mextagón piensa que es un pergamino mágico y que, si lo ha encontrado, será por algún extraño destino. Decide que ese mismo será buen lugar donde esconderlo, bajo la piedra principal de la base de la hoguera. Allí quedará hasta que encuentre a alguien que sea capaz de desvelar sus enigmas. “Y puede estar seguro de que algún día así será”.

Al día siguiente, continúa alzando la chimenea, hasta que coloca todas las piedras a altura suficiente para sacar el humo al exterior de su proyectado refugio. Después toca hacer la estructura; para ello busca troncos caídos por el bosque y encuentra uno grande que le cuesta trasladar. Una vez acercado, con gran esfuerzo lo incrusta por una de las puntas en un improvisado hueco en el muro de la chimenea, que también hace las veces de pilar principal por su robustez.

Después, a cuatro o cinco zancadas de distancia, hace un agujero en la tierra, coloca el extremo de una rama grande y robusta, que por la otra punta termina en horquilla. Sobre este pilar central, eleva y ancla el otro extremo del madero principal.

Después continúa recogiendo ramas un poco más delgadas y las va apoyando, por un lado, a la viga central y la otra punta directamente enterrada en el suelo con tierra roja, y por el lado opuesto, lo mismo.

Así de simple es la estructura; el mismo tejado son las paredes de los lados. Y por el frente y la trasera, coloca varas de fresno, una amarrada a la otra con juncos de la orilla del lago, que

por allí abundan. Le ha costado varias jornadas recolectar y colocar tantos troncos, pero finalmente y antes de que lleguen los fríos del invierno, remata todo el cerramiento con espadañas anchas que también hay de sobra.

Para terminar y con el mismo material, ha improvisado una ventana abatible para la ventilación y una sólida puerta para estar seguro y a resguardo; sobre la cual, y bien sujeta en el cargadero, pone la piedra labrada dejando bien visible el símbolo que representó un día a esta morada. Lo sabe, porque aparece en el dibujo del pergamino. Esta noche, antes de dormir, piensa en los moradores de la antigua cabaña y se pregunta.

— **Mextagón:** *¿Por qué dejarían este lugar tan bonito sus antiguos moradores?*

Con el refugio más o menos consolidado, lo siguiente que toca preparar son utensilios que necesitará para las muchas tareas que le esperan. Lo primero, y que le parece de gran importancia si quiere comer carne fresca, son algunas lanzas.

Utiliza también varas largas de fresno a las que ha provisto de afiladas puntas. Después, con finos juncos de la orilla, elabora varias nasas para atrapar peces, como le había enseñado su padre para pescar en el río de su antigua aldea.

Al principio se alimenta de los abundantes frutos de árboles y zarzas porque solo tiene que alargar el brazo para tomarlas. Y así le sobra tiempo para cazar y pescar. Aunque le cuesta trabajo y no en pocos días, finalmente acopia una buena cantidad de pescados y pequeñas piezas de carne. Sus padres y abuelos le enseñaron cómo conservarlas por el procedimiento del

ahumado; de este modo no se estropean durante una buena temporada. Este ir y venir por los alrededores le ha servido para ir reconociendo su entorno.

En la orilla del lago, durante el otoño no faltan frutos que da la tierra, con lo que no le es necesario comer demasiada caza y pesca, por lo cual le va sobrando buena cantidad en la despensa. Pero de lo que sí tienen necesidad es de utensilios con los que fabricarse más herramientas. Con la poca gente que pasa por allí, camino de una aldea a otra, intercambia pertrechos de este tipo por los alimentos que le van sobrando.

Uno de ellos le ha dado un hacha para cortar madera a cambio de algunas raciones de carne, otras de pescado y una talega grande llena de frutos secos. Además, se ha comprometido con él para que, cuando regrese y durante varios viajes más, le proporcione el sustento que necesite para llegar a su destino. Esta herramienta es difícil de conseguir por esta zona, y por ello se le otorga gran valor.

Otro día, con los mismos alimentos e igual proceder, los cambia por ligaduras y puntas de metal con las que se fabrica su primer arco y flechas, con el fin de cazar algún ciervo o jabalí de los que recorren el bosque y acuden a la orilla del lago a calmar su sed.

Necesita urgentemente sus pieles para vestirse y abrigarse en las duras y frías noches del invierno. Pero son difíciles de capturar y al menos para esta estación, se las apaña confeccionándoselas con varios pellejos de conejos y pequeños roedores que le resultan más fáciles de atrapar.

Ya en el invierno, cuando los depredadores tienen más hambre que de costumbre y en plena noche cuando está dormido, un león de montaña rompe la puerta de entrada con el fin de convertirle en su cena. Menos mal que sobre el cabecero de madera, siempre tiene a mano varias lanzas preparadas y dispuestas para un uso inmediato, sin tener siquiera que incorporarse.

Hoy hay luna llena, aunque hace un rato no se la podía ver entre las nubes, y al abrirse el hueco de la puerta, la silueta de la bestia se queda iluminada por su influjo, mientras que ella solo intuye a su víctima por el olor.

A ciegas se abalanza sobre su presa, intuyendo más que conociendo el lugar donde se encuentra. Su silueta queda dibujada perfectamente, ventaja que aprovecha el muchacho para tirarle una lanza, y rápidamente le clava otra por debajo del cuello. Las dos han hecho blanco en zona vital y tiene que apartarse para que el león no caiga sobre él.

Son de considerable fortaleza estos felinos y amenaza con levantarse, cuando repentinamente una neblina extrañamente luminiscente por el efecto del brillo de la luna, alumbra totalmente la estancia, y se las arregla para acabar con la bestia de otra lanzada.

O quizás alguna más le ha hecho falta asestarle para que deje de respirar y quede inerte en el suelo. La perturbación del momento no le deja recordar cuántas han sido. Puede que haya sido suerte, o tal vez su habilidad y destreza; el caso es que ya tiene su primera gran piel que le servirá de abrigo.

En otra ocasión y esta vez en pleno día, se ve acorralado por dos lobos cuando recolecta las pocas castañas que todavía quedan en el Bosque Nublado. Su gran agilidad le permite encaramarse rápidamente a una rama del castaño.

Como siempre, lleva sobre sus hombros el arco con las correspondientes flechas y, a pesar de no ser un experto en estas lides, mata a uno y ahuyenta al otro. Y ya es su segunda piel, que le servirá de manta para dormir, sustituyendo por fin la raída que trajo desde Tenaria.

Dos o tres días después, por la tarde, cuando regresa a la cabaña, se le cruza un jabalí de tamaño medio, tan cerca que tropiezan el uno con el otro, cayendo los dos al suelo. Ambos se asustan y la reacción del gorrino, guiada por su instinto de supervivencia, es la de embestir a quien cree que le está atacando.

Los dos se levantan a la vez y el hombre, acostumbrado a esquivar a sus hermanos mayores cuando jugaban a “te pillo”, le sortea con habilidad. Pero el puerco insiste en varias ocasiones y no tiene más remedio que, en uno de los pases, clavarle el hacha por encima del cogote. El puerco se queda inerte en el acto.

Y como es natural y habitual en estos casos, la carne y pieles de los animales no se desperdiciarán. Con los pellejos curtidos y carne ahumada, aparte de fabricarse una puerta más robusta con ramas de mayor envergadura, fue capaz de aguantar la estación fría y prosperar en aquel lugar de bello paisaje.

Varios inviernos duros y fríos han transcurrido, cuando un día pasa por allí un viajero que viene de muy lejanos confines.

Llaman su atención las vestiduras que luce, típicas de la región donde nació. Mextagón se presenta ante él preguntándole que si por casualidad, conoce o tenía noticias de Tenaria. El viajero no solo reconoce el nombre de la ciudad, sino que también recuerda a su familia y le transmite muy buenas noticias.

Al parecer, la propia naturaleza restauró la situación de donde procedía, proveyendo al territorio de varios años de lluviosas primaveras, y las penurias desaparecieron. Los hermanos que partieron a la vez que él, han regresado a su antiguo hogar y todos juntos prosperan felizmente.

También le habían informado de la falta de noticias de su tercer hijo, y le aconsejó que los visitara para que pudieran terminar con tal angustia. Sin pensárselo siquiera y empujado por las ganas de volver a verlos, Mextagón realiza el distanciado viaje. Pero en esta ocasión, no se le hace tan largo el camino, montado sobre su flamante y nueva cabalgadura. Es bien recibido por sus padres y hermanos, que gozan de buena situación.

En la casa familiar hay sitio para todos y se puede vivir con cierta comodidad, así que sin dudarlo le ofrecen quedarse a vivir con ellos, y Mextagón accede a pasar algún tiempo en el lugar. Pero pronto se le despierta la nostalgia por el paraje al que ahora pertenece, y tras un par de estaciones, regresa a la orilla del lago. Pero esta vez por voluntad propia.

Y su familia, comprendiendo su morriña, le desea toda la suerte que los Zerbas puedan concederle.

Lo que fue en principio un rudimentario refugio... poco a poco lo ha ido remodelando hasta convertirlo en una cómoda cabaña. No está del todo solo. Hace tiempo y antes del viaje a sus

orígenes, en una de sus cacerías por las colinas del norte, encontró a un estimado compañero llamado Naíko. Sucedió en el bosque, cuando era un potrillo. Su madre estaba siendo devorada por una manada de lobos, mientras que él permanecía oculto entre la maleza donde le había escondido para protegerle. Pero alguno de los cánidos había olfateado su rastro y le acosaba para incrementar la cena.

Mextagón llegó a tiempo y los espantó. Los lobos, cuando eran pocos y estaban bien alimentados, preferían no tener confrontación con los hombres, y menos todavía con este que ya le conocían de enfrentamientos pasados.

La piel de alguno de sus parientes cubría su cuerpo. El potrillo estaba paralizado y se dejó atrapar por su salvador, y viendo que solo no sobreviviría, le adoptó. No le hizo falta domesticarle; era tan jovencillo que pronto se acostumbró a la compañía del que le alimentaba y le protegía.

Fue adiestrándole para su nuevo cometido... Ser su amigo y compañero, a la vez que le trasladaba con gran rapidez y le ayudaba a cazar. Nunca había conocido animal tan vigoroso y potente como su amigo Naíko, ni en su antiguo territorio, ni acompañando a la gente que por allí pasaba.

Había crecido tanto que sus lomos quedaban a más altura que su cabeza, y la del animal se alzaba dos o tres palmos más arriba cuando estiraba el larguísimo y fornido cuello.

Sus cascos terminaban en afilada punta por delante y en la frente le aparecían cuatro protuberancias óseas, que parecían el soporte de una cornamenta. (Iguales que las que tienen los

caballos de Dan en el paso de las piedras, que son descendientes directos de él... incluso el macho se llama como él).

Cuando tuvo un par de años, comenzó a montarle. Hasta que, con el tiempo, iban juntos a todas partes. Algunas como jinete y montura, y otras simplemente iban los dos caminando. Como en los paseos del atardecer por la orilla del lago disfrutando de los anaranjados contrastes del cielo reflejándose en sus aguas. Cuando fueron de visita a Tenaria, llevaban juntos cuatro años, y con la edad de seis años, Naíko, cada día es más fuerte y vigoroso. Aprovechando la ayuda que el animal le presta, cada vez recorren más territorio juntos, y conforme va pasando el tiempo, su vínculo de lealtad se acentúa.

Uno disfruta montando y el otro le pasea orgulloso sobre su lomo. Y más de una vez, en situaciones de extremo peligro, han expuesto su vida para salvarse el uno al otro, y lo seguirán haciendo en el futuro sin pedir nada a cambio. Solo, por pura amistad.

Entre sus muchos dones, el que más le caracteriza es el de domador de animales. De inicio practicó con Naíko, después lo repitió con otros de su raza que abundan en libertad por las inmediaciones y también ha domesticado otros animales. Amaestra crías de lobos; apacigua a las inquietas cabras salvajes; gallináceas de diversos tipos; y jabalíes salvajes se ven por las inmediaciones de la cabaña campando a sus anchas sin temor a los humanos.

Tantos hay que ha tenido que construir una cuadra para albergarlos. Lo que le confiere a su villa el estatus de granja.

Pieles, carne ahumada y animales domesticados, los utiliza para realizar trueques. Negocia con Fuenteños y Rialteños que pasan por allí, de camino entre ellas. Y también con los que viven en otras cabañas dispersas por toda la comarca. Realiza intercambios por utensilios y viandas, como sal para las conservas y aceites para las lámparas y antorchas.

Cuando los animales se han desarrollado, son difíciles de cazar, así que los atrapa cuando son cachorros. Para ello, tiene que apresar momentáneamente a sus progenitores por medio de sofisticadas trampas que ha ido perfeccionando con el paso del tiempo.

El selectivo cazador solo se apropia de la mitad de las camadas y después siempre libera a los padres para que se ocupen del resto. Trabajo y paciencia, le cuesta adiestrar a los cachorros a base de cuidados y afecto. Y tal es su éxito, que todo el que lo conoce piensa que usa la magia para hipnotizarlos.

Batuzaím y los toros del Bosque Nublado. Un día nada especial, como cualquier otro en el que salía a trampear para obtener animales y pieles, cabalga Mextagón sobre su fornido caballo montañés adentrándose en la profundidad del bosque, donde no muy lejos de allí se halla una peculiar familia. Mextagón ha oído hablar de ellos; incluso en alguna ocasión se ha encontrado con alguno de sus miembros.

Un saludo afable y una leve conversación han sido su única relación hasta ahora, aunque se ha fijado muy detenidamente en una tímida chica de su misma edad; pocas palabras han cruzado entre ellos, pero sí alguna que otra miradita. Un hombre coronado por larga cabellera que comienza ya a lucir

canas parece ser el cabeza de familia; el muchacho ha oído hablar de él, dicen que es un brujo del bosque... y en verdad lo es.

Alquimista que elabora pócimas y ungüentos con todo tipo de hierbas y plantas de la zona arbolada. Es tal su conocimiento, que reconocería cuáles son beneficiosos y cuáles dañinas.

Él es “Batuzaím décimo”, llamado así en honor al último con el mismo nombre, que murió a manos de bestias inmundas. Su aspecto es pálido por el sombrío del bosque; ágil y esbelto por la sana alimentación y las actividades que realiza; y de mirada profunda que brinda confianza.

Figura que otorga singularidad entre los demás humanos de la zona, similar aspecto al de todos los miembros de la familia, los cuales comparten sabiduría y aficiones.

Estos eruditos sabios de la naturaleza alivian las molestias y dolores de sus convecinos a base de infusiones y ungüentos preparados con todo tipo de plantas que se pasan el día recolectando; por ello estos moradores del Bosque Nublado son muy apreciados por las gentes del territorio.

“Lo que no sirve para una cosa, se puede usar para otra”, suele decir Batuzaím décimo. Viven en una antigua cueva natural en la que todos colaboran en su eterna ampliación, que conforme han ido llegando hijos al mundo, más se ha excavado en la roca.

La familia está formada por padre, madre, cinco hijos y los abuelos. La madre y compañera, que se llama Mita; su hija mayor es Lucinda; la siguen tres varones de aspecto y nombres muy parecidos entre ellos; el primero es Célon, Felón el segundo

y el tercero, Xélon. Y la más pequeñaja de todos se llama Báttia. Nombre muy parecido a Báttiana, la primera niña que habitó la cueva junto a su madre, Ramsoa, esposa de Batuzáim noveno...

Esta niña parece una extensión de su hermana mayor, porque siempre están juntas. Y con ellos también conviven sus cuatro abuelos de avanzada edad. Los padres de Batuzáim... Viton y Sebesa. Y por parte de la madre, Maxio y Vicenda, suman once en total. Toda una tribu, por lo cual las proporciones de la cueva son ya considerables.

La familia nunca ha tenido problemas, saben y tienen experiencia para enfrentarse a las fieras, y para ello tienen preparado un buen plan de defensa...

Para entrar a la cueva, hay que traspasar una considerable zanja o barranco. Una especie de foso natural que se manifiesta profundamente a los pies de la roca maciza. Entre la entrada y el otro lado de la zanja hay instalada una pasarela de madera, que se ayuda con poleas para subir y bajar a modo de puente levadizo que protege el acceso.

Cuando existe riesgo de peligro, todos se introducen corriendo a la morada y elevan la rampa. Esta misma hace de puerta, impidiendo el paso a cualquiera que no sea bien recibido. (Como lo tenían los primeros moradores, pero modernizado).

Todo transcurre con relativa tranquilidad en el paraje, aunque este día, negros nubarrones sobre la cima de las montañas presagian tormenta. Los truenos cada vez se oyen más cercanos y el aire se calma. Los sonidos habituales del bosque cesan, y la calma que precede a la tormenta está a punto de terminar. Batuzáim ha tenido un mal presentimiento esta mañana; entre

truenos y relámpagos se oyen inhabituales sonidos a lo lejos. Después, los ruidos se perfilan en gritos y lamentos... mientras que la tormenta ya está aquí.

Las primeras gotas de agua enturbian su visión, y el atronador sonido que producen al estrellarse contra las hojas le ensordecen tenuemente. Entre los restallidos percibe amenazadores bramidos que resuenan por toda la cúpula del bosque.

Y el padre de Lucinda, conocedor de todas las alimañas, reconoce los mugidos. Son de los miembros más viejos de una manada de toros salvajes que pastan en parajes cercanos y, por el tono en que los expresan, parecen heridos. Los lamentos y gritos desesperados y algunos de dolor proceden de humanos que posiblemente hayan sufrido las embestidas de alguno de los astados.

El bullicio y los gemidos le hacen comprender que es un buen número de componentes el que pretende darles caza, con el fin de conseguir sus apreciadas pieles y su exquisita carne. Los mugidos se acercan cada vez más hacia ellos y la tormenta arrecia.

El alquimista no tiene bajo su campo de visión a toda la familia porque están recogiendo hongos y frutos del bosque para la comida de hoy, y seguramente se habrán resguardado de la lluvia bajo algún techado natural del bosque. Para que apremien, da la voz de alerta.

Un agudo y penetrante silbido como el que emiten los Anarroax (los halcones azules gigantes) advierte al resto de la familia.

Todos reconocen de inmediato la llamada de peligro y no tardan en hallarse junto a la entrada de la cueva. Una vez reunidos, pasa lista visualmente... y faltan dos, su hija mayor Lucinda y, cómo no, su complemento habitual, la pequeña Báttia. Preocupado por su ausencia, empuja a los que están en la pasarela hacia el interior de la cueva.

Sus tres hijos se niegan a obedecerle al tener el mismo sentir que su padre, pero una razonable explicación los hace desistir. El resto son ya mayores y deben proteger a su madre y abuelos.

Al partir, les indica que eleven el puente para ponerse a salvo, y se encamina en busca de sus dos hijas provisto de su cayado como posible defensa. Continúa emitiendo la alerta, a base de los reconocibles silbidos que solo los interrumpe para gritar desesperadamente sus nombres.

— **Batuzaím:** ¡*Lucíndaa...* ¡*Báttiaa!*

Pero no encuentra respuesta. La lluvia se incrementa; truenos y relámpagos hacen que la situación empeore. La visión se le dificulta más y, de repente, cuando recorre un centenar de metros, entre unos matorrales se cruza ante sí una silueta a gran velocidad.

No la reconoce, pero está seguro de que no son las de sus dos hijas y tampoco es la de ninguno de los toros. Al esquivar los matorrales que rodean un extenso claro del bosque, su campo de visión aumenta y puede distinguir entre la neblina el perfil de la figura que se desplazaba tan rápidamente hacia la procedencia de los mugidos. Es Mextagón cabalgando a la máxima velocidad a la que puede desplazarse Naíko.

Antes, cuando regresaban hacia su morada huyendo del mal tiempo, el joven jinete ha oído la alerta de Batuzaim y acude en su auxilio.

El alquimista es consciente de la escena que está ocurriendo al fondo del descampado. Caballo y jinete pasan de nuevo como una exhalación ante sus ojos. Se dirigen directamente hacia los dos toros heridos que se encuentran al extremo norte del claro.

Los morlacos dirigen su amenazante mirada hacia el lado sur. Uno es de color negro como el azabache y tiene una lanza clavada en un costado. El otro, colorado en su pelaje, muestra varias heridas bastante profundas.

Los dos, desafiantes, golpean la tierra mojada con sus pezuñas, expulsando hacia atrás una montonera de barro. Asustados y embravecidos por el acoso al que han sido sometidos y sin hacer distinciones entre enemigos o inocentes, se disponen a la embestida.

Los mugidos se convierten en temibles bramidos. Sus miradas están dirigidas hacia una joven mujer que intenta elevar a su hermana para que alcance las ramas de un debilitado y viejo roble milenario.

El árbol está apurando sus últimos días en el bosque; escasa savia recorre sus entrañas y pronto se languidecerá del todo. Por la consecuencia de ramas rotas, dos cicatrices oblicuas simulan un par de entristecidos ojos, que parecen seguir con atención los acontecimientos.

Los toros arrancan su acometida final, y uno detrás del otro se dirigen hacia ellas sin reparar siquiera en las heridas.

La rabia y ferocidad hacen que se olviden del dolor. Las chicas no alcanzan la primera rama; el suelo empapado de agua no ayuda y las hace resbalar una y otra vez. El jinete, al verlas, sin detener su carrera, cambia bruscamente de dirección.

El poderoso corcel patina en el barro debido a la impetuosa maniobra demandada por su jinete a través de las riendas, pero su fortaleza y agilidad le ayudan a retomar la dirección adecuada.

Esforzándose, alcanza su máxima velocidad hacia las dos muchachas. Los toros, encolerizados, continúan con su ataque definitivo. Bufan y sus hocicos exhalan un vapor a chorros que va describiendo el trazado de su carrera.

Desde más distancia, corre desesperado el padre, pero ve que no llegará a tiempo e inevitablemente va a ser testigo del catastrófico final... si algo, o alguien no lo impide. Mientras tanto, el jinete se acerca más rápido que las fieras.

Cuando está llegando a su altura, se detiene con brusquedad, desviando las riendas por completo hacia su derecha. Parece que está a punto de producirse la caída del caballo, pero lo que hace providencialmente y de forma deliberada es clavar sus rodillas en el barro junto a las chicas para facilitar que se encaramen en sus lomos.

Entretanto, la mayor de las muchachas, que se ha percatado de su presencia, ya está lanzando a la pequeña Báttia, y el caballo se incorpora rápidamente. El caballero la aloja con

premura delante de él, y con gran destreza utiliza el brazo libre para ayudar a Lucinda. Está; tomando impulso, se agarra al jinete sin ánimo de soltarse. Y entre el impulso de ella y el tirón de él se coloca ágilmente a su espalda. El jinete espolea a su montura y se lanzan con presteza en dirección contraria a la de los atacantes, que están a punto de impactar con ellos.

De milagro, han evitado su acometida realizando un imperioso quiebro. Uno de los toros, el colorado, se estrella con gran violencia contra el tronco del debilitado y viejo árbol. Es tal su corpulencia y la velocidad que lleva, que incluso el roble llega a crujir por el encontronazo.

El segundo, que es el negro, aterriza sobre el primero. Entre el golpe que él mismo se ha infringido contra el roble y el aplastamiento de su compañero, el rojizo animal no lo resiste y suspira su último aliento, quedando tendido inerte y sin vida en el barro.

A todo esto, la lluvia no decrece. Torpemente cabeceando y agitando sus extremidades, el segundo toro, aunando fuerzas a través de su bravura, se levanta y los persigue sin dejar de bramar. La carrera del caballo no es ya tan fluida. Cansado y patinando en el barro, pierde terreno respecto al toro.

Batuzáim se va acercando y está siendo testigo en primera línea de todo lo que ocurre. La pericia del jinete y la agilidad del equino esquivan una y otra vez las embestidas del atacante, hasta que ya sin fuerza, el caballo se detiene tras el debilitado roble, intentando protegerse con él. Junto a ellos, yace el cuerpo del toro estampado.

Parece que nada puede evitar el nefasto desenlace; el caballo finalmente cae agotado y la pierna de su jinete queda atrapada bajo su grupa. Incluso así, Mextagón se queda semi tumbado protegiendo a las muchachas con su propio cuerpo.

El tiempo se detiene por un instante, las gotas de lluvia resbalan por su cara y solo escucha los latidos de su corazón, mientras ve cómo se acerca su enemigo hacia ellos.

Y de repente, cuando ya ha perdido toda esperanza y se ha resignado a perecer, por detrás de la bestia ve algo insólito. Batuzaim se ha acercado lo suficiente y mira al cielo alzando sus dos manos abiertas, como implorando no sé qué.

Mextagón no sabe si es una ilusión óptica o si es realidad. El caso es que le parece que sus manos se iluminan y lanzan un mensaje en forma de relámpago hacia las tormentosas nubes. Estas, como si estuvieran entendiendo el mensaje, le responden de inmediato devolviéndole la energía en forma de destello de color negro brillante.

El rayo de luz parece que está guiado por la mano de alguna divinidad del espacio. Con la precisión de un buen arquero, el relámpago finalmente impacta de lleno en el tronco del viejo roble.

Y este, partiéndose en dos, se derrumba sobre el toro cuando está a punto de embestirlos.

Hasta el roble, sospechosamente adrede, es preciso en su caída para darle de lleno en una zona vital. La fiera detiene bruscamente su embestida, quedando atravesado por una de sus ajadas ramas.

El jinete se libera del caballo y se pone en pie como puede. Su pierna ha resultado herida, pero ayuda a sus acompañantes y a su fiel e intrépido compañero de viaje a incorporarse. Mientras tanto, el toro herido de muerte espira su último aliento, y el roble deja su existencia orgulloso y satisfecho por haber realizado su última buena obra en el bosque que le vio germinar.

Pasado el susto, Mextagón no habla. Incrédulo, mira a su alrededor y ve cómo un padre se abraza a sus hijas. La escena es conmovedora, y él, mientras tanto, revisa que Naíko no esté herido. Con una mano agarra las riendas y con la otra le acaricia el cuello con cariño y agradecimiento. Mientras lo hace, ve cómo Batuzaim se le acerca.

Primero acaricia también a su montura para compartir el agradecimiento con su compañero, y arrimándose cara contra cara, le susurra al oído extrañas palabras de agradecimiento por la gesta realizada.

El caballo parece entenderle y le devuelve un cariñoso relincho. Después une los antebrazos con el jinete apretándolos fuertemente, y le mira a los ojos que le transmiten un mensaje de inmenso agradecimiento.

No necesitan decirse nada más; los hechos han hablado por sí solos. Después, el mago del bosque se acerca a los dos animales caídos y, tendiéndose junto a ellos, los abraza pidiéndoles perdón, lamentando su muerte.

Como no cabe esperar otra cosa, Lucinda queda maravillada por la valentía de su paladín, y el padre, agradecido, le invita a acompañarlos a su morada. Quiere que todos le

conozcan y que sepan quién y cómo ha salvado a sus queridas hijas. Pero antes de partir, debe demostrar agradecimiento al sacrificado roble. Se tumba sobre el tronco y, al igual que ha hecho con los animales, abrazándose a él, le susurra tiernas palabras que apelan a su comprensión.

El árbol, como si de un último suspiro se tratase, agita las ramas, y las hojas medio secas parecen contestar al mago, o quizá es una ráfaga de viento. En fin, el caso es que el padre de Lucinda traduce el susurro del moribundo roble.

— **Batuzaím:** *El árbol me ha dicho que ya es un roble viejo al que le quedaba muy poca vida. Fue de los primeros árboles del páramo y no hubiese pensado en mejor final que el de sacrificar sus últimos días por ayudar a salvar la vida de aquellos que cuidan del bosque; además, las ha visto nacer y criarse bajo sus sombras. Los pobres toros ya no tenían salvación debido a sus mortales heridas. Los arbolitos que se esfuerzan en busca de luz a su alrededor son sus retoños. Y él será, a partir de ahora, parte de sus almas que persistirán para siempre en la naturaleza del bosque.*

Después, emprenden el camino de regreso a su morada; el joven cojea visiblemente y el más viejo deja que se apoye en él para mitigar su dolor. Las dos muchachas se han llevado un buen revolcón por el barro y, aunque asustadas y fatigadas, no tienen herida alguna; lo único es que tendrán que remojarse en el arroyo que pasa bajo la entrada de la cueva.

De cuando en cuando, alguna mirada furtiva de la muchacha se cruza con la de Mextagón, y este la sonríe con simpatía y quizás con algún sentimiento más.

Los dos hombres a pie y ellas a lomos del caballo, llegan a la cueva y allí cuentan con todo detalle al resto de la familia la gesta acontecida. Y por supuesto, Mextagón será su invitado de honor.

Y entre todos curan eficazmente sus heridas, teniendo como enfermera y cuidadora principal a la pequeña Báttia, que le está enormemente agradecida, y por ello se pasa toda la noche sentada a su lado para velar su sueño. “Y solo por si necesitara ayuda extra”, su hermana mayor se ha presentado voluntaria para acompañarlos.

Al día siguiente, el valiente jinete y el mago acuden a hablar con los hombres y mujeres que acosaron ayer a los toros. Y entre el domador de animales y el Zerba del bosque, aconsejan e instruyen a sus nuevos vecinos para que sean más respetuosos con la vida de los demás moradores del bosque.

Proceden de lo más profundo de las montañas oscuras, y son por lo general algo más altos de lo habitual. Tanto mujeres como varones no dejan crecer sus cabellos, excepto dos coletas en ambos lados a la altura de la coronilla, y el resto de sus testas se ve cubierto por una capa de barro rojizo.

Los que parlamentan están sobre la mullida hierba, pero la gran mayoría de ellos se encuentran sobre sus cabezas observándoles.

Al verlos llegar, por precaución han trepado a las copas de los árboles con la agilidad de una ardilla, desde donde escuchan atentamente. Nunca viene mal el consejo sobre la naturaleza del entorno, salido de la boca de un habitual morador de la zona.

Ellos, inexpertos en los conocimientos de su nuevo hábitat, habían llegado escapando del frío clima que últimamente en mayor intensidad está aconteciendo en sus laderas. Se han asentado allí desde hace poco tiempo, son muy numerosos y, si continúan cazando de esta forma, pronto acabarán con toda la fauna del bosque.

Muchas jornadas han estado ayudándolos a conocer el bosque y todo lo que ofrece. Mextagón enseña a hombres y mujeres a cazar selectivamente y a domesticar a los animales que necesiten para no perecer de hambre. Incluso dirige la captura de algunas vacas con sus pequeños terneros que rondan en las cercanías, sin duda pertenecientes a la manada de los toros abatidos.

De ellas pueden obtener abundante leche y las vacas conseguirán a cambio la protección de sus nuevos amigos. Ya solo tendrán que ocuparse de pastar y de criar a sus terneros.

Esta nueva sociedad será beneficiosa para animales y humanos. También son enseñados a sembrar para después cosechar algunas hortalizas...

A cuidar los árboles frutales para que cada temporada tengan mejor producción y, en general... a sacar provecho del bosque sin agotar sus recursos.

El mago del bosque se compromete a prestarles asistencia y consejo siempre que lo necesiten, erigiéndose como consejero de honor a petición de toda la tribu.

Pronto prosperaron y formaron una importante comunidad dentro de la comarca, y por ello estarán agradecidos para siempre

a Batuzáim y a Mextagón, los de “Aldeanueva”, que así se llamará para siempre el emplazamiento.

Y los moradores han sido bautizados como Los Uros, por la estrecha relación que desde ese momento y para siempre mantendrán con los toros del bosque. Además, sus dos coletas puntiagudas podrían pasar por las astas de tan nobles animales.

Allí en la cueva, Mextagón, levemente herido, pasó algún tiempo con la familia de Lucinda para mejor recuperarse bajo las atenciones de todos sus componentes. Así se fueron conociendo, dando paso a una sólida amistad entre ellos. Y qué decir sobre los sentimientos entre Mextagón y Lucinda, que irremediablemente se enamoraron.

Naíko intimó con una de las yeguas de la familia que comparte raza con él, a quien llaman Azcarra. Con el tiempo, los dos jóvenes se unieron con la bendición de toda la familia y se trasladaron a la cabaña de Mextagón. Al poco tiempo, una pequeña niña y dos potrillos gemelos corretean por la playa roja del lago. Y otra vez una nueva familia mora felizmente en la cabaña del sol y la luna.

Las visitas a la cueva de Batuzáim se suceden muy a menudo, y siempre se mantienen en contacto. A destacar, el apego de la pequeña Báttia hacia el hombre y caballo que la salvaron a ella y a su hermana de una muerte segura, y a los que siempre estará agradecida, a pesar del paso de los años.

Los abuelos de Lucinda, debido a su edad, dejaron este mundo y sus almas se reunieron con la naturaleza. Sus tres hermanos tomaron esposas procedentes de Aldeanueva, y fueron muy prolíferos en nacimientos de nuevos cuevanos. En

consecuencia, la familia aumenta, y la cueva es más bien una aldea horadada en la gran roca de arenisca.

La pequeña Báttia creció y lo hizo siguiendo muy de cerca las enseñanzas de su padre. Es costumbre, que cuando se llega a cierta edad, se legue el cargo o compromiso a los más jóvenes.

Y aunque era la pequeña de los hermanos, se convirtió en la nueva Maga del bosque, y fue por designación de todos ellos. Tanto ha aprendido sobre la naturaleza y la condición humana, que se ha ganado el respeto de la gente de la comarca, por las buenas acciones que realiza espontáneamente.

Lo que no cuenta Dan a los cazadores. *Algunos descendientes de Luz heredaron la mágica energía. Dicha energía fluye por su cuerpo desde el interior, que es donde se origina. Pueden canalizarla a través de sus poros y dirigirla con sus manos hacia donde ellos quieran, en forma de rayo de luz o de nubes. Incluso pueden provocar controladas ventiscas de aire.*

Y algún atributo de mayor calado, que desarrollarán futuros personajes. Luz se lo concedió a las gentes de las cuevas, cuando huyeron de las bestias salvajes que mataron a Batuzaím noveno y a muchos de sus parientes.

Al no disponer de pergamino con el que estar en contacto directo, dicho don ayudaba a resolver situaciones que ponían en peligro la vida de sus descendientes, como en el incidente de los toros que está contando Dan a los cazadores. Saltándose a su madre, la primera fue Báttiana, hija también del accidentado hombre de la cabaña del lago.

Y así pasó de padres a hijos, hasta llegar a Batuzáim décimo. Este se lo traspasó a Báttia, su hija menor, quien era entre los hermanos aquella en la que con más fuerza fluía dicha energía mágica. Y aun, en los tiempos en que Dan contó la historia sobre los Zerbas, sigue siéndolo.

De momento regresamos al paso de las piedras, donde Dan continuará contando a sus compañeros cómo se conocieron sus padres.

De vuelta al paso de las dos piedras...

Lobos hambrientos... Hasta el momento en que se reconstruyó la cabaña del lago, ha llegado Dan con la historia de su familia, al menos por esta noche. Cansados por la larga jornada del día, no sabe si sus últimas palabras han sido escuchadas por los oyentes, porque ya roncan los dos.

Suavemente, pero en armonioso compás. Porque esta es la primera noche que se van al catre sin discutir entre ellos por cualquier motivo de pequeña importancia, pero no hay duda de la gran amistad entre ellos. Tanta, que hasta en el roncar están sincronizados.

De vigilantes quedan los caballos, que relincharán estrepitosamente si oyeran el más leve de los ruidos... (Aparte de los ronquidos de sus fervorosos amigos humanos, a los que ya están acostumbrados) ... Pues esta noche es una de ellas.

Los aullidos de varios lobos los inquietan y esta vez no provienen de muy lejos. Así que, estando los otros profundamente dormidos y sin querer despertarlos, le toca montar guardia al novel contador de historias. Acto seguido, coloca sus armas de

caza en su regazo y hace lo mismo con las de sus durmientes compañeros para que las tengan a mano en caso de emergencia. Velando por sus sueños, se mantendrá en vela hasta que alguno se despierte y, si es preciso, toda la noche.

Los ojos de Otxo se entreabren levemente; le han despertado los alaridos y ve a su aprendiz cómo se mantiene alerta sin quitar ojo del borde de la maleza. Eso le reconforta a la vez que se siente orgulloso del muchacho.

El lobero conoce bien el lamento de los cánidos; lo hacen por hambre y seguramente llevarán varios días sin llevarse nada a la boca, al juzgar por el escándalo que están armando. Los de la cueva tienen caballos que pueden servirles como alimento; los han oído y no cejarán en el acecho. Es una gran manada y el viejo cazador distingue al menos una veintena de aullidos diferentes.

Pero también sabe que son cautos y miedosos a la hora de atacar, sobre todo cuando se trata de enfrentarse a humanos. Cree que al menos esa noche no se atreverán a atacarles; como mucho, se acercarán a estudiar el terreno.

Consciente de ello y además sintiéndose protegido por su aguerrido aprendiz que aprieta con fuerza la empuñadura del hacha más grande que hay en la cueva, se duerme de nuevo sin interrumpir su guardia.

El otro, para no ser menos, también se ha alertado por los ruidos. Ve que Otxo vuelve a cerrar los ojos, y después de haber pasado revista a todo el contorno y tras observar la valiente actitud del muchacho, decide tomar el mismo camino que su compañero hacia el país de los sueños.

Ni siquiera tres veces ha pestañado Dan cuando dirige su mirada hacia ellos, pero no necesita utilizar el sentido de la vista porque otro de los que posee, el oído, hace evidente que están en los brazos de Morfeo. Ambos parecen competir en quién de los dos emite el mayor ronquido de la noche.

Una cosa es que hayan dormido plácidamente y otra muy distinta sería no tener en cuenta los sucesos, así que, en cuanto aparece el Sol, comienzan a preparar el campamento para un más que posible ataque nocturno.

Primero cortan ramas y maleza. Después las colocan entre los matorrales que rodean el rellano, dejando un vallado bien tupido para impedir que se traspase. Solo dejan pequeños huecos para obligar el paso de los lobos, y allí sitúan las trampas. Son lazos de cuero estratégicamente colocados para que, al pasar, queden atrapados por el cuello.

Ligaduras, que cuanto más tira la presa, más se aprietan... Después preparan sus armas de caza; cada uno tiene un arco corto para disparos cercanos y precisos, y otro largo para más distancia.

Un carcaj lleno de flechas para cada arquero y lanzas de mango largo para cuando estén más cerca. Estas últimas más adecuadas para enfrentarse a osos, pero por si acaso, también las sitúan a mano.

Y para el cuerpo a cuerpo, cada uno mantiene a la vista su hacha. La de Dan es especialmente voluminosa y pesada, más para talar árboles que para la defensa, pero tiene buen manejo de ella. Esto se lleva toda la mañana y parte de la tarde. El resto del tiempo lo emplean en el acopio de leña para hacer luminosas hogueras y hierba fresca para que los caballos estén más

tranquilos. A estos, los amarran al fondo de la cueva, no sea que por miedo a los aullidos salgan corriendo y se pierdan por el bosque, lo que resultaría nefasto para ellos y penoso para el resto. Para finalizar, apilan varios montones de leña impregnados de aceite de jabalí, los sitúan a diez pasos de la muralla y separados cada veinte entre ellos.

Demostrada queda la experiencia de los cazadores en montar la defensa para el ataque de alimañas, sobre todo la de los dos veteranos, que en más de una ocasión han tenido que luchar por sus vidas. Y el joven Dan no pierde detalle de todo lo que le enseñan para continuar acumulando experiencia.

Capítulo 15

AÑO 630 DEL DIARIO DE LUZ.

No ha llegado la noche cuando escuchan los primeros aullidos en la lejanía, y al poco tiempo ya son más cercanos. Incluso pueden distinguir el llanto de pequeños lobeznos medio muertos de hambre. Sin duda, su vivaz de esta noche no está lejos, y esto hace que la amenaza tome más importancia. Cuando la noche se cierra, sienten la cercanía de las bestias hambrientas.

Dan y Otxo toman una tea encendida en una mano y su hacha correspondiente en la otra. Jarzalix se queda protegiendo a los caballos a la vez que apunta al frente con arco largo y flechas en mano, para cubrir la carrera de sus compañeros.

Los dos cazadores corren en distinta dirección, cada uno por un flanco, para ir encendiendo las hogueras. Cuatro o cinco cada uno, y estas prenden rápido gracias a la grasa de jabalí. No han llegado los dos a la última del centro, cuando ya se puede ver el relucir de los ojos de las alimañas. Ambos lanzan desde lejos las teas, hacia la última pira.

Esta prende enseguida y el resplandor de las hogueras hace relucir con más intensidad los ojos de un gran lobo negro que está frente a ellos mirando por encima de la maleza.

Un escalofrío recorre el cuerpo de Dan, y se queda momentáneamente paralizado por el poder hipnótico que ejerce la temible mirada del que parece ser el macho alfa de la manada. Pero este tampoco le ataca; se queda de igual modo mirando a los ojos del muchacho, totalmente abstraído en lo que ve en su

interior. Los dos están frente a frente sin reaccionar y Otxo, al ver al muchacho quieto, tira de él para correr a la última barrera de defensa. No tardan en llegar y tomar posición, armándose con los arcos, y el Lobo sigue allí, como congelado. Hasta que, al alejarse quien le causaba esa extraña sensación de inmovilidad, se vuelve y toma posiciones al frente de la manada.

Los feroces animales temen al fuego y no se acercan durante un buen rato. Los lobos saben que en el fondo de la cueva está su recompensa, y si tienen que jugarse la vida contra los humanos para conseguirlo, no se amilanarán.

Esperan hasta que baja la intensidad de los fuegos, y cuando están casi apagados, a una señal de su jefe, comienzan el ataque. Uno tras otro, van quedándose apresados en las trampas. El enorme lobo negro rompe la rama que sujeta el lazo de cuero que se ha asido a su cuello y, arrastrando la vegetación, se pone en medio del descampado.

No da ni cuatro zancadas cuando siente dos agudos pinchazos, uno en el costado y el otro en el pecho. Cuatro o cinco pasos más, avanza el animal tambaleándose hasta quedar al fin tendido sin vida en el suelo. Otros lobos se acercan sin caer en las trampas porque los que iban delante las han desmontado y, pisando a los que ya han caído, sobrepasan la barrera.

Pero al ver a su líder muerto, retroceden amenazantes sin perder la cara a los cazadores. Algunos de los que están atrapados se liberan de los lazos y siguen a los otros que finalmente terminan huyendo. Jarzalix calcula un total de siete u ocho animales corriendo ladera abajo. Esto lo aprovechan los tres camaradas y corren hacia ellos golpeando el arco contra el hacha, a la vez que gritan como posesos. Los supervivientes escapan

despavoridos montaña abajo y desaparecen en la espesura del bosque.

Aunque podrían haber acabado con alguno más, no lo hacen; saben por experiencia que no volverán en mucho tiempo, y además, los lobos son necesarios para mantener el equilibrio de la población de las especies.

Normalmente, los lobos acaban con los más débiles o enfermos y también hacen desaparecer los cuerpos de accidentados animales que quedan muertos por el monte, impidiendo así la propagación de enfermedades. Aunque a veces, como está ocurriendo aquí, alguna manada alcanza un buen número de componentes y se convierte en un peligro para la propia naturaleza.

Los cazadores lo entienden, conocen bien su oficio y Dan ha ido aprendiendo de ellos con acciones como estas.

Esta noche no habrá sesión de Historia; toca hacer turnos de guardia por si acaso. Las hogueras se han apagado y no se ve nada. Se arropan con todas las pieles de que disponen para paliar el frío y mañana harán recuento de las bajas de los lobos abatidos. Pasan la noche sin ninguna novedad y, al salir el sol de nuevo, ven que el lobo negro que abatieron es extraordinariamente grande. Pocos ejemplares de este tamaño se ven últimamente por estos lugares.

Nueve más están atrapados sin vida en los lazos de cuero. Sin quererlo, ha sido un buen resultado, arreglándoseles la temporada con diez pieles más, y de paso han ayudado a la naturaleza reduciendo el excesivo número de lobos en la manada. La flecha que se clavó en el pecho del gran lobo

acabando con su vida fue disparada por Dan. Y los dos maestros le ceden la piel a la vez que se felicitan mutuamente y con orgullo por el buen adiestramiento de su pupilo.

No se han terminado los cumplidos cuando oyen muy cerca el lamento desesperado de varios lobeznos abandonados. Corren a su encuentro y allí están, no muy lejos entre la maleza; apenas han abierto los ojos y casi no saben caminar. Torpones y debilitados por la inanición, han salido de su improvisada guarida al ver que nadie acude a socorrerlos.

Casualmente son tres, dos hembras grises como casi todos los de su manada y un macho, negro como el lobo líder, que suele ser menos habitual. Si los dejan allí, sucumbirán de hambre o los devorarán otras alimañas, así que se los quedan como mascotas, uno para cada uno. Dan elige el negro, al que llama Darking, que es algo así como el rey de los lobos. Otxo mira a los ojos de una de las lobeznas y llega casi a ver su inocente alma, pues así la bautiza, Alma.

El cazador mayor, para no ser menos, también quiere ponerle nombre a la que le ha tocado. No sabe cómo llamarla y mira hacia el cielo en busca de inspiración. Lo recorre con su vista de este a oeste; está despejado y las estrellas brillan con fuerza, pero lo que más ilumina la noche es la luna. Ni falta hace que lo diga porque los otros están observando cómo se ha quedado embobado mirándola.

— **Otxo:** *La vas a llamar Luna, ¿verdad?*

Y solamente afirma con la cabeza; ya todos con nombre propio, toca alimentarlos si no quieren que desfallezcan del todo.

El menú de hoy es carne ahumada, a la que no le hacen asco. Y con la panza bien llena, dormirán el resto del día.

Por esta vez los cazadores han tenido suerte, aunque la pericia de Jarzalix al planear y organizar la defensa ha tenido mucho que ver en la consecuencia.

Sin duda alguna, es un buen estratega y, en un futuro, lo demostrará de nuevo. Este día tienen más trabajo, hay más pieles que curtir y, por lo tanto, más noches para seguir conociendo la historia de la familia del que hasta hoy fue su aprendiz, porque a partir de ahora y para siempre pasa a ser Cazador con todas las letras.

La carne de lobo no se la comen por indigesta y la dejan para los carroñeros que tienen buen estómago. Tanto lobo por la zona los habrá hecho pasar hambre y esto se la saciará. Esta noche, por puro cansancio, tampoco hay historia y se duermen nada más cenar.

Al día siguiente, después de un buen desayuno, comienzan la tarea diaria. Mientras los dos mayores curten pieles, Dan, ha cazado dos conejos que le servirán de alimento para el día porque hay tres bocas más que alimentar.

Al caer una nueva noche, continúa con la historia de su familia donde lo habían dejado. Alrededor de la hoguera, cada uno con un cachorrito en su regazo, se van creando lazos de lealtad entre ellos, y se dispone a contar por fin, como Pólari, su padre, llegó a la orilla del lago y conoció a su madre.

Dan vuelve al pasado continuando la historia de su familia. El padre de Dan es uno de aquellos pioneros que transporta todo tipo de utensilios y artilugios de unas aldeas a otras.

Realmente es un aprendiz de comerciante que procede de Fuenroja y es un emprendedor para la corta edad que acumulaba por aquel entonces. Se dedica, o al menos lo intenta... al intercambio de todo tipo de productos y, para transportarlos de una a otra, se vale de dos espléndidos caballos cedidos por sus padres, tras la insistencia de independizarse por su cuenta.

La yegua que monta se llama Chica por la pequeña estatura que presenta. El joven macho llamado Gruf es de mayor envergadura y su carga consta de mangos de buena madera que fabrican sus familiares para todo tipo de herramientas metálicas.

Es su primer viaje y, sin aún saberlo, el que más trascenderá en su vida. El nombre del futuro padre de Dan es Pólari, tiene más o menos veinte años y se dirige a Rialto, que es por donde se desborda el lago. Al lado contrario está su pueblo, cuyos manantiales le nutren de un incesante caudal de agua.

A medio camino hacia su destino, sufre un fortuito percance: el caballo se lastima una de las patas delanteras al tropezar con una piedra oscura con forma de medialuna, que está en medio del sendero. Curiosamente, la única que hay en este trecho de camino.

Tras minucioso examen, descubre que solo se ha torcido el tobillo. Gracias a la suerte no está rota, y con un par de días de descanso se curará. El animal se duele, no es capaz de apoyarla en el suelo y no tienen más remedio que desprenderle de su carga y pasársela a la yegua.

Continuarán a pie y despacito para no forzar al animal, hasta encontrar refugio para pasar la noche. Pero antes se debería retirar la piedra del camino para que nadie más tropiece. El muchacho la coge por el borde y tira hacia arriba.

Ni se mueve. Lo intenta ayudándose de una palanca, y tampoco. Finalmente, desiste confiando en que nadie más tenga su mala suerte. O quizás no tanta, porque al alzar la vista entre los árboles y la maleza, vislumbra lo que parece ser una cabaña de buenas dimensiones. No sabría decir si es también por casualidad, o porque está escrito en su destino, Pólari encuentra la cabaña del sol y la luna.

Así que hacia ella se encamina con la esperanza de encontrar ayuda y se aproxima emitiendo la acostumbrada pregunta.

— **Pólari:** *¿Quién vive por aquí? ...*

Grita, con la esperanza de que alguien conteste.

— **Voz de la cabaña:** *¡Yo mismo!*

Le contesta un hombre que está apostado tras una de las esquinas. Su mano derecha porta una enorme estaca con forma de cayado. La cogió pensando que quien se acercaba pudieran ser lobos o zorros. Y tras comprobar que no se trata de ninguna amenaza, el hombre se acerca y el visitante no tarda en contestarle.

— **Pólari:** *No es mi intención molestarte, buen hombre...*

El viajante junta ambas manos y se inclina levemente para disculparse por la intromisión y, sin quitarle la vista al formidable palo, añade.

— **Pólari:** *Solo busco un lugar seguro donde pasar la noche, porque no puedo seguir adelante.*

El hombre de la cabaña se acerca a él, dejando de batir la estaca. El muchacho que está en frente no tiene aspecto de mala persona; más bien parece lo que es, un viajante, pero todavía no confiado del todo. Con su grave y ronca voz continúa con el interrogatorio.

— **Hombre de la cabaña:** *¿Eres viajante?... ¿Qué te trae por aquí y por qué no puedes continuar la marcha? Todavía no ha caído la noche y podrías avanzar unas leguas más.*

Después se detiene frente a él, y más relajado se apoya sobre su cayado con ambas manos, esperando una respuesta que no tarda en llegarle.

— **Polari:** *Uno de mis caballos se ha lastimado la pata y necesita descanso para reponerse...*

El hombre tiene aspecto serio y rudo, pero ahora sus palabras más sosegadas y afables transmiten tranquilidad.

— **Hombre de la cabaña:** *Está bien, muchacho, vamos a echarle un vistazo...*

Le dice a Pólari mientras se aproxima a la bestia, y esta agita la extremidad herida en muestra de dolor. Le agarra por el bocado y, acariciando su cara, le susurra conciliadoras palabras al oído, que le tranquilizan. Habiendo quedado el caballo medio

aletargado, y con aspecto de saber lo que hace, le examina la pata delantera levantándosela con delicadeza, y tras la revisión corrobora el diagnóstico.

— **Hombre de la cabaña:** *Se ha torcido la pata, no parece grave, pero haces bien en darle un tiempo para que se recupere. “Me gusta la gente que trata bien a los animales”.*

Pólari se dio cuenta enseguida de que quien trata así a un animal ajeno no puede ser mala persona, y aumenta su confianza en él, y todavía más cuando escucha lo siguiente.

— **Hombre de la cabaña:** *Puedes meter al herido en el cobertizo donde hay hierba recién cortada y dejar allí los fardos. Y tú, si quieres, puedes pasar la noche con nosotros; en la cabaña hay un camastro libre. Mi mujer y mi hija pronto prepararán la cena y será un honor para nosotros que nos acompañes. El otro caballo puede quedarse pastando junto a los míos.*

En vista de que el hombre no sabe cómo llamar a los caballos, Pólari se los presenta como es debido hacerlo.

— **Pólari:** *El herido se llama Gruf, y la yegua es Chica.*

Gruf será acomodado en el establo, que es hacia donde se dirigen, y la pequeña chica no se amedrenta ante los imponentes caballos que pastan en el prado y que la miran desde muy alto debido a la gran alzada de sus lomos, pero ella, con total familiaridad, se pone a engullir hierba fresca.

Los demás, sin dejar de masticar y sin darle la menor importancia, observan con curiosidad al pequeño animal. Pólari, en agradecimiento, saca de las alforjas algunos frutos secos y una

medida de miel que lleva para su alimentación, y le obsequia con ellas para acompañar las viandas que le ofrece. El hospitalario hombre lo acepta de buen grado, y más sabiendo lo que le gusta la miel a su joven hija. Por curiosidad le pregunta cómo sucedió el accidente.

— **Hombre de la cabaña:** *¿Cómo sucedió que se torciera la pata Gruf?*

— **Pólari:** *Tropezó con una piedra en mitad del sendero; tenía una extraña forma y color, distinta a las que he visto en otros lugares. Negra y con forma de medialuna. Quise quitarla de en medio, pero no he podido arrancarla porque estaba bien clavada en el terreno. Al incorporarme y alzar la mirada, fue cuando pude ver tu cabaña a través de un minúsculo hueco que dejaban los matorrales de la orilla del camino. Así que, de ahora en adelante, la consideraré “la piedra de la buena suerte”.*

El Hombre de la cabaña se calla, pero pensando se da cuenta de que, a pesar de que el camino está limpio y bien cuidado, sin obstáculos que impidan su transitar, en esa misma piedra son ya muchos los que se han tropezado, y quienes lo han hecho ha sido para encontrarse con la cabaña del lago.

Es la misma que un día él tampoco pudo arrancar. Se da cuenta de que está allí colocada con algún propósito determinado y el hecho de que este muchacho se haya topado con el mismo obstáculo que él le hace sentirse confiado ante su presencia.

Después de aligerar de apeos al herido, le acomodan debidamente junto a un fardo de hierba recién cortada, y el hombre toma de un tarro de madera una especie de mejunje

compuesto de hierbas machacadas. Lo unta sobre una pequeña tira de cuero y se lo aplica directamente sobre la zona dolorida. Pronto el caballo siente aliviársele el dolor, y en agradecimiento le obsequia con otro de sus simpáticos relinchos. Allí, bien acomodado y calmado de dolor y hambre, le dejan y se dirigen al interior de la cabaña de madera.

Llama su atención el símbolo de la luna y el sol que han puesto sobre la puerta principal, y al traspasar el umbral, aparece una cámara central de grandes dimensiones y de la cual nacen varias habitaciones anexas.

Son los dormitorios que se mantienen cerrados por improvisadas pieles que hacen las veces de puertas. Al entrar, el hombre le señala hacia una de ellas y le da indicaciones.

— **Hombre de la cabaña:** *Ahí está tu camastro, puedes dejar tus aperos. Y ahora, vamos a cenar.*

Al fondo de la sala se encuentran las mujeres terminando de guisar la cena junto al fuego de una robusta y bien fabricada chimenea de piedras. El menú, una especie de gachas elaboradas con harina de castaña y conejo guisado. Los dos se aproximan y el padre presenta al invitado.

— **Hombre de la cabaña:** *Este es...*

Y se queda callado porque no sabe su nombre y, señalándole con la mano, espera a que él mismo se presente.

— **Pólari:** *Me llamo Pólari, vengo de la aldea de Fuenroja y me dirijo a Rialto para comerciar con algunos cachivaches. Mi*

caballo se hirió y este hombre me ha ofrecido su hospitalidad, de lo cual le estoy inmensamente agradecido.

Ofrece su antebrazo para saludar a las dos mujeres, mientras que el anfitrión continúa explicándoles el encuentro con el muchacho.

— **Hombre de la cabaña:** *Así es, Pólari tiene dos caballos y, aunque no lo creáis, uno de ellos, llamado Gruf, ha tropezado en la misma piedra que yo lo hice cuando llegué aquí por el mismo camino, la que tiene forma de luna y que nunca he sido capaz de mover a pesar de haberlo intentado en varias ocasiones. ¿No os parece mucha casualidad?... La otra es una pequeña yegua llamada Chica. Hemos acomodado y curado la pata del herido, y la otra está pastando amigablemente con Naiko y los otros. ¡Ah, y mirad lo que ha traído para acompañar la cena! Frutos secos y miel. Parece haber adivinado lo que más os gusta a vosotras.*

El hombre desenvuelve las ofrendas para mostrárselas y después procede a la presentación de su familia.

— **Hombre de la cabaña:** *Esta es Lucinda, mi mujer, y mi hija Luzsol es quien la acompaña. Yo me llamo Mextagón, pero todos me llaman “el brujo del lago” ... ¡Booooo! ...*

Añade con irónica sonrisa, agitando los dedos con sus manos abiertas y apuntando hacia el techo. Después entrega las viandas a su hija para que las ponga en la mesa... Desde el momento en que la vio, Polari ha quedado prendado por la brillante mirada de Luzsol y por sus impresionantes ojos negros, iguales a los de su madre. Lucinda, que es hija de un mago del

bosque, mirándole fijamente a los ojos, ve en el muchacho la bondad de su corazón. Y en voz baja le comenta a su esposo.

— **Lucinda:** *Estoy segura de que el muchacho es una buena persona, respetuoso con la naturaleza y con los seres vivos; lo he visto en su alma.*

Y eso es mucho decir para una moradora del Bosque Nublado. Su esposo no necesita saber nada más; le basta con lo que acaba de decirle Lucinda; la conoce muy bien y es sabedor del poder que posee para conocer los sentimientos de las gentes. Y no solo eso, también ha transmitido confianza al joven aprendiz de buhonero.

Por esto precisamente, y “además por el descanso que necesita su montura”, Pólari se pasó un par de días en compañía de la simpática y amable familia. En este tiempo ha ayudado en todo lo que puede, y este detalle, aparte de su innata simpatía, hace que todos le tomen un especial aprecio. Sobre todo, la joven que lamenta su partida cuando se cura el caballo herido.

— **Luzsol:** *Pues yo creo que aún cojea un poquito; mejor sería que descansase algunos días más. Como buena madre, Lucinda apoya las palabras de su hija, Mextagón, ni se atreve a llevarlas la contraria, y el muchacho no es quien para decir lo contrario, así que... tres días más pasó con ellos.*

Pasa el tiempo, los viajes entre aldeas se intensifican, y Pólari realiza su parada cotidiana en la cabaña de sus nuevos amigos. En cada ida y en cada vuelta, ya no sabe qué excusa poner para pasar unos días junto a ellos. Unas veces, finge cansancio... otras, simula que está algo enfermo... alguna más, el cansancio

de los caballos es su pretexto. Otras veces, sin embargo, son los anfitriones quienes le piden ayuda para cualquier tontería que se les ocurre.

El caso es que sus viajes cada vez se repiten más en el tiempo y tantas son sus paradas en la cabaña del lago, que desde donde se encuentra la ya famosa piedra oscura, se ha terminado trazando una nueva senda que ataja en cierta medida la curva del camino. Al verla, otros viajeros también la han ido utilizando, dejándose de usar la antigua trazada. Y ahora todo aquel que se dirige de una aldea a otra ha de pasar frente a la cabaña de Pólari. Pero ningún otro, que se sepa, ha vuelto a tropezarse con la piedra lunar.

La recua de jamelgos del joven buhonero cada temporada aumenta en número conforme va prosperando con sus negocios de trueque. Incluso, en una de sus paradas, la familia del lago llegó a regalarle un hermoso ejemplar, descendiente de su primer caballo Naíko, en agradecimiento a su simpatía y por ser tan espléndido con sus agasajos. Nada menos que un caballo, que en estos tiempos son difíciles de capturar, o muy caros de intercambiar.

Pólari deja allí a chica que se merece ya un descanso debido a su avanzada edad. Lo hace también porque a Luzsol le gusta pasear con ella por la orilla del lago. Los anfitriones no ponen pegas a las excusas que inventa su joven y eterno invitado... aceptan cualquiera de ellas a pesar de que saben que son solo eso... excusas. Con el tiempo ya forma parte de la familia, y para la chica, el aprecio se ha transformado en amor, y finalmente terminan uniendo sus vidas.

Pólari se instala con ellos y la cabaña se amplía mucho más. Las aldeas del lago crecen, el tránsito entre ellas aumenta y cada vez es mayor el número de viajeros que solicitan asistencia y amparo al pasar por allí.

Estos, cuando reciben la hospitalidad, en agradecimiento obsequian con algún regalo a los anfitriones y se produce una especie de trueque. De la cual surge la idea de erigir la fonda conocida por los cazadores que escuchan esta historia y de la que procede el que la cuenta.

Al estar situada estratégicamente entre ciudades, la cabaña del lago es el lugar idóneo para ofrecer descanso y avituallamiento a los viajeros. Madera para construir establos y aposentos no falta... mano de obra... se bastan ellos solos. Y así pasa a ser la fonda del Sol y la Luna, situada en la encrucijada de caminos al lado de la playa de arenas encarnadas... donde se dice que un día moró la hija del Zerba del espacio.

Recorriendo la orilla del lago, por un lado, un sendero lleva a la Aldea del Rialto. Por el otro, es el camino que se dirige hacia Fuenroja. Otro más, lleva a Aldeanueva, que no es otra que la que fundaron los cazadores de toros, amigos de Mextagón.

Y el otro, mucho más empinado, es la vereda que conduce hacia un paso de montaña situado en la cima más alta de la cordillera, en el que están apostadas las dos únicas rocas de las montañas rojas... (precisamente donde se encuentran los cazadores que escuchan esta historia) ...

En las inmediaciones de la cabaña, pastan un considerable número de caballos descendientes de un Bufante, del que se dice que fue un regalo del Zerba del espacio a los antiguos moradores,

hace muchas generaciones. Incluso algunos presumen de haberle visto últimamente galopando en el bosque.

Raza de descendientes que alcanzan fama en todo el territorio. Estos animales son considerados una parte más de la familia, pero por los bosques y las faldas de las montañas, podían verse muchos más vagando libremente y guiados por la legendaria Bufante, Zurria.

Las nueve hermanas de Dan. Mextagón y Lucinda envejecían felizmente junto a su hija Luzsol y su compañero Pólari. El tiempo pasa y la familia crecía muy deprisa, un retoño en cada primavera.

Más bien retoñas, porque todas las que van viniendo a este mundo son hembras. Y la primera en nacer al primer año de su unión es Elengo.

La siguen dos más, Bigaré al segundo año e Hirgue al tercero. Pólari y Luzsol desean un varón que se hace de rogar, y la cabaña, que ya es fonda y parada, crece al mismo ritmo que la familia. Antes de nacer la cuarta, un suceso entre trágico y venturoso tiene lugar en la cuadra de los animales.

Luzsol, madre de Dan, espera el inminente nacimiento del cuarto bebé esta noche. El relinchar de los caballos alerta a Pólari, que no puede dormir por el inminente nacimiento de un nuevo retoño.

Los equinos no suelen hacer ruido por la noche a no ser que algo o alguien turbe su tranquilidad. Piensa que serán alimañas y se levanta rápido. Acude a la estancia de sus suegros y los despierta... al padre para que le acompañe y a la madre para

que cuide de su esposa. Los dos hombres se encaminan a los establos. Mextagón porta una antorcha para iluminar el camino, y Pólari el grueso callado de su suegro. Al acercarse, ven avanzar una sombra con silueta humana que saca sigilosamente a uno de los caballos, y lo monta para salir huyendo.

Justo cuando va a espolearlo, Mextagón emite un silbido. Naíko reconoce la llamada y, nada más escucharlo, toma impulso con las patas traseras y, alzando a la vez las manos, brinca. El hombre, sorprendido, sale despedido y se estampa sobre la dura tierra. El sucio ropaje y su aspecto desaliñado denotan que no es el hombre más opulento de la tierra precisamente. Mucha necesidad debe de sufrir para cometer tal acto.

Tendido en el suelo, mira a sus perseguidores y solo se fija en la estaca que porta uno de ellos. Sin perder tiempo ni dar explicaciones, se levanta de un salto y sus piernas se mueven como antes nunca lo habían hecho. Tampoco es “el ser más valiente de la tierra”, pero sí se puede decir que fuera uno de los más veloces por lo rápido que desaparece de su vista.

— **Pólari:** *Alto, no corras... No vamos a causarte daño.*

Visto y no visto, se pierde en la oscuridad de la noche, haciendo caso omiso a las palabras. Pólari y Mextagón se quedan perplejos; es la primera vez que ocurre algo parecido, al menos por estos lugares. “

Personas que roban a sus semejantes”, tan mal le iba la vida a este pobre hombre... “El mundo está cambiando”. Ni siquiera le persiguen; Mextagón recuerda cuando él mismo se vio

en semejante vicisitud y, aunque nunca actuó de igual modo, lo comprende.

— **Pólari:** *Déjalo, Mextagón; con el susto que se ha llevado, no creo que quiera regresar.*

El abuelo de Dan empuja al caballo hacia la cuadra y contesta a Pólari.

— **Mextagón:** *Quizás tuviera hambre; podía haber comido algo y pasar la noche aquí. De todos modos, no creo que le alcanzáramos*

Pasado el mal trago, acomodan al caballo en las cuadras y, cuando entran, un ruido inusual alerta a los dos hombres. Algo, o alguien, se mueve detrás de los fardos de hierba que están almacenados al fondo del habitáculo.

— **Mextagón:** *¡Cuidado, Pólari! Algo se mueve tras el montón de hierba.*

Ambos, creyendo que es un zorro se acercan realizando una advertencia, por si acaso.

— **Pólari:** *¡Quien anda ahí, salga quien sea!*

Lo que encuentran es a un muchacho muy joven que tiembla de miedo, frío y hambre. Igual que el que huyó, su aspecto es deplorable. Realiza alguna pequeña intentona de huida, pero la debilidad se lo impide.

Seguramente, si estuviese en mejores condiciones, le permitirían marcharse como al otro, pero su lamentable estado

obliga a socorrerle. Le abrigan con una piel de las caballerías y, una vez entrado en calor, Mextagón, a la vez que intenta tranquilizarle, le pregunta.

— **Mextagón:** *¿De dónde vienes, ¿quién es el hombre que huye, acaso es tu padre?...*

Antes de que el muchacho pueda responder, Pólari le hace la última pregunta.

— **Pólari:** *¿Por qué os llevabais el caballo?*

El chico, ya más tranquilo, responde a las preguntas, contándoles los motivos por los que se hallaba en esta situación.

— **Ladronzuelo:** *No es mi padre; le perdí junto a mi madre no hace mucho, cuando viajábamos desde una aldea lejana hacia otra de la que no recuerdo ni el nombre. Mi padre quería fundar una granja en un valle lejano del norte. Llevábamos muchas jornadas caminando cuando un oso rabioso y malherido se interpuso en nuestro camino. Los dos juntos se enfrentaron a él mientras me pedían que corriera para ponerme a salvo. Se defendieron con las varas que usaban como apoyo para caminar; mi padre las había afilado por una de sus puntas por si nos atacaba alguna fiera. Yo, asustado, recorrí un largo trecho sin mirar atrás, y cuando me cansé de correr, venciendo el miedo, reaccioné y di la vuelta. Cuando llegué, los vi a los dos tendidos en el suelo. El oso había acabado con sus vidas a zarpazos.*

El muchacho sigue respondiendo con tristeza y se le saltan las lágrimas recordando el suceso, pero continúa hablando, y responde con rabia.

— **Ladronzuelo:** *Pero el horrible oso estaba tendido junto a ellos, con las dos varas bien juntas atravesándole la garganta. Estaba bien muerto. Nosotros no le hicimos daño alguno, ¿por qué tuvo que atacarnos? ...*

Llora desconsolada el chico. Mextagón y Pólari, quedan afligidos al escuchar tan terrible hecho, cada uno apoya la mano sobre su hombro intentando darle ánimos y a la vez expresándole su pesar. Y Pólari le pide que continúe.

— **Pólari:** *Lo siento chaval, es terrible lo que nos cuentas y me uno a tu pesar. Pero después, ¿cómo sobreviviste?*

El muchacho, con los ojos encharcados no deja de mirarlos, y entre sollozos continúa contando sus penalidades.

— **Ladronzuelo:** *Estuve junto a sus cuerpos sin vida el resto de la tarde y toda la noche, hasta que a media mañana del siguiente día, apareció un hombre caminando y al ver la escena se prestó a ayudarme. Era el que quería robaros el caballo... No pronunció palabra alguna, solo se hacía entender con gestos. Tampoco llevaba equipaje, ni alimentos, ni armas, ni nada, solo los harapos que cubrían su cuerpo. Enterró a los dos a un lado del sendero y colocó piedras sobre su tumba, pero inmediatamente después, registró todos los enseres que llevábamos... Cogió ropas de mi padre y se las puso. El resto lo empaquetó bien y lo dejó a un lado. De lo poco que llevábamos para comer, no dejó ni pizca, lo engulló todo en un abrir y cerrar de ojos. Con la panza bien llena, cogió el cuchillo de mi padre y despellejó al oso. Después, cortó un buen pedazo de carne y me llevó con él... Hicimos camino hacia la aldea más cercana y durante varios días nos alimentamos con la carne. Unas jornadas después, llegamos*

hasta la plaza del poblado, negoció con uno de los comerciantes y cambió la piel del oso por más comida. Cuando se acabó, me hizo robar para conseguir más alimentos. Y cuando pasamos por aquí, entrada la tarde, vio los caballos. Nos escondimos entre la maleza para esperar a que estuvierais dormidos. Ya de noche, entró en la cuadra para llevarse uno y me dijo que cogiera yo otro. Después, aparecisteis vosotros y yo me refugié tras la paja hasta que me descubristeis, y la verdad es que, en cierto modo, sentí más alivio que temor por lo que pudierais hacerme.

El niño había pasado tantas penurias desde el día que perdió a sus padres, que ya nada podría ir a peor, se ha entregado sin ofrecer la mínima resistencia, apelando a la compasión de quienes le han encontrado, así que, baja la mirada con vergüenza y termina diciéndoles.

— **Ladronzuelo:** *Yo no sabía sus intenciones, pensé que iba a coger algo de comida, además, yo ni siquiera se montar a caballo.*

Pólari acomoda a Naiko, Mextagón agarra amablemente al chiquillo del brazo y se dirigen hacia la cabaña tranquilizándole por el camino. ¡Que, si no, podían hacer con él!... Cuando llegan al interior, toda la familia se ha despertado y han visto lo acontecido.

A pesar de tratarse de alguien que quería robarles, le acogen con agrado. No solo eso, también le alimentan hasta que se llena del todo. Es necesario llenar el plato varias veces para saciar su apetito, porque seguramente llevará algunos días sin probar bocado. Más tarde le ayudan a asearse y le aposentán en

un camastro para que duerma el resto de la noche. Y Parteko que así se llama el chico, duerme plácidamente hasta medio día.

En poco tiempo debido a su simpatía y contribución a desempeñar las labores de la cabaña, pasa a ser el cuarto hijo de la familia. Ha obtenido nuevos padres con el añadido de abuelos y hermanas, y ya es un miembro más con todos los derechos y obligaciones que esto conlleva. Los padres de Dan, tienen por fin el hijo deseado, pero realmente, aunque es muy querido por todos, no es su hijo natural, y seguirán con el empeño de tener un varón de su propia sangre.

A la siguiente noche del suceso nace Martia, la cuarta hija. Bosga es la quinta en el siguiente año. Hay no se queda la cosa, durante los tres siguientes, nacen... Sisgare, Zapia, Y, por último, de momento, Ilaga Zorzia la octava, Pero el hijo deseado no llegará hasta bastantes primaveras después... y sin ser esperado... “o esperados”, por lo que ha de acontecer.

El noveno está cerca de llegar al mundo, pero, aun así, la madre guiada por una extraña sensación le pide a Polari que la llevara al bosque en busca de unas hierbas que se utilizan para sanar las heridas del parto. Y donde hay muchas y de buena calidad es precisamente donde se conocieron sus padres... Mestagón y Luzínda, junto al roble caído cuando sufrieron el ataque de los toros.

Están llegando cuando de repente... la luna tapa el Sol por completo y cae una densa oscuridad agravada por la pertinente neblina del bosque. La angustia de la madre hace que se precipitara el parto y en pocos minutos está dando a luz acurrucándose a un lado del tronco... y otra vez, “otra adorable niñita”. Polari lo sabe porque se alumbra con una improvisada

antorcha hecha con una de las ramas secas del árbol caído, pero tal es su nerviosismo que ni siquiera sabe cómo la ha encendido...

(Esto que continúa, lo añadió Dan por su cuenta, para no dar más explicaciones) ...

— **Dan:** *“Y cuando menos se lo esperaban, nació yo”.*

Pero lo que realmente ocurrió se quedó en su mente, y así lo rememoro, exactamente como le contó su madre cuando tuvo edad de comprender.....

Tenían la esperanza de que esta vez hubiera sido el varón tan deseado, pero como siempre al escuchar su primer llanto, simplemente se abrazan a ella, hasta que sintiéndose protegida, cierra la boca y comienza a succionar el dedo de la mujer, mientras que se agarra firmemente a los otros apéndices.

La antorcha se consume, pero sabiendo que pronto llegaría la luz del Sol nuevamente, se acurrucan a esperarla. Pero antes, un destello ocasionado por un pequeño rayo que llega del cielo hace que nuevamente parezca de día por un instante.

Los padres piensan que se ha asustado la niña, porque de nuevo se escucha un llanto, a la vez que el Sol se libera del manto de la luna y vuelve a iluminar el paraje. Cuál es el asombro del padre, cuando ve que su nueva hija sigue chupando el dedo de la madre y de su boca no sale ni el más leve sonido... Pero el llanto continúa escuchándose allí mismo, la misma cara de sorpresa tiene la madre, pero ella no puede moverse y es Polari quien se alza para mirar al otro lado del tronco...

¡Un niño recién nacido reclama también un dedo que meterse en la boca! Sin pensárselo, lo toma entre sus brazos y le resguarda con su camisola acomodándole en el regazo de su

esposa. El instinto de madre de Luzsol, hace que de inmediato amamante a las dos criaturas que no se conforman con solo chuparla un dedo. Y con la tripita llena terminan durmiéndose los dos, cabezas sobre cabeza.

Entretanto, y durante un buen rato, Polari recorre todo el entorno buscando a la madre de aquel niño, a pesar de que Luzsol le dice que no la encontrará... Ella, y no preguntéis porque, sabe que es un regalo de la Naturaleza. Atando cabos... lo tiene claro...

El mismo lugar donde el abuelo Batuzaím, Mestagón, Luzínda y su tía Báttia, presenciaron precisamente la caída de un rayo que los salvó de la embestida de los toros... Cosas más raras habían vivido su actual familia y en especial sus antepasados descendientes de la hija de un Zerba.

El padre lo acepta de buen grado y cree que la naturaleza les ha concedido este presente por haber vivido toda su vida respetándola y cuidando de su entorno. Siendo consciente de que será dificultoso regresar a la casa del lago, comienza a silbar sonoramente... una llamada que tiene bien ensayada.

El eco del bosque se encarga de extender a gran distancia la melodía, en menos que canta un gallo, aparece por detrás de ellos su tía Báttia, que no debía de estar muy lejos cuando se ocultó el Sol, y sin tardar mucho aparecen también tres hombres muy altos. Los tíos de recientemente madre han acudido a la llamada de socorro que aprendieron de Batuzaím decimo.

Uno, se encamina a la cueva con los dos caballos y más tarde regresa con ellos tirando de un carro, pero no lo ha hecho solo. Toda la familia viene con él.

Los parientes, han dado por hecho que han nacido mellizos... y los padres se miran a los ojos... y como si se tratara de un secreto pacto firmado entre sus almas, deciden seguir con este guion, no desmintiendo lo dicho. Cuando alguien miente, aunque sea con un buen fin, no puede dejar de pensar que alguien no se lo traga... y se quedan mirando las caras para ver si se atisba alguna sospecha por parte de los presentes.

Los padres ban mirando uno a uno a cada familiar y lo único que representan sus semblantes, es felicidad y alegría... ¡menos una!... Báttia mira a sus sobrinos con los ojos entrecerrados sin duda sospechando algo, pero una enorme sonrisa y un guiño de ojo los hace comprender que, aunque esta enigmática mujer intuya algo, jamás revelará el secreto. Y para estar seguros de ello, solo hay que mirarla fijamente a los ojos, penetrar en ellos y escuchar su alma, que se lo hace entender alto y claro.

Cuando aparecieron por las inmediaciones del lago, parecía una romería de tanta gente que seguía al carro. Y al ver el motivo de tan querida visita, se disipó por completo la preocupación de sus ocho hijas y sus respectivos familiares, por la tardanza de los padres. Y al ver a los dos mellizos en lo único que pensaron es en organizar una fiesta a la altura de los acontecimientos.

Total, a quien tenía que invitarse ya estaban allí. Báttia, como siempre que se ven, habla largo y tendido con Mestagón, le tiene en gran estima desde que salvó las vidas de ella y su hermana. Y algo se habló allí, en referencia al pequeño recién nacido.

No fueron los únicos nacimientos que por aquel tiempo se produjeron; después de dos lunas llenas y en plena noche, el ruido que producía una recua de caballos en plena frenada después de haber protagonizado una larga cabalgada... despertó de súbito a los moradores de la cabaña del lago.

Se trataba de dos asiduos visitantes, venidos del valle rojo. Eran Marto y Garia, los encargados de realizar trueques con la familia de Dan. Para ello traían media docena de caballos, cargados hasta los topes, pero no se entendía la prisa. Normalmente pernoctaban en el paso de las dos piedras y a mediodía de la jornada siguiente llegaban tranquilamente.

Marto, apremió a los primeros en salir, para que le ayudaran con su esposa que había roto aguas y estaba a punto de parir, antes de lo esperado.

Parteko y Elengo ya la estaban ayudando a desmontar, y los demás preparaban el camastro para tumbarla, en la habitación de Polari, donde dormían plácidamente Dan y su hermana gemela. Nada más tumbarla, apareció ya su cabecita.

Elengo la ayudó a salir, cortó el cordón que la unía a la madre y, cuando se disponía a posarla sobre su pecho como era costumbre, se detuvo por un momento, los demás, que no habían perdido detalle, cambiaron de repente la sonrisa de su cara por un serio semblante...

La Niña estaba pálida y fría como la nieve... pero respiraba. Nadie sabía qué hacer, todos miraban a la hermana mayor de Dan, pero esta era la que más dudas tenía... poco duró la incertidumbre porque de repente la puerta se abrió y al verla se sintió alivio en aquella habitación. Eran Batuzaim décimo y su

hija Báttiana. Que nadie sabía de dónde habían salido y quién les había avisado.

El padre curandero se interesó por la parturienta y la hija tomó en sus brazos a la bebé recién nacida. En una de sus manos llevaba una rosa roja como el fuego y llena de espinas punzantes, ante el asombro de los asistentes, la pinchó en el pequeño bracito, y su sangre era blanca como la leche.

— **Báttia:** *Pobre niña, no tiene alma. Luz está preocupada porque no siente a su padre desde el día del eclipse y se habrá descuidado en otorgársela.*

Padre e hija curanderas se miraron y no les hizo falta decirse nada, pidieron a los presentes que esperaran tranquilos y se fueron al bosque, donde se pusieron en contacto con la hija del primer Zerba. No le hizo falta contárselo, ella la respondió con su peculiar modo de comunicarse, nada más mirar al cielo.

— **Luz a través de su mente:** *No me he olvidado, es que tengo que hacer valer una promesa que un día se hicieron dos niñas en un momento trágico, una de ellas era mi descendiente y antepasada vuestra Báttiana, y la otra su mejor amiga Isaella. Sus almas están conmigo, las tenía reservadas para una ocasión especial, y los padres del bebé son descendientes de Isaella. ¿Qué mejor cumplimiento para esa promesa que reunir el alma de las dos amigas?*

Nada más dijo, Báttia, extendió los brazos del bebé y del cielo llegaron dos luminiscencias plateadas en forma de delgada culebrina que impactaron suavemente en su cuerpo, quedando las

almas de Báttiana y de Isaella, unidas para siempre. “La promesa quedó cumplida”.

Al regresar, por el arañazo de la espina, ahora salía sangre roja como las aguas del lago. Nadie dio explicaciones, y nadie las pidió; tan solo se dijo...

— **Báttia:** *Ya tiene alma, luz; la ha otorgado una muy especial, procedente de nuestras dos familias. Llamarla Ixaéla, en honor de la vuestra, yo me llamo Báttia en honor a la nuestra. Cuidadla porque algún día esta niña se convertirá en mujer, y será muy especial en el devenir de futuros acontecimientos.*

Al decirlo, la estaba presentando, alzándola hacia el techo, todos la miraban a ella y ni cuenta se dieron, de que uno de los bebés no se había perdido nada de lo acontecido y, a pesar de su corta edad, se había encaramado a la barandilla de la cunita y la miraba con su mejor sonrisa.

Desde ese día, y hasta el día en que se contaba esta historia de su familia, que le ha hecho atar cabos a Dan, se le clavó en su mente aquella imagen de una recién nacida niñita. En su memoria, la imagen iba creciendo en edad, según iban pasando los años y ahora la ve con más o menos su misma edad, como si la hubiera estado observando al paso de los años.

Es la chica de sus sueños. La que le empujó a estar hoy en el paso de las dos piedras de Báttux.

En el paso de las dos piedras, eso fue lo que realmente ocurrió, pero Dan les ha contado a sus amigos cazadores solo la versión oficial... Nada sobre Ixaéla, y nada de que nació junto a

su hermana gemela procedente de un misterioso relámpago. Y después continuó con el relato.

Pues bien, imagina a un muchacho siendo con diferencia el menor de nueve hermanas (porque le dijeron que la primera en nacer, aunque por poco tiempo, fue Danixa).

Todas y cada una de ellas le tratan como a un juguete con el que se entretienen, pero he de decir que no le disgusta. Le cuidaron y mimaron durante toda la infancia, y si alguna de ellas estuviera hoy en el paso de las piedras, seguiría haciéndolo a pesar de sus veinte años.

La gran familia prospera en la orilla del lago, pero muy a menudo visitan la cueva de sus bisabuelos Batuzáim y Mita, que inusitadamente siguen allí después de haber sobrevivido durante más de una centena de primaveras. Siempre acompañados por sus tres hijos, que siguen pareciendo casi mellizos, y que son los mejores proveedores de hierbas y remedios para dolencias de los moradores de las aldeas cercanas.

Pero no tienen el don de la alquimia, al contrario que la hija menor, Báttia, la tía abuela de Dan, que tras la jubilación de su padre se ha convertido en la nueva maga del Bosque Nublado.

Nada más y nada menos que, con la bendición de la naturaleza y las almas que en ella se encuentran, con quienes se comunica de un extraño modo que el viejo mago Batuzáim decimo, descubrió un día... (Como siempre, se reflejaba la luna en las aguas del lago, aunque esta no brillara.

El padre pensaba que era el nexo que necesitaba para comunicarse con Luz. Así que trazaba símbolos en el agua de la

orilla con una rama del viejo roble que cayó el día de las embestidas de los toros. Al principio no obtenía respuesta a sus comunicados, hasta que un día de primavera decidió llevarse con él a su hija menor.

Era de noche, la luna solo se adivinaba, pero de repente se iluminó como el foco de un faro y su imagen se reflejó en el lago, más que nunca. Esto era una señal para el mago, que se dio cuenta de que la presencia de la niña era lo único que había cambiado con respecto a las otras veces, y esta vez pidió a su hija que fuera ella quien lanzara el mensaje. Así lo hicieron...

Conforme Báttia rozaba el agua con la vara, se iba formando una estela brillante que mostraba los escritos que iba estampando, y que al instante desaparecían sin dejar rastro. Eran preguntas dirigidas a quien ellos consideraban su protectora.

Y del mismo modo aparecían ondas en el agua con alegorías parecidas, pero no iguales a las que ellos escribían. Esta era la respuesta de la naturaleza, pero... poca y confusa información obtenían de ello, porque apenas descifraban una pequeña porción de los símbolos descritos.

Batuzaím hasta su muerte y su hija hasta hoy no han cejado en aprenderlos, y cada día, Báttia ha ido descifrando algo más. Uno de estos “recados” la ordenaba buscar un objeto perdido que la ayudaría a entenderlo todo.

Muchos años vagó por el bosque pasando gran parte de su tiempo buscándolo, y siempre acompañada de su inseparable amiga, parecida en parte a lo que podría ser un raro o extraño corcel blanco que se unió a ella cuando paseaba por el bosque;

simplemente se puso a su espalda... y desde entonces no se han separado.

Dan aprendió mucho a mano de sus parientes de las cuevas y se doctoró en estas artes, pero quien le reveló las más importantes que debía mantener en secreto fue Báttia. Le ha elegido a él como futuro sucesor suyo para una importante misión.

No sabe cuál es, pero este mensaje que no se sabe de dónde le ha llegado... está incrustado en lo más profundo de su ser, y así, en el futuro, se lo hará saber al joven muchacho del lago... La maga del bosque, aunque su apadrinado esté lejos, se las ingenia para no perder contacto con él, a través de los sueños del joven cazador. O al menos esa es la conclusión a la que ha llegado él, porque todo lo que sueña, de un modo u otro, ocurre tarde o temprano.

Con el tiempo, el niño huérfano que adoptaron en la cabaña del lago se ha desposado con la mayor de sus hermanas. A nadie le sorprendió, porque desde muy jóvenes Elengo y Parteko se sentían muy atraídos el uno por el otro. La vida transcurre entre el trabajo duro y rutinario... exceptuando algún día que se rompe la monotonía con la celebración de festejos debido a uniones, onomásticas, o simplemente porque alguien lo propone y el resto aprueba la moción por unanimidad.

Algunas de estas fiestas pueden alargarse incluso hasta varios días, y a estas de larga duración acuden todos los miembros de la familia. Aparte de los del lago, allí se juntan los de las cuevas del bosque, muy a menudo algunos Uros de Aldeanueva y, sobre todo, hombres jóvenes de la comarca, que se han ido fijando en las hermanas solteras de Dan, que son muy conocidas y valoradas

en toda Terralta porque cada una de ellas ha desarrollado cualidades especiales para la subsistencia en la naturaleza.

Y Dan tiene la suerte de haber aprendido algo de cada una de ellas. Danixa, la menor, tiene una afición muy especial. Realiza figuritas con el barro procedente de las orillas del lago. Esta afición se la inculcó principalmente el bisabuelo Batuzaim y la bisabuela Mitia, que es la mejor de todos moldeando.

Además, este interés se le había acentuado cuando escuchó por primera vez una leyenda que se contaba entre familiares y que algún día los cazadores que acompañan a Dan también conocerán en la aldea del Valle Rojo.

Pues así, entre obligaciones y aficiones, va transcurriendo su vida en la cabaña; serán muchas estaciones de felicidad, pero como en la historia de cada persona... ocurren desgracias inevitables. Primero y reclamadas por Luz... se marchan las almas de Batuzaim y Mita, los bisabuelos de las cuevas, los dos casi al mismo tiempo, como viene siendo costumbre en esta familia.

Él se fue satisfecho de los años que pasó en la tierra y tranquilo porque dejó todo su conocimiento en manos de su hija menor Báttia, la cual era ya una experta maga de la naturaleza y de otras cosas de las que Dan no está contando a sus acompañantes. Solo les dijo que Luz se los había llevado porque necesitaba de almas tan fuertes para ayudarla en sus cometidos... y, como es natural, los oyentes se lo tomaron como un inocente alivio que se suele decir entre familiares.

Capítulo 16

NADIE PARA SIEMPRE

Diez años después, Lucinda y Mestagón iban paseando por el bosque, cuando de repente fueron sorprendidos por una manada de los fieros leones de montaña. El hombre, que gozaba todavía de buenos reflejos y mejores brazos, ayudado por su enorme cayado, los fue espantando uno a uno, propinándoles severos golpes, que a alguno de ellos le costó la vida; los demás huyeron despavoridos.

Tuvo que concentrarse tanto y emplearse de tal modo en defender, sobre todo a su amada Lucinda, que ni se había dado cuenta de que su montura se había espantado pillándola por sorpresa; cuando estaba relajadamente disfrutando de las vistas y con las manos fuera de las riendas, se cayó del caballo golpeándose la cabeza.

Y aunque se emplearon todos los conocimientos de curación que conocía su familia, dejó que su alma se reuniera con sus antepasados. Mextagón, que seguía locamente enamorado, era incapaz de pasar más tiempo sin ella y la tristeza se apoderó de él.

No existía cura para este mal y se estaba muriendo de pena. Pero antes de partir tenía que cumplir su última misión... encomendada, por quien quiera que fuera que insertaba signos en cierto manuscrito.

Y el único mandato que fue capaz de entender decía que debía entregarse tal pergamino a la actual descendiente elegida

por su padre Batuzáim décimo. Allí mismo, postrado en su camastro, solicitó su presencia, pero no hizo falta que nadie le llevara el recado; ella misma, como buena Zerba del bosque que era, y como si hubiera sido invocada por una fuerza que ella bien conoce, se presentó de repente. (Otra vez, esto que continúa, lo añadió Dan por su cuenta, y otra vez recordó el momento para sí mismo).

El moribundo pidió que los dejaran a solas, y Báttia hizo que se quedaran su hija Luzsol y el último y único de sus nietos, alegando que ellos también debían conocer lo que allí se dijera.

Después, el postrado en la cama le pidió que rebuscara bajo la piedra de la chimenea y entre los tres extrajeron con poca dificultad un pergamino enrollado sobre dos canutos, y entre ellos un extraño artilugio con aspecto de punzón. La maga lo había visto en sueños porque Luz se lo mostraba. Sus pupilas se dilataron al máximo dentro de la cuenca de sus ojos; los otros dos, hija y nieto, no se extrañaron tanto.

Casi todas las noches, a través del resquicio que quedaba en la puerta entreabierta de sus habitáculos, habían observado cómo hurgaba en la chimenea: primero extraía el objeto, después, algunas de las veces, se pasaba un buen rato desenrollándolo, y más tarde intentaba descifrarlo... pero tan solo consiguió leer la última parte que iba dirigida hacia él, y que en estos momentos está cumpliendo.

Mextagón les dijo que esta era la última escritura, pero la niña a la que un día salvó de la embestida de un par de toros observó cómo se estaban plasmando más signos, y Báttia los leyó en voz alta...

— **Báttia:** *“El pergamino lleva mucho tiempo bajo el fuego y es hora de que se vuelva a escribir en él”. Y además se añade de parte de Luz. “Gracias, Mestagón, has sido un hombre honesto, buen marido y mejor padre y abuelo. Y el más valiente de muchos que he conocido. Serás recibido en la cúpula de la Naturaleza, ocupando el mismo lugar que mis descendientes directos; seguro que tu presencia reforzará la cúpula de la Naturaleza.*

Esto lo dijo en voz alta, pero sigue leyendo más comandas que se habían inscrito en su ansiado pergamino. Pensó la mujer que era la única que podría descifrarlo, pero un muchacho que miraba por encima de su hombro parecía seguir con las pupilas de sus negros y brillantes ojos las líneas de la escritura.

— **Báttia pensando:** *“Lo veo y no lo creo, podría decirse que este niño entiende los símbolos que a mí tanto me costó aprender, si apenas acaba de aprender a escribir y leer los que por aquí se utilizan... Ahora empiezo a comprender por qué es el elegido de Luz”.*

Y continuó, o mejor dicho, continuaron leyendo... Tú, Báttia, conocedora de todo lo acontecido en la vida de tus antepasados desde que Batuzáim noveno murió repentinamente, te encargarás de transcribir todo lo ocurrido... Después lo dejarás donde estaba y otros serán los que deberán custodiarlo. Tú tienes la misión de protegerlos a todos.

Báttia pensó que se trataría de Luzsol, pero lo siguiente que leyó lo desmentía. La Hija de Mestagón se hará cargo de su custodia, pero solo hasta que su hijo menor se haga mayor. Ambas mujeres y el postrado en la cama se miraron entre sí, y al observar

con más detenimiento al pequeño que había aparecido tras el tronco de un roble al estrellarse un misterioso rayo, siendo los tres los únicos testigos de ello.

Y se dieron cuenta de que lo que se reflejaba en el fondo de sus ojos era algo que de momento no entendían, pero que les llenaba de regocijo y no saben por qué, también de esperanza. Las dos mujeres y el niño dirigieron su mirada hacia Mextagón porque suspiró con fuerza, y cuando se acercaron, con los últimos alientos se despidió de ellos.

— **Mextagón:** *Desde que vi por primera vez el pergamino, nunca supe descifrar lo que estaba escrito por muchas veces que lo intenté. Mi instinto me dijo que debía protegerlo. Pero con mayor ahínco lo hice el día que vi salir del bosque a un grupo muy peculiar, tú, hija mía, apoyándote en tu querido Polari; este llevaba en su regazo a un bebé, y ante mi sorpresa... tú, Báttia, llevabas a otro... mis dos nietos mellizos.*

A quien portaba el padre era Danixa y Dan era quien iba en brazos de Báttia. Primero te abracé a ti, querida hija, y comprobé el buen estado en que te encontrabas para haber dado a luz ese mismo día. Después estreché antebrazo con tu esposo y mi buen amigo Polari, a la vez que esbocé un gesto de satisfacción dedicado a él.

Mientras lo hacía, la pequeña se había agarrado con fuerza a mi dedo índice, y juraría que incluso me sonrió. Unos pasos atrás llegaste tú, la pequeña que se agarró con fuerza a mi brazo para librarse de la embestida de los toros en el Bosque Nublado. Cuando agaché la mirada después de abrazarte y darte las gracias por devolverme el favor con creces... quedé prendado

por la mirada del pequeño que cargabas con ambos brazos. Y este, sí que me sonreía abiertamente a pesar de no haber cumplido aún ni siquiera ese primer día de vida. Sus ojos estaban abiertos y relucían igual que la luna llena... tanto que fui incapaz de separar mi mirada de la suya, al menos durante un buen rato.

Mientras hablaba, el moribundo abuelo miraba al mismo pequeño que ya había crecido y del mismo modo quedaron prendadas sus miradas; el chico no lo entendía, pero algo se removía en su cabeza... “Imágenes de seres inmensos pero agradables, que estaban en un entorno diferente al que conoce”.

Pero el abuelo Mestagón sintió lo mismo, pero viéndolo con una nítida claridad. Supo quién es realmente su nieto, y también entendió por qué un día se tropezó con aquella piedra lunar.

— **Mextagón:** *Desde entonces me tomé como la gran misión de mi vida la custodia del pergamino que encontré en la cabaña derruida y de la gente que mora ahora... Habiendo cumplido la misión, ya puedo reunirme con mi amada... “La veo, está satisfecha y me está esperando junto a todos sus ancestros”. “Qué feliz soy”.*

Fueron sus últimas palabras. Y su alma se reencontró con la de ella, y los dos se reunieron con Luz y Danúm para ayudarles a proteger la Tierra. Después de despedirse de él, la vida, aunque algo más tristes por tan tremendas pérdidas, continuó su camino a través del tiempo, el que aprovechó Báttia para repasar una y otra vez el pergamino que no tiene fin... Y por si ya no era una persona que poseía un gran don de la sabiduría, ahora era más sabia todavía... Y más que lo será al transcurrir el tiempo porque

había hallado el modo de comunicarse con la hija del Zerba del espacio. Lo que sí la extrañó es no poderse comunicar con el padre, aunque en cierto modo “sentía su presencia muy cercana”. Incluso veía pequeños fragmentos de su futuro...

Algunos se los contaba a Dan en las muchas veces que se veían desde entonces, pero uno de ellos se grabó en la mente del más pequeño de los hijos de Polari y Luzsol. *“Un día, te marcharás con un lobo de las montañas y un águila de las cumbres, y ellos te guiarán hasta la senda de una aldea al otro lado de las montañas rojas. Allí conocerás a la cantarina que lava la lana de los corderos y será la que te ayude a cumplir la misión de tu vida”.*

Y el niño veía un rostro que no podía quitarse de la cabeza. Desde ese día hasta que la vio por primera vez. (Y Dan solo les conto a los cazadores como murió su abuelo y la tristeza que sintieron todos tras su pérdida, y otra vez apelo a que su alma se reunió con sus ancestros)

Mucho tiempo añoraron la pérdida de Mextagón, pero más cuesta la despedida que llega algunas primaveras después. Luzsol, aun sin estar enferma, siente la necesidad de reunirse con sus antepasados.

Luz necesita las almas de algunos de sus descendientes, y ella junto a Polari ya han dejado un buen legado, nada menos que diez retoños dispuestos a cuidar de su entorno. Los cuales, no entendiendo el porqué de su decaimiento, acuden a Báttia...”, que seguramente por aquella época debía de ser la mujer más vieja del mundo...

Acude a la llamada y se postra ante su lecho para dirigirla unas palabras, de las cuales Dan y Polari son testigos; el resto de la familia, a petición de la madre, los han dejado solos.

— **Báttia:** *Mextagón, aunque no era descendiente directo de Luz y Danúm, acompañado por mi hermana Lucinda; esta junto a ellos ayudándoles con sus gallardos consejos.*

Se lo ganó protegiendo el pergamino que nos permite comunicarnos con ellos, aun sin saber lo que significaba... simplemente su fe en la naturaleza le guio. Tú, mi sobrina, y tu esposo Polari, habéis continuado su misión y además acogisteis a Dan como a uno de vuestros hijos.

Ahora la responsabilidad recaerá sobre él, porque creo, y estaréis de acuerdo conmigo, que aquel rayo lo trajo al mundo para este fin. Luz me guio hasta la luna para decirme que no sabe quién lo dispuso así, porque desde aquel preciso instante dejó de sentir a su padre, y no ha vuelto a tener noticias tuyas.

Lo que sí presiente, y así me lo dijo también, es que algún día el muchacho y sus descendientes serán indispensables para acabar con una terrible amenaza que acontecerá en años venideros.

Báttia tiene en sus manos el objeto de la chimenea y lo despliega. La agonizante mujer mira los símbolos y de repente sus negros ojos se encienden y desprenden un inusitado brillo. Los símbolos no son legibles para ella, pero no le hace falta, porque, como si estuviera presente, ve en imágenes reales el futuro de sus descendientes, incluso reconociendo algunos que todavía no han nacido. Con debilitado gesto le hace una señal a su hijo para que se acerque, y casi rozando su oído con los labios le dice...

— **Luzsol:** *Uno de tus hijos tomará tu legado y este delegará en uno de los suyos. Cuando llegue el momento, sabrás quién es la “Nueva Luz” que salvará este mundo.*

Esto perturba a en cierto modo a los presentes y después llaman a todas sus hijas y al resto. Agarrándose a las manos de su querido Polari, sonrío feliz... y mirando a la cúpula del cielo a través de la ventana, sus ojos dejan de brillar...

Dan no puede articular palabra por el tremendo nudo que aprieta su garganta, pero le alivian... además de las últimas palabras que ha oído de su madre, las imágenes que le ha transmitido a través de sus pupilas. Amor por todos sus hijos y familiares y un mensaje de paz. La maga del bosque examina a la enferma y, dirigiéndose a todos, su diagnóstico es...

— **Báttia:** *No se puede hacer nada por mi sobrina, su tiempo en la tierra ha terminado; ahora su alma formará parte de la naturaleza. Luz la ha reclamado porque necesita su ayuda para intentar aclarar lo que se viene encima y de paso averiguar donde se ha metido Báttux.*

A Pólari ni siquiera le da tiempo a llorar por ella. No puede soportar la angustia, y de pena, “su corazón se para de golpe”. Al siguiente día los entierran a ambos junto a los abuelos. Colocan grandes piedras sobre sus tumbas y allí yacen, todos ellos al otro lado del huerto, justo donde hay una roca grande y muy, muy antigua en la que se pueden leer los nombres grabados de Danúm y Luz.

Sus almas se unieron a la de los padres y abuelos y también a las de todos los antepasados del cazador que cuenta esta historia. Y allí están ahora, en la invisible cubierta del cielo, y muy cerquita de la luna. Al despedirse, Báttia vuelve a mirar al joven sin abrir ni siquiera la boca, pero de algún modo, Dan la oye decirle.

— **Báttia:** *“Sé digno portador de la herencia de tus antepasados”.*

El joven solo asiente y, conforme se acerca la mujer al mismo borde del bosque, se presenta a su encuentro un enorme caballo. O más bien se adivina, porque la penumbra de la espesura impide la perfecta visión del animal.

Pero se diría que es blanco, y nadie daría uno de sus dedos por asegurarlo, pero también se puede decir que sobre su testuz nacen dos pares de cuernos... unos apuntando al cielo y otros a la tierra.

A pesar de su avanzadísima edad y de la gran corpulencia del caballo, que sobrepasa la propia cabeza de la mujer, esta se sube de un salto a su lomo, y los dos desaparecen en la nublada masa arbórea.

En el paso de las piedras: Claro está, de todo lo sucedido, Dan no les cuenta todo a sus amigos cazadores... Nada del mágico e interminable pergamino con el mensaje de los Zervas... nada de las premoniciones de Báttia y sus viajes a la cúpula de atmósfera... nada de que nació de un rayo...

El Bufante coronado de cuernos es un simple aunque formidable caballo de montaña... ni siquiera comenta ser descendiente de Luz y Danúm. No quiere que piensen que tiene demasiada imaginación... Pero algún día, cuando llegue el momento, se lo contará todo.

En la cabaña del lago, el pasado: El tiempo pasa y la pena se convierte en recuerdos, pero nunca olvidarán a ninguno de ellos. Por aquel lugar pasan viajeros. Las hermanas de Dan que aún

están solteras van conociendo a algunos buenos hombres de los que se enamoran.

Y tras irse desposando, se han ido a vivir con ellos. Una a una se van alejando, pero no demasiado. Construyen cabañas a lo largo de la orilla del lago. Hasta que quedan...

La hermana gemela de Dan, él mismo, y los desposados Elengo y Parteko. Pero no están solos, porque esta pareja ha ido llenando el hospedaje de hijos, al igual que hicieron sus padres. La pequeña conoció a un joven de una granja cercana y viven en una parte más alejada de la cabaña, y también han comenzado a fundar su propia familia. Dan está contento con verlos crecer y salir adelante y adora a sus sobrinos.

Pero al poco tiempo comienza a percibir una extraña sensación que le indica un camino a seguir y que comienza bajo el pico de Báttux, exactamente en el paso de las dos piedras; de allí nace una senda que se desploma montaña abajo hasta un lejano valle.

Y al fondo, en forma de una densa nube, ve un rostro de mujer. Es curioso, pero desde que tuvo uso de razón, ese lugar que se observa perfectamente desde su ventana en los días claros le resulta muy familiar. Aunque se encuentra a una jornada de distancia, nunca ha estado allí, pero cuando piensa en su entorno, lo ve en su interior como si lo conociera a la perfección.

Sueña con las aventuras de Pólari y fantasea con las gestas de Mextagón. Está seguro de que también tuvieron un sueño semejante el día que partieron de sus hogares, entre otras cosas para encontrarse con sus amadas esposas, y quiere vivir sus

propias aventuras como hicieron ellos, y quién sabe si tal vez el rostro que se le aparece en su cabeza sea el que él ame algún día.

Una sacudida de cabeza y la decisión está tomada. Se lo comunica a las hermanas y ellas consienten en que realice sus sueños, confiando en que tardará algún tiempo en partir. Pero no tanto, porque este día han llegado los cazadores...

Jarzalix (el águila, llamado así por su prominente nariz con la forma del pico de tan formidable ave) y Otxo (el lobo, llamado así porque siempre va vestido con la piel de dicho cánido y su gorro para el frío; está elaborado con la parte de la cabeza). Siempre se abastecen en la posada de pertrechos y avituallamiento para la temporada de caza.

Se quedarán, como cada primavera, tres días con sus correspondientes noches preparando trampas, durante las cuales le cuentan al joven sus andanzas pasadas en las zonas hacia donde se dirigen... y los acontecimientos se precipitan. Sus hermanas se resignan a la partida, porque de algún modo, en su cabeza presienten lo que le depara el destino, y que debe acudir en busca de él. Pero antes le preparan los dos mejores caballos de la cuadra que él mismo ha cuidado, le proporcionan las mejores armas y llenan bien su zurrón. “El destino de Dan está trazado”.

En el paso de las piedras... Así que dos años después y como había soñado, aquí están los tres bajo las dos grandes rocas después de haber repelido nada menos que el ataque de una gran manada de lobos salvajes. Y el muchacho, visiblemente emocionado por la añoranza hacia sus familiares de la cabaña del lago, pero sobre todo por el recuerdo de los que se fueron, se dirige a sus compañeros de partida.

— **Dan:** *Después de tantas desventuras compartidas, quiero deciros que os estoy inmensamente agradecido. Me habéis ayudado a sobrellevar la nostalgia que sentía por mi familia y vosotros formáis parte de ella. Nos queda poco tiempo juntos y tenemos que aprovecharlo bien. Pronto nos separaremos, pero tengo el presentimiento de que volveremos a vernos.*

Parece ser que Dan ha terminado de contarles la historia de su familia y de la cabaña del lago, pero sus oyentes no lo creen así. Cuando se va a tumbar para recostarse y dejarse llevar por el sueño, Jarzalix se lo impide.

— **Jarzalix:** *Un momento, muchacho, no creas que nos vas a dejar así, con la duda. ¿Qué era el legado del que has hablado?*

Dan, ni ha pensado que este hecho despertaría curiosidad entre sus dos oyentes, pero ve que sí. El más viejo le sujeta por el brazo para que no se recueste; Otxo mira con cara de atontado esperando la respuesta y le anima con las manos para que hable. Y Dan no tiene más remedio que sincerarse con ellos y cuenta... más bien nada, porque solo dijo.

— **Dan:** *Lo siento mucho, es un secreto que debo guardar, ni siquiera mis hermanas lo conocen; ahora solamente yo y mi bisabuela Báttia somos sabedores de él. Pero podéis estar seguros de que tanto mi familia como vosotros, que os considero parte de ella, algún día lo sabréis.*

A la vez que habla, fija su mirada en los ojos de ellos, y los cazadores parecen entender un extraño mensaje que llega directamente a sus mentes, sin que abra la boca. No se satisface

su curiosidad, pero la respuesta del muchacho es convincente al acompañarla de tan penetrante mirada.

Por ahora se conforman, pero algún día reclamarán la desvelación del secreto. El muchacho no lo hizo a propósito, pero viendo la expectación que había despertado al lanzar una incógnita, no dudará en utilizar esta misma artimaña en futuras historias que contar. Sintió gran placer y orgullo al haberlo hecho, y decide que esta será una de sus aficiones favoritas; será contador de historias ocupacional.

Los orgullosos cazadores disimulan la emoción por haberlos considerado de su familia y no pueden evitar abrazarse al muchacho. Para ellos también se ha convertido en el hijo que nunca tuvieron, y le echarán de menos cuando tengan que separarse, que será dentro de algunos días cuando esté terminado su trabajo.

La historia que ha contado ha sido entretenida, está llena de emociones y además con un interrogante en el aire. Qué más se puede pedir. Así que los dos al unísono le nombran narrador oficial del grupo por el tiempo que resta. Y por supuesto, ya tiene que estar preparando alguna para las siguientes noches.

Hoy es el último día y toca recoger el campamento para dejarlo tal y como estaba antes de llegar; reparten las pieles y la carne; cargan los animales... y la despedida, como era de esperar, se hace muy triste. Los veteranos cazadores le habían ofrecido seguir en su grupo, pero Dan quiere adentrarse en el valle que aparece en sus sueños, aunque no puede evitar pensárselo dos veces debido al apego que los ha tomado. Ellos conocen sus ansias por conocer ese rincón del mundo y no insisten.

El muchacho entrega a sus maestros de caza un pergamino con dedicatorias para cada una de sus hermanas, y otra para que se la den a Báttia, cuando por allí pase. Son frases de amor y de añoranza, pero también de esperanza porque pronto se volverán a ver, y tras recogerlo Jarzalix sin querer mirarle a la cara, porque teme no poderse aguantar las lágrimas que amenazan con escaparse de sus ojos, espolea a su montura...

Otxo, más sentimental y menos rudo en acciones, no puede aguantarse y, sin bajarse del caballo, se acerca al muchacho y le abraza... por decimoquinta vez, pero este último apretón no parece tener fin; hasta se diría que tiene cuatro brazos por la fuerza con que lo realiza... Y, no es que lo parezca, en realidad son cuatro las extremidades que le rodean y dos cabezas las que están rozando su frente. Al final Jarzalix se los ha unido. Secándose los ojos con la bocamanga, dos se dirigen hacia un lado y uno hacia el otro. Pero esta vez, sin mirar atrás.

Dan coge la empinada y sinuosa senda que le lleva al valle. Los viejos cazadores toman el camino de enfrente que lleva hasta la cabaña del lago. Allí, darán testimonio a su familia de la buena salud de la que disfruta Dan, y después de hacer noche en la posada, como suelen hacer cada final de temporada, se encaminarán hacia la aldea de Rialto, donde pasarán el invierno.

Y en primavera, volverán a revivir de nuevo sus aventuras en cualquier parte que pudiera haber caza. Una última mirada hacia atrás y tan solo divisa ya sus siluetas, pero una mala pasada le juega su visión...

En vez de monturas y jinetes, divisa el contorno perfectamente definido de un gran lobo de montaña y a su lado, caminando en hermandad, la figura de un águila de las cumbres.

Se le ha venido a la mente la predicción de su tía Báttia. “Te irás del lago con un lobo y un águila”.

Ahora lo tiene claro... “Son ellos”. Y está atravesando la cumbre de las montañas... ¿Encontrará en el valle a la cantarina que lava la lana de los corderos?... Y con gritos de ánimo azuza a sus monturas para que aligeren el paso... Y estos, contagiados por su euforia, trotan al son de una improvisada melodía que sale de la boca del jinete en forma de armonioso silbido...

Y en su mente se vuelve a reflejar el rostro de una mujer que ya le es familiarmente conocido.

Capítulo 17

EL VALLE ROJO

En el presente. El Manantial. Vereda abajo se encamina el recién nombrado cazador, hacia su destino, acompañado de su peculiar pandilla; monta sobre Azcarra, la poderosa yegua, y por detrás, los sigue el fiel caballo Naíko, descendiente del primero llamado así, en honor al que un día rescató Mextagón de las fauces de los lobos y que después salvo a las hijas de Batuzáim decimo, gracias a él, podría decirse que Báttia ahora puede velar por Dan.

Este va cargado con los utensilios y las pieles. Ambos caballos, aunque cruzados con otra especie del Bosque Nublado, son descendientes de los antiguos Bufantes del pasado.

Y el muchacho es consciente de ello, porque se lo contó su abuelo Mextagón, y podría ser cierto porque en lo alto de sus testas nacen las típicas protuberancias que se limitan solo a eso, un par de bultos aflorando por entre el pelaje de sus cabezas entre oreja y oreja, indicando que en ese lugar hubo algún día en sus antecesores dos pares de imponentes cuernos.

La tropa la completa alguien que dormita acoplado delante de su montura; es el nuevo componente, Darking, el lobezno negro recién adoptado.

El arroyo que nacía en la cumbre desapareció hace unas leguas en una cueva, y se ha dejado de escuchar su murmullo. Para los caballos resulta dificultoso descender por la empinada vereda; sus patas delanteras están frenando todo el rato y las

traseras se arrastran sin control. El jinete va esquivando las ramas cuando puede, porque otras veces le golpean en el rostro arañándole la cara. No han avanzado demasiado porque su marcha es sosegada para ir contemplando la naturaleza que se muestra exuberante a su alrededor, pero finalmente, en una tregua que da el empinado camino, se detienen.

Aligera la mitad de la carga al cansado caballo para traspasársela a la yegua y compartir el peso entre los dos, y él continúa a pie el resto del descenso. Al cachorro medio adormilado, le acopla en un morral que cuelga de la grupa de la hembra. De medio, pasa a totalmente aletargado a consecuencia del balanceo y sobre todo por la calidez de su improvisado lecho. Incluso así, cuesta avanzar hacia su destino.

De cuando en cuando, alguna raíz atraviesa el sendero dificultándoles el paso, porque desde que abandonaron las dos enormes rocas del paso de montaña hasta ahora, ni una sola piedra más aflora de entre la tierra roja.

Más que un camino, parece una interminable escalinata que se pierde entre la niebla que emerge desde el valle. Bruma, que solo se puede distinguir desde los escasos claros del bosque, causados por el derrumbamiento de árboles milenarios, sin duda, caídos en el invierno por el peso de la nieve.

Tranquiliza y sosiega el sonido natural ocasionado por el canto de las aves y el susurro de las hojas agitadas por la brisa. Y no tanto, algún extraño rugido, que de vez en cuando emite alguna alimaña, o el grito angustiado de sus presas.

Hacia media tarde, se une otro ruido más agradable todavía. Algo más abajo de donde se encuentran, desde una

depresión en el terreno presentado en forma de barranco y entre impenetrables zarzamoras, emanan aguas cristalinas que se precipitan ladera abajo serpenteando entre las raíces de árboles y arbustos.

Posiblemente, sea el mismo arroyo que, cansado de ocultarse por intrincadas galerías, ha decidido salir a ver el sol de nuevo, si es que le dejan las copas de los árboles. Dan se alegra por si arrecia la sed, y calcula que se encuentran a medio camino para llegar hasta el fondo del valle. El caso es que la noche no tardará en llegar y hay que buscar un buen resguardo porque negros nubarrones amenazan con tormenta.

El camino y por un leve trecho transcurre por una rampa natural y más bien llana, como una especie de larga balconada que frena ligeramente la inclinación del terreno. Por un lado, el barranco donde nace el arroyo; por el otro, la empinada ladera repleta de árboles, y de repente frente a ellos cae un rayo impactando sobre un enorme pino que se desploma atravesando la senda y los impide continuar la marcha.

Hacia arriba, la pendiente es intransitable, entre la propia verticalidad y la maleza, y por abajo, más de lo mismo.

El viejo árbol caído germinó en su día justo al borde de la depresión, estando ya muy debilitado por el peso de la nieve invernal y los fuertes vientos del principio del otoño, solo ha hecho falta este misterioso rayo para que se haya volcado hacia el regato.

Al alzarse todo su enraizamiento, ha quedado una oquedad casi cóncava en la ladera. Entre las raíces y la pared de tierra podría pasar él, y también Dark, pero las caballerías es

imposible que puedan cruzar. Es curioso cómo este árbol, que llevará allí cientos de años, ha ido a tumbarse justo cuando iban a pasar...

Unos minutos antes y podrían haber cruzado... y por un par de segundos no les ha caído encima... “Porque no es mal pensado, que si no podría decirse que lo ha hecho adrede para que se detenga precisamente allí mismo, junto a un manantial”.

Poco tiempo de luz queda, pero además los últimos rayos del Sol se van ocultando tras las nubes que se acercan desde el norte. No tardará en diluviar, y las tormentas de otoño en estas montañas dejan tremendos torrenciales de agua. Así que, como no tienen más remedio, este será un buen lugar para pernoctar.

Como Dan no dispone de gente con quien hablar y los animales tienen orejas para escuchar, ¿por qué no va a hacerlo? Y a ellos se dirige cada vez que siente la necesidad de expresar sus pensamientos en voz alta.

— **Dan:** *Bueno, queridos amigos, ¿qué os parece este lugar? ...*

La respuesta es obvia, un relinchar de Azcarra que siempre es la primera en tomar la palabra, y después replica Naíko. El lobezno, solo le mira con cara de no saber ni lo que está ocurriendo.

— **Dan:** *En vista de que tengo vuestra aprobación y nadie se opone, aquí nos quedamos esta noche. Así que a trabajar se ha dicho.*

Como siempre, lo primero es aligerar a los caballos y estos, una vez liberados de atalajes, salen disparados hacia los frutos que nacen en las zarzas a uno y otro lado del sendero, y no tardan en estar masticando el sabroso manjar. El joven cazador, a continuación, coge el hacha y comienza a cortar las raíces del árbol caído, para despejar el hueco que ha quedado entre el tocón del árbol y el talud de la tierra desnuda.

Después del recorte, el espacio queda de buen tamaño. A continuación, corta algunas ramas que coloca desde el tocón de la base hasta el borde del cortado, entramadas y bien atadas con ligaduras de cuero para que el viento no lo derrumbe.

Después, lo cubre con unas cuantas pieles curtidas que lleva para este fin, y cierra un habitáculo suficientemente grande en el que todos cojan en su interior. El siguiente paso es meter los apeos.

Con especial cuidado coge un par de paquetes bien envueltos entre pieles. Hace dos años que los lleva consigo desde que salió de la posada; uno es un regalo muy especial de sus hermanas; el otro, se lo dio su madre antes de reunirse su alma con la de sus antepasados.

Y después, a hacer una hoguera. Leña hay de sobra, porque ha quedado un buen montón al limpiar el tronco y recortar las ramas del árbol, así que, bien administrada, habrá para varios días.

Los caballos ya han cenado; él y el lobeño han ido tomando algún bocado mientras trabajaban, bueno, uno solo; el otro, por cómo le observa, se diría que supervisa para que todo quede bien, así que ya pueden hacer el fuego. Tiene un extraño

punzón que trajo desde la cabaña del lago con el que no le cuesta encenderla frotándola contra una piedra negra. La hoguera está situada estratégicamente en el exterior de la entrada para que no entre el humo, y bien pegado para recibir su calor. Nada más prender, comienzan a caer las primeras gotas.

De nuevo utiliza una piel apoyada sobre dos palos que coloca a modo de toldo para resguardar la hoguera del aguacero, y a buena altura, para que no se prenda con las llamas. Pronto las gotas se convierten en chaparrón, que amenaza con no parar durante toda la noche.

Al rato corre el agua descendiendo por la pared de tierra, y moja el suelo de la improvisada cueva. Se apresura a cavar una zanja con el hacha en la zona alta por el borde del cortado de arena para desviarla. La tierra está reblandecida por la humedad, y lo consigue en poco tiempo. Pero ahora la corriente aumenta su caudal en el rellano de abajo y se dirige hacia la hoguera, así que hay que rodearla con piedras.

Esto es lo habitual, pero en esta montaña escasean y no encuentra ninguna. Quizás en el lecho del arroyo puede haberlas, pero no se ve casi nada y declina en la búsqueda. No merece la pena lastimarse al descender la ladera a oscuras. Un experimentado cazador como él encuentra solución para todo. Se halla de pie frente al refugio con la mirada perdida, buscando concentración, y ni se ha dado cuenta de que sus pies están sobre un charco de agua.

Al levantar uno de ellos, se le ha pegado un montón de lodo rojizo y pegajoso en la suela de su calzado. Lo limpia ayudándose con el cuchillo y el resultado es una pellada de barro. Y esto le da la idea que necesita.

No tarda en probarlo y del propio charco comienza a sacar más puñados. Cuando tiene un montón, lo moldea como si fueran piedras y, cuando llega a una veintena, las coloca alrededor de la hoguera y así se desvía el agua.

También queda resguardada de la brisa, que de otro modo haría que la leña se consumiera con mayor rapidez. Hasta hoy, ha manejado el barro rojo del lago para hacer figuritas, pero ahora le ha dado otra utilidad más provechosa a este del otro lado de la montaña.

Un poco apretados, pero entre la hoguera y la estanqueidad del improvisado refugio, es suficiente para mantenerse secos y calientes. Pronto el sueño vence a todos, menos al lobito, que ya lleva un buen rato durmiendo en un acogedor rincón.

Por fin sueña tranquilo sabiendo que los caballos son unos excelentes vigilantes, como hace poco han demostrado en el ataque de los lobos. El único ruido que se escucha en el exterior es el del agua estrellándose contra la piel del techado y la corriente del arroyo, que, en lugar de molestar, arrulla sus sueños. Así es como Dan acaba de improvisar su primera noche en lo que será su nuevo territorio, y la mañana no tardará en llegar.

Los primeros rayos de sol aparecen entre las copas de los árboles sin nubes que lo impidan, como suele ocurrir en casi todas las tormentas de esta estación. Dan reaviva la hoguera para prepararse una infusión de hierbas reconstituyentes, cuando observa los amasijos de barro que puso junto al fuego.

Estos, con el calor, se han endurecido y forman un bloque compacto; la parte exterior está húmeda, pero la interior permanece seca. Así que piensa en voz alta.

— **Dan:** *Vaya, con este barro se podría mejorar el refugio...*

Esto le dará muchas posibilidades para reforzar las paredes e impermeabilizar el techado, y en gran medida también se necesitará menos madera. Vituallas, por ahora no necesita; los cazadores le han provisto de una buena cantidad para pasar al menos los días de viaje. El camino está obstaculizado por el enorme tronco; la copa ya la ha limpiado por la noche, y él podría haberse abierto fácilmente paso para salvarlo y continuar su marcha.

Pero prefiere despejarlo a conciencia para que otros puedan pasar sin esfuerzo por allí. Le espera una ardua tarea cortando el espeso y duro tronco en tres partes manejables, así que se emplea concienzudamente en conseguirlo. Mientras estrella el hacha una y otra vez contra la madera, los caballos pastan y el lobeño sigue dormitando con la panza bien llena; parece el ser más feliz de la tierra. A media mañana, el cachorro se despierta asustado, al oír el restallido de la primera parte del tronco al desquebrajarse.

Dan premeditadamente; ha planeado el corte en lugar estratégico, para que cuando se rompa el tramo más cercano al precipicio, se deslice ladera abajo, en dirección al arroyo. Y así sucede. El tronco cae cuesta abajo, y lo hace con tanta violencia y rapidez que la punta se incrusta en el curso del arroyo, obstaculizando el paso de la corriente y muy cerca de su afloramiento.

Dan sigue con la mirada el recorrido del pedazo de árbol. Al principio, no creyó que pudiera llegar al cauce, pero al poco

tiempo vio cómo el agua saltaba por encima del obstáculo, provocando un estancamiento en forma de represa y una pequeña cascada saltando por la improvisada barrera. Esto, realmente, no causa ningún daño; todo lo contrario, es un excelente abrevadero para refrescarse y puede ser utilizado por todos los moradores de la zona. Así que, a partir de este momento, hay un estanque junto al manantial.

Después de un descanso y reponer fuerzas, continúa con el segundo corte, que es justo por encima del pie del tronco, que servirá como pared paralela al cortado de tierra. Emplea en ello el resto del día y gran parte de la mañana siguiente. Cuando lo logra, sí que necesita la ayuda de sus compañeros para retirarlo.

Primero rodea el trozo de árbol con cuerdas, y el otro extremo lo ata a sus dos compañeros de cuatro patas, que tiran de él a la orden del muchacho. Al principio ni se mueve, porque está totalmente pegado a la tierra que se había adherido durante la lluvia a su alrededor. Así que tiene que excavar todo el barro seco.

Cuando está libre de obstáculos, lo intentan de nuevo. Los caballos aprietan sus cuartos traseros contra el suelo, y él mismo empuja por detrás mientras los arenga para que tiren con el máximo de ánimo. Hasta el pequeño lobo arrima el hocico, imitando a su nuevo cuidador, y tampoco se mueve ni un ápice. Hasta que los dos caballos a la vez, impulsados por un nuevo grito de ánimo por parte de Dan, alzan las patas delanteras hasta sobrepasar su propia cabeza y realizan un último esfuerzo, dando un fuerte tirón hacia adelante.

Los animales tiran con más bravura, y es suficiente para que la mole de madera comience a moverse, mientras su amigo humano no deja de animarlos, gritando.

— **Dan:** *Ánimo, Naiko, tira más fuerte, Azcarra, y tú, Lobezno, ¿podías hacer algo más, ¿no?...*

Darking, agotado por ver el esfuerzo de los otros, se tumba en el suelo bostezando y se relame los hocicos, como si con él no fuera la cosa. Los demás no paran hasta llevarlo donde se habían propuesto, y continúan hasta que el enorme madero queda fuera de la vereda. De tal forma que, apoyado sobre dos grandes árboles ya maduros, hace las veces de barrera de contención para evitar las caídas al barranco.

Los siguientes terminarán de fortalecer el refugio. Primero desmonta todo el techado provisional y excava las paredes horizontalmente para darle más amplitud a la estancia, amontonando el barro extraído a un lado del camino. Ya tiene excavado el terreno, pero la parte de la ladera podría derrumbarse cuando vuelva a llover.

Normalmente colocaría madera o piedras para entibarlo. De estas últimas ya lo ha comprobado y no hay ni una sola en los alrededores, y madera, le costaría mucho esfuerzo recolectarla y arrastrarla hasta allí. Un muchacho avisado como Dan aprovecha bien todo lo que le rodea y, mirando las argamasas de barro endurecido, ya lo había pensado: fabricar piedras de barro para reforzar todo el contorno.

El primer día, el barro se mantiene húmedo y no le cuesta moldear bloques rectangulares de buen tamaño. Después los cuece con fuego. Hace una hoguera grande y los pone

alrededor. Cuando están bien secos y calentitos, los va fijando en hiladas más o menos niveladas, utilizando como argamasa más barro rojo mezclado con la tamuja de los pinos.

Termina el día cuando le llegan a la altura de la rodilla y necesitará al menos tres o cuatro días para fabricar suficientes con los que llegar a la altura en que los caballos no tengan que agacharse. También ha comenzado la base de una chimenea con el mismo material para que el fuego no se desparrame y puedan respirar aire limpio en el habitáculo.

Pasada la noche, el barro del montón se está secando; será necesario humedecerlo de nuevo y el agua está en el fondo del barranco. No hay más remedio que acarrearla, y para ello, cava escalones en la tierra para descender y así poder trasladar el líquido más fácilmente.

Para el transporte, utiliza dos pellejos de piel que ata cada uno en la punta de una rama para facilitar el traslado. También necesita extraer más tierra roja, así que la excava del camino por el borde más empinado, ampliando el espacio llano junto al hueco que dejó el árbol caído. También necesita un foso donde verter el agua de los pellejos. Un par de palmos en profundidad, por tres pasos de largo y uno y medio de ancho, es la medida que considera suficiente para su cometido.

No es más ancha la zanja para que quede paso en el camino, por si tuviera que pasar alguien mientras dura la obra. La arcilla es prácticamente impermeable y apenas se filtra el agua que deposita; después añade la tierra y con esmero prepara la argamasa de barro, pisándola con sus pies descalzos.

De diez en diez, separa parvas del tamaño que ha considerado idóneo para cada ladrillo, los mezcla con el tamujo y después los moldea en forma cúbica dándole más o menos un par de palmos de ancho por otros tantos de largo y alto. Después repite la operación, y cuando tiene una buena cantidad, cuatro veces más que el día anterior, los coloca paralelos al cortado que va quedando fruto de la excavación realizada.

Una fila pegados al borde, y la otra separada en un par de zancada. los extremos también los cierra con el mismo material, y en el espacio que queda en medio del pasillo, deposita leña hasta llenarlo. Prende la hoguera y deja que se caliente el barro hasta perder la última gota de agua. Para esto, se necesita que esté avivada toda la noche, y se la pasa trasportando más ramas secas que encuentra a su alrededor.

Así lo repitió durante varias jornadas, y cuando hubo finalizado todos los muros y paredes dejando entrada por ambos lados, pensó en el techo. Ya en alguna ocasión y en otras zonas más alejadas de allí, donde había rocas y piedras, había visto como en alguna cabaña colocaban finas lajas de pizarra.

Pero aquí, tampoco hay muestras de esa piedra. De lo que sigue disponiendo es de mucha tierra enrojecida en la ladera de la montaña y mucha agua del manantial. Con que, a hacer barro otra vez. Pero esta vez con forma de planchas muy delgadas para que no pesen demasiado.

Después de tener fabricadas suficientes piezas, toca hacer la estructura de la cubierta. Como apoyo, utiliza los maderos del antiguo tejado y los apoya desde un lado a otro de los muros, para que aguante el peso, y con buena inclinación pensando en las nevadas del invierno. Coloca las losetas o tejas sobre la estructura

de madera, bien entramadas para que corra el agua de una a otra sin penetrar en el interior.

Ahora el aspecto que presenta su construcción es como una cueva roja, porque para impermeabilizarlo todo, ha embadurnado techos y paredes con más de este pegajoso barro, por dentro y por fuera.

Las puertas para que no pase el frío, las realiza con madera entramada y forrada en el interior con una gruesa piel para que no pase el frío. Otra similar sirve para un hueco que hace las veces de ventana. El final de la chimenea está coronado con una losa más grande que el propio hueco, apoyada en dos laterales de bloques para evitar la entrada de las lluvias.

En el interior ha quedado espacio suficiente para crear un habitáculo donde cogerán todos holgadamente. El Aposento queda dividido en dos partes por una gruesa raíz que sale del centro del tocón y se incrusta en la tierra de enfrente. Así que, el lado este que viene del paso, queda destinado para él. Y el lado oeste que lleva al valle, será la caballeriza para Naíko y Azcarra.

Han pasado varias jornadas. Dan no lleva la cuenta, pero seguramente, más de una veintena de duro trabajo. Los caballos, sin que nadie se lo diga se meten en el interior como queriendo revisar su nuevo refugio y relinchan felices.

Barruntan la llegada del invierno, y aquí pasarán sus frías noches bien acomodados. Una vez pasada la revisión, Dan busca al cachorro que ya ha crecido algo más, pero continuando con su afición a las siestas, está junto al fuego y eso que está apagado.

Ya ha escogido su sitio preferido, tumbado sobre una piel negra que ha extendido su cuidador y que al cándido le resulta familiar su olor.

Durante un buen rato, el Lozano y novel constructor de cabañas, observa su obra, sentado sobre el tronco del árbol que quedó en la orilla de la vereda. Y quizás no sea la más bella del mundo, pero a él, se lo parece. Y esta noche dormirá satisfecho y a pierna suelta rememorando al abuelo Mextagón, cuando reconstruyó la cabaña del lago.

Durante este tiempo, se ha alimentado con las reservas almacenadas, reforzando su dieta con cantidades de moras y otras ambrosías que por allí no escasean. La carne y las castañas del saco se agotan, los frutos procedentes de zarzas cercanas casi no quedan y necesita más Vituallas para resistir el invierno.

Desde que llegaron al lugar, apenas se han alejado de la choza del manantial, y Dan se dispone a investigar su nuevo hábitat.

Primero recorre las cercanías y a menos de un centenar de pasos, tras un giro que hace la vereda, descubre un terreno en medio de la ladera.

Despejado de maleza y con muy poca inclinación, pero cubierto por pastos frescos y verdes helechos. Dan, buen conocedor de la naturaleza y de la evolución que ejercían ciertos factores, pudo leer a simple vista lo que había ocurrido.

Por el aspecto ennegrecido de los restos de árboles, seguramente hace mucho tiempo, y a causa de la caída de un rayo procedente de alguna de las muchas tormentas de verano que

acosaban las montañas rojas, habría provocado que ardieran los árboles del contorno. Después cuando se secaron, caerían al suelo y sin obstáculo alguno que se lo impidiera, los troncos rodaron hasta el borde del actual camino, y estos se apilaron a modo de dique apoyados sobre arboles sanos y bien fijados al terreno. La erosión de la frágil tierra desprovista de maleza y el paso del tiempo hizo que se fuera acumulando barro y más barro en la presa formada, hasta quedar casi llano el terreno. Después las hojas secas abonaron la tierra y creció el herbazal que ahora se aprecia.

Esto será una buena fuente de alimentación para los caballos, podría ir cortando el heno y reservarlo para cuando lleguen las nieves. Además, esta llanura, sería ideal por si algún día necesitara construirse una cabaña más grande. El Agua está a un paso y el camino bordea la parcela.

Los troncos acumulados en la parte baja componen una irregular pared de buena altura, mejor sitio sería difícil de hallar. Por abajo, el muro de palos y por el resto la inclinada ladera que además dispone de una frondosa maleza hace imposible el acceso al lugar.

Dan es un buen arquitecto para su época, porque tras un rato de cavilar y estudiar bien el contorno, desarrolla en su cabeza un proyecto que podría ser viable en el futuro.

Al comienzo de la curva donde la empalizada es de menor altura, difícilmente se mantiene firme una porción de tierra suelta. Contenida por ramas delgadas, medio rotas y descompuestas, solamente tiene que cortarlas con su hacha, justo por la mitad entre dos gruesos árboles. Después, ayudado de sus fieles

caballos, tiran de ellas hasta que se quiebran del todo, y la tierra se desparraforma formando un talud de pequeña inclinación.

Coloca troncos en los costados formando una rampa de acceso, tan ancha que si fuera necesario podría pasar un carro por ella. Los primeros en estrenarla han sido Naíko y Azcarra, que ya se están dando un buen festín con la hierba fresca.

El lobo se ha perdido entre los helechos, y aullando, tiene que pedir socorro a sus amigos para que le rescaten. Lo único que falta ya, es comprobar la distancia que hay hasta el poblado del valle, y explorar el terreno para conocer la caza que pueda haber por la zona.

Al día siguiente y a primera hora de la mañana, ya cabalga sobre el robusto caballo Naíko. La yegua sigue de cerca a sus compañeros, y el lobito a juzgar por sus alaridos intenta seguirlos, Dan le ha encerrado en el interior de la choza y no sabe ni cómo, pero se ha escapado. Así que le introduce en su habitual puesto para viajar, las alforjas del caballo.

Jinete, montura y acompañantes, recorren la ladera por una zona en la que se relaja tenuemente la pendiente, y no tarda en divisar Huellas. Muchas de ellas proceden de pequeños roedores y conejos de montaña, algún rastro más es de corzos, venados y jabalíes, incluso de lobos.

Rastros que Darking, aunque es muy pequeño reconoce de inmediato y se pone a aullar, pero dicho sonido pasa desapercibido. Su pequeña voz, no alcanza el potente aullido de un lobo adulto. Profundizan más en la espesura y cada vez se incrementa el número de rastros y huellas. Dan, reconoce casi todas, pero algunas en particular llaman su atención. Las huellas

frescas y recientes de una osa grande, junto a las de alguno más pequeño, tres para ser exactos.

Capítulo 18

EL OSO

El cazador sabe por experiencia, que una madre es más peligrosa cuando tiene cachorros, así que toma precauciones para no cruzarse en su camino y se dirige en dirección opuesta. Después, deja al lobezno y a Azcarra en un pequeño claro y acompañado solo por Naiko, va colocando alguna trampa para conejos y otras para los de mayor tamaño.

El hecho, es que no conoce el terreno, y al final de la tarde se topó de lleno con la familia de osos que habían dado la vuelta para regresar a su osera a pasar la noche. Y los tiene a menos de cincuenta pasos.

Ya había visto actuar a sus amigos Otxo y Jarzalix como cazaban un macho en equipo. Pero cuando se trataba de familias de osas con sus oseznos, simplemente se paraban inclinando la mirada para mostrarla su respeto y las dejaban pasar. Siguiendo las lecciones recibidas, cuando la familia osuna se acerca al novel cazador, este desmonta, gira al caballo dándoles la espalda y mira al suelo en señal de sumisión, y la comitiva pasa junto a ellos.

La Madre gruñe suavemente sin retirar su inquieta mirada del jinete y montura, pero confía en el acto de sumisión. Sobre todo, cuando el joven humano eleva los ojos levemente y la madre penetra en su mirada, la cual indica que nada debe temer de él. Intuyendo que no quieren hacerles mal alguno, pasa casi rozándose con él humano.

Tanto, que el sonido de la respiración de la osa llega a sus oídos y puede sentir el latir de su corazón. Los oseznos esbozan pequeños gruñidos, que la verdad resultan más simpáticos que terroríficos. Debe mantener la calma y a la vez tiene que tranquilizar al asustado caballo. Él también tiembla, pero por la emoción que siente al estar tan cercano a ellos.

Casi han pasado, cuando de repente la osa se da la vuelta y amenazante se pone en pie. Dan, suelta al caballo y lo azuza para que al menos él, se ponga a salvo. Coge el hacha con la izquierda, una lanza con la derecha y se pone en guardia. Cuando se fija con más detenimiento en la mamá osa, ve que no dirige sus gruñidos hacia él.

No tarda en saber hacia dónde mira. Por el oeste, se agita bruscamente la maleza y aparece el oso más enorme que jamás ha visto el cazador, y ni siquiera podría imaginárselo. También está en pie y amenaza a la madre.

Ni se ha fijado en Dan, parece obsesionado con hacer presa a los tres oseznos. Pero lo que, si le da tiempo al cazador, es en fijarse en el pelaje del gran oso y compararlo con el de los pequeños.

Todos son pardos, pero al grande, del mismo modo que a los pequeños, desde detrás de la nuca y por toda la espalda hasta su corta cola, los recorre una franja de color blanco por toda la piel, evidencia absoluta de que son de su propia descendencia. Pero este detalle no le preocupa a ningún oso adulto, y este, está dispuesto a acabar con su existencia.

El macho dobla en envergadura a la hembra, pero esta no se amedranata, y ambos pugnan en duelo por quién ruge con mayor intensidad, exhibiendo sus afilados colmillos mientras se acercan el uno al otro. Dan, comprende que la madre tiene todas las de perder y evalúa la situación.

— **Dan pensando:** *“La madre luchará hasta la muerte, después el gran oso matará a los oseznos y el resultado será el de un solo oso vivo y cuatro muertos”*.

Las cuentas no le cuadran. No le gusta intervenir en los asuntos de la naturaleza, pero... ¿Por qué está allí, y en este preciso instante?... Quizás sea el destino que le ha enviado, o acaso simplemente sea la casualidad.

El oso grande, comienza el ataque definitivo; la osa le espera sin posar las manos delanteras en la tierra, y Dan, sin pensarlo más, se prepara para actuar. En el último momento, cuando los dos animales van a entrar en contacto, el oso se frena de golpe y desvía bruscamente su trayectoria hacia un lado, debido al dolor que le causa la lanzada de Dan.

No ha sido letal del todo, pero lo suficiente para debilitarlo y distraerlo. La madre termina el trabajo con varios zarpazos, y cuando este cae al suelo, recibe un terrible hachazo en el centro de su cráneo, quedando fulminado al instante.

Extraña es la colaboración entre dos especies que suelen estar enemistadas, pero a veces la necesidad obliga, y surge la magia. La osa no sabe qué hacer y mira a su aliado con incertidumbre. Dan está también sorprendido por el acto que acaba de realizar; ha sido un impulso involuntario el que le ha

guiado. Quedan uno frente al otro. La osa le mira directamente y el cazador aparta su mirada hacia el suelo. Así es como le dijeron Jarzalix y Otxo que debía actuar en un caso como el que acontece. Entonces el cazador reacciona, y solo se le ocurre hacer lo que mejor sabe, hablar.

— **Dan:** *Jamás te haría daño, ni a ti, ni a tus pequeños oseznos...*

La mamá osa se acerca todavía más, hasta pegar su cara contra la de Dan, tanto que llega a respirar su aliento. La respiración del animal se va pausando, lo que indica una relativa confianza. Momento de sosiego que aprovecha para alzar su vista y mirarla él también a los ojos. Por un momento, parece que los dos conectan entre sí y se transmiten sus sentimientos más internos.

La osa reacciona agitando la cabeza hacia los lados y relaja la mirada. Dan suspira aliviado; el momento de alta tensión parece haber llegado a su fin, y al notar que algo se restringe contra sus pies, deja caer su mirada. Son los tres oseznos que parecen haber entendido el acto del humano y se lo están agradeciendo.

El Cazador los acaricia con cautela por la reacción que pudiera tener la madre, pero esta se gira y se aleja, dejando que el Humano devuelva las muestras de cariño.

Naíko, en acto de valor y camaradería hacia su compañero, no se ha alejado demasiado y ha presenciado la escena por si tuviera que haber intervenido.

Está detrás de él, empujándole con el hocico. La osa continúa su camino y, a los pocos pasos, se le une su camada.

Toda la familia de osos profundiza en la maleza, pero antes de desaparecer a su vista, la osa gira la cabeza por última vez y le dedica una última mirada llena de agradecimiento. Dan, no sabe reaccionar ante la situación, y otra vez recurre a su mejor don, gritándoles.

— **Dan:** *Hasta más ver, amigos, estaré por aquí siempre que necesitéis mi ayuda.*

Así desaparecen de su visión, y Dan se queda emocionado por el momento vivido. Todavía le tiemblan las piernas, pero finalmente se relaja acariciando al compañero que no le ha abandonado en momentos de tanto peligro. Y como es ya una costumbre, habla con él, y esta vez con evidente nerviosismo.

— **Dan:** *Has visto, Naïko... ya... ya, tenemos nuevos amigos en el bosque... y yo, ya soy un gran cazador... primero el lobo jefe de la manada y ahora... Un enorme oso.*

El caballo relincha y agita la cabeza hacia ambos lados al oírle, en clara oposición a las palabras escuchadas, y Dan se siente aludido.

— **Dan:** *Vale, amigo mío. Está claro que, si no llega a ser por la mamá osa, quizás ni estuviéramos aquí ahora. Pero reconocerás que he estado hábil con la lanza, y he rematado con certero hachazo para no alargar su agonía.*

Se jacta el cazador por haber ganado una presa, sin duda desahogando el momento de miedo que ha pasado y que con valentía ha superado. Pero, como es también costumbre en él y ha aprendido de sus antepasados, se tumba junto al oso. Y lo mismo

que hubieran hecho, el mismísimo Batuzáim, pasando por Mextagón, y hasta su propio padre Pólari... Le dirige sus últimas palabras.

— **Dan:** *Siento tu muerte, gran oso, pero no me dejaste más remedio que abatirte. Espero que tu alma sea bien acogida por la naturaleza, y que esta misma le sea devuelta a un nuevo ser tan espléndido como tú mismo. Tu carne y tu piel serán bien aprovechadas y por eso te doy las gracias también. “Hasta más ver, amigo mío”.*

Tras hablar, observa cómo una especie de neblina sale del oso caído y, como si se tratara del humo de una hoguera, se eleva hacia el cielo; hasta juraría que aquella especie de nubecilla tiene la misma forma que el gran oso, pero no se sorprende demasiado porque no es la primera vez que ve algo parecido. Sobre todo, se le vienen a la mente las muertes de sus padres y abuelos.

De todos ellos salió la misma neblina al poco tiempo de haber espirado su último aliento; nadie más lo vio, aunque intentó comunicárselo, sobre todo a sus hermanas; “no le creyeron”. Desde entonces lo guarda en secreto porque a lo mejor... sus ansias de verlos nuevamente vivos le hacen ver estas visiones. De nuevo mira al oso y, mientras se incorpora, el caballo relincha y alza las patas delanteras con cierta impaciencia, como suele hacer cuando se acerca algún amigo.

De entre la maleza, aparece Azcarra, que se ha dirigido hacia aquí cuando escuchó el alboroto. Ella también demuestra alegría a la vez que sosiego, tras comprobar que sus compañeros están a salvo, y sobre todo al ver al oso que yace inerte en el suelo. El lobito, bien acomodado, asoma la cabeza por el zurrón en el

que está metido. Gruñe al oso pensando que todavía está vivo y acto seguido salta sobre la hierba y le muerde la oreja, cabeceando como si quisiera arrancársela.

Una rama que estaba sujeta levemente bajo el oso, de repente se suelta, y es tal el susto que se lleva el cachorro que de un salto se sube a los brazos del cazador y solloza a la vez que esconde la cabeza bajo uno de sus brazos.

— **Dan:** *No te preocupes, Darking, cuando crezcas no le temerás ni al oso más grande del bosque...*

El cazador consuela al animal mientras no deja de acariciar su cogote; después, más animado, vuelve al suelo y esta vez, envalentonado, aúlla con algo más de potencia, pareciéndose un poco a lo que será su voz cuando crezca. Y el bosque que está tranquilo por la ausencia de brisa, le devuelve el aullido a través del eco que reverbera por toda la montaña.

Buen tiempo le lleva despellejarle y más todavía en trocear su carne, quedando de sobra abastecida la despensa con la presa obtenida. Después deja los despojos entre la hierba fresca para que se ocupen de ellos los carroñeros, y más tarde retira las trampas que todavía están vacías para que nada caiga en ellas mientras no esté cerca, y se evita así un sufrimiento innecesario.

Ya casi anochecido, regresa con la carga sobre los lomos del caballo a su nuevo hogar, satisfecho, pero a la vez entristecido, como siempre le pasa cuando un alma abandona la tierra. Con estos pensamientos termina por quedarse dormido al poco de tumbarse en el cómodo camastro que se ha procurado. Varias capas de helechos cubiertos por unas cuantas pieles y otro par más para arroparse. El lobito se acomoda debajo de ellas,

pegado a los pies de Dan. La chimenea, al estar situada en el medio de la cabaña, calienta su aposento a la vez que también coge temperatura en la que dormitan los caballos. Solo una piel de pared a pared los separa. Tras una plácida noche, los cuatro moradores se despiertan al alba para acometer un nuevo día.

Lavanderas en el río. A Dan le espera una ardua tarea; tiene que curar la piel de oso raspándola con el cuchillo hasta dejar libre de grasa el cuero para que no se pudra, y lo mismo con la carne. Le queda poca sal, así que la reserva para mantener seca la piel. La otra opción es ahumarla, y para ello dispone de una especie de horno construido con el único material de que dispone, arcilla roja.

Enciende una hoguera dentro y añade varios tipos de escogidas hierbas verdes para conseguir humo que, aparte de conservar, imprima de aromas agradables a cada pedazo de carne, como se hubiera hecho en la posada de la Luna y el Sol.

Ha habido carne de oso para las comidas y las cenas, y en tres días tiene preparado el resto para colgarla en el techo de la cabaña. Después de esto, no le quedan muchos cordeles y, hablando con los únicos que pueden escucharle, dice...

— **Dan:** *No me quedan cordeles para las trampas... Comer todos los días oso, aburriría a cualquiera... Y también tendré que reforzar el refugio de vez en cuando...*

Con el hacha y el artilugio de raíz que fabriqué para mover la tierra, he podido apañarme, pero una buena azada y algún otro apero me vendrían muy bien... No tendremos más

remedio que ir a algún punto de intercambio para conseguir todo lo que necesitamos, así que ya podéis prepararos para partir.

No se sabe si caballos y lobo entienden sus palabras, pero como siempre que se dirige a ellos, le contestan del mismo modo. Los caballos relinchan de forma que parece que se rían, y el lobito quiere imitarlos, pero solo le sale un leve aullido acorde a su edad. Con esto el humano ya tiene una excusa (que, por otra parte, sería innecesaria) para ir a conocer la famosa aldea de la que tanto ha oído hablar a los viajeros en la posada del sol y la luna. Sin olvidarse de la imagen de sus sueños.

Otra vez a ponerse en marcha. Desde muy temprano y antes del alba, ya ha soltado a los dos caballos para que coman y después los prepara para la partida. Carga sobre Naíko gran parte de las pieles que ha conseguido con los cazadores; incluso algunas son de los lobos que abatieron en el paso. Y sobre el lomo de Azcarra coloca cuidadosamente la mitad de las porciones de la carne ahumada del oso, y por encima de todo, sujetándola bien, pone su piel.

La intención del joven es la de comerciar con los aldeanos, si es que los encuentra. Su destino es incierto, pero para eso ha iniciado esta aventura, para comprobar que la aldea del valle es tan real y bella, como le contaron sus padres.

Con las barrigas de los cuadrúpedos bien llenas y la carga bien sujeta, tira de las riendas de Naíko. Por detrás viene Azcarra, que también lleva a su habitual pasajero dentro de las alforjas, y comienzan el descenso. Él va comiendo por el camino como casi siempre, y bocado que toma, pedacito que le lanza al lobezno, que ya ha doblado su tamaño en el tiempo que llevan en el manantial. Lo que indica que alcanzará unas buenas proporciones cuando sea

mayor. Parecidas al que sin duda fue su padre, el gran lobo negro que abatió en el paso, al que se parece más, cada día que pasa.

Descendiendo sin prisa, va descubriendo el camino. Esta mañana ha amanecido clara y despejada. La temperatura de estos días parece más de final de verano que del otoño bien entrado; incluso se agradece el sombrío que le prestan las altas copas de los árboles. Lo que en lo más alto de las montañas son pinares, en las laderas se presenta en un extenso robledal, y desde un pequeño saliente, se observan no muy lejos de allí, abundantes castaños iguales al del otro lado de la cordillera.

Toma buena nota del camino que lleva hasta ellos porque pronto madurarán sus frutos, y un invierno bien provisto de carne y castañas se convierte en una buena estación. De momento continúan hacia abajo.

La niebla de la mañana ya se ha levantado y el río que la provocaba se adivina en el fondo. Algunos árboles y matorrales más propios de las riberas lo confirman. Ya queda menos trecho por andar y aprovechan una balconada natural que se asoma a la hondonada para echar un vistazo y tomar un bocado para no desfallecer.

No se apresura para continuar el camino; primero recorre parte de la zona a pie para ir conociendo mejor el terreno. Después de la meticulosa exploración, regresa junto a sus compañeros y continúan el viaje durante un trecho más. Cuando por fin llegan al río, no es fácil acceder a su orilla. Una espesa maleza oculta su curso, y toman camino siguiendo la dirección del cauce.

Después de media legua, entre dos espesas sabinas se abre un paso hacia un arenal con forma de playa que recorre el remanso. Por esta orilla no cubre el agua, pero parece más profundo en el extremo opuesto. Las ondas que de vez en cuando se extienden sobre el agua le hacen pensar que son peces, y este será un buen lugar para la pesca.

Él ha aprendido a hacerlo a manos de sus familiares en el lago, pero... ¿Será capaz de atrapar peces en un río?... No se limita a pensar; también tiene que expresarse de vez en cuando para no enloquecer por la soledad y perder la costumbre. Así que para eso están sus compañeros de viaje. Así lo entiende él, porque nunca se le han quejado, y hacia ellos van dirigidas sus palabras.

— **Dan:** *Habéis visto, tenemos de todo, aquí no pasaremos hambre. Castañas por allí, peces por aquí y frutos por todos lados...*

Los caballos que le siguen de cerca desde que desmontó en el páramo, le miran como queriendo entender sus palabras y relinchan, o más bien parecen reprocharle para llevarle la contraria. Primero Azcarra, que, como siempre, se adelanta a Naíko. El cachorro que los persigue sigue a duras penas por el suelo; ni dice, ni desdice nada, y Dan rectifica su desafortunado comentario.

— **Dan:** *Está bien, jamelgos, ya sé que vosotros no coméis peces; lo decía por mí y por Darking. Seguro que este no hace ascos. Se comería hasta el oso entero si le dejásemos...*

Ahora es el lobezno el que se adelanta, y lo hace con un gruñido algo más elevado de tono, dando la razón a las palabras de su compañero. Dan se ríe, y el sonido de los caballos también

parece carcajadas. Continúan camino; el lobo no se despegaba de sus tobillos y los caballos a lo suyo, comiendo brotes de hierba fresca y, de cuando en cuando, alguna majuela.

En una y otra orilla del río, van apareciendo todo tipo de vegetación, entre la que se esconden algunos animales, sobre todo patos y gallinas de agua. Estas últimas son algo diferentes a las del lago, pero podría compararlas con las gallinas de la posada. Los patos son semejantes a los gansos del lago, pero más pequeños.

En cuanto a árboles y arbustos, en los que más se fija y le son de interés, es en la gran cantidad de higueras que todavía mantienen sus frutos en las ramas. Y más todavía las zarzas salvajes repletas de moras maduras.

Estos sí que no los va a dejar para después; llena una buena talega con ellos y a cenar. Improvisa el vivaz debajo de una de las sabinas de la entrada a la playa. Es la de mayor tamaño y arrastra sus ramas hasta el suelo, ofreciendo en la oquedad un buen refugio para la noche. Hoguera encendida, trozo de carne para el lobillo, higos y moras para él, y a dormir sobre mullidas pieles. Mañana buscarán la aldea siguiendo el cauce del río.

Al día siguiente continúan. Sin duda tiene que estar junto al río, y solo espera que no se la haya dejado atrás porque caminan río abajo. No tardan mucho en escuchar algarabía y chapoteos detrás de unas zarzas en la orilla opuesta. Las voces de varias mujeres le transportan al pasado y piensa en el lago, recordando a sus hermanas bañándose felizmente en la orilla, que formaban un vocerío parecido.

La curiosidad le obliga a asomarse. Son varias mujeres acompañadas también por un buen puñado de jovencitas lavando en el río, lo que le parece desde lejos una especie de lana de oveja.

Todas ellas cantan una melódica canción a coro, mientras golpean los vellones de lana contra unas duras y robustas raíces de la orilla. Después los aclaran, y vuelven a atizarlos al son de la canción, hasta que queden limpios y aclarados. Más separado del río, de árbol a árbol, hay tensada una cuerda gruesa de donde cuelgan para secarse un buen montón de estos mechones.

Le resulta curioso a Dan el trajín de las mujeres. Había oído hablar de la lana, incluso vio alguna prenda que llevaba puesta algún viajero que visitaba la posada, pero es la primera vez que observa su tratamiento. ¿Para qué lo utilizarán, así en bruto, sin hacerlos madejas?

Las mujeres no paran de trabajar, ni tampoco cesan en su cántico, pero de repente, se callan todas y llega el tiempo de la solista. Se trata de una bastante joven, más o menos de su edad, que comienza a interpretar un estribillo en solitario. La letra habla de la luna; también menciona a dos amantes que moran junto a ella.

Es la vieja leyenda que habla de una familia que había vivido en tiempos ancestrales junto a la orilla de un lago. Es una de esas historias que a él le resulta familiar y que alguna vez ha escuchado, pero cantada, nunca. Además, en aquella muchacha, suena a cánticos de ruiseñores.

Se queda maravillado por aquella voz, pero más cuando ella se gira hacia él. Incluso desde su posición algo alejada, puede ver su simpática sonrisa que refleja la felicidad del momento. “Es

el rostro que vio durante toda su vida en sus sueños”. La chica no sabe por qué, pero siente la necesidad de volverse hacia el otro lado del río, y su mirada va directamente a los ojos de Dan. El tiempo se detiene y durante un instante no pueden dejar de mirarse el uno al otro.

El corazón de Dan se acelera de tal modo que amenaza con salirse de su pecho. Y la chica se estremece desde la cabeza a los pies, al sentir el penetrante haz de luz que lanzan los ojos de aquel desconocido, clavado en ella. Ya no se sienten tan extraños “el aparecido de entre las ramas” y “la muchacha cantarina”.

La profecía de Báttia se ha hecho realidad... Otxo es el lobo de montaña... Jarzalix es el águila de las cumbres... Y de quien no puede apartar la mirada es de la muchacha cantarina que lava la lana de cordero.

Está claro y demostrado que los antepasados de Dan, así como él mismo, son buenos arqueros. Diestros y certeros con el lanzamiento de sus dardos contra las dianas y piezas de caza, pero de vez en cuando, ellos también reciben algún que otro flechazo directo al corazón, y acaba de recibir uno bien profundo. Dan mira a la cantante con la boca abierta y sin pestañear. Lo mismo que le pasó a Mextagón cuando vio a Lucinda, su abuela. ¿Y qué decir de su padre Pólari cuando conoció por primera vez a Luzsol, y seguro que también pasó lo mismo entre Batuzaim y Mita, sus bisabuelos del Bosque Nublado? Y ya se está estableciendo como norma general esta costumbre en la familia.

Recordando la canción que entona la chica, remontándonos en el tiempo, Dan tenía la misma cara de embobado que puso el mismo Danúm cuando vio por primera vez

a Luz, la hija de Báttux (mejor dicho, la segunda, porque en la anterior su rostro ardía). En eso está divagando, mientras no deja de observar a la cantarina lavandera de lana. Y solo una voz le trae de vuelta a la realidad.

— **Lavandera:** *Mirad, hay un muchacho en la otra orilla, y no es de la aldea...*

La solista deja de cantar y baja la mirada. El aviso de su amiga llega tarde porque ella ya se ha fijado en él, pero no puede evitar volver a hacerlo, y este, de repente y con inocente vergüenza, no puede aguantar la mirada y agacha la cabeza. La timidez ha hecho que se le ruboricen visiblemente las mejillas, pero reacciona rápido para tranquilizar al grupo de lavanderas y las contesta casi balbuceando.

— **Dan:** *No temáis, no quiero molestar, solo busco la aldea del valle.*

Antes de que le respondan, el muchacho, tirando de la labia que le caracteriza, intenta relajar todavía más la situación, y medio atolondrado por el rubor que sigue teniendo, realiza un alarde de valor y añade un halago.

— **Dan:** *Pasaba por el camino cuando escuché vuestros cantos; me parecieron tan bellos y tan bien entonados que sentí curiosidad. Me asomé, os vi entretenidas y no quise interrumpiros para disfrutar de la melodía.*

¡Buena contestación! Dan está acertado con el cumplido, y además lo acompaña con una amplia e inocente sonrisa que tiene bien ensayada de cuando quería conseguir algún favor de

sus hermanas. A estas mujeres también las ha embaucado, porque les parece sincero y honesto el gesto del joven. Sonrisa que no pasa desapercibida para Ixaéla, que así es como se llama la cantarina.

Las mujeres no tardaron en contestar al barbilampiño e inocente cazador, porque al alzarse, tiene toda la pinta de serlo. Trajeado y calzado con pieles de animales salvajes, cuchillo a la cintura y arco y flechas en la espalda... ¿Qué otro oficio puede desempeñar? Otra vez, la misma mujer que parece ser la que dirige la operación de lavado, aclara sus dudas.

— **Mujer lavandera:** *Estás más cerca de lo que crees, joven cazador; si esperas a que terminemos, nosotras mismas te guiaremos.*

Todo el grupo de mujeres le revisa de arriba abajo. Escudriñan con la mirada hasta el último detalle de su semblante y a ninguna le parece mal la oferta de Garia, la mujer que le ha hablado.

Es nada menos que la madre de Ixaéla, y esta, sin hablar ni perderle ojo, le señaliza con el dedo índice el camino que debe seguir para unirse a ellas. Pero antes de acercarse, el muchacho comenta a las mujeres.

— **Dan:** *Un momento, antes tengo que avisar a unos amigos que me acompañan...*

Dan señala hacia donde están los caballos y el lobezno detrás de la maleza, mientras se dirige hacia ellos. Las mujeres se sorprenden pensando que hay más hombres con él, pero el ofrecimiento está hecho y esperan acontecimientos.

Cuando vuelve a aparecer por detrás de las zarzas, Dan tira de Naíko; Azcarra los sigue por detrás libremente, sin atadura alguna, y el lobito sobre ella, dormido dentro de su zurrón sin inmutarse.

Cruzan el río por donde les ha señalado Ixaéla; se trata de un banco de arena donde las aguas son menos profundas y no hay mucha corriente. Todo el grupo de mujeres está expectante para saber quiénes son sus acompañantes, y al verlos en medio del río, se desvela el misterio. El silencio lo rompe otra de las mujeres, la más vieja de ellas, a la que todas llaman Lala.

— **Lala:** *Vaya, tan jovencito y ya tiene dos hermosos caballos. Mucho ha debido trabajar para ganarse su compañía.*

Ya estaban terminando la tarea cuando se acercó a ellas, y Dan las presentó a sus amigos. Empezando por el gran caballo de montaña.

— **Dan:** *Este es Naíko, más fuerte que cien osos...*

Después, continuó con la yegua, esta de aspecto más estilizado, pero igual de vigorosa.

— **Dan:** *Esta es Azcarra, más veloz que el viento.*

Las mujeres quedaron impresionadas por el empaque de semejantes corceles. Sobre todo, Lala, que había escuchado en más de una ocasión hablar sobre la leyenda de los Bufantes, solo necesitarían sus cornamentas para ser iguales. No puede resistirse a acercarse a Naíko y acariciarle la cara. Este, agradecido, lanza su famoso relincho.

Azcarra no quiere ser menos y reclama también un arrumaco para ella, y es Garia quien se ofrece a hacerlo. Los dos jamelgos entornan sus ojos por las satisfactorias caricias que reciben a manos de todas las mujeres. Dan no ha terminado las presentaciones, porque parece que se dirige a por otro acompañante.

Las mujeres no ven a nadie más, pero se quedan mirando para ver hacia dónde se dirige el joven que se aproxima hacia las ancas de Azcarra. Introduce sus manos con delicadeza en el zurrón de piel y extrae una sedosa bola de pelo, presentándole estelarmente.

— **Dan:** *Y este es Darking, el gran lobo feroz. Y yo soy Dan, un humilde cazador.*

Al ver al lobo, se ríen todas debido a la presentación y miran con ternura al cachorro. Lo del cazador habría sobrado; ya se han dado cuenta antes y, además de lo obvio, las armas que asoman entre las pieles verifican sus palabras. Ixaéla se acerca para acariciar al lobito adormilado y Dan se le ofrece.

Ella le coge entre sus brazos y le acerca contra su pecho. El Lobezno la mira, después la obsequia con uno de sus famosos lametazos en la cara y a continuación se acopla a ella bostezando y sigue dormitando tan feliz y calentito.

Las mujeres se presentan una a una, y Dan estrecha su antebrazo con cada una de ellas conforme se le acercan. Más de cuarenta entre jovencitas, madres y abuelas.

Después, mientras terminan de colgar la lana en las cuerdas, Ixaéla se queda con Dan haciéndole compañía. ¿Se ha

presentado voluntaria para tal fin? ¿O quizás las demás, premeditadamente, se han ido antes que ella? Porque nunca la han visto observar de aquella manera a ningún mozalbete de la aldea a pesar de los muchos pretendientes que ha tenido, y a todos ha rechazado con una pizca de irónica contundencia. Últimamente, ningún otro que la conoce se le acerca más de lo debido, porque temen su fuerte carácter.

Como amigos, acepta a todos los vecinos, sean chicos o chicas o tengan la edad que sea. Por eso ha sorprendido a sus compañeras con el comportamiento ante el joven cazador; se ha mostrado tímidamente vulnerable. Una vez solos, como no atinan a entablar diálogo, hablan de cosas cotidianas y de sus bocas no sale otra cosa que indicar el buen tiempo que hace para esta época.

Poco a poco se va animando la conversación, y Dan le cuenta más o menos de dónde procede y lo que le lleva hasta la aldea. Ella le informa del porqué de esta reunión con mujeres del poblado para el lavado de la lana.

La tienen colgada en las cuerdas porque se necesitará al menos hoy y todo el día siguiente para secarse. Es el material con el que rellenan los jergones para dormir, y hay que limpiarla de vez en cuando.

Pero, sobre todo, antes del invierno. Lo hacen todos los otoños desde hace ya unos cuantos, cuando el agua no está todavía helada y pueden mojarse las manos sin miedo a congelárselas.

Y esto se ha convertido en un ritual donde participan todas las mujeres y solo ellas. Jornadas en las que aprovechan para hablar de sus cosas, y de paso algún que otro cotilleo sale a la palestra. Seguro que los hombres y niños hacen lo propio en la aldea ante su ausencia.

Esperando para ponerse en camino, llegan dos hombres de la aldea. Los caballos que montan, aunque presentan una buena estampa, son al menos dos palmos más pequeños que Azcarra y Naíko. De todos modos, cuando se juntan, se huelen mutuamente los hocicos y relinchan contentos por encontrarse con nuevos camaradas de cuatro patas.

De sus jinetes, uno era mayor y el otro, de la edad de Dan, más o menos. Este último lo primero que hace es acercarse a una de las muchachas más jovencitas que está junto a Ixaéla. Se llama Laiza, y la saluda efusivamente sin hacer mucho caso al resto, dejando claro que son algo más que amigos.

El otro, alto y espigado, es el esposo de la mujer de mayor edad del grupo. Pero él, más viejo todavía. Tanto que incluso necesita un cayado para apoyarse. Al ver al muchacho que las acompaña, no hace falta ni preguntar; enseguida tienen lugar las correspondientes presentaciones, y para no romper el hilo que había tomado Dan al presentar a los suyos, la mujer mayor realiza los honores.

— **Lala:** *Este es Lauro, mi hijo, el más atontado y despistado de la aldea. No ves la cara que pone cuando está con Laiza...*

A la vez que habla, le obsequia con un cariñoso coscorrón en el cogote, afectuoso, pero no por ello menos doloroso, porque el chico se rasca a la vez que intenta contestar a su impetuosa madre, avergonzado por los actos y palabras que acaba de recibir. Pero finalmente, la vieja mujer no le deja y le abraza y besa sus mejillas con afecto. Y ahí se termina la bochornosa situación. Le toca al mayor.

— **Lala:** *Este otro es su padre, se llama Canu, el más viejo de toda la comarca. Aunque por una sola primavera me gana en edad y por ello, un día nos nombraron a ambos Buruzagas de la aldea. Desde entonces, cuidamos lo mejor que podemos de toda esta gente, y del resto que anda por estos lugares. Aconsejándoles y decidiendo humildemente lo mejor para todos.*

En comparación, algo así como la hermana mayor de Dan en las cabañas del lago, desde que los dejaron padres y abuelos. Esto es lo que más se asemeja a su conocimiento, porque ha oído hablar de los líderes de las aldeas del lago, también de los Uros, pero no sabía que fueran nombrados Buruzagas como en su aldea.

En esto está pensando el joven recién llegado del otro lado del paso de las piedras, cuando salta el joven Lauro diciendo con cierta ironía...

— **Lauro:** *Vamos, que son los que mandan, los jefes de la aldea...*

Esta vez se gana otro cachete, y esta ocasión con razón por tener la boca tan suelta. Los dos ancianos no quieren considerarse por encima de ningún otro. Prefieren considerarse una especie de líderes espirituales que ponen su experiencia al servicio de los

demás. Y una vez explicado y aclarado este punto, dirigiéndose a los hombres recién llegados, también se presentó al muchacho.

— **Lala:** *Este apuesto cazador es Dan, con sus caballos Azcarra y Naiko, y el lobito que tiene Ixaéla se llama Darking. Están aquí porque quieren conocer nuestra aldea, que, por lo visto, debe de ser conocida al otro lado de la montaña.*

(Buruzaga es como llaman al edil de la aldea, y siempre es elegido el de mayor edad porque tienen más experiencia). En este caso son la pareja formada por Lala y Canu, aunque da la impresión de que quien más manda es la mujer que ha presentado a sus familiares.

Lo ha hecho con una pizca de ironía para seguir el juego de su nuevo amigo, pero a la vez, los abraza con cariño. El más viejo, estrecha el antebrazo con el presentado, como es pertinente en los saludos amigables, mientras le pregunta.

— **Canu:** *Bienvenido, muchacho, ¿qué te trae por estos lugares?*

Dan le contesta sin dejar de estrechar insistentemente sus antebrazos; todavía está nervioso y esto afecta a su comportamiento. El viejo hombre se percata de ello y le quita importancia, dándole unas palmaditas en el hombro. Después, contesta a su pregunta.

— **Dan:** *Vengo del otro lado de la cordillera, llevo dos años cazando con unos buenos amigos en las montañas oscuras. Procedo de la vieja posada del Sol y la Luna, y quería cambiar de aires. Como había oído hablar de este valle, he venido dispuesto a conocerlo y también a sus gentes...*

El anciano le interrumpe al reconocer el lugar del que le habla.

— **Canu:** *Conozco el lugar y también a sus moradores. Hace tiempo que dejé de viajar, pero alguna vez repuse fuerzas en la posada del lago. Recuerdo bien al viejo Pólari y a su esposa; tenían nueve hijas. Y tú, por un casual, ¿no serás el pequeño que correteaba detrás de ellas? Y dime, ¿cómo está tu familia?*

A Dan se le llena de regocijo el cuerpo al oír esas palabras, pero lo siguiente que tiene que decirle a Canu le hace entristecer su semblante.

— **Dan:** *Mis padres murieron hace algunos inviernos, pero se fueron juntos los dos a la vez. Ahora sus almas descansan en el manto de la naturaleza. Dos de mis hermanas regentan la posada junto a sus compañeros y algunos hijos. El resto formó sus propias familias y vive felizmente por las cercanías del lago.*

El viejo hombre había pasado buenos ratos con ellos hace ya muchos años, y lamenta la muerte de sus amigos. El resto de los acompañantes se unen al pésame que le dedica Canu. Aunque desde un principio ha caído bien a todos, a partir de ese momento, sienten mayor apego por el muchacho. Lo primero, por saber quién es y de dónde proviene; después, por ser conocido por su Buruzaga.

Pero sobre todo entenece la cara de tristeza que mostró al dar la noticia del fallecimiento de sus padres, y estos hechos han calado hondo en el corazón de Ixaéla. El hombre alto quiere saber más de él y su familia y se ofrece a ayudarle.

— **Canu:** *Hijo, lamento mucho las noticias que me das, y me uno a ti en el pesar, pero por otra parte me alegro de que su hijo haya llegado a nuestra aldea. Ya veo que ahora eres cazador; dime, ¿qué necesitas de nosotros?*

Dan agradece las sinceras palabras del hombre que le habla y también los gestos del resto, que una a una le han besado la frente, como es costumbre al dar el pésame y compartir el dolor con el que pierde a sus seres queridos. Y con este muchacho, lo han hecho de corazón. Así que Dan, visiblemente emocionado por las muestras de cariño, contesta a Canu.

— **Dan:** *Gracias, muchas gracias a todos. De verdad que me reconforta vuestra actitud y comprensión. Me dirigía a la aldea para ofrecer al que lo necesite buena carne curada de oso y algunas pieles. ¿Podrían indicarme dónde dirigirme para intercambiarlas por alguna herramienta que necesito? ...*

Esta vez no contesta Canu; Ixaéla se le adelanta.

— **Ixaéla:** *Mi padre se quedará con las pieles y la carne; te llevaremos a casa para que negocies con él.*

Lo dijo con tal contundencia, que más bien parecía una orden. Conociéndola y también sabiendo el afecto que sus padres sienten por ella, nada más que decir por parte de nadie.

Garia coge a Dan por el brazo para encaminarle hacia la aldea, e Ixaéla se agarra al otro sin soltar al cachorro. Todas las mujeres van por delante de ellos, y detrás Azcarra y Naíko siguen su estela de cerca. Lauro y Canu se despiden sobre la marcha y se disponen a acampar allí mismo para vigilar la lana tendida

durante toda la noche, no sea que venga algún animal y la desparrame por todo el soto. Al alejarse la comitiva, el viejo se fija en el caballo de Dan, y cuchichea algo al oído de su hijo, mientras señala la piel del oso extendida sobre el lomo del corcel.

Y Garia, la madre de la muchacha cantarina, rememora aquella noche en que nació su hija. Mira hacia los cielos y agradece, como ya lo ha hecho miles de veces, a los padres del muchacho que acaba de llegar, y sobre todo a Báttia y a su padre, por haber devuelto el alma a su hija.

Capítulo 19

LA ALDEA DEL VALLE ROJO

El camino por recorrer no es muy largo hasta la aldea, y siempre a la vera del río que va quedando en su franco derecho, por el que el joven cazador puede observar un buen puñado de ovejas lanudas al otro lado, y vigiladas por un par de aldeanos. Hay más de un centenar de rumiantes y todas pastan tranquilas bajo la vigilancia de sus cuidadores.

Ixaéla se fija en cómo Dan observa la estampa, y le explica el proceder de los aldeanos con sus amigas ovejas.

— **Ixaéla:** *Son Roko y su hijo Cabi, padre y hermano de Laiza. Hoy les toca cuidar del rebaño, y lo harán durante las próximas cinco jornadas. Las ovejas son de todos los aldeanos, y a cada uno nos toca por turnos dedicar estos días al pastoreo. Normalmente, ella también los acompaña, pero hoy ha preferido venir a lavar lana. Este es un día especial para la comunidad, eso sí, solo para mujeres...*

Laiza se despide de la comitiva, especialmente de su nuevo amigo, y se une a los pastores. Dan sigue con atención las explicaciones de la joven Ixaéla, que aprovecha el momento en que se cruzan con algún vecino para ir explicándole cómo se desarrolla la convivencia en la aldea.

Ya están encontrándose las primeras cabañas; todas son de madera y hay buena separación entre ellas para que la vegetación sea la protagonista del paisaje. Los hombres y niños esperan el regreso de las mujeres en la puerta de las cabañas, y en

cada una de ellas se van separando de la comitiva madres e hijas que son bien recibidas por sus familiares.

A su vez, saludan y despiden al resto de la congregación conforme se alejan. La curiosidad intriga a las gentes de la aldea y preguntan a las recién llegadas por el misterioso cazador.

Después todos entran cuchicheando al interior de su hogar, donde ya puede olerse el guiso para la cena. Y así, lo que va restando de la comitiva continúa avanzando, y más mujeres se van quedando por el camino.

En lo que sí se fija Dan es en la atención que le prestaban aquellos hombres cuando pasaba frente a ellos, sobre todo cómo miran al caballo cargado con las pieles, y esto le perturba. Podría ser que, en aquella aldea, ¿esté mal visto cazar osos y lobos?

Absorto en este pensamiento, llegan al centro del poblado, y ya casi no quedan lavanderas en la comitiva. Por delante se abre el camino en un amplio descampado en forma de plaza rodeada por edificaciones de distinta consistencia y forma.

Enfrente se alza una casa de dos plantas, la más grande de todas. La casona está rodeada por una empalizada de troncos clavados en el suelo, con sus dos puertas abiertas de par en par, y como dintel sobre ella hay colocado un grueso tronco de pino con una inscripción tallada...

(El símbolo de varios tejados, y lo que parece ser una hoguera encendida). Para quien sabe leer estos signos, su significado es “La Aldea de la luz”.

El vallado cierra un buen espacio de terreno; sin duda este debe de ser el lugar destinado a vivienda para sus líderes Canu y Lala, y parece ser la última defensa para los aldeanos en caso de peligro.

Para ello también han construido porches de madera pegados a toda la muralla por la parte interior, cuyos tejados son transitables para observar el exterior parapetados por la parte final de los troncos. Su terminación consta de afiladas puntas para impedir el paso y que nadie salte por encima de los maderos.

Ideal para la observación del exterior desde todos sus puntos. Por el lado derecho y adosado directamente a esta muralla, hay un viejo granero que está perfectamente apuntalado por los cuatro costados. Construido hace tiempo, los maderos parecen ser muy antiguos, pero su aspecto es de limpio y bien cuidado.

Las pocas mujeres que quedan en la comitiva siguen adelante por el camino que atraviesa entre la casona y otra más pequeña de al lado, y estas se despiden de los que se quedan en la gran plaza de la aldea, en la que se está construyendo lo que parece ser un enorme estanque de agua.

Ixaéla y su madre, acompañadas por Lala, se desvían hacia la izquierda, justo al otro lado de la plaza. Es una cabaña de madera bien trabajada, y también de buenas dimensiones. Dan, siguiendo indicaciones; las sigue.

La casa está flanqueada en uno de sus lados por establos y corrales llenos de animales; el otro está ocupado por un molino artesanal, que gira empujado por las aguas de una acequia construida a mano que, tras impulsar el molino, detienen su

marcha en el estanque. Un eje rotatorio conectado a un madero estriado transmite su fuerza motriz a una piedra que machaca trigo al rozarse sobre otra bien alisada y tumbada en el suelo. Al fondo, en el mismo espacio, un viejo horno de piedras casi rajado y desgastado por el uso. Y rodeando todas las edificaciones descritas, se encuentra la maleza del bosque.

Las dos mujeres entran en la casa; Ixaéla acompaña a Dan para meter los caballos en los corrales. No tardan mucho en volver Lala y Garia, y lo hacen acompañadas por el padre de la chica. El hombre saluda a ambos, primero un efusivo abrazo a su hija y después agarra el antebrazo de Dan, al que, dirigiéndose a él, le dice.

— **Padre de Ixaéla:** *Hola, Dan, yo soy Marto; ya me han contado los motivos por los que vienes y también quién eres y de dónde procedes. En primer lugar, me uno a tu pesar por la pérdida de tus progenitores, a los que bien conocía y con quienes alguna que otra vez hemos realizado provechosos trueques y que además seguimos inmensamente agradecidos por ayudarnos en el parto de nuestra hija. Ahora, si te parece bien y para eso estamos aquí, veremos el género que traes.*

Mientras habla, Marto se acerca a los bultos que ya están descargados. Dan le sigue dispuesto a mostrárselos, eso sí, con cierto nerviosismo porque es su primera transacción comercial en solitario, y no sabe si estará a la altura de las circunstancias. Al coger la piel del oso para enseñársela, el hombre se la arrebata de golpe y la extiende a la vez que le pregunta.

— **Marto:** *¡Muchacho!... ¿De dónde has sacado esta piel?...*

Dan se sorprendió por la reacción del comerciante, y le cuenta enseguida su encuentro con el oso, pero pensando que ha cometido alguna tropelía al matarlo.

— **Dan:** *Yo no quería matarle, fue un impulso el que me hizo ponerme a favor de los oseznos, y créeme, Marto, no fui capaz de evitarlo.*

Dan se excusa pensando que ha hecho algún mal, pero pronto verá que no fue así. No llega a contestarle Marto; antes se le adelanta Lala, la compañera de Canu “El Largo”.

— **Lala:** *Verás, hijo, este oso es Xarra, un viejo Gaitoka que tenía atemorizados a todos los aldeanos. Te contaré su historia.*

(Gaitoka, es como llaman a los seres malignos por estos lugares). La anciana mujer cambia su semblante de simpatía a preocupación y tristeza, y le cuenta una funesta historia que había tenido lugar hace ya cuatro otoños.

— **Lala:** *Hace algún tiempo, una pareja de aldeanos fue a cazar al monte. Antes, cuando no teníamos miedo, era algo habitual porque no venía nada mal la conserva de carne extra para pasar el invierno. Xistu y Bari, que así se llamaban, tenían experiencia en la caza, pero esa tarde tuvieron un mal encuentro con Xarra, y este acabó con la vida de los dos. Ellos no se metieron con el oso; de todos modos, los atacó. Intentaron defenderse, pero de nada sirvió.*

La mujer le muestra la franja blanca que tiene la piel, y rebusca entre el pelaje hasta que encuentra una cicatriz que

enseña a todos los presentes. La mujer ya casi está llorando cuando habla.

— **Lala:** *Veis, este es el maldito Gaitoka del monte; la raya blanca lo demuestra, y mirad la cicatriz del flechazo que recibió por parte de Xistu, tal y como nos dijo cuando le encontramos agonizando su último aliento.*

La mujer no puede continuar y se echa sobre el hombro de su amiga Garia, llorando desconsoladamente. Dan está sorprendido y no sabe ni qué decir. Ixaéla, continúa el relato donde lo había dejado su querida vecina Lala, que no puede seguir hablando por la emoción y el recuerdo.

— **Ixaéla:** *¿Recuerdas a Lauro, que se quedó con su padre en el río? Pues bien, realmente no es su hijo. En verdad es nieto de Canu y de Lala... Xistu y Bari eran sus padres y, desde entonces y como es costumbre en la región, los abuelos ocupan su lugar.*

Dan comprende la aflicción de la abuela al hablar de la pareja de malogrados cazadores; eran sus propios hijos. La coge por el hombro, y ahora, es él quien la besa en la frente. Como antes ha hecho ella en el río, se suma a su pesar y reacciona como debe hacerlo un hombre que se precie. Toma con las dos manos la piel, la pliega con delicadeza y se dirige al padre de Ixaéla.

— **Dan:** *Lo siento, Marto, no puedo negociar con la piel, porque considero que no me pertenece...*

Después se gira hacia Lala y se la ofrece diciéndola.

— **Dan:** *Creo que esta piel pertenece a toda tu familia; si no llega a ser por la osa, yo también hubiera acabado como ellos.*

Cuando ocurrió, lamenté su muerte, pero me alegro de haber colaborado en ella. Para mí sería un honor que aceptarais la piel, como homenaje hacia tus hijos.

La mujer odia a aquel diablo y su dolor se convierte en cierto alivio. Acepta el presente y agradecida le dice a Dan.

— **Lala:** *Gracias, hijo, por fin el ser que los ha matado se reunirá con ellos y tendrá que rendirles cuentas cuando se junten sus almas. Pondré la piel bien a la vista y cada vez que la miremos, sabremos que quien quitó la vida a mi querido hijo y a su esposa, nunca más volverá a hacer daño a nadie.*

La mujer se abraza al cazador, los padres de Ixaéla están orgullosos por el acto del muchacho, y en ella aumenta la admiración que ya dispensa por él. Marto, sin mirar ni siquiera el resto de la mercancía, le ofrece que coja de los estantes todo cuanto necesite a cambio de las pieles y la carne.

Dan, solo toma lo necesario: una azada, un buen mazo, una pala, cuerdas y algunos pequeños apeos. Marto se da cuenta de que es poco y le llena un zurrón con todo tipo de frutos secos. Añade un buen hatillo de flechas y, además, saca un magnífico cuchillo de uno de los estantes y se lo ofrece como regalo.

— **Marto:** *Toma este cuchillo, es el mejor que tengo. Yo ya apenas salgo al monte; de hecho, desde que ocurrió la desgraciada pérdida de nuestros amigos, nadie sale a cazar, temerosos por la presencia del oso Xarra. No se me ocurre mejor destino para esta arma que acabar en tus manos.*

Dan le dice que es demasiado, pero Marto insiste con contundencia y no permite que se lo devuelva. El Muchacho intenta despedirse después de haber conseguido los apeos que necesita, y con ellos regresar a su refugio. Ni se lo permiten siquiera; Lala insiste en que los acompañe en la cena; Garia va más allá y le convence para que pase unos días con ellos. El joven cazador es muy valiente, pero no se atreve a negarse para no ofenderlas. El padre de Ixaéla está conforme, pero quien más se alegra es su hija.

Antes de la última comida del día, Dan e Ixaéla pasean por la orilla del río hasta que la brisa se hace más fresca y regresan para la cena. Lala los acompaña; siempre duerme con ellos cuando no están los hombres de la casa. Es tal la amistad que une a las familias, que ya son una sola.

Después de cenar, escuchan algarabía en el exterior de la casa; Marto se dispone a ver qué pasa y se dirige a la puerta; Dan y el resto le siguen. No son otros que los aldeanos; alguno ha acudido al molino con la excusa de que faltan panes recién hechos, pero la realidad es que se han enterado de lo del oso, y la noticia ha corrido por toda la aldea.

Alguno de ellos ya ha visto la piel cuando regresaban las mujeres del río y no ha pillado por sorpresa la noticia, y aquí se han presentado todos. Incluso Laiza, la amiga de Ixaéla, que llega junto a toda su familia.

Dan no tiene más remedio que dejarse alabar por la multitud, y todos quieren ver la piel del oso. Está estirada con tensores de cuero, en un bastidor de madera, y Marto la enseña. Después le piden al cazador que cuente cómo ha ocurrido el suceso, ¿y qué creéis que pasará?...

Dan en pie, y el resto vienen bien abrigados para resguardarse del relente de la noche, a sabiendas de que esta será una larga velada.

Y antes de que ni siquiera conteste, se van sentando por los corrales dispuestos a escucharle. Y aquí es donde nace la fama del contador de historias.

Después de su debut con los cazadores, se sentía animado y escuchan de su boca la primera historia que Dan, el Cazador de osos, dirige a los aldeanos del valle. Primero fueron sus compañeros en lo alto del paso de las piedras, ahora ante toda una multitud de al menos un par de centenares de hombres, mujeres, niños y sobre todo abuelos, que son los más interesados en este tipo de anécdotas.

Así tendrán de qué hablar durante unas cuantas jornadas. Definitivamente, la carrera de Dan como narrador se ha afianzado, y ha sentido satisfacción al hacerlo.

Al día siguiente y antes de la mitad del día, varias mujeres están ya cocinando la carne de oso y algún acompañamiento más. Algunos hombres preparan carros para ir a por la lana, y Dan se presta para que sus caballos arrastren el más grande. Y así lo hacen con la primera carreta.

La arrastran Naíko y Azcarra; montada en el pescante, le acompaña Ixaéla. Otras dos más los siguen por detrás. Llegan al río poco después y Marto pone al día a sus vecinos que guardan la lana y les contó todo.

Dan le agradece el elogio y, al separarse de él, se le abalanza Lauro, su nieto. Y este sí que aprieta mientras le dice.

— **Lauro:** *Gracias, amigo, muchas son las jornadas que he dedicado a buscarle sin haber tenido éxito, pero ya puedo dormir tranquilo sabiendo que el asesino de mis padres ha corrido su misma suerte. Y te llamo amigo, porque a partir de ahora lo eres para mí.*

Ixaéla no tiene más remedio que secarse alguna lágrima que se le ha escapado con la emoción del momento. La verdad es que a todos los presentes les brillan los ojos por la emotividad de la escena. Pronto pasa, cuando supieron que ese día han guisado la carne del oso para toda la aldea.

Y el mismo Canu azuza a todos para que se apresuren en cargar los carros, mientras que su boca saliva al recordar el olor de tan gustoso plato.

La comida, como era de esperar, transcurre felizmente, acompañada con leche de cabra fermentada y zumo de frutos del bosque, sobre todo de madroños recién cogidos. Después, con la excusa de que los vigilantes de la lana no la han escuchado, obligan a Dan a contarles de nuevo el incidente del oso.

Los que estuvieron por la noche, vuelven a disfrutar del relato tan bien narrado, y los nuevos se quedan tan sorprendidos como el resto lo había hecho anteriormente. Más tarde, piden a Ixaéla que entone alguna de sus canciones y finalmente terminan todos cantando a coro.

La comida se demora hasta la cena, donde terminan con el resto de la carne, y después cada uno a su casa. Dan se queda nuevamente como invitado en casa de Ixaéla, y todos a dormir. Lo que tenía que haber sido un habitual día corriente de trabajo se ha convertido en jornada de festejo y todo gracias al Cazador

de osos, al que todos consideran ya uno más de la amigable comunidad.

Dan pasa otro día más en la aldea ayudando a las familias para llenar sus jergones con la lana, y después, al atardecer en el río, pasean por última vez; esta vez Dan e Ixaéla son acompañados por Laiza y Lauro. Los cuatro desde este momento se convierten en amigos inseparables.

Y Darking, el lobezno, ni caso hace de Dan; todo el tiempo lo pasa en brazos de Ixaéla, y cuando no está encima de ella, la sigue corriendo a todas partes. El Invitado se encuentra feliz entre los aldeanos, se siente querido y esto le agrada, pero no puede demorar su partida. Tiene que preparar trampas y recolectar más frutos antes de que llegue el invierno, si quiere sobrevivir a él. Y al día siguiente, bien temprano, prepara la carga sobre los caballos.

Ixaéla le acompaña y le ayuda desde que se levantaron. Sus nuevos amigos van llegando para despedirse, y los padres de ella también están presentes. Empieza por Marto tendiéndole el brazo; este se lo retira y le abraza directamente; los demás van haciendo lo propio, nadie estrecha su antebrazo y se van estrujando contra él.

Adrede, ha dejado para el final a Ixaéla; los dos se miran con ternura y se nota la tristeza por la despedida. Esa mirada cruzada no pasa desapercibida para los presentes, que saben que lo que ha nacido entre ellos es más que evidente. El abrazo entre los dos jóvenes se alarga y es el relinchar de la yegua Azcarra quien hace que reaccionen, y se separan. Dan, monta sobre Naíko y comienzan a caminar. Ixaéla no se ha dado cuenta de que

Darking, está pegado a sus tobillos y, cuando lo ve, lo alza entre sus manos y grita a Dan.

— **Ixaéla:** *Dan, que te olvidas del lobito...*

Dan se gira sobre el caballo y la contesta.

— **Dan:** *No, Ixaéla, no me lo dejo; Darking es tu nuevo compañero, ¡cúidalo por mí!*

Desde que le vio desvalido en el paso de las piedras, comenzó a tomarle cariño que después se convirtió en verdadera amistad; era uno más de la familia junto a Azcarra y Nayko y jamás pensó que se separaría de él. Hasta que conoció a Ixaéla, por quien ya sentía un profundo amor. Dan sabe que lo hará incluso mejor que él. El lobezno le ha cogido mucho cariño, pero intuye que pronto se volverán a ver los tres. Canu le grita antes de que se aleje más.

— **Canu:** *Recuerda, cazador, para la próxima luna llena, te esperamos para las celebraciones...*

Dan le contesta sin girarse, porque no quiere que nadie le vea emanar las gruesas lágrimas que brotan de sus ojos por la tristeza de la despedida. Solo confirma su asistencia.

— **Dan:** *No lo olvidaré, Canu. y pensando: “Puedes estar seguro de que vendré”.*

Claro que no lo olvidará, porque ahora tiene mayores motivos para volver a la aldea. Y se aleja con la firme determinación de que cumplirá su palabra. Atrás no solo queda su amigo Lobezno;

también deja buenos amigos, pero a quien más desea ver de nuevo es a Ixaéla, literalmente la chica de sus sueños que ha calado en lo más profundo de su corazón.

El lobo muestra un par de lloros en forma de pequeños aullidos y, tras bostezar, de nuevo se acomoda en el regazo de su nueva compañera, que no deja de mirar al cazador de osos hasta que desaparece hacia el fondo del poblado.

Pero no lo hace solo; a su lado van algunos aldeanos que viven en las cabañas de las afueras y, cuando llegan cada uno a la suya, se van despidiendo. Al traspasar la última casa, todos los niños le están esperando en el puente y le gritan con entusiasmo.

— **Uno de los niños:** *Hasta más ver “Cazador de osos”, vuelve pronto y enséñanos a disparar con el arco.*

— **Otro niño más pequeño:** *Y cuéntanos historias de cazadores, Dan.*

El camino no se le hace largo al regresar hacia el refugio del manantial, porque ahora no se entretiene en mirar el paisaje. Cuando llega, alguien se las ha apañado para colarse en el interior y, sabiendo que hay alguien dentro, revisa todo el perímetro, que no haya ninguna fisura ni rotura por donde puedan haber entrado, por lo cual deduce que será algún pequeño animalito y por ello entra confiado.

Al penetrar la luz en el interior, los dos pequeños gatos monteses saltan asustados por todas partes.

Con habilidad y destreza han entrado por la chimenea. No pueden salir y parece que tampoco los preocupa mucho encontrándose con la panza bien llena. Han devorado una buena parte de la carne ahumada del oso que dejó como reserva. Trepan

por las paredes y caen al suelo de nuevo y, casi sin tocarle, rebotan hacia otra dirección, elevándose otra vez. Uno de ellos, el más oscuro de rayas pardas y negras, esquivo a Dan y sale por la puerta asustando a los caballos.

El rubio rallado sobre piel blanca no tiene tanta suerte; ha tomado el camino de la chimenea y, cuando está bien alto, resbala y se lastima las patas traseras.

Dan, en lugar de enfadarse por el hurto que ha sufrido, se apresura a prestar ayuda al herido. Conoce las malas pulgas que se gastan estos gatos, y además ve asomar las afiladas uñas de la punta de sus dedos.

Así que coge una piel y se la tira por encima; el animal, viendo la imposibilidad de escapar, se rinde. Momento que aprovecha el cazador para acariciarle la cabeza susurrándole al oído palabras tranquilizadoras.

El gato salvaje, comprendiendo que no pretende hacerle daño alguno, no se resiste. El sanador aplica un ungüento impregnado en cintas de cuero y con ellas inmoviliza con firmeza sus extremidades sin dejar de hablarle para tranquilizarle.

Es la misma receta que utilizó su abuelo Mextagón con Gruf, el caballo de su padre cuando se torció la pata con la piedra en forma de luna, y ha surgido el mismo efecto en ambos animales; el dolor desaparece de inmediato.

Calmado, se queda dormido en un rincón junto a la chimenea encendida, ocupando el lugar del lobo Darking. Después, su benefactor libera de la carga a Naíko y Azcarra, que se quedan pastando. El sol se esconde del todo y los caballos se

introducen también en su habitáculo para reposar calientes durante la noche, que ya se presenta fría en las montañas rojas.

Desde su regreso de la aldea, cada atardecer en la cabaña alguien le espera tras la puerta para recibir su ración de alimento. Es Mixu, el gato salvaje de rayas rubias y blancas que se ha acostumbrado a la buena vida, y decidió conquistar y tomar aposento en este, su nuevo territorio.

Ya está totalmente curado de sus torceduras y ha hecho buenas migas con sus nuevos compañeros; otra vez vuelven a ser cuatro los moradores del manantial, solo que el nuevo es más arisco que el lobo que se quedó en la aldea.

Se junta con ellos cuando a él le apetece, pero resulta ser muy juguetón y Dan se entretiene largos ratos lanzándole ramitas, arrojándole nueces sendero abajo y acariciando su pelaje. Estos días ha puesto muchas trampas. La caza es abundante, hay infinidad de frutos del bosque, y no tarda mucho en hacer buen acopio de alimentos y leña.

Ya falta poco tiempo para la luna llena y espera esa noche con emoción. Piensa mucho en Ixaéla y la imagen de su cara se le aparece al cerrar los ojos sin poder quitársela de la cabeza; cada día anhela con más ganas su reencuentro con ella. Poco que hacer hace que el tiempo pase despacio, así que, para minimizar la espera, ha comenzado algunos proyectos ayudándose con sus nuevas herramientas.

Lo primero que ha elaborado son cuatro vasijas de arcilla para transportar el agua. Para esto cuenta con los dos caballos, a los que ha ataviado con sendos serones de piel para cargarlos a sus lomos. Ha excavado una senda zigzagueante para que puedan

subir con facilidad desde lo profundo del barranco, y con esto, el suministro de agua para elaborar el barro está resuelto. Necesita un lugar seco para almacenar hierba que alimente durante las nevadas a Azcarra y Naíko.

Junto al refugio del manantial no hay espacio, así que piensa hacerse una buena cabaña que sirva de cuadra y granero en el despejado terreno de la curva. Este presenta una ligera pendiente nada adecuada para una construcción; tiene que despejar el terreno de hierbas y después rebajarlo para que quede liso y sin inclinación.

Todo le resulta favorable; primero siega la hierba y la amontona cerca. Después se dispone a cavar, y la tierra que arranca del suelo es arcilla, así que también la amontona a un lado; ya solo le falta agua y fuego para hacer bloques de barro cocido. Para ello, se ha fabricado un horno con espesas paredes donde caben más de cien piezas de cada vez.

A lo largo de muchas jornadas, como hiciera en la choza, levanta cuatro paredes dejando huecos para puertas y ventanas de madera. Después monta el techo con la misma técnica. Mide catorce pasos de largo por cuatro de ancho y, por la parte de la entrada, queda un cortado de altura suficiente para que puedan pasar los caballos sin agacharse. La parte de atrás, a ras de suelo, queda soterrada en su mayoría, lo que le confiere al habitáculo propiedades para mantener una estable temperatura en cualquiera de las estaciones.

Ya han transcurrido más de cuarenta días; los alimentos y la hierba los pone a buen recaudo en su nueva edificación, lo que le ha llevado toda la jornada de hoy. Justo a tiempo, porque la próxima noche la luna estará en su máximo esplendor.

Las mañanas nacen con heladas, el sol escasea cada vez más y el invierno ya ha llegado a las montañas rojas. Y de nuevo, parte hacia la aldea en su segundo viaje, pero no madruga demasiado. Espera a que la escarcha se retire para no resbalarse por el camino.

El gato no va con ellos; se queda de vigilante en el refugio con una buena provisión de comida. Con gran precaución y sin prisa descienden la montaña; después recorren el valle acompañando a la corriente del río, atraviesan el puente y, antes de que el sol se ponga, ya están en la aldea. Al llegar a las primeras casas, no se encuentra con persona alguna.

Sigue avanzando y todo está desierto de almas, hasta llegar a la plaza... que por fin los encuentra a casi todos en la entrada del granero. Este ya está repleto de heno en la parte baja, y el sobrado del techo está a rebosar de frutos. Pero los aldeanos han hecho hueco para celebrar la fiesta durante la noche, que se presenta fría para hacerlo en el exterior.

Todos andan trasegando adornos para engalanarle; incluso la plaza luce guirnaldas de helechos, piñas y ramas de acebo colgadas sobre cordeles que la atraviesan de un tejado a otro. El primero en percatarse de su presencia es Lauro, que estaba esperando a que apareciera por la calle principal, y alerta al resto.
— **Lauro:** *Mirad quién ha venido, “el cazador de osos” ...*

Todos los presentes dirigen la mirada hacia donde indica Lauro, y el joven Dan sonríe feliz al ver que le siguen recordando. Continúa sobre el caballo hasta llegar junto al gentío, y entre ellos va divisando caras conocidas. Lauro ha llegado junto a él y sujeta los caballos para que su amigo pueda desmontar. Le cuesta

encontrar sitio donde apoyar los pies en el suelo, porque toda la chiquillería del pueblo le rodea. Compiten entre ellos por ser el primero en chocar sus antebrazos.

Y así lo hace, uno a uno, comenzando por el más pequeño de todos. Cuando le dejan levantar la vista, divisa a Lala, que está acompañada por su vecina Garia, y ambas le saludan desde lejos. Por el lado opuesto, Marto y Canu, otros dos inseparables, dejan de realizar sus tareas para hacer lo mismo, y a su paso también choca antebrazos con el resto, pero a quien no ve es a Ixaéla, que es quien más le interesa.

Dan, otea por encima de sus cabezas buscándola con la mirada y esto no pasa desapercibido para los que están más cercanos.

En este pueblo las noticias corren, pero los cuchicheos vuelan, y todos se apartan a un lado para abrir un pasillo visual entre ellos. Dan está más nervioso que nunca; no conoce la reacción que tendrá Ixaéla al verle, y esto le perturba.

Ya no queda nadie entre los dos, a excepción de las inquietas miradas. Ella está de espaldas junto a Laiza, subidas a una especie de improvisada escalera, colocando la última guirnalda. Alertada por un sospechoso murmullo, se gira, ve el corredor humano y, dirigiéndose a su amiga, comenta.

— **Ixaéla:** *¿Qué significa esto? ... ¿Por qué se apartan todos?...*

Alarga la vista hasta el fondo, y ve a Dan rodeado de niños. Primero se baja de la escalera sin dejar de mirarle, a riesgo de tropezar. Después comienza a acercarse caminando despacito, y a continuación, aligera el paso hasta terminar corriendo. La

escena tiene espectadores de primera fila que no pierden ojo; cuando está a dos pasos, se detiene de golpe y, expresando felicidad y satisfacción en su rostro, piensa.

— **Ixaéla:** ¿” *Y si él no siente lo mismo que yo*”? ...

La duda se resuelve rápidamente cuando él la coge de la mano y se dispone a saludarla. El cruce de miradas habla por sí mismo; la chica le aparta la mano y se abalanza sobre él, sin importarle lo que piensen los demás, y el abrazo es correspondido con mayor fuerza por parte de él.

A nadie de los presentes le incomoda la situación; todo lo contrario, se alegran por ellos. Por parte de la chica, la conocen desde siempre, y al muchacho, porque ha resultado ser muy querido por todos. Esta es la respuesta que los dos ansiaban. Los padres de ella se hacen los distraídos mirando hacia otro lado, pero sus rostros denotan satisfacción.

Los demás, simplemente celebran que así sea. Laiza es su mejor amiga y ha sido su confesora; conoce sus sentimientos y su prometido Lauro también. Ambos se alegran de que sus dos mejores amigos compartan sentimientos de amor, y ya ven en ellos una pareja con la que compartir el tiempo.

Más tarde se unen los padres de Ixaéla y los de Lauro. Muchos aldeanos le rodean formando corrillo y tuvo que estrechar los antebrazos con todos, “otra vez”. Al caer el sol y aparecer el satélite que luce más brillante que de costumbre, se celebra la fiesta en honor a Luz, la hermana de la luna.

Esa misma noche, Dan e Ixaéla se declaran el amor que sienten el uno por el otro, y al día siguiente el muchacho se lo hace saber a los padres de ella, buscando su aprobación. La

obtiene de buen grado y, como siempre, con testigos. Toda la muchachería y algunos no tan jóvenes están encantados con la nueva pareja.

Parece muy precipitado habiendo estado juntos tan poco tiempo. Pero cuando se miran, no solo ven la cara el uno del otro. El muchacho es capaz de penetrar en el fondo de sus sentimientos y expresar los suyos sin mediar palabra alguna. Y tan profundos y sinceros son, que parece que se conocieran de siempre y estén predestinados a estar unidos los dos para el resto de sus vidas.

Probablemente, esta haya sido la noche más importante para el muchacho; junto a su amada y rodeado por quienes ya considera verdaderos amigos y convecinos, ha disfrutado de una gran velada, pero al día siguiente y muy a su pesar, tiene que regresar al refugio del manantial, porque más que nunca, debe continuar con su nuevo proyecto que guarda en secreto. Otra vez, pasa por sus cabezas la terrible congoja de la separación, atenuada por la promesa de volver a verse en pocos días. Y nada más llegar a su morada, se puso manos a la obra con más ilusión que nunca.

Durante el invierno ha incrementado las visitas a la aldea a pesar de las nevadas. Un día lo hace con Azcarra y otro con Naiko, y para que puedan desplazarse mejor, ha improvisado una especie de trineo como los que usan en el lago durante los inviernos. De este modo no tienen que soportar el peso de las cargas, que haría que sus patas se enterraran más profundamente en la nieve.

Cualquier excusa es buena para ver a su amada Ixaéla. Al más puro estilo de Pólari... alguna vez necesita ligaduras; otras, dice que se ha quedado sin puntas de flechas para cazar; incluso se le ha roto el mango de la azada en varias ocasiones. Lo cierto

es que todo lo que intercambia en el colmado de los padres de Ixaéla, se almacena en las nuevas cuadras sin darle uso. Los aldeanos se van habituando a su presencia y le van cogiendo cada vez más afecto, aunque influye también el hecho de que sea el cazador que provee a los aldeanos de carne fresca procedente del monte. Porque, aunque se van animando a salir, todavía está presente en su mente el fantasma del oso Xarra.

El cazador entrega sus presas al padre de Ixaéla y este las ofrece a los aldeanos a cambio de otros productos que pasan a formar parte de la mercancía de los estantes del comercio. Y esta es la pauta a seguir para que nada le falte a ningún vecino.

Además de la compañía de la muchacha que ama y los trueques que realiza, también hay otra buena razón para que el joven Dan haga tantas visitas: “las tortas de pan recién hecho y las gachas de castañas que prepara Garia, la madre de ella”. Pasa casi todo el tiempo con la joven, pero siempre tiene que reservar un ratito para los vecinos e improvisar alguna anécdota para contársela al atardecer en el granero, y otro más, para cumplir la promesa que hizo a los niños. Enseñarles las artes de arquero en la plaza de la aldea.

Lauro, que se ha convertido en su amigo inseparable, perfecciona la técnica que había medio aprendido de sus malogrados padres. Ixaéla y su amiga Laiza también empuñan sus correspondientes armas de caza, que manejan con destreza. Nadie quiere que vuelva a suceder lo que pasó con los hijos de los Buruzagas y se preparan para no fallar en caso de ser atacados por osos enrabietados, manadas de lobos hambrientos o los malvados “Cebukos de las montañas oscuras”.

Así pasa las jornadas, que suelen ser entre dos o tres días cada vez y por cada viaje que realiza a la aldea. Cuando regresa al manantial, por el camino solo piensa en regresar de nuevo para estar junto a ella. En su ausencia, Ixaéla desde la ventana de su habitación mira cada mañana y cada atardecer hacia la ladera de la montaña, intentando adivinar dónde se encuentra el hombre que añora, y se consuela pensando en su anhelado regreso.

Últimamente, le ha acompañado Lauro y los dos pasan los días trabajando en su proyecto, del cual ha prometido guardar secreto, y así transcurre su primer duro invierno en el Valle Rojo.

Escarabajos rojos. Las nevadas han cesado, los cielos se despejan, el deshielo sube el nivel del río y se acrecienta la velocidad en que descienden sus aguas. Temporada que se aprovecha para realizar vertiginosos y emocionantes descensos en barcas, hasta llegar al último remanso antes del peligroso desfiladero. Dan ha vuelto a la aldea y junto a Ixaéla y a sus inseparables amigos, Lauro y Laiza, realizan una excursión por el río.

Para ello, disponen de una especie de canoa fabricada con el tronco de un árbol grande en el que se ha vaciado de madera su interior; en ambos costados han colocado otro par de troncos para asegurar el equilibrio y evitar vuelcos no deseados.

La embarcación está amarrada en un improvisado embarcadero formado por un árbol caído en la orilla, y no dispone de remos para impulsarse. Solo una tabla sujeta en la popa hace las veces de timón para direccionarla. En la proa hay una larga soga de cáñamo enrollada y amarrada por uno de sus extremos. Dan observa todas estas circunstancias y no entiende cómo van a

desplazarse; de lo que sí se percata es de que por este lado del río se ha trazado una vereda pegada a la orilla, despejada de vegetación. Pero no pregunta para no parecer un ignorante ante sus amigos. La primera de sus dudas se resuelve enseguida, cuando Lauro los invita a subirse en la barquichuela.

— **Lauro:** *Todos a bordo, ¡partimos!...*

Cuando están subidos él y las dos chicas, Lauro impulsa la canoa y de un habilidoso salto se sube él también. La barca se precipita río abajo empujada por la corriente. Otra vez y por el mismo motivo, no hace comentario alguno, pero su cara de asombro le delata, y piensa.

— **Dan:** *“¿Cómo regresaremos si no hay remos? Seguro que tenemos que cargar con ella, y parece muy pesada”.*

Otra vez, poco tarda en averiguarlo cuando oye a su amigo gritarle a su caballo.

— **Lauro:** *¡Vamos, Zax, síguenos por la orilla! ...*

Zax, corre por la vereda acompañándolos, conocedor de la ruta que van a seguir los de la barca. Además, es sabedor de la recompensa que le aguarda, un buen puñado de frutas que ha olfateado en la bolsa de su jinete. Dan observa al caballo por el despejado camino, y ha visto la cuerda; ya empieza a comprender. El caballo empujará a la vuelta tirando de la barca, amarrado a la sogá.

La corriente ha dejado de ser tan impetuosa en esta zona y descienden plácidamente disfrutando de los maravillosos rincones que se observan en las orillas. Alzando la vista hacia las laderas de las montañas, el paisaje que puede admirarse es todavía

más espectacular. No dura mucho el paseo, tres o cuatro leguas nada más, y se detienen en un remanso que se presenta en forma de playa arenosa y que frena a la barca de golpe. Más allá, las montañas se cierran en un estrecho cañón que acoge todo el ancho del río con empinadas paredes que cambian de rojo a color gris. Unos pasos más abajo se vislumbra ya cómo el río se embravece y el sonoro restallar del agua indica que se precipita violentamente por detrás de la primera curva. Ixaéla le dice a Dan.

— **Ixaéla:** *Y hasta aquí podemos llegar. Quien ha bajado más allá, jamás regresó.*

Por tierra tampoco se puede ir más lejos; no hay más que ver la verticalidad y la altitud de las paredes de roca azulada. Dan no deja de observar todo el entorno, y le sorprende el radical cambio de color en el paisaje. Las faldas menos inclinadas de las montañas rojas se cortan radicalmente y son sustituidas por los empinados muros de roca pura.

La separación entre ambos entornos se hace evidente y forma una línea casi recta hacia arriba; parece que las montañas azules se estén tragando a la de arcilla.

En una especie de meseta que se deja ver a media altura, el sol se refleja en una de sus paredes y, al estrellarse sus destellos contra ella, despide un resplandor de luz rojiza que llama su atención, y pregunta a los demás por su origen.

— **Dan:** *¿Podéis decirme de dónde proviene ese reflejo de color rojo?*

— **Lauro:** *Hacia allí vamos, y tú mismo lo verás.*

Lauro ya se ha apeado y empuja la barca para sacarla del agua. Los demás le ayudan, mientras ya está llegando Zax, que se detiene junto a ellos. Aunque quisiera, no podría seguir adelante porque es el final del camino. Excitado por la carrera, pide a Relincho Pelado un adelanto de su recompensa, y es Layza quien le ofrece una manzana de gran tamaño, que no tarda en engullir.

Él se queda dando buena cuenta de la hierba que crece en el paraje, y sus amigos humanos se disponen a escalar hacia el saliente de la montaña que despide aquel rojo reflejo. Debe de ser un lugar visitado con asiduidad, porque hay tallado algún escalón y la senda está despejada de maleza, así que no tardan en llegar. Cuando están arriba, es Ixaéla quien le presenta a los diminutos seres que producen tal resplandor.

Dan no puede dar crédito a sus ojos; ante ellos se alza una pared que parece cortada a cuchillo y se pierde en las alturas. Por ella rezuman pequeños chorros de agua que se vierten hasta el río y por todas partes crece un fino y mullido tapiz de musgo rojizo. Pero al acercarse todavía más, ve que no es la propia vegetación la que despide el resplandor.

Entre ella se mueven diminutos escarabajos de color metalizado con tonos del rojo fuego. Debido a la gran cantidad de estos bichitos que se alimentan del nutritivo y abundante musgo... al agitar sus alas, hacen destellar los rayos del sol que se estrellan sobre ellas, provocando una especie de aurora boreal que se extiende por el encañonado paraje.

Dan no puede evitar coger alguno de ellos y depositarlos en la palma de sus manos, y estos, al sentirse amenazados, sueltan un líquido de brillo cegador del mismo color luminiscente. El joven cazador los suelta y se limpia con la propia piel que cubre

su cuerpo. En la prenda se produce una mancha que Ixaéla intenta limpiar, restregándola primero contra el musgo, y el lamparón no hace otra cosa que incrementarse en extensión. Después lo intenta con un puñado de hojas de los árboles que crecen entre las fisuras de la roca.

Misión imposible; lo único que logra es extender más la mancha, y a la chica, para disimularla, no se le ocurre otra cosa que ir cogiendo puñados de insectos e ir aplicando los efluvios que expulsan sobre toda la superficie de la prenda, hasta que toda ella obtiene un rojo uniforme.

Lo malo de esto es que lo ha hecho sin quitarle la camisola a Dan, así que brazos y cuello hacen juego con su vestimenta. La consecuente burla del resto de excursionistas no se hace esperar, pero al ver la flamante vestidura, felicitan a la diseñadora sin dejar de mofarse del improvisado modelo.

Después de un buen rato observando el musgo y a los escarabajos, dedican un tiempo a admirar las vistas. Lauro hace de guía turístico y desde allí va señalando objetivos. Primero hacia el este, donde se ven casi todas las cumbres de ambos lados de las montañas rojas que confieren el nombre de valle a esta gran depresión geográfica; incluso puede verse en la lejanía el paso de las piedras coronado por el gran pico de Báttux.

Al cambiar de orientación dirigiendo la vista hacia el curso del río, más abajo pueden verse los primeros rápidos que empiezan a coger velocidad en cuanto el cañón que lo rodea se va estrechando en forma de embudo. El zigzagueante desfiladero que ha ido creando la incesante erosión de la corriente crece en altura conforme se aleja a la vista de los excursionistas. Y al final el resto solo pueden imaginárselo porque una blanca neblina,

causada seguramente por el agua que se estrella en el fondo de una cascada que se adivina por el estruendo que produce, impide su visión.

Después de disfrutar de tan estimadas vistas, bajan y toman las viandas que han traído para la comida. La pradera de hierba rodea una laguna humeante que se ha formado a causa de emanaciones de aguas termales llegadas desde la profundidad de la tierra.

Charca, que es aprovechada por los cuatro amigos para darse un baño relajador. La hoguera para calentarse a la salida ya la tienen preparada algunos de sus convecinos que han bajado a pie. Sus llamas alcanzan una buena altura, calentándoles mientras se visten de nuevo. Después, en la orilla del río, seestean durante un rato para reposar la comida y más tarde regresar antes de que caiga la noche.

Tal como había adivinado Dan, Lauro ata la cuerda a los atalajes del caballo, se suben a la barca, y este, con alguna dificultad, los lleva de vuelta a la aldea. Allí recibe su esperado premio, un saquito repleto de higos secos.

Dan está satisfecho por la excursión realizada y agradece a sus amigos que hayan compartido esta experiencia con él. Después se finaliza la entretenida y didáctica excursión y cada uno se dirige a su morada.

Dan es invitado de los padres de Ixaéla, así que la acompaña hacia la casa colmado. Y cuando llegan... y solo por respeto a su invitado de honor, contienen la risa al ver el aspecto de Dan.

Como pueden, le saludan sin demostrar ninguna intencionalidad de mofa alguna. El joven que no ha caído en esta circunstancia, respetuosamente devuelve el saludo y choca antebrazos con ambos. A la chica no da tiempo ni a decirle hola, porque rápidamente entra, y se para frente a la mesa grande donde el siguiente acto que se dispone a realizar aclarará el porqué del aspecto del muchacho.

Abre su mochila de viaje y extrae un paño de tejido lleno de algo que se mueve, y lo deposita en un plato de madera; se trata de un puñado de escarabajos rojos que se encuentran en plena ebullición al regresar a ellos la tenue luz del habitáculo. Están entre un montón de musgo del mismo color.

Con la sustancia que segregan, ha pensado realizar tinte rojo para pieles y grabados, que puede resultar de gran utilidad en el futuro. O si no, al menos servirá para decorar y engalanar vestiduras y ornamentos.

Dan se da cuenta de que, además de la simpatía y bondad que desprende, su amada Ixaéla posee una gran inteligencia que desarrolla a plenitud en cuanto se le presenta la oportunidad. Este hecho le hace sentir orgullo por ella, además del amor que ha desbordado el espacio de su acelerado corazón.

Así que ella también tiñe de rojo su vestido habitual, y los dos se pasean por la aldea causando la admiración de todo aquel que se cruza en su camino.

En vista del éxito obtenido, al día siguiente, los dos montados sobre Azcarra y Naíko regresan al remanso a por más escarabajos. La idea es cultivar el musgo con el que alimentar a los bichitos, con el fin de que se multipliquen y mantener un flujo

constante de tinte rojo. Durante esa primavera, ya varios aldeanos lucen sus encarnados atuendos en los paseos cotidianos del atardecer. (Para que veas que la moda y las tendencias no solo son cosa del futuro... porque un poco de querer presumir siempre ha existido desde el principio de los tiempos).

Capítulo 20

FIRRO EL FORJADOR

Después de la aventura con los escarabajos, Dan ha regresado al manantial. La cuadra y almacén de alimentos para el invierno están completamente terminados. Los muros y el tejado de arcilla son tan espesos que ni el frío más gélido ni el tórrido calor del estío serán capaces de traspasarlos, y a la vez también es impenetrable al agua de las lluvias.

En su interior hay espacio en el que almacenar hierba suficiente para alimentar a Azcarra y a Naíko en invierno, y todavía sobra espacio para cuando sea necesario acopiar más provisiones, o albergar más caballos u otros animales. De momento, el gato montés ya ha escogido el mejor lugar para acoplar un pequeño jergón de lana que Ixaéla confeccionó al conocer su existencia.

Durante la primavera y el verano, Dan divide su tiempo entre la aldea y el manantial. Muchas jornadas las dedica a la caza para que no falten pieles, pero las que más, son para conocer bien todo el valle y las empinadas laderas de la montaña.

Cuando está en el manantial, solo Lauro le hace compañía para ayudarle y las chicas se quedan en la aldea. La cabaña que construyó a su llegada en el borde del camino es pequeña para pensar en un futuro junto a la mujer que ama.

El proyecto que guarda en secreto para sorprenderla es la construcción de una más grande con todas las comodidades, salón

con chimenea y muchos dormitorios, por si hicieran falta más adelante.

La mejor ubicación que ha encontrado es junto a las nuevas cuadras, en medio de la pradera y al resguardo del pino más alto. Entre los dos, ya han alisado una buena parcela, y una losa de bloques rojos la cubre por completo, haciendo de piso y cimentación para una nueva edificación.

Por el momento, de la losa solo sobresale el inicio de lo que será la chimenea del salón, y como base para que descansen las fogatas, ha colocado una pieza reforzada, que ha dejado suelta sin aplicarle la argamasa.

Bajo ella, aparece una pequeña oquedad oculta. El secreto escondrijo está destinado para albergar el paquete que recibió de su madre en su último día en la tierra. (Esto lo ha realizado cuando se queda solo y en absoluto secreto; ni siquiera su amigo sabe que la losa es de quita y pon).

Nadie más que Lauro conoce el nuevo proyecto que están llevando a cabo, y cuando alguien de la aldea pasa por allí, no ven nada, porque han colocado ramas bien entramadas para disimular la entrada a la parcela.

Este sería el único lugar por el que se puede ver la pradera, porque el resto está cubierto por maleza muy espesa que ha crecido de modo natural por todo el perímetro, lo que lo hace impenetrable, tanto visual como físicamente.

Construyendo la nueva morada en secreto, pasan todo el verano, y le sigue un apacible otoño, pero el invierno este año se presenta verdaderamente frío y temprano. Por ello se traslada a

las cuadras donde se le hará más llevadero el tránsito de la fría estación. Por lo tanto, la primera cabaña queda disponible para quien la pueda necesitar, y esta misma noche ya hay pernoctando un grupo de ellos luchando contra el frío, arrimados al calor de la chimenea y disfrutando del guisado que los ha preparado.

Al fin y al cabo, toda su vida ha sido posadero, así que el oficio ya lo conoce, y de la buena voluntad por ayudar a sus congéneres, nadie lo puede poner en duda.

Para devolverle en parte su amabilidad, uno de ellos le ha regalado una especie de cadena compuesta por eslabones de metal. Sorprendido por la creación de tan novedosa tecnología, se la coloca en el cuello sustituyendo el cordel del que cuelga su medallón de la luna y el sol que una de sus hermanas le había confeccionado con arcilla cuando era un chiquillo.

En cuanto a los invitados, se trata de una familia de peculiar aspecto. Su piel es extremadamente pálida y blanquecina; la explicación que recibe su anfitrión es que provienen de las crestas de granito. Exactamente del poblado de los mineros, donde se pasan casi todo el tiempo en el interior de las cuevas, y allí se toma poco el sol. Han tenido que abandonar el poblado y su forma de vida, debido a que la mujer sufre una enfermedad que no termina de curársela.

Un día acudieron a visitar una vieja y famosa curandera del Bosque Nublado, y ella había aconsejado que, para su sanación, debían trasladarla hacia una zona donde el aire fuera más puro y limpio, ya que sus problemas respiratorios se debían a la incesante aspiración del polvo de las minas. Así que habiendo oído hablar de la buena salud de los habitantes del valle, aquí

están, y no pudieron esperar a que pasara el invierno debido a la acuciante gravedad de la mujer.

El hombre nació en las minas, se llama Ferroxx y la mujer es Galdetega. Al fornido joven le llaman Firro, que es diminutivo del padre, y aparentemente tendrá la misma edad que Dan. Dos jovencitas de menor edad también descansan junto a ellos, Daría y Sária.

De momento y hasta que puedan construirse una cabaña para ellos, Dan les cede la choza del manantial y además se ha ofrecido para que no falte alimento mientras estén allí los mineros. Y no ofrece su cuadra, porque no hay espacio debido a la gran cantidad de heno almacenado; apenas ha quedado sitio para los caballos y para colocar su jergón, al lado de la chimenea provisional. Ellos se lo agradecen, pero a la vez le dicen.

— **Firro:** *Siempre te estaremos agradecidos, porque seguramente mi madre no hubiera sobrevivido al frío. Ella está muy débil, pero... mi padre, yo y mis hermanas estamos sanos y acostumbrados al duro trabajo de la mina. Aceptamos de buen grado la estancia, pero nos gustaría colaborar en todo lo posible. Así que, dinos... ¿Cómo podemos ayudarte?*

El anfitrión se fija sobre todo en sus manos, fuertes y encalladas por completo. Incluso las de la madre presentan estos rasgos.

— **Dan:** *Me gusta vuestra disposición, y efectivamente, vuestro aspecto es el de gente acostumbrada a ganarse la vida con duro trabajo. El invierno es duro y de momento tenemos alimento para un tiempo; por lo tanto, tendremos que ir improvisando el modo en que procederemos a partir de hoy. Os enseñaré a cazar al*

estilo del valle, y también podéis ayudarme a cocer bloques de arcilla, con los que construir vuestra propia casa.

Al día siguiente, una de las jovencitas atiende a su madre, adecenta la cabaña y prepara un buen caldo para cuando regresen los demás de su primera lección de caza.

Y cuando vuelven, al menos traen un par de conejos; otro día se dará mejor. Dan tiene una gran cantidad de barro protegido de las heladas con montones de hierba seca. El agua lo obtiene fundiendo nieve con el fuego que rodea una tinaja de grandes dimensiones.

Cuando el padre acude a este lugar, se fija en el horno que Dan ha construido y le recuerda el oficio que realmente desarrollaban ellos en la mina. Fundían el material excavado y lo convertían en bloques y piezas de metal. El fuego es la vida para ellos.

Todos, incluso la madre a pesar de su debilidad, colaboran para hacer ladrillos de adobe. Pero no para hacerse ellos una cabaña nueva, sino para terminar primero la casa de su anfitrión. Después, pensarán en cómo y dónde hacer la suya propia. De momento, esta será la pauta diaria que seguir...

Cazar algún que otro día y hacer ladrillos de arcilla el resto. En unas cuantas jornadas, ya tienen de sobra para el nuevo proyecto de Dan, y ya están preparando muchos más para que la familia recién llegada pudiera hacerse la suya propia un día. El padre le dice a Dan.

— **Ferrox:** *Dan, muchacho, ¿crees que podremos construirnos la casa cerca de la aldea, donde pueda instalar una forja para*

fundir metal y hacer utensilios que puedan necesitar las gentes del lugar?

El hombre le enseña a Dan un pergamino de piel que lleva siempre consigo. En él, hay dibujados los planos de un fuelle de piel y madera con el que insuflar oxígeno al fuego, para aumentar su temperatura.

También marca su ubicación y forma de colocarlo estratégicamente para su fácil manejo. Dan lo estudia detenidamente, escuchando las indicaciones que le da Ferro. Parece que el forjador lo tiene bien claro, Dan también, y la respuesta es una propuesta.

— **Dan:** *Tenemos suficientes pieles grandes y robustas en las cuadras para hacer el fuelle; no hay más que refinarlas y coserlas. A partir de mañana, cortaremos ramas de los árboles con la madera más resistente para la estructura; así lo tendremos preparado para que te pongas a fundir cuanto antes.*

Los ojos, no solo del padre, sino también del resto, se iluminan contagiados por el entusiasmo de Dan, y aumenta su ilusión cuando siguen escuchando más palabras.

— **Dan:** *Por la cabaña en la aldea, no hay que preocuparse; conociéndolos, estoy seguro de que no se limitarán sus habitantes a indicarnos el mejor espacio disponible para la ubicación, sino que estarán dispuestos a colaborar en su construcción. Yo llevo poco tiempo aquí, pero el suficiente para dar fe de ello.*

La cara de satisfacción de la familia no puede describirse fácilmente. Simplemente se han llenado de esperanza; solo gestos y palabras de agradecimiento se producen en las cuadras, donde

se encuentran ya escogiendo las pieles más adecuadas para el proyecto. Allí embelesados, se encuentran escogiendo las más idóneas, cuando de pronto todas las miradas se dirigen hacia el crujir de la resistente puerta. Naíko y Azcarra no se sobresaltan porque han reconocido el olor de su amigo Zax, y demuestran su alegría cabeceando y relinchando de tal modo que parece más risa que el propio sonido que emiten estos cuadrúpedos. El otro equino es el primero en acercarse para restregar sus hocicos en común celebración. Más atrás, su joven jinete se sacude la nieve del capote que le cubre y se desprende de él. Al levantar la mirada, se queda sorprendido al ver tanta gente, pero se apresura a saludarlos.

— **Lauro:** *Hola, soy Lauro, amigo de Dan y vengo a echarle una mano.*

Dan se alegra de verle y golpea su espalda varias veces, mientras él se aproxima a ir chocando antebrazos con los presentes. Ellos mismos y uno a uno se presentan. Después, le ponen en antecedentes sobre las futuras pretensiones para la familia, y él también se une al entusiasmo del resto. Finalmente, todos se ponen a escoger pieles adecuadas.

Al día siguiente, que amanece más claro, los dos amigos y padre e hijo bajan a la aldea. Las chicas se quedan a cuidar de su madre, que esta mañana parece haber sufrido una perceptible recuperación debido a las buenas perspectivas que presenta su futuro en el valle. Dan puede visitar a Ixaéla con esta excusa, aunque el verdadero motivo es el de reunirse con los Buruzagas de la aldea.

En poco tiempo, no solo están exponiendo los planes a ellos, también han sido convocados la mayoría de los aldeanos, y

acuden no a la llamada de nadie, ni tampoco hace falta sonar la tromba de aviso. Simplemente fue la curiosidad quien los guio. Como es costumbre en toda la región y casi me atrevería a decir que en cualquier punto del planeta... la llegada de forasteros despierta intriga por saber quiénes son y cuál es el motivo de su llegada.

Los que todavía no han llegado, no tardarán, porque a pesar del frío que hace en la calle, las noticias vuelan de cabaña en cabaña más rápido que los vientos del norte. Al cerrar la sesión, ya está decidido por unanimidad. Los nuevos vecinos construirán su morada junto al bosque en las afueras, para que el repiqueteo del martillo pilón no afecte en exceso la tranquilidad de la aldea.

Cuando en el manantial estén preparados los troncos y el fuelle esté terminado, irán varios voluntarios para cargarlo en el carro y traerlo aquí, y entre todos, en poco tiempo, estará completamente terminada.

Calculan Canu y Marto, que desde siempre se han erigido como jefes de obra en cualquiera de las construcciones o reformas que se realizan en el valle. Pero Dan, secundado por su amigo Lauro, deniegan la ayuda para el traslado con carros. Todavía nadie sabe su secreto y quieren que sea una sorpresa para Ixaéla, y por medio de disimuladas señas piden a sus invitados y nuevos amigos que se unan a su secreto.

El cazador lleva poco tiempo aquí, pero el suficiente para saber con qué velocidad corren los cotilleos en la aldea.

— **Dan:** *Agradezco vuestro ofrecimiento, pero el fuelle es carga muy delicada, así que entre la familia y Lauro me ayudarán a traerlo.*

Canu el Largo y Lala advierten el nerviosismo y lo apresurado del pronunciamiento de los dos jóvenes, a los que miran con los ojos entrecerrados, denotando claras sospechas sobre ellos, y piensan.

— **Canu y Lala, pensando:** *“Algo traman este par”.*

Pero se tranquilizan pensando que, conociendo sobre todo a su nieto, nada malo será. Y también confían en el bien hacer del matador de Xarra. Y así queda planeado.

¡Sorpresa en El Manantial! Transcurre el invierno y, llegada la primavera, los forjadores provenientes de las Minas ya están instalados en la casa que se ha construido con la colaboración de todos y cada uno de los aldeanos. En la forja se espera material para comenzar su producción y ya tienen un montón de encargos.

Desde que llegaron los mineros, la Cuadrilla, compuesta por Dan, Lauro, Ixaéla y Layza, se ha visto incrementada por la presencia de Firro, y no se sabe atraída porque, desde hace tiempo, también cuentan con una joven de fornidas hechuras llamada por todos Leña.

Que se dedica, como su propio nombre indica, a la tala de ramas secas en el bosque. Este grupo de media docena se une a los demás jóvenes de la aldea para pasar buenos ratos, sobre todo practicando el manejo de las armas de caza. Lo que más triunfa en particular es la práctica del tiro con arco, que es impartida por el experimentado cazador que llegó del otro lado de las montañas.

Ahora, muchos de ellos ya son verdaderos artistas en su manejo, aunque algún otro prefiere el hacha. ¿Y quién mejor para adiestrarlos que la joven Leña, de quien especialmente aprende el que parece su inseparable mejor amigo, Firro? Aparte de Dan. Este es el único que, como ella, es capaz de manejar una con cada mano. El resto, bien lo hace con una sola.

Otro duro invierno acaba de terminar en el valle rojo; las visitas de Dan a la aldea han sido muy frecuentes, y más ahora en primavera, que el tiempo es más permisivo para los descensos por el sendero. Esto también ha sido favorable para que Ixaéla y sus amigos le visiten en el manantial; los ha alojado en el antiguo refugio, evitando la pradera del establo.

Lauro y Firro le siguen la corriente y nada cuentan tampoco a sus respectivas y asiduas acompañantes, Layza y Leña. Cuando ellas están, simulan seguir metiendo a los caballos en la antigua cuadra del manantial, y aunque... Azcarra, Naíko y Zax se empeñan en tomar el camino para pernoctar en el nuevo granero; los chicos dicen que tienen vicio por la hierba de la pradera, y tienen que llevarlos casi a rastras.

Ixaéla ya conocía el lugar cuando era niña, y había tomado agua fresca del manantial durante alguna ocasión que ha acompañado a su padre, cuando este realizaba negocios en las aldeas del lago.

Pero ahora, lo observa con más detenimiento y el paraje en el que mora su amado le parece más maravilloso todavía, pero ni se imagina la sorpresa que la espera en la pradera de la curva que permanece escondida tras la maleza. Lauro le ha hecho la firme promesa de no contarle nada a ella, y mucho menos a su prometida Laiza, que sería lo mismo que si se lo dijera a Ixaéla

directamente. Firro y su familia también se han conjurado para no desvelarlo y en la aldea nadie es conocedor de tan reservado secreto.

Durante el invierno los dos amigos han ido construyendo las paredes y el techo de la cabaña, y la llegada de la familia de las minas ha sido de gran ayuda. Después las visitas han sido más asiduas y tanto empeño en desviar las miradas hacia otro lado cuando pasan por la curva y el nerviosismo que denotan en los chicos ha hecho que las dos chicas comiencen a sospechar que algo traman, pero haciéndose un poquito las tontas, les siguen el juego.

Cuando los otros quehaceres se lo permiten, los dos amigos trabajan duramente y a contrarreloj. Si ya se consideraban amigos, ahora son como hermanos, el joven cazador y el nieto de los Buruzagas.

Parecía difícil encomienda la que se han propuesto, pero por fin, para finales de la primavera y con la excusa de una celebración en el manantial, dan cita a Ixaéla y a sus padres, también a los abuelos de Lauro y a Laiza.

Cuando están todos reunidos en el primer refugio del manantial, el cazador y ahora constructor de cabañas los encamina hacia la curva de la ladera. Desde la vereda no se aprecia nada porque lo tapan altos arbustos de acebo y algún majuelo que otro. La única entrada la tiene camuflada con ramas cortadas.

Cuando llegan a la rampa, se detiene delante de los arbustos y nadie sabe qué hacen allí parados. A Dan, saben que

no le sacarán nada, pero a Lauro, es otra cosa. Le miran para obtener respuesta, sospechando que es cómplice de la treta.

Y este se hace el distraído, mirando a las copas de los árboles y disimula, como no sabiendo de qué va el asunto. Sin embargo, ayuda a Dan a despejar la entrada y de pronto aparece ante su vista la deslumbrante y recién terminada cabaña. Y digo deslumbrante, porque sus paredes son de un brillante rojizo en el que se reflejan los rayos de sol.

El tejado algo más oscuro, porque las han cocido un poco más para impermeabilizarlas. Las puertas y ventanas están muy bien elaboradas con madera de castaño, y toda la edificación a juego con las cuadras que están situadas un poco más arriba. Y todavía sobra espacio en el descampado para realizar más edificaciones si fuera necesario en el futuro.

El asombro de todos los presentes es indescriptible; nunca han visto una casa de tales proporciones construida con el barro que siempre han pisado y que tantas veces han maldecido por cómo se agarra al calzado. Marto y Canu, haciendo alarde de su experiencia, pasan una meticulosa revisión a la estructura. Las mujeres se fijan más en los pequeños detalles decorativos y en el mobiliario, sobre todo en los utensilios y en la chimenea interior.

Realizada también con bloques, pero ornamentales, diseñados y fabricados por los dos noveles constructores. Mesas y sillas y todos los utensilios que Dan ha ido construyendo o intercambiando por pieles y carne de caza terminan de ataviar la vivienda. Pero Ixaéla, medio embobada, solo le mira a él, y sabe

lo que esto significa para ellos. Laiza golpea a Lauro en el hombro mientras le reprocha.

— **Laiza:** *Así que esto es lo que hacíais, este era vuestro secretito...*

Pero a la vez le abraza con orgullo. Los dos ancianos erigidos supervisores no han encontrado ningún fallo significativo. Aunque alguna cosa se podría haber mejorado, finalmente queda confirmada la construcción y reprochan a los dos jóvenes el no haberles solicitado su ayuda.

— **Marto:** *Porque no nos dijisteis nada, podríamos haberos echado una mano; además, os hubiéramos guardado el secreto.*

— **Dan:** *Es que la sorpresa también es para vosotros y luego sabréis por qué.*

Esto conforma a los dos hombres, mientras que Ixaéla no deja de abrazar a Dan. Lo mismo que Lauro, rodea con sus brazos a Laiza. Las mujeres mayores felicitan a los jóvenes prometidos y sus respectivos compañeros asienten su conformidad todo el rato. Sin cejar en su empeño de pasar la última revisión al interior, siguen escudriñando hasta el último detalle. De repente,

Dan se pone serio y carraspea con la intención de llamar la atención para decir alguna palabra. Se separa del abrazo de la joven, toma a Ixaéla por ambas manos y la mira fijamente a los ojos. Ella está expectante y casi roza el histerismo por los nervios que la reconcomen. Al final, el chico arranca con sus palabras.

— **Dan:** *¿Te gusta la casa?*

— **Ixaéla:** *Me encanta*

— **Dan:** *¿Te gustaría compartirla conmigo durante el resto de nuestras vidas?*

Antes de terminar la pregunta, Ixaéla ya está asintiendo una y otra vez con la cabeza, y a Canu se le escapa una expresión muy característica en él, cuando se sorprende por algo.

— **Canu:** *¡Atizaa!”, esto sí que no me lo esperaba.*

El edil de la aldea no pudo dejar de intervenir, en verdad habla por todos porque también se habían sorprendido, menos Lauro que es sabedor y cómplice. Antes de que Ixaéla conteste de viva voz, porque la tapa la boca, Dan apunta algo más.

— **Dan:** *Claro está, con la aprobación de tus padres...*

Al decirlo, Dan dedica una respetuosa reverencia hacia ellos y también antes de que conteste la chica, espera a conocer la opinión de sus padres.

— **Marto:** *Por mí no hay problema, ya me lo esperaba. Lo único que me importa es la felicidad de mi hija, y contigo lo es. Además, eres el único que la aguanta.*

Por lo cual, el padre se lleva una de sus amenazantes miraditas, pero termina sonriéndole antes de dirigir su atención hacia su madre para también conocer su resolución.

— **Garia, emocionada y casi llorando:** *Claro que sí hijo, ella te ama, lo sé porque soy su madre y se lo noto en la mirada...*

Dan retira la mano de su boca, y le toca el turno a Ixaéla que está dando saltitos de alegría y expresa por fin su decisión... ¿Cuál será?

— **Ixaéla:** *Si, claro que quiero.*

Los dos prometidos se abrazan quedándose tan pegados que parecen solo uno. Pero quedan más sorpresas, Lauro hace lo mismo con Laiza, esta acepta encantada, y tan ilusionada como su amiga. Y otra vez, el pobre Canu vuelve a soltar su expresión de sorpresa.

— **Canu:** *¡Atizaa!, tú también. Bueno, esto si me lo esperaba, y ¿cuándo pensáis celebrar vuestra unión?*

— **Lauro:** *Para la próxima fiesta del solsticio de verano, abuelo.*

Esta, es una ancestral costumbre de la aldea. Los que se desposan esperan a este día y todos a la vez para celebrarlo con el resto de los aldeanos. Después de la sorprendente revelación, comen por primera vez en la nueva casa de Dan.

Por supuesto, las Vituallas son cosa de Garia y Lala que han preparado un buen guisado en la casa del molino. Todos disfrutan de la velada con alegría brindando con leche de cabra y zumo de madroños. Y antes de que regresen los invitados a la aldea, se realiza el último acto para dar por inaugurada la casa. Salen siguiendo a Darking que ya es todo un lobo y que siempre se adelanta intuyendo el camino que van a tomar.

Una vez en el exterior, el joven indica a sus acompañantes para que miren por encima de la puerta principal.

Allí hay una piel que tapa parte del madero del capitel de entrada, tira de ella y aparece bien fijado el último regalo que le dieron sus hermanas al separarse, y que ha mantenido a buen recaudo desde que partió de la posada. Marto y Canu la reconocen rápidamente, porque la han visto más de una vez, es la misma que colgaba originalmente en la posada. El grabado del sol y la luna que daba nombre a la cabaña del lago.

La velada transcurre felizmente y al finalizar el día, los de la aldea regresan a sus casas más felices que nunca. Sobre todo, Ixaéla, que se pasa todo el camino entonando las aventuras que Dan la ha ido contando durante este tiempo y que ella las ha transformado en bellos cantares.

Y el resto la hacen los coros, improvisando las letras como buenamente pueden, hasta que llegan cada uno a su correspondiente cabaña y se retiran a pasar la noche, que ya se presenta bien entrada.

Cuando el recién prometido muchacho se queda solo, retira las brasas de la chimenea y levanta la losa suelta de la base. De debajo, extrae el objeto oculto, y sale de nuevo a la puerta. Una vez allí, mira hacia la piedra con los símbolos del Sol y la Luna, que es la misma que encontró Mextagón en la orilla del lago, y que después lució sobre la puerta de la posada.

Su hermana mayor la había arrancado de su emplazamiento y se la dio a él para que, donde estuviese, recordara siempre su procedencia y no se olvidara de su familia.

Y en la posada, su cuñado Parteko elaboró y colocó una nueva y de mayor tamaño para que pudiera verse desde lo lejos. Después, mirando el objeto que había cogido de la chimenea, recordó un

suceso que le ocurrió posteriormente a su partida con Jarzalex y Otxo.

La partida de Dan. Cuando hubo recorrido poco más de una legua y se encontraba algo retrasado con respecto a sus amigos cazadores, recibió otro legado de mayor trascendencia. Del mismo interior del bosque y sin previo aviso, salió su tía abuela Báttia, montada sobre su enorme yegua que parecía un legendario Bufante. La vieja maga del Bosque Nublado que había sustituido a su bisabuelo Batuzaim en las labores de protección de la foresta y sus habitantes.

Ella le dio un paquete envuelto en piel de gamo, que antes de morir le había entregado su madre y que era el mismo que Mextagón había encontrado entre los escombros de la rehuida cabaña. Dan, absorto en estos pensamientos, recordó exactamente la escena con todas las palabras que se dijeron.

— **Báttia en el recuerdo de Dan:** *“Este pergamino te lo entregó tu madre de parte de tu abuelo Mextagón. Recuerdas... pertenecía a nuestros ancestros, y lo recuperó su padre sin saber qué era. Estaba en la vieja cabaña del lago escondido bajo el fuego de la chimenea por Batuzaim noveno, al que mataron unas extrañas bestias. Él fue el último que leyó y escribió signos en él, los cuales solo son legibles para algunos de los miembros de nuestra familia. Tu abuelo y tu madre no pudieron hacerlo, pero yo, porque así lo quiso Luz, he tenido el honor de poder descifrar los símbolos que describen la asombrosa historia de nuestra familia desde el principio de los tiempos. Al leerlo, he podido contactar con la hija de Báttux, el creador de todo lo que nos rodea.*

De este modo, sé de dónde provengo y cómo llegamos hasta las cuevas del bosque. Y aquí termina mi custodia porque no me corresponde continuar el legado; solo he sido, y seré, tu guardiana y protectora en espera del momento que ha de llegar. Debes preservar este objeto como si se tratara de tu propia alma. No te lo he entregado antes porque eras muy joven, y para que no ocurriera una desgracia como le pasó a nuestros antepasados cuando fueron asesinados por bestias inmundas enviadas por quién no se sabe nadie... Te lo entrego ahora cuando acabas de cumplir las dieciocho primaveras.

Y creo que ya estás preparado para cargar con esta responsabilidad; además, tengo el presentimiento de que todo lo que te suceda a partir de ahora, incluido el viaje que emprendes, estará marcado por el destino. Nunca desveles este secreto, ni de palabra, ni de pensamiento, porque algún ser que se escapa a nuestros conocimientos acecha contra nuestra familia desde tiempos ancestrales con no muy buenas intenciones. Por eso te trasmito este legado a través de nuestras mentes y sin pronunciar palabra alguna, para que no nos oigan ni nos sientan. Y algún día, harás tú lo propio con alguno de tus descendientes. Nos volveremos a ver y a través de su lectura sabremos el fin para el que estamos destinados”.

Dan se quedó sorprendido ante su presencia; parece que los años no pasaban por ella, e intrigado por el paquete que llevaba en las alforjas, la preguntó.

— **Dan:** *Primero... ¿Cómo se sabe que tendré hijos?... Segundo... ¿A cuál de ellos debo entregárselo, y cuándo?*

— **Báttia:** *No sé cómo, pero tendrás más de uno, y de dos. Y ellos también te darán muchos nietos. No te preocupes, cuando llegue el momento sabremos quién de ellos será la “nueva luz” que salvará este mundo.*

El muchacho, sin haberse bajado siquiera del caballo, tuvo la intención de abrir el paquete y la anciana le detuvo.

— **Báttia:** *No lo abras, ya tendrás tiempo de hacerlo. Cuando estés preparado, todo lo que ocurra a tu alrededor deberás plasmarlo en él, para que tu mensaje llegue a su destinatario.*

Dan levantó la vista y ya no había ni rastro de Báttia; tan de repente como había aparecido, se esfumó. El muchacho siguió su camino, pero antes gritó con toda su alma una despedida dirigida hacia la espesura para que la anciana pudiera escucharle.

— **Dan:** *Hasta más ver, querida Báttia, “siempre te llevaré en mis pensamientos”.*

Esta fue la última vez que vio a su tía abuela Báttia, La del Bosque Nublado, hija del primer Batuzaim de la era actual después de la desaparición del noveno.

Después de este breve lapsus en sus pensamientos, Dan vuelve a la realidad del momento y se queda dormido leyendo el interminable manuscrito, y durante muchas noches continuará su lectura.

Siguiendo las instrucciones de Báttia, escribe sus vivencias en él antes de retirarse a dormir. Mientras tanto, los días se suceden y pasa el invierno. Y quedan pendientes grandes y pequeños

sucesos que han de acontecer, porque en estos tiempos y por estos lugares, la vida no es precisamente un paseo. El simple hecho de levantarse por la mañana puede convertirse en una gran aventura. Como la que a continuación se vivirá en el valle rojo y sus inmediaciones.

Capítulo 21

CEBUKOS

Poco después, disfrutan todos juntos de la primavera en la que Ixaéla y su amiga Layza, aunque ya han cumplido más de una veintena de ellas, deben pasar la prueba del cazador. Que consta no solamente de la pericia como tal, sino que también se valora la honestidad y el comportamiento con el que la acometan. Y junto a ellas, todos los chicos entre los dieciocho y veintidós años.

Justo los que tiene Lauro, que también se prepara para superarla. Esto sucede cada cuatro años, y unos días antes los tres amigos de la aldea se reúnen para ultimar los detalles, cuando caen en la cuenta.

Dan tiene también veintidós; debería pasar la prueba a pesar de no llevar mucho tiempo en el valle. Ni lo habían pensado, así que acuden prestos a consultar a Lala, que atraviesa la plaza en busca de su vecina, y los tres la abordan por detrás, regalándole un buen susto.

— **Ixaéla:** *Lala, Lala, ¿puede pasar la prueba también Dan?, por favor, dinos que sí.*

Después de reponerse de tal soponcio, intenta recuperar la compostura y simplemente dice.

— **Lala:** *Pues claro que sí... todos pensábamos que ya se estaba preparando, ¿acaso no le habéis dicho nada? ¡Pues vaya*

amigos que sois!... y me supongo que también se lo habréis dicho a Firro.

No fue muy simpática en la contestación la veterana Buruzaga de la aldea, pero no era para menos después del susto. Pronto se le pasa y, cuando no la miran, sonríe maléficamente, sabedora de la incertidumbre en la que ha puesto a los jóvenes. La verdad es que ella tampoco lo había pensado y apresura el paso para informar a su amiga. Después ambas hacen lo propio con Canu y Marto, y los cuatro acuerdan que si alguien pregunta... lo habían dado por hecho, “hay que ver estos chicos que no le han avisado”

Sin pensárselo dos veces, los tres se acercan a varios caballos que son la montura de conocidos aldeanos y que se encuentran bebiendo agua en el estanque, mientras sus verdaderos jinetes conversan las últimas incidencias.

Cada uno se sube al que tiene más cercano, y sobre la marcha y a voces, los informan de que los toman prestados para una importante misión, y que por la noche los llevarán a sus respectivas cuadras. Ninguno protesta; ¿de qué serviría si ya no pueden escucharlos? Así que tres aldeanos que deben regresar a pie a sus cabañas. Menos mal que no son de los que viven más alejados.

Cuando llegan a la nueva casa de Dan, se apresuran a informarle y, sin apenas tiempo para dejarle hablar, ni descanso para los animales... regresan otra vez de vuelta.

Dan utiliza como montura a Naíko. Azcarra también va con ellos porque a partir de ahora será la montura de Ixaéla, que

ya se conocen bien. Cuando llegan a la aldea, lo primero es devolver los caballos y aguantar la consabida reprimenda por parte de sus jinetes; más que una regañina, es un... “Hay que ver lo alocados que estáis los jóvenes de hoy en día”. Pero casi se lo dicen sonriendo.

No es molestia porque en esta aldea se comparte todo, incluso los caballos, que son tan queridos para ellos. Y para parecer más serio... uno de ellos añade.

— **Sirro:** *Es que no tenéis vuestros propios caballos mirad en las condiciones que vienen; mañana acudirán cansados a la prueba y tendremos que viajar despacio. Tragaremos polvo y encima, llegaremos los últimos al altiplano negro y nos tocará recoger los peores cráneos.*

Piden disculpas explicando las razones. A regañadientes y porque sienten admiración por el cazador de osos; son perdonados. Y en la aldea todos se preparan, niños, mayores y abuelos. En cada cabaña sus utensilios y aperos están recogidos y a buen recaudo.

La vigilancia contra otras personas no es necesaria, porque por estos tiempos y lugares nadie comete fechorías ni se apropia de lo ajeno; por lo tanto, la aldea queda desierta. Solo de algún lobo domesticado se dejan escuchar sus aullidos de tristeza; hay uno por cada cabaña y no dejarán que se acerquen alimañas a sus dominios. El viaje durará al menos dos días de ida, un par de estancia y otros dos de vuelta.

Una fila de carros llenos de viandas e improvisados refugios de campaña, y caballos portando jinetes en sus lomos, se extiende por el camino, desde el puente del río hasta la plaza,

avanzando hacia su destino. Encabezan la caravana los más jóvenes, que en poco tiempo aventajan en un par de leguas a los mayores; entre ellos también están Firro y Leña, que por edad también les toca pasar la prueba. Pero tan rápido como han avanzado, deben detenerse para dar tregua a sus fatigadas monturas, y durante la parada son de nuevo alcanzados por los veteranos, que al pasar sonríen maléficamente.

Esta lección también podría formar parte de la prueba, porque para recorrer un largo camino, la prudencia y la paciencia son virtudes indispensables para llegar al final. Dan ya había superado lecciones parecidas durante sus andanzas con los viejos cazadores, pero se ha dejado llevar por el ímpetu de la juventud y siguió al resto sin caer en la cuenta.

Los veteranos consideran positivo el comportamiento final de los noveles. A pesar de que estos se hayan precipitado en loca carrera y se sientan ridiculizados y caminen a pie tirando de las riendas, han sido capaces de detenerse cuando han sentido el cansancio de sus cabalgaduras.

Y sí, se ríen en complicidad los que pasan por delante, pero con la cabeza alta, demostrando para sí mismos el orgullo que sienten por ellos. Piensan que, si han aguantado las mofas, también serán capaces de superar cualquier prueba que se presente en la vida.

De momento ya han comenzado esta, que no es lo que los jóvenes se imaginan, porque ninguno de los que ya la han pasado revela las circunstancias en que consiste. Piensan que solo deberán enfrentarse a las bestias, y por ello están tan envalentonados y no quieren mostrar el miedo que causa la incertidumbre en ellos. Temor que mitigan con el valor de querer

superarlo, pero lo que no saben es que se valora también su actitud al realizarla. Y para las gentes mayores que ellos, es lo verdaderamente importante.

Los jóvenes aspirantes de hoy, al menos los que se han criado en la aldea, deberían haberse dado cuenta, porque no es la primera prueba a la que se enfrentaron cuando pasaron de niños a adolescentes. “La caza del cervatillo”, y de esta sí que se guarda un absoluto secreto ante los más jóvenes.

A partir de ahora, se ponen a cola detrás de los que montan los caballos “prestados el día anterior”, y de nuevo deben aguantar sus burlas y encima tragarse el polvo del camino. Por la noche todo se ha olvidado; la fiesta es en honor de los jóvenes y lo celebran con ellos a lo grande.

Desde lo lejos, se divisa el reflejo de las hogueras, y unos extraños animales escuchan más distanciados la entonación de sus cánticos. Al atardecer del siguiente día, llegan a una especie de acantilado, y desde aquí han de seguir en silencio y con cautela porque han penetrado... “en el territorio del Cebuko”

El hedor es nauseabundo debido a la descomposición de los últimos cuerpos de los que se han arrojado al vacío, pero en la pradera donde pernoctan las bestias, todavía huele peor, porque duermen sobre sus propios excrementos.

Lo que antes era bosque, lo han convertido en un páramo desierto y fangoso donde la herrumbre ha marchitado cualquier tipo de vegetación que existiera antes, y cada año que pasa, su extensión se acrecienta.

Se concentran en este altiplano, porque para dormir se agrupan todos ellos con el fin de darse calor. Cada noche luchan desesperadamente entre ellos para ocupar el mejor puesto en el interior, quedándose en el vértice de la manada los más débiles a merced de las inclemencias del tiempo, que por estos lugares suelen ser más bien fríos incluso en la temporada de verano.

La enorme llanura está rodeada por un muro natural de todo tipo de árboles y arbustos, por donde nacen cada pocos pasos innumerables sendas trazadas por el transitar de los Cebukos cuando cada día salen a pastar por las laderas de las montañas del norte, y regresan por los mismos cada anocheecer.

La primera vez que acudieron aldeanos a la zona, tuvieron que aguantar el hedor tapándose la nariz con improvisados pañuelos. Desde la siguiente y hasta hoy, preparan antes de venir paños de lino impregnados con abundantes plantas aromáticas. Cada uno lleva tres o cuatro por lo menos.

De todos modos, cuanto antes terminen, mejor será para su pituitaria. Y como siempre, lo primero que hacen los aldeanos del Valle Rojo es recoger los cráneos que hay desperdigados por el suelo.

Cuando cumplen una docena de años, sus cuerpos se descomponen como una planta falta de riego. Pierden el pelo y las cornamentas, la piel se escama y se quedan ciegos y sordos. Por esta razón, cuando comienza su podredumbre, se lanzan por el acantilado para evitar lo que para ellos sería una patética agonía.

Llevar la maldad en su alma y prefieren la muerte a verse débiles y presa fácil. Esa debe de ser la razón por la que son tan

obstinados y presentan batalla a cualquier ser viviente que se acerque, vendiendo cara su vida. No es de extrañar en un animal que fue obligado a ser como es, sin haber elegido este destino. Después de cuatro años desde la última batida de los aldeanos, hay muchos. Quizás más de lo normal.

Estos animales se sienten siempre amenazados, como si algo o alguien hubiera implantado esta violencia en su alma, y desde tiempos muy remotos se ha oído hablar de ellos. Comenzando su mala fama el día que aparecieron de la nada, en la orilla del lago de la luna, diezmando a las gentes que habitaban sus orillas.

Son las bestias que mataron a muchos e hicieron huir a los supervivientes a las cuevas del Bosque Nublado. Se dice que fueron creados por un ser maligno que odiaba a esta saga familiar, pero, por lo que se puede observar, no puso mucho empeño en su diseño.

Después de que Zurria, la Bufante blanca, los guiara al otro lado de las montañas, vagaron por el territorio durante muchas décadas atacando a los pequeños asentamientos que allí prosperaban, porque no se atrevían con las aldeas donde hubiera más de una centena de humanos.

El grado de su maldad era equitativo a su cobardía. Y se reproducen con rapidez; cada hembra pare cuatro o cinco cebukitos, y un par de veces al año. En este aspecto parecen más que antílopes, conejos de monte o roedores de las montañas.

Algunos supervivientes de sus ataques buscaron refugio en la aldea del valle rojo y alertaron a los aldeanos. Se construyeron más cabañas ampliando el límite del poblado para

estar más seguros de los ataques del Cebuko. En cierta ocasión no pasaron de largo, se apostaron en las faldas de las montañas para acecharlos, y atacaban a los que se alejaban para cazar o cosechar frutos del bosque, matando sin distinción a más de una veintena de hombres, mujeres y niños. Los pobladores del valle, hartos de estas acciones, decidieron acabar con esta amenaza.

Reclutaron a gentes del otro lado de las montañas, y se unieron varios centenares para una batida de caza, la mayor que se había organizado hasta ese momento. Fuertemente armados con improvisadas lanzas en una mano y hachas de gran envergadura en la otra, se dirigieron al bosque donde solían estar las bestias. Formaron una larga hilera a lo ancho del terreno, con la intención de matarlos o al menos espantarlos del lugar. Acabaron con más de la mitad, guardando sus cráneos como trofeo.

Al resto, los empujaron a zonas remotas donde no causasen más daños, y acabaron atravesando los picos de las montañas rojas. (Algunos descendientes de los que allí estuvieron dicen haber contado con la ayuda de una Bufante blanca, que acababa con la vida de las bestias justo cuando iban a hacer lo propio con algún aldeano desprevenido).

No se sabe si fue cierto o solo una ilusión, pero esto hizo que la leyenda de los Bufantes se acrecentara en mayor medida, y más todavía en el valle rojo, que son grandes admiradores de este mítico animal.

Desde entonces los aldeanos del valle los mantienen aquí a raya, y cuatro años es el tiempo justo y necesario para que no prosperen en demasía. Si son demasiados, agotarían los pastos de esta región y tendrían la necesidad de migrar y volver al valle de

tierras rojizas. Y este era otro de los motivos que empujaron a Dan a visitar este mítico lugar. Y ahora, quiere ver en primera persona a las bestias que casi acabaron con sus antepasados.

Esa misma noche, algunos aldeanos bien escogidos se asoman al altiplano donde duermen apaciblemente, pero no en absoluto silencio, porque hasta en este estado, gruñen espeluznantes ronquidos. Dan se une a ellos como experto acechador, y lo que ven resulta sorprendente. Este año el rebaño ha crecido en exceso y será necesario abatir a un buen número de ellos. Marto y Canu, también expertos contadores de antílopes, calculan el número.

Hay más de setecientos, y su número recomendable es de quinientos. Así que, como también son expertos matemáticos, determinan que sobran dos cientos de ellos. Demasiados para una sola partida.

Después de hacer cuentas, bajan al fondo del acantilado y debaten entre los más viejos el modo de actuar. Llegan a la conclusión de que este año despacharán a los que puedan, y en vez de esperar cuatro años, volverán al siguiente para ir disminuyendo la manada. Canu el Largo piensa que, si esperan tanto, cuando regresen el próximo año será tarde, y así se lo hace saber al resto.

— **Canu:** *Deberíamos pensar el modo en el que terminar con esto, aquí y ahora. Me temo que, si desaprovechamos la oportunidad, será demasiado tarde. Todos conocemos a estos animales; aquí la hierba crece alta y rápidamente. Esta tierra es capaz de sustentarlos, pero si siguen así, lo devorarán todo y*

necesitarán más terreno. En poco tiempo llegarán al valle y acabarán matando a cualquier ser viviente.

A la par que habla, el sabio hombre arranca un puñado de hierba, y con rabia la arroja contra el suelo, determinando con palabras lo que ocurrirá dentro de poco si no solucionan el problema del exceso de cebukos.

— **Canu:** *Las gentes de la aldea adquirimos la responsabilidad ante los demás moradores del territorio de mantenerlos a raya sin causar su total desaparición. Porque, al fin y al cabo, aunque sean bestias, todos somos hijos de Báttux, y nos debemos a este compromiso.*

Su gran amigo, que tiene tanta experiencia de la vida como él, apoya sus palabras y, además, ante todos añade las suyas propias.

— **Marto:** *Estoy de acuerdo con nuestro Buruzaga; debemos solucionar este problema y entre todos hallaremos el modo. Con unión y colaboración, como siempre hemos hecho.*

Lala y Garia, encabezando al grupo de mayor edad, que son los que se encuentran más cercanos a los tertulianos, apoyan la moción y se lo van comunicando al resto. Sin armar demasiado alboroto, uno a uno se va extendiendo el mensaje, pero Dan no está entre ellos.

Volvió a vigilar a los Cebukos y no se quedó a escuchar el debate. Esto mismo que se ha expuesto es lo que piensa él, y se dirige hacia la manada para intentar trazar un plan con el que acabar con los animales necesarios sin perder a ninguno de sus

nuevos amigos. Nadie se preocupa, porque saben que dondequiera que esté, sabe cuidarse solo.

Solamente sus amigos Lauro, Layza, Firro, Leña e Ixaéla se quedan intranquilos; sospechan dónde está y van en su busca resguardados por el amparo de la noche. Los cinco amigos no son torpes y están acostumbrados a ir de cacería incluso bajo la luz de la luna, pero con estos bichos hay que extremar las precauciones, y comienzan a rodear los bordes de la planicie donde creen que se hallará su amigo. Después de medianoche deambulando, no le encuentran, porque es él quien se presenta ante ellos, sorprendiéndolos a la vez que solicita su silencio y sigilo, ya que están muy próximos a la manada, y algunos cebukos gruñen intuyendo su presencia.

Se han asustado al verle, porque su cara asoma entre algunos helechos que camuflan todo su cuerpo, atados con ligaduras de cañizo, y arrastra otro buen puñado para hacer lo propio con sus compañeros. Ya se imaginaba que estos cinco no se quedarían en el campamento. Al poco, todos parecen espantapájaros verdes, y siguiendo las instrucciones de quien se ha erigido como capitán de la incursión, realizan un exhaustivo examen de la situación.

Al amanecer, Dan no ha dormido en toda la noche pensando en cómo reducir a los Cebukos, y le llegó la inspiración al recordar cómo en varias ocasiones, cuando estaba con Jarzalix y Otxo, rodeaban con fuego el perímetro y, camuflados hombres y caballos con helechos o pieles del animal al que acosaban, podían acercarse entre las manadas sin ser vistos y atrapar a unos cuantos de ellos. Jabalíes, ciervos o antílopes eran los más comunes. En cuanto a la relación de los caballos con el fuego, ya están acostumbrados. Desde que son potrillos, juegan con ellos a

saltar por encima del humo de las hogueras para que pierdan el miedo a lo que no se ve al otro lado, y confíen en sus jinetes cuando les indican que avancen.

Así que, basándose en estas experiencias, propone un audaz plan a los ancianos que componen el improvisado puesto de mando. Estos, tras escucharlo, lo aprueban sin nada que objetar al respecto, porque, aunque parezca atrevido y temerario, se ven capaces de realizarlo.

Los Cebukos pasan la primera hora de la mañana despejándose del largo sueño sin moverse del páramo de lodo pestilente. Y más tarde irán a atiborrarse de hierba para después acudir todos en manada a saciar su sed en la laguna que está entre ellos y el acantilado. Tan cercana, que por las paredes del precipicio emanar sus aguas por innumerables grietas que forman el nacimiento del río, en cuya orilla están acampados los aldeanos.

Este día, se lo pasan recolectando combustible para hacer hogueras. Preparan la estrategia para la escaramuza, y se van pronto a la cama para levantarse antes del alba.

Todos ellos han cogido un buen ato de hierba verde, algo de paja seca, y lo portan subiendo por una empinada e intrincada vereda que conduce al altiplano. Al llegar arriba se dividen; algunos siguen a Canu rodeando la laguna y otros se encaminan por el lado opuesto siguiendo a Marto.

Los jóvenes que habían de pasar la prueba y algunos más han partido antes para rodear a la manada por el lado opuesto al precipicio, y ya se encuentran junto a los antílopes, ocultos entre la maleza. Veintidós, se han desperdigado por los costados

ocultos entre los árboles y arbustos. De frente son otros veintitrés jinetes y veintitrés caballos, pero al salir de la espesura, no lo parecen. Están cubiertos por completo por helechos desde la cabeza del jinete hasta las patas del corcel. Solo un leve orificio para ver, han dejado en su verde manto.

Los primeros rayos del sol se adivinan en el horizonte marcado por las vecinas cumbres de las montañas rojas. En la mano, cada uno porta un manojo de hierba verde prendida con fuego que comienza a humear. Antes de asomarse, arroja cada uno el suyo hacia el frente, formándose una columna de humo entre ellos y los Cebukos.

Fieros pero ineptos animales, piensan que se trata de la niebla matinal que aparece algunas mañanas en el altiplano. Esto da margen para arrimarse más a ellos, y los caballos aparecen por sorpresa entre el humo. Una vez traspasado, avanzan primero a cámara lenta, en hilada y desde un lado del descampado al otro sin dejar huecos entre sí.

Casi a la vez, ya se divisan al lado contrario las otras fumarolas que salen de entre la maleza siguiendo el borde de la llanura; son el resto de los aldeanos que ya han tomado posiciones. Mientras, a este lado, Dan, que está en el centro de la formación, indica a sus compañeros que galopen.

Y lo hacen estridentemente, voceando todo lo pueden. Incluso los caballos azuzados por el ímpetu de sus jinetes relinchan con todas sus fuerzas. La mezcla de humo, ruidos y el eco que reverbera despereza del todo a los amodorrados antílopes, que comienzan a dar saltos sobre sí mismos, preludio de la inminente estampida.

En estos instantes es cuando Dan puede observar de cerca a estos peligrosos y horripilantes animales. Sus patas son largas y fuertes, a juego con su poderoso torso rayado, en el que se manifiestan sus apretados y desarrollados músculos.

La cola es puntiaguda, más apropiada para un reptil que para un mamífero come hierba, y saben usarla porque ya entre ellos se golpean sin miramientos. Por delante, su cuello es también corto y con la misma musculatura que el resto del cuerpo, necesario para sujetar una dura cabezota. Coronada en su parte más alta por un fuerte hueso que aflora en todo lo alto, y esta mole no es nada más que el soporte de dos largos y afilados cuernos que crecen apuntando al mismo cielo, muy parecidos a los que tenían los Bufantes de las leyendas.

Pero en estos momentos, ligeramente agachados, amenazan hacia el frente mientras raspan con sus pezuñas el asqueroso lodo, y sus hocicos están a ras de suelo con los ojos semicerrados.

Ningún Cebuko sabe qué hacer, siente miedo a la vez que su obstinación obliga a atacar a los que están frente a ellos, así que alguno emprende la huida y otros se dirigen hacia el origen del estruendo que se avecina. Los que escapan temen dirigirse hacia la espesura porque de ella se desprende una tremenda humareda. Algunos aldeanos se han subido a los árboles para evitar las embestidas y agita cada uno su hatillo de hierba humeante.

A ras de suelo, los veintitrés jinetes pertrechados con el mismo camuflaje que Dan y sus compañeros, aparecen de repente por los senderos de los laterales como una exhalación, armados con arcos y flechas. Disparan un par, y desaparecen más apresurados todavía.

Cuando se les pierde de vista, rápidamente giran sobre sí mismos y vuelven a realizar la misma maniobra, pero no todos a la vez; salen y entran indiscriminadamente, causando el terror de los espantados animales que intentan infiltrarse en la maleza.

Así que los que no mueren por los flechazos, incluso alguno con saetas incrustadas en su cuerpo, se dirige hacia campo abierto hasta darse de bruces con la laguna. Por la izquierda, el camino también está cortado por más columnas de humo. Así que se lanzan precipitados en loca carrera y cambian de dirección hacia la derecha.

Tan bruscamente que algunos de ellos son atropellados por los que llegan por detrás, y tras ser pateados quedan tendidos en el barro. El único camino que queda a los supervivientes es rodear la laguna dirigiéndose directamente hacia el precipicio, y tras ellos el cerco de humo se cierra.

Por delante también hay una ligera neblina debido a pequeñas hogueras, que adrede se están extinguiendo. Lo justo para mostrar camino abierto, pero suficiente para confundir a la manada sobre la distancia del vacío. Se aproximan sin demorar su carrera y algunos caen sin frenar siquiera, y los que lo intentan, resbalan por la humedad del rocío, o son empujados por los que llegan por detrás.

En poco tiempo, la gran mayoría de los que han tomado este camino yacen inertes en el fondo del precipicio, y algunos que han podido detener la carrera se escabullen entre la maleza totalmente desperdigados y sin ser acosados para que puedan sobrevivir. Mientras tanto, en el lado opuesto, el encontronazo entre la caballería y los más fieros Cebukos que decidieron defenderse es inminente.

Caballos y jinetes continúan cubiertos de hierbas; la mitad forman una primera hilada armados con largas lanzas. En la segunda, un binomio camuflado de igual modo. Las flechas están montadas sobre sus arcos y apuntan al frente. En el centro, Dan, Lauro, Firro y algunos más...

Ixaéla, Layza, Leña y el resto por detrás. Cada uno de la segunda, unos pasos por detrás del que le precede en la primera, y casi todos escudados por su correspondiente pareja. Colocados en dos ordenadas líneas, la segunda se prepara para despejarles el terreno con sus disparos. Lo hacen desde lejos y sobre las cabezas de sus amigos.

Varios antílopes caen heridos o muertos, y los de la primera ya están trotando hacia los supervivientes, acelerando la marcha a galope tendido. Sin temor, los caballos se precipitan con la boca abierta, relinchando con ferocidad hacia los bichos que se acercan a mayor celeridad que ellos.

Pero al encontrarse ambos bandos, los lanceros no intentan clavar las armas en sus cuerpos, sabedores de que tienen las de perder, sobre todo los caballos, que serían ensartados por sus largos y afilados cuernos. Cuando están a punto de colisionar entre sí, los jinetes tiran de riendas hacia un lado y acaban sorteando la embestida.

Dan había observado detenidamente a sus oponentes durante el día anterior cuando se peleaban entre ellos, que era casi todo el tiempo, y se había percatado de lo mucho que tenían que inclinar la cabeza para dirigir en ataque sus cornamentas. Durante este tiempo, pierden de vista su presa. También recordó a su abuelo Mextagón cuando liberó a la que sería su abuela y a la hermana de ella, la maga Báttia, y de ahí sacó la idea: deben

esquivar las embestidas hasta cansarlos. Y así se lo había hecho saber a sus compañeros antes de atacar.

Los Cebukos, al ver que no han impactado contra nada, se detienen, alzan la cabeza y la giran hacia detrás. Dan y Lauro han pasado primero y se quedan mirando para ver la suerte de las chicas que les siguen a la zaga. Layza sobrepasa a los antílopes sin dificultad, pero Azcarra, que es la yegua que monta Ixaéla, tropieza con uno de los antílopes que habían rodado por el suelo. Montura y amazona acaban manchados de barro.

A Dan, no le va a dar tiempo a socorrerla antes de que la embista el que está más próximo a ella, pero no le hace falta rescatarla. Leña que estaba muy cerca y un poco retrasada; en plena carrera le ofrece su mano sin dejar de hostigar al caballo.

Nada más sentir el contacto, sus dedos se entrelazan entre sí y, gracias a su agilidad y la fortaleza que ostenta la forzada mujer, es impulsada sobre la grupa donde se abraza con fuerza a sus espaldas. Por si no fuera suficiente para ponerla a salvo del todo, Layza, que se ha percatado y ha detenido su carrera, remata de certero saetazo a la bestia que la amenaza, que ya estaba incorporándose a la vez que su amiga.

Queda la yegua tendida en el suelo; su instinto de supervivencia y la inteligencia que se desarrolla en su cabeza le indican que debe quedarse bien quieta, haciéndose la muerta. Entre este hecho y que no ha perdido el camuflaje con el que le han vestido, ninguna de las bestias fija su atención en ella. Así que de momento y al menos por este lado del campo de batalla, todos están a salvo.

Dan realiza un gesto de agradecimiento inclinando la cabeza ligeramente ante Leña, que se aleja para poner a salvo a Ixaéla. Los demás jinetes, incluida Layza y Firro, que tampoco ha perdido detalle en la intervención de su compañera, se quedan a terminar el trabajo.

Vuelven a enfrentarse a ellos, pero esta vez el quiebro es más cerrado y vuelven a sobrepasarlos como en la anterior. Debido a la inercia de la carrera y al no encontrar un objetivo con el que frenase, caen al suelo dando una aparatosa voltereta de tal violencia que se parten los cuernos de algunos de ellos. Esta es su parte débil y son los primeros en rendirse y alejarse lo más lejos posible.

Los cazadores todavía tienen fuerzas para seguir, pero más fornidas todavía se muestran sus monturas. Los aldeanos vuelven en su tercera acometida. Esta vez, el quiebro lo realizan hacia el lado contrario, por si toman medidas los cornúpetas y se anticipan.

No se equivocó Dan cuando lo intuyó y se lo dijo a los demás, porque algunos han girado la cabeza hacia el lado en que antes habían sido esquivados. Los Cebukos que todavía se mantienen en pie se sobreponen a la sorpresa brindada por los que querían investir, se vuelven rápidamente y se disponen a cargar de nuevo sobre ellos.

Demasiado tarde, los caballos han girado más deprisa y los lanceros mantienen la punta de su pértiga apuntando cada uno hacia el pecho de los antílopes que tienen delante, y estos sí que no perderán su vista cuando ejecuten la lanzada, como hacen los que la van a recibir, que ni da tiempo a que los cierren y menos a agachar sus cabezas. Nadie falla y unos cuantos más acompañan

a los primeros caídos. Leña e Ixaéla, que ya están incorporadas, junto al resto de arqueros y los que estaban ocultos entre la maleza, colaboran para que los que quedan no vuelvan a embestir y disparan flechas de nuevo. Pero esta vez solo es para persuadirlos, y lo han conseguido.

Los Cebukos supervivientes no saben ni qué dirección tomar, pero lo que no hacen es dirigirse hacia los que están matándolos. Cualquier otra dirección es buena y por ellas corren despavoridos sin la intención de volver, al menos mientras estén los monstruos de hierba allí.

El reguero de caídos forma una montonera a lo largo del descampado, y los que huyen ya no son tan valientes como suelen demostrar. Azcarra, tras ver pasar el peligro, se levanta cojeando. Se ha herido una pata, pero no parece que sea nada serio. Muchos cebukos se han salvado, pero su número se ha reducido notablemente. Entre estos y los despeñados, suman más de los que esperaban los aldeanos rojos. Al despejarse el terreno, no todos los jinetes y monturas se mantienen en pie.

Media docena de caballos yacen sin vida sobre la herrumbre y otros tantos se duelen de las heridas recibidas. Incluso Naíko muestra una herida abierta en un lado de su pecho, pero nada que no pueda arreglar Dan con su famoso ungüento.

Ocho jinetes, entre chicos y chicas, son atendidos por sus compañeros debido a las heridas y contusiones de distinta consideración que han sido infligidas por los Cebukos. El más grave luce una brecha en la cabeza y el hueso de una pierna roto, pero no se teme por la vida de nadie. Al otro lado del altiplano, tres aldeanos más han sido arroyados por los Cebukos y también están siendo atendidos. Pero de igual modo, sus contusiones se

pueden curar. A excepción de la pérdida de sus queridos amigos cuadrúpedos, que no es poco, nada más hay que lamentar.

Para los habitantes del valle, como para casi todos los humanos de Terralta y del resto que la rodean, la pérdida de un animal es considerada y sentida de igual modo que cuando se marcha a mejor vida un congénere. Por ello, lo primero que hacen los aldeanos del valle es llorar y dar tierra a sus queridas monturas. El viaje de vuelta, aunque han logrado su cometido con creces, se realiza bajo una gran tristeza.

De todos modos, todos felicitan al joven cazador de osos, que ha demostrado ser también un magnífico estratega. Y hacen extensibles dichos parabienes a todos los que debían pasar la prueba, que ha sido un éxito.

Pero ellos en conjunto y consensuadamente declinan el éxito a la colaboración de todos, y alaban la experiencia de los adultos y ancianos. Dan, felicita especialmente a toda la aldea, y obligado por todos, tiene que subir a lo alto de una roca y decir algunas palabras, y por una vez Dan no sabe qué decir, solo balbucea.

— **Dan:** *Yo solo quiero felicitar a toda la aldea; sin la ayuda y la colaboración de todos, niños, hombres y mujeres, y sobre todo a los ancianos, este logro no se habría superado, y siento satisfacción y alegría al formar parte de esta congregación...*

Antes de bajar de la roca, se escucha otra voz que se dirige a Dan.

— **Lauro:** *Tú eres uno de los Nuestros y ahora de pleno derecho, porque junto a todos los demás has pasado la prueba notablemente. Yo sí que siento orgullo por ser tu amigo, “y juro ante todos que así será para siempre”.*

Alza con su brazo derecho uno de los cráneos de Cebuko que acaba de despellejar y limpiar. El resto se le une y cada uno alza el suyo; hay suficientes para todos, y sobrarán. La Misión ha sido un éxito; el próximo año volverán para que no crezca tanto la manada...

(Quizás esta forma de mantenerlos a raya parezca demasiado violenta, pero eso solo podrían pensarlo los que no sepan la que utilizan los Cebukos contra cualquiera que se acerca, aunque sea con un buen fin).

Gracias a esta cacería, muchos animales de las montañas rojas quedarán a salvo de sus acometidas durante una buena temporada. Porque los carros rebosan pieles y cráneos de los Cebukos que poseen cuernos iguales a los de los Bufantes legendarios. Los carroñeros del lugar y de muy remotas zonas, durante muchos días se darán un buen festín, porque van repartiendo la carne para que quede amontonada en el altiplano de los cebukos.

Y desde lo alto de una cima, el perfil de un gran caballo blanco se vislumbra y a su lado una mujer de larga cabellera canosa sujeta sus riendas. No han intervenido ahora, ni en anteriores ocasiones, porque saben que esto es una prueba para los aldeanos, Y solo están allí, por si acaso. Nadie de la aldea se ha percatado.

Pero sí los ha visto uno que llegó hace pocas primaveras al valle Rojo. No dice nada, porque cree que no debe hacerlo; ella se lo ha pedido desde la distancia y a través de su mente. Sabe que estará siempre guardándose de que nada malo le ocurra, porque un día, cuando se marchó de la cabaña del Sol y la Luna en busca de aventuras con dos viejos cazadores, ella le hizo esta promesa.

También está seguro de que seguirá haciéndolo en un futuro y que algún día la verá de cerca para agradecerse. Aunque los que le rodean piensen que está loco, lanza un saludo al aire. Alza su mano abierta hacia afuera, pasándola de un lado a otro de su cara, sin esperar respuesta. Sabedor de que le están devolviendo el saludo de entre la maleza donde ya han penetrado Bufante y señora.

La caravana se pone en marcha y, cerrando filas, Dan tira de Naiko. Va a pie para no hacer sufrir al herido animal, y con el otro brazo sujeta con fuerza a Ixaéla, que le acompaña medio cojeando por la caída sufrida.

Azcarra va por detrás tan feliz porque se ha recuperado de su torcedura. Franqueándoles, observa a sus amigos Lauro y Layza, a quienes saluda con una simple inclinación de cabeza, pero no se olvida el joven cazador de dedicar una mirada a quien salvó a la chica que se apoya en él para caminar.

Ella le corresponde lanzándole su famosa y simpática sonrisa. Está junto a Firro como siempre, y al fijarse leña en sus ojos, llega a entender lo inmensamente que le agradece su acto, y que nunca lo olvidará. Desde este día, y para siempre ya, el forjador y la leñadora serán más que amigos, verdaderos hermanos.

Al llegar a la aldea, los lobos domesticados que se han quedado de vigilancia salen corriendo a su encuentro, pero cuando se acercan a unos pasos, se vuelven de repente y cada uno busca refugio en su habitual puesto de vigilancia. Sus amigos humanos y cuadrúpedos se han acostumbrado y olvidado del hedor que desprenden a Cebukos.

Así que, antes de cruzar el puente... todos a bañarse al río... Hombres, mujeres, niños, abuelos y caballos se salpican y gritan festejando el regreso, y tras ello, ya vienen los lobos moviendo sus colas y se acercan para lamer sus manos y recibir las caricias de los que han echado de menos.

Cualquiera que oiga esta gesta por parte de los aldeanos rojos, podría decir que los intervinientes fueran duchos en grandes batallas; lo único que objetar al respecto es que en estos tiempos y por estos territorios, nunca se ha desarrollado enfrentamiento alguno entre hombres.

Quizás no siempre sea así, y estas estratagemas sirvan a este puñado de humanos para poder defenderse de cualquier agresión. Desde que partieron de la aldea, Báttia ha observado todas sus peripecias desde las elevadas cimas. Es vieja, pero sus ojos ven desde muy lejos; incluso se dice que sería capaz de hacerlo teniéndolos cerrados.

Ella intuye que dichos ejercicios sí que le servirán algún día, porque desde la cúpula de la tierra recibe mensajes cifrados, advirtiéndola de futuras amenazas que llegarán desde el sur de la península. Cuando partieron de la altiplanicie de los cebukos, se lo hizo saber a Dan, dejándole una sensación en su mente que le indica no relajarse con sus nuevos amigos. Por ello los convencerá para intensificar el adiestramiento de todos, en el

modo en que pueda hacerlo. No le faltará ayuda, porque cuenta con la estimada compañía de sus jóvenes compinches y amigos. Ixaéla, Lauro, Layza, Leña y Firro.

Capítulo 22

DAN E IXAÉLA

La aldea roja. Durante los próximos meses en la aldea no se hablará de otra cosa; la aventura del altiplano negro de los cebukos formará ya parte de la leyenda de la aldea que no dejará de crecer. Todos disponen de más de una cornamenta en la fachada de su casa; no es que quieran presumir ante nadie, porque aquí todos las tienen.

Pero eso hace recordar que las han conseguido con la colaboración de toda la aldea y quieren sentir ese orgullo todos los días, y que también lo sientan sus hijos y los descendientes que tendrán que venir.

Además, quedan muy bien sobre sus cabezas cuando se las ponen para celebrar los festejos de solsticios y equinoccios. Se la colocan a modo de sombrero, bien sujeta con cintas de cuero, y raro es el que al día siguiente no sufre de tortícolis porque no se la quitan ni para comer.

En la siguiente luna, habrá sorpresas porque Ixaéla está pensando en teñir las de sus amigos con el rojo color que obtiene de los escarabajos del remanso del río. Ahora dispone de todo el que necesitan, porque la granja que fundaron para tal fin prospera con buenos resultados.

Tanto que una de las familias se dedica por entero a ello. En el colmado de Marto se intercambian pieles de este color con viajeros de otras aldeas con las que elaboran vestiduras que cada día son más solicitadas. Y en un futuro no muy lejano, el tinte

rojo de la aldea será conocido en todo el territorio por alguna circunstancia que todavía está por llegar.

La primavera, el verano y el otoño pasan con relativa tranquilidad. No tanto el invierno, que se ha presentado frío y duro, pero al final se termina la estación. Algunos, como Dan, lo agradecen porque esperaban con ansiedad la llegada de la luna llena. Este día se celebran tres uniones: la de sus amigos Lauro y Layza, la de otro par de conocidos y forzudos jóvenes de la aldea tan enamorados como ellos.

Y cómo no, la suya propia con Ixaéla, justo dos años después de haberse conocido en la orilla del río. A la ceremonia y sobre todo a los festejos acuden todos los aldeanos y parientes del otro lado de la montaña. Se realiza de forma muy sencilla; las tres parejas están ya situadas en un lugar preferente sobre el elevado entablado que se ha construido para la ocasión. Ante todos los presentes, los desposados prometen cuidarse y amarse para el resto de sus vidas.

Y después se atan las manos con trenzas de juncos cogidas del arroyo, para demostrar que siempre estarán unidos. (¿Qué más se necesita para comenzar esta nueva etapa?). Los Buruzagas simplemente toman sus manos y las alzan deseándoles la mayor felicidad y prosperidad que puedan encontrar uno junto al otro. Y como en cada final de ceremonia, alguien grita.

— **Aldeano:** ¡*Que tengan muchos hijos y pronto, para que pueda crecer la aldea!*

Comienza la fiesta; cada familia aporta su mejor guisado, compitiendo con los demás para ver cuál es el más exquisito; Y

con el pretexto de ir probándolos todos, se van vaciando las ollas; Y con la excusa de que por el gazzate no pasa solo el alimento, lo riegan con el jugo de leche de cabra fermentada que embriaga ligeramente a quien lo toma. Los más pequeños prefieren jugos de frutas frescas y recién exprimidas. Luego, cánticos, bailes y muchas carcajadas, hasta que finalmente acaban todos agotados y se retiran a descansar.

La celebración ha sido un éxito, todos lo han pasado en grande y por un tiempo no se hablará de otra cosa por los alrededores. Quizá algo de tristeza para los padres de Ixaéla, porque vivirá con Dan en el manantial, pero lo mitigan viendo la cara de felicidad de su hija y del que a partir de ahora será también hijo suyo.

Al menos oficialmente, porque ya le consideraban como tal desde hace tiempo. La vida debe continuar a su ritmo, solo que a partir de este momento para algunos estará más lleno de dicha. Lauro y Laiza vivirán en la casa grande con los abuelos de él. Firro y leña se quedan en la casa de la forja, que se ha ampliado para tal fin.

Días después, su hogar es visitado por los lugareños de la aldea; la noticia de la nueva construcción del cazador ha despertado curiosidad en ellos y la mejor forma de satisfacer dicho deseo es verlo por sí mismos. Cuando la ven, la tocan y zarandean, tiene que admitir que es más resistente y robusta que las de madera.

A propuesta de los Buruzagas, apoyados por sus inseparables amigos Marto y Garia, se propone reconstruir la casa grande, que para eso pertenece a la comunidad. Se aprueba por unanimidad, y tan pronto como pueden ejecutan el proyecto.

Primero las paredes; con barro rojo serán más útiles para la defensa en caso de que ataquen los Cebukos, lobos o cualquier otra alimaña... Lo hacen, preparando bloques en el horno de Dan para construir en el pueblo otro de mayor tamaño y así evitar el largo recorrido desde el manantial.

El terreno elegido es en casa de Marto, donde ya está funcionando otro para hacer el pan; así se aprovechan los viajes de leña para alimentar a los dos.

La tierra la extraen de la parte más baja de la falda de la montaña, donde se amontona en grandes cantidades por la erosión. Está muy cerca del horno y la transportan con carros y carretillas desde muy poca distancia.

Los ladrillos de arcilla, una vez terminados, los vuelven a llevar a la casa grande, donde son colocados con habilidad por Dan y Lauro, a la vez que enseñan al resto a hacerlo. Al poco tiempo ya son varios los que dominan la técnica y, cuando traen más material, ya los están esperando porque se ha colocado la anterior hornada. Después continúan con el tejado.

Los Buruzagas se han trasladado a la casa de su vecina Garia mientras duran las obras de reconstrucción. Y con todos los que son, no tardan más de medio año en dejarla lista y reluciente, tanto paredes como los techados.

Los carpinteros familiares de Leña han realizado recios portones y buenas ventanas abatibles para una correcta ventilación. Los herrajes han sido cosa de Firro; sus padres y hermanas se han esmerado, tanto en resistencia como en diseño. Bisagras y cerrojos lucen en forma de brillantes ornamentos. En el suelo instalan losetas de barro que también han extendido a

toda la plaza y en el interior del granero. Animados por el buen resultado del firme, en el futuro continuarán pavimentando todas las calles del poblado.

El resultado final merece la pena observarlo desde la plaza. Muros de gran altura coronados en todo su perímetro con almenas que se erigen para la defensa. Un par de atalayas en cada lado del muro frontal.

Sobre la puerta, una balconada de grandes dimensiones construida su base con enormes troncos de pino. Lo que no se ha tocado son los cobertizos y el granero de madera adosados al muro, porque hace poco que los han reformado. Tanto en la casa como en su contorno, se esmeran dándole un aspecto más decorativo a las fachadas. Con bloques labrados y decorados con motivos del cielo, el sol y la luna.

Ixaéla tiene una sorpresa extra para todos; en el interior de varias vasijas lleva su tinte rojo más vivo que el de la propia arcilla, y otras contienen tinte de otro color. Es verde y lo ha sacado de las secreciones de otros escarabajos que han encontrado al otro lado de las montañas rojas, en el límite con las montañas oscuras.

Lo ha elaborado también en la particular granja de insectos donde se prepara el otro, y ya tienen dos colores con los que este día sorprenden a todos los presentes. El rojo de la arcilla se ve más intensificado y brillante, y con el verde decora y perfila los ornamentos ayudándose con brochas hechas con las clines que recortan a los caballos.

Los padres de Ixaéla se entusiasman por lo que ven y son los siguientes en remodelar su morada y molino, comenzando por

la casa. A continuación, el viejo horno del pan y, por último, las cuadras y almacenes de los corrales. Y después, una tras otra según la necesidad y a lo largo de los años, las viejas casas de madera son sustituidas por las de arcilla hasta que terminan la última de ellas.

Nuevos vecinos venían al mundo de manos de los propios moradores, y algún niño más llegó acompañado por sus padres y abuelos del exterior, acrecentándose la población de la aldea. A lo largo del tiempo tuvieron que seguir haciendo hogares para las nuevas parejas y para los forasteros que se van asentando por las cercanías, y siempre trabajando en comunidad por el bien de todos.

Dan, para entretenerse y relajarse del cotidiano trabajo, de vez en cuando crea figuritas de barro como las que elaboraban sus padres y hermanas en la posada del lago. Y esta afición se la ha transmitido a Ixaéla, que resulta ser una alumna aventajada, (no en vano, posee el alma de una descendiente de Luz).

Con el tiempo, todas las casas exhiben en sus fachadas estatuillas y escudos confeccionados por la pareja de escultores. Escogiendo cada cual el símbolo que les define individualmente. Por ejemplo, la familia de Firro escogió una llamarada que prende un grueso tronco, este último dedicado a leña su compañera.

En la casa de los padres de Ixaéla, una espiga y una azada, en alusión a lo que allí más se intercambia. Todas las cabañas pueden distinguirse individualmente por estos emblemas y a todas ellas las une un distintivo en común, un pequeño escudo de barro representando al Sol y la Luna, y lo sitúan a no mucha altura.

Se han inspirado en ello, al recordar cabalgando a Dan en la carga de los Cebukos, y cómo tintineaba sobresaliendo de entre las hierbas de su camuflaje la medallita de barro estrellándose contra la cadena de metal que le regaló un día el padre de Firro.

A partir de entonces, representa el valor y la bravura de quienes la portan, pero sobre todo el trabajo en equipo y la unión de toda la aldea. Y el colocarla a altura asequible es porque, al pasar bajo ella, niños y mayores la hacen tintinear golpeándola suavemente con la mano; de este modo se sabe que quien pasa por allí es un amigo.

Dan, a pesar de su modestia, muestra orgulloso su medalla, cuando pasea sobre los lomos de Naíko por las calles de la aldea al lado de Azcarra, que carga sobre los suyos a Ixaéla.

El aspecto de la aldea ha cambiado por completo; por la mañana, cuando sale el sol, desde lo alto de la montaña se divisa el color rojo de todas sus edificaciones. Tanto es así, que han cambiado el nombre del poblado; ahora oficialmente se la llama...” La Aldea Roja”.

Se aprendieron y se sacaron muchas conclusiones el día de los Cebukos, ahora nadie va solo de caza. Organizan partidas entre varios de ellos y la estrategia seguida allí es la norma general para abatir las presas que necesitan sin correr riesgos innecesarios. Utilizan siempre un camuflaje para no ser vistos.

A veces enmascarados con helechos o ramajes para confundirse con la maleza, pero lo más efectivo para su fin es disfrazarse de aquel animal a quien acechan. Para ello han desarrollado ingeniosas vestiduras. A veces se ponen una piel de ciervo por encima del cuerpo y coronan su testa con una auténtica

cornamenta de macho grande, con la que pueden acercarse a los cérvidos hasta distancias a las que no pueden fallar.

Peor es cuando llega el momento de cazar jabalíes, y no porque no sepan colocarse la piel correspondiente, sino porque tienen un olfato muy fino, y para no ser reconocidos como humanos, deben impregnarse con lodo de los charcos frecuentados por puercos. Y este olor permanece en ellos durante más de un día. Periodo en el que son tratados literalmente como apestados y nadie quiere acercarse a ellos.

Esta mañana se encuentran los seis amigos en la casa del manantial; los hombres les han pedido a las mujeres que se adelanten al centro de la aldea y que ellos irán después. A regañadientes y desconfiadas porque no se fían un pelo de ellos, acceden a sabiendas de que algo traman.

Cuando llegan las tres a la plaza, se apresuran a contárselo a los Buruzagas, a los padres de Ixaéla y a cuantos se han ido encontrando por el camino. Al igual que sus compañeras, el resto también sabe de qué son capaces el trío de amigos. Los que han oído a las mujeres, se lo comunican al resto y la calle principal por la que tienen que pasar parece el escenario de un desfile.

Delante de cada casa, esperan a su paso y los que viven más lejos, aguardan en la plaza. Los más cercanos al puente del río no tardan en vislumbrar unas extrañas siluetas. Esperan tres jinetes, pero las figuras que se ven a lo lejos, ni de asomo se parecen. Al acercarse un poco más, los que van divisando de quién se trata, asustados se apresuran a entrar en las casas, asomándose por la ventana entreabierta.

— **Abuelo:** *Son Cebukos, ¡poneros a salvo!...*

Dice el anciano de la primera casa, y los demás lo repiten haciendo llegar el mensaje de casa en casa hasta el centro de la aldea. Al poco, las calles quedan desiertas. Pero al acercarse los supuestos cebukos, el nieto del anciano, que ha oído antiguas leyendas, grita.

— **Nieto:** *No son cebukos, “son bufantes”.*

A la misma velocidad que antes, se enteran hasta en la casa grande y, cuando están a su altura, salen todos los familiares de la primera cabaña de la aldea roja con cara de pocos amigos, recriminando a los que llegan desde el camino del paso de las piedras, y todos al unísono gritan.

— **Aldeanos:** *Ni Cebukos, ni Bufantes... Ni Nada... Son Lauro, Dan y Firro, haciendo el ganso como siempre.*

Pero impresiona ver su aspecto. Montados sobre sus grandes caballos, se han echado una piel de Cebuko por encima, tapándose ellos y a la vez a sus cabalgaduras; después se han colocado sobre las cabezas un cráneo del mismo animal, pero con los cuernos apuntando ligeramente hacia delante, y los caballos están coronados por un par de cuernos de toro.

A los seis se les ve asomar sus caras. Dan porta su arco cargado con flechas sin punta, por si se le escapa. Lauro lleva una lanza roma, para no ensartar a quien se le ponga por delante, y Firro su hacha cubierta con un trozo de cuero con el cual no cortar a ninguno de sus vecinos. Conforme avanzan, se llevan la bronca por el susto causado, pero los siguen por detrás en comitiva.

Cuando llegan a la plaza, antes de que vuelvan a regañarlos, Lauro toma la palabra dirigiéndose a sus abuelos, Canu y Lala.

— **Lauro:** *Veis, nos hemos vestido de Cebukos para cuando tengamos que volver al altiplano. Así no nos reconocerán y podremos acercarnos a ellos sin ser percibidos. Pero sois conscientes del susto que nos hemos llevado; no podías habernos avisado.*

Deja de reprochárselo, al escuchar las risotadas de todos los presentes; si hasta su mujer se está partiendo de la risa al ver el aspecto de los tres amigos, y ni la mitad de lo bien que se lo están pasando sus tres compañeras, que en verdad ni se imaginaban lo tramado.

— **Dan:** *No era mi intención causar temor, solo queríamos colaborar para que no nos causen heridas los Cebukos; incluso habíamos pensado en ir a probar los disfraces un día de estos.*

— **Canu:** *Ni pensarlo, a los Cebukos hay que dejarlos en paz, al menos hasta la próxima primavera, que ya habrán pasado los cuatro años; entonces veremos si sirven vuestros artilugios. La verdad es que, de lejos al menos, no parecíais jinetes y caballos.*

— **Lala:** *Pero el susto que nos habéis causado merece un castigo. Ya que estamos todos reunidos, tomaremos un refrigerio y vosotros os encargaréis de prepararlo para todos. Los tres, al monte a recoger madroños para hacer zumo.*

Sin bajar del caballo y sin poderse quitar el disfraz de Cebuko, se dirigen ladera arriba en busca del delicioso fruto. Pero no van solos, son acompañados por sus inseparables compañeras

y, además, por todos los jóvenes de la aldea. Tantos van, que en poco tiempo llenan las alforjas.

Mientras toman el preciado néctar, a Dan le toca explicar cómo ha confeccionado los trajes de Cebuko, y todos los aldeanos toman buena nota de ello.

Para la próxima reunión, que es en cuanto ocurra algo fuera de lo normal, todos tienen ya un traje como el de los tres amigos. Piel no faltan en la aldea, y cada uno de ellos luce la más vistosa.

Sus cabezas las cubren con los cráneos de cebukos que suelen usar en las celebraciones, pero mejor elaboradas. Fijadas sobre una capucha de piel, y bien ajustado a la testa para que no les cause molestia alguna. Y no tarda en suceder dicho acontecimiento.

Aprovechan una tarde que Dan y su cuadrilla regresan de cacería ataviados con su peculiar traje, para írseles uniendo de camino a la plaza, que es hacia donde se dirigen las tres parejas. Apresuradamente, los que los han visto y quienes han sido avisados por ellos, se ajustan el casco de Cebuko en la cabeza, se echan la piel por encima de los hombros y preparan sus caballos.

Antes de llegar al estanque para que sacien la sed sus monturas, van apareciendo por cada calle. Al principio, uno por esta y otro por aquella, y después aumenta el flujo de visitantes hasta casi llenar la plaza. Dan, es el primero en notar su presencia y avisa al resto, que se quedan igual de pasmados que él.

No pregunta, solo saluda y, tras haberse refrescado Naiko, vuelve a montarse y se embute su casco en la cabeza. Sin decir

una sola palabra, estira su cuerpo sacando pecho, apoya su lanza sobre el estribo y, con altanería, espolea a su montura y se pone en movimiento. Ixaéla, piensa que se ha vuelto loco, lo mismo que Lauro, Layza, Firro y Leña.

Los demás no piensan lo mismo; solo, adoptando similar pose, le siguen en lo que podría denominarse, como una improvisada formación de cuatro o cinco jinetes por hilada. No van a ser menos sus compañeros que le tacharon de insensato, y se unen en la última fila.

Que a resultas de que no paran de llegar más aldeanos vestidos de la misma guisa, terminan en mitad de la formación. Siguen sin pronunciarse palabra alguna; solo se oye el repiqueteo de los cascos cuando se apoyan sobre el firme de ladrillos rojos.

Tal murmullo llama la atención de Canu y de Lala, que están reunidos con los padres de Ixaéla. Desde el balcón de la casa, apenas pueden vislumbrar de qué se trata, así que se apresuran hacia el paseo de ronda en forma de balconada que corona la puerta principal del amurallado patio.

No es necesario ser un experto contador de cebukos para calcular más o menos cuántos individuos parecen haberse vuelto majaretas, dando vueltas al estanque de la plaza. Pero resulta que estos dos, sí lo son.

Y determinan que son exactamente ciento y trece caballos, que los pobres no hacen más que seguir las locuras de sus jinetes, que son otros tantos de hombres, mujeres, chiquillos de todas las edades y, lo que más les sorprende, porque se supone que son los más cuerdos, la mayoría de los abuelos y abuelas de la aldea.

Y no están todos, porque a alguno le habrá pillado alejado. Al ver que están encabezados por Dan, y que no muy lejos de él se encuentra la Cuadrilla que suele acompañarle, ya se sabe quiénes han promovido el espectáculo. Pero están equivocados por una vez en su vida, y luego se enterarán.

Ahora, también callan y observan. A cada vuelta, las hiladas se determinan en mismo número e intentan no perder la línea; finalmente, el mismo, de seis en seis ocupan toda la plaza, casi juntándose los últimos con los primeros.

Lala y Layza deciden acabar con el silencio, y aplauden estrepitosamente a la vez que vitorean a sus amigos. Sus compañeros no tardan en unírselas y terminan llamando la atención de quienes observan.

Lauro, que se ha ido adelantando en la columna hasta ponerse en cabeza con su amigo, gira la cabeza hacia sus abuelos y, por si no le han reconocido, se quita el casco a la vez que los saluda. Dan no va a ser menos, y hace lo propio.

En segunda fila, están ya Ixaéla, Laiza, Firro, leña y otros dos más que los imitan, añadiendo una simpática sonrisa.

Las siguientes filas también saludan y se presentan ante ellos, y los que presiden tan peculiar desfile pasan la palma de su mano de un lado al otro, por delante de su cara, al peculiar modo de saludo de los Zerbos.

Después de un rato, ya resulta aburrido tanto trote y levanta la mano para llamar la atención de sus secuaces. Los mira y grita hasta comprobar que todos atienden su llamada. Al llegar a la calle principal que lleva hasta el puente del río, Susurra

alguna palabra en el oído de Naíko, y este, habiendo comprendido la intención de su jinete, acelera sin que tenga que espolearle de nuevo. Ixaéla ya había adivinado sus propósitos, y casi a la vez arranca a su lado.

Lauro se ha retrasado un poco, pero no pierde comba. Igual que el resto, que emprenden una alocada carrera sin conocer el destino determinado.

Solo siguen a su amigo cazador de osos, en quien confían cada día más. Al llegar al puente, giran media vuelta en dirección contraria y regresan a galope, pero intentando mantener la formación. Al llegar de nuevo a la plaza, casi lo consiguen.

Se han divertido un rato, pero les hubiera gustado satisfacer a los que los observan, que son los Buruzagas, su pareja de vecinos y alguno que ha ido regresando a la aldea procedente de sus lugares de faena, y al ver que sus casas están desiertas, han acudido al habitual lugar de reunión.

Es uno de los más influyentes aldeanos, Roko, el padre de Layza, quien pone voz a lo que muchos piensan.

— **Roko:** *Esto me gusta, amigos. Porque no lo repetimos hasta realizar una perfecta formación. Y se la dedicaremos a Canu el largo, para que cierre la boca, porque se ha quedado embobado.*

— **Cabi:** *¡Qué te parece, Dan, lo tomamos por costumbre de vez en cuando?...* No le hace falta contestar, porque todos los presentes gritan.

— **Aldeanos:** *¡Desfiles, queremos desfiles!...*

Nada más que decir. Solo Lala contesta...

— **Lala:** *Cada siete jornadas después de la comida, si os parece bien podemos reunirnos y repetirlo. Así nos mantendremos en forma para cuando sea necesario ir de caza.*

Siete jornadas le parecen muchas a su amiga Garia, y propone acortar los días.

— **Garia:** *Mejor cada tres; nunca es poco entrenarse. Así no se le oxidarán las piernas a Marto, ni a Canu que las tiene más largas todavía.*

Más bien está pensando en que, de este modo, Dan e Ixaéla acudirán más veces a visitarla. Y la proposición es aceptada. Cada tres días, entrenamientos de jinetes y caballos. Y así lo harán a partir de ahora, ignorando que no solo para cazar les será útil los entrenamientos. Dan lo presiente y lo ha visto en sus sueños. Piensa en su tía abuela Báttia y parece verla como si estuviera allí mismo, asintiendo con la cabeza para aprobar la nueva iniciativa.

Los Buruzagas acompañados por los ancianos, han tomado la balconada sobre la puerta de entrada a la casa grande como palco, observan las cada vez más sofisticadas formaciones que realizan los jinetes.

Las sincronizadas coreografías que diseñan sirven para que jinete y cabalgadura sean uno solo, y en grupo forman un equipo bien allegado que se esfuerza para que todos fueran protagonistas de la escena. Al terminar el desfile, sí que toman sus armas de caza; primero a caballo y, más tarde a pie, atacan a

improvisados peles de paja con forma de Cebukos y, contra ellos se estrellan cada vez con más destreza... flechas, lanzas y hachas de distintos tamaños. Esto sirve no solo para defenderse de los antílopes; también vendrá bien si son atacados por lobos o leones de montaña, sin olvidarnos de los temibles y poderosos osos. Como Xarra, al que abatió Dan, con ayuda de una mamá osa.

Los niños más pequeños no participan en las paradas, pero tampoco son testigos de ellas porque están ocupados en la suya propia. Intentando subirse a los potrillos más chicos para emular a los mayores, termina ellos por los suelos y sus monturas desperdigadas por toda la aldea.

Como el primogénito de Dan, que, aunque apenas ha aprendido a caminar, lo intenta con un potro que se encuentra en edad de amamantar, hijo de Azcarra y de Naíko, los cuales siguen llenando el manantial de cuadrúpedos de su misma especie. Incluso en la aldea ya se ven animales de esta raza, traídos del otro lado de la montaña, y pronto serán la predominante en el lugar.

De momento, la hija mayor de Lauro, también lo intenta con otro caballo que es hermano gemelo del que monta su amigo. Y claro, cuando Los mayores ven a sus hijos por los suelos, también llega el descontrol y se termina el desfile, porque riéndose a boca desencajada no hay quien domine a un caballo. Esto se repite sea invierno o verano.

Y los abuelos con los bebés en sus brazos disfrutan de estas demostraciones pensando que ellos todavía serían capaces de acompañarlos, poniendo la excusa de que no lo hacen porque tienen que cuidarse de los nietos más pequeños. Al año siguiente,

en primavera y en un día en el que la luna se pasea delante del Sol cuando está en lo más alto, ... llega el segundo hijo de Dan e Ixaéla. (Otro que nace durante un eclipse de Sol... como cuando vino su padre junto a su hermana gemela, en el bosque de la niebla).

Esto le da que pensar al padre, cuando Báttia le dijo algo sobre pasar cierto legado a uno de sus hijos.

— **Dan Pensando:** *“Aún son muy pequeños los dos” ... “Ya lo pensare otro día”*

Sacude la cabeza a la vez que despeja de su mente la propia responsabilidad... Se le limpian sus pensamientos, pero un lejano mensaje ocupa su lugar. Y reconoce de sobra de quien se trata, cierra los ojos y ve a Báttia afirmando con la cabeza a la vez que sonríe.

Después se fija en su mujer que sostiene... al nuevo con un brazo, y al primogénito con el otro. Acude en su ayuda y todos se abrazan celebrando el feliz acontecimiento que comparten con todos los que van llegando al manantial procedentes de la aldea.

Cinco años después de la llegada de Dan a la aldea roja. La familia del lago y los primos de las cuevas. Durante esa espléndida primavera, visitan la posada de sus hermanas y reúne a todas ellas con sus respectivas familias para que conozcan a Ixaéla y a sus nuevos hijos, Náni el primero con dos primaveras ya cumplidas, corretea torpemente por la pradera del manantial, y el segundo, Luxím que es un recién nacido, sesteaa mientras toda la familia se le pasan de brazo a brazo.

En esta ocasión son acompañados por sus amigos Lauro y Laiza que también simultáneamente a ellos, han traído al mundo sus correspondientes bebés. La mayor, Timxa, con la misma edad que Náni, y el segundo, Manux, que ha nacido casi a la par que Luxím, pero no en día de eclipse.

Y así ellos también conocen a los nuevos componentes que han ido llegando al mundo, en las inmediaciones de la cabaña del lago. Y no son pocos, porque hacen un total de tres docenas.

Así son presentados ante sus acompañantes de la aldea. Uno a uno y por el estricto orden del nacimiento de sus hermanas. Y junto a ellas, también presenta a sus desposados compañeros y a sus hijos, que alguno ya las ha hecho abuelas.

Aparte de los del valle, hay más de una centena y media entre parientes y allegados, tantos que se llenan todas las cabañas del lago por completo, e incluso alguno tiene que dormir en improvisados refugios de campaña provisionales, en la llanura de hierba fresca.

Para construirlas solo colocan dos conjuntos de maderos en cruz, los ponen uno a cuatro pasos de otro y los unen en su parte alta por otro de esta misma longitud, y colocan para cubrirlos pieles bien atadas.

Como es lógico y natural, son ocupadas por los niños, que pasan todo el día y parte de la noche jugando a las aventuras que su tío Dan ha contado sobre los cazadores, Jarzalix y Otxo. Todos quieren ser uno de ellos, y el cazador que ha relatado las historias tiene que inventar nuevos personajes para que ninguno se quede sin papel en el juego.

Los mayores hacen de Azcarra y Naíko que montan a los pequeños imitando ser tan famosos equinos. Otros son los lobos malvados, y el más pequeño que es Luxím, hace el papel del lobezno Darking. Total, es la mar de sencillo, solo tiene que permanecer dormido todo el rato... y este lo borda. Los más avisados se piden ser cazadores.

Al final del juego, todos están cansadísimos y terminan dormitando en los improvisados vivaces en forma de tiendas de campaña. Todo el conjunto, forma un campamento al borde del lago de la luna.

A la mañana siguiente, Dan enseña gran parte del territorio a sus familiares y amigos de la aldea roja. A mediodía llegan a la cueva del Bosque Nublado para visitar a sus primos por sorpresa, pero los de las cuevas siempre están alerta y, desde hace ya un buen rato, les esperan con ansiada felicidad. Son tantos que en una sola cueva no cogían, y se han tenido que excavar nuevas en rocas cercanas, un total de siete entradas las que se pueden contar y al menos una centena de parientes más.

Allí están esperando, en improvisada formación y encabezados por los padres y abuelos. Algunos de sus primos se han desposado con Uros de Aldeanueva y sus hijos presentan una mezcla entre pálidos cuévanos y los colosales Uros, pero todos ellos conservan el color negro y brillante en los ojos. Signo que identifica inexorablemente a la familia. Y entre ellos, destacando por la luminosidad de su manto blanco y cabellos a juego, también está su tía abuela, Báttia.

Tras efusivos saludos, acompañados de inevitables abrazos y alguna otra lágrima que se ha escapado por la emoción, los hace rememorar tiempos pasados, hasta que el gruñido que

emiten los estómagos de los más pequeños hace que vuelvan a la realidad, y no hay más remedio que comer. Hay que poner en la mesa gran parte de la caza y de los frutos que tenían en reserva, pero no importa porque la ocasión lo merece. Mañana irán todos a cazar y recolectar para avituallar la despensa.

Varios días de festejos fatigan a cualquiera, pero han conseguido ir de caza gastando sus últimas energías. Por la tarde, aprovechando los últimos rayos de sol, antes de que se escondan detrás de las montañas, Dan con Luxím en sus brazos conversa con Báttia, su tía abuela.

Nadie sabe de qué hablan durante el largo paseo que efectúan solos por la foresta, pero yo os diré de qué se trata... “La anciana le pregunta si ya entiende las palabras del pergamino, y si ha descifrado lo que representa este documento para la familia y para la supervivencia del propio mundo”. Dan le dice que sí a todo, y comentan algunos aspectos sobre los textos que le han parecido más interesantes.

Después, observa cómo se acerca a su pequeño bebé, y cuando está a solas con él, le susurra algunas palabras al oído. Luxím, como si entendiera lo que le cuenta, la responde con sonoras risotadas. A continuación, la maga coloca alrededor de su pequeña muñeca un amuleto atado a un hilo de cuero. Idéntico al que cuelga del cuello de su padre.

Son el símbolo del Sol y de la Luna, grabados en una pequeña piedra brillante de color negro, pedazo que arrancó de otra de mayor tamaño semienterrada en medio del camino con forma de medialuna. Guijarro que reluce de igual modo que el resplandor de sus ojos. La vieja Báttia no deja nada al azar, todos

sus actos persiguen un fin, y “este niño ya tiene marcado su destino”. Aunque ni siquiera Báttia sabe exactamente cuál es, porque ella solo sigue las instrucciones de quien vigila la naturaleza del mundo.

Este detalle no pasa desapercibido para el padre, pero esta vez la vieja dama sí se despide como es debido de Dan y su hijo, dirigiéndole unas palabras.

— **Báttia:** *Dan, prepara bien a este niño y ayúdale a criar en las mismas condiciones a tu futura nieta, que nacerá de padre y madre singulares. Esto será vital para venideros sucesos que se avecinan en toda la comarca.*

Dan, toma buena nota de las palabras escuchadas. Aunque le parezca demasiado audaz este vaticinio a tan largo plazo, cree firmemente que así ocurrirá porque lo ha visto en sus sueños.

Y que no le quepa duda a la maga de que hará todo lo que esté en su mano por velar no solo por su hijo Luxím, porque también lo hará por toda su familia, amigos y por cualquier ser que se cruce en su camino. Llegado el momento de la despedida, se desean toda la protección que pueda ofrecerles la naturaleza.

Piensa que no volverán a verse debido a la avanzada edad de la mujer. Pero le consuela el que algún día sus almas se unirán en el espacio, junto a las de todos sus antepasados. (En esto se equivocan los dos; el destino hará que sus caminos deban cruzarse en alguna que otra ocasión más. Porque cuando su padre no pueda, ella misma velará por Luxím).

La maga, como es costumbre en ella, desaparece entre la profundidad de la maleza. Nadie sabe hacia dónde se dirige; solo aparece y desaparece por allí o cualquier otro lugar cuando las situaciones lo requieren, y nunca duerme en las cuevas. Los primos de Dan, afirman que cada noche viaja hacia la luna montada en su Bufante blanco. Y este hace camino a través de un relámpago de energía, que la dispensa la misma naturaleza. Allí conversa con Luz, la hija de Báttux el Zerba. Pero eso no lo pueden asegurar, solo lo intuyen, y Dan, piensa.

— **Dan pensando:** *“Tenemos ya dos hijos y, si el destino lo considera oportuno, tendremos alguno más. ¿Por qué el elegido es el segundo, y no el primero?”.*

En respuesta escucha una voz que parece venir de la lejanía, pero que nadie más oye, porque realmente viene de su interior y es igual que la de la mujer que acaba de irse.

— **Voz:** *Tu hijo mayor velará toda su vida por él, y lo hará con agrado; solo tienes que ver cómo cuida ya de su hermano menor, y mira cómo ahora mismo está en todo momento pendiente de lo que le sucede. Al igual que lo harán el resto de sus hermanos cuando vengan al mundo.*

Este niño, con la ayuda de todos vosotros y alguien más que se os unirá por el camino de la vida, sois la mano en la tierra de Luz, y tendréis que ayudarla, porque ella no puede entrar en nuestro mundo en cumplimiento de la promesa que un día le hizo a su padre.” No inmiscuirse en los asuntos de los humanos”.

Dan, recuerda lo escrito en el pergamino y ha comprendido estas palabras; después se lo contará todo a su

amada Ixaéla, y entre los dos procurarán criar dignamente a sus hijos, “estos y los que vengan”. Algunos días más, pasan los del Valle Rojo en la orilla del lago y, después de comer, los del manantial enseñan a las familias de sus hermanos y a los parientes de las cuevas cómo ellos practican y se entrenan en equipo para ir de caza.

Aquí, como en el valle, hasta los más pequeños tienen asignado a su propio compañero equino desde que pueden caminar. Son tantos entre jinetes y monturas que casi igualan en número al de los aldeanos.

Es de tan buena práctica que adoptan esta costumbre ellos también. Después, los cuevanos del Bosque Nublado se lo enseñan a los Uros de Aldeanueva, solo que estos no montan sobre caballos; siempre van a pie o, en alguna ocasión, sobre carretas empujadas por los toros que con tanto desvelo crían.

Dan, al ver la aceptación que causa, se queda más tranquilo pensando que a las personas que conoce y que quiere no les ocurrirá lo mismo que les pasó a sus antepasados del lago, porque ningún mal animal, como los Cebukos, pillará desprevenidos a ninguno de sus amigos.

Esto que cuento ahora no se ha escrito en pergamino alguno; solo se cuenta en la zona que ocurrió, los Llanos Verdes, que están situados al sur de Bajaterra. Y más exactamente, a unas leguas de Tenaria. Más allá, pasó de historia a leyenda por lo inverosímil del suceso.

El rayo dorado. *esto no estaba escrito en el pergamino de dan. Gaitokari, único Buruzaga de todo el sur desconocido y del que se decía que había sido creado por un ser dorado y maligno, tenía*

la sospecha de que en esas tierras moraban descendientes de algunos Zerbas, y envió espías para que le informaran de cualquier suceso extraño, o alguna anécdota que se contara por el lugar, respecto a alguna familia que actuase de forma extraordinaria.

Cuando le pasaron el informe los esbirros encargados, le dijeron que se hablaba por esta zona de personas sanadoras y conocedoras de los secretos de la naturaleza. Y que todos los miembros de esta familia poseían ojos de un verde intenso.

Gaitokari pensó que podrían ser conocimientos adquiridos a lo largo del tiempo y traspasados entre generaciones, pero tras hablar con el ser que le manejaba, supo que efectivamente podrían ser descendientes de algún Zerba, a quienes el maligno ser del espacio y sus tres hermanos odian a muerte.

Las órdenes fueron contundentes. Aprovechándose de las atribuciones que le había otorgado, Gaitokari tendría que matar a todos los miembros. Al principio pensó en enviar a sus sicarios, pero Gaito se lo impidió. Él ve a través de sus ojos desde la distancia, y quiere presenciar la sentencia.

Disfrazado de buhonero, Gaitokari, acompañado por un par de sicarios, atravesó por donde no sabe nadie el inaccesible río Hondogabea. (Esto forma parte también de la leyenda. Dicen unos pastores moradores de sus riveras haber visto a un hombre que despedía rayos dorados por los ojos, hipnotizó a los Arrandiakas y estos se colocaron juntos hasta llegar de una a otra orilla formando un puente.

Por allí cruzaron y se dirigieron a Tenaria). No le costó dar con la familia de ojos verdes porque todos los lugareños los conocían sobradamente. La mayoría de ellos habían recibido su ayuda para sanar de alguna enfermedad o accidente sufrido. Ese mismo día, al atardecer, ni se lo pensó, se subió al árbol de mayor altura y desde allí, lanzó un mensaje al espacio a través de un artilugio con forma cónica que ampliaba su voz.

La respuesta que recibió fue un relámpago dorado que penetró en su cuerpo sin causarle daño alguno. Y al igual que entró, salió a través de los poros de sus manos en forma de rayo destructor.

Al principio no lo controlaba. Como si fuera un látigo, chisporroteaba por el cielo del bosque y de vez en cuando se estrellaba contra el suelo, quemando algunos árboles que quedaban carbonizados de inmediato.

No tardó en dominarlo, y fijó su vista sobre la cabaña de quienes quería matar. Los ojos parecían salirse de sus órbitas por la rabia que desprendía, y ni siquiera se dio cuenta de que, en uno de los vaivenes, el rayo prendió fuego a sus sicarios, corriendo la misma suerte que los árboles.

Parecía que la cólera y el odio transmitido por su mentor hacían crecer su energía, y concentró el haz de luz hacia la casa. No tardó en arder, casi estallando de pronto. El humo no dejaba ver lo que sucedía, pero tenía claro que allí nadie podría haber sobrevivido. Esperó hasta que se despejó el terreno y, cuando comprobó que nadie se movía, dio su misión por acabada.

Y solo por un suponer, diría que regresó al sur por el mismo camino que trajo, y atravesó el Hondogabea del mismo modo. Por el puente de Arrandiakas.

A la mañana siguiente, el llanto de un bebé alertó a una joven pareja que pasaba por allí, y nada más se sabe de aquella historia. Pero en la capa protectora de la tierra, un par de almas observaron cómo un extraño hombre dominaba de algún modo a los apacibles Arrandiakas.

No hicieron nada en contra de él, pero sí proveyeron a los monstruos del río con mejor instinto para que nadie pudiera someterlos de nuevo, y desde ese día, se comen a todo aquel que se acerca a ellos. Parece una drástica medida, pero realizada con el fin de proteger a los que moran a este lado del río.

Los que hicieron un día una promesa, creen que de este modo no la rompen. Por eso el dicho que del sur, solo vienen malos hombres con las peores intenciones.

La Naturaleza, especialmente el alma de Luz, divisaron la luminosidad dorada que allí se produjo; no puede inmiscuirse porque así lo pactó con su padre.

Ella, al igual que sus tíos, no es consciente de la presencia de los Zervas Dorados, pero en aquella ocasión tuvo un mal presentimiento, parecido al que hace algunas generaciones tuvo antes de que ciertas bestias acabaran con casi toda su dinastía.

En esa ocasión envió a la Bufante blanca para proteger a los supervivientes y en esta, se lo encomienda a Báttia, su aliada en la tierra, para que advirtiera a Dan de futuros sucesos que llegarán desde el sur.

De vuelta al lago rojo, la visita a la cabaña del lago y a la cueva del bosque se terminó tras varios días, acumulando buenos y divertidos recuerdos para todos los que asistieron. El camino que lleva hasta el paso de las dos piedras desde el lago no puede considerársele como tal; más bien sigue siendo una senda despejada de maleza.

Y qué decir del que desciende por la otra vertiente hasta el valle, lo mismo. Solo se pueden trasladar las mercancías en reatas de caballos, o arriesgando la integridad de hombres y animales con carros muy estrechos y de pequeño tamaño que acaban medio desvencijados o incluso despenados por algún barranco.

Por tal motivo, Dan e Ixaéla hicieron la propuesta a sus vecinos de la aldea roja y a los familiares del lago de construir una vía donde carruajes de todo tipo pudieran transitar con seguridad.

Todos ellos saldrían beneficiados y no tardaron en organizarse. Los de la aldea del valle comenzaron desde el puente del río subiendo hasta el manantial y continuando hasta el paso; los del otro lado, familiares de Dan, incluso los de las cuevas, partieron desde el lago hasta encontrarse con los otros.

Resultaron relativamente fáciles las excavaciones y rellenos, porque el firme estaba compuesto en su mayoría por arcilla. Tuvieron que talar algunos árboles y entibar con su madera algún talud de las muchas curvas que describían su trazado para suavizar la pendiente.

El trabajo se realizó alternándolo con los deberes cotidianos y por ello se tardó algo más de lo debido, pero

finalmente una caravana de carros partió desde la aldea y otra desde el lago para reunirse en el paso de las piedras, transitando por el nuevo y flamante camino. El tiempo utilizado se redujo a la mitad de lo que antes se tardaba. Allí se celebró una agradable acampada, donde se degustaron todo tipo de guisados preparados por las abuelas.

Y después, como en casi todas las reuniones del territorio, se cantó y bailó hasta llegada la noche, donde pernoctaron todos en compañía. Un par de estaciones fue lo que duraron las obras y este hecho no solo sirvió para trasladarse más cómodamente. También nacieron grandes lazos de amistad entre la gente de uno y otro lado de las montañas rojas.

Capítulo 23

REENCUENTOR CON JARZALIX Y OTXO

Ocho años después de la llegada de Dan a la aldea roja.

El reencuentro con dos viejos amigos. La casa de Dan e Ixaéla se va llenando de vida. Se acerca el invierno y en la pradera del manantial corretean dos niños de tres y cinco años, Y ambos están vigilados de cerca por su madre, en cinta del tercero. La embarazada otea la maleza que ejerce como valla de limitación en el descampado; Ixaéla espera con ansia el que alguien salga de entre su espesura, porque hoy se está retrasando.

Dan ha salido con los caballos a poner trampas bien temprano, y solo porque ella no puede acompañarle con semejante barriga. Al día le queda poco para dejar paso a la noche. Junto a la mujer siempre está Darking, que se ha convertido en un lobo enorme al que utilizan como juguete grandote los críos. Náni el mayor cabalga sobre su lomo y simula ser un intrépido jinete como sus padres, y en vez de llamarle por su nombre, se refiere a él como Naíko, y persiguen a las gallinas domesticadas como si fueran feroces Cebukos.

El pequeño Luxím se agarra a la cola del lobo para no perder comba ni tampoco el equilibrio. El animal soporta sus simpáticas torturas con cariñosa paciencia. Los ha visto nacer, y nunca dejará que ocurra nada malo a quien considera como sus hermanos menores a los que tiene que proteger.

Por eso, Dan le deja siempre de vigilante en la casa del manantial, a pesar de que le sería de gran ayuda. El fiel animal

camina despacio y con cuidado para no lastimarles, pero de repente se detiene bruscamente, por lo cual provoca que Náni salga despedido por encima de su cabeza, y el pequeño, al tropezarse con los de delante, también acaba tendido sobre la mullida hierba.

El lobo, alertado por su fino oído, dirige su mirada hacia el sendero del Oeste. Esto pone en alerta a Ixaéla, que no le pierde ojo, y se gira hacia el lugar donde ladra el cánido. Corren los dos hacia allí, las ramas se agitan y entre ellas aparece Dan montado sobre Azcarra... pero algo no va bien... el jinete está apoyado sobre la cabeza de la montura y amenaza con caerse del caballo.

Dan está herido en un costado y sangra abundantemente; con la ayuda de su esposa es capaz de llegar a la puerta sin desmontar. Los pequeños, asustados, lloran esperando que su madre les diga qué ha pasado. Pero ella misma no lo sabe todavía, y pregunta a su esposo mientras que a duras penas le ayuda a entrar en la cabaña. El herido se apoya en ella por un lado y en su amigo Lobo por el otro, apurando las pocas fuerzas de que dispone. Conforme se acercan a la chimenea, le va contando el suceso con entrecortadas y escasas palabras. Lo que denota claramente que no se encuentra bien.

— **Dan:** *Una piara de jabalíes... nos ha atacado, a dos de ellos... los derribé a flechazos... a uno más le he ensartado con la lanza... pero entre los dos que le seguían... han logrado derribarme... y el más grande de todos ellos... me envistió cuando estaba en el suelo... clavándome los colmillos en el costado derecho... He intentado parar la sangre... que mana de las heridas... taponándola con hojas... y atándolas con cintas de cuero... Pero no deja de sangrar.*

La mujer le aplica hojas nuevas de sauce y aprieta bien la ligadura, logrando detener momentáneamente la pérdida de sangre; es una fea y gran herida que la preocupa que pueda infectársele y causarle incluso lo que no se atreve casi ni a pensar. Náni no pierde detalle de cómo actúa su madre.

Ya se le ha escapado una gran cantidad de sangre y, finalmente, aturdido y debilitado, pierde el sentido. Ixaéla no sabe qué hacer, no puede ir a pedir ayuda dejando solos al padre y a los pequeños, así que utiliza al lobo como mensajero.

Ya lo ha hecho otras veces para cometidos de menor gravedad, y esta vez tampoco la fallará su buen y leal amigo. Escribe el mensaje en un pergamino y se lo ata en el cuello, dándole instrucciones sin saber con certeza que el lobo entiende lo que le dice.

— **Ixaéla:** *Darking, tienes que llevar este mensaje a mis padres, ya sabes, a la aldea.*

Ella señala al poblado desde el porche de entrada y el cánido parece entenderla. Se ha percatado perfectamente de la gravedad de su amigo porque rápidamente se pone en marcha. Ixaéla se queda cuidando al herido y tranquilizando a sus pequeños.

El mayor de ellos, aunque solo tiene cinco primaveras, ha tomado un pedazo de piel empapado en agua para refrescar la frente de su padre, imitando las prácticas que su madre le ha aplicado con anterioridad.

El pequeño lo intenta, pero no llega al camastro donde yace dormido. Mientras tanto, en pocos instantes, el lobo ya ha

atravesado el páramo y, para acortar más rápidamente el camino, salta por encima de las zarzas para traspasar el seto.

Nada más apoyar las patas sobre el firme del sendero, se gira bruscamente hacia el lado contrario porque siente la presencia cercana de algún desconocido. Se pone frente a ellos en posición de amenaza y, enseñándoles los dientes, gruñe. Solo se tranquiliza el ahora terrible animal al oír su propio nombre en boca de los que tiene en frente.

— **Hombre:** *Darking, ¿eres tú? ... ¿Ya no nos reconoces?*

El Lobo mira a dos hombres más bien de avanzada edad, que se muestran montados sobre sendos caballos. Otros dos equinos más están a su lado cargados hasta los topes. Reconoce que le llaman por su nombre, pero no recuerda sus caras. El más viejo de los dos, sí que parece saber quién es él. El color de su pelaje, negro como las nubes de tormentas veraniegas, es lo que ha hecho que le reconocieran.

El viejo se baja de su montura e intenta acariciarle. El lobo retrocede esquivando la caricia y vuelve a gruñirle con más fiereza. No le muerde porque le ha nombrado. Entonces el hombre se quita el viejo gorro de piel que cubre su pelo y parte de la cara, y le dice.

— **Extraño:** *¿No te acuerdas de mí? Soy Jarzalix, el viejo amigo de Dan, y este es Otxo; entre todos te salvamos de morir en soledad con tus hermanas, y te cuidamos en los primeros días de tu vida, ¿acaso no nos recuerdas? Claro, han pasado ya muchos años.*

El Hombre intenta convencer a la bestia apelando a su memoria, pero este no reacciona. ¿Y cómo iba a reconocerle si solo estuvieron juntos unos días y hace mucho tiempo ya? Pero todo cambia cuando dos de su misma especie le flanquean por ambos lados, y también ellas están a la defensiva para proteger a sus acompañantes.

Al principio, el lobo negro se pone más en guardia, pero pronto le llega un olor familiar. Las otras también le olisquean y se reconocen. Todos ellos son hermanos de camada, y eso, los lobos nunca lo olvidan. Además, son hembras las dos, lo cual normalmente hace declinar el ataque de un macho.

Después, aunque parezca mentira y estuviera poco tiempo con ellos, el lobo reconoce el olor de los cazadores amigos de Dan.

Su instinto le dice que ellos pueden socorrerle y se apresura en lamer sus manos mostrándoles el mensaje que lleva en su cuello. Los cazadores cogen el manuscrito, pero no saben leer sus símbolos del todo.

Aunque Dan enseñó a sus amigos durante el poco tiempo que quedaba entre faena y faena, los símbolos de Ixaéla son algo distintos a los que ellos conocen y no comprenden nada, pero entienden, por la acuciante desesperación del portador, que debe de ser urgente el mensaje.

Entonces, el lobo empieza a aullar para llamar su atención y toma el camino hacia la casa sin dejar de mirarlos. Sus hermanas le siguen desde el primer momento y después también los dos hombres ceden ante sus exigencias.

No tardan en entrar por la puerta, primero Darking y después las dos lobas. Ixaéla se sorprende al verlas, pero al observar que solo miran sin hacer nada y a la vez que su amigo lobo no las ataca, comprende que no transmiten peligro alguno y se vuelve a sorprender todavía más cuando entran dos hombres desconocidos para ella.

Ni siquiera se presentan cuando ven al herido y a su compañera atendiéndole. Ni se fijan en los dos pequeños que hay a su lado. Es más urgente socorrer a Dan, y preguntan a la mujer.

— **Jarzalíx:** *¿Dónde está herido mujer, qué le ha ocurrido?...*

Ella, viendo que solo se preocupan por atender a su amado, le contesta sin miramientos contándole lo sucedido. Después de repetir las palabras del malherido, termina diciéndolas.

— **Ixaéla:** *Y esto es todo lo que me ha contado; no sé cómo ha podido escapar.*

Jarzalíx observa la gran cantidad de sangre que hay en los trapos que se han usado para limpiar la herida; además, supone que de camino haya perdido mucho más... Piensa para sí mismo que es un milagro el que esté vivo aún. Por ello se apresura en retirar su vendaje y examinar la herida. Pero ya está casi cerrada.

— **Jarzalíx:** *Bien, parece que has hecho lo correcto; las hojas de acacia impedirán la infección, pero hay que detener la hemorragia. Jamás había visto tal cantidad de sangre dentro de ningún otro hombre, y eso que he curado infinidad de heridas a*

lo largo de mi vida. Está claro que este muchacho posee una resistencia extraordinaria.

No le extraña en demasía porque recuerda que en cierta ocasión vio cómo le cicatrizaba una buena herida de hacha en la mano al poco tiempo de haberse cortado, y desde entonces entiende la leyenda que se oye sobre los moradores de la orilla del lago rojo, “lo de que son descendientes de la hija de Báttux”.

Es perturbador este pensamiento, pero le da igual; lo importante es que su amigo sigue vivo. El auxiliador necesita cauterizar la herida, pero ya está su compañero Otxo poniendo un cuchillo en el fuego. Cuando está al rojo vivo, se lo acerca al improvisado curandero y este, sin esperar a que se enfríe, lo aplica directamente sobre la herida sin avisar. Ni se ha inmutado el herido.

Ixaéla aguanta la visión del acto con valentía. No sabe por qué, pero confía en aquellos hombres que sin motivo aparente están intentando sanar al herido. Dan siente una quemazón y se despierta igual que si le hubiera picado un mosquito. Lo primero que ve es a Ixaéla y su mirada de preocupación.

Después vislumbra como entre tinieblas a los dos hombres, y sonríe al verlos. Más tarde, su cuerpo debilitado y exhausto por el exceso de energía que ha perdido en la inexplicable curación vuelve a perder el sentido, y cree estar soñando con ellos. No dejan que esté mucho tiempo inconsciente; le espabilan a base de suaves palmadas en la cara y le obligan a beber y a comer para reponer fuerzas. Mientras el herido ha vuelto a adormecerse, los cazadores intentan presentarse a Ixaéla. Pero no hace falta, ella intuye quiénes son.

Las historias que le contaba sobre sus aventuras, y la exhaustiva descripción que ha hecho de ellos, son suficientes para ser reconocidos. Y dirigiéndose al de nariz aguileña, que aparenta ser el más mayor... pregunta.

— **Ixaéla:** *Tú debes de ser Jarzalíx, y tú, sin duda, eres Otxo, el lobero. Y estas deben de ser las lobas que encontrasteis en el paso de las piedras, hermanas de Darking...*

Es Otxo quien la contesta.

— **Otxo:** *Vaya, parece que el muchacho te ha contado algo sobre nuestra amistad.*

— **Ixaéla:** *Yo conozco todas vuestras aventuras, porque siempre estáis en sus pensamientos; incluso todos los aldeanos os reconocerían por las muchas aventuras que ha contado sobre vosotros.*

Los dos hombres estrechan antebrazos con ella, a la vez que observan a los dos pequeños que juegan con sus dos nuevas amigas, las lobas hermanas de Darking que están tumbadas junto al fuego.

— **Jarzalíx:** *Bueno, entonces sobra nuestra presentación, y vosotros... ¿Sois familia de Dan?*

— **Ixaéla:** *Así es, yo soy la madre de sus hijos y podéis llamarme Ixaéla, y esos dos traviesos son Náni y Luxím, nuestros hijos, y al que está a su lado ya le conocéis, según parece; es Darking, el lobito que vino con él.*

Los hombres saludan a los niños y se los ganan con cuatro cariñosas carantoñas. Otxo, además, les ofrece dos piezas de paloduz, que es la dulce raíz del árbol de regaliz. Este hombre siempre lleva una buena talega de ellos, y aunque siempre tiene alguno en la boca, jamás se le agotan, y los niños, tras probarlo, lo aceptan con agrado. Después se la dicen a la mujer.

— **Otxo:** *No hay duda de que son hijos de Dan; se parecen muchísimo a él, sobre todo en la mirada. Y fijándose bien en su rostro, también se les saca parecido a ti.*

No se equivocan los cazadores al concluir este detalle; en verdad, el parecido de los dos chicos con su padre es asombroso. Sobre todo, en el intenso brillo de los ojos. Y aunque son ciertos los matices que recuerdan a su madre, más bien, también es un educado cumplido por parte de los amables cazadores.

— **Ixaéla:** *¿Cómo llegasteis hasta aquí, y cómo supisteis que era la casa de Dan?*

El más viejo la sujeta cariñosamente por los hombros, como un padre sujetaría a su propia hija; la mira directamente a los ojos a la vez que intenta poner orden en las respuestas.

— **Jarzalix:** *Verás, Ixaéla, desde la última vez que vimos a Dan, no veníamos por las montañas rojas y la última vez que pasamos por la posada, las hermanas de Dan nos dieron noticias y nos dijeron dónde se había asentado. Normalmente acampamos en el paso de las piedras, pero en esta ocasión primero hemos decidido haceros una visita.*

Así que, buscando el manantial del que nos hablaron en la posada, vimos a Naíko pastando y supimos que estabais cerca. Después, el lobo fue quien nos avisó y nos guio hasta aquí. El resto ya lo has visto.

La mujer está muy agradecida y, estando segura de que si estuviera despierto, Dan no dejaría que se fueran, convence a los viejos cazadores para que este año realicen sus últimos preparativos allí en la cabaña. Al principio no quieren ser una molestia, pero finalmente la insistencia de Ixaéla convence a los cazadores.

Y antes de que vuelva en sí, han descargado a los animales y la mujer pone a su disposición toda la cuadra. Mientras se instalan, ella cuenta cómo se conocieron y todo lo que puede sobre su vida en común.

En la cabaña del manantial los cazadores podrán almacenar las pieles; hay utensilios para el curtido, bastidores de madera para estirarlas y un horno de ahumado para conservar la carne. Posiblemente es el mejor construido que han usado en su vida. Alimentos y refugio hay de sobra en la casa. Así que, estando acostumbrados a preparar durante días un campamento provisto con todos los elementos necesarios, ahora su estancia será como si estuvieran disfrutando de vacaciones.

Después, todos se preparan para dormir en la casa. Dan permanece tumbado sobre una especie de diván cubierto por una antigua piel que resulta familiar para ellos.

No quieren ni moverle para salvaguardar sus heridas y duerme plácidamente durante toda la noche, ayudado por un brebaje que ha preparado la mujer. Ixaéla, vela por él durante las

primeras horas, pero sus amigos la obligan a retirarse a la cama junto a los dos pequeños.

No es bueno que en su estado deje de descansar. Y ellos permanecerán el resto de la noche junto al herido. No pasará frío porque recibe el calor de su fiel lobo que se ha tumbado pegadito a él.

Pasada la noche, el herido se despierta al sentir en su cara el calor de un rayo de sol que se cuela por la ventana abierta de par en par, y recuerda lo que creyó ver en su tenue despertar de anoche. Mira a su alrededor y no ve nada inusual. Frente a él, solo está Ixaéla remojando su frente para paliarle la fiebre que va en disminución.

El herido alza la cabeza buscando algo y no ve a nadie; ni siquiera el lobo ni sus hijos están allí. Al principio piensa que ha soñado con los cazadores, pero el algarabío del exterior confirma que es real.

Ixaéla le ofrece un vaso de leche de cabra calentito y el herido se lo toma de un trago, señal de que se encuentra mucho mejor.

Después, apoyándose en su cuidadora, se acerca a la ventana y allí están todos: los niños corriendo tras los lobos sin saber a quién acudir; los animales siguen el juego saltando a su alrededor, se quedan quietos y, cuando están a punto de ser atrapados, huyen de un salto y sus colas no paran de moverse, demostrando que están disfrutando con el juego de sus nuevos amigos.

Los reconoce de inmediato por el singular pelaje agrisado, pero lo que realmente hace brillar su rostro y humedecérsele los ojos por la emoción es la visión de sus dos viejos camaradas. Jarzalíx y Otxo, sin haberse dado cuenta de que los observan, corretean alrededor de niños y lobos, como si hubieran regresado a la niñez por unos instantes.

Menuda cuadrilla hay en la descampada llanura. Dan, sin querer interrumpir el juego, disfruta un buen rato del espectáculo. Finalmente, los dos salen al porche y el grupo al completo se les acerca cuando los ven aparecer.

Los niños se abrazan a las piernas, los cazadores hacen lo propio agarrándosele cada uno a un hombro, y los lobos no encuentran sitio para penetrar en el barullo de seres humanos que se ha formado, así que giran a su alrededor.

Después se separan sin soltarse del todo, y Otxo, que es más efusivo, golpea su espalda con palmaditas, un poco a su estilo. Y tiene que ser Jarzalíx quien le diga que le está golpeando cerca de la herida. Ni siquiera le duele; es tal su satisfacción por volver a verlos que las ha olvidado.

Lo cierto es que cuando el más viejo de los cazadores aparta los vendajes para echar un vistazo a la herida, está totalmente cerrada y no sale ni una gota de sangre de ella. Cualquier otro hombre hubiese tardado varios días en curarse... incluso semanas, y eso que cuando él llegó, la herida de Dan había decrecido en más de la mitad de su gravedad. Al mirar a su compañero y a la mujer, tan solo sonríe de satisfacción, y los otros le corresponden con una mayor sonrisa.

Sin haberse soltado de su brazo, Ixaéla le pone al día y le comenta el ofrecimiento que ha hecho a sus amigos. Por supuesto que está de acuerdo.

Dan está algo dolorido, pero no estará mucho tiempo inactivo y podrá ayudar a los viejos cazadores.

Después le enseñan el resultado de esta campaña que está en el granero; ha sido una buena caza. Y a Dan le vienen los recuerdos de aquellas dos temporadas que pasó junto a ellos.

Quizás ese tiempo podría parecer poco para crear grandes vínculos, pero puedo asegurarnos de que las circunstancias que acaecieron y las penalidades por las que se pasa en las montañas, hermanan a las personas para siempre.

Más tarde saluda a los viejos caballos que todavía le recuerdan y también a las lobas hermanas de Darking.

Antes del mediodía, como casi siempre y ahora con mayor motivo por el inminente nacimiento de un nuevo hijo, llegan Lauro y Laiza. Fueron avisados a petición de Ixaéla por un pastor de cabras que se ha instalado recientemente con su familia cerca del manantial, aprovechando que bajó a la aldea por la mañana para llevar una tinaja grande de leche e intercambiarla por pan recién hecho.

Como era de esperar, no vienen solos; siempre van acompañados por sus dos hijos, Timxa y Manux, y la madre también está en cinta como su amiga. Parece que las dos parejas se ponen de acuerdo hasta para engendrar hijos. Al final, Dan

está rodeado por gente a quien considera como a su propia familia. Al descubrir el vendaje para que Lauro lo viera, dice.

— **Lauro:** *¡Pero!... ¡Y para esto tanta alarma!... No seas quejica, Dan... si tan solo es un rasguño... A ver si va a ser... ¡Que quien te embistió no era más que un pequeño jabato! Anda, levanta y ayuda.*

Antes de comer le preguntaron cómo había salido vivo de aquel ataque. Los jabalíes de esta época no se caracterizan por tener una simpática conducta precisamente. Siempre viajan en manadas formadas por un buen número de componentes; los humanos son sus enemigos por naturaleza y se sienten amenazados por esta especie.

El mismo Dan es uno de sus peores enemigos; le conocen porque ya se ha cobrado alguna pieza entre los miembros de la manada. En su modo de proceder, cuando atacan no dejan heridos, simplemente envisten una y otra vez todos ellos hasta que dejan de respirar.

Pocos hombres pueden atestiguarlo, tan solo alguno que milagrosamente haya sobrevivido al subirse a tiempo a un árbol. Así que, siendo conocedores de la reputación de los jabalíes... ¿Cómo ha salido con vida del ataque?... Es la propia Ixaéla quien le pidió que contestara a sus preguntas, y él quiso satisfacer su curiosidad. Esta vez sin balbuceos, con palabras bien fluidas y como él sabe hacerlo, cuenta su aventura a todos.

— **Dan:** *Estaba entre la maleza revisando una trampa en la que había caído un jabato. Azcarra estaba detrás de una mata de grosellas dando buena cuenta de ellas cuando sentí el primer topetazo. De entre la maleza, salió el primero y me rozó.*

Enseguida supe de quién provenía el ataque. No había donde esconderse ni árbol al que trepar, así que no tuve más remedio que enfrentarme a ellos para que no me mataran. Era consciente de que los jabalíes defendían la suya propia al atacarme y estaban en su derecho al hacerlo. Alcancé a dos con el arco; a un tercero, por muy poco pude asestarle un hachazo que le dejó inmóvil, pero el siguiente me derribó de un tremendo topetazo con su testuz.

Y el que le seguía, que era el más grande de todos, fue quien me hirió. Yo ya solo esperaba la colmillada final de algún otro. Cuando se acercaban dos para hacerlo, pude ver cómo de repente saltaban despedidos por los aires con los lomos destrozados. Su sangre salpicó toda mi cara, impidiéndome parcialmente la visión, pero pude ver la silueta de quien era mi salvador.

Los demás están atentos y respetan el pequeño silencio de Dan, que se detiene para tomar un sorbo de agua. Otra vez pone en marcha su faceta de contador de historias, dejando con la intriga a sus oyentes. No puede evitarlo, él es así.

— **Ixaéla:** *Venga, hombre, dinos de una vez, ¿quién fue tu salvador?*

— **Dan:** *¿Quién iba a ser...? Mi gran amiga Azcarra...*

Dan silba con toda su fuerza, y al momento no solo la yegua se asoma por la ventana, sino que también Naíko se ha hecho hueco. Y los demás caballos intentan meter el cuello para ver qué resultaba tan interesante allí dentro. Los humanos observan desde el interior de la casa, especialmente a la yegua.

Azcarra, que se da cuenta enseguida de que las miradas van dirigidas hacia ella, sintiéndose protagonista, relincha a la par que agita la cabeza de arriba abajo.

Todos aplauden la gesta, pero continúan intrigados por cómo la ha realizado. Pueden imaginarlo conociendo las dotes de tan brava raza de caballos. Poseen unas potentes pezuñas cuyos cascos terminan en puntiaguda forma, y ¡ay de aquellos que reciban su coz! “Y, si no, que pregunten a los jabalíes”:

De todos modos, insisten y ahora es Jarzalíx quien le apremia para conocer el desenlace. El herido, por fin, continúa para el alivio de los oyentes.

— **Dan:** *Azcarra vio desde su posición el primer ataque y, sin dudarlo, acudió a mi auxilio, y llegó justo cuando más la necesitaba. Los había golpeado con las patas traseras, justo por debajo del lomo, lo que hizo todavía más eficaz el golpe. Como un rayo se interpuso delante de mí, y como si estuviese poseída por un extraño alma, comenzó a brincar y soltar coces a diestro y siniestro. A los que se escapaban de las patadas eran rematados con su dura frente y los jabalíes, de una forma u otra, salían disparados por todos los lados.*

Algunos quedaron inertes en el suelo, otros, heridos de menor gravedad, corrieron despavoridos, y el resto, ni siquiera intentaron hacerle frente. Asustados por la terrible bestia a la que se enfrentaban, los que pudieron huyeron para ponerse a salvo. No sé cómo, en un instante estaba montado sobre ella y me trajo de vuelta. Y allí quedaron el hacha, el arco y las trampas.

Otxo se presenta voluntario para ir él mismo a por los pertrechos abandonados en el bosque. La carne de los malparados porcinos no servirá de nada porque a estas horas los carroñeros habrán dado buena cuenta de ellos. El resto de los concurrentes se han acercado a la ventana para acariciar a la yegua, y Náni, a petición del pequeño Luxím, intenta ayudarle a subirse sobre su lomo para agradecerle que haya salvado a su padre.

Es muy pequeño aún, pero ha entendido todo lo ocurrido a la perfección. El pobre hermano mayor no alcanza a la altura de la montura y el animal se arrodilla para que pueda lograrlo. Una vez encima del héroe de cuatro patas, Luxím le habla en voz muy bajita y con palabras que todavía no se le entienden, pero el caballo comprende por el tono de su voz, y más o menos quiso decirle.

— **Luxím:** *Gracias, yegüita, por haber salvado a mi papá; ¡yo te cuidaré a ti!... toda mi vida, “te lo prometo”.*

Esa promesa te aseguro que será cumplida a lo largo del tiempo porque Dan, por un instante, sin que nadie se percate de ello y como entre tinieblas, lo ve todo. Parece haber entrado en trance y, como si se tratara de un sueño, así lo ve en su cabeza. Su hijo Luxím cabalgando sobre Azcarra, su hermano Nani sobre Naiko, su tío Lauro en la grupa de Zax, y Otxo, gritándoles desde lo alto de una loma...

Todos estos y alguno más serán protagonistas en venideros acontecimientos.

Algún arrumaco se llevó también el formidable Naíko por parte del resto para no hacerle de menos. Están seguros de que,

de haber estado también allí, habría procedido de igual modo que su compañera.

Él no sabe a qué se debe tal honor, pero cualquier caricia siempre es bien recibida. Después de la comida, llega el momento de contarse cómo han vivido el tiempo desde que se separaron en el paso de las piedras, y primero le contaron los cazadores a Dan, más que venturas, sus desventuras. Comenzó el más viejo.

— **Jarzalix:** *Verás, hijo, habrás observado que yo cojeo y que Otxo ha perdido movilidad en su brazo izquierdo, pero no son las únicas heridas que sufrimos en cierta ocasión, porque las peores se produjeron en el interior de nuestros sentimientos. Durante algunos años después de nuestra separación, anduvimos por las cordilleras azules del sur en busca de nuevos territorios de caza.*

Realizábamos la última partida en los llanos del otro lado de las montañas, cuando nos dimos de bruces con una cuadrilla de hombres armados con extraños artilugios.

Las más comunes entre todos ellos eran lanzas de punta muy larga y mango corto que manejaban con una sola mano, a las que llamaban espadas. Sus arcos son de más largo alcance que los nuestros, y portaban cascos en la cabeza, armaduras de metal reluciente cubriendo sus pechos y también llevaban escudos del mismo material para protegerse.

Se queda atónito por lo que acaba de escuchar, y le pregunta.

— **Dan:** *¿De quién se protegían?, ¿acaso había algún oso gigante, una manada grande de lobos, Cebukos de las montañas oscuras?, ¿O qué?...*

Esta vez le contesta Otxo cambiando totalmente el semblante, y su mirada cabizbaja que demuestra la tristeza que siente al recordarlo.

— **Otxo:** *No era por animales que quisieran hostigarles, ni tampoco tenían la intención de defenderse. Se disponían a atacar nuestros territorios y a los habitantes que moran en ellos. Eran más de un centenar y atacaron delante de nosotros una pequeña aldea compuesta por cuatro o cinco cabañas de agricultores. Fuimos testigos desde la lejanía de cómo se llevaron todo lo que tenían y raptaron a los hijos y a las mujeres.*

Cuando nos descubrieron al intentar ayudarles, una lluvia de flechas cayó sobre nosotros, hiriéndonos levemente y sintiéndonos incapaces de tomar las armas para contraatacar; no pudimos hacer nada. Gracias a nuestros caballos, a la astucia de Jarzalix y a su conocimiento del terreno, pudimos escabullirnos de ellos. Después avisamos a los aldeanos de la zona más próxima, pensando que sería el siguiente objetivo del inminente ataque.

Era “La Aldea de los Fresnos” de Llanos Verdes. No nos creyeron, y finalmente esa aldea ahora pertenece al cacique del condado vecino. Huimos hacia un espeso bosque donde había una cabaña en medio de la maleza; allí era difícil que nos encontraran. Sus moradores nos curaron y después nos contaron lo sucedido. Algunos hombres murieron bajo sus flechas, otros por el corte de las afiladas espadas. Algunos más fueron

apresados para ser sometidos y empleados como soldados, y las mujeres y niños ahora son sus rehenes y servidores que son utilizados para obligar a esos hombres a luchar por ellos.

Al igual que los habitantes de la aldea de los fresnos, no cree lo que oye; tan mezquino comportamiento no es digno de la raza humana y transgrede todos los principios y mandatos del Zerba creador.

Desde aquel primer episodio de maldad que recordaba cuando intentaron robarle un caballo a su abuelo Mextagón y a su padre Pólari en la cabaña del lago, había proliferado en cierta medida la violencia, pero jamás se había oído tal atrocidad, “un humano matando a otros humanos”. El resto de los presentes están horrorizados como él, así que Dan pide a los cazadores que continúen contándoles los acontecimientos vividos.

— **Dan:** *¿Y qué pasó después, continuaron, o se detuvieron en la aldea?*

Jarzalix le contesta describiéndole con detalle las circunstancias acaecidas.

— **Jarzalix:** *No se detuvieron. Los capitaneaba un hombre ambicioso que se había autoproclamado el gobernante de todos los territorios del Sur.*

Y era tan pretencioso que cuando conquistaron la aldea estuvieron varios días celebrándolo. Cuando tuvimos fuerzas para cabalgar, acompañados por nuestros sanadores, atravesamos el paso de las agujas y nos dirigimos a Bajaterra...

Y allí conseguimos convencer a sus gentes para defender la sexta ciudad. En nuestra ayuda acudieron otras gentes del resto de las ciudades del río bajo, pero no eran muchos. Establecimos una zona de defensa en el único y estrecho paso entre las montañas azules del sur donde desaparece el río, y allí esperamos su ofensiva. Éramos más de diez docenas entre hombres, mujeres y jóvenes lugareños.

Los otros, contando con los reclutados a la fuerza y los supervivientes de las aldeas conquistadas, ya eran dos centenares y medio, y mejor armados que nosotros. Incluso así, pudimos repeler su ataque. Nosotros estábamos mejor parapetados y nuestra posición era ventajosa en lo alto de dos farallones que flanquean el paso, y desde allí, arrojamos flechas y lanzas.

Cuando se nos acabaron, incluso usamos las piedras como proyectiles. Finalmente se retiraron, pero nosotros sufrimos bajas. Más de la mitad de los defensores no regresaron a su aldea y una buena parte de los supervivientes resultamos heridos. Ellos obtuvieron un resultado parecido, y de momento, cobardemente prefirieron tomar otro camino para conquistar territorios que ofrecieran menor resistencia.

Jarzalix se cayó, entristecido por el recuerdo, Otxo tuvo que terminar el relato.

— **Otxo:** *Para esta confrontación, de entre todos los hombres y mujeres, nombramos a Jarzalix y al jefe de la primera ciudad como Buruzagas para la defensa. La astucia de ambos fue quien salvó a la sexta aldea. A Jarzalix tuve que trasladarle a Fuenroja del lago para que sanaran sus nuevas heridas en una de sus piernas.*

Yo también resulté herido de nuevo, pero de menor gravedad en este brazo, que ya no se mueve con tanta agilidad como antes. Una temporada completa le costó recuperarse y volver a caminar. Las noticias corrieron por todo el territorio y todos los vecinos, sabedores de que habíamos formado parte de la defensa del paso de los farallones, nos ayudaron a salir adelante.

Y finalmente, llegaron a un acuerdo todas las aldeas de Bajaterra, formando una alianza para la defensa del territorio. Como líder de todas ellas ha sido nombrado Mufo, el de los ojos azules.

Otxo, detiene por un instante su narración, pero no se demora al observar la cara de expectación que ha ocasionado en los que le escuchan, así que sigue hablando.

— **Otxo:** *Al lugar se le llama “El paso de las Agujas” por la altura de los dos farallones casi gemelos y lo aguzado de sus picos. Muchos amigos de Fuenroja y la aldea del río nos dijeron que cuidarían de nosotros, pero siendo conscientes de que no podríamos volver a las montañas, nos negamos. Aunque agradecemos el gesto y apoyo de tantos amigos.*

Mufo es un hombre honesto que vive pensando en el bienestar de los que representa, y bajo su consejo todos los habitantes de Bajaterra de momento estarán seguros. En el estrecho paso que hay entre los dos farallones, se han colocado obstáculos en sus ya de por sí dificultosas y empinadas paredes para que nadie pueda trepar por el lado sur.

Algunos hombres, voluntariamente, permanecen acuartelados para la vigilancia de las recién creadas fronteras... Cada cierto

tiempo son relevados por otros para que en todo momento esté custodiada la entrada. Si algún día, “el hombre bestia del sur” llamado “Trómbol”, regresa para atacarnos, estaremos preparados para repelerlos de nuevo...

Se han establecido mensajeros con el fin de avisar a todas las aldeas para que acudan todos los hombres y mujeres de comunidades libres que puedan a defender el territorio cuando se les requiera.

Jarzalíx se recuperó; esta primavera se encontró con más fuerza y, aprovechando la tranquilidad que reina en la frontera, decidimos realizar nuestra última partida de caza en las montañas rojas. Después de esta misión, no habrá más escapadas para nosotros. Nos retiraremos definitivamente en algún lugar de estas montañas.

Jarzalíx, recuperado de su momentánea crisis emocional, terminó de contar los nuevos acontecimientos que llevarán a vivir una nueva y dura etapa a las gentes de la comarca.

— **Jarzalíx:** *Hemos aprovechado este viaje para informar también a los hombres y mujeres de la Aldea Roja con el fin de solicitar vuestra ayuda y colaboración, en caso de un nuevo intento de invasión.*

Los presentes se miran entre ellos intentando encontrar respuestas al desatino que están escuchando; tienen la sensación de que el mundo entero se viene encima de ellos. Y fue Dan quien pronunció las siguientes palabras.

— **Dan:** *No puedo hablar en nombre de los demás, pero estoy seguro de que, conociendo a todos nuestros vecinos, estarán de acuerdo con vuestra propuesta. Mañana hablaremos con los abuelos de Lauro, que son nuestros Buruzagas, para que convoquen una asamblea donde se decidirá entre todos qué hacer al respecto.*

Estas últimas palabras las pronuncia a la vez que se abraza a ambos, cerrando los ojos a la vez que suspira aliviado por su buen estado después de las vivencias acaecidas. Más tarde pasan el resto de la tarde, sobre todo hablando de los últimos acontecimientos, y después de la cena son los cazadores quienes piden a Dan que cuente cómo ha llegado hasta este lugar y cómo ha formado su familia.

Dan acepta, pero esta vez con la colaboración de Ixaéla. Comienza por el mismo día en que se separaron al finalizar la temporada de caza, y por la primera noche que pasó a solas, donde descubrió el barro y sus atributos por casualidad. Continúa con el encuentro del Oso y el episodio de las lavanderas; también habla de los Cebukos y de los escarabajos rojos; Ixaéla completa el resto.

Y mientras escuchan, los cazadores se miran entre ellos y comprenden que aquel muchacho que dejaron en el paso de las piedras ha dejado de serlo y se ha convertido en todo un hombre de provecho, y se complacen pensando que de algún modo han colaborado en ello.

Después de bien cenados, llega el momento de dar descanso al cuerpo. Los dos cazadores pasarán la noche en el cuarto de los pequeños; ellos ya están dormidos junto a su madre.

Y Dan revuelve entre los rescoldos de la chimenea extrayendo el objeto que se oculta bajo su base para escribir en el pergamino lo sucedido, dándole mayor importancia a las noticias de los cazadores y menor relevancia al ataque de los jabalíes.

En esta ocasión, al final de sus escritos estampa una posdata dirigida a su tía abuela, la maga del bosque oscuro, con la esperanza de que ella quede informada y también lo sepa la propia naturaleza.

— **Dan, escribiendo:** *“Esto es lo que presagiaste, querida Báttia, la amenaza que llegaría por el sur. Ojalá esté equivocado y todo se quede en este único intento de agresión por parte de ese tal Trómbol. Si lo intenta de nuevo, no me cabe la menor duda de que los aldeanos rojos estarán preparados para defenderse. Ahora empiezo a comprenderte.*

A la mañana siguiente, bajan a la aldea las dos familias al completo, y sus dos nuevos componentes, que es así como los considera el que un día fue su aprendiz en las artes de la caza. Dan, casi restablecido por completo, es quien toma la palabra para contárselo a Canu y Marto, a los que, como casi siempre, los acompañan la polifacética Lala y la laboriosa Garia.

Realizando primero las correspondientes presentaciones de sus amigos cazadores y repitiendo lo acontecido en el paso de las agujas después.

El resto de los aldeanos son informados de su llegada y de las noticias que reportan desde Bajaterra. Bien cierto es que todos se quedan sorprendidos por la información que han traído los viejos cazadores y ahora excombatientes de la primera batalla de la frontera y de su mundo. Pero, aunque algunos sientan miedo

por el horror de la confrontación, todos por unanimidad deciden apoyar la solicitud que Dan ha propuesto, y que no es otra que ofrecer el apoyo incondicional a la coalición de aldeas, comandada por el nuevo Buruzaga general, Mufo.

No saben cuándo será necesaria su colaboración, pero los aldeanos estarán preparados como ya suponía Dan que lo harían. De momento acuerdan construir armas y armaduras como las que ellos utilizan en las jornadas de caza, para que los hombres que defienden el paso fronterizo estén más protegidos y puedan equipararse a sus enemigos.

También resuelven colaborar en el envío de alimentos y vestiduras, para que no tengan que preocuparse de otra cosa que no sea su honorable y valiente misión. Y si fuera necesario y son requeridos, un grupo de hombres y mujeres se unirá a ellos para luchar a su lado.

Herreros no hay por entonces, mayormente porque los caballos de la época no necesitan herrajes debido a la dureza de sus pezuñas. A los que funden metales y los trabajan, se les llama forjadores, y entre los aldeanos hay una familia que domina a la perfección este arte.

En la forja de Firro queda poco material que fundir, y ellos mismos son quienes lo traen desde las minas, ayudados por vecinos que disponen de nuevos carros grandes y reforzados, recientemente contruidos para tales fines.

Al día siguiente, muy temprano salieron un par de gemelos muy habilidosos y rápidos escalando las empinadas laderas de las montañas, las atravesaron y llegaron a las minas por

un intrincado atajo que solo ellos conocen; llegaron antes de anoecer portando un mensaje de Firro.

Pasadas dos jornadas, la caravana asciende hasta el paso de las piedras y desde allí solo se podrá terminar el viaje a caballo. No se ha hecho antes porque realizar un camino más ancho les hubiera llevado toda una vida, debido a la dureza del granito que deberían arrancar a las laderas de las montañas, así que de momento se conforma con una antigua y estrecha senda, donde por un lado están las paredes de piedra y por el otro el abismo.

Para ello llevan caballos de carga de sobra. Al día siguiente, los mineros comenzaron a preparar el material encargado. Aunque es un duro trabajo el que desarrollan los mineros, los gemelos once colaboran con ellos en la medida que pueden, y cuando llegaron los que se encargarían del transporte, ya estaba preparado el cargamento.

Después acomodan la carga en pequeñas porciones en los muchos caballos de que disponen, y llegaron a mediodía al paso de las piedras donde trasladaron la carga de los equinos a las carretas, y desde allí todo fue más sencillo.

Había que cuidarse de descender con cuidado por las empinadas revueltas, que, aunque tuvieran buen firme, no dejaban de tener su peligro. Menos mal que los carros disponían de un sistema adicional de frenado, inventado, cómo no, por Dan y sus amigos.

En pocos días ya disponen de material suficiente, y la familia de Firro al completo se pone a forjar el metal, ayudados por improvisados aprendices de la aldea, a los que hay que sumar tres primos de Firro venidos de las minas, que se han blindado a colaborar.

Jarzalíx y Otxo guardan una espada del enemigo que habían recogido durante la escaramuza, y la utilizan como modelo para copiar el diseño. Pero ellos las fabrican más ligeras, para que sean fácilmente manejables montados a caballo. También tienen los viejos cazadores algunas puntas de flechas y una de lanza, más mortíferas que las que ellos utilizan habitualmente para la caza. Así que también se basan en ellas para fundir metal con formas parecidas.

Para ello, la pareja de alfareros improvisa moldes con el material que mejor conocen, la arcilla roja de sus montañas. Los escudos serán de madera reforzados por una fina capa de metal, que pintan de rojo fuerte con el tinte de los escarabajos. Además de lustrosos, quedan resistentes y de poco peso.

Los astiles de flechas y palos de lanzas son cosa de los muchos carpinteros vocacionales que abundan por el lugar. La madera que necesitan es cortada por expertos leñadores del valle, escogiendo las mejores varas de fresno.

Y Dan ha trabajado en la confección de un nuevo arco, más grande y de mayor alcance. Logrando diseñar un ejemplar que sobrepasa en distancia un par de centenares de pies, y los fabrican en abundancia, uno para cada aldeano, y otros muchos más, para la guarnición del paso de las agujas.

Pero los cascos cuesta más trabajo realizarlos; a cada uno tendrían que hacerle el suyo a la medida de su cabeza, y algunos la tienen de buen tamaño, así que, para no dejarles con la testa al aire, utilizarán los cráneos de los Cebukos que los aldeanos se colocan en los desfiles y entrenamientos de caza.

Adiestramiento, que desde que Jarzalíx y Otxo llegaron con la noticia de la agresión en el paso de las agujas, se ha convertido en entrenamientos para la defensa y también practican el ataque por si fuera necesario. Siguiendo siempre las entrenadas técnicas basadas en la experiencia adquirida en las partidas de caza, que tan buenos resultados dan.

Los aldeanos rojos prefieren un casco de hueso antes que de metal, porque resulta más pesado y además ya están acostumbrados a su uso. Para hacerlos más temerarios, fijan a ellos las pieles de este animal para que cubran sus cuellos y espaldas a modo de capas, basándose en el primer modelo que un día inventaron tres amigos de la aldea roja. Cuando entrenan todos juntos, estos cráneos destacan en sus cabezas por el color rojo del que han sido impregnados, y en los escudos recién forjados han grabado al sol y la luna del mismo color.

Todos los caballos llevan fijados fuertemente en la frente los mismos cuernos que los jinetes para que puedan ayudar envistiendo a los enemigos. Cuando todo está preparado, no hay mejor modo de ver la efectividad de la gran cuadrilla que realizar una demostración. Ensayan durante toda la mañana, y al atardecer improvisan un desfile a modo de entrenamiento, para que lo presencien los dos viejos compañeros de Dan, y después pide su opinión. Esta es positiva y, además, desde lo lejos parecen una manada de cebukos, pero más virtuosos en presencia y aptitud. Lala, determina mucho mejor su apariencia al fijarse en ellos con más detalles y lo expresa en voz alta.

— **Lala:** *Fíjate bien, querido Canu, desde la distancia puede observarse en su perfil... los cuernos de los Cebukos colocados al revés sobre los cascos de los jinetes que apuntan al*

frente en lugar de al cielo, otro par más; han colocado a los caballos hacia delante, y entre las dos cabezas y los dos pares de cuernos, adquieren la forma de una sola de gran volumen...

Y cuando se acercan, entre los bufidos de caballos y gritos de los jinetes, sobrepasan al ruido que hacen los cascos al pisar la tierra. ¿No te recuerdan a ti a los míticos Bufantes que se cuenta en las leyendas?

— **Canu el largo:** *Es cierto, Lala, estaba buscando una similitud con algo que tengo en la cabeza y tú me lo has traído a la memoria; ciertamente, jinete y cabalgadura viéndose desde aquí perfilados por la luz del atardecer... así debían de ser los Bufantes de las montañas oscuras...*

Dicho y escuchado esto, Lala, que es mujer a la que le gusta poner apodo a todo bicho viviente y al que no lo es... viendo lo que parecen y bufando como bufan, y mostrando el color que lucen, son renombrados con un título que viene al pelo a jinetes y monturas, y lo grita a los cuatro vientos para que todos lo oigan.

— **Lala:** *Mirad y tened cuidado, porque por allí llega “La manada de bufantes rojos” ...*

Capítulo 24

BUFANTES ROJOS

Los que no están a caballo participando en los entrenamientos, la escuchan. Otros no, por la lejanía. Pero para eso están los ancianos que no pueden participar y los más pequeños para amplificar su voz repitiendo el chascarrillo.

— **Todos los que miran, a una:** *¡Ahí llega La manada de bufantes rojos!*

Y lo repiten una y otra vez. Los jinetes no terminan de discernir lo que se grita, y Dan le pregunta a Ixaéla porque dispone del más fino de los oídos del valle.

— **Dan:** *¿Qué gritan?... No sé qué, de búfalos rojos.*

— **Ixaéla:** *No, hombre, lo que dicen es que parecemos una manada de bufantes rojos.*

Lauro y los demás participantes han seguido la conversación y han oído también a los que observan desde la balconada. Así que se unen al vocerío, y por todo el valle resuena el chascarrillo.

— **Todos los aldeanos:** *Ahora, somos ¡La manada de Bufantes rojos!... somos ¡la banda de Bufantes rojos!*

Así hasta que se desgañitan y los caballos acompañan con sus relinchos más estruendosos. Ya más sosegados, al llegar la noche, pocos pueden dormir pensando en los que están

defendiendo el paso de las agujas. Temen que se los adelante Tromból y no lleguen a tiempo las armas preparadas.

El paso del tiempo, unido al cansancio, termina por enviar a todos al mundo de los sueños, menos a uno. La familia del manantial hoy pernocta en el colmado de Marto, y Dan, a sabiendas de ello, ha llevado consigo el pergamino. Cuando se queda solo, anota todos los sucesos del día, como cada noche.

Pero esta jornada ha dado mucho que escribir y, al finalizar, les da un descanso a sus ojos, cerrándolos unos instantes. Al poco tiempo tiene que frotárselos y comprobar que siguen cerrados, porque parece estar viendo a alguien frente a él, leyendo lo recién escrito.

Efectivamente, no se han abierto ni un ápice, pero continúa su visión como si Báttia estuviera frente a él. Y ella le desvela antiguos sueños sobre el futuro, donde sus familiares (conocidos y algún otro que no ha nacido todavía) luchaban ferozmente junto a muchos de sus amigos en una inmensa pradera verde, y también recuerda cómo las almas de algunos de ellos se elevan a los cielos abandonando sus cuerpos inertes.

Para no prolongar la congoja que le aflige, se despeja de repente y sacude la cabeza para espantar las visiones. Comprende que no son solo un sueño, más bien premoniciones, y ruega a la naturaleza para que le dé las fuerzas necesarias para superar lo que quiera que deba suceder.

Al día siguiente parten cinco carros llenos de armamento y vituallas para llevárselos a los defensores del paso de las agujas. Para ello, nadie mejor como guía de la expedición que el propio Otxo. Le acompañan algunos ancianos a los que todavía se los da

bien conducir carros porque los jóvenes deben completar su entrenamiento para estar preparados, y los demás, a seguir construyendo más armas.

De camino hacen alto en las cabañas del lago, donde son esperados por algunos de los sobrinos de Dan, y montan sobre otros dos carros llenos de más alimentos y pieles para que los del paso puedan abrigarse los duros días del invierno. Además, añaden una docena de lustrosos caballos de montaña. La marcha es lenta y tardan varias jornadas en llegar, pero no lo hacen solo ellos.

De camino se han ido uniendo gentes de otras aldeas con carros llenos también. La caravana es de considerable longitud, y al llegar son bien recibidos por los defensores. Al ver tanta comida, se les hace la boca agua porque ya empezaba a escasear. Pero a lo que más prestan atención es a las armas y atalajes que han traído los de la aldea roja.

No tardan en probárselos y practicar con los nuevos artilugios de guerra. Esa noche celebran la llegada de sus benefactores con una buena comilona y la consabida celebración con cánticos y bailes. Las gentes de las otras aldeas permanecerán allí, reforzando a los defensores. Los de la Roja regresan prestos al valle. Los primos de Dan también vuelven al lago.

Mufo y Otxo han hablado largo y tendido, y el jefe de la guarnición le dice que transmita el agradecimiento a las gentes de la aldea por su ayuda y colaboración. Al regresar, así lo hace el viejo cazador, comunicándoles la gratitud y los buenos deseos para toda la aldea, de parte de Mufo y de todos los que le acompañan.

Por el momento, los aldeanos han aceptado a los viejos cazadores como integrantes de la comunidad, y su experiencia en el único combate que se conoce hasta ahora es primordial para el entrenamiento de los Bufantes rojos.

De momento pasan las noches en el primer refugio que construyó Dan en el manantial, y aunque gozan de todas las comodidades en la casa del prado durante el día, no pueden desarrollar su nueva afición. Todos los días bajan a la aldea a ayudar a los labradores en la siembra y cuidados de distintas clases de granos y hortalizas de todas las especies.

No se les da nada mal y pretenden labrar nuevas tierras para aumentar la producción, que ya se va quedando corta debido al crecimiento del poblado. Por ello la congregación ha ofrecido que construyan su propia casa al otro lado del granero, y lo harán como siempre con la ayuda de todos.

No tardan mucho en levantarla y se trasladan en cuanto está lista. De cazadores, pasan a un oficio menos peligroso y más acorde a su edad, aunque también más laborioso físicamente. Así que compaginan la labranza con los entrenamientos, y tan bien lo hacen lo uno como lo otro, pero si tuvieran que ir otra vez a guerrear en el paso, resultaría demasiado fatigoso.

Y para tal fin, se propone a Dan y a Lauro como encargados de dirigir una hipotética partida. Son los más idóneos y además cuentan con la ayuda de sus compañeras, que son igual que ellos de audaces. Todos recuerdan los días en que dirigieron la espantada de los Cebukos; los cuatro son buenos cazadores y diestros en arcos, lanzas y hachas. De la espada, no solo han aprendido su manejo últimamente, sino que ahora enseñan a los demás.

Antes de que pase el invierno, Jarzalix y Otxo ya están totalmente instalados en su nueva y flamante cabaña e integrados incondicionalmente en la comunidad. Así que decidieron que allí pasarían el resto de sus vidas, de lo cual se alegró su antiguo aprendiz, que ya nunca tendrá que despedirse de ellos. Bueno, en todo caso, por las noches y no todas, porque algunas se quedan con ellos en la aldea disfrutando de alegres veladas.

Las gentes de la comarca alta se cuidaron de que no falte nada a los que un día impidieron la invasión defendiendo las fronteras de “El Territorio de los Tres Colores”. Durante varios años no ha ocurrido nada significativo en los límites de la nueva alianza.

El perverso Trómbol no ha dado señales de vida, pero sí se ha avistado a muchos de sus esbirros rondando al otro lado del paso de las agujas, por lo cual continúa la guardia en la frontera. Los aldeanos rojos siguen entrenándose para estar preparados porque llegan rumores de que, en los territorios del sur, el tirano está haciendo de las suyas.

A oídas de Mufo ha llegado el rumor de que Trómbol, años atrás, era un Buruzaga justo y afable que dedicaba su vida al bienestar de sus vecinos. Tenía dos buenos hijos y estaba desposado con la madre de ellos, también una buena persona.

Algún tiempo antes de que atacaran el Paso de las Agujas, la mujer de Trómbol desapareció en extrañas circunstancias cuando recogía frutos del bosque, y nunca más se supo de ella, dejando huérfanos de madre a dos jóvenes gemelos. A los pocos días apareció en su vida otra mujer que le encandiló con malas artes. De Ganitari, la de los ojos de serpiente, se dice que no nació

de madre alguna y que fue engendrada por un ser que había descendido de los cielos.

Tromból ni siquiera había terminado de llorar a su primera esposa cuando se desposó con ella. Quien conocía con anterioridad a él y sus hijos, dicen que cambiaron totalmente de actitud, como si tuvieran sorbido el cerebro. El Buruzaga se autoproclamó rey, y Ganitari fue su reina. Aunque en realidad era ella quien proclamaba los mandatos y él la obedecía sin rechistar. Primero esclavizaron a su propio pueblo con la ayuda de guerreros a sueldo, y después se lanzaron a la conquista de los territorios vecinos.

El rey guerreaba con crueldad en las fronteras y la reina disfrutaba cómodamente en su trono de los botines que robaban a los vencidos. Los hijos, a pesar de ser muy niños aún, también se volvieron egoístas y despiadados con los que llamaban con desprecio, siervos. Pero por ahora y desde que fueron rechazados en batalla, nada más se ha sabido de ellos.

En el manantial, la familia de Dan ha aumentado con un niño más al que llaman Lolím, y al poco también en la Aldea Roja nació Pika, hija de Lauro. Ambas mujeres, Layza e Ixaéla, parecen seguir de acuerdo para engendrar hijos. Con el tiempo y la experiencia, los del manantial han obtenido mucho éxito como alfareros.

Ladrillos y tejas ahora los fabrican en el horno de la aldea para construir casas en las cercanías, pero la fama de que gozan las nuevas edificaciones ha traspasado al otro lado de la montaña, y algunas familias que habitan las granjas y aldeas del lago quieren tener su casa de barro.

Si extraen más lodo del valle, el entorno se verá afectado y el transporte desde el manantial es inviable, dado el enorme peso y el volumen del material que se necesita para una sola casa. Por suerte para todos, también abunda el barro rojo al otro lado de las montañas y en grandes cantidades en las inmediaciones del lago.

El agua de las lluvias lo arrastra montaña abajo y la sedimentación acumulada llena toda la llanura formando improvisadas colinas que incluso llegan a tapar árboles. A veces se forman improvisados diques que, al rebosar, se desbordan y llegan a inundar granjas y caminos. Y por eso han decidido montar por aquella zona un horno para cocer el barro.

En dimensiones y forma, igual a los que se han construido en el Valle Rojo. Para ello se está transportando material desde el manantial y durante toda la primavera se han tenido que hacer muchos viajes hasta que se termina la obra. Se ha conseguido con ayuda de los familiares de la posada del Sol y la Luna. Después, utilizando la arcilla amontonada de la llanura, comienzan a fabricar ladrillos.

Así se resuelven varios problemas de golpe... Por un lado, se talan menos árboles para la construcción de cabañas, y la leña que se necesita para el horno procede de árboles secos y ramas caídas que lo único que harían es propiciar incendios. Por otro, ya no habrá montones de arcilla para impedir la corriente de las aguas pluviales.

Dan e Ixaéla no pueden ir y venir a diario desde el manantial, así que se encargan de la producción alguno de los sobrinos de Dan... Mextagón, Batuzaim y Pólaris, hijos de Parteko y Elengo. Se ha ubicado el horno estratégicamente a unos

pasos de la posada, justo en la encrucijada del camino de las cuatro aldeas, para facilitar en mayor grado la prontitud del transporte. Además del horno, se han construido algunas naves de madera, donde se almacena la producción de bloques, en cuyo interior y por encargo ya tienen buenos montones de ladrillos y tejas listos para los envíos.

A cambio del material y de la propia edificación, aceptan en trueque cualquier mercancía que pueda intercambiarse en la posada. Todo el que puede, quiere tener una casa de barro, y en poco tiempo la antigua posada se ha convertido en el centro de distribución e intercambio de toda la comarca alta.

Sus almacenes rebosan de productos obtenidos a cambio de los servicios prestados: pieles, utensilios y apeos de labor, alimentos conservados y, sobre todo, es el mejor lugar donde adquirir un buen caballo de la raza Yeguaris, que es a la que pertenecen Naiko y Azcarra.

Finalmente, son sus sobrinos quienes se hacen cargo del trabajo y de las finanzas, convirtiéndose en expertos en el arte y fabricación del nuevo material de construcción. Lauro y Layza, contando con la colaboración de algún aldeano, se encargan de la producción que se va necesitando en la Aldea Roja, sobre todo para reformar o ampliar las existentes.

Y alguna nueva que de vez en cuando hay que construir para recién llegados vecinos que se instalan en las inmediaciones. Con esto resuelto, Dan y su familia se han especializado en otra rama de la alfarería.

Fabrican platos, cazuelas, tinajas y todo tipo de envases con los que negocian ahora. La aldea del valle está bien surtida

porque suministran estos cachivaches a todos los habitantes. Se los dejan a los padres de Ixaéla, y estos se encargan de distribuirlos entre los aldeanos que quieran intercambiarlos por otros artículos.

Todo ello a través de una vieja y justa costumbre de equivalencia... “El trueque”. Los artículos que más trabajo cuesta conseguir o recolectar tienen más valor, y los que requieren de menor esfuerzo y tiempo son de menor cuantía. Así... una piel de oso se cambia por cinco o seis de lobo y esta equivale a ocho o nueve de ciervo, que son más fáciles de cazar.

El resto se calcula en el esfuerzo invertido y siempre teniendo en cuenta el poder de persuasión que tengan los negociantes del trato. No hay prisa para hacerlo; pueden estar hablando favorablemente de su producto largo tiempo, pero siempre se sella con un apretón de antebrazos y, si hace falta, se incluye un abrazo. Señal inequívoca de que ambas partes quedan conformes con el trato.

En caso de quedar alguna parte insatisfecha, para eso están los Buruzagas, quienes justa y sabiamente hacen que el trueque llegue a buen fin y satisfactoriamente para los intervinientes. El mismo sistema se utiliza en todos los poblados de Terralta, en la Bajaterra también.

Y en Llanos Verdes del sur se practicaba, antes de su invasión, el mismo modo de intercambiar mercancías. Incluso se ha oído por boca de alguno que viajó más lejos todavía, que en casi todo el mundo se hacía lo propio.

Pero no en todas las ocasiones se realizan transacciones lucrativas, porque también se regalan objetos, alimentos y apeos

a quienes por circunstancias puedan requerirlo, y en estos tiempos cualquiera puede tener esta necesidad. Bien sea por quedar imposibilitado temporalmente a causa de algún incidente fortuito, o resulte herido de gravedad debido al ataque de alguna alimaña. El caso es que nadie pasa hambre ni necesidad mientras el resto de sus vecinos puedan ayudarlos.

En cuanto a los niños que pierden a sus padres, no hay problema. Cualquier pariente o vecino está siempre dispuesto a incorporarlos a su familia con todos los derechos y obligaciones que esto conlleva. Como ocurrió con Parteko, el cuñado de Dan en la posada del lago.

Esta sencilla y feliz forma de vida es la que quiso romper el malvado Trómbol el día que intentó invadir las tierras de los tres colores. Y quién sabe si en el otro lado de los Montes Azules no lo ha logrado ya, porque escasas noticias llegan desde allí, lo que inquieta a los de este lado.

Pero la supervivencia esencial del día a día no es fácil de gestionarse y deben continuar con sus vidas, confiando en los que defienden el paso. Y manteniendo la esperanza de que en Llanos Verdes sus gentes estén a salvo.

Saben que, tras la derrota, solo han quedado algunos esbirros que intentan pasar desapercibidos. De momento, Trómbol no necesita someter a sus habitantes porque sabe que, por falta de experiencia, de medios y de organización para defenderse, podría derrotarlos cuando quiera y sin oposición alguna.

En el Valle Rojo, para la familia de Dan, la caza ha dejado de ser imprescindible; solo recurren a ella para el consumo particular y organizan partidas con sus amigos muy de vez en cuando, convirtiendo estos días en jornadas casi de ámbito festivo. Y así de paso, también controlan las manadas de lobos y de otras alimañas, manteniéndolas en armonía con la naturaleza.

Tampoco se han olvidado de las recolecciones de los frutos que ofrecen sus árboles y arbustos, como las famosas e imprescindibles castañas. Para ello, alguna que otra vez improvisan excursiones para recolectarlas. También se deja tiempo para recoger hierbas sanadoras; hay que mantener lleno el botiquín de Dan e Ixaéla, porque en la aldea son requeridos como curanderos oficiales. Otras plantas y mejunjes que no hay por la zona son requeridos a sus primos del Bosque Nublado, los famosos descendientes de Batuzaim.

Todo esto es ahora parte de sus ocupaciones, pero su mayor afición es la que se ha convertido en su principal modo de vida. Las manos de ambos trabajan con esmero y destreza las piezas que realizan por encargo, y las decoran con los grabados indicados.

Aparte de los utensilios, moldean figuras de arcilla, desde la imagen de cualquier persona hasta la representación de los muchos animales que moran en la tierra, y también escudos ornamentales con el signo de aldeas y familias, que se los solicitan de todos los rincones de la comarca, y todavía de más lejanos lugares.

El epicentro de las transacciones y encargos se tramita en la vieja posada de la orilla del lago. Elengo y Danixia se hacen cargo de plasmar en dibujos las esculturas que encargan los

lugareños y viajeros buhoneros que recorren todo el territorio. Las dos son buenas dibujantes y demostrado queda plasmado sobre las paredes de todo el interior de la posada;

la mayor está especializada en el mundo natural; ni un solo animal del bosque y ni una sola planta del lugar falta en las improvisadas pinturas que define sobre pergaminos de piel. A la menor se le dan mejor los humanos; algún personaje se puede ver entre los dibujos, casi todos amigos o familiares y queridos antepasados.

Los alfareros del manantial trabajan con facilidad el barro basándose en los bocetos recibidos; entre todos forman un equipo de trabajo eficiente y beneficioso. Las cuadras y graneros se quedaron pequeños, así que han tenido que construir más almacenes.

Pero estos, al igual que los que ya tienen para almacenar ladrillos y tejas, no se han construido con el material de la roja arcilla. Solo madera y espadaña se han utilizado para alzarlos y, de este modo, el encanto del lugar no se ve alterado.

Así que ahora, las gentes no acuden solo para intercambiar artículos necesarios; también adquieren alguna imagen de barro, sobre todo para recordar a sus antepasados y hacer honor a quienes consideran imprescindibles para su existencia, el Sol y la Luna.

Y por todo esto comenzó su fama como alfareros, no solo en la aldea Roja, sino también en cualquier lugar donde se exponen sus obras. Con el paso del tiempo, sus jóvenes hijos han heredado la misma afición y demuestran su destreza en el manejo del barro rojo. Y gracias a tantas idas y venidas a las cabañas del

lago, llevando y trayendo mercancías y noticias de unos y otros, se han reforzado los lazos inquebrantables entre sus moradores. Algo que será de vital trascendencia en tiempos y acontecimientos venideros.

Capítulo 25

CATORCE AÑOS DESPUÉS DE QUE DAN E IXAÉLA SE CONOCIERAN.

Cervatillos. Hace doce primaveras que Náni vino al mundo, Luxím diez y, siete Lolím. Hoy es un día muy especial para los más jóvenes porque tiene lugar una costumbre que nació al principio de fundarse la aldea.

Se trata de una cacería muy especial donde los niños, tanto chicas como chicos, tienen que demostrar su valía para pasar a la edad de la adolescencia.

Es día de celebración, y cuando la familia del manantial sale de excursión, aparecen siempre sus amigos Lauro y Laiza, acompañados por sus correspondientes retoños, Timxa, Manux y Pika. Todos vienen a caballo y, como es costumbre, Azcarra y Naíko, junto a sus jóvenes descendientes, les reciben con entusiasmado nerviosismo.

Pero el que más contento se pone es el viejo lobo Darking, que este día va con ellos, porque al cuidado de las cabañas se quedan dos jóvenes lobas a quienes llaman Pequeña y Gordita, por el evidente volumen que las caracteriza.

Los viejos cazadores, hace años, regalaron algunos cachorros descendientes de las lobas del paso de las piedras a los hijos de Dan, y ya tienen suficiente edad y poderío para relevar a su tío lobo en las tareas de vigilancia. Gozan de toda la confianza de la familia y ellos, orgullosos, montan guardia dando vueltas por todo

el perímetro del prado, asegurándose de que ninguna alimaña ose acercarse.

Precisamente es el lobo el primero que toma el camino, guiando a los demás, pero en realidad no sabe dónde van. Cada vez que hay una bifurcación, con disimulo mira con el rabillo del ojo a Dan, para que con una seña secreta le diga si gira a un lado u otro, o si tiene que seguir hacia adelante. Nadie se da cuenta y su orgullo de guía queda intacto.

Se dirigen hacia el norte, donde más abundante es la caza. Es costumbre que los niños de la aldea, al cumplir los diez años más o menos, deban pasar la primera gran prueba, Timxa y Náni; ya la pasaron hace dos primaveras y ahora se ríen de Luxím y de Manux, que es a quien toca esta vez.

Pero el muchacho no se siente ofendido por las carcajadas dedicadas a su persona; todo lo contrario, se muestra dispuesto y orgulloso. Lo mismo que algún otro muchacho de la misma edad que los han llegado procedente de la aldea, acompañado por sus respectivos y expectantes familiares y amigos.

Dan, al igual que los otros padres de los que deben pasar la prueba, lleva entre sus brazos un cervatillo de los que nacieron al principio de la primavera que no llega a cumplir un par de meses. Y están dispuestos a soltarlos para que los jóvenes aventureros les den caza, pero eso sí, con sus propias manos, sin utilizar utensilio alguno.

Luxím, su amigo Manux y el resto de sus coetáneos nunca han acudido a este evento, así que no saben el resultado de las anteriores experiencias de los predecesores. Los que son más pequeños que ellos se quedan con algunos de los abuelos de la

aldea, como es el caso de Lolím y Pika, que se han quedado con Lala y Garia, para no saber lo que suceda. En años anteriores, jamás nadie de la aldea ha desvelado quién consiguió cazar al cervatillo y quién no. Esto queda en absoluto y tajante secreto. Evitándose así el halago o el desprecio a quien lo consiga o a quien no. Pero la verdad es que no lo desvelan para no desencantar a los aspirantes.

Nunca, ni uno solo de los chicos o chicas de la aldea ha sido capaz de atrapar a un joven cervatillo en carrera, ni siquiera el hermano mayor de Luxím, que corre que se las pela; de ahí las risas de antes. No es que se atrapen los cervatillos para este evento; todo lo contrario, han sido rescatados porque, al finalizar el invierno, manadas de lobos medio muertos de hambre y azuzados por la necesidad de alimentar a las nuevas camadas, se lanzan a la busca de carne fresca.

Siendo su plato preferido, cervatillos y jabatos. Los jabalíes se defienden bravamente y suelen salir bien parados, gracias al gran número del que están compuestas las piaras. Las ciervas, sin embargo, carecen de la protección de los machos y, como mucho, se juntan media docena de ellas durante esta estación. Pero inteligentemente mantienen todo el tiempo escondido a sus retoños entre la maleza, y cuando presienten a los lobos, huyen fingiendo estar heridas para que las persigan a ellas.

El resultado suele ser casi siempre el mismo: la madre se convierte en el alimento de los feroces cánidos, y el cervatillo termina huérfano y desolado entre la maleza.

Los aldeanos conocen estos hechos y desde siempre organizan batidas por todo el bosque para recuperar el máximo que puedan de los jóvenes ciervos. Después, le amamantan ellos

mismos con leche de oveja, hasta que puede valerse por sí mismo y le devuelven a la libertad. Al principio solo hacían eso: se reunían todos, los llevaban a lo más profundo del bosque y simplemente eran puestos en libertad. Al hacerlo, todos los chiquillos salían tras ellos y obtenían como trofeo alguna raspadura y varios moretones.

Los ciervos terminaban desperdigándose por el bosque y los mayores se desternillaban de risa al ver los revolcones que se daban sus pequeños. De ahí nació la costumbre, pero para hacerlo más divertido tuvieron esta idea, que fueran todos los niños que cumplieran una década y además que creyeran que podrían lograrlo...

Decían que era una lección para cuando ellos fueran padres y madres. Y para demostrar su valía, debían dar muerte con sus propias manos a aquellos animales que después servirían como cena para celebrar la correspondiente fiesta. Estaban seguros de que nadie lo lograría porque la prueba consiste en intentarlo, e independientemente del éxito conseguido, todos ellos serán felicitados por haber demostrado la fe que tienen en sus bromistas progenitores.

Así que media docena de padres están soltando ya a los cervatillos; otros tantos chiquillos esperan la señal para salir tras ellos. Pronto los ágiles animales ya liberados corren hacia la espesura. Reciben un tiempo de ventaja; Lauro cuenta hasta cincuenta y hacen sonar las cuernas de caza.

Antes de que acabe la sonata, los tres chicos y tres chicas ya están corriendo. Tanto es su ímpetu, que a los tres pasos cae el primero rodando por la hierba y se escuchan las primeras carcajadas. Este se ha caído delante de otra que tropieza con él.

Ahora los dos parecen uno solo de mayor envergadura, rodando en forma de pelota compacta ladera abajo, y las risotadas se acrecientan.

Pero no hay descanso para las risas. No se han levantado los primeros cuando otro intenta seguir el rastro de uno de los cervatillos que se ha metido por una oquedad de la maleza. Se estampa contra una mata de madroños y cae de culo sobre la hierba. Ha vencido el acumulado entusiasmo y el nerviosismo durante los días pasados.

Los otros tres avanzan un poco más, pero a base de traspies y antes de que lleguen a la línea de la espesura, Manux y otra de las chicas muy fornida en hechuras no son capaces de saber el camino que han tomado sus piezas. Bajan los brazos y no tienen más remedio que claudicar en su intento. Cabizbajos, se dirigen hacia los que se carcajean, esperando la desaprobación de todos ellos. Pero cuál es su sorpresa...

Tienen que levantar la mirada porque lo que se escucha ya no son insolentes risotadas, solo se escuchan vítores y alabanzas.

En poco tiempo, se ven todos ellos sobre los hombros de los más altos para que todos les feliciten, y el jefe de la aldea se dispone a darles la debida explicación... cuando cae en la cuenta de que solo son cinco los muchachos que están aupados y tampoco ven a Dan.

Luxím no se ha parado, se lo ha tomado demasiado en serio. No apartó la vista y, siguiendo la trayectoria de su correspondiente presa, se ha adentrado en la espesura. Dan,

cuando ha visto que no volvía enseguida, lo ha seguido. Canu pregunta, esperando que alguien sepa su paradero.

— **Canu:** *¿Dónde están Dan y Luxím?...*

Nadie contesta, nadie lo sabe; solo Ixaéla señala hacia donde se han dirigido, y cuando todos miran hacia allí, aparece Dan, pero viene solo. No parece excesivamente preocupado y dirige unas tranquilizadoras palabras a los demás.

— **Dan:** *Jamás pensé que se lo tomaría tan en serio; no os preocupéis, hemos venido a esta zona muchas veces a cazar, todos le conocemos y sabemos lo impetuoso que es. Cuando se canse de correr y sienta hambre, regresará.*

Las palabras de Dan tranquilizan a todos, menos a su madre, que ha estado en todo momento sujetando a Darking para que no siga al chiquillo y pueda atacar al cervatillo. Está preocupada precisamente por eso, porque le conoce mejor que nadie.

Y ella no está tan segura de que vuelva cuando esté fatigado. Dan, finge estar tranquilo, pero no deja de mirar con el rabillo del ojo hacia esa parte del bosque.

— **Ixaéla:** *Comamos y bebamos; no creo que tarde.*

Se apresuran a sacar las viandas y comienza el picnic; algunos piensan que cuando le llegue el olor de la comida y escuche los cánticos, el Hijo de Dan y de Ixaéla regresará. Pero el tiempo pasa y nada, llega el momento en que la gente de la aldea tiene que regresar y no hay noticias de Luxím.

Cuando están poniendo los apeos en las monturas, faltan tres caballos. Dos son Azcarra y Naíko; el otro es Dax, el favorito de Lauro. Dan no duda de quiénes se los han llevado y llama a su hijo mayor.

— **Dan:** *Náni, ¿dónde estás?...*

Nadie responde; Lauro echa de menos a alguien de los suyos y también grita sus nombres...

— **Lauro:** *Timxa... Manux... venid ahora mismo desde donde quiera que estéis...*

Pero nadie responde, y los otros niños se hacen los distraídos cuando ven que Dan se dirige directamente hacia ellos y pregunta, agarrando a un par de ellos por los hombros.

— **Dan:** *¿Dónde están? No disimuléis, ¿qué os han dado para que no os chivéis?*

No hace falta que contesten; sus manos tras la espalda los delatan. Esconden cada uno de ellos una manzana cubierta de miel, la especialidad de Timxa.

Con esto han comprado su silencio, pero asustados al ver la cara de preocupación de todos, que no dejan de mirarlos con el ceño fruncido, no aguantan tan terrible tortura y se rinden. Todos al unísono señalan hacia la espesura.

Dan, Ixaéla, Lauro y Layza montan a caballo; el lobo Darking va tras ellos y se dirigen raudos hacia donde han señalado. Los amigos de Luxím y su hermano... han acudido a su

rescate, y los padres al rescate de estos. Ya montado sobre un caballo, Dan se dirige a Canu y a Marto.

— **Dan:** *Vosotros regresad a la aldea y, cuando le encontremos, os cogeremos por el camino.*

Se pasan toda la noche cabalgando sin dejar de gritar el nombre de sus hijos perdidos. Jinetes y monturas atraviesan un estrecho sendero cuya maleza no permite ver más de unos pasos por delante de su nariz; desesperados, creen que no van a ser capaces de dar con ellos.

Pero Darking les devuelve el ánimo, mostrándose inquieto, pero a la vez moviendo la cola. Gesto inequívoco de que se aproxima alguien conocido para él. Quienes se acercan, los han oído llegar y se apresuran a su encuentro. De un salto por encima de las matas, se planta ante ellos el poderoso Naíko; enseguida a su lado aterriza como caída del cielo la formidable Azcarra, y por detrás, les sigue Zax.

Saludan a su modo, agitando la cabeza arriba y abajo, y terminadas las cortesías, animan a sus amigos para que vayan tras de ellos. Los padres se apean de sus correspondientes monturas y siguen a pie a los caballos que, colocados en línea, van trazando un nuevo y amplio sendero por el cual caminan desahogadamente los que vienen por detrás.

Hasta que Azcarra se para y dirige su cabeceo hacia lo alto de un pequeño montículo repleto de maleza. En el único hueco por el que se puede penetrar, ven a los chicos rescatadores y, antes de que hablen, Náni hace un gesto con el dedo apoyado en sus labios solicitándoles silencio.

Termina invitándoles a subir donde ellos se encuentran. Cuando llegan, dirigen la mirada hacia donde Náni señala; se trata de una especie de guarida que se ha formado entre los troncos entrelazados de varios robles.

Allí está Luxím, tendido sobre una cama de helechos durmiendo plácidamente; ni siquiera se inmuta cuando se acercan junto a él, y Dan tiene que sujetar a Darking para que no se lance hacia su pequeño amigo.

El Muchacho tiene entre sus brazos al pequeño cervatillo y sus ropajes están manchados de sangre. Todos los rescatadores se miran entre sí, y piensan que han ido demasiado lejos. Por su culpa, han encaminado al pequeño a cometer una atrocidad.

Sin duda, Luxím ha cumplido con su misión y ha acabado con la vida de su presa. Nada más lejos de la realidad, el chico agotado por la carrera del día anterior ni se ha percatado de su presencia, pero quien sí lo ha hecho es el cervatillo que se agita asustado entre los brazos de Luxím, y tanta agitación le despierta. Cuando abre los ojos, allí están todos, que atónitos, solo le miran sin pronunciar palabra.

El silencio lo rompe él mismo, que, viéndoles la cara de asombro, pregunta.

— **Luxím:** *¿Qué pasa?, lo he cazado y, ya iba a regresar...*

Ixaéla le abraza; los demás se unen a ella, y Dan atiende al animalillo herido. Solo tiene una pequeña brecha en el muslo, y está ya limpia y vendada. Nadie le regaña porque no sería justo. Él ha hecho lo que nadie esperaba, pero precisamente ha cumplido con lo que nadie contaba, así que no tienen motivo para

hacerlo. Están contentos de que estén a salvo y más todavía al ver al animalillo que, aparte de la pequeña herida, se encuentra en buen estado. Cuando por fin es liberado de tanto abrazo, su padre le pregunta.

— **Dan:** *¿Qué ha pasado, hijo, por qué no has regresado antes de que se hiciera de noche? Nos tenías preocupados.*

Luxím no ha sido consciente de la pesadumbre que había causado entre todos sus amigos; piensa que ha defraudado a todos ellos por no haber dado muerte al pequeño cervatillo e intenta explicarse.

— **Luxím:** *Al principio seguí su rastro; al poco tiempo se cansó y casi le alcanzo. Cuando estaba muy cerca, sacó sus últimas fuerzas y volvió a alejarse de mí. Así estuvimos toda la tarde; al oscurecer estaba muy cansado y cuando fui a agarrarle, se cayó por un cortado y se clavó una rama en el muslo. Cuando llegué a su altura, no podía moverse porque había quedado atrapado por las ramas.*

Estaba decidido a matarle, pero no sabía cómo hacerlo. No dejaba de bramar y chillar y, de pronto, cuando le miré a los ojos, fue como si me hablara desde su interior y sentí que tenía miedo y mucho dolor. Entonces decidí no hacerle ningún daño. Ni siquiera ahora sé si me hubiese atrevido a ello.

Así que le lavé la herida con hojas húmedas y le vendé con un girón de mi camisola. El frío le hacía temblar tanto como a mí, y los dos nos acurrucamos entre los helechos y hemos dormido hasta ahora. En toda la noche, ni siquiera ha hecho intento

alguno de escapar, incluso antes de quedarse dormido en mis brazos, lamía mis manos por agradecimiento.

El ciervo ha sentido verdadero terror al verse perseguido y acosado por su incansable acechador, pero cuando estuvo cercano a él y pudo observar el profundo brillo de sus ojos, dejó de tener un miedo que se convirtió en sosiego, y le hizo sentirse seguro entre sus brazos. El crío intenta disculparse con los demás por haber fallado en la prueba.

— **Luxím:** *Papá, mamá, sé que he fracasado, no he pasado la prueba y he defraudado a todos, pero no puedo hacerlo, porque, aunque no os lo creáis, “me ha hablado... a través de sus ojos he podido escucharle como os oigo a vosotros”. He sido incapaz de matarlo y me gustaría poder quedarme con él. Al menos hasta que se cure, no me importa que los demás se rían de mí, ¡flecha es mi amigo desde ahora!*

Luxím le había ya puesto nombre, y le llamó así, porque durante la persecución deseó en algún momento disponer de arco y flechas para detenerle, porque en carrera era imposible alcanzarle. Incluso pensó que seguramente corría más que una de esas flechas. Ahora ve cómo su hermano mayor se acerca y le revuelve el pelo, como es su costumbre, y le dice.

— **Náni:** *¡Tontaina, que era una broma! Jamás nadie hubiera pensado que serías tan cabezón y que pondrías tanto empeño en seguir al ciervo, pero a mí no me ha extrañado nada. Eres el único en toda la vida de la aldea que lo ha conseguido. Verás cuando se enteren todos.*

Su inseparable amigo Manux también le revuelve el pelo como suele hacerle su hermano, y Timxa simplemente le besa y abraza, felicitándole por tener tan buen corazón. Manux choca sus antebrazos con él y le dedica una de sus afables sonrisas que hacen sonrojar sus mejillas, con lo cual se hacen más evidentes y resaltan las abundantes pecas que cubren su cara.

Después de los saludos, el muchacho mira a sus padres esperando una explicación, y estos se la transmiten lo mejor que pueden, porque todavía se encuentran sorprendidos por el acto de su hijo.

— **Ixaéla:** *Verás, querido cabezota, la prueba consiste en demostrar la confianza que depositan los hijos en sus padres, y aunque lo utilicemos también para pasar un buen rato a vuestra costa, es mayor el orgullo que sentimos que la mofa que demostramos.*

Y no te preocupes, nadie juzgará tu acto y, si lo hacen, será para bien. Porque... Nos has demostrado a todos que la valentía y la bravura no están reñidas con la bondad y la comprensión. ¡Y cómete esta hogaza de pan, que debes de tener mucha hambre!

Y de veras que el chico toma el pan y lo engulle con presteza, mientras los demás le miran sonrientes y sosegados por fin. No tardan mucho en reunirse con sus caballos y Azcarra no deja de empujar al niño desaparecido; parece que le regaña y a la vez se alegraba de verle.

En realidad, es más lo segundo que lo primero. Nayko no es menos y también le regala un par de relinchadas de las suyas. Su amigo Manux conduce a la yegua y, tras él, Luxím, llevando en brazos al cervatillo, encabeza la partida de vuelta.

Jinetes y cabalgaduras deshacen el camino en fila de a uno para regresar al manantial, pero antes, atraviesan el llano donde celebraron la pantomima de ceremonia para probar a los chicos de la aldea.

Al llegar... ni un solo aldeano se ha movido de allí. Como han podido, se han acurrucado unos contra otros para pasar la noche y parece que están haciendo preparativos para unirse a la búsqueda del muchacho. El primero que se percata es el pequeño Lolím, que ha llegado al amanecer con las abuelas al ver que no regresaban los demás.

Ha reconocido a su hermano y grita su nombre a la vez que señala en su dirección.

— **Lolím:** *Luxím, estoy aquí, ¡ven, corre!*

Luxím le obedece sin rechistar, se acerca, le zarandea el pelo al estilo Náni y le enseña a su nuevo amigo. El pequeño ciervo se encuentra a gusto entre los humanos; ellos le han criado desde que se quedó solo, y para él son su familia, y lo serán ya para siempre, porque nunca abandonará la comodidad del manantial.

Varios corros se forman en la pradera, unos cuantos hombres alrededor de Lauro y Dan. La mayoría de las mujeres escuchan a Ixaéla y a su inseparable amiga, y los niños escuchan ensimismados el relato que está soltando Náni. Incluso Manux, que conoce la historia de primera mano, presta atención. Pero quien de verdad se queda embobada escuchándole es su hermana mayor, Timxa.

Así que después de un buen rato deliberando y sacando conclusiones, felicitan al muchacho por sus logros. Sin demorarse demasiado, parten rápidamente hacia la aldea porque no queda ni un gramo de comida. Por la noche se comieron todas las sobras y no han dejado ni un solo arbusto con frutos maduros, y algunos verdes también han desaparecido.

Incluso han devorado los panes calentitos que han traído Lala y su vecina la panadera de la aldea. Pero han tocado nada más que a un cuscurro por cabeza, así que el hambre apremia y espolean caballos y carretas, precipitándose vereda abajo.

Nunca había ocurrido nada semejante antes de hoy, pero este hecho, además de haber conocido la valentía y el buen corazón de uno de sus muchachos, hace que recapaciten sobre el modo de celebrar la dichosa prueba, porque podía suceder en cualquier momento exactamente lo que ha pasado este día. Y una cosa es pasar un buen rato y otra muy distinta, pasar sufrimientos innecesarios, o si no que le pregunten a la madre de Luxím, que junto a Manux y los otros chicos de diez años, han superado la ficticia prueba.

Esta no ha sido más que la preparación para la verdadera que espera dentro de algunos años, cuando tengan que enfrentarse a los terribles Cebukos, y estos no son precisamente juguetones cervatillos.

Capítulo 26

LOBOS GRISES

Lobos del norte. Pasa la primavera y el verano está llegando a su fin. Han llegado buenas noticias desde el paso de las agujas, único desfiladero que da acceso al resto del territorio de los tres colores, y todo transcurre con tranquilidad. Los entrenamientos de defensa que practican un día sí y uno no, ahora se suspenden por una temporada.

Hay que recolectar frutos para la reserva del granero y cazar para llenar la despensa con carne ahumada para paliar el hambre del invierno. También hay que colgar en el perchero pieles para combatir el frío. Toda la familia del manantial emprende camino a un lugar en el que abunda la caza. Tres o cuatro piezas grandes serán suficientes para ellos y para los padres de Ixaéla. En esta ocasión, la familia de Lauro se unirá más adelante.

Cada familia debe acudir a lugares distintos para preservar la fauna del lugar y no esquilmar zonas en concreto. Y ellos, para no agotar las más cercanas, viajan hacia lugares remotos y así pueden hacerlo juntos. Se dirigen a terrenos donde nunca llegan los aldeanos. Van dispuestos a pernoctar varias noches porque, aunque son diestros y hábiles, no resulta fácil dar caza a los lobos que transitan por las veredas en manadas.

También serán bienvenidos jabalíes adultos y grandes gamos, que son su objetivo principal. Además, hay que tratar la carne y curtir las pieles en la zona de caza para que no se pudran por el camino. Así que van bien pertrechados con el carro lleno.

Ropajes y mantas de abrigo, cabañas de campaña y pertrechos varios. Pero el alimento, tienen que cazarlo o recogerlo de las matas o árboles del bosque. Arcos con flechas; lanzas y todas las hachas de que disponen también asoman de entre las pieles. Los padres y el pequeño tienen que ir en el carro; Náni y Luxím ni piensan dejarles montar sobre Naíko y Azcarra, y estos encantados por ser guiados por los jóvenes aprendices de cazador. Y montados sobre ellos, evocan las futuras y fantasiosas aventuras que van a correr estos días.

— **Luxím:** *Yo, ¡voy a cazar el gamo más grande de la montaña!*

A la vez que habla, hace gestos de disparar flechas con su flamante recién estrenado arco, y el mayor le supera en fantasía.

— **Náni:** *Pues yo, ¡voy a cazar el mayor oso que jamás se haya visto!, más grande que Xarra, el oso que mató papá. Y pondré su piel junto a la chimenea para que se tumbe el dormilón de Darking sobre ella.*

El más pequeño no va a ser menos, así que supera a los dos en trofeos.

— **Lolím:** *Yo, con la lanza de mamá, ¡voy a cazar un gamo mayor que el de Luxím y un oso más grande que el tuyo, Náni!*

Gesticula su grandeza, que se le da mejor que hablar todavía, pero el padre no puede quedar por menos y dice...

— **Dan:** *Yo, ¡voy a capturar un Bufante vivo!, el jefe de la manada, ni más ni menos, y mamá, ¿qué creéis que cazará ella?*

Aunque los críos se quedan deslumbrados por las palabras del padre, ella contesta sorprendiendo a todos en mayor medida.

— **Ixaéla:** *Yo, voy a capturar a la Luna con un lazo de largo cordel, la bajaré a la tierra, la sacaré brillo y, después la liberaré para que ilumine las oscuras noches que pasaremos en el bosque. Y así con tanta luz, Luxím podrá cazar su gamo, Náni al oso, Lolim a ambos, y vuestro padre podrá capturar a su Bufante.*

Hasta su esposo, que está acostumbrado a escuchar sus increíbles deducciones, se queda sorprendido por las inesperadas palabras de la mujer. En el siguiente cruce del camino se unen sus amigos Lauro y Layza, acompañados por sus hijos.

Los recién incorporados se unen a la marcha y también alardean de sus futuras capturas.

Y así, entre bromas y chascarrillos, continúan la larga caminata. Pero no andan mucho hacia ese rumbo porque al poco tiempo, se escuchan las trompas de alerta en la aldea. Se oyen muy alejadas y no pueden descifrar con claridad el mensaje que lanzan, así que Lauro dice:

— **Lauro:** *Yo he oído tres toques... así que hay alimañas cerca del poblado...*

Dan disiente, porque le parecían más los que se habían escuchado, y dice.

— **Dan:** *A mí me pareció oír cuatro, que es aviso para un macho de oso grande.*

Allí todos conocen las claves de los mensajes a distancia para dar la alarma, pero los pequeños no lo tienen tan claro, así que Lolím pregunta.

— **Lolím:** *¿Y uno, y dos toques, para qué son?*

Su hermano mayor le responde con seguridad.

— **Náni:** *Qué torpe eres, enano, mira que no saberlo... Uno es para acudir a asambleas urgentes y hay que bajar al granero para que discutan los mayores, y dos, es cuando se produce fuego en el bosque o en la aldea y hay que ir provisto de ramas y cubas de agua para apagarlo.*

El hermano mayor ha quedado como un sabio muchacho y se pavonea por ello, sobre todo ante los ojos de Timxa, y aunque todavía son jóvenes, desde hace algún tiempo ya se miran bajo otra perspectiva distinta a la de simple amistad.

Pero pronto se desvela el misterio, al sonar de nuevo las cuernas. Y es la propia Ixaéla quien, asustada visiblemente, descifra la incógnita.

— **Ixaéla:** *Ni tres, ni cuatro, seguro que están tocando la cuerna los gemelos once. Se turnan en soplar; lo hacen muy deprisa y se da a confusión. Yo ya les tengo cogida su forma de hacer sonar la cuerna, y estoy segura de que han sido cinco toques... Lo que*

significa que cerca de la aldea se encuentra una ¡gran manada de alguna alimaña!... O algo desconocido de mayor peligro todavía.

Dan también reconoce en el par de hermanos la forma de tocar, está de acuerdo con su esposa, y, además, recordando los rastros y huellas que ha ido encontrando por las cercanías durante los últimos días, añade.

— **Dan:** *Serán lobos; esta estación he visto muchas huellas. Por eso venía bien esta cacería, para intentar que no proliferen. Pero, por lo que se ve, ha sido demasiado tardía. ¡Regresemos de inmediato a la aldea!*

Así es como suelen mantener la población de lobos a raya, cazándolos cuando son demasiados. Y por eso quien lleva una piel de cánido salvaje, además de ir bien abrigado, colabora con la naturaleza. Los cazadores se benefician directamente para vestirse y, cuando tienen de sobra, intercambian sus pieles por otros alimentos o utensilios.

De modo que, aunque no seas cazador, también se te aprecia por ello, porque ayudas en cierto modo. Enseguida toda la partida se dirige a la aldea, pero no han avanzado mucho cuando se topan de golpe con un gran algarabío de aullidos de dolor y alaridos de rabia.

Una manada local de lobos bien conocida por la familia está siendo atacada por otro grupo de mayor número de componentes. Los lobos de esta zona tienen el pelaje gris oscuro o incluso negro, y estos nuevos lucen la piel de tonos grises más bien claros, o incluso alguno es blanco del todo. La lucha es

desigual y los lobos locales están perdiendo la batalla. Apenas quedan tres o cuatro en pie, pero los fallecidos han cobrado caras sus vidas.

Cada uno de los lobos del valle, al menos, ha terminado con un par de los otros. Incluso así, de los agresores de las montañas oscuras todavía quedan más de una docena. Sin pensárselo y ni siquiera desmontar, todos los jinetes disparan sus flechas hacia los lobos invasores, y ninguno ha errado el tiro; solo recargan y disparan de nuevo para rematarlos.

De los lobos locales solo quedan en pie dos hembras adultas y un macho viejo. Una joven loba de las grises, herida, yace tumbada sobre la hierba. Intenta ponerse en pie para huir, pero no puede. Los otros negros se alejan y se pierden en el bosque. Ixaéla desmonta para atender a la loba caída, a quien ya está lamiendo las heridas el viejo Darking.

— **Ixaéla:** *Y estos grises que hemos abatido, ¿de dónde han salido?*

— **Dan:** *Veis, el tono de pelaje es gris claro y algunos incluso llegan al blanco total; esto es debido a que pasan gran parte de su vida entre la nieve.*

¡Seguro que vienen de las montañas oscuras! Entre los machos muertos no parece que haya ninguno que destaque en corpulencia; por lo tanto, el líder de la manada no está entre estos. Se habrán separado en grupos para abarcar más terreno, así que puede que encontremos más por el camino.

Cargan a la loba herida y se dirigen a la aldea. Dan, acompañado por Nani, encabeza la marcha; ojos al visor para no ser sorprendidos. Lauro con Manux y Luxím cierran filas en retaguardia sin dejar de mirar hacia detrás por si los sigue alguna bestia.

El resto van subidos en los carros e incluso los más pequeños apuntan sus arcos hacia los laterales, por si se les ocurre asaltarlos por el borde del camino. Y así, en plena tensión, van deshaciendo camino. Al llegar a la plaza son recibidos por Canu y Lala en la entrada de la casa grande e informan de lo que está ocurriendo.

— **Canu:** *Hola, muchachos, me alegro de veros sanos y salvos. Esta mañana temprano, cuando nos disponíamos a salir de caza, varios grupos de jabalíes fueron vistos en los sembrados y huertas, devorando todo lo que hallaban a su paso. Hemos organizado batidas y nos costó expulsarlos.*

Los espantábamos hacia el bosque, y al poco tiempo regresaban muertos de miedo. Parecían temernos menos a nosotros que a lo que se ocultaba en la espesura. No podíamos imaginar de qué se trataba, hasta que Otxo reconoció la huella de lobos acechándoles en el bosque, y hay muchas.

Dan habla con Otxo, le muestra una de las colas que ha arrancado de uno de los lobos caídos; es blanca como la misma nieve, y los dos viejos cazadores confirman sus sospechas. Efectivamente, los lobos proceden del Norte, y han llegado por las empinadas laderas de la montaña siguiendo a los espantados jabalíes.

Mientras se saludan, Jarzalíx se echa a los hombros al pequeño Lolím y, mientras entran en el patio de la casa grande, dice.

— **Jarzalíx:** *Así es, Dan, creo que es una manada de grandes dimensiones, y se acercan a la aldea en grupos. Ya han devorado algunos caballos y cabras en las granjas de las afueras, y los que viven en ellas han venido a toda prisa para refugiarse en la casa grande.*

Uno de ellos ha visto al que creemos que es el jefe de la manada, y cuenta que es el lobo más enorme que jamás haya existido. Nosotros nunca hemos conocido un grupo tan elevado de ellos y creo que tampoco nadie más lo haya hecho.

Canu, que está atento a lo que se dice, disiente sobre lo que acaba de escuchar a su convecino. Y para defender su negatoria, comienza a contar una antigua anécdota de su infancia.

— **Canu:** *Siento llevarte la contraria, amigo Jarzalíx, pero no es la primera vez que tenemos una visita de las manadas del norte. Cuando todavía era yo un chiquillo, sufrimos una invasión similar, y eran decenas de ellos.*

Por aquel entonces había una veintena de cabañas de madera, y la antigua casa grande estaba protegida por una débil empalizada levantada a base de troncos de árbol, unidos unos con otros por ligaduras de espadaña.

Seríamos unos ochenta vecinos como mucho. Una mañana temprano descubrieron que durante la noche habían matado a todos los animales de las granjas cercanas a la aldea. Los que allí vivían vinieron al centro del poblado y se refugiaron en este

mismo lugar. A su paso fueron avisando al resto y en poco tiempo todos los vecinos nos pusimos a salvo tras el cerramiento de madera. Había que terminar con la amenaza, así que todos los adultos disponibles acudieron a la batida del lobo.

En el recinto de la casa quedamos a buen recaudo todos los niños y también los abuelos de mayor edad. Cuando los de la partida se alejaron, los lobos que se habían escondido al otro lado del río nos atacaron por todos los costados.

Mordían las ligaduras y agitaban con gran fiereza los troncos de la empalizada hasta que algunos caían, y por los huecos se colaban con facilidad hasta que el patio estuvo lleno de ellos. Los que nos dimos cuenta, ¡pudimos ponernos a salvo subiendo a la entreplanta del tejado... ¡Creía que todos estábamos a salvo!

El viejo Buruzaga tiene que tragar saliva para no sollozar, pero su pesar se hace evidente al descolgársele varias lágrimas por las comisuras de sus ojos. Unas palmaditas que su amigo Marto le aplica en la espalda y un abrazo por parte de Lala le reconfortan y puede continuar.

— **Canu:** *Hasta que eché de menos a alguien. Dos ancianos casi inválidos, y Setú, mi más querido amigo que se quedó para ayudarlos, fueron atrapados y devorados delante de nosotros, ¡y nada pudimos hacer por ellos!*

Al viejo líder de la aldea, aunque hace ya muchísimos años del suceso, todavía se le humedecen los ojos recordando a su amigo y a los ancianos. Los demás, enternecidos por su semblante, también lucen un ligero brillo en su mirada, sin duda contagiados por la triste historia. Traga saliva el sabio anciano y, como buenamente puede, continúa relatando el suceso.

— **Canu:** *Yo era muy pequeño, al igual que el resto de los niños, y los ancianos bastante hicieron con ayudarnos a subir al tejado y retirar la escalera. Al atardecer, cuando regresaron los mayores sin éxito en la cacería, las bestias se habían ido porque, además de a nuestros amigos, mataron a todos los animales que guardábamos en los corrales de la empalizada. Devoraron hasta hartarse y al resto, simplemente acabaron con sus vidas y dejaron allí sus cadáveres.*

Tampoco estaban todos entre los que volvieron; al menos cayeron veinte entre mujeres y hombres. Había lobos por todas partes y el pequeño respiro que se nos ofrecía vino bien para reforzar las puertas y ventanas... También para recoger algunas viandas del granero, pero solo frutos y hortalizas, porque la carne curada estaba destrozada más que comida, y no se pudo aprovechar.

De todos modos, nos dispusimos a sufrir el asedio al que nos habían sometido. Después de aguantar más de quince jornadas encerrados y cuando apenas quedaba nada que echarse a la boca, inexplicablemente se marcharon a toda prisa...

Varios relámpagos de color negro se vieron y sintieron en el interior del bosque donde se reunía la manada de lobos, pero el cielo estaba totalmente despejado y el sol lucía con fuerza. Yo pasaba el día vigilando desde la balconada de la casa sin dejar de apuntar con una enorme lanza hacia el suelo, esperando que pasase por debajo alguna de las terribles bestias. Estaba lleno de rabia por la muerte de mi amigo y solo pensaba en acabar con todos ellos... Y aunque nadie me creyó, estoy seguro de haber visto en la linde de la maleza a una niña cubierta de pies a cabeza por una capa blanca montada sobre un enorme caballo.

El fuerte resplandor que se desprendía de sus cuerpos asustó a los lobos, que huyeron aterrorizados hasta perderse por las cimas de las montañas.

Se produjo un fuerte fogonazo, como cuando se estrella un rayo en el suelo; después una humareda ocultó todo el tramo del bosque y cuando se disipó... Amazona y montura habían desaparecido igual que llegaron. Y desde entonces nunca más se supo de ellos. Ni de la niña, ni de los lobos... Hasta hoy que han regresado estos que tienen el mismo pelaje que aquellos.

A Canu, mientras habla con la mirada puesta en el suelo, se le refleja en el rostro la preocupación por lo que se viene encima.

Pero ahora son más y están preparados. ¡Además, entre ellos están los más expertos loberos de toda la comarca! Jarzalíx el matalobos, Otxo su veterano compañero y también está Dan, el mataosos, y así mismo cuentan con la manada bien entrenada de Bufantes rojos, así que solo queda urdir un, sin perder a ningún ciudadano de la aldea.

Y es Jarzalíx el experimentado estratega, quien toma el mando.

— **Jarzalíx:** *Lo primero es que nadie debe ir solo a ninguna parte. Grupos de al menos diez personas bien armadas para recoger todo lo que necesitemos de las cabañas.*

Y de vuelta a la casa grande para protegernos tras sus muros y todos los animales a las cuadras.

Y así lo hacen los Bufantes, que son casi todos los aldeanos; se arman y visten con su indumentaria de caza para

recoger de las cabañas más cercanas todo lo que puedan necesitar. Cuando están a salvo en el interior de la fortaleza, se reúnen para urdir un plan entre todos.

Pero nadie habla y hacen todos lo mismo, mirar hacia donde están los viejos cazadores con Dan, y los tres antiguos compañeros de cacería no tienen más remedio que poner toda su astucia en concebir un modo de acabar con la manada de lobos. Lo primero es estudiarlos más de cerca, pero no hace falta salir de los muros para avistarlos, porque desde hace un buen rato y desde las atalayas pueden verlos acercarse.

Cada vez más cercanos y en mayor número, atraídos por el olor de los animales que hay dentro. Y allí está el gran lobo alfa, frente a ellos en la calle principal. También, sin duda, urdiendo su propio plan de asalto. En total se cuentan algunos más de doscientos.

Entonces a Dan se le viene a la mente como un día, cuando era todavía muy niño, Mextagón y Pólari ayudaron a ciertos animales a regresar en primavera a su habitual territorio de pastos verdes, y tal como lo recuerda, se lo cuenta al resto.

— **Dan:** *Se las ingeniaron para atrapar una manada entera de caballos salvajes que se había desorientado durante el invierno, y no sabían el camino de regreso a las montañas del norte. Embaucando al jefe de la manada con frutas maduras, le encaminaron hacia una empalizada que se había construido para este fin y que solo tenía una entrada.*

No opuso demasiada resistencia, porque conocía a los humanos que alguna que otra vez sacaron heno de sus cuadras para darles de comer, cuando ellos no la encontraban bajo la espesa capa de

nieve. Una vez dentro y a sabiendas de que mientras hubiera comida no se saldría de allí, esperaban que los otros entraran también.

Así lo hicieron; al verle tan tranquilo, se metieron en el corral a comer más frutos que se habían dejado para este propósito. Cuando terminaron toda la comida y estuvieron confiados, Mextagón ató con una cuerda al líder a la vez que iba echando más frutos por el camino, y los siguió toda la manada hasta los pastos de primavera... ¡Algo parecido podríamos hacer nosotros con los lobos! Pero esta vez, no será para que regresen a su lugar de procedencia, sino para que acaben aquí sus días de terror.

Aquel vallado era simple y promiscuo, pero suficiente para caballos. Tratándose de lobos, la trampa tendrá que ser más resistente y persuasiva, así que propone construir una similar para acabar con la manada que los amenaza. Los aldeanos no tardan en ponerse a trabajar en la idea de Dan.

Todos menos los que custodian la empalizada, comandados por Lauro, que ha dispuesto a sus muchachos estratégicamente armados con flechas y lanzas. Y de vez en cuando, abaten a algún lobo valiente o desesperado de hambre que intenta trepar por el muro. Hombres, mujeres, niños y abuelos comienzan a desmontar los palos de madera con los que están construidas las cuadras del interior, y con ellos forman una pared bien alta desde la puerta principal del patio hasta la entrada de la casa.

Han hecho hogueras por todo el perímetro; incluso lanzan teas ardientes fuera para ahuyentar a la manada, o al menos para que se mantengan alejados momentáneamente. Y durante el resto del día y toda la noche, remataron la pared bien apuntalada para

que no se derrumbe y suficientemente alta para que ningún maldito animal la supere.

Después, al final del corredor, colocan como cebo algunas cabras, a la vez que todos los arqueros que pueden se encaraman en lo alto de la empalizada y con sus pieles de camuflaje se agachan para no ser vistos.

A la salida del sol, cuando los lobos están más hambrientos que nunca y amenazan todos a una con lanzar el ataque final, comienza el plan establecido.

Dejan que las hogueras se extingan, azuzan a los animales que hacen de cebo para que hagan ruido y llamen su atención. Y cuando ven que están muy cerca, abren los portones principales de par en par. Al fondo se ven a dos docenas de cabras atadas a los postes.

Los lobos no pueden resistirse a la tentación y se lanzan a devorarlas, pero el líder es más cauto y se queda retrasado junto a sus más fieles sicarios. No se fía de los hombres porque conoce bien su forma de actuar y prefiere esperar acontecimientos animando a sus compañeros a que entren primero.

Los humanos, por su parte, esperan a que pasen de la entrada. Y cuando están dentro, cierran las puertas tirando de cuerdas desde lo alto del vallado.

Los lobos se detienen al oír el crujir de las pesadas puertas y se atemorizan al mirar hacia arriba, porque docenas de arcos y lanzas los amenazan apuntando a sus cogotes. Nada más pueden ver, porque en un instante una lluvia de flechas los cae encima, y

lo único que sienten son los terribles saetazos que atraviesan sus cuerpos.

Ni siquiera ha dado tiempo a que se acerquen a las cabras, porque los arqueros cargan otra vez y rematan a los que todavía se mueven. El gran lobo gris que sigue fuera huye con sus compinches.

Desde el establo adyacente están preparados una docena de jinetes. Se abren las puertas y salen tras ellos; no pueden dejarlos escapar porque cuando un lobo se ha alimentado en una aldea y se recompone la manada, siempre vuelve a por más comida.

Dan y Lauro encabezan el grupo, y siguiéndoles de cerca sus esposas e hijos mayores, también Roko y Cabi y el rubio cazador con alguno de sus hermanos y sobrinos completan el grupo, en total doce humanos, y el lobo doméstico Darking, que se adelanta a todos para encabezar la persecución.

Los acosan siguiendo su rastro, pero con cautela. Dan sabe que mientras tengan un jefe de manada, en cualquier momento contraatacarán. Por ello se dividen en dos grupos a cien pasos uno de otro, pero la emboscada no llega, porque antes, oyen gruñidos estridentes en lo alto de una loma. Es tan escarpado el terreno que la mitad de ellos tienen que desmontar para subir a la cima de donde proviene el alboroto. Los otros seis se quedan cuidando a los caballos y de refuerzo por si acaso. Los de a pie ascienden hasta el altozano y, cuando coronan, pueden observar el motivo de los ruidos.

Cuatro oseznos de corta edad han trepado por el tronco de uno de los árboles, y los lobos muertos de hambre, habiendo visto

en ellos presa fácil, los acechan desde abajo. Nada más subir y sin dar tiempo a que puedan percibirlos, los hombres disparan a la vez una flecha cada uno, y matan a algunos de ellos.

El resto de los lobos, sorprendidos, se retiran unos metros, refugiándose entre cercanos matorrales. Momento que aprovechan los arqueros para posicionarse debajo de los oseznos, y espalda contra espalda forman un círculo defensivo.

Dan, Silva fuertemente para avisar a los de abajo, pero estos tardarán en subir. Así que mientras llegan los refuerzos, se disponen a la defensa. Quince lobos supervivientes los rodean por completo, y Dan, Lauro, Náni, Luxím, Timxa y Manux tensan sus arcos, pero cada uno porta otra flecha más en la mano que sujeta el arco para un rápido segundo disparo (como los ha enseñado Ixaéla).

Todos ellos están suficientemente preparados y no fallarán el tiro, pero solo serán seis flechazos y no saben si los dará tiempo al segundo, así que, y por si acaso, también tienen apoyadas sobre sus pies las hachas o espadas, preparados para el cuerpo a cuerpo.

Darking, situado entre humanos y lobos, no se amilana ante la superioridad de los grises y les enseña sus colmillos amenazantes, y estos no son pequeños precisamente.

Está seguro de que acabará con alguno de ellos y también confía en que le ayudarán sus amigos humanos. Para algunos de los seis arqueros, es su primera experiencia defendiéndose, pero al mirar a sus padres, se animan y aprietan dientes para recargarse de valor.

Los oseznos pasan a ser meros espectadores en primera fila, pero no entienden nada, ¿quién pretende comérselos?... ¿Los lobos?... ¿O estos humanos?... Por si acaso, se afianzan con más fuerza a los troncos de su respectiva rama y esperan acontecimientos. Los lobos babean chorros de saliva al mostrar sus dos filas de dientes y aguzados colmillos.

Tras un rato de la habitual atemorizante conducta, se abalanzan sobre ellos, y antes de llegar, caen cuatro por las flechas. Alguno ha recibido dos de ellas y en el suelo yace uno más, que ha matado Darking de certero mordisco en la garganta. Pero el líder, en vez de continuar el ataque, se repliega y los otros le siguen.

Continúa sano y salvo junto a nueve más. Esto permite a los humanos recargar de nuevo, y eligen bien su diana. Concentrados y pausando la respiración, tensan hasta donde alcanzan sus brazos y sueltan la flecha a la vez que expulsan el aire contenido de sus pulmones.

Las saetas vuelan con un objetivo bien fijado. Los que han disparado, sin cambiar de posición, observan el destino de sus proyectiles y ninguno falla. Solo la flecha que ha lanzado Dan dirigida al macho alfa, hiere su primer objetivo rozándole ligeramente el muslo, pero impacta sobre el que le sigue. Y en este, sí que penetra hasta la pluma, casi atravesando su pecho de lado a lado.

Al mismo tiempo caen muertos en el acto otros tres más, y dos se retuercen en el suelo heridos de gravedad. Uno de ellos se enfrenta todavía con el lobo del manantial, y el resto, que han tropezado con los caídos, se incorporan y se acercan

peligrosamente. Incluso los heridos son los que más amenazantes se muestran.

Los de enfrente están preparados con sus hachas para recibirlos. Dan mira a sus hijos y a sus amigos; le preocupa la situación, pero solo observa en el rostro de todos, adultos y casi niños, valentía y determinación. Y esto le anima también a él, cuando está a punto de ordenar la carga.

Pero no llegan ni a levantar el arma. De pronto, tres o cuatro caen ensartados por las flechas de los que acaban de subir. Pero es peor para los otros cuatro lobos, porque salen volando por los aires...

A Dan le resulta familiar la situación; a su recuerdo le llega aquel día en el que acabó con los jabalíes, ayudado por su valerosa montura. Pero esta vez, aunque hubiera sido capaz de hacerlo, no ha podido ser él, porque le es imposible subir por la empinada ladera.

No tarda en ver quién ha provocado el ataque a los lobos; son dos enormes osas casi mellizas en pelaje, quien de dos sendos zarpazos han retirado de la vida a cuatro lobos que ni siquiera se han enterado. Ya solo quedan el líder y otro más que cae muerto por varios flechazos. Al otro no pueden porque Darking le ha interceptado en plena y cobarde huida y podrían darle a él. Cuando el lobo gris de las montañas negras se ve atrapado por el lobo negro del manantial, mete el rabo entre las piernas, se hace un ovillo y simula su sometimiento.

Darking no se fía, se acerca con sigilo y se ve sorprendido por repetidas dentelladas. Alguna le alcanza levemente y se revuelve con destreza saltando por encima del contrincante, y en

pleno vuelo aprieta sus mandíbulas sobre la parte posterior del cuello, justo por debajo de la nuca.

Los dos ruedan por el suelo, pero cuando se incorpora, la garganta del jefe de la manada se ve atravesada nuevamente por los poderosos colmillos de su adversario, y este será su último sentimiento.

El estrangulamiento y la terrible herida son letales. Lo siguiente que nota Darking es la caricia de Luxím, que ha acudido en su ayuda. Pero todavía quedan las dos grandes osas; Dan no se mueve e indica a los demás que hagan lo propio.

Las ha reconocido por las dos franjas claras que cruzan sus lomos. Son las dos hembras que, junto a otro oseño hermano suyo, quería devorar el oso Xarra años atrás.

Hacia Dan se dirige una de ellas; nadie se mueve y contienen incluso la respiración; hasta el lobo parece sujetar al joven Luxím para que se quede quieto.

Dan espera a acontecimientos mirando al suelo. Una de ellas se acerca tanto a su cara que puede sentir su aliento, pero al levantar la cabeza con sigilo, también puede penetrar en su mirada. Los dos se quedan inmóviles mirándose fijamente a los ojos. La osa queda hipnotizada por el brillo de la mirada de Dan, y le recuerda. Además, se da cuenta de que sus dos pequeños están a salvo gracias a los humanos y le lame la cara.

La segunda osa, hermana de esta y madre de los otros dos oseños, se acerca amenazante también hacia Dan, pero esta vez es su hijo Luxím quien, sin hacer caso al lobo, se cruza en su camino.

Y hace lo mismo que el padre. Mira fijamente a los ojos de la segunda osa, haciéndola recibir el mensaje de la buena voluntad de todos ellos. El brillo de sus ojos negros es igual y de la misma intensidad que la de su padre, y la convence del mismo modo. Y así permanecen un buen rato, como en trance...

Dan frente a una, y su segundo hijo ante la otra. Hermanos, madre y amigos se quedan perplejos; no se sorprenden por lo de Dan, porque ya le han visto actuar de este modo en alguna ocasión similar, sobre todo cuando doma caballos. Pero ahora uno de sus hijos también se comunica con los animales. Mientras tanto, los oseznos se han bajado de los árboles e intentan trepar sobre sus madres.

Después de lamerlas de arriba abajo y recibir ellos también su ración, se separan por un instante.

Uno de ellos se acerca a Luxím y este se agacha para recibir un cariñoso lametazo, y acto seguido los otros tres se unen a la fiesta haciendo que Luxím caiga al suelo y termina revolcándose con ellos. Al resto les emociona tan feliz escena, pero nadie se acerca demasiado; es mejor dejar distancia por respeto a las grandes cosas.

Las dos habían puesto a salvo a sus retoños cuando sintieron llegar a los lobos, y ellas intentaron alejarlos del lugar, pero el resabiado jefe se percató y no cayó en la trampa. En cuanto las dos madres comprobaron que no las seguían, se dieron la vuelta y fueron al rescate de su familia.

Han aparecido de golpe y con violencia, pero ahora se alejan tranquilas acompañadas por los oseznos. Solo antes de

perderse definitivamente entre la espesura, se dan la vuelta para dedicarles una última mirada a los salvadores de su camada.

El resto se queda mirando a Luxím; lo que ha hecho le hace digno heredero de sus padres, y ellos, junto a sus hermanos y amigos, sienten orgullo y admiración por el joven hijo de Dan.

Los carroñeros del valle y de las montañas no pasarán hambre durante una buena temporada... lobo para el almuerzo, y para la cena también. Ya solo queda regresar a contar las buenas nuevas al resto del poblado.

Claro está que las pieles de los lobos no se van a desperdiciar; las arrancan de sus cuerpos y las cargan sobre los caballos que, junto a los que han abatido en la aldea, sumarán un buen número de pellejos.

Cuando la partida de caza salió detrás del líder de la manada, algunos aldeanos revisaron los alrededores y encontraron tres lobas cuidando de una treintena de lobeznos en el interior de una cueva natural. Las cuidadoras fueron abatidas por los arqueros, y las crías han sido repartidas entre quienes quisieron adoptarlos.

Al pasar por la calle principal de camino hacia la casa grande, la cuadrilla de perseguidores observa que los niños andan ya jugando con ellos, a pesar de llevarse de vez en cuando algún mordisco que otro por parte de los aguerridos lobeznos. Pero por experiencia saben que pronto se harán amigos, en cuanto sean alimentados y tratados con cariño.

Al final, los únicos perjudicados han sido los que vinieron a hacer el mal y han pagado por ello. En la aldea, la cuadrilla es

bien recibida, y jarras de leche de cabra y zumo de zarzamoras corren por la plaza, mientras Dan cuenta con una nueva historia que amplía su repertorio.

Al día siguiente, cuando regresan al manantial, Darking tiene una compañera con quien pasar el tiempo en el descampado, la loba herida a quien han llamado Ceniza por el color de su pelaje.

Muchos aldeanos estrenan nuevas vestimentas con sus flamantes pieles de lobo. La del jefe de la manada no se puede aprovechar porque Darking la destrozó.

Las Osas, al igual que su descendencia desde entonces, son admiradas y respetadas por todo el territorio, y los animales también se han hecho amigos de los humanos, o al menos se toleran.

Cuando una de ellas se cruza con alguno, simplemente pasan junto a ellos sin inmutarse siquiera, y continúan su caminar.

Y en la aldea todos sus habitantes se afanan en reconstruir de nuevo las cuadras de madera.

Esta no es, ni será, la única contingencia que tendrán que afrontar; son tiempos en que para sobrevivir hay que andar bien listo, pero, aunque se tomen todas las precauciones debidas, en cualquier momento puede suceder algún imprevisto, y la familia del manantial no está exenta de ellos; en casi todas, aunque no las busquen, el destino o la casualidad los convierten en destacados protagonistas.

Y esos días... Dan tiene mucho que anotar en el pergamino mágico. Su tía le dijo que así se comunicaba Luz con su padre Báttux, pero él nunca había obtenido respuesta; de hecho, desde que nació, nada referente al Zerba hay escrito en el pergamino.

Aunque anteriormente sí puedan leerse los mensajes que enviaba desde el espacio.” Al menos, espera que su hija, desde el manto de la tierra, le esté escuchando.

Quien sí es capaz de oírle es Báttia. Ella presentía de algún modo a Báttux, pero de igual modo que en el pergamino se dejaron de tener noticias de él, ella dejó de sentirle el día que nació quien ahora lo custodia.

Bueno, en realidad le percibe más cercano, y a la vez más ausente... “Acaso” ... ¿El Zerba que creó el mundo, los ha abandonado?

Capítulo 27

LA FAMILIA DE BARREGARI

El carro de Barregarri. Tres años después del nacimiento de Lolim, y sin haberlo buscado a propósito, Ixaéla está otra vez en cinta de un bebé que venía por sorpresa. Pero esta vez su amiga Laiza no lo está como en sus anteriores embarazos, porque su nuevo hijo tiene ya un año y le llaman Xistu, como al padre de Lauro, muerto a manos del oso Xarra.

Lauro y familia suelen acompañar a los del manantial en muchos de los viajes que hacen al otro lado de las montañas, pero hoy no pueden porque tienen el encargo de hacer muchos ladrillos en el horno para una cuadra en una de las granjas cercanas a la aldea, y se necesitará a toda la familia para terminar a tiempo el trabajo.

La barriga de Ixaéla alcanza ya un considerable tamaño, y en esta ocasión también tiene que quedarse en casa por precaución. Como guardián y hombre de la casa se encarga su hijo mayor Náni, el cual nombra ayudante de confianza al pequeño Lolím.

Porque esta es la única forma de convencerle para que se quede en la casa, haciéndole creer que cumple la importante misión de cuidar de su mamá y de la hermanita que esperan. Así que solo queda Luxím para acompañarle; de todas formas, aunque no le tocara ir, se las arreglaría de algún modo.

Se conoce y emplea infinidad de tretas que su mente ha ido inventando desde muy pequeño. La más común, “su carita de

pena”, parecida a la que pone Darking cuando te ve comer tortas de pan... difícil de resistirse para quien ve a cualquiera de los dos. De hecho, ya tenía ensayadas unas cuantas muecas preparadas antes de que fuera elegido... Por si acaso.

No van solos; como siempre, a Dan le acompañan sus inseparables y fieles caballos, Azcarra y Naíko, que con casi una treintena de años aún les queda mucha vida, porque esta raza vive casi tanto como los humanos.

Tiran del carro con coraje a pesar de que la yegua lleva en su vientre otro potrillo, aunque su alumbramiento no es tan inminente como el del bebé de Ixaéla, y en la pradera del manantial pastan dócilmente tres de sus descendientes. Animales tan bravos, fornidos y poderosos como ellos mismos.

Cirro y Cirra son los que nacieron en primer lugar y durante el mismo parto, hace ya más de cuatro años, y son las monturas de Náni y de su madre Ixaéla.

El otro potro está a punto de cumplir los tres; le llaman Muro por su aparente robustez y ya ha hecho buenas migas con Lolím, el pequeño de la familia. Luxím suele montar a Azcarra; desde pequeño su padre le acostumbró a ello y ahora no hay quien los separe.

El chico pasa grandes ratos junto a ella, la habla como si se tratara de un congénere y el corcel le responde siempre con su peculiar relinchar; hasta han creado su propio modo de comunicarse.

Cuando Luxím silva una peculiar melodía, la yegua acude raudo con los apeos de montar cogidos por la boca y le pasea

sobre su grupa con orgullo. Lo único que a veces, la montura toma el camino que más le conviene y el jinete se deja llevar. Ambos pasan muchas tardes trotando por el bosque, esquivando y saltando todo tipo de obstáculos.

Los dos han adquirido tal compenetración que se adaptan el uno a la otra como si se tratara de uno solo. El único que puede ponerse a su altura cuando compiten en improvisadas carreras es Náni, pero cuando monta sobre Naíko, que sigue casi volando entre la maleza. Ambos caballos tiran del carro repleto de figuras de barro.

El viejo lobo Darking se queda en casa como jefe de vigilancia del perímetro del manantial, y a su mando están... Pequeña, Gordito y desde hace algún tiempo...

Ceniza, la loba gris que rescataron en el ataque de la gran manada, y a su alrededor retozan un par de lobeznos hijos de ella y de Darking, a los que llaman Blanco y Negrita. El instinto de madre la hace controlar en todo momento a los lobeznos, pero también cuida de sus amigos humanos y del resto de animales que componen la totalidad de la granja del manantial.

Padre e hijo avanzan por el zigzagueante trazado del recientemente arreglado camino. El tramo de subida hasta el paso de las piedras es empinado, a pesar de las revueltas que suavizan la cuesta. La carga que llevan es pesada, pero los dos corceles tiran de él con alegría y ahora, con más ahínco, lo hace el futuro padre, consciente del estado de su compañera.

En menos de media jornada alcanzan la encrucijada, donde se disponen a pasar la noche bajo el resguardo de las enormes rocas tumbadas. Podrían llegar en un solo día, pero la

bajada es todavía peor que la subida y los caballos tienen que descansar para afrontarla con más fuerzas. Y allí Dan le cuenta a su hijo que tales moles de piedra las había traído accidentalmente Báttux, “el creador del mundo” ... Cuando rescató de una muerte segura a su hija Luz.

En este mismo lugar había contado infinidad de historias durante sus muchos años y desplazamientos; aquí es donde comenzó su afición, debutando con sus queridos amigos Jarzáliz y Otxo. Pero esta noche le toca contarle alguna de ellas a su hijo; esta vez elige una dedicada a los Zervas del espacio.

No es la primera vez que la escucha el niño porque cuando era muy pequeño, en el mismo sitio donde se encuentra ahora sentado, se la contó su padre a su hermano mayor Náni. Aunque estaba medio adormilado, Luxím oyó y entendió todo el relato. Dan lo recuerda perfectamente, pero piensa que siendo tan pequeño ni se habría enterado, y se quedó sorprendido porque el chico lo tiene todo guardado en su mente, y a veces en pleno relato se adelanta a los acontecimientos y él mismo conduce la historia.

Su memoria, incluso siendo tan pequeño es formidable y además lo hace demostrando buenas dotes para contarlas. Pero esto no hace que dejen de hablar y entre los dos son capaces de llegar hasta el final resumiendo anécdotas y pasajes.

Están pasando un buen rato padre e hijo pequeño, han reído recordando las andanzas de Vítux y de los inseparables Hírux y Lárux; han recordado a Luz, a la que el muchacho admira por su valentía; pero sobre todo se queda con la bondad y honestidad de Báttux, a quien compara con su propio padre que está frente a él.

De repente, Dan termina una frase más bien divertida y el chico no se ríe. Cuando le mira, observa que se ha quedado dormido apoyando la cabeza sobre sus piernas, así que, para no despertarle, le arropa con una de las pieles y, antes de recostarse para acompañarle en el sueño, le besa en la frente y se queda mirándole embobado.

Esto no es nada extraño en un padre como Dan; todas las noches, cuando sus hijos están dormidos, acude a sus camastros y uno a uno son arropados y besa su frente deseándoles dulces sueños. Al igual que él, sigilosamente y con la misma discreción, Ixaéla le sigue y se queda mirando la tierna escena. En esos momentos, entre otros muchos, es cuando piensa que no se ha equivocado al elegir al padre para sus hijos.

Ya amanece; la subida no ha sido problema para los dos potentes y viejos caballos, pero ahora lo preocupante es la bajada. Ya han sufrido accidentales caídas algún carretero debido a la velocidad que alcanzan los carruajes cuesta abajo cuando van cargados, pero Dan ha resuelto este problema desde hace algún tiempo.

Todos sus carros disponen de cuatro ruedas de madera reforzadas con llantas de metal, y las delanteras las frena con sendos troncos de olivos que activan apretándolos con sus pies desde el pescante de los asientos. Estos maderos friccionan contra los aros y de este modo, se retiene la velocidad y los caballos bajan desahogados y sin esfuerzo la tremenda pendiente. En esta ocasión, Luxím se encarga de la conducción, y el padre, que tiene más fuerza, es el encargado de presionar las palancas del freno.

En ocasiones, el roce es tan intenso que incluso los maderos se prenden por el calor, y deben derramar

constantemente agua sobre ellos para enfriarlos. Siempre se ha de llevar unos pellejos llenos para este fin, uno en cada extremo del pescante para que cada cual enfríe el que está a su lado. Padre e Hijo hacen un buen equipo, y sin prisa llegarán a su destino sin que se haya roto ninguna de las piezas.

A tiempo de descargar antes de la hora de la comida y colocar la mercancía en el almacén del lago, permanece esperándolos desde hace ya un buen rato, “Danúmin el chico” apostado en el porche. Es uno de los muchos primos de Luxím, único y tardío hijo de Danixia, la hermana menor de Dan. Nadie sabe cómo se entera, pero cuando llegan carros o monturas por este camino, él lo presiente y avisa al resto de que alguien se acerca. Hoy, reconoce a distancia de quién se trata; es el carro de su tío Dan, y da la alerta a grito pelado.

— **Danúmin:** *Vamos, hay que salir al camino del valle, que viene el tío Dan, traerá el carro lleno y hay que ayudarlos a descargarle. Tía Elengo, prepara el pastel de moras, que vienen los primos y llegarán muertos de hambre... como siempre.*

Del interior salen sus parientes y viajeros que se encuentran descansando en la posada, porque por aquellos lugares todos le conocen y estarán encantados de saludarle. Y si de paso se anima después de llenar la barriga, contará una de sus famosas historias. Luxím, ni espera a que el carro se detenga y salta de él para abalanzarse sobre su primo Danúmin.

Y este intenta frenar el impulso, pero al final los dos ruedan por el suelo mientras se abrazan. Después hace lo mismo con sus tías y con el resto de sus primos, pero esta vez con menos ímpetu. Dan saluda también a todos ellos. Cuenta el motivo por

el cual llegan ellos dos solos, y tras las formalidades, en unos minutos el carro se descarga con suma delicadeza por parte de tantos altruistas voluntarios.

En la mesa ya tienen preparada una buena comilona; Luxím engulle con rapidez el plato principal porque sabe que después hay una buena ración de confitura de frutos del bosque que siempre le prepara con gran esmero su tía Elengo. Poco tarda en tragárselo, y cuando terminan, todos los presentes se disponen a escuchar a Dan.

Le miran, y este se hace el remolón, pero al final está deseando y tiene una buena que contar. El ataque de los lobos del norte. El que no la conocía se queda fascinado por la valentía y hermandad que existe en la aldea y felicitan doblemente al padre y también al hijo, para que este se las traspase a sus vecinos.

La tarde la pasan... los chicos navegando por el lago a la vez que intentan atrapar algún pescado, y el padre paseando a la vez que conversa con sus hermanas y cuñados. Aunque la comida fue copiosa, la cena no lo es menos y después llega la hora de descansar; en poco tiempo solo se escucha el canto de alguna lechuza que se dispone a salir de caza.

Nada más salir el sol, cargan en el carro diversos utensilios que les ha encargado Marto, su suegro, y tras despedirse de los más madrugadores, se disponen a recorrer el camino de vuelta sin perder tiempo.

Normalmente estarían un par de días en el lago, pero habiendo dejado parte de su familia en el manantial, prefieren regresar lo antes posible, no sea que Belasol nazca antes de lo previsto.

Porque Dan está seguro de que esta vez sí será una niña, y le han puesto nombre ya. Al alejarse de la cabaña, durante un buen trecho Danúmin los sigue sin dejar de despedirse y recordarles que vuelvan pronto.

— **Danúmin:** *Tío, volved pronto, los cacharros de barro se terminarán enseguida y habrá que traer más. Ah... y que vengan Nani y Lolim para jugar a cazadores.*

— **Luxím:** *Volveremos pronto, primo, y para entonces también vendrá nuestra hermanita, que está a punto de nacer. También vendrán Manux y sus hermanos, e iremos todos al bosque a visitar a los primos de las cuevas. ¡Verás qué bien lo vamos a pasar!*

Dan se gira y se despide al modo tradicional, mientras que el chico, que ya se ha detenido, grita algo más que ya no se le puede escuchar. Según van recorriendo el camino de vuelta y están a punto de comenzar la gran subida por la ladera de la montaña, observan las rodadas de un carro marcadas en el camino.

Son bastante profundas, lo que denota que está bastante cargado. Su propia marcha es ligera porque van casi de vacío y se apresuran para no hacer noche en el camino. Las huellas del carro que precede su marcha no se desvían en ningún cruce del camino y continúan hasta el paso de las piedras.

Dan confía en encontrarlos allí; le preocupa la excesiva premura que se están tomando, y le gustaría hablar con el carretero para advertirle sobre la inclinación de la vereda que conduce al valle.

— **Luxím:** *Papá, qué raro es que hayan comenzado a subir al paso sin haberse detenido en la cabaña del lago para darle descanso a los caballos; eso es lo que tú nos has enseñado que hay que hacer. Deben de ser de otras tierras y no conocen el camino. Además, este tipo de huella en las rodadas no es igual a la de los carros que conocemos; es más estrecha y se hunde más por el peso.*

El padre le está escuchando atentamente; este chico toma buena nota de todo lo que se dice a su alrededor y aprende a sacar deducciones de cualquier pequeña pista que se encuentre en el terreno. Incluso ha dicho que andarán más o menos media legua por delante. Es muy joven aún, pero el padre le contesta como lo haría con un adulto. Como siempre lo hace, menos cuando bromean, que es casi siempre.

— **Dan:** *Bien deducido, Luxím; cuando seas mayor serás un gran cazador. Ya os veo a los tres por las cimas de las montañas negras. Tu hermano Nani será Jarzalix, el de la larga nariz. Lolim, será Otxo el lobero, que se parecen en lo gruñones que son los dos.*

— **Luxím:** *Y yo seré Dan, el aprendiz de los dos cazadores. El que mató al lobo más grande de la cordillera, y después dio muerte al oso Xarra. O sea, tú, papá...*

Todo esto sin dejar de avanzar con avivado paso, y sin perder de vista el camino que les queda por recorrer para ver si a la vuelta de la próxima curva, ven a los que van por delante. Aunque no los conocen, ya empiezan a estar preocupados por ellos.

Sobre mediodía llegan y aquí no hay nadie. Es extraño, porque un carro tan cargado no llegaría antes del anochecer al manantial y mucho menos a la aldea; además, los caballos necesitan descanso después de la ardua subida.

Es costumbre entre los que conocen el terreno pasar la noche en el paso. Y es raro que los conductores del carruaje no lo hayan hecho. O son unos inconscientes, o no son de estas tierras.

Dan, ni siquiera da un respiro a sus propios caballos y los alienta para que aumenten la velocidad de su marcha. Macho y hembra saben que si su amigo los apremia es por alguna emergencia y ellos avivan el paso. Conocen bien el terreno y están acostumbrados a bajar el camino; además, cuentan con la ayuda de los frenos.

Cuando han cubierto una parte del trecho, ya deberían haberles alcanzado. No tardan en saber de ellos, porque tras una de las innumerables revueltas del camino encuentran a una mujer al borde de un barranco y está acompañada por una chica y un niño que lloran desconsolados. Miran hacia el precipicio desde el borde donde se pierden las rodadas de un carro, del cual solo queda el rastro.

Dan se lanza hacia ellos dejando las riendas a su hijo, que tira a la vez del madero que lo frena, y ayudado por los animales se detienen en el borde contrario. Después, el padre se dirige al barranco sin pararse, mientras pregunta a la mujer.

— **Dan:** *¿Qué ha ocurrido, dónde está el carro?... ¿Porque teníaís tanta prisa?*

La mujer parece perdida, y solo señala hacia abajo con el rostro cubierto de lágrimas. Dan se asoma, y el espectáculo le resulta dantesco. Un carro estampado sobre inmóviles caballos,

una pesada carga de enseres y fardos desparramados por todos lados, y entre medias de todo, el cuerpo atrapado de un hombre que yace sin aparente movimiento. sin poder apartar la mirada del accidentado por si ose observara el mínimo movimiento, escucha el balbuceo de la mujer.

— **Mujer:** *Traemos un mensaje... del paso de las agujas... para alguien... que está en la aldea roja... de este valle.*

Con la otra mano, señala camino abajo. Y Dan, más tarde se enterará, ahora apremia socorrer al herido. Sin pensárselo, baja al fondo del despeñadero con ágiles saltos, esquivando las ramas y apoyándose de raíz en raíz. Luxím, mientras tanto, ha asegurado su carro atándolo fuertemente a un árbol para que los caballos puedan relajar el empuje que este ejerce cuesta abajo.

Se aproxima hacia las personas que tiene ante sí, los saluda a la vez que mira hacia abajo, y su padre ya está examinando al hombre.

Después, de entre los bártulos desparramados recoge una piel y se la echa por encima para que no se quede frío. Tiene graves lesiones que le han hecho perder el sentido, y así se lo hace saber a los de arriba.

— **Dan:** *Ha perdido el conocimiento, pero todavía respira. Hay que sacarle del barranco y llevarle al manantial para reanimarle y curar sus heridas.*

Sus familiares, que se temían lo peor, respiran aliviados, pero comprenden la dificultad que supone su rescate. Dan, también le comunica la muerte de los dos caballos, y sube para informar a la mujer de sus intenciones.

Cuando está arriba, ve cómo se la echa a sus brazos una chica de la misma edad de Luxím, y su hermano menor no se suelta de ella. Dan comprende su dolor, pero debe hacerlas reaccionar y las dice.

— **Dan:** *Pronto caerá la noche y no podemos dejar a ese hombre en el barranco...*

La mujer, entre sollozos, le responde.

— **Mujer:** *Se llama Barregarri, es el padre de mis hijos.*

El rescate de Barregarri... Dan la consuela unos instantes y pide a su hijo que desenganche a Naíko. La muchacha, aunque también está muy afligida, realizando un valiente esfuerzo, supera su congoja y le ayuda a hacerlo. Al chico le llama la atención el color y brillo de los ojos de la chica; son verdes y brillantes, como la corriente del manantial cuando brilla con los rayos del sol que penetra entre la maleza.

Ella no puede evitar mirarle directamente a los suyos, negros y resplandecientes. Recuerda fugazmente, cuando le vio pasar junto a ella, que son iguales a los del hombre que intenta salvar a su padre. Durante unos segundos quedan hipnotizados el uno con el otro, y el cruce de miradas se rompe de inmediato porque la situación apremia. Pero ambos se quedan intrigados por lo que han sentido en el interior del otro, y después toman el relevo del padre para consolar a la mujer. Dan recoge varias cuerdas del carro, se las echa al hombro y tira del poderoso caballo camino abajo, buscando un paso o sendero por el que pueda transitar el equino para llevarle al lugar del accidente. Mientras tanto, la chica habla con Luxím agradeciéndole su inestimable auxilio.

— **Chica:** *Me llamo Roxia, esta es mi madre Kármia, el pequeño es Filox, y mi padre Barregarri es el que está ahí abajo. ¡Gracias por salvarle la vida!*

— **Luxím:** *No te preocupes por eso; mi padre, que se llama Dan, le subirá. Y yo soy Luxím. Esta yegua es Azcarra y el caballo que baja se llama Naíko.*

No tardan en verlos aparecer por el cauce del arroyuelo que viene desde lo alto de la montaña y que es el responsable de la evolución de esta depresión en el terreno. Dan intenta levantar el carro que atrapa al hombre, y no puede él solo. Así que acerca a su caballo y lo sitúa en posición adecuada, bajo un árbol. Con buen tino, lanza un extremo por encima de una rama gruesa para usarla como polea, después la ata a la parte del carro que debe alzar, y la otra punta la fija a los atalajes de Naíko.

Pero cuando mira al frente, ve a su hijo sujetando al caballo. Ha bajado por la empinada ladera para ayudarle. Cuando vuelve la mirada hacia el carro caído, también está Roxia, que valientemente le ha seguido y ya está abrazando a su herido padre. Dan no rechaza tan estimada ayuda y comienza a darles instrucciones.

— **Dan:** *Luxím, encárgate de Naíko. Cuando te lo diga, tira de él cuesta abajo para que tense la cuerda, a ver si así alzamos el carro...*

El chico asiente con la cabeza y después, el mismo Dan dirige otra orden a la muchacha.

— **Dan:** *Y tú, muchacha, me ayudarás a tirar de tu padre cuando se eleve el carro.*

La chica también asiente afirmativamente. Su cara de rabia y el gesto de decisión le hacen pensar a Dan que así lo hará y no duda de que tirará con fuerza de él. Y Luxím puntualiza algo a su padre.

— **Luxím:** *Papá, se llama Roxia y el herido es Barregarri, su padre.*

Después, dirigiéndose de nuevo hacia la chica, la dice.

— **Luxím:** *No te preocupes, mi padre le va a sacar del barranco y también sanará sus heridas, ¡ya lo verás!*

Y lo dice con rabia; el padre se anima más al oír a Luxím y grita a su hijo con contundencia.

— **Dan:** *¡Ahora Luxím!... ¡Tira con fuerza de la cuerda... ¡Naiko!*

La cuerda se tensa, el chico tira de la rienda del caballo y este aprieta con todas sus fuerzas para hacerla deslizarse por la rama. Arriba, la tensión de la madre se dispara, y el pequeño muchacho que la acompaña casi arranca sus vestiduras con las uñas y ni siquiera respira esperando el desenlace. Naíko sigue apretando y no consigue avanzar, entonces Luxím le susurra algo al oído. Dan observa con detenimiento la acción de su hijo y le hace pensar que finalmente lograrán sacar a aquel pobre hombre de allí. Confía tanto en el crío como en su amigo y compañero Naíko.

El caballo escucha el susurro de su joven amigo, aprieta sobre la tierra con sus cuartos traseros a la vez que levanta sus manos al viento, y se impulsa de golpe. El chico tira de sus riendas intentando ayudar en su impulso, y de repente, debido al fuerte

tirón, el carro comienza a alzarse. Un palmo tan solo, pero suficiente para liberar al herido. Y Dan grita de nuevo, dirigiéndose a la chica que ya está preparada.

— **Dan:** *¡Ahora Roxia! Tiremos los dos a una, ¡Huupa!*

La chica tira a la vez que gruñe de rabia; Dan grita para avivar su esfuerzo y el cuerpo del hombre se libera. Al verle a salvo, Luxím afloja las riendas para que Naíko deje de empujar, y el carro se desarma del todo al caer. Dan mira a la chica con respeto y admiración mientras que ella se abraza a su inerte padre.

Luego dirige la vista hacia sus dos compañeros. Luxím acaricia al caballo con agradecimiento y este relincha y agita la cabeza de arriba abajo, agradeciendo los arrumacos. El chico se gira hacia su padre y este le está mirando fijamente. No necesitan decirse palabra alguna, nada más que agachan levemente la cabeza a la vez que cierran los ojos. Orgullo y cariño es lo que sienten en este momento, el uno por el otro. No se olvidan de los de arriba, quienes reciben un buen chorro de optimismo al ver liberado al padre.

Roxia ha estado observando la escena entre padre e hijo. La chica de verdes ojos nunca olvidará lo acontecido este día y lo que este grupo de humanos y caballos ha hecho por ellos. Después de la liberación hay que subir al hombre, así que preparan al caballo y se disponen a cargar al herido sobre sus lomos.

Dan le ve despertarse asustado y desorientado. El hombre le agarra de la pechera y lo primero que hace es preguntar por su familia.

— **Barregarri:** *¿Dónde están mi mujer y mis hijos, están bien?*

Dan no le contesta, solo le ayuda a girar su cabeza, primero hacia arriba, donde ve a su mujer y al pequeño. Estos le sonríen felices al verle despierto.

Después le dirige la mirada hacia su hija, y esta se acerca corriendo para besarle. Poco más puede decir antes de volver a perder el sentido, salvo agradecer con un gesto a aquellos hombres lo que están haciendo por él, y con las pocas fuerzas que le quedan, pregunta por los caballos. No obtiene respuesta porque se desmaya.

Azcarra los recibe con alegría cuando suben con el herido cargado sobre su compañero, y la mujer y el niño se apresuran para abrazarse al padre. Después le acoplan en el carro, amontonando los enseres que transportan para dejar hueco, enganchan al valeroso caballo que ha liberado a Barregarri, y todos se encaminan hacia el manantial.

El carro es conducido por Luxím y a su lado, Roxia tensa los frenos a su orden. La mujer acompaña al herido limpiando sus heridas, y Dan dirige el camino por la mejor rodadura con el más pequeño a sus hombros, para que no vea sufrir a su padre.

Al día siguiente volverán para recoger los enseres y enterrar a los accidentados caballos. No cuesta mucho llegar a la casa del manantial, y lo hacen justo cuando el Sol se acaba de ocultar.

Para cubrir el último tramo del camino tienen que encender una antorcha para iluminarlo, y esta luz es lo primero que ven Ixaéla y sus hijos, que desde hace un buen rato esperan en el porche de la casa, ya que Darking y el resto de los lobos les han alertado de su presencia desde hace unos minutos.

Ya están en la rampa de la pradera; Darking y Ceniza se colocan uno a cada lado de Dan, y el resto intenta subirse al lado de Luxím, para recibir una caricia en la cabeza y lamerle las manos.

— **Luxím:** *Ahora no, lobitos. Tengo que atender a Barregarri.*

Con una señal de la mano, los indica que se dirijan a la casa, y ellos le hacen caso... Intuyen que algo malo pasa para que no se baje y los abraza como hace siempre que vuelve de viaje su joven amigo. Desde la casa, al principio solo se ve la llama de la antorcha y poco a poco se van vislumbrando las figuras. Bajó la luz de la tea ardiente; reconocen enseguida a Dan, pero no al muchacho que lleva sobre sus hombros; su hijo es más grande que este y no puede ser él. Cuando aparece ante su vista, el carro es conducido por dos niños. Luxím es reconocible para ellos, pero la niña que está junto a él no sabe quién pueda ser. La madre pensó en voz alta.

— **Ixaéla:** *Quizás sean algunos de los primos que hayan decidido acompañarlos para pasar una temporada con nosotros.*

— **Nani:** *No creo, mamá, no reconozco a ninguno de ellos, serán otras gentes.*

Sus rostros se hacen visibles al acercarse y, con tan solo mirar a la cara de Dan, Ixaéla se da cuenta de que hay problemas y apremia a sus hijos para que les ayuden. Dan baja de sus hombros al pequeño y se lo ofrece a su esposa para que le lleve a la casa, a la vez que la dice.

— **Dan:** *Traemos un herido, el chico es Filox, su hijo.*

Náni, dirigiéndose a la parte trasera de la carreta, ayuda a su padre. Kármia ya se ha bajado y entre los tres cogen al herido con cuidado y lo pasan a la casa. Luxím y Roxia ya están dentro preparando un camastro junto al fuego para que lo tumben sobre él, y allí lo depositan.

Los caballos que tiran del carro se han quedado junto a la puerta de la casa esperando pacientemente a ser liberados de sus ataduras.

Todos colaboran en la atención del herido; incluso Lolím, el más pequeño de todos, ha traído antorchas de aceite para iluminar mejor la estancia. Dan, desviste parcialmente al herido para examinarle con más detenimiento. Tan solo presenta en su cuerpo heridas y rasguños superficiales que la mujer ha venido limpiándole por el camino, pero las piernas las tiene totalmente aplastadas y magulladas.

Menos mal que permanece sin sentido porque el dolor debe ser insoportable. Ixaéla se ha dado cuenta de ello, y desde que entró en la casa está preparando una infusión de hierbas. Es un preparado especial para paliar los dolores y adormecer a quien lo toma. Esta es una de las recetas que Dan le había enseñado y que él mismo aprendió de sus parientes del lago y de las cuevas del bosque.

Nada más se puede hacer por ahora que inmovilizarle las piernas con vendajes, y eso hacen. Pero antes le despiertan para que se tome el calmante.

Al despertar, sus gestos de dolor son evidentes, pero al ver que su familia y él mismo están ya a salvo, se tranquiliza y toma varios sorbos del brebaje. El herido no tarda en volver a dormirse por el rápido efecto de la poción ingerida, y mientras terminan de

curarle y vendarle las piernas, padre e hijo cuentan a los de la casa lo ocurrido, y comienzan por presentar a los socorridos.

— **Dan:** *¿El herido es Barregarri, su mujer es Kármia... y los pequeños...?*

Ahí se queda callado un instante para recordar bien el nombre de la chica y Luxím, que lo recuerda perfectamente, continúa con la presentación.

— **Luxím:** *El niño se llama Filox, y su hermana es Roxia; es muy valiente y nos ayudó a levantar el carro para sacar a su padre del barranco.*

Esto impresiona a Ixaéla, que mira a su compañero Dan, como preguntándole qué ha pasado, y este le cuenta todo lo sucedido desde que se encontraron con las huellas del carro. Mientras lo hace, Luxím y Roxia liberan de sus correajes a los caballos y son liberados para que coman en el prado.

Después, cuando regresa al interior de la casa, Kármia se apresura a explicarles con todos los detalles cómo sucedió el incidente y de dónde vienen con tanta prisa. Comienza por explicarles dónde vivían y por qué tuvieron que irse de allí.

— **Kármia:** *Vivíamos plácidamente en nuestra granja que está situada a las afueras de Tenaria, en Llanos Verdes, más allá de las crestas de granito azul. En los terrenos atravesados por ríos y arroyos que riegan los verdes campos de las llanuras, que son idóneos para plantar todo tipo de cereales y hortalizas...*

Hacia varios años que se estaba propagando por la comarca una simiente muy especial, y entonces una caravana de comerciantes

que venía desde lejanas tierras de oriente nos ofreció este grano también a nosotros.

Nos dijeron que producía grandes cosechas y era fácil de sembrar, y, además, al molerlo, daba muy buena harina para hacer pan, mejor que la de castañas. Así que nosotros intercambiamos media docena de cabras por otros tantos de sacos de grano...

Estos hombres nos indicaron cómo y cuándo debía sembrarse. Dedicamos una buena parcela a esta labor y labramos la tierra con ese fin. Mucho tuvimos que trabajar e ir aprendiendo sobre la marcha para la siembra y el cuidado de este grano, pero al final obtuvimos una buena cosecha. Y con el fruto recolectado durante la primera recogida de trigo, pudimos vivir el resto del año.

Reservamos simiente para aumentar la producción de la siguiente cosecha, en la que incluso pudimos intercambiar grano de siembra con otros granjeros y compartimos con ellos nuestra recién adquirida experiencia, como en otras ocasiones ellos lo habían hecho con nosotros. Así pasamos varias recolectas y a los pocos años los campos de trigo eran ya parte del paisaje. Durante ese periodo de tiempo, nació nuestro hijo pequeño.

Hasta ahora, lo escuchado no parece mala forma de vivir, pero la expresión de su cara ha cambiado y seguramente a partir de este momento, contará cómo cambió su suerte. Y así es como continúa.

— **Kármia:** *Cuando ya teníamos el campo sembrado y estaba casi listo para la cosecha, llegaron los terribles invasores de las lejanas tierras del sur, y nos obligaron a entregar gran parte de*

las hortalizas y todas las reservas de alimentos que teníamos, y dijeron que sería como tributo al Cacique que supuestamente nos protegía de gente malvada... pero... ¿Podía haber alguien peor que ellos?

— **Dan pensando:** *“Otra vez las gentes del Sur... ¿Sería de nuevo el terrible Trómbol?”*

Capítulo 28

KÁRMIA

La mujer lo cuenta con soltura; incluso a Dan le sorprende cómo lo hace, y entre el modo de expresarse y la intriga por conocer el desenlace, captó la atención de todos, y la incitan a continuar.

— **Kármia:** *Además, también nos requisaron los caballos y gran parte de los enseres que había en la casa; dormíamos en el suelo, porque incluso nos habían quitado los jergones donde descansábamos.*

No solo a nosotros, también al resto de las gentes de la comarca, y todos empezamos a pasar hambre. El trato recibido por parte de los agresores no era muy amable precisamente. Los que ofrecieron resistencia habían sido duramente castigados, tomaron como rehenes a sus hijos más pequeños y fueron obligados a trabajar las tierras bajo una intensa vigilancia.

La amenaza de quitarles la vida a los retenidos si no seguían sus órdenes era constantemente recordada para que apretaran en la labor, y tan solo les dejaban los alimentos justos para que pudieran mantenerse en pie. Nosotros, viendo lo que ocurría, fuimos más precavidos... No opusimos resistencia en el primer momento y aguantamos durante un tiempo la tiranía a la que éramos sometidos.

Para que no se llevaran a nuestros hijos, los escondimos en la cueva del arroyo.

También acopiamos comida suficiente para una temporada, y por las noches dormíamos junto a ellos cuando los vigilantes se iban a su campamento. Artos de tantas injusticias, Barregarri me propuso marchar en busca de tierras libres, y si algún día pudiéramos, regresáramos con ayuda para intentar expulsar a los que nos esclavizaban y liberar a nuestros vecinos y amigos, como habíamos oído que hicieron hace años en la frontera de Bajaterra.

Dan, atónito por lo escuchado, está deseando conocer lo que ocurrió hasta que llegaron aquí. Su preocupación es lógica, porque aquellas son las tierras de donde procedía su abuelo Mextagón, y cerca de la zona descrita viven un montón de parientes suyos.

Los demás, a juzgar por sus semblantes, se diría que comparten la misma expectación y permanecen igual de atentos al relato de la mujer.

— **Kármia:** *Muchos granjeros también lo intentaron, huyendo precipitadamente con lo puesto. Los que lograban esquivar a los invasores, al poco tiempo regresaban porque se acababan los escasos alimentos que se habían llevado.*

Preferían lo poco que había allí a la nada que iban hallando por el desolado camino. Algunos dijeron que, en el resto del territorio, las gentes estaban incluso peor que nosotros. Así que, si lo intentábamos, tendríamos que hacer un buen acopio de comida para llegar lo más lejos posible, y así lo hicimos.

A Dan y sus acompañantes se les viene a la cabeza lo sucedido en el paso de las agujas y de los hombres de quienes habían hablado Jarzalíx y Otxo. Y confirmaron que sin duda alguna se trataba de los mismos a los que habían repelido ellos.

olvidándose de sus pensamientos, se centran en el relato y continúa.

— **Kármia:** *A finales de la primavera el grano estaba ya madurando y se acercaba la cosecha del verano; las granjas eran sometidas a una estrecha vigilancia que había sido doblada en número por los esbirros del cacique Trómbol para apoderarse de la recolecta.*

Incluso así, aprovechábamos cada noche para recoger un saco lleno de trigo maduro de los campos, metiendo en ellos espigas de poco en poco, y lo íbamos escondiendo en la cueva camuflada entre las espesas zarzas del río, en la que también habíamos ocultado nuestro carro al principio de las hostilidades. No teníamos quién tirara de él, pero Barregarri ya había urgido un plan para solucionarlo.

Su intención era que nos lleváramos el grano suficiente para el largo camino hacia el norte. Pero también pensó en el futuro, así que, llevando suficientes sacos, podríamos moler una parte del grano para hacer pan durante el camino, y guardar otra buena porción para reserva de simiente que podríamos plantar para la próxima cosecha en el lugar en el que pudiéramos asentarnos.

Los bandidos que se hacían llamar soldados del autoproclamado rey del sur eran muy desalmados y aficionados a embriagarse con licor de uva fermentada, muy popular entre ellos. Por lo que durante las vigilancias era habitual que se durmieran algunas horas, y esto nos daba una oportunidad a nosotros.

Mucho que contar desgasta la lengua e Ixaéla, acostumbrada a los relatos de Dan, le ofrece una jarra de agua, que bien agradece la mujer, y tras un buen trago, continúa.

— **Kármia:** *Un día, a primera hora de la mañana, cuando teníamos todo preparado y aprovechando que los dos Guardianes ya habían apurado la primera vasija de licor y dormitaban bajo la sombra de nogales cercanos, Barregarri se acercó hacia ellos y yo le seguí de cerca, pero no con las manos vacías porque portaba una tremenda estaca, casi tan grande como la que llevaba mi compañero.*

Cuando estuvimos a su altura, a la vez y uno a cada malvado, recibieron tremendo estacazo en lo alto de la cabeza. El que fue golpeado primero no se enteró siquiera y quedó tendido en el suelo sin aliento.

El otro gritaba y se dolía, porque no le di con suficiente fuerza, y sin apenas tener tiempo de reaccionar, Barregarri le remató con otro más certero y contundente. Nuestra hija Roxia nos esperaba cerca, cargada con una talega medio llena por los pocos ropajes y utensilios que quedaban, y la acompañaba nuestro pequeño Filox.

Cogimos los caballos de los mercenarios, que eran los mismos que ellos antes nos habían robado a nosotros, y todos juntos nos fuimos a por el carro que estaba ya cargado y preparado en la entrada de la cueva. Pero no sin antes desvalijar bien a los que estaban tendidos en el suelo. Un par de lanzas, una espada, un hacha y armaduras que casi nunca se ponían era lo que había junto a ellos.

Al registrarles, uno de ellos tenía entre el cinturón mi viejo cuchillo de cocina y el otro alguna cosa más de las que nos habían robado; tampoco es que nadaran en la abundancia precisamente.

Para alimentarse, solo tenían un poco de comida que les dejaban para la guardia. La ola de hambruna que había causado una sequía que duraba ya varios años en los territorios de Surxarra, seguro que fue la causa de que se alistaran en las huestes de Tromból, y sumados a la promesa de una buena vida y grandes raciones de licor fermentado, eran la paga por la que ejercían de malvados esbirros.

Yo pensé que ni esta, ni ninguna otra desgracia, justificaban el maltrato a un semejante; tenía que haber algo más que obligara a esos hombres a efectuar tal maldad.

Pero no íbamos a despertarlos para preguntarles, porque lo que sí vimos en uno de ellos es que permanecía con los párpados medio abiertos y tenían un color dorado y brillante en el interior, pareciendo que los ojos se fueran a salir de sus órbitas. Pensamos que sería por efecto de la gran cantidad de licor de uvas doradas que se habían tragado, porque son de parecido tono al que presentaban sus ojos.

— Dan pensando: *“Confirmado de que se trata del tirano conquistador que de nuevo está haciendo de las suyas...”*

La mujer realiza un pequeño receso para tomar aliento, otro buchito de agua y continúa.

— Kármia: *Los dejamos solamente con la ropa que llevaban puesta, miramos a los hombres por última vez y amarramos sus*

manos y pies con fuertes tiras de cuero por si despertaban, pero no nos quedaríamos a comprobarlo y nos alejamos con los dos corceles. Y nunca sabremos si quedaron vivos o muertos, ni nos importaba tampoco.

Eran crueles y habían cometido mil atrocidades entre nuestros amigos de las granjas vecinas... asesinatos, violaciones y hurtos, así que se lo tenían bien merecido. Sabíamos que a los guardianes no les echarían de menos hasta bien entrada la noche; por ello debíamos aprovechar el tiempo para alejarnos todo lo posible antes de que dieran la voz de alarma, y así lo hicimos.

En poco tiempo teníamos los caballos enganchados al carro. Barregarri conoce bien el terreno porque solía ir a cazar muy a menudo por todo el territorio, y nos desplazamos por las sendas menos transitadas y más escondidas.

El camino no era bueno, pero pronto nos distanciamos de la granja. Tras unos días caminando de noche y ocultándonos de día para descansar, esquivamos las patrullas de maleantes y así llegamos a la frontera. Con el carro no podíamos traspasar el muro natural que ofrecen las montañas azules, y tuvimos que buscar un lugar para atravesarlas, y casi desesperados por no encontrarlo, fue cuando la vimos.

Por lo alto de las lomas, montada sobre un blanco y extraño corcel, durante un buen trecho, ella por arriba y nosotros por una vereda más abajo, hicimos camino juntos, hasta que de repente desapareció.

No sabíamos por qué, pero aquella figura nos causaba confianza, y al dejar de verla nos volvió el desasosiego. Poco duró, porque a la vuelta de unas matas, allí estaba, sola, sin montura.

Nos saludó pasando la mano vuelta por delante de su cara, y con regocijante tono nos dijo que continuaríamos siete leguas más adelante; desde allí veríamos dos farallones gemelos; entre ellos estaba el paso que nos llevaría hacia el Norte.

No le bastó con esas indicaciones; tras agradecerle la información bien recibida por nuestra parte, continuó mandándonos más hacia el norte. Nos dijo que en los farallones alguien nos daría instrucciones para ir a cierta aldea, y que por el camino nos encontraríamos con él...

Giramos la cabeza, y al volverla, había desaparecido del mismo modo que apareció. Tan solo su silueta continuó por los riscos. ¿Quién sería él, y dónde nos uniríamos?, era nuestra pregunta; quizás la respuesta estuvo en sus profundos ojos negros y no supimos verlo...

Así que, siguiendo la parte baja de las laderas a través del bosque, esa misma jornada nos encontramos con el paso de las agujas. Allí nos comunicamos con los vigilantes y estos nos dejaron pasar, pero antes de seguir, debíamos ser entrevistados por el jefe del puesto, y este habló con nosotros.

Lo que escuchó de la boca de mi compañero le convenció para dejarnos continuar, y además allí nos ofreció víveres y agua. También nos comunicó que nos alejáramos lo más posible de la frontera porque en las zonas cercanas estaban constantemente bajo la amenaza de invasión.

Le dijimos que nos dirigiríamos al lago de la luna, donde habíamos oído hablar de que había prosperado hace años un antiguo paisano, del cual se decía que encontró unas tierras tan fértiles como en nuestra comarca. Evitamos comentar el encuentro con la vieja señora de blancos cabellos, por si ella no quisiera que nadie se enterase de su presencia. Porque esa es la impresión que nos causó.

Mientras cuenta esto, Dan reconoce al hombre del que hablan en la persona de su abuelo Mextagón, pero de momento no la interrumpe para decírselo y la deja continuar.

— **Kármia:** *Esta información le vino muy bien al jefe del puesto, que nos dio instrucciones para que, una vez llegados a la cabaña del lago, tomáramos camino de una aldea en medio del valle, atravesando un paso con dos rocas gigantescas. Y nos dijo que allí preguntáramos por unos viejos amigos suyos que nos ayudarían a establecernos.*

— **Kármia, continua:** *Viendo la situación en que se encontraban entre aquellas defensas, aceptamos el agua porque abundaba en un arroyo cercano, y en agradecimiento a su labor, dejamos allí un saco entero de grano para que pudieran hacerse un rico pan, que buena falta hacía.*

— **Kármia:** *Además, prometimos que cuando estuviéramos establecidos, si éramos requeridos, acudiríamos en su ayuda como el resto de los moradores del norte. Antes de despedirnos, Mufo, que así es como se llama el jefe de puesto, nos entregó un papiro sellado con un mensaje para su amigo Jarzalix, y nos dibujó un plano grabado en un trozo de madera para que pudiéramos encontrar el camino.*

A la mañana siguiente partimos hacia las montañas rojas, y ya pudimos viajar de día sin miedo a que nos asaltaran los sicarios de Tromból, porque nos sentíamos protegidos por los vigilantes de la frontera que estaban parapetados en los dos farallones.

Varias jornadas tardó la familia de Barregarri en llegar aquí. Pasaron de largo la posada y subieron la empinada cuesta hasta llegar junto a las dos Rocas sin detenerse en él. El grano llevaba demasiado tiempo en las sacas y temían que pudiera estropearse, pero sobre todo tenía que entregar el mensaje a Jarzalix. Mufo le había dicho que era de vital importancia entregarlo a tiempo, así que quisieron llegar a la aldea antes del anochecer.

No conocían el camino, y no sabían a qué distancia se encontraba, pero se arriesgaron y comenzaron el descenso.

A primera vista ya se veía que la pendiente era tendida y prolongada, así que tomaron precauciones. La mujer y los niños, a pie, y el padre en el carro. Su única experiencia como conductor en largas distancias la había adquirido durante este viaje, pero sabía que las pendientes eran peligrosas.

De pronto el carro tomó velocidad, y para los caballos era demasiado esfuerzo frenar su avance. El madero que actuaba como freno era convencional y no estaba preparado para tales cuestas, así que salió ardiendo por la fricción. Cuando miró hacia atrás, ya había perdido de vista a los demás, y en la siguiente estibación hacia la derecha, uno de los caballos no pudo realizar el giro y cayó por el barranco arrastrando a su compañero y al carro.

No hubo testigos del suceso porque la familia solo escuchó el estruendo y se acercaron a la carrera. Seguro que

Barregarri pudo saltar para evitar caer con el carro, pero conociéndole, la familia pensó que apuraría hasta el último instante para salvar a sus bestias y a la carga que llevaba. Se quedaron paralizados al ver el espectáculo; allí abajo lo único que se movía eran las ruedas del carro que giraban por la inercia al estar boca abajo. Y la mujer, dirigiéndose a la familia de Dan, terminó el relato.

— **Kármia:** *Y antes de que pudiéramos reaccionar y gracias a la suerte, aparecieron Dan y el muchacho. Y por ello damos gracias al Sol y a la Luna.*

Cuando pronunció estas palabras, lo hizo fijándose en el amuleto que Luxím y su padre lucían en su cuello. Son exactamente iguales al que llevaba su hija Roxia el día que la encontraron escondida entre los maderos de una cabaña derruida por un rayo que salió del bosque cercano.

Sus vecinos de al lado dicen que era un haz de luz dorado, como el trigo maduro. Por eso ella luce brillantes ojos verdes y el resto los tiene de color pardo. Los padres de la muchacha eran una conocida familia muy querida en el lugar, debido a la bondad de todos sus miembros. Su padre se llamaba Roxiron el labrador, y a su madre se la conocía por Mara la corredora, porque casi nunca caminaba y siempre iba apresurada. No los recuerda porque era tan solo un bebé cuando sucedieron los terribles hechos. Pero sus nuevos padres le hablan mucho de ellos para que no los olvide.

Este hecho también se lo ha contado Kármia a sus auxiliares, y Dan vuelve a mirar a los ojos de Roxia. Le resultaba fácil comunicar con sus sentimientos, del mismo modo que le pasa con su hijo Luxím.

A ella le pasa lo mismo, solo que quizás por miedo al rechazo, ninguno abrió su mente del todo. El hijo de Dan se percata del cruce de miradas y pensamientos, pero tampoco intenta penetrar más en ellos; tanto padre como hijo no utilizan este don sin el consentimiento del que está frente a ellos, y la muchacha utiliza el mismo proceder. Después, Dan no tarda en dar buenas noticias a la que ahora era su madre, pero antes le pregunta algo que le inquieta. Conoce de oídas quién es el jefe de los invasores del territorio verde, el mismo al que derrotaron Mufo y sus hombres, pero quiere saber más de él.

—**Dan:** *Dime, Kármia... ¿Quién es exactamente el tal Tromból? ¿Y de dónde ha salido tan maligno ser?*

—**Kármia:** *Por las tierras de más al sur, se dice que está desposada con la hermana de un gran caudillo de oriente, llamado Gaitokari el de los ojos dorados. Él le ha proclamado caudillo de todo Surxarra, y está bajo su protección.*

—**Dan:** *Dentro de lo malo, tengo buenas noticias para vosotros; Jarzalix vive en la aldea del valle, es nuestro amigo y os llevaremos junto a él cuando recuperemos vuestro preciado cargamento. Ahora comed algo y descansad; nosotros cuidaremos de Barregarri.*

Roxia se presenta voluntaria como cuidadora, y Luxím la acompaña toda la noche, que aprovechan para hablar y conocerse mejor. La chica le cuenta lo bien que pasaba su vida junto a su familia en la granja del arroyo antes de la invasión, y en lo penosa que se convirtió después.

El chico le describe todo el entorno donde se encuentran, desde las altas montañas hasta el valle, destacando la aldea y a sus habitantes. Y lo hace con tal devoción que despierta en la chiquilla una incontenible ansia por conocerlo todo. Pero se las tendrá que aguantar hasta ver la evolución de las heridas de su padre. Empieza a amanecer en las montañas rojas, pero para que el Sol ilumine el valle todavía le falta un rato. El primero en despertar es el mismo herido, agitando el hombro de su hija, que se ha quedado dormida abrazándole.

Al otro lado está el muchacho al que recuerda como en sueños, tirando de un caballo en el fondo del barranco.

— **Barregarri:** *Buenos días, hija...*

Mientras habla, aparta con delicadeza el cabello que tapa su cara. Ella se despierta y le ve sonriendo, y sin decir palabra le abraza con fuerza. El padre responde con un gesto de dolor, pero lo importante es que la niña se encuentra bien y a salvo.

— **Barregarri:** *Cuidado, pequeña, ¡todavía me duelen las piernas!*

Roxia se separa, pero felizmente por ver a su padre de nuevo sonreír. Después, el herido mira al muchacho, que también ha despertado y está observando la escena medio embobado. Barregarri se limita a inclinar la cabeza cerrando los ojos en señal de silencioso agradecimiento, y el chico le devuelve el saludo con el mismo gesto. Después, y al oído, el padre susurra a su hija.

— **Barregarri:** *¿Es él, verdad, Roxia, al igual que yo...? Tú también le viste en los ojos de la mujer del camino... ¿Verdad, hija?*

— **Roxia:** *Sí, papá, yo también lo vi, y si no es él, se le parece muchísimo. El caso es que nos ha salvado y eso es suficiente para mí.*

Nada más pudieron comentar, porque se le acercan en tropel la mujer y su hijo con la firme decisión de abrazarle. Todos los moradores de la cabaña se han despertado y están mirándole sonrientes y felices por verle al menos con los ojos abiertos.

Dan le pone al día de cómo realizaron todo el rescate, y el herido, aunque quiere disimularlo, no puede evitar el gesto de dolor de vez en cuando. Pero ya viene Ixaéla con otro brebaje; en esta ocasión es solo para calmar su dolor, sin que se duerma de nuevo.

Y Náni, siguiendo indicaciones de su padre, prepara a su caballo para ir a pedir ayuda en la aldea. Sale a toda velocidad, seguido de cerca por su fiel amigo Darking. Mientras tanto, el herido, tras haber escuchado todo lo ocurrido y con los dolores más calmados, no deja de agradecerles todo lo que han hecho por ellos. Y además no deja de mirar al que le sacó del barranco, con cara de asombro... Y tras reponer fuerzas, Dan se dirige a Luxím.

— **Dan:** *Vamos a preparar los caballos para adelantarnos y poder ir sacando del barranco lo más urgente y necesario. Prepara caballos para ti, para mí y también para Roxia, que seguro que querrá acompañarnos...*

Luxím sale a la carrera y la chica ni se lo piensa; también corre tras él hacia los establos. Dan, observando de nuevo a la chica.

— **Dan pensando:** *“Es igual que Luxím, los dos desbordan energía y ella es valiente y aguerrida. Una hija así solo puede haberse criado en una buena familia, así que creo que esta será bien recibida en la aldea”.*

Después, Dan se acerca al herido y, con la excusa de ponerle un ungüento, masajea sus extremidades en las zonas heridas. No se sabe si por el efecto del bálsamo o porque simplemente afloraba de sus manos; puede apreciarse una especie de luminiscencia que conforta al herido y las heridas abiertas se cierran dejando de sangrar.

Barregarri se siente mejor, no hay dolor, pero nota que las piernas no le responden al intentar moverlas. El improvisado curandero le aplica más, pero no logra su cometido y comprende que, debido a tan graves heridas, posiblemente no pueda volver a caminar, pero al menos gracias a este acto podrá seguir viviendo.

Dan se despidе del padre malherido antes de partir, y este insiste en agradecérselo una y otra vez, a la vez que le sujeta por la mano y fija la mirada en sus ojos.

Ahora entiende algo más el mensaje cifrado que aquella mujer de los farallones le envió en silencio; ambos despiden la misma intensidad en sus miradas, lo que hace suponer que está ante seres humanos extraordinarios y llenos de bondad. Está seguro de que no le ha curado el ungüento, sino que han sido los efluvios que han brotado del interior de su salvador.

En ese momento se hace la firme promesa de que esta familia, para él, será como la suya propia y estará dispuesto a cualquier sacrificio por ellos. Y Dan, que todavía no ha apartado su mirada de él, ha escuchado sus sentimientos.

Las dos madres se quedan en la casa... A Kármia nadie podría separarla de su esposo, e Ixaéla no los acompaña porque su estado no se lo permite.

Cada vez es más inminente el nacimiento del cuarto hijo, y con los últimos sobresaltos quizás se adelante. Los dos más pequeños las acompañan, y se quedan velando el sueño de Barregarri. Cuando los tres jinetes llegan al barranco del accidente, cargan los caballos con algunos pertrechos, y al mediodía bien pasado, llega Náni.

Dos carros con sus correspondientes tiros de caballos marchan por detrás, y otra docena de jinetes cierran la columna de rescate. En total, la mano de obra asciende a más de dos docenas entre hombres y mujeres, y no han venido más porque Lala se lo impidió.

No cabría más gente en el barranco. Uno de los carros es conducido por los dos viejos cazadores, y el otro es guiado por Canu y su inseparable vecino Marto. Lauro y Laiza, junto a sus dos hijos mayores, son algunos de los jinetes que llegan detrás.

El resto son aldeanos voluntarios, entre los que se encuentran “Firro y leña”, Cheso “El Rubio” y los hermanos gemelos “Once”.

En muy poco tiempo han cargado los pertrechos y dejan enterrados a los desgraciados caballos. Dan dedica a sus almas un último elogio que le había encargado el hombre herido, y su hija Roxia se lo agradece en nombre de toda la familia. Esos animales eran muy queridos para todos ellos; los habían visto nacer.

Los carros se dirigen directamente a la aldea; Lauro sustituye como conductor a Jarzalíx, que se dirige a la cabaña para ver al herido. Dan le había comunicado antes que traen un mensaje de Mufo, su hermano de armas. Ya en la casa, primero se hacen las presentaciones y rápidamente pasan al asunto que podría ser de mayor urgencia.

Barregarri entrega el manuscrito a Jarzalíx; este lo despliega, pero en su interior solo se representa el símbolo del remitente, Mufo. Así que, sorprendido e intrigado, le dice al mensajero.

— **Jarzalíx:** *Aquí no hay ningún mensaje, solo su sello que bien reconozco, ¡no lo entiendo!...*

Entonces Barregarri toma la palabra y le contesta.

— **Barregarri:** *Así es que tú eres Jarzalíx. El mensaje es de vital importancia y su contenido solo lo conozco yo, y te lo tengo que decir en palabras. Algunos hombres de Trómbol andan por el norte y capturan a los mensajeros, por eso no se ha escrito nada. Yo te lo diré, pero antes deberás responder a una clave... El nombre de la primera muchacha que conoció de joven y la cual fue su primer amor. Me dijo que nadie más que tú y él lo sabéis, porque te lo contó en una noche de celebración en la que habíais ingerido más jugo de madroño de la cuenta.*

El resto de la gente, denotando que se trata de un secreto, hace la intención de retirarse, pero Jarzalíx se lo impide.

— **Jarzalíx:** *No es necesario que nadie se ausente; todos vosotros sois mis amigos y pondría mi vida en vuestras manos sin dudarlo si fuera necesario, así que podéis oír el mensaje. Además, conociendo a su autor, seguro que nos atañe a todos. Por consiguiente, diré el nombre de la chica...*

Pero el viejo cazador hace una pausa que a los demás les parece interminable. Entrevela su mirada, mastica una pizca de palolù y, por fin, y ante la inquietud de los demás, dice...

— **Jarzalix:** *“Alma”. Se llamaba Alma...*

Y ya está, tanto pensárselo para un simple nombre, que además es de lo más común en la comarca... Bueno, desvelado el acertijo, solo queda saber si ha acertado. Como un mecanizado resorte bien engrasado, todos giran la cabeza hacia el herido mensajero, quien ya está afirmando con la cabeza. Reconoce el nombre como válido, y como habiéndose puesto de acuerdo con su interlocutor, también pausa su contestación respondiendo con el segundo nombre de la chica, que, para más incertidumbre, es compuesto.

— **Barregarri:** *Blanca, así es como se llamaba la joven enamorada de Mufo. Alma blanca. Y su mensaje es el siguiente... Últimamente, los hombres de Trómbol se acercan a la frontera; incluso alguno la traspasa para espiar. Temen ser atacados con más soldados muy pronto.*

— **Barregarri:** *Hombres tiene de sobra, pero están en desventaja con el enemigo. Ellos tienen mejores armas y se protegen con armaduras y escudos más resistentes que en la anterior escaramuza.*

— **Barregarri:** *Me dijo Mufo que le vinieron bien los pertrechos y armas que le mandasteis, y si está en vuestra mano, os ruega que le enviéis algunos más. Creen que esta vez se triplicará el número de atacantes.*

Jarzalix y el resto conversan entre ellos, y cómo no... llegan a la conclusión de convocar una asamblea de urgencia.

Mientras tanto, Dan le pone al corriente de las circunstancias y desventuras de la familia y allí mismo intentan buscar una solución. Dan e Ixaéla, les ofrecen quedarse en el manantial, pero Jarzalíx hace otra propuesta.

— **Jarzalíx:** *Verás, Dan, no imagino mejor familia para acogerles que la tuya, pero teniendo en cuenta sus pretensiones, no es el lugar adecuado. Aquí lo único llano y despejado es la ladera de vuestra casa, y ellos necesitan más espacio junto a un río. Además, tengo fe en que el grano que traen pueda beneficiarnos a todos. Bueno, también hay que añadir que todos conocéis el interés que se ha despertado en Otxo y en mí mismo respecto a la agricultura. Así que propongo que será un honor para nosotros compartir vivienda con ellos, y además ayudaremos a realizar su proyecto. ¿Qué me dices, amigo Barregarri?*

El Hombre muestra sus heridas al resto y, sabedor de la gravedad, indica la imposibilidad de llevar a cabo su anhelada tarea.

— **Barregarri:** *No podré realizar ninguna labor, fijaos en mis piernas. Seguramente, ni pueda volver a caminar; ¿cómo voy a ser capaz de preparar las tierras, realizar las siembras y terminar las muchas labores que se requieren para hacerlo crecer?*

El viejo cazador, le responde con contundencia y rabia, a la vez que zarandea ligeramente sus hombros para que recapacite y no pierda la fe en sí mismo.

— **Jarzalix:** *Aunque fuera así, amigo mío, no debes rendirte porque no estás solo en este mundo; seguro que puedes contar con tu familia y desde ahora también con todos nosotros. Has sufrido este accidente para apresurarte en traernos el mensaje, y ahora, porque conozco a mis vecinos y hablando en nombre de todos ellos, ya pertenecéis a esta comunidad.*

— **Jarzalix:** *Un hombre con tu experiencia podrá enseñarnos cómo hacer crecer este grano, y sería de gran utilidad para la comunidad. Así que te ruego que aceptes mi propuesta. Y por Otxo, no os preocupéis, ya se había ofrecido a acogeros antes de saber nada de esto.*

El hombre observa la cara de todos los presentes, esperando y animándole para que confirme la petición de Jarzalix. Su familia asiente diciéndole que sí. Con un gesto y hablando en nombre de todos ellos, Barregarri acepta el ofrecimiento. Piensa en lo extraño del destino que le ha guiado hacia estas buenas gentes que ofrecen todo a aquellos que simplemente se acercan, con humildad y sobre todo llenos de humanidad, sin pedir nada a cambio.

Así es el espíritu de esta aldea... Y él, y su hija que está presente, piensan a la vez que fue una bendición el haberse cruzado con la señora de los farallones. Y ahora sí están seguros de haberse encontrado con quien ella les dijo.

Al día siguiente se reafirman sus pensamientos y, al único toque de cuerna, acuden todos a la asamblea. La nueva familia se acerca también a la entrada del granero, algunos compartiendo caballos y el herido en el carro que conduce Dan, en el que ya ha cargado las pertenencias de los accidentados que se quedaron en la casa del manantial.

Y además otros enseres que pudieran necesitar, donados por la familia y algunos granjeros cercanos. Los aldeanos del valle, conociendo ya toda su historia, también han colaborado. Cuando llegan a la casa de Jarzalix y Otxo, hay de todo frente a la puerta. Los aldeanos comentan entre ellos los nuevos acontecimientos, y según se daban por enterados, acudían a interesarse por la recién llegada familia. El corro que les rodea es ya inmenso y llena gran parte de la plaza central. En el centro, Barregarri está subido en un pequeño carrito tirado por una yegua que le han prestado para siempre, Canu y Lala.

A su lado, su mujer e hijos. Los chiquillos del poblado juegan con los más pequeños a ser grandes cazadores en el fondo del granero, incomodando a las cabalgaduras que allí descansan. Los niños les han otorgado el papel de cebukos y osos para cazarlos sin piedad.

Menos mal que los animales, a pesar de las molestias, parecen disfrutar con la presencia de sus pequeños amigos. Quienes sí que se quedan muy cerca de su nueva familia son los viejos cazadores, que se sienten emocionados al ser felicitados por sus convecinos al demostrar tal bondad y solidaridad, pero satisfechos y orgullosos, se emocionan al escuchar una pregunta algo indiscreta por parte del pequeño que se agarra a las manos de ambos.

—**Filox:** *Entonces, ¿vosotros seréis ahora mis abuelos? Qué suerte tengo de que seáis dos...*

No pueden evitar que sus ojos brillen debido a la involuntaria secreción de pequeñas lágrimas. Se las secan con la manga de la camisola, y para evitar que nadie se fije en ello, apremian a todos para que comience la asamblea. Ahora los dos discuten con disimulo por quién cargará sobre sus hombros a su recién autoproclamado nieto.

Al fin, Jarzalix es quien carga con él. Otxo, que nunca tira la toalla, coge a Roxia por el hombro y se la aproxima dando a entender que él también está acompañado por su nieta adoptada.

Dan e Ixaéla no han perdido detalle de la acción, y también se emocionan sellando el asunto con un leve pero cariñoso beso. Y estos son los últimos en entrar porque, como suele ser habitual, nadie ha faltado a la importante cita. Comienza la Asamblea para decidir la forma en que ayudarán a los hombres de Mufo en la frontera, y llegan pronto a un acuerdo.

Para no perder más tiempo, llevarán al paso todos los pertrechos que utilizan los Bufantes rojos para sus entrenamientos y además los que tienen en reserva: arcos y flechas, hachas y garrotes, lanzas y espadas, y sus habituales protecciones para cabeza y cuerpo. Más adelante forjarán y fabricarán nuevas armas y escudos para rearmarse ellos.

Capítulo 29

CABALGA, LOCO HERMANO

EL PASO DE LAS AGUJAS. Durante toda la noche, los que no van a realizar el largo viaje hacia el paso de las agujas preparan cuatro carros llenos hasta los topes que transportarán doce voluntarios, entre conductores y escoltas. Los cuales, para estar descansados, dormirán durante el resto de la noche.

Conforme se planeó, es ejecutado el plan, y a primera hora ya están preparados los carros y las caballerías. El cargamento se compone de más de dos centenares de espadas relucientes y afiladas, el triple de puntiagudas lanzas; arcos, al menos hay otros dos centenares, y el doble de escudos; yelmos para proteger sus cabezas, hay menos. Pero también voluntariamente, se embarca en la partida el forjador que lleva planchas metálicas para fabricar más en el destino. ¿Y a quién eligen para comandar la misión?... Por supuesto, a Dan, y como lugarteniente suyo, a Lauro.

Decidieron que solo podían ir uno de cada familia, sin contar a los menores, así que las compañeras de los dos amigos se quedan en casa. Aunque hubieran querido, no sería posible, porque Ixaéla está a punto de dar a luz.

La experiencia de Otxo el cazador y combatiente de la frontera vendrá muy bien, y a este ni le preguntan por qué; aunque sentirá nostalgia por su nueva familia, no declina en su responsabilidad y también irá con ellos. Será de gran utilidad su conocimiento del lugar de destino; además, ya está sentado en uno de los carros, y nadie se atreve a pedirle que se baje.

Cabi, el hermano de Laiza, y el resto de la agrupación son voluntarios entre todo el pueblo. Y como siempre, Lala, que bautiza todo a lo que se le puede poner nombre, “La Cuadrilla de Barregarri”; son nombrados en honor al mensajero que trajo el encargo de Mufo.

Y estos que van a partir temprano son empujados por el resto para que se apresuren a llegar cuanto antes. Algunos no han pegado ojo ultimando los detalles, pero aguantarán hasta que puedan despedir a la valiente cuadrilla.

Jarzalix se queda en la aldea porque la poca movilidad de su pierna le impide luchar en caso de altercado. Pero lo que no le impedirá su pierna malograda es ayudar a su nueva familia a preparar las tierras para la siembra, y en cuanto se hayan alejado sus convecinos y amigos, se pondrá a montar puntas de acero en los mástiles de las flechas, que es a quien mejor se le da en toda la aldea.

Layza, esposa de Lauro, y sus hijos se trasladan a la casa del manantial para asistir a Ixaéla en el parto, y también estará más cerca cuando vuelva la cuadrilla. Así que realizan con ellos ese tramo del camino.

Luxím se queda desilusionado porque su padre no le deja ir con ellos en esta ocasión, y solo le consuela la presencia de su nueva amiga. Con los brazos cruzados y cara de pocos amigos, mira a su padre de reojo. Este se percata de inmediato y se acerca hacia él. Le guía hacia el borde del estanque y le invita a sentarse a su lado donde, separados del resto, le acaricia el pelo e intenta consolarle.

— **Dan:** *Hijo, sé que estás deseando venir, pero la misión es muy peligrosa y no quiero que nada te suceda; además, no querrás*

aumentar la preocupación de tu madre. Ella te necesitará cuando llegue la hermanita. Yo necesito viajar tranquilo y lo estaré sabiendo que, entre tú y tus hermanos, las protegeréis como yo mismo lo hubiera hecho. Todavía eres muy joven y te prometo que en la próxima expedición que realicemos, te llevaré con nosotros.

El chico parece convencido y se aleja del padre tan solo afirmando con la cabeza sin mediar palabra, y se apresura en subir al carro donde viajará con Dan hasta el manantial. Y allí se queda, quieto y callado, hasta que Roxia reclama su atención y se ponen a charlar de sus cosas. Dan no le pierde ojo porque parece convencido, y normalmente insistiría mucho más e intentaría utilizar todas sus ocurrencias y artimañas para convencerlo.

— **Dan pensando:** *“¿Quizá esté madurando?”*

Mientras se rasca el cogote en señal de no fiarse un pelo de las acciones de Luxím, sosiega sus pensamientos cuando se acerca con cierta torpeza su amada Ixaéla, que parece que le vaya a explotar el vientre de lo abultado que lo tiene. Y los dos se dirigen hacia el pescante dedicándose cariñosas palabras.

Se echarán mucho de menos, porque desde que están juntos en el manantial solo se han separado las dos noches pasadas, pero ahora serán muchas más. La premura e importancia de la misión hacen que se resignen y se suban al carro sin soltarse de las manos, desde donde observan cómo se despide su hijo de su nueva amiga. Roxia estaría encantada de acompañarlos al manantial, pero su responsable conducta le dicta que ha de ayudar a su familia hasta que su padre mejore, así que también se resigna y se presta a ver cómo se van alejando de la plaza grande.

Media mañana tardan en llegar al manantial, donde las familias de Dan y de Lauro se apean, a la vez que la congoja por la partida de los hombres languidece su alma. El último en separarse de su padre es Luxím, del que tiene que tirar su hermano mayor para despegarle.

Como si se tratara de una garrapata adherida a un animal, se ha agarrado con fuerza a su camisola sin intención de soltarse. Finalmente, no con poco esfuerzo, entre padre y primogénito lo logran. Pero ese condenado muchacho ha conseguido lo que Dan estaba evitando.

Y el padre debe mirar hacia el otro lado para que nadie vea cómo le brotan abultadas lágrimas en sus oscuros ojos. Ha aguantado firme hasta ese momento, pero se palpa en el ambiente que una pequeña chispa de emoción más haría arder la hoguera de sus reprimidos sentimientos.

El hecho no pasa desapercibido para Ixaéla; ella también está predispuesta y deja escapar un sollozo que le cuesta trabajo expulsar debido al apretado nudo que oprime su garganta, y no es la única.

Mientras despiden a la caravana de carros, gimotean todos, intentando aguantar el llanto que quiere explotar desesperadamente desde sus gargantas. Lauro no es ajeno al sentimiento y mantiene girada su cara hacia otro lado, para no caer en la contagiosa congoja.

El que, si ha entrado en ella, es Otxo, que últimamente se emociona con facilidad. Pero hay que seguir, y la responsabilidad del encargo hace que los hombres y mujeres de la cuadrilla aviven la marcha.

Luxím ya no se encuentra con la familia; salió corriendo hace un rato. Seguramente se ha encaminado hacia la cuadra, donde por costumbre tiene establecido su refugio para cuando se siente cabreado o deprimido. “Ya se le pasará”, piensan todos. Mientras que los de los carros y caballos se alejan, los que se quedan van entrando en la casa intentando realizar algún qué hacer para distraer sus mentes de la indeseada pero necesaria separación.

Y allí va la cuadrilla de Barregarri. El primer carro es conducido por Dan y, ayudándole para apretar en los frenos cuando empieza el descenso, le acompaña Lauro y, al otro lado de las riendas, tiran de la carga Azcarra y Naíko.

El segundo carro es guiado por Otxo, que ha elegido por compañero de pescante a Cábi, el hermano de Laiza. El tercero lo maneja el equipo más fuerte de la aldea; uno es Firro “El forzado forjador de metales”, que se ha presentado voluntario, y quien le acompaña es la mujer que completa tan peculiar equipo, Leña, su compañera y madre de sus hijos.

Ellos pueden romper lo acordado de uno por familia, porque el herrero no cuenta como escolta, sino que viaja en cargo de supervisor de armas; el pescante del cuarto carro está ocupado por otras dos mujeres, una de ellas procedente de las cercanías a Fuenroja; su compañero había perdido la vida al ahogarse en el lago antes de tener hijos, y ella se trasladó al valle intentando olvidar sus penas.

La vida la había hecho fuerte y su valía como cazadora y excelente amazona es bien reconocida por todos, y en los entrenamientos siempre ha dado la talla. La llaman Matia la viuda. A su lado, la otra mujer que vive en la aldea roja, esposa

del carpintero y probadora de arcos, lo cual le confiere especial habilidad en su manejo. Además, si se rompe alguno, podrá arreglarlo o fabricar nuevos. Su nombre es Fardy la arquera.

Cuatro potentes corceles de la misma raza que Naïko y Azcarra, situados dos por delante y dos por detrás de los carros, cargan sobre sus lomos a otros tantos aldeanos, y está previsto que cuando estén cansados los tiros, sean sustituidos por los de reserva.

Abriendo la marcha, una joven que es la mayor de siete hermanas. Hija y nieta de granjeros que crían jabalíes y cabras en las montañas cerca de la casa de Dan. Ella es Ilda, “La Rubia”, la mejor seguidora de rastros y también maneja el arco notablemente; A su lado, uno de sus tíos, Cheso “El Rubio”; de este nada más que decir, porque fue quien adiestró a su rubia sobrina. Una proviene de la familia de la hermana y él tiene la suya propia; por lo tanto, estos tampoco rompen la regla.

Cosa de la que daría que dudar con los siguientes que van cerrando la marcha en retaguardia, los Gemelos Once, llamados así porque nacieron el onceavo día de primavera; también es su orden de nacimiento, ocupan este puesto, y además la casa de sus padres es la onceava que se puede encontrar al entrar en la aldea, así que su apodo es bien acertado.

Estos, más que tener oficio, ayudan en lo que sea a quienes les necesitan. Son unos verdaderos saltimbanquis y equilibristas y su agilidad es bien conocida por todos. En cierta ocasión, bajaron desde el paso de las piedras hasta el valle, de árbol en árbol sin tocar el suelo. La destreza que han demostrado, especialmente con la espada, hace que sean perfectos candidatos para cerrar la columna que forma la cuadrilla. Sus nombres son

Cazu y Sazu, pero nadie puede distinguirlos, y cuando llamas a uno dirigiéndote a él, acude el otro.

Así que lo mejor es llamar a los dos siempre a la vez. En todo el territorio son considerados como si fueran uno, porque actúan de igual modo, y aunque cuenten como dos, se consideran como uno solo para este viaje.

Además, pertenecen a la familia más numerosa de la aldea y ellos, que ocupan el onceavo lugar como hijos, no son los últimos; tras ellos, nacieron el número doce y el trece, y alguno más pequeñito que corretea por las calles de la aldea.

Encima de todo esto, el hermano de su madre comparte la más grande de todas las cabañas, y su compañera también ha traído al mundo otro montón de chicos. ¿Creéis que acaba aquí la cosa? Pues también viven con ellos abuelos, bisabuelos y tíos. Más que una cabaña, es casi una aldea en sí, parecida a la cueva de los primos de Dan en el Bosque Nublado.

Por lo cual, y en porcentaje, es acertado que sean dos los que representen a esta amplia familia. De otro modo, ¡no habría quien los separara!

Los doce componentes de la partida dominan bien el arco y destaca entre ellos la destreza de Dan, que ha enseñado a casi todos. Quien la ha perdido parcialmente debido a las heridas de su brazo es Otxo, que en otros tiempos hubiera pugnado en habilidad con su antiguo aprendiz, pero con un arco corto puede defenderse. Son excelentes lanceros, arte que han ido adquiriendo con la práctica durante estos años en los entrenamientos de los Bufantes Rojos.

El manejo del hacha es algo casi innato para las gentes del lugar porque han aprendido desde pequeños para no pasar frío en invierno, solo que, de un tiempo a este, lo hacen para atacar y defenderse.

La espada se ha introducido novedosamente en sus vidas y se ha convertido en el arma predilecta de la gran mayoría; es ligera y contundente para el cuerpo a cuerpo, y todos ellos, junto a muchos de los que se han quedado, aprobarían con éxito un examen de espadachines. Y este es el potencial de la cuadrilla para el transporte de armas, “por ahora”.

Suben hasta el paso donde toman un respiro y cambian los tiros de caballo; después descienden hasta el cruce del camino, llegando a la vez que lo hace la noche. Al llegar a la posada del Sol y la Luna, ya los están esperando fuera de la cabaña.

Danúmin ha sentido su llegada y ha avisado al resto; incluso sabía cuántos carros, caballos y personas llegaban... bueno, en cuanto a personas, se ha equivocado. (Dijo trece, y solo son doce). Aun así, siguen sin entender sus parientes cómo es capaz de sentir la llegada de la gente.

En la posada son agasajados con todo tipo de viandas por los parientes de Dan. Y al menos esta noche, aunque sean pocas horas, descansan sobre cómodos jergones. La noche ha pasado y un incesante trasteo en el exterior despierta a todos.

Al asomarse a la puerta, varios sobrinos de Dan han preparado ya los carros. Pero ahora son cinco en vez de cuatro los que guardan fila; el último está repleto de comida y prendas de abrigo, y un buen montón de antorchas preparadas con unturas de grasas y aceites.

De su pescante no se apearán de modo alguno ni Mextagón segundo, ni Pólari segundo, y mucho menos Batuzáim segundo, que se encuentra a unos metros por detrás, montado sobre un hermano de Azcarra y Naíko.

Tras ellos, otras cinco monturas más, entre yeguas y machos, y todos ellos pertenecen a la misma antigua yeguada de la poderosa raza. Ellos no han sido elegidos por nadie, tampoco saben nada de las condiciones que se acordaron en la aldea, pero se presentan voluntarios con el beneplácito de sus padres y tíos.

No serían dignos habitantes de Terralta, sin presentar colaboración a tan digna misión. ¿Y por qué no hay tiempo para avisarles? Porque si no, también habrían acudido sus primos de las cuevas del Bosque Nublado. También han tenido que convencer a Danúmin, o más bien encerrarle para que no acompañe a sus primos mayores.

Es tan obstinado como Luxím, pero este, en lugar del granero, se mete en el almacén de bloques de arcilla, acompañado por su inseparable mascota Gattü, un gatito descendiente de Mixu, que le regaló Dan, hace ya algún tiempo.

Dan y Lauro, como responsables de la cuadrilla, no tienen más remedio que aceptarlos en su partida. El resto acepta con agrado la incorporación de tan valerosos voluntarios, aunque pertenezcan a la misma familia, porque ellos no son de la aldea roja y quedan exentos en la norma, o así lo consideran por propio interés y por pocas ganas de entrar en discusión, perdida de antemano.

Dan los ha visto nacer cuando todavía vivía en la cabaña del lago y solo son dos o tres años menores. Los nombres fueron

concedidos en honor a sus inmediatos antecesores. En esta familia todos son buenos arqueros y expertos cazadores.

La cuadrilla de Barregarri se ha completado con quince valientes que acuden a la llamada de Mufo. Pero falta algo más, para pertenecer en todo derecho al grupo... hay que ser un Bufante, nada que no se pueda arreglar. Uno de los gemelos, que no se sabría decir quién es, se comunica con Dan a base de extrañas señas solicitando su beneplácito para remediarlo.

El capitán conoce bien a los hermanos y ha comprendido lo que pretenden, y con otra seña los anima a actuar. Llamam a los nuevos componentes y les piden que se inclinen ligeramente ante ellos, más que nada porque no alcanzan a sus cabezas; después, apoyando sus manos sobre las testas, pronuncian un improvisado nombramiento.

— **Sazu:** *Mi hermano y yo, en calidad de honorarios componentes de la cuadrilla de Barregarri, os nombramos nuevos miembros de los Bufantes Rojos.*

Los sacuden un contundente capón a cada uno, para rubricar el acto. Los hombres, más que doloridos, se quedan sorprendidos, al igual que el capitán y los presentes. Se rascan la cabeza, pero lo aceptan pensando que será la costumbre del grupo. Sin duda, los gemelos se han aprovechado, porque en otra circunstancia se los habrían devuelto, y un capón de tan rudos moradores del lago sí que duele de verdad. Entre disimuladas risas de los otros, montan en caballos y carros y emprenden la partida despidiéndose de los que se quedan en las cabañas del lago de la luna, y acompañando durante un buen tramo de la jornada a sus orillas, hacen camino la cuadrilla de Barregarri.

En vez de parar durante las noches, cambian a los caballos que tiran de los carros y todos se suben a ellos, dejando descansar a los relevados que caminan sin carga alguna al final de la columna. Solo harán pequeñas paradas para que puedan pastar, y ellos reponen fuerzas también.

Durante uno de los descansos, los gemelos se disponen a repartir las viandas para tomar un bocado, y el que se considera mayor porque nació unos minutos antes, regaña a su hermano por haberse comido más de tres tortas.

— **Cazu:** *Antes te he visto acercarte a la trasera del carro, seguro que te las has comido tú, tragón. Y no lo niegues porque las tengo contadas.*

— **Sazu:** *Yo no he sido, si tengo más hambre que un lobo pequeño, llevo todo el día sin probar bocado.*

Nadie le cree, porque verdaderamente es un tragón que no para de comer, aunque no se sabe dónde lo echa, porque se mantiene fino de estampa.

Pero él no hace caso de las acusaciones y se come un par de tortas y una buena ración de higos secos. Y el resto, riéndose de la gracia que tienen los dos cuando regañan, también toman un bocado.

Reemprenden la marcha en cuanto los caballos han reposado. Unas jornadas más y llegan muy cerca del paso de las agujas. Sazu ha continuado metiendo mano al zurrón de los panes, y varias discusiones entre gemelos se han sucedido. Él lo niega siempre diciendo que será algún gato salvaje que está siguiéndoles.

Estos ratitos y alguno en que Dan cuenta algunas de sus historias han hecho que el tiempo corra ameno y a prisa. Se detienen a media legua del paso y envían al rubio y a su sobrina a inspeccionar el terreno con sigilo. No tarda en regresar la joven Ilda; su tío se ha quedado a reforzar la guarnición que ya está sitiada, y ella trae noticias de la acuciante desesperación que impera en lo alto de los farallones.

— **Ilda:** *Están siendo atacados desde hace días, y no podrán resistir mucho más. Aguantan la situación gracias a su mejor posicionamiento, pero se han agotado las flechas y se defienden ya a pedradas. Han eliminado a muchos atacantes, pero todavía son triplicados en número; entre los defensores hay más de un tercio heridos, y por suerte todavía ninguna muerte que lamentar.*

Aunque la situación apremia, no deben precipitarse la cuadrilla de Barregarri, y han de pensar en un buen plan para entregar las armas sin ser vistos, así que piden a la chica que explique la situación.

Ella y su tío han recorrido parte del terreno, y en el suelo representa el escenario. Los farallones y el cañón son dos montones de tierra, y con piedrecitas sitúa la posición de atacantes y defensores. Todos miran a Dan esperando que les dé alguna solución, y este se dirige a Otxo, diciéndole en bajito.

— **Dan:** *Ojalá estuviera aquí Jarzalix; él sabría lo que hacer...*
Y Otxo le contesta con contundencia...

— **Otxo:** *Pero Jarzalix no está aquí, ni ahora. Y yo nunca he sido un buen estratega en la caza y mucho menos en batallas; desde que le conozco, siempre me he dejado guiar por él. Pero lo que sí te puedo decir es que siempre ha confiado en ti, por eso*

insistió en que comandaras este grupo. En más de una ocasión, me dijo que algún día le superarías en habilidades, y ya lo demostraste inconscientemente en muchas ocasiones cuando íbamos juntos de caza. Esa virtud la llevan dentro pocos seres humanos de forma innata, y ahora es el momento en el que tú debes sacar esa fuerza del interior, porque esta es tu misión.

Su amigo Lauro le conoce incluso mejor que Otxo, y comparte el mismo parecer. Se ha dado cuenta de su indecisión y le anima porque también confía plenamente en él.

— **Lauro:** *Vamos, amigo, piensa, necesitamos urdir un buen plan para entregar las armas a los hombres de los puestos sin que nos vean, y tú puedes hacerlo, como lo hiciste la noche de los cebukos o la trampa para los lobos del norte.*

Dan se queda callado durante un rato y de repente contesta mientras se pone a ello.

— **Dan:** *Gracias por vuestra confianza, pero esto es cosa de todos y me ayudaréis a resolverlo.*

Dan se concentra en el plano que ha improvisado Ilda en el suelo. Cada uno aporta una idea, entre todos urden un brillante plan, y al instante ya está dando instrucciones y organizando lo que parecía ser una verdadera locura. Porque no se limitarán a subir a los farallones para entregar el armamento.

Al poco tiempo ya están preparados. Con los carros resultaría de gran dificultad el ascenso por las intrincadas veredas, así que preparan dos caballos para cada farallón, a los que acoplan dos parihuelas para facilitar el tránsito y cargados hasta casi el total de su resistencia, sabiendo que serán capaces de llegar a su

destino sin escatimar en el esfuerzo, porque ya lo han hecho en otras ocasiones.

Un hombre a pie guiará a cada animal y los cuatro tirarán de sus riendas con el mismo ahínco. Se dirigirán dos de ellos hacia cada una de las fortificaciones. Los dos carros vacíos y el otro que lleva alimentos y pieles para el abrigo se quedan a un lado del camino. Las cabalgaduras guiadas por sus jinetes subirán a las terrazas de los farallones desde donde se defiende el paso.

Otxo las conoce bien y se prepara para ir a la más complicada. Cabí le seguirá con el segundo caballo, y la pareja de forzudos Firro y Leña se encaminará con el tercero y cuarto por la otra senda más sencilla de transitar. A la señal convenida, se dirigirán con las armas hacia las fortificaciones donde esperan los defensores, y así en fila se quedan preparados.

Quedan más de una docena de caballos libres; Lauro monta sobre Naíko, y los otros once están atados entre sí y en línea paralela, uno junto a otro formando una barrera, y en el centro de ellos está Azcarra para guiarlos. Van ataviados en pecho y costados con escudos para protegerlos de flechazos y lanzadas. Para rematar, por encima de sus lomos están cubiertos de pieles rojas con las que se abrigan en las frías noches.

Y coronando sus cabezas, colocan cráneos de cebukos reforzados estratégicamente con ramas, simulando las cornamentas de los míticos bufantes.

Con semejante disfraz, parecen cualquier cosa menos caballos. Después, cortan más ramas verdes y se las atan a los atalajes con el fin de que las arrastren por el suelo, para que levanten polvo y no sean identificados con facilidad.

Esto demuestra que los aldeanos cuentan siempre con sus estimables amigos equinos y confían plenamente en su poderío y habilidades.

Mientras tanto, la situación en el puesto de defensa empeora, y los invasores avanzan por las empinadas torres en forma de agujas que forman los dos farallones. El paso no pueden atravesarlo porque Mufo y sus hombres han colocado un muro de arbustos secos, tan inmenso y frondoso que arde desde hace algunas jornadas.

Pero en este momento solo quedan los rescoldos, y ni un solo arbusto que arrojar desde arriba corriendo el riesgo de que, cuando se apague del todo, puedan flanquearlos y quedarían totalmente rodeados.

El resto de patrulleros de Barregarri se arman con arcos y flechas y actuarán para desviar la atención sobre los que suben con el armamento. La mitad de ellos rodearán el farallón del franco derecho; el resto flanquea el izquierdo. Trepando por las laderas, deben situarse justo por encima de los atacantes y por debajo de los defensores, quedando entre unos y otros. “Ya están de camino” ...

Por la izquierda escalan una de sus estribaciones... Chesos, el rubio que ha regresado a la llamada de su sobrina Ilda, ... Fardy, Matia y los gemelos Once.

Por el otro, Dan seguido de sus sobrinos Mextagón, Batuzáim y Pólari. Y todos ellos van bien cargados con un saco de cincuenta flechas; y lo incrementan con su correspondiente espada y una lanza, y por supuesto, peto, escudo y cráneo rojo de Cebukos, colocados sobre sus cabezas y rematados con una piel

en forma de capa. Colocado todo del mismo modo que a sus monturas.

Lauro debe azuzar a los caballos que están en línea para que levanten buena polvareda en estampida, y distraigan en la mayor medida posible a los atacantes mientras llegan sus amigos a los farallones.

Debe encaminar a los corceles hasta una posición cercana al fuego y después dejar que Azcarra y sus compañeros equinos siembren el pánico entre los enemigos armando una gran polvareda al atravesar las hogueras. Ya lo han hecho en otras ocasiones y saben que no se quemarán.

La cuadrilla de Barregarri, incluidos los caballos, espera la señal para lanzarse hacia sus correspondientes objetivos; los defensores esperan en cada uno en su posición arrojando desesperadamente rocas contra los que intentan escalar la pared del farallón, y su capitán Mufo permanece en primera línea esperando a que lleguen los refuerzos con las armas. Ya se cuentan con las manos los pocos guijarros que quedan en el altozano; incluso algunos de ellos intentan arrancarlos del suelo con sus propias manos.

Cuando se agotan del todo, se disponen a usar las pesadas hachas y largas lanzas. Todos ellos están preparados para recibir el ataque final, dispuestos a pelear hasta el último aliento, sabedores de que entre ellos y sus familias nada más podrá detener a los invasores.

Dan y sus sobrinos, mientras tanto, ya se han posicionado en el costado del farallón correspondiente, justo por encima de los

asaltadores, y frente a ellos ven la señal convenida, indicando que los otros también están preparados en su puesto.

La señal es una flecha lanzada al aire con una cinta ancha de color rojo brillante atada a su astil de madera. Y Dan, al verla surcar los cielos, lanza otra igual dirigida hacia la posición de Lauro y Otxo.

Otxo con su caballo y Cabi con otro serán los primeros en ponerse en marcha hacia el farallón de la izquierda donde espera Mufo. Hacia el otro arrancan los otros dos; Firro y Leña gritan a sus caballos para dirigirse al de la derecha.

Mientras, los valientes equinos de abajo aguardan en formación. Presienten la batalla y se muestran nerviosos e impacientes por emprender la marcha. Lauro tiene que calmarlos sujetando sus ataduras para que aguanten.

Parece que conocen también su misión y quisieran salir corriendo para colaborar con sus compañeros humanos. Azcarra es quién transmite con más fuerza ese mensaje y anima a los demás con sonoros relinchos.

Lauro está a punto de soltar las riendas del árbol donde han sido atados, cuando de repente de entre las pieles del carro de las provisiones sale un niño disparado, y de un ágil salto se sube sobre los lomos de Azcarra, donde se oculta parcialmente bajo la piel que le cubre para que Lauro no le vea.

Es Luxím, que ha permanecido durante todo el viaje escondido en los carros sin que nadie se diera cuenta, metido entremedias de los escudos.

El treceavo viajante, que predijo su primo en la cabaña del lago, y él era el gato que se comía los panes, como bien aseguraba el gemelo Sazu. Esta mañana se ha cambiado al de sus primos al escuchar todo el plan, y temiendo que los caballos se desbocaran de manera incontrolable y se perdieran tras el asalto, decidió guiarlos él mismo, y además, jamás abandonaría a su suerte a su querida amiga Azcarra.

Este niño posee la misma alma de sus antepasados. Empeño y decisión no le faltan y ahora hay que añadir también la valentía.

Pero Lauro sí que se ha percatado de la presencia del hijo de su amigo, pero justo después de que ya haya soltado las correas y no puede detener el arranque de los potentes caballos, por lo que no tiene más remedio que situarse en su franco y galopar junto a ellos gritando al niño desesperadamente.

— **Lauro:** *Detente, Luxím, no seas loco o te matarán.*

— **Luxím:** *Lo siento, tío Lauro, no puedo dejar solo a Azcarra; él haría lo mismo por mí... Yo guiaré a los caballos a través del fuego.*

El estruendo es de tal magnitud que impide el hacerse oír más allá de la distancia que los separa, pero pueden distinguir a sus espaldas las desgañitadas voces de alguien que se acerca a ellos a galope tendido por el camino que han llegado. Proceden del hermano mayor de Luxím.

El día que partieron no se percató nadie, porque cuando está triste, pasa incluso la noche entera en su particular refugio de las cuadras; nadie se preocupó porque siempre había vuelto al amanecer atraído por el olor que desprenden las tortas recién

horneadas, pero esa mañana no aparecía por ningún lado. Náni enseguida comenzó a sospechar dónde andaba, y conociéndole bien, aseguró que estaría con la cuadrilla de Barregarri.

No era la primera vez que se había ocultado entre los enseres de un carro para irse con su padre, y el hermano mayor, siguiendo las indicaciones de su madre, partió de inmediato en persecución de la cuadrilla para avisarles de su ausencia.

Cuando llegó a la cabaña del lago, sus tíos solo pudieron ofrecerle un par de caballos de refresco para que el suyo al menos descansara del peso del jinete y sus viandas.

Por el camino dejó al primero totalmente agotado en una de las granjas por las que pasó. El segundo aguantó un buen trecho, pero finalmente se lo dejó a buen recaudo a un pastor que se hallaba cerca del camino. Montando de nuevo a Karrón, hijo de Nayko y Azcarra, no han parado ni un solo instante para descansar, pero de igual modo han procedido los que le preceden y el desesperado primogénito de Dan llega tarde para impedir su participación.

Así que ya no grita para que se detenga; es imposible parar a la manada desbocada. Contagiado por el ímpetu del que va por delante, termina gritando con más brío para animarlos.

Lauro, impotente por no poder detenerlos, declina en el intento, pero, aunque sabedor de la reprimenda que le espera por parte de su amigo por no haberlo impedido, la euforia que desprenden los muchachos le hace reaccionar y se anima para unirse a ellos, lanzándose por el otro flanco hacia el montón de rescoldos. Y ahora los tres irremediabilmente se lanzan junto a los caballos en la desesperada carga.

— **Náni:** *¡Adelante, Luxím! ¡Cabalga, loco, hermano, y guíanos hacia donde quiera que te dirijas!*

Náni se puso a su altura en el otro lado de la formación y, mientras todo ocurre, Otxo, al oír todo el barullo se ha detenido por un instante, le ha dicho a Cabi que continúe por delante y ha sido testigo de toda la escena. Se ha acercado hacia un borde del precipicio para ver si podía hacer algo y, desde su alzada posición, conforme pasa el hijo mayor de Dan, le lanza un arco y un carcaj lleno de flechas que hábilmente recoge el jinete.

Pero no son los hijos de Dan los únicos que han acudido sin invitación a la cita, porque enfrente de él, en un pico cercano que se eleva justo por encima del farallón izquierdo, le ha parecido ver la silueta de una amazona de largos cabellos a pesar de que no hay ninguna senda que permita transitar por allí. Monta sobre un extraño caballo de gran envergadura, incluso, que a pesar de la distancia cree haber divisado sobre su cabeza un par de enormes cuernos.

Quizás haya sido un espejismo y eso piensa, porque el viejo trampero dispone de una envidiable visión a pesar de su avanzada edad. Dándole vueltas a la cabeza, le viene el recuerdo de la descripción que hizo su amigo Dan de una tía abuela suya que vive en el Bosque Nublado, el día que contó a los cazadores en el paso de las piedras su primera historia.

Tras unos instantes de divagación y de vuelta a la realidad, los que suben a los farallones también se han dado cuenta de la estampida de allí abajo y los animan alentándoles hacia su destino a la vez que apresuran a los caballos para recorrer ellos mismos su propio camino.

Unos, por un lado, y otros por el otro, todos los Bufantes rojos entran por primera vez en acción, y tal vez el miedo contenido y superado hace que se griten unos a otros.

— **Otxo y el resto:** *¡Ánimo, Bufantes, haced mucho ruido!*

Ya en plena carrera se puede ver cómo el niño se tumba sobre el cuello de Azcarra y le susurra al oído. Son palabras de aliento y el animal aprieta más su carrera, animada por la presencia de su querido jinete.

Dan, ajeno a todo ello, sigue con el plan concebido, y ni se imagina los próximos acontecimientos. Eleva por un instante la vista, guiado por una especie de señal que nace en su interior, y en lo alto de una cima, una silueta conocida observa con atención toda la escena en espera de acontecimientos. Los caballos levantan una nube de polvo y se encuentran ya muy cercanos a atravesar el paso entre el humo de la fogata.

No tardan en ser divisados por los hombres de Trómbol. El mismo jefe de los invasores es el primero que piensa que se acercan refuerzos y, por la nube de polvo que provocan, le parece que sean cientos de jinetes.

Así que la mayoría de los soldados se parapetan entre las primeras rocas, dejando sin retaguardia y cobertura de flechas a los que están escalando por las laderas. Es el momento que esperaban los arqueros de la cuadrilla de Barregarri, y desde más arriba comienzan a descargar saetas a los que se han quedado al descubierto.

Dan y los demás ponen dos flechas a la vez y en cada lanzamiento, para que parezcan más arqueros, estrategia bien entrenada por todos en las maniobras de la aldea.

Más de una docena de atacantes caen heridos o muertos, y el resto, totalmente desorientados, salen al centro del camino, porque no hay suficientes rocas que protejan por ambos lados, y lo hacen protegiéndose con los escudos de metal. El resto simplemente ha cambiado su posición al otro lado de las piedras protectoras.

Entre tanto, los caballos cargados con armas y escudos ya han llegado a las cimas; les explican el plan de Dan a los presentes y entregan todos los pertrechos. Otxo, que asciende por el sendero desde la última estiviación, grita dirigiéndose a Mufo.

— **Otxo:** *Hola, Mufo, ya estamos aquí. ¿Recuerdas a un tal Barregarri y a su familia, a los que diste un mensaje para nosotros? Pues incluso a costa de perder el andar, el hombre cumplió su misión y, como te dijimos un día, cuando necesitaras a Dan y los aldeanos del valle, no te fallarían, y la están liando buena. ¡Adelante, muchachoooos!...*

Mufo, mientras ayuda a descargar los caballos que se han detenido un poco por debajo de la balconada natural que sirve de atalaya y puesto de defensa, mira a su viejo amigo Otxo, y se alegra saludándole con la mano a la vez que contesta.

— **Mufo:** *Ya lo creo que la están liando, viejo amigo... cazador de lobos...*

El cazador de lobos, sin dejar de descargar y acarrear cuesta arriba el armamento ayudado por los defensores, le contesta a grito pelado.

— **Otxo:** *Jarzalix te manda recuerdos; él no ha podido venir, pero te ha enviado a su digno sucesor, Dan, el aprendiz de cazador del que tanto te hablamos, ¿recuerdas?, el contador de historias. Él es quien ha urdido este plan, y ahora, ¡a luchar...!*

Otxo sigue dándoles instrucciones sobre lo que tienen que hacer para completar el plan. Mientras tanto, la lucha en la entrada del cañón continúa. Los hombres que se escudan en medio de la entrada lanzan también flechas hacia las posiciones de los arqueros rojos, y llegan hasta su altura dada la potencia de los arcos.

Los de arriba las van esquivando, se recompone su posición, lanzan rápido y se esconden más ligeros detrás de las rocas después de cada disparo. Están causando algunas bajas entre los enemigos y alguno de los de arriba también han sido alcanzados. Primero han herido a Fardi en un brazo, después Matia ha recibido un flechazo cerca del pecho; incluso a Dan le ha rozado una punta en la cara, abriéndole una buena brecha que sangra abundantemente mejilla abajo.

Algunos soldados de Tromból se percatan de la treta, dándose cuenta de que son pocos los arqueros, y advierten a su jefe de ello.

Él está bien resguardado cobardemente entre dos rocas, custodiado por cuatro o cinco soldados que además le cubren con sus escudos. Desde su improvisado refugio, da la orden de contraatacar a los arqueros. Los soldados se agrupan formando un semicírculo para disparar sus saetas hacia ambos lados; por cada uno que dispara, otro blande un escudo que protege a ambos.

Cuando estén preparados, el portador del parapeto debe bajar la defensa y el otro tiene que apuntar y disparar con rapidez, y se están preparando para el primero.

Todos a la vez bajan los escudos a la orden del que parece capitanearlos y disparan las enormes pero ligeras flechas, pero antes de volverlos a subir, los de arriba, que estaban preparados para cuando se bajara la defensa, sueltan la cuerda de sus arcos, y unos cuantos quedan ensartados antes de que vuelvan a cubrirse.

Protegidos en medio del muro, escuchan un estruendo que se acerca a toda velocidad, y se asoma alguno por las rendijas que quedan entre las protecciones, y lo único que ven es una nube de polvo y humo. Cuando se acerca la humareda, lo que cree distinguir uno de los soldados es la silueta de varios seres extraños con largos cuernos sobre sus cabezas. Por uno de los flancos, Lauro carga su arco y no le deja ni abrir la boca.

Otro que está en el lado contrario baja el escudo para que descargue su arco el correspondiente compañero, y ambos caen sin haberse enterado de dónde les vienen las flechas... Una la ha disparado Nani... La otra procede de la falda del farallón.

El miedo y la preocupación que sentían antes los que cargan sobre los sicarios de Tromból ahora se han convertido en ánimo y rabia.

Hermano y tío adoptivo, no saben por qué, pero confían en el pequeño que parece saber lo que hace. De repente, la densa nube avanza hacia los invasores. Parece echárseles el infierno encima, porque las ramas secas que arrastran los caballos se han incendiado al pasar por los rescoldos y desprenden chispeantes pavesas hacia el cielo.

Alguno de ellos ni lo ven venir, solo sienten los tremendos golpetazos, y al menos la mitad de ellos sucumben arrollados por la manada en la primera pasada.

Otros pocos que han podido esquivarlos, intentan esconderse tras las rocas; Lauro y Náni se van encargando de ellos con sendos flechazos.

Desde arriba el lanzamiento de saetas se intensifica; ya utilizan incluso las que han recibido desde la parte de abajo, y caen algunos más de los sicarios. Los que quedan en pie se repliegan, pero cometen el error de quedarse otra vez en medio del camino. Desesperados recogen los escudos que acaban de abandonar y se guarecen tras ellos, y cuando los orientan hacia un lado, los disparan por el otro, así que terminan formando un círculo cerrado, y entonces caen por arriba las flechas de las laderas.

No saben ni dónde meterse para estar a salvo. Y Luxím, en lugar de detenerse, da la vuelta a la recua de caballos y retoma el ataque preparando una nueva pasada.

Las ramas se han ido desprendiendo de sus ataduras y están desparramadas por todo el campo de batalla, desprendiendo humo por todas partes, lo que contribuye todavía más al aturdimiento de los soldados de Tromból.

El hermano de Luxím y el amigo de su padre ya no piensan en detenerle, sino que le animan adivinando sus intenciones. Los corazones de caballos y humanos laten con fuerza en el interior de sus pechos y nada podrá detenerlos ya.

Desde lo alto y entre la humareda que se va despejando, Dan puede distinguir a tres jinetes sobre tres caballos; uno de ellos es sin duda su amigo Lauro, pero los otros dos están guarecidos bajo una piel roja. Ni falta le hace ver sus rostros porque los ha sentido desde dentro de su alma.

Al reconocer que son sus hijos, no se para a pensar de dónde han salido el par de jovenzuelos, y por qué su amigo los está ayudando cuando tendría que haberse quedado al otro lado del paso... Más tarde se enterará. De momento... se sacude la cabeza para despejarla de tal sorpresa, y se lanza al ataque con mayor bravura.

Barranco abajo salta de roca en roca sin dejar de disparar flechas, y por detrás de él, salen más saetas en la misma dirección; sus compañeros le siguen. Los del otro lado han sido advertidos por Otxo y también bajan a reforzar el ataque; incluso los heridos, medio arrastrándose, avanzan con más lentitud, pero sin dejar de tirar flechas, y cuando se acaban, utilizan las rocas que por el camino van encontrando.

Allí abajo, sin saber cómo ni cuándo, Dan tiene ante sí a dos de sus hijos y a su mejor amigo, así que acude presto a su lado. Y cuando se acerca, no siente temor por ellos, sino que su corazón se llena de orgullo al observar su valentía y ver cómo luchan en equipo.

La recua de caballos y caballeros vuelve a realizar otra carga más, rematando a los pocos que quedan entre el muro de escudos. Pero entre las rocas todavía queda un buen número de ellos; unos apuntan a los jinetes y otros arremeten contra los arqueros.

Se han organizado y forman dos frentes, uno en cada pie del farallón. Trómbol se dispone a dar la orden para lanzar la primera descarga de flechas sobre los que están en medio, y todo parece sentenciado para la cuadrilla de Barregarri.

De repente, una luz cegadora aparece por encima de los dos farallones que impiden la visión de los arqueros de Tromból. Los defensores no se percatan de ello por estar a su espalda el rayo Salvador. Todavía sin ver, Trómbol comunica a sus secuaces que a su señal disparen a tientas todos a la vez.

De este modo podrán herir a más de uno. Antes de que baje la mano para que comience la descarga, una enorme lanza atraviesa su pecho de lado a lado. Sus secuaces no disparan y se quedan paralizados al ver lo que se aproxima. Un enorme griterío baja desde lo alto de los farallones, y ven solo Bufantes en estampida.

Los hombres de Mufo y el resto de la cuadrilla de Barregarri se han armado, y se han protegido con los cascos, petos y escudos que ha traído Otxo, y además también ellos se han echado pieles por encima a modo de capa, así que su aspecto desde abajo es ciertamente el de una manada de míticos Bufantes en desbocado descenso.

Todavía quedan asaltantes por entre las rocas que son arroyados por los que bajan. Firro y Leña compiten por lanzar a los hombres que se van encontrando contra los de más abajo, utilizándolos como proyectiles. Cabí los remata con su lanza, y los gemelos once avanzan saltando de roca en roca y van sesgando la vida con sus afiladas espadas de quien se guarece tras ellas. El resto de los hombres les siguen en tropel.

Mufo es el culpable de la lanzada que ha recibido Tromból; la ha arrojado con precisión desde mitad de la colina y no ha fallado. Dan y el resto pronto rodean a los intrépidos Jinetes, ofreciéndoles su protección. De entre las piedras salen los pocos mercenarios supervivientes que quedan, e inmediatamente rinden sus armas y huyen despavoridos.

Gracias a La sorpresa y la valentía y sobre todo al arduo entrenamiento al que se han sometido durante mucho tiempo en la aldea roja, y por supuesto a la colaboración de los que defienden el paso, han logrado la victoria sin lamentar más bajas entre ellos.

Lo que había sido pensado como estratagema de distracción para efectuar la entrega del armamento se ha convertido en la batalla final. Después, todos ellos situados en el centro del paso, celebran la victoria. Pero queda algo pendiente.

Dan se dirige hacia sus hijos; el resto es consciente de ello y contempla el desarrollo de los acontecimientos, pensando en la tremenda bronca que van a recibir los muchachos.

Lauro intercede por ellos interponiéndose en su camino, y Dan le aparta, se pone frente a los dos jovenzuelos y mira fijamente a sus ojos. Primero a Náni, y después a Luxím, de quien se teme que sea el culpable porque lo lee en su mirada. Los muchachos no han sentido miedo en toda la batalla, pero ahora tiemblan ante su padre.

Temor falsamente infundado, porque primero a uno y después al otro, los agarra a cada uno por el hombro y aprieta a ambos contra su pecho, a la vez que besa sus frentes. Y dirigiendo su mirada hacia el Sol, da gracias a la naturaleza y la

luz que hay en su interior, por haber recibido un bien tan preciado como sus valientes hijos.

Allí arriba no solo se divisa el horizonte entrecortado del farallón; la silueta de una mujer con su montura que bien conoce se distingue perfectamente, al menos para sus ojos, que cuando enfocan para ver mejor, parecen acercarse a ella, que los cierra a la vez que asiente con la cabeza, y el padre hace lo propio.

Nadie más lo ha visto porque quien no posea tan extraordinaria visión, podría confundirla con uno de los árboles que por allí crecen. Lauro no tarda en unirse a tan efusivo abrazo y hombres y mujeres que han luchado en la batalla hacen lo propio con quien encuentran a su lado. Sin embargo, Batuzáim, Mextagón y Pólari se acercan al carro para sacar de él leche de cabra y zumo de grosellas y madroños, para celebrar la victoria.

Finalmente, Dan y Mufo pueden estrechar antebrazos. Los dos frente a frente se observan; su mirada se ha quedado cruzada y es difícil separarse. El joven confirma por qué le llaman el de los ojos azules, porque relucen con la intensidad del mismo cielo despejado, y percibe desde ellos mensajes parecidos a los que escucha desde lo alto de la cúpula terrestre.

Y lo mismo le pasa a Mufo; puede ver en el interior del que está enfrente una extraña pero maravillosa y pura bondad. Y al girarse y observar a sus retoños, lo mismo ve en ellos.

Antes de retirarse del campo de batalla, entierran a todos sus enemigos sin rencor; incluso ponen una gran piedra sobre la tumba de Tromból.

Pero la más grande que pueden mover y no precisamente para conmemorarlo, sino que lo hacen para que nunca más pueda salir de debajo de ella. E invocan a la naturaleza para que reciba a sus almas y las una a las de Luz y Danúm, para que estos las purifiquen y las devuelvan de nuevo dentro de los cuerpos de recién nacidos seres.

Mufo le pide a uno de los defensores, que es experto grabador de madera, que escriba en un tronco del árbol más grande y cercano el nombre de todos los que han intervenido en la defensa, y también a los que vinieron en su ayuda. Y en lo último del escrito, reza en signos grandes...

La cuadrilla de Barregarri, y seguido... “Los Bufantes de la Aldea Roja”. Queda a buena vista de todo el que pase por aquí para que conozca a quienes libraron a las tierras del norte de la opresión de Tromból.

Los heridos se quedan en la sexta ciudad curando sus magulladuras. Los gemelos once son enviados por delante a la aldea para tranquilizar a sus familiares, amigos y al resto de Bufantes. Junto a los voluntarios de Mufo, avanzan por las tierras de Llanos Verdes.

Cuatro jinetes encabezan la comitiva, sonríen al cruzar la mirada unos con otros; Luxim está en el lado opuesto a su padre y tiene que inclinarse sobre la cabeza de Azcarra para comunicarse con él a través de gestos.

La verdad es que ambos, al mirarse, podría decirse que ponen un poco... cara de tontainas. El chico sonríe, alza de golpe el mentón... como diciendo... ¡Qué pasa! Y cuando el padre encoge los hombros... como diciendo... ¿Qué pasa con qué?

Luxim se pasa el dedo gordo por la cara, de lado a lado, justo donde su padre ha recibido el flechazo.

Y Dan girando la cabeza a ambos lados como diciendo... ¡No es nada! Azuza el caballo de golpe y todos le siguen gritando no sé qué... Lo cierto es que la cicatriz de Dan no tiene el aspecto de una herida recién abierta; más bien pareciera que se la causaron hace ya bastante tiempo. La sangre que corre por sus venas debe de ser, como mínimo, ¡algo mágico!

Las aldeas y granjas conquistadas anteriormente por las tropas de Trómbol son liberadas a su paso, incluso la perteneciente a la familia de Barregarri. Finalmente llegaron a Tenaria, la ciudad de donde provenía el Primer Mextagón, abuelo de Dan, quien reconstruyó la primera cabaña del lago. Y allí conocieron a los descendientes de sus hermanos. Estos, al igual que el resto de los habitantes de Llanos Verdes, eran tan valientes como cualquiera de las mesetas del norte, pero nadie pudo hacer nada, porque Tromból retuvo contra su voluntad a todos sus hijos secuestrados, y amenazó con matarlos si ofrecían resistencia.

Nada pudieron hacer para no ser invadidos. Sí es que ni siquiera conocían dicha palabra y tal maldad. Fueron sorprendidos completamente confiados y desprevenidos.

Allí en Tenaria, se forjó una alianza entre vecinos de todas las aldeas del norte y las gentes de Llanos Verdes; se prometieron lealtad para siempre y programaron futuras y asiduas visitas para saber los unos de los otros e intercambiar vivencias y conocimientos, tan de vital importancia para la prosperidad durante aquella época.

Ahora el territorio de los tres colores aumentaba con uno más. “El territorio de los cuatro colores”. Allí los parientes de Dan le hablaron del Gran río Hondogabea, que quiere decir río sin fondo. Pero también podría decirse de él que es el río de una sola orilla, porque es de tal anchura que cuesta ver el otro lado. Y es la razón por la cual la región de los cuatro colores está aislada del resto del mundo.

Territorio de los cuatro colores, porque observándolo desde la altura, como si se tratara de las franjas de una bandera, pueden divisarse las cuatro comarcas bien definidas debido a que en cada una de ellas predomina un color determinado. Al sur, el verde de los llanos aparece en primer lugar; las de granito con tonos azulados serían la segunda línea; por encima resalta con gran relevancia el color rojo de las montañas que rodean el valle. Como telón de fondo en el norte, se sitúa la gran mole que representan las montañas oscuras de color negro, que en alguna zona son coronadas de blanco debido a las nieves perpetuas, y que en altura sobrepasan las nubes.

Este inmenso macizo es el de mayor longitud, trazando un muro impenetrable que corta la península en dos mitades. En su extremo occidental alcanzan su mayor altitud, y dicen que dicha alzada no se rompe hasta llegar al gran océano donde se precipita en toda su plenitud en tremendo acantilado. En el centro y durante casi mil leguas, relaja su envergadura y desciende brevemente para unirse a sus hermanas roja y granítica, en la encrucijada de la gran catarata de la niebla, y a partir de allí continúa en solitario hacia Oriente, donde vuelve a elevarse para tocar de nuevo las nubes.

Y al igual que por el lado opuesto, también se hunde de golpe al tropezarse, esta vez con el gran Mar de los gigantes

Herraldix. Que son otro acantilado en cuyas paredes dicen que se encaraman dichas bestias.

Más abajo, en lo que se denomina ahora la nueva frontera y también de un lado a otro de esta península, se abre una depresión larga y profunda que parece haber sido horadada con el dedo de un gigante; es el río Hondogabea, que se ha ido llenando del agua proveniente de multitud de los caudalosos ríos que nacen en las cordilleras de tres colores.

El centro de la enorme falla se sitúa justo donde desemboca el río que atraviesa el Valle Rojo, y su caudal llena un extenso pozanco en forma estirada y se vierte por dos direcciones opuestas, la mitad hacia el oeste y la otra hacia el este; no recorre mucho hasta que engorda en volumen con la aportación del resto de ríos, y es tanto que ha llenado toda la grieta. La erosión ha hecho que se deposite gran cantidad de materia arrastrada hacia ambas vertientes, formando enormes deltas a cada lado, represas naturales que ralentizan el vertido.

Más que río, parece lago. Pero la inaccesibilidad no es solo por su anchura y profundidad. Tampoco es impedimento definitivo para vadearlo con una barca. Lo que le hace inaccesible son los gigantescos Arrandiakas, bichos enormes... medio peces, medio batracios, y algo de monstruos. Han oído hablar de ellos por el camino, pero no tardan en ver que no era exagerada su descripción porque no demuestran temor a mostrarse, saltando sobre la superficie del agua luciendo su terrorífica figura.

Cuando están muy cerca de las orillas, el grupo de liberadores pretende dar de beber a sus monturas y echar un buen trago ellos también.

Pero los que conocen bien a los Arrandiakas avisan de que no deben temer a los que saltan porque seguramente tengan la panza llena, pero de los que tienen que guardarse es de los que se mantienen acechantes e inmóviles en la orilla a tres o cuatro palmos de la superficie.

Esperan que algo o alguien se acerque a beber, y entonces, de un salto y tan solo de una bocanada, son capaces de engullir hasta un caballo con el jinete a sus lomos. Su mandíbula está llena más que de dientes, de gruesas muelas que trituran los huesos de sus víctimas como si fueran una grosella madura.

Cabeza grande y redondeada, parecida a la de una gigantesca rana, dos enormes aletas laterales que parecen más bien las alas del halcón de las nubes, y cuerpo rechoncho como el de un pejesapo, al que remata una espinada cola con punta arponada, con la que abaten a quien pueda escapar a su ataque mortal. Ni juntando media docena de caballos de raza grande se alcanzaría tal envergadura.

— **Dan se pregunta:** *¿Por dónde habrán cruzado los bandidos de Tromból?*

Allí se quedan los componentes de la cuadrilla de Barregarri, junto a un puñado de hombres y mujeres valientes que los acompañan en pos de la libertad de su territorio, que por el momento se encuentra a salvo gracias a los que han luchado y también a los que han colaborado para tal fin. Entre muchos de distintas ciudades, también los de la Aldea Roja, y especialmente recordamos a los que moran a medio camino entre el valle y el paso de las dos piedras de Báltux, al lado de un manantial de agua pura y cristalina.

Alegría y buenos recuerdos es lo que siempre ha flotado a su alrededor; en estos momentos, nostalgia y preocupación de una madre que se ha tenido que separar de dos de sus hijos y de su amado.

Siempre está vigilante junto a la entrada, deseando verlos aparecer por la entrada del manantial; abrazada al pequeño de ellos, se consuela besándole sin cesar, y entre los dedos de una de sus manos aprieta con fuerza tres estatuillas que representan a los que de momento son sus hijos... “tres niños de barro”.

Capítulo 30

ARRANDIAKAS

El puente. Se separan en dos grupos tomando caminos opuestos, unos hacia oriente y los otros hacia occidente. Cabalgarán hasta el anochecer y, si no encuentran por dónde cruzaron el río los de Surxarra, regresarán al día siguiente a este mismo lugar lleno de cañaverales y algún que otro árbol de distintas especies, entre los que destacan los nogales. Tres de ellos han crecido tan juntos que sus troncos se entrelazan conforme cogen altura y sus copas parecen de uno solo; por ello se le llama “el llano de los tres nogales”.

Los hombres de Mufo se dirigen hacia donde sale el sol, y la cuadrilla de Barregarri toma rumbo a poniente. Antes de que el Sol esté en su cúspide, en un tramo donde se estrecha el gran río, Dan y sus compañeros encuentran una colosal obra que habrá costado trabajo y mucho tiempo realizar.

Compuesto por dos torretas a base de enormes troncos de nogal y de una altura considerable e inalcanzable para el salto de los Arrandiakas, se alza el puente más grande que nunca hayan podido ver, y ni imaginar siquiera. De una a otra torre hay tensadas cuatro largas y gruesas maromas, que ni los mismos Uros serían capaces de entrelazar, y eso que ellos son especialistas en puentes y cordadas.

De las maromas cuelga una especie de plataforma de madera en forma de enorme canastillo con capacidad para tres o cuatro caballos con jinete incluido, o en su defecto, un carro entero. Un montón de poleas de madera en forma de icono y bien

untadas de grasa son las encargadas de hacer que se deslice por las tensadas cuerdas, formando todo el conjunto arquitectónico el primer puente colgante que se conozca en toda la península.

Para desplazarse a un lado u otro, sirven como tirantas más cuerdas de arrastre. Preparadas y provistas de atalajes para caballerías que tiren de la plataforma, pero han debido de ser bestias enormes a juzgar por las colleras que se dejan ver en el suelo. Un intrincado circuito de poleas fijas o invertidas tira hacia uno u otro lado del río, y otras elevan y hacen descender la plataforma.

Dan, envía a Batuzaím y Mextagón para que avisen a Mufo de su hallazgo y se reúnan con ellos, y los demás, empujados por la curiosidad, deciden probar el artilugio. Todos quieren subirse a él, así que lo decidirá la suerte, o en este caso la destreza. Lauro lanza su cuchillo hacia la torre y se clava en el tronco de uno de sus pilares.

Los cuatro que se acerquen más serán los privilegiados. Dan, intencionadamente, yerra el lanzamiento para darle la oportunidad a otro, y después de que el resto ha dejado clavada su daga en el tronco, Lauro determina quiénes son los vencedores y procede a nombrarlos, arrancando los más cercanos al suyo.

— **Lauro:** *Este es el de Cheso, y vaya, el otro es de su sobrina, y el tercero no podía ser otro que el de Otxo, el lobero, y el cuarto es el que más se ha acercado... el mío propio.*

— **Náni:** *Trampa, tío Lauro, eres un tramposo...*

Pero lo dice riendo el muchacho, y el resto le acompaña conociendo el buen humor del aldeano, nieto de los Buruzagas de la aldea roja. Pero consienten en ello, porque son conscientes de

que, si él hubiera lanzado, seguro que hubiera igualado al menos a Otxo.

Un tiro de caballos que supera la docena tensa las cuerdas, y el canastillo que está al otro lado comienza a elevarse. Cuando alcanza la altura máxima, empieza a deslizarse por encima del agua; va ligero de peso y apenas hace ruido alguno. Al llegar a la otra torreta y por efecto de las poleas, desciende nuevamente al suelo...

— **Otxo:** *¿Subimos también a algún caballo para probarlo del todo?...*

No hace falta responder porque, como una exhalación, se sube Azcarra, y la sigue de inmediato Naíko. Por esta vez ellos no serán quienes realicen el esfuerzo y nadie se atreve a apearlos. Después se suben los ganadores del concurso. Junto al tiro de caballos, todos los Bufantes también se enganchan a la maroma para colaborar.

No tardan en llegar a todo lo alto, y cuando están a medio camino pueden ver a los monstruos del río, que brotan desde las profundidades con gran impulso en un desesperado e inútil salto. Pero no se quedan tan lejos; los de abajo quedan sobresaltados, pero los de arriba se acurrucan entre ellos en el centro de la barcueta. A los caballos, los ojos se les salen de sus cuencas. Menos mal que los monstruos ya descienden al río uno tras otro sin alcanzar objetivos.

— **Luxím:** *Has visto, papá, son enormes, y aunque terroríficos, son preciosos también; mira cómo brillan sus escamas al reflejarse el Sol en ellas*

— **Dan:** *La verdad es que son animales grandiosos, lástima que sean tan voraces como nos han dicho los lugareños.*

Los boquiabiertos Bufantes rojos de abajo se ríen de los de arriba al ver sus aterrorizadas caras, cuando de repente se terminan sus comentarios jocosos, porque se ven salpicados por las grandes olas que provocan el aterrizaje de la docena de Arrandiakas que querían cenarse a hombres y caballos. Y claro, ahora quienes se ríen son los de arriba. Hasta Naiko y Azcarra relinchan jocosamente.

Después, guiados por la curiosidad, Náni y Luxím arrojan dos ramas grandes a la orilla, y unos cuantos más de monstruos saltan dejando medio cuerpo sobre la tierra, tan cerca de ellos que pueden sentir la percusión de molar contra molar de sus mandíbulas triturando las ramas que son escupidas de inmediato porque no les es agradable su sabor y textura. Después regresan los primeros, y por turno todos los que quedan prueban también el puente.

Cuando llegan los que habían tomado el camino contrario, los presentes presumen de haber sido los descubridores del puente y de las bestias. Pocos de ellos sabían de la existencia de aquellos magníficos seres, que, aunque voraces y peligrosos, realmente están colaborando en la seguridad de su territorio.

Ya solo queda un dilema: el puente sirve para abrir nuevos caminos y da lugar a descubrir desconocidos horizontes, pero sabiendo quiénes lo han cruzado, no saben qué hacer. La decisión es clara y determinante por parte del Buruzaga de Bajaterra.

— **Mufo:** *Hay que destruirlo; el río y los Arrandiakas nos protegerán hasta que organicemos más defensas.*

— **Dan:** *Así lo haremos, Mufo, lo quemaremos, pero antes dejad que recuperemos las cuerdas y tome nota de la construcción de esta magistral obra. Seguro que los Uros del Bosque Nublado serían capaces de reproducirla.*

Y como se planea, se realiza... Se desmontan las poleas y se desatan las maromas. Dan dibuja planos en un pergamino con todos los detalles y después, lanzando una flecha incendiaria sobre una pila de leña, prenden fuego a la torreta del otro lado hasta convertirla en ceniza. La de esta orilla será reformada porque la parte alta es un buen punto de observación.

Proyectando construir una cabaña adosada a la base de la torre y una empalizada en esta orilla del río, este será el puesto más avanzado de la frontera. La idea es montar aquí un punto de vigilancia similar al de la guarnición del puesto del paso de las agujas para proteger también el territorio de las llanuras verdes. Los hombres de Mufo se harán cargo de adiestrar a las gentes del lugar para reforzar la vigilancia. Más adelante llegarán reemplazos de voluntarios, procedentes de Llanos Verdes, Bajaterra y Terralta.

— **Voz:** *“Ya no nos cogerán desprevenidos nunca más”, porque los mismos Zerbas nos protegen ahora.*

Lo dijo una anciana procedente de una granja cercana recién liberada, mientras junto a otras abuelas preparaba una olla llena de guisado de jabalí para los valientes libertadores. Luxím se acerca a ella, la mira directamente a los ojos y ambos parecen haberse quedado hipnotizados por unos segundos. Al finalizar el trance, la anciana, en voz muy bajita, casi susurrándole, le dice al muchacho.

— **Anciana:** *Tú, muchacho, llevas clavada en tu mirada la imagen de una niña de tu misma edad; yo la conozco desde cuando era un bebé. La rescatamos de una cabaña en llamas cuando éramos mucho más jóvenes. Unos sobrinos míos se hicieron cargo de ella y algunos decían que era descendiente de los mismos Zervas, pero hace ya algún tiempo que no se sabe nada de ella ni de su familia. Acaso tú, al que se le refleja su imagen, sabes algo de ellos.*

— **Luxím:** *Si me hablas de Roxia y su familia, ellos son el motivo de que estemos aquí. Todos los que ves con casco de Bufante, venimos de una aldea del valle rojo; ellos nos avisaron de las penurias que os han hecho pasar Tromból y sus secuaces, y aquí estamos.*

— **Luxím:** *Aunque Barregarri resultó herido en un accidente, pudo avisarnos de la invasión de llanos verdes, y ya se le están curando sus heridas. Mi padre y yo les rescatamos; ahora viven en la aldea roja. Roxia es mi amiga y no ha podido venir porque debe cuidar de su padre. ¿Eres tú su abuela Daldia?... Me ha hablado de ti y del resto de vuestra familia.*

La anciana señora asiente con la cabeza, porque no le salen las palabras por la emoción de tan dichosa noticia; otras que están junto a ella se le aproximan con los ojos empañados y la animan y felicitan.

Al pobre Luxím le tiemblan los labios, porque intenta contener el llanto que quiere salirse por su garganta, y no lo hace gracias al ánimo que le presta su padre, agarrándole por el hombro y regalándole unas palmaditas en la espalda. Dan ha sido testigo

de toda la conversación y se alegra tanto o más que el resto de los que están presentes.

El chico ha revivido en el interior de la anciana la visión que le ha comentado, ha visto el rayo, después las llamas y ha escuchado el llanto del bebé como si estuviera allí, pero no entiende nada. Tan solo agacha su frente para que la señora de pelo canoso pueda besar su cabeza en agradecimiento, y además le sirve de la olla el primero de los platos, más lleno que el de ningún otro.

En agradecimiento, inclina su cabeza y afirma con un gesto lleno de sentimientos, sin apartar su mirada de tan dulce semblante. No le quepa duda a la vieja señora de que, si algún día estuviera en su mano defender a estas gentes, daría incluso su vida por ellos.

Y aunque no se han pronunciado estas palabras, ella las ha captado y está segura de que, en un futuro quizás no muy lejano, así lo hará. De momento le ofrece una gran jarra de leche de cabra, lo que más le gusta a Luxím. El muchacho jamás la olvidará, ni tampoco la promesa que en silencio le ha hecho.

La señora cree con más firmeza que nunca que la historia que corre sobre su nieta adoptiva de que es descendiente de los Zerbas no es que sea cierta; además, piensa que este muchacho y su hermano también lo son... Pero quien mayor asombro le ha causado, sin duda, ha sido el padre de ambos... No sabe por qué, pero la presencia de ese hombre, “o el ser que sea”, le ha devuelto la esperanza para con su territorio y sus habitantes.

En días posteriores, entre los más destacados e influyentes lugareños, que son todos aquellos que se cuidan de las granjas y

los combatientes del paso de las agujas, acuerdan y se comprometen a que no se abandonarán nunca las tareas ni las zonas de vigilancia, ni de noche, ni de día, relevándose cada poco tiempo los hombres que lo custodian.

Y para avisar con celeridad de cualquier acontecimiento, cada granja dispondrá de algún caballo para que los mensajes lleguen hasta el paso de las agujas, desde donde partirán los refuerzos necesarios para proteger la nueva frontera en caso de otra agresión. Así se hace saber en todas las aldeas y ciudades y de buen grado es aceptado por todos sus habitantes; al fin y al cabo, es en su bien y favor.

Ya se están organizando patrullas de reconocimiento a lo largo de toda la orilla del río Hondogabea, desde el mar del este hasta el del oeste. Se necesitarán muchos hombres, caballos, armas y pertrechos para tal fin, pero no faltará de nada debido al compromiso adquirido por todos los hombres y mujeres de las comarcas, para defender su tierra.

Cuando los combatientes que no se quedan en la frontera regresan, desde el río hasta la sexta ciudad, las gentes que se encuentran por el camino cuentan lo mismo. Los esbirros supervivientes del grupo de Tromból que habían sobrevivido a la batalla del paso de las agujas decían haber sido derrotados por una manada de desbocados bufantes de cabezas rojas. Y realmente así fue en parte, porque la cuadrilla de Barregarri pertenece a la aldea de un valle, donde se entrenan para la batalla,

“La Manada de Bufantes Rojos”. Y así comienza la leyenda de estos hombres y mujeres, que la única recompensa que buscan es la de vivir apaciblemente en este mundo, en paz y

armonía con la naturaleza y con todos los seres vivos que la habitan.

En Surxarra... Algunos de los supervivientes vencidos en la batalla habían cruzado el puente antes de que llegaran Mufo y los suyos. Alertaron a los que estaban custodiándolo y regresaron todos a sus territorios de origen... o más bien huyeron despavoridos por las noticias de que se acercaba la manada de Bufantes Rojos, llevándose con ellos unos temibles y grandes animales, nunca vistos por allí.

Con su ayuda construyeron el puente por donde pasaron al otro lado. Pero debido a su gran corpulencia, no pudieron pasarlos porque las maromas no soportarían su peso. (Menos mal, porque de haber podido, estos animales hubieran decantado la batalla a favor de los invasores).

Pero no era la primera vez que traspasaban la frontera natural que arrastra enormes cantidades de agua.

Hace ya muchos años lo traspasó Gaitokari para cumplir una venganza en nombre de Gaito, su mentor. En aquella ocasión, utilizó el poder de su mente para amansar a los Arrandiakas, que no eran ni de corto la mitad de los fieros que en estos días. Y bajo su influencia se alinearon debidamente, formando un puente para pasar al otro lado. Esto mismo se intentó para que pasara Tromból la primera vez, pero por alguna extraña razón las bestias del río no le hicieron el menor caso.

Incluso al acercarse a la orilla junto a sus esbirros, algunos les sirvieron de cena. El propio Tromból resultó levemente herido por una errada dentellada. Una estación más tarde, regresaron con una solución para traspasarlo.

En el lado sur, construyeron una torre de madera, pero muy rudimentaria comparándola con la que acaban de quemar los Bufantes rojos. Eso sí, casi tan alta para que no los alcanzaran los monstruos del río. Era para tensar una cuerda, pero al otro lado no había dónde amarrarla.

Desde lo alto, el propio Gaitokari habló con unos recolectores de juncos que los cortaban en la orilla opuesta. Les ofreció un carro repleto de pieles, apeos y abundantes alimentos, a cambio de que construyeran ellos una torre igual a la que había enfrente. No se fiaban de aquel hombre que tenía ojos como las serpientes, y se negaron rotundamente.

Como no pudo convencerlos con el chantaje, lo intentó con el otro medio de que disponía, penetrar en sus mentes para que le obedecieran, como había hecho con todos sus acompañantes.

Nunca antes lo había logrado a tanta distancia, pero el hipnotismo funcionó. Y no solo los tres recolectores se pusieron manos a la obra, también los ordenó que trajeran más de su aldea, convenciéndoles con falsas promesas.

El tiempo justo para ir y venir, y ya estaban talando árboles bajo la influencia de sus hechizos. Una vez alzadas las dos torres, intentaron lanzar finos cordeles al otro lado, para después atar a ellos maromas más gruesas y que los de enfrente tiraran de ellas para atarlas en lo alto de la torre y construir una tirolina, pero no llegaban ni a la mitad del río.

Después lo intentaron atándolo a la pluma de una flecha, y solo llegaron un poco más lejos, quedando el proyectil atrapado en una isleta formada por troncos atascados en la arena del fondo. De Gaitokari fue la idea para llegar hasta la punta del cordel.

Primero le pidió a Tromból que enviara a unos cuantos hombres con sus caballos correspondientes para que se metieran en el agua media legua río abajo. Así lo hizo, y como si no dispusieran de voluntad propia, se lanzaron a la orilla. En unos instantes muchos de los Arrandiakas se estaban dando un festín.

Momento en que aprovecharon los de la otra orilla para tirarse al río y rescatar la flecha a la que habían atado el cordel. Veintidós se tiraron al río y tan solo cuatro regresaron; el resto fueron el postre de los monstruos del río. Suficientes para llegar a la otra orilla y atarlo en lo más alto de la torreta, y con la ayuda de caballos arrastraron una maroma que sobrepasaba a un brazo de espesor.

Por allí envió Gaitokari a Tromból en su primera escaramuza, pero tardaron al menos dos días y medio para que cruzaran un centenar y medio de hombres pertrechados con el armamento. Se hicieron con caballos desvalijando las granjas que se encontraban de camino a las ciudades que fueron invadiendo, hasta consolidar el territorio. Al poco tiempo fueron derrotados por primera vez en el paso de las agujas y tuvieron que traspasar el río por el mismo lugar por el que vinieron. Y no fue la última intentona; hace un año regresaron y construyeron el gran puente que ahora han destruido los Bufantes rojos.

Hasta que le llegó la muerte en el paso de las agujas, Tromból, bajo la influencia de Gaitokari, era quien reinaba en las que fueron las grandes y fértiles llanuras de Surxarra, que están situadas más al sur de Llanos Verdes. Se extienden de un lado a otro, desde el mar del sur hasta el río Hondogabea. Y de este a oeste, desde el mar azul hasta el de los gigantes.

También ha conquistado Gaitokari el otro lado de las montañas oscuras del norte, a las que solo se puede llegar atravesando los mares. Desde ese lado, por tierra no es posible pasar al territorio de los cuatro colores porque la altura en las cimas hace que el oxígeno necesario para respirar desaparezca.

Y por este lado, el río es la otra barrera natural; por ello las montañas rojas, Terralta y Bajaterra son los únicos territorios que no han sido invadidos... ¡Todavía!... Porque por las cimas negras, no dejan de intentarlo. Últimamente están enviando partidas de hombres para descubrir un paso, y van acompañados por animales iguales a los que han ayudado a construir el puente. Enormes bestias fornidas y despiadadas, traídas de no se sabe dónde.

Hasta ahora, ningún grupo ha regresado, pero siguen intentándolo. La vida de los humanos no tiene valor para Gaitokari, y mucho menos para quien desde el espacio lejano le dirige. Así que no tiene reparos en que mueran cuantos sean precisos para concluir sus maléficos planes.

Los que huyeron del puente llegaron a la ciudad de Trómbolia, que es la capital de Surxarra, y se apresuraron a contarle todo lo sucedido a Ganitari, la desposada de Trómbol. La transmitieron como había muerto, mintiendo sobre el modo en que sucedió.

Según ellos, lucharon contra miles de adversarios mejor armados y protegidos; su esposo encabezaba siempre la batalla y mató a cientos, pero sorpresivamente fueron atacados por una inmensa manada de gigantescos bufantes rojos que estaban al servicio de los defensores. Y también obtuvieron ayuda de un mago que lanzaba rayos desde lo alto de los farallones. Ellos se

habían salvado luchando hasta el final; incluso les mostraron las heridas recibidas... (que se habían infringido ellos mismos, debido al temor que le tenían). Alegaron que era imposible matar a las terribles bestias de largos cuernos. Y la recompensa que obtuvieron fue una dolorosa ejecución por no haber dado la vida por su caudillo.

Ella solo posee dones malvados que le inculcó su hermano, amante, o no se sabe el lugar que ocupa en su vida, Gaitokari. Como el de embaucar a la gente nublando sus sentidos al penetrar en sus mentes. La valentía y el coraje no son uno de sus fuertes, y además es inmensamente perezosa para realizar semejante esfuerzo.

Esperará a que sus hijastros crezcan y puedan formar un ejército mayor que el que su padre reclutó para llevar a cabo el plan que su creador le había encargado. Hasta entonces dedicará su vida para terminar de criar a Gamból y Zamból dentro del odio y el rencor, sobre todo dirigido a las gentes del territorio de los cuatro colores y especialmente a “la manada de Bufantes rojos”.

En el norte, al otro lado de la frontera... La cuadrilla de Barregarri, veinte días después, regresa con varios heridos de leve gravedad que en pocos días se terminarán de curar.

Dan y sus hijos están pensando en si habrá nacido ya la pequeña Belasol, y están deseando llegar al Manantial para comprobarlo. Por el camino, al avanzar por la ladera de las primeras estivaciones de las montañas rojas y antes de llegar al lago, Luxím se acerca a su padre y, manteniendo la cabeza gacha, le dice en voz muy baja.

— **Luxím:** *No mires ahora, papá, hazlo después con disimulo. Dirige tu mirada hacia las cimas y dime si ves lo mismo que yo*

he visto. De vez en cuando, entre árbol y árbol que recorta el horizonte, aparece y desaparece una amazona montada sobre un blanco corcel. Acaso, ¿sabes tú quién pueda ser?

Dan ni siquiera mira; le dice que será cosa de su imaginación. Seguramente sea el viento de las cimas que agita las ramas de los árboles y estos reflejan la luz del sol hacia su posición. Lo cierto es que de sobra sabe quién es, porque desde la lejanía los ha acompañado en todo momento desde que partieron del manantial. No le hace falta verla, porque la presiente.

El hijo siente también una extraña presencia; sabe que su padre le oculta algo. También sabe de sobra que algún día le dirá quién es, o tal vez ella misma se le presente cuando considere oportuno.

El caso es que el joven se aleja mirando al padre de reojo, del mismo modo que su progenitor se ha dado cuenta de ello. Disimuladamente sonríe para sí mismo y azota los cuartos traseros de Azcarra para que galope con premura hacia su destino. Adelanta a todos, y al verle alejarse en la curva del camino, le gritan al unísono una famosa frase que hace no mucho escucharon en boca de su hermano, y que Otxo no se cansa de repetir en cuanto tiene la oportunidad.

— **Cuadrilla de Barregarri:** *Adelante, Luxím. Cabalga, loco amigo, y guíanos hacia donde quiera que te dirijas.*

Solo que ahora su destino más inmediato es La posada del lago, donde se sentirán más seguros todavía y podrán por fin descansar y retomar fuerzas. Durante la cena volvieron a celebrar

la victoria y de paso sirvió de despedida con los tres primos de Dan.

Danixia y su hijo Danúmin, ayudados por los mineros, habían ido acopiando en la llanura del paso de las piedras una buena cantidad de metal en bruto de las minas para hacer más armas y escudos.

Capítulo 31

BELASOL

Por la mañana, después de despedirse de las gentes del lago, ascienden por las laderas de las montañas rojas y, una vez allí, cargan los carros. Para descender, enganchan más caballos extras, dos por delante y los otros por detrás, para que no cojan excesiva velocidad y bajar con total seguridad. Un sobrino de Dan se adelantó partiendo antes de la salida del Sol para dar las buenas noticias en la casa de su tío y en la aldea roja.

Están en la primera cabaña que Dan construyó con el barro rojo que descubrió allí, y tan solo la última curva los separa de la entrada a la pradera donde están las cabañas. Y el padre de Luxím y Náni, que no ha temido a la batalla, siente preocupación convertida en cierto temor.

No sabe cómo va a reaccionar Ixaéla al hecho de que se escapara su hijo sin que se diera cuenta de ello. Pero antes de entrar a la casa desaparecen todas sus preocupaciones, al escuchar el llanto de un recién nacido. Para ser más exactos, se trata de una niña a la que llaman Belasol, que ya hace algunos días que nació.

La alegría oculta el resto de las preocupaciones, e Ixaéla presenta al nuevo miembro a toda la comitiva, se alegra de su regreso y también siente regocijo al conocer la valentía que demostraron todos ellos en la confrontación, sobre todo sus hijos.

Al fin y al cabo, qué más da lo que haya sucedido; lo importante es que todos vuelven de una pieza. Se acerca a Dan y, acariciando la cicatriz que aparece en su cara, Ixaéla le agradece que haya traído a sus hijos de vuelta sanos y a salvo. Pero Luxím

no se libra esta vez de la reprimenda, acepta la bronca a la vez que asume su culpa y se encierra a sí mismo en la cuadra, pero no se va solo, y Náni le llama la atención.

—**Náni:** *¿Dónde vas con Belasol, si ella no ha hecho nada malo? Y mira, el otro pequeñajo se va con ellos; anda y enciérrate tú solo.*

El pequeño Lolím también quiso ir con ellos para no perder de vista a la pequeña. El hecho y el divertido comentario del mayor hacen que todos se rían y perdonen a Luxím, pidiéndole que se quede a disfrutar de su nueva hermanita, de la cual no se separa en ningún momento. Al igual que nunca se ha librado, ni se librará de la compañía del pequeño Lolím, que siempre está pegado a él.

La mayor parte de la cuadrilla regresa al poblado, pero en el manantial permanecen todavía la familia de Lauro, que pasan el día ayudando a sus amigos para que Ixaéla se recupere del parto. Y mañana acudirán todos a la aldea para contar anécdotas, porque las novedades sobre el viaje ya se las habrán hecho saber el resto de la cuadrilla de Barregarri, y Luxím estará encantado de volver a ver a su amiga Roxia, por la cual, y debido a la falta de su compañía, ya siente una especial nostalgia.

Cuando todos se retiran a dormir, como cada noche, Luxím, entre las rendijas de la puerta que separan su camastro del salón principal, se queda observando a su padre, que siempre es el último en retirarse, cuando este manipula algo que extrae de entre el fuego recién apagado de la chimenea, y pasa un buen rato escribiendo algo.

Antes de dormirse, el chico recapacita sobre lo acontecido, es consciente de la preocupación que ha causado a la familia, pero si tuviera que volver a hacerlo, su bondadoso y valiente instinto le obligaría a repetirlo... y pensando en sus valientes caballos, sin los cuales la victoria en la batalla no se hubiese logrado, se queda dormido tras suspirar profundamente al sentirse a salvo en la casa del manantial.

La celebración del éxito de la batalla del paso de las agujas tiene lugar en la aldea al día siguiente; todos, incluida la reciente madre y también la recién nacida, bajan hacia allí y son recibidos con gran algarabía. La pequeña Belasol es presentada a todos; el reencuentro de Dan con Jarzalix es emotivamente entrañable;

Barregarri quisiera haber ido él también, pero al menos viajó su nombre. Siente que las heridas sufridas en el accidente han merecido la pena y su familia puede sentirse orgullosa de él.

Jarros de leche de cabra y zumo de moras y madroños corren por la plaza del pueblo, y la gente quiere conocer con todo detalle las aventuras vividas por el grupo de rescate que enviaron en ayuda de Mufo y de los hombres y mujeres que protegen la frontera... ¿Y cómo acaban las veladas en esta aldea?...

Con Dan relatando alguna aventura. Cuando escuchan lo que los dos niños han hecho, sienten tanto orgullo como su propia familia y los miran con admiración. Sobre todo, Roxia por Luxím, que cuando al fin pueden saludarse a solas en el exterior del granero junto a la orilla del río, tan solo le reprocha una cosa.

— **Roxia:** *¿Por qué no me llevaste contigo?*

A la vez le golpea con su puño en el hombro y Luxím se limita a encoger los hombros, pero no deja de mirarla

directamente a los verdes ojos que le han cautivado. Y mientras pasan la noche entre divertidas anécdotas, en el sembrado de

Barregarri y de Jarzalix, germinan las simientes recién plantadas en el campo de trigo. En días posteriores comienzan a reponer el armamento y los pertrechos de guerra porque los que llevaron al paso se han quedado allí para uso de los que lo defienden. Piensan que habiendo sido vencido Trómbol, no volverán a intentarlo, o al menos tardarán algún tiempo en hacerlo.

De todas formas, las armas son necesarias para las partidas de caza y se acerca la fecha en que tienen que ir a controlar a los cebukos. Los entrenamientos siguen siendo asiduos y cada vez mejoran en su rendimiento. Y aunque se haya vencido una batalla, otra sigue ocupando su tiempo.

Es la de la propia supervivencia, que no es fácil de ganar por estos tiempos, y hay que levantarse temprano todos los días y trabajar duramente para tener alimentos que llevarse a la boca y resguardo contra las inclemencias del tiempo.

Pero lo que se realiza con ánimo y agrado refuerza el cuerpo y el espíritu de las personas. En el territorio de los cuatro colores y especialmente en la aldea roja, la unión de las gentes hace más llevadero el día a día, y disfrutan cada momento de sus vidas rodeados de buenos amigos y bajo la protección de la naturaleza. Sin olvidarnos de Báttia, la tía abuela de Dan, que también vela por ellos con la ayuda de los que habitan en la luna.

Así va transcurriendo el tiempo en el Valle Rojo, y no son ni siquiera conscientes de lo que se trama en Trómbolia, y mucho menos de lo que se fragua más allá del cielo, en la oscuridad del

universo, donde lo único que brilla son cuatro pares de ojos dorados que se mantienen escondidos para que ni Báltux ni sus hermanos Zerbas sepan de su existencia.

Ni siquiera podría imaginarse nadie de la aldea los acaecimientos que esperan en el futuro, en el que todos a una deberán estar más unidos que nunca. No solo los hombres y mujeres de la aldea, sino también los de todo el territorio de los cuatro colores. Y no solo estos que se encuentran aquí en estos tiempos, también tendrán que ver en los acontecimientos personajes que aún ni siquiera han nacido.

Las almas de la naturaleza están contentas, pero Luz, en lo más profundo de su ser, siente preocupación por no saber de dónde ha nacido este mal. Inquietud justificada, porque desde algún oscuro agujero del espacio, la alegría de unos se convierte en rabia dentro de otros, sobre todo de uno que parece arderle los ojos desde su interior.

Solo le calma el pensar cómo se vengará de sus nuevos enemigos, Los Bufantes Rojos.

En la casa roja del manantial, los hijos de Ixaéla y Dan son instruidos en las muchas tareas que hay que realizar...

Algunos de ellos donde más disfrutan es en los días de cacería; a otros, recolectar frutos y plantas, pero en lo que todos se ponen de acuerdo es cuando Ixaéla les enseña a realizar figuritas de barro. Como modelo, ellos mismos se esculpen unos a otros. Y buena fe de ello se puede constatar en lo que encontramos sobre la balda de madera que hay en la entrada de la casa. Al cumplir su primer año cada uno de sus hijos (más o menos cuando comenzaron a caminar), la madre ha ido

esculpiendo su figura para inmortalizar ese momento. Ya tenía la suya propia y a su lado la de su esposo y padre de sus hijos.

Luego le fue tocando el turno a la prole, que ocuparon un lugar junto a ellos. Primero le tocó a Náni, después a Luxím, más tarde a Lolim y por último a la recién llegada Belasol. Lo primero con lo que se tropiezan tus ojos al entrar en la casa del Manantial son estas figuras que representan a un padre y a una madre, acompañados... “por cuatro niños de barro”.

FIN DEL TOMO 1

Parece que los Bufantes Rojos han acabado con la amenaza de los hombres del sur, capitaneados por el temible y despiadado Tromból.

Antes de aquellos sucesos, por estas tierras apenas se conocía la maldad. Salvo algún hecho aislado, que hoy parecería insignificante, cualquier sombra de injusticia bastaba para sembrar la inquietud entre quienes la presenciaban. Simplemente, no estaban acostumbrados.

Días felices se anuncian para los pueblos que habitan estas regiones. Tras la reconquista de Llanos Verdes, el antiguo Territorio de los Tres Colores ha cambiado para siempre.

Al norte se alzan las Montañas Rojas; más abajo se extienden Terralta y Bajaterra; y ahora, al sur, se une Llanos Verdes.

Más allá de sus fronteras se creía que terminaba el mundo, pues nadie había cruzado el río Hondogabea de norte a sur.

Aunque sí lo hicieron, en dirección contraria, algunos hombres de mirada dorada y ojos ensangrentados.

Desde este día será conocido por todos como el Territorio de los Cuatro Colores. Pero la realidad era mucho más colosal de lo que cualquiera imaginaba.

Todavía no conocemos a Belasol, la nueva hija de Dan e Ixaéla. Tampoco sabemos nada de Noasol... porque aún no ha nacido.

Y todo cuanto han vivido hasta ahora apenas es el comienzo.

Luxim y Roxia ya se han encontrado, y ese hecho tendrá consecuencias que nadie puede sospechar. A las aventuras cotidianas de nuestros protagonistas se unirán acontecimientos extraordinarios.

La familia del Manantial, los habitantes del Lago y la magia de quienes viven en el Bosque Nublado desempeñarán un papel decisivo.

SEGUNDO TOMO: Noaluz y los niños de barro.

¿Qué te espera?

Si has llegado hasta aquí, ya formas parte de los Bufantes Rojos. Así que déjame contarte lo que te espera en el segundo y último tomo... por ahora. Porque, si el pergamino sigue contándome historias, no tendré más remedio que contártelas yo a ti.

Has acompañado a Dan e Ixaéla en este primer tomo. En el segundo descubrirás una historia que crece junto a sus personajes. La Aldea Roja se convierte en el punto de partida de nuevas aventuras, donde los Bufantes Rojos aprenderán mucho más de lo que saben hasta ahora.

En este segundo libro, su íntimo mundo se expande. Nuevos lugares, antiguas tradiciones y personajes inolvidables irán dando forma a un universo cada vez más exuberante. Al mismo tiempo, algunas preguntas que nacieron en el primer tomo comenzarán a encontrar respuesta, mientras otras, aún más misteriosas, aparecerán en el camino.

La amistad, el compañerismo, el respeto por la naturaleza, la importancia del conocimiento y el valor de la familia seguirán siendo el corazón de la historia. Pero ahora, tanto los protagonistas actuales como los que están llamados a escribir el futuro, deberán enfrentarse a decisiones que pondrán a prueba todo lo aprendido.

Los hijos de Dan e Ixaéla, junto a quienes siempre han considerado sus hermanos, aunque no compartan la misma sangre, asumirán el protagonismo de esta nueva etapa. Porque,

entre los Bufantes Rojos, la familia no se mide por la sangre, sino por el camino recorrido juntos.

Mientras ellos escriben las páginas más intensas de esta historia, otra generación comienza también a abrirse camino. Ha llegado el tiempo de los nietos... y de todos aquellos que crecerán a su lado. Entre ellos está Noaluz... la niña a la que le gusta esculpir figuritas de barro.

Encontrará aventuras, emoción, momentos de humor, descubrimientos sorprendentes y una mitología que continúa creciendo sin perder el encanto de las viejas leyendas. Porque, en el Territorio de los Cuatro Colores, cada enseñanza es el comienzo de un nuevo misterio y cada paso acerca un poco más a un destino que parece escrito desde mucho antes de que comenzara el tiempo.

Quizá, al terminar el primer tomo, te hiciste algunas de estas preguntas... ¿Dónde están los niños de barro?

¿Qué importancia tiene el pergamino de Báttux?

¿Qué destino le espera a Báttia?

¿Quiénes eran realmente los invasores de ojos dorados?

¿Quién es, en realidad, Noaluz?

Algunas respuestas te esperan en este libro. Otras... apenas empiezan a revelarse.

NOALUZ y los niños de barro -

Personajes de la A, a la Z

- **Albary** 3º Hija de Belasol
- **Aliana** Hija de Mufo y Buruzaga (alcaldesa) de la ciudad Primera
- **Antoxia** 3ª hija de Saturia Hna. de Dan y de CólaX
- **Argia** 4ª hija de Luz y Danúm
- **Axél** 2º Hijo de Belasol
- **Banux** 2º hijo de Saturia Hna. de Dan
- **Banzu** 1º hijo de Batuzaim 2º (cuadrilla de la moneda)
- **Barcén** Hoja verde que ayuda a los niños de barro, novio de Iriel
- **Bari** Madre de Lauro, Que mato el oso Xarra
- **Barregarri** Padre de Roxia
- **Barrón** Buruzaga Líder de los Mineros
- **Báttia** Tía Abuela de Dan, Hija de Batuzaim 10
- **Báttiana** Hija de Batuzaim 9. Superviviente de los Zebucos...
- **Báttux** Primer Zerba creador de universos y de la tierra
- **Batuzaim** Descendientes de Luz
- **Baxtia** 2 hija de Lurrai esposa de Xúmo (sobrina de Dan)
- **Belasol** Cuarta Hija de Dan.
- **Bigáre** 2ª hermana de Dan
- **Blaxia** 4ª hija de Bosga (Hermana de Dan)
- **Bosga** 5º hermana de Dan
- **Brinda** Hermana de Xamurrel y tía de Danúm
- **Bug** Esposo de Danixia (hermana gemela de Dan)
- **Buniel** Familiar de Danúm en el lago rojo
- **Burdiela** Familiar de Danúm en el lago rojo
- **Cabi** Hermano de Laiza (esposa de Lauro)
- **Calicali** Huérfano de las minas adoptado por toda la aldea
- **Calixa** 4ª hija de Saturia Hna. de Dan y esposa de CólaX
- **Camad** Hijo de Firro y Leña
- **Canu** Apodado "El largo" Buruzaga de la aldea roja
- **Cardiela** Familiar de Danúm en el lago rojo
- **Carmix** 4ª Hija de Bosga (Hna. de Dan y Texio)
- **Cax** Sobrino de Chesu el rubio (Cuadrilla de Barregarri)
- **Célon** 2º hijo de Batuzaim10

- **Cercén** Capitán patrulla de Urdim en el rio Hondogabea
- **Chito Caht** El Mas pequeño de los Seudozerbas,
- **Cinmia.** 1ª Hija de Fardy (van a la aldea de mineros a pedir ayuda
- **Clacyn** Familiar de Danúm en el lago rojo
- **Clodix** 7ª hija de Hiruki hna. De Dan
- **Clud** Hijo de Firro y Leña
- **Cólax** Esposo de Sisgare (Hna. de Dan)
- **Cumbria** 2ª Hija de Fardy (van a la aldea de mineros a pedir ayuda
- **Cuncio** Buruzaga de Rialto (Líder o alcalde)
- **Curio** Buruzaga 2ª ciudad de Bajaterra
- **Dan** Principal protagonista
- **Danixa** Hermana gemela de Dan
- **Danúm** Esposo de Luz en el lago rojo
- **Danúmin** Hijo de Danixa (Hermana gemela de Dan)
- **Dany** 2º hijo de Náni y 2º nieto de Dan
- **Daria** Hija de Firro y leña
- **Dorixa** 5ª hija de Bigáre (Hna. de Dan)
- **Elengo** Hermana mayor de Dan
- **Felón** Hermano de Báttia (2º Hombre alto de las cuevas)
- **Ferror** Padre de Firro (venido de las minas)
- **Filox** Hermano de R, esposo de Belasol
- **Firro** El forjador de las Minas Hijo de Ferror y amigo de Dan
- **Gabo** Buruzaga de 3ª ciudad de Bajaterra y esbirro de Geón
- **Gaito** "Sangrante" 1º y creador de los Gaitokas.
- **Gaitoka** líder de los Arraparix, convertido en esbirro de Gaito
- **Gaitokari** El de ojos dorados Nieto de Gaitoka
- **Galdetega** Esposa de Ferror y madre de Firro
- **Gamból** Hijo de Trómbol y seguidor de Geón
- **Garia** Madre de Ixaéla, esposa de Marto
- **Geón** Sicario de Gaitoka, secuestrador de los niños
- **Gion** Esposo de Bigáre, hna. De Dan
- **Gionxa** 2ª Hija de Bigáre (Hermana de Dan) Gion
- **Glody** Mejor Amiga de Roxia, esposa de Manux
- **Harux** 1ª hija de Hiruki (hna. De Dan)
- **Hiatixa** Aldeana roja relevo de la frontera
- **Hirgue** 3ª hermana de Dan
- **Hiruki** 4ª hermana de Dan
- **HíruX** 3ª Zerba
- **Hoj** Aldeano rojo relevo de la frontera
- **Iriél** 1ª nieta de Dan, hija de Náni y Timxa
- **Ixaéla** Esposa de Dan

- **Jacin** Minero hermano de Barrón
- **Jarebo** Altuagui de Fuenroja
- **Jarzalix** "El Águila" Cazador y mentor de Dan "El Águila"
- **Javio** Hermana de Xamurrel y tía de Danúm
- **Julen** Amigo de Calicali, ciudadano de Fuenroja,
- **Julixa** 1ª hija de Saturia Hna. de Dan
- **Kaita** 2º Seudo Zerba "Sangrante"
- **Kármia** Madre de Roxia
- **Kartia** 2ª hija de Bosguia (hermana de Dan)
- **Kivia** 2ª hija de Zorzia (hermana de Dan)
- **Krixia** 3ª hija de Zorzia (hermana de Dan)
- **Lala** Burazaga de la aldea roja, esposa de Canu el largo
- **Lanzad** Hijo de Firro y Leña
- **LáruX** 4ª Zerba
- **Lauro** Mejor amigo de Dan nieto de Canu el largo
- **Layza** Esposa de Lauro, mejor amiga de Ixaéla
- **Lolim** 3º Hijo de Dan
- **Lucinda** Hermana de Báttia, esposa de Mestagón I
- **Lur** 1º hijo de Luz Y Danúm
- **Luxim** 2º hijo de Dan, esposo de Roxia, padre de Noaluz
- **Luz** Hija del Zerba Báttux,
- **Luzsol** Hija de Mextagón, esposa de Polari, Abuela de Dan
- **Manux** El mejor amigo de Luxim, esposa de Glody
- **Marto** Padre de Ixaéla
- **Martox:** Antepasado de Ixaéla en el lago rojo en los tiempos de Luz
- **Medila** Altuagui de la 5ª ciudad de Bajaterra
- **Menari** 1º hijo de Bosguia (Hermana de Dan)
- **Mestagón II** Hijo de Elengo (hermana de Dan)
- **Mextagón** Viajero de llanos verdes, esposo de Luzsol abuelo de Dan
- **Migolím** Hijo de Belasol, ultimo nieto de Dan
- **Mirux** Hijo de Hiruki 4ª hermana de Dan
- **Mita** Esposa de Batuzaím X
- **Morxin** Aldeano rojo relevo de la frontera
- **Mumux** 5º Hijo de Sigare Hermana de Dan
- **Murixa** 5ª hija de Saturia Hna. de Dan y de CólaX
- **Náni** Primer hijo de Dan e Ixaéla
- **Noaluz** Hija de Luxim y Roxia,
- **Num** Aldeano rojo relevo de la frontera
- **N.º diez** Hermano de los gemelos once
- **N.º doce,** O Guza Hermano de los gemelos once
- **N.º Nueve** Hermano de los gemelos once

• Ostonix	8º Zerba
• Otxo	"El Lobero" mejor amigo de Jarzalix, mentor de Dan
• Oxcarel	Hijo de Lolím, nieto de Dan
• Pal	Padre de Barrón antiguo Buruzaga de las minas
• Parteko	Esposo de Elengo, hermana de Dan
• Picix	5º Zerba
• Persy	Hermana pequeña de Danúm
• Pezia	Aldeana roja relevo de la frontera
• Pika	Esposa de Lolím
• Placo	Mínero hermano de Barrón
• Pol	Uro de aldea nueva, Primo de Turox
• Polari	Padre De Dan
• Polari II	Último hijo de Elengo hermana de Dan
• Porlox	Esposo de Zorzia, Herman de Dan
• Ramio	Aldeano rojo relevo de la frontera
• Ramsoa	Esposa de Batuzaim 9º madre de Báttiana,
• Rato	Hermano pequeño de Danúm
• Remixa	4ª hija de Bigáre, hermana de Dan
• Rexio	Esposo de Hiruki Hermana de Dan
• Roko	Viejo aldeano rojo padre de Layza, responsable de las ovejas
• Roxia	Esposa de Luxím y Madre de Noaluz... Hija de Barregarri
• Rubiato	2º Hijo de Chesu "el rubio"
• Rubión	1º Hijo de Chesu "el rubio"
• Runaria	Esposa de Turox de los uros de aldea nueva
• Sali	Madre de Danúm
• Sanxa	Sobrina de Dan
• Sanxia	1ª hija de Bigáre, hermana de Dan
• Sariá	Hermana de Firro el forjador
• Sazu	Uno de los gemelos once (que no se sabe cuál de los dos es)
• Septeix	7º Zerba
• Sesix	6º Zerba
• Silfo	Buruzaga de la cuarta ciudad de Bajaterra, sicario de Geón
• Siri	La Cantarina Hermana de Danúm
• Sisgare	6ª hermana de Dan
• Sixto	Padre de Lauro muerto por el oso Xarra
• Subud	Hijo de Firro y Leña
• Suo	3º Hijo de Luz y Danúm
• Tamilda	Hija de Manux y Glody, mejor amiga de Noaluz
• Tanyel	Pariente de Danúm en el lago rojo
• Texio	Esposo de Bosga, hermana de Dan
• Timxa	Esposa de Nani, hija de Lauro y Layza

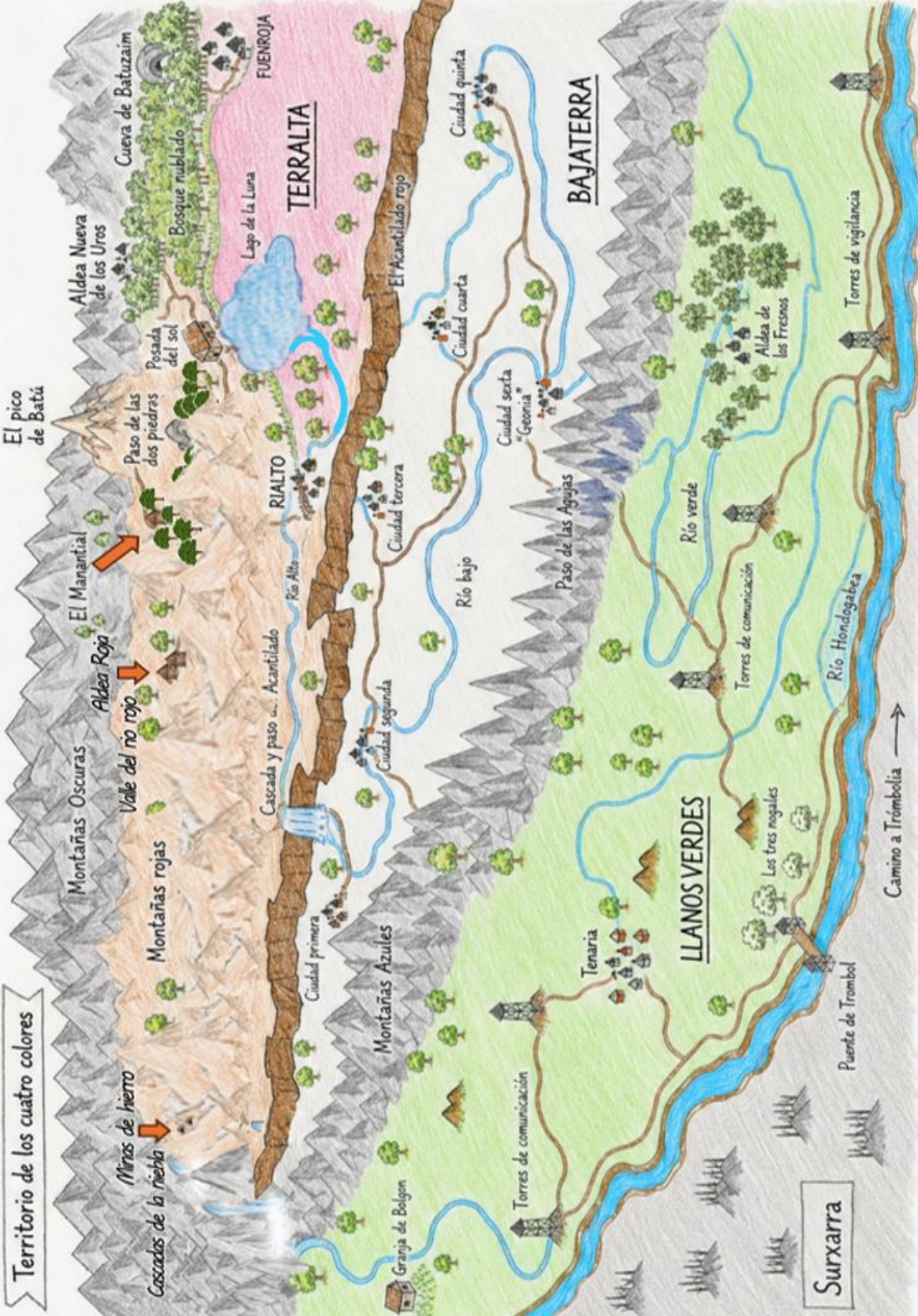
- **Toka** 2º Seudo-zerba (Sangrante)
- **Tromból** Sicario de Gaitokari, líder de los Surxarras
- **Turox** Buruzaga de los Uros
- **Urción** General de Gamból y Zamból, hijos de Tromból, Surxarreña
- **Urdim** El de los ojos Azules, enamorado de Noaluz, nieto de Mufo
- **Urro** 2º hijo de Luz y Danúm
- **Varixtio** 4º hijo de Hirgue, hermana de Dan
- **Vítux** Zerba
- **Xamurrel** Padre de Danúm
- **Xándy** Hija de Belasol, 5ª nieta de Dan
- **Xélon** Primos de Dan Hombres altos
- **Xentia** Hija de Hiruki, hermana de Dan
- **Xixtu** Hijo de Luro y Layza
- **Xumo** Esposo de Hirgue, 3ª hermana de Dan
- **Zamból** Hijo de Tromból
- **Zambux** Esposo de Zapia 7ª hermana de Dan
- **Zanko** Hijo de Zapia, hermana de Dan
- **Zapia** 7ª hermana de Dan
- **Zesio** Aldeano rojo relevo de la frontera
- **Zetix** Hijo de Zapia, hermana de Dan
- **Zinxa** Hija de Zapia, hermana de Dan
- **Zorzia** 8ª hermana de Dan
- **Zoxtio** Hijo de Zapia, hermana de Dan
- **Zurixia** Aldeana roja relevo de la frontera

ANIMALES

- **Naika** 1ª Yegua de Polari
- **Naiko** Caballo de Dan, descendiente de los Bufantes
- **Arrandiaka** Anfibio del rio Hondogabea, cruce de rana con hipopótamo
- **Bufante** Caballo/antílope/búfalo... regalo de Báttux a Xamurrel
- **Guirro** Búfalo transformado por Gaitokari, p
- **Xarra** Oso que mato Dan, cuando llego al valle rojo
- **Zurria** Yegua descendiente de los Bufantes
- **Gruf** Caballo herido de Polari
- **Zebucos** Transformados por Gaito, para matar a los descent. de

EN PÁGINA SIGUIENTE PLANO DEL TERRITORIO DE LOS CUATRO COLORES ↓

Territorio de los cuatro colores



El pico de Batú

Montañas Oscuras

Aldea Roja

Valle del río rojo

Montañas rojas

Miras de hierro

Cascadas de la niebla

Aldea Nueva de los Uros

Cueva de Batuzaim

Bosque nublado

Posada del sol

Lago de la Luna

TERRALITA

RIALTO

Acantilado

Cascada y paso a...

Ciudad primera

Montañas Azules

Ciudad segunda

Ciudad tercera

El Acantilado rojo

Río bajo

Ciudad cuarta

Ciudad quinta

Torres de comunicación

Tenaria

Paso de las Aguas

Ciudad sexta "Geonia"

BAJATERRA

LLANOS VERDES

Río verde

Los tres rogales

Torres de comunicación

Aldea de los Fresnos

Puente de Trombol

Torres de vigilancia

Surxarra

Camino a Trómbolia

Río Hondogabea